ANNE JACOBS

Escrito como Marie Lamballe

EL CAFÉ DEL ÁNGEL

Una época dorada



PLAZA JANÉS

ANNE JACOBS

Escrito como Marie Lamballe

EL CAFÉ DEL ÁNGEL

Una época dorada

Traducción de
Marta Mabres Vicens

PLAZA JANÉS

Hilde

Mayo de 1965

Este año la primavera se ha hecho de rogar. Hasta bien entrado el mes de abril no han podido prescindir de los abrigos gruesos ni de las bufandas de lana, y la elegante ropa de entretiempo de las señoras de Wiesbaden ha tenido que permanecer en los armarios. Pero ahora, justo a tiempo para el Festival de Mayo, la naturaleza estalla bajo la cálida luz del sol. La ciudad se ha engalanado para el gran acontecimiento teatral de todos los años. En el parque del Balneario relucen parterres coloridos y repletos de flores; los setos se han tenido que podar a toda prisa; el césped está recién cortado y por todas partes ondean banderas y carteles anunciando el festival. Durante estos días de mayo, Wiesbaden se vuelve internacional: turistas de todas partes del mundo se mezclan con los lugareños y pasean por la Wilhelmstrasse, se sientan en las terrazas de los cafés y asisten en el teatro a los actos del Festival de Mayo.

También en el Café del Ángel el ajetreo es intenso, pues aquí se dan cita los artistas y la gente de teatro: se toman un tentempié rápido antes de los ensayos, disfrutan de una copa de vino y comentan como entendidos las actuaciones de los artistas invitados procedentes de Rusia o de Francia. Incluso la prensa se deja caer aquí para entrevistar a tal o cual artista.

Ayer en la ópera se representó *Katerina Ismailova*, de Shostakóvich, y después artistas y clientes de la cafetería permanecieron en las mesas de la terraza hasta bien entrada la noche. Hoy el sol vuelve a lucir magnífico y todas las mesas de la terraza están llenas desde antes del mediodía.

Por el contrario, dentro del establecimiento el ambiente es tormentoso.

—¡Tenían que casarse precisamente en mayo! —refunfuña su madre, Else—. ¿No podían esperar hasta el verano? Pero, en fin, ¡qué se le va a hacer!

Falta poco para la una del mediodía y aunque abajo, en el café, hay mucho trajín, Hilde está en su piso, frente al ropero, lamentándose porque no sabe qué ponerse.

—Ponte el vestido verde —le responde a gritos Else, que está sentada en la cocina de Hilde frotándose con ungüento las piernas doloridas—. Será suficiente. A fin de cuentas luego, en Eltville, irás de un lado a otro por el patio sirviendo a los invitados de la boda.

—Pero es que ya no me queda bien —gime Hilde—, y además está pasado de moda…

Está nerviosa, algo que, de hecho, es muy inusual en ella. En la cafetería organiza con calma y aplomo cualquier asunto; de hecho, en Hilde se puede confiar cuando las cosas se ponen difíciles. En cambio, arreglarse para una boda le cuesta horrores. A fin de cuentas, ya no tiene veinte años, las caderas se le han redondeado un poco más, ha ganado algunos kilos en la cintura, y hace un par de semanas se descubrió las primeras canas entre sus rizos rubios. Por otra parte, no está acostumbrada a verse vestida de forma elegante porque trabaja todos los días en el café y allí suele llevar una falda y una blusa.

—No entiendo a Mischa —dice Else y, al inclinarse para aplicarse el ungüento, suelta un gemido.

—Déjalo, mamá. Te lo pondré en un momentito…

—No, no. Tú ahora tienes que arreglarte, nosotros nos podemos apañar sin ti —responde—. Que tenga ganas de casarse con una mujer cinco años mayor que él… ¡Eso no puede salir bien! Un hombre tan guapo como Mischa podría encontrar a alguien más joven…

Hilde calla porque hace semanas que este tema es objeto de debates acalorados en el seno de la familia. Mischa y Simone llevan cuatro años siendo pareja sin estar casados; viven en Eltville, en el viñedo de Jean-Jacques, y Mischa va camino de convertirse en un viticultor excelente, algo que, sin duda, es también mérito de la influencia de Simone, que le apoya feliz y confiada y que ha

demostrado saber llevar muy bien la pequeña tasca. ¿Por qué no deberían casarse?

Mira el reloj y se da cuenta de que tiene que decidirse. La boda está prevista para las dos de la tarde; abajo aguardan, sentadas a la mesa del rincón del café, Sina, Marion y Petra, a las que Hilde va a acompañar en coche, mientras que su querido marido, Jean-Jacques, aún no ha asomado por el apartamento. En todo caso, ella le ha dejado colgado el traje de los domingos en la puerta del dormitorio y le ha preparado una camisa limpia, calcetines y corbata.

—Bueno, entonces, que sea el verde —dice resignada y desaparece en el cuarto de baño para acabar de arreglarse. Por supuesto, justo hoy, el pelo no le queda como a ella le gusta, el vestido le aprieta por las caderas y se le arruga en la cintura. ¡Qué maravilla! ¡Menuda imagen va a dar como madrina de boda en la iglesia!

—Desde luego, has engordado —comenta entonces su madre en cuanto Hilde asoma por el pasillo malhumorada—, pero tranquila, hijita. Son cosas de la menopausia, que hincha. Con el tiempo se irá.

A veces las madres son asombrosamente insensibles. Hilde tiene cuarenta y dos años y no cree encontrarse aún en la menopausia.

—¿Has visto a Jean-Jacques? —pregunta irritada.

—Acaba de entrar a toda prisa en el dormitorio. Ni siquiera me ha dicho *Allô, ma chérie* ni nada parecido…

Hilde se apresura hacia su habitación; Jean-Jacques tiene el armario abierto de par en par y está rebuscando en él.

—¿Dónde está el traje de los domingos, *ma colombe*? Tengo que ponerme guapo para la novia…

—Abre los ojos —le gruñe ella señalando la ropa que le ha preparado—, y ponte los zapatos negros, que te los he limpiado especialmente.

—Si no te tuviera, *mon chou*…

—¡Date prisa, tenemos que irnos pronto!

Dicho esto, Hilde vuelve al pasillo y examina su bolso. ¿Tiene todo lo que necesita? Permiso de conducir, documento de identidad, pañuelo, peine, agua de colonia para emergencias… A ver, las llaves del coche, las llaves de casa.

—Si quieres que te diga lo que pienso —dice su madre, que está ya en la puerta de entrada para bajar al café—: ella solo quiere su dinero.

Else ha expresado varias veces esa sospecha. De hecho, tres años atrás, cuando Mischa alcanzó la mayoría de edad, recibió una cuantiosa herencia de su difunta abuela, que su padrastro, el abogado August Koch, había administrado en su nombre hasta entonces.

A Hilde este recelo le parece absurdo.

—¡Basta, mamá! Simone no es una cazafortunas. Lo sé seguro.

—Ojalá no te equivoques, Hilde.

¿Por qué su madre se pasa el rato criticándolo todo y solo ve cosas malas? Su edad —tiene más de setenta años— no lo explica todo. De hecho, su padre es unos años mayor y, a pesar de su herida de guerra en la pierna, tiene siempre una actitud amable y serena.

Abajo, en el café, el nuevo camarero pasa a toda prisa junto a ellos con la bandeja repleta de vasos y botellas. Desde febrero en el Café del Ángel trabaja Giuseppe Marcelli, un joven inmigrante de Nápoles, delgado, de estatura media, cara alargada y cejas espesas y negras. Hilde lo contrató en contra de la opinión de su madre porque le pareció una persona bien dispuesta y habilidosa, y que además aceptaba un salario bajo. Hasta el momento cumple muy bien con su trabajo, aunque Hilde, por prudencia, sigue encargándose de la caja; de todos modos, pronto también eso se le dará bien, porque Giuseppe no tiene ni un pelo de tonto. Su madre, en cambio, no puede evitar criticar al «italianito» y le dirige a menudo comentarios maliciosos. Hilde no puede más que confiar en que el alemán de Giuseppe no alcance para entender esas groserías.

—¡Mira que es vago! —comenta Else en este momento—. Lleva la bandeja tan llena que apenas puede con ella, y todo por no tener que ir y venir dos veces. ¡Le trae al fresco si se le cae todo! ¡Y hay que ver cómo les hace ojitos a las mujeres!

Papá está echando la siesta arriba, en su piso, y Sina, Petra y Marion se han apropiado de la mesa del rincón y sus chaquetas y mochilas ocupan todas las sillas. Incluso el violín de Petra descansa

sobre la mesa. Giuseppe, que adora a los niños por encima de todas las cosas, les ha servido sopa de gulasch y ensalada italiana por iniciativa propia, porque según él cuando se regresa de la escuela hay que comer bien. Al menos en eso coincide con Else, si bien a ella le desagrada ese «revoltijo» que los italianos llaman ensalada. En su opinión, el queso, el jamón y el salami son para los emparedados, no para las ensaladas.

—¿Habéis hecho los deberes? Estamos a punto de marcharnos —advierte Hilde al grupo—. ¿Y a ti, Sina, qué te pasa? Ya deberías llevar puesto el vestido que tu madre ha dejado para ti.

Sina pone los ojos en blanco y mira a su amiga Petra en busca de auxilio. La hija de Swetlana tiene ahora trece años, sigue estando bastante entrada en carnes, tiene el pelo rubio fino y esponjoso, y las gafas gruesas que usa hacen que algunos compañeros del instituto la llamen malévolamente «sapo». En esto la envidia desempeña un papel importante, porque Sina es una estudiante superdotada y ya se ha saltado algún curso.

—Ese vestido no me queda bien —dice con tono apenado.

Hilde entiende a la pobre chica. Por desgracia, Swetlana no tiene ningún gusto a la hora de vestir a su hija; continuamente le compra prendas que le parecen «monas» aunque no la favorecen en absoluto.

—Pero tu madre quiere que te lo pongas —objeta previendo problemas con su cuñada Swetlana, que esta mañana ya se ha marchado hacia Eltville para ayudar con los preparativos de la boda de su Mischa.

—Con ese vestido ella parece un globo gigante de color rosa —dice Petra, de once años, que tiene pocos pelos en la lengua—. Yo tampoco me pondría algo así.

—Vale, entonces nos lo llevaremos —dice Hilde con diplomacia—. Marion, ¿qué hay de ti? ¿Vas a guardar por fin ese folletín ridículo?

—Sí, claro…

Marion dobla muy despacio la novelita romántica y se la mete en la mochila. Tiene casi catorce años y en los últimos meses se ha convertido en lo que ahora se llama una «adolescente». Siempre ha sido delgada, pero ahora su figura está adornada con un pecho

bonito y desde hace unas semanas luce con orgullo su primer sujetador. El efecto no ha pasado desapercibido: los muchachos la siguen con la vista, intentando abordarla, y enseguida Marion se ha dado cuenta del poder que puede ejercer concediéndoles o negándoles sus favores. Esto ha hecho aumentar su autoestima en gran modo. Aunque sus notas dejan mucho que desear, eso a ella no le quita el sueño. Quiere salir de la escuela cuanto antes y ganar dinero para poder comprarse todas las cosas bonitas que los almacenes Karstadt y Hertie ofrecen para las jóvenes.

Hilde está impaciente; retira el estuche de violín de la mesa mientras las chicas recogen, y busca nerviosa a su marido con la vista. También va a tener que llevarlo en el coche porque de nuevo tiene a su querida furgoneta Goélette en el taller. De hecho, hace tiempo que ese trasto debería estar en el desguace, pero Jean-Jacques es obstinado y cree firmemente que en el taller lograrán que ese cuatrolatas vuelva a circular.

Cuando por fin están todos sentados en el Escarabajo azul de Hilde, listos para partir, ya es la una y media. Con el tráfico que hay en las calles de Wiesbaden, será una suerte que lleguen a Eltville a tiempo para la ceremonia nupcial.

—No te preocupes, *ma colombe* —dice Jean-Jacques con una sonrisa—. A fin de cuentas, no van a poder empezar sin la madrina.

Hilde no responde. El coche está abarrotado: tiene el maletero repleto de regalos de boda, y las tres niñas se sientan apretadas en el asiento trasero, entre mochilas, chaquetas y abrigos. Sina lleva en el regazo la bolsa con su vestido y el estuche de violín de Petra, de modo que apenas se la ve. Petra y Marion sostienen una bandeja con una tarta de dos pisos que Deuss el pastelero ha preparado por la mañana y que luego ocupará un lugar destacado en la mesa nupcial. Es una creación magnífica y bella hecha de nata, fruta y merengue, coronada con una figurita de novios hecha de plástico.

—¡No des tantas sacudidas con el coche, tía Hilde! —se queja Marion.

—Otro frenazo así, y la tarta atravesará el parabrisas —añade Petra.

Sina guarda silencio. Probablemente tiene sentimientos encontrados ante la boda de su hermanastro Mischa, consciente de que en Eltville su madre querrá que lleve ese vestido horrible. Hilde hace lo que puede, es buena conductora y, como es de Wiesbaden, se conoce todos los atajos para evitar atascos. Sin embargo, el trayecto resulta agitado porque en dos ocasiones tiene que adelantar a un autobús y reincorporarse por los pelos al carril frente a un vehículo que se acercaba en sentido contrario.

—Conduciendo a la francesa, ¿eh? —refunfuña Jean-Jacques, incapaz de criticar a su mujer mientras conduce.

—¿Qué quieres que haga? ¡Además, ya me ven! —responde Hilde impasible.

Llegan pocos minutos antes de las dos; nadie se alegra más de ese retraso que Sina, pues así no le da tiempo de ponerse el vestido rosa, ya que la ceremonia nupcial en la iglesia de San Pedro y San Pablo comienza de inmediato. Como Simone es católica, se casan según este rito. A Mischa, que es protestante, tampoco es que le suponga ningún problema; a fin de cuentas, no siente un gran apego ni por la Iglesia ni por la religión.

Familiares y amigos toman asiento en el impresionante templo de estilo gótico. Swetlana parece agitada y sudorosa: lleva en Eltville desde primera hora de la mañana y, con la ayuda de Luisa, ha decorado la iglesia con rosas y lazos de tul blanco. Jean-Jacques abraza contento a su hermano Pierrot, que ha viajado desde Francia con su esposa para la ocasión. Fritz Bogner, el marido de Luisa, sube a la tribuna del órgano con su hija Petra y el violonchelista Benno Olbricht, que acompañarán la ceremonia con varias piezas. Hilde se alisa el vestido arrugado, incómoda por tener que sentarse en primera fila y ejercer de madrina al lado de su hermano Willi. Este último, en cambio, parece disfrutar con ese cometido. Lleva un elegante traje de verano y asiste a la ceremonia acompañado por su esposa, Karin; sus dos hijos, Nora y Stefan, se han quedado en casa, al cuidado de su abuela.

—Vaya, vaya, hermanita —le susurra a Hilde con una sonrisa—, ¿has conseguido abandonar el café todo un día?

—¿Y por qué no? Tengo un personal excelente.

—Cierto —responde él—. Ahora mismo podrías estar junto al Adriático, tumbada en una hamaca, y disfrutando del sol y el mar.

Hilde no puede responderle como merece porque en este momento el órgano empieza a sonar y se apagan los murmullos en los bancos. Todos los invitados se ponen de pie. ¡Ah, qué bonitas y solemnes son las bodas por la iglesia! En su época, solo se pudo casar por lo civil: corrían tiempos difíciles y no podían tener gastos. Desde luego, un vestido de novia de verdad es otra cosa.

Simone está preciosa; su vestido es largo hasta el suelo, está hecho con un tejido delicado y vaporoso, tiene un escote discreto y lleva mangas casquillo de encaje. El velo es de tul transparente bordado con perlas diminutas y brillantes. ¡Y el ramo es de rosas de color salmón! La buena de Julia ha diseñado la prenda y no ha querido cobrar ni un céntimo por él. Lo ha cosido Luisa, que ahora trabaja en el salón de moda femenina de Julia, en la Kirchgasse. Mischa también está muy elegante con su traje oscuro, incluso se ha hecho cortar el pelo para la ocasión.

Ah… Sí, la vida les sonríe, tienen razones para estar contentos y felices. Las penurias de la guerra y la posguerra han quedado atrás; los niños solo las conocen por las historias que les cuentan los mayores y abren los ojos con asombro cuando alguien se disgusta si tiran a la basura el bocadillo para la escuela.

Hilde desempeña su labor de madrina con dignidad y el resto de la ceremonia transcurre rápidamente ante sus ojos mientras ella asiste en su asiento con sensación de alivio. Simone y Mischa se dan el sí quiero en el momento justo; desde la tribuna, el trío de músicos toca algo de Mozart, con Petra haciendo de primer violín; luego deben arrodillarse en el reclinatorio para rezar el padrenuestro. La ceremonia en la iglesia termina antes de que se dé cuenta y el órgano acompaña la solemne salida de la joven pareja; entonces Hilde cae en la cuenta, con un sobresalto, de que la tarta nupcial sigue en el coche. ¡Con el sol que hace! ¡Ojalá la nata no se ponga agria!

Sin embargo, de momento, le es imposible ir al rescate de la preciosa tarta, porque el lugar está abarrotado de invitados a la boda. Delante de la puerta de entrada a la iglesia se ha reunido un

grupo de gente joven que les ha hecho a los novios un pasillo con estructuras de hojas de parra. Son los amigos y conocidos de Eltville y, entre ellos, Hilde no solo ve a su hijo Andi, sino también a Frank, que trabaja como aprendiz en el taller mecánico Pahl, en Wiesbaden, y que se suponía que a estas horas debía estar trabajando.

—Tranquila, mamá —dice el joven, que ya tiene diecinueve años —. El encargado del taller me ha dado permiso. ¡Es una fiesta familiar importante!

Está muy guapo con esos pantalones oscuros y la chaqueta gris. Lo único es que le convendría un buen corte de pelo; esa melena abundante y rizada a Hilde le parece atroz. Pero Frank tiene su propia opinión al respecto: él es fan de The Beatles, esa banda inglesa de música, y hace poco viajó hasta Frankfurt con unos amigos para asistir a un concierto de los Rolling Stones. Acaba de terminar, con penas y trabajos, los estudios de educación obligatoria y quiere ser mecánico de automóvil; eso ha sido una decepción para Jean-Jacques, que siempre tuvo la esperanza de que algún día sus hijos se harían cargo del viñedo de Eltville. Ya puede quitarse de la cabeza esa ilusión. Hace unas semanas, Andi, el hermano gemelo de Frank, aprobó el bachillerato con muy buenas notas y su intención es ir a estudiar a la universidad.

Ante la iglesia, el ambiente ahora es animado. Mischa y Simone sirven copas de vino a los jóvenes, los asistentes felicitan a la joven pareja, se reparten besos y regalos; Hilde saluda a su cuñado y su cuñada de Francia, y Swetlana se enfada porque Sina no se ha puesto ese bonito vestido rosa. Luego, todos los invitados recorren las estrechas callejuelas hasta el patio de la bodega, que tiene las mesas y las sillas engalanadas con motivos festivos. También la tarta nupcial ocupa intacta un lugar de honor en el bufé de los dulces. Algunos invitados acaban de llegar; entre ellos, August, el hermano mayor de Hilde y padrastro de Mischa, que no ha conseguido abandonar su bufete de abogados a tiempo para asistir a la ceremonia.

—¿No te parece terrible? —le comenta Swetlana a Hilde—: Siempre está trabajando, nunca tiene tiempo para su mujer ni para

su familia. ¿Qué clase de marido es ese? Ni siquiera ha sido capaz de llegar a tiempo a la boda de Mischa.

Hilde se encoge de hombros, coge la jarra del café y se dispone a servir por las mesas. Swetlana tiene razón: August es un mulo trabajando, aunque tampoco ayuda a su matrimonio que ella se pase todas las noches hostigándolo con quejas y lamentos. Hilde se aleja con la jarra, saluda a Julia Wemhöner y elogia el precioso vestido de novia; luego intercambia unas palabras con su cuñada Karin, que, una vez pasada «la peor» fase de la infancia de sus hijos, ha vuelto a abrirse camino en la industria del cine con la ayuda de su madre, que cuida con mimo de Stefan, de cuatro años, y de Nora, que tiene seis.

—El estreno será la semana próxima. —Karin está contenta—. Es una serie policiaca para televisión. Se emitirá en la ZDF. Aún no puedo contar nada más, pero tengo tres escenas con Gert Fröbe.

—¡Hala! —exclama Hilde con una sonrisa—. ¿Y Willi no está celoso?

—¿De Gert Fröbe? —Karin sonríe satisfecha—. Para nada.

—De tu carrera en el cine, quiero decir.

—¡Ah, no! —Karin, divertida, sacude el brazo para negarlo—. Él es el número uno del teatro y el *bon vivant* más famoso de Wiesbaden.

El patio se va llenando de gente con vecinos y amistades que acuden a felicitar a los novios y traerles pequeños regalos. Frank le cuenta a su madre en voz baja que por la noche se ha organizado un «rapto de la novia» y que será muy divertido. Por supuesto, le explica, también habrá baile: ha traído expresamente su «equipo de sonido» y un montón de discos y está dispuesto a poner música «decente».

—¡Qué guapa está la pequeña Marion! —le comenta él a su madre en confianza—; tiene un buen potencial esa chica.

—¡Tú escúchame bien! —dice Hilde exaltada—. Esa niña aún no ha cumplido catorce años. ¡Ni se te ocurra llenarle la cabeza de pájaros! No sabría con qué cara mirar a Fritz y Luisa.

—¡Qué cosas se te ocurren, mamá! —responde él con gesto conciliador.

—¡Y ve de una vez a que te corten el pelo!

Al punto él desaparece entre el grupo de gente joven y Hilde se acerca al bufé de pasteles para echar una mano a Meta, que está sirviendo ahí. ¡Vaya! Pero ¿qué le ha pasado a ese magnífico pastel? Está hecho un asco, mal cortado y torcido; las figuritas de los novios se han caído y ahora yacen sobre los restos de la tarta de chocolate de Swetlana. Hilde procura que lo que queda de la tarta tenga mejor apariencia; retira a la cocina las bandejas para tartas vacías y saca los termos con café recién hecho. Para cenar se servirán unos entrantes franceses deliciosos, carne asada, ensalada de patatas y el famoso gulasch de Swetlana; de postre habrá helado del restaurante italiano de la esquina.

—Ahora, señora Perrier, vaya con los invitados —le dice Meta Rubik, que es una persona muy capaz y cariñosa—. Edith y sus amigas ya están ayudando, así que usted puede sentarse con su marido y comerse un trozo de tarta.

Hilde se da cuenta de que Meta tiene razón. Jean-Jacques mantiene una animada charla con su hermano y su cuñada, así que casi es de mala educación no unirse a ellos. A fin de cuentas, no se ven todos los días, y pasado mañana tienen la intención de regresar a la Provenza.

Se abre paso entre las mesas, se sirve un trozo de tarta en un plato y observa con interés que su hijo Andi está hablando con una joven rubia. Luego se acerca con una silla a la mesa donde Jean-Jacques está sentado conversando con su hermano y su cuñada. Obviamente hablan en francés, así que ella tiene que echar mano de los conocimientos del idioma, que ha ido adquiriendo en el curso de sus visitas a la Provenza.

Se dispone a preguntar cómo van los viñedos y añadir un comentario sobre las fantásticas vacaciones que pasaron ahí en otros tiempos, cuando Meta grita desde la cocina: «¡Señora Perrier! ¡Rápido! Una llamada de Wiesbaden».

Parece nerviosa, y también Jean-Jacques levanta la cabeza inquieto; Hilde se dice irritada que solo puede ser su madre, de vuelta con sus quejas sobre las impertinencias de Giuseppe.

—Ni siquiera hoy es capaz de dejarme tranquila con sus quejas —gime mientras se levanta para ir a la cocina.

Allí, Meta, que tiene delante un enorme cuenco de ensalada de patata, le tiende el auricular procurando no ensuciarlo con la mano.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —pregunta Hilde enfadada.

—Dile a Karin que se ponga —dice su madre con voz apagada—. Acaban de llamar del hospital. Imagínate…

No logra seguir hablando porque la voz le falla. El hospital. Hilde se aturde. Debe de haber ocurrido algo malo.

—Edita y los niños han tenido un accidente de tráfico.

Edita, la suegra de Willi. La señora Langgässer.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es grave?

—No me han dicho nada. Pero, Hilde, temo lo peor… ¡Esos niños, pobrecitos! Tan pequeños…

Como siempre que ocurre un imprevisto, Hilde actúa con la cabeza fría y despejada.

—Ya me encargo yo, mamá —dice y cuelga.

Diez minutos después se encuentra sentada al volante de su Escarabajo con Willi y Karin sentados en el asiento trasero, los dos completamente devastados por la inquietud.

—Ya os llevo yo en el coche —les ha dicho instantes atrás—. No vaya a ser que también vosotros dos tengáis un accidente.

Karin

El edificio de ladrillo rojo del hospital municipal en la Schwalbacher Strasse evoca en Karin el recuerdo angustioso del nacimiento de Stefan. Tras dos días de contracciones, el bebé nació enfermo y rechazaba la leche; cuando por fin la dejaron regresar a casa con su pequeño, ella deseó no tener que regresar a ese lugar. Pero el destino había decidido otra cosa. Ahora se encuentra de pie ante la entrada, con las rodillas temblorosas y la respiración entrecortada, sin fuerzas apenas para subir los escalones.

Un accidente de tráfico. Hilde no ha sabido decirles nada más. No sabe si los niños están heridos o tal vez muertos. Willi se ha pasado el trayecto abrazándola por los hombros y farfullando cosas sin pies ni cabeza con las que pretendía tranquilizarla y, sobre todo, tranquilizarse él mismo. «Seguro que no es para tanto, Karin. A lo sumo, unos rasguños. Ya sabes que mamá siempre exagera. Ya verás como los dos están sanos y salvos…».

Ahora, en cambio, ha enmudecido, la ha tomado de la mano y camina en silencio a su lado. Hilde los ha adelantado y está en la entrada dando explicaciones; luego se vuelve hacia ellos y les señala la puerta que da a la escalera.

—Segunda planta. Dice que es bueno que haya venido alguien.

—¿Por qué? —pregunta Willi afligido.

—No lo sé. Pero creo que los tres se han llevado un buen susto.

—Claro, claro… —farfulla Willi—. Subamos. ¿Tercera planta, has dicho?

—Segunda. Deja que vaya yo delante.

Nota en el cuello los latidos de su corazón. Pero también esperanza. Se han llevado un susto tremendo, está claro. Pero eso también significa que están vivos. Seguro que Willi tiene razón, que

solo serán un par de rasguños, lo peor es el susto. Pero ahora sus padres ya están aquí y podrán abrazar a sus pequeños…

En el piso de arriba se abre un pasillo largo y gris; hay ahí un carrito lleno de platos y el aire desprende un intenso olor a desinfectante. Willi se lanza a correr nervioso y llama a las puertas. Al cabo de un instante Hilde da con una enfermera, una joven simpática vestida con bata de color azul celeste, delantal blanco y una cofia sobre su pelo negro.

—¿Señor y señora Koch? ¡Qué bien que hayan venido! El pequeño está muy inquieto. Vengan conmigo. Lo tenemos en la sala de enfermería…

El cuartito al que acceden es estrecho. Una mesa, cuatro sillas y armarios blancos repartidos por las paredes. En una silla, una enfermera mayor tiene a Stefan en su regazo. Karin ve con espanto que el pequeño lleva una venda en la cabeza de la que sobresalen unos mechones enmarañados de pelo rubio.

—¡Mamá! —Y se echa a llorar.

Ella se precipita hacia él, lo coge en sus brazos y lo aprieta contra ella. Está caliente y solloza con tanta fuerza que le tiembla todo el cuerpo. Willi se queda quieto, sin saber qué hacer, y acaricia la espalda de su hijo, sus brazos desnudos y el vendaje.

—¿Qué es eso de la cabeza?

—Solo es una herida abierta —les explica—. Se cayó y se hirió en la cabeza. Descartamos conmoción cerebral…

A Karin le cuesta entender a la enfermera porque el niño llora muy fuerte.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Nora?

—Su hija está en Pediatría. Se ha roto el brazo derecho. Creo que podrán verla unos minutos, ya se debe de haber despertado de la anestesia…

—¿Anestesia?

—Desde luego. Ha sido necesario tratar la fractura. Pero no tienen de qué preocuparse, se recuperará sin problema. Su hija es una niñita muy valiente.

El brazo derecho. Bueno, podría haber sido peor, pero Nora empezó la escuela en Semana Santa y posiblemente ahora le costará

un poco aprender a escribir.

—Quédate aquí con Stefan —dice Willi—, iré a ver a Nora. Luego nos la podemos llevar a casa, ¿no?

La enfermera mayor niega con la cabeza. La niña va a tener que quedarse unos días en observación en el hospital. Es la práctica habitual; tal vez pasado mañana podrá volver a casa.

—Eso ya se verá —dice Hilde con tono amable—. ¿Podemos hablar con el jefe de servicio?

—Van a tener que esperar. El doctor Schreiner ahora está operando. Pero seguro que luego dispondrá de tiempo para ustedes.

Karin tiene en brazos a Stefan, que llora y ella solo quiere una cosa: regresar a casa cuanto antes con los niños. Allí, en un entorno conocido, se calmarán; podrán estar con ellos, hablarles, dejarles hablar, consolarlos…

—¿Y mi madre? La señora Edita Langgässer. Estaba con los niños cuando el accidente. ¿También está herida?

Willi ya está en la puerta junto a la enfermera joven y se gira para oír la respuesta. Se sienten tan aliviados de que a los niños no les haya pasado nada grave que casi se olvidan de la madre de Karin.

La enfermera vacila. De pronto, Karin se estremece. Las manos de Hilde se posan suavemente sobre sus hombros.

—Por desgracia, la señora Langgässer no ha sobrevivido al accidente —dice la enfermera—. El coche la golpeó con fuerza y no hemos podido hacer nada por ella.

Las palabras retumban en la cabeza de Karin como si hubieran sido pronunciadas en una sala vacía y de techo alto. Las oye varias veces, como si hubiera eco. «No ha sobrevivido… No ha sobrevivido… Con fuerza… Con fuerza… No hemos podido hacer nada… nada…».

—Dios mío —musita Willi—. No… No sabíamos…

—Mis más sentido pésame —dice la enfermera—. El doctor Schreiner les dará todos los detalles.

Karin está paralizada. Esto es una película. Una pesadilla. No es verdad. Su madre no ha muerto. Se despertará en un momentito y todo volverá a ser como antes. Nota que se tambalea, sujeta con

fuerza al niño en sus brazos, pero es como si el suelo se precipitara hacia ella a una velocidad vertiginosa.

—¡Willi, rápido, coge al pequeño! —escucha la voz enérgica de Hilde—. Siéntate, Karin. ¡Oh, Dios mío! Te está bajando la tensión. ¿Tienen café?

Entonces todo en torno a Karin se oscurece, la película se ha rasgado; ella está lejos, sumergiéndose en una negrura sin nombre.

—¿Señora Koch? —dice alguien—. Despierte, señora Koch. Vamos.

Alguien le propina unas bofetadas suaves en la cara, ella abre los ojos y ve que está tumbada en el suelo.

—No se mueva. Vamos a ponerle una inyección para subirle la tensión…

Nota un pinchazo en el brazo, pero sigue demasiado confusa para reaccionar. Siente que el calor le recorre el cuerpo y vuelve en sí. Está en el hospital. Eso no es una pesadilla, es la realidad. Stefan tiene una herida en la cabeza, Nora se ha roto un brazo y su madre… Su madre ha muerto.

Se incorpora poco a poco, se pasa los dedos por el pelo y dirige una sonrisa tranquilizadora a Willi.

—Estoy mejor, no te preocupes. Quiero ver a mi hija. Y… a mi madre.

—No se precipite, señora Koch. Siéntese primero en esta silla…

—No, no. Estoy bien.

Hilde la toma por el brazo, Willi agarra a Stefan de la mano, y acompañan a la joven enfermera al ascensor. Aunque no se les permite entrar en la habitación donde está Nora, ven a su hija detrás de un panel de cristal. Está tremendamente pálida, tiene la carita llena de arañazos y el brazo derecho doblado y escayolado. A Nora le entran náuseas y se agita inquieta: es evidente que la anestesia no le ha sentado bien. Según la enfermera, es mejor que la niña no vea a sus padres, pues eso no haría sino inquietarla.

—¡Menuda tontería! —Hilde se irrita.

—Tenemos experiencia y sabemos lo que hacemos —le responde la mujer.

—Después de todo lo que ha pasado, la niña nos necesita con urgencia —objeta también Willi.

—Lo siento, no es negociable. En eso no hay excepciones.

Bajan en ascensor hasta el sótano. Allí, el estrecho pasillo está iluminado por unas luces brillantes de techo que vuelven sus rostros pálidos aún más translúcidos.

—Es mejor que no entre —dice Willi—. Esperaré aquí con Stefan.

Hilde permanece junto a Karin. Edita Langgässer se encuentra en un cuarto pequeño, tumbada en una camilla, con el cuerpo y la cara tapados con una sábana blanca. Karin la levanta un poco y contempla el rostro de su madre. No presenta ninguna herida, tiene los ojos cerrados y la boca algo entreabierta.

—Es como si durmiera —dice Hilde en voz baja.

Karin acaricia con ternura la frente fría y las mejillas; toca el pelo gris, rizado a la altura de las sienes. A continuación vuelve a tapar con delicadeza a la fallecida y hace una señal con la cabeza hacia Hilde.

—Vámonos…

A la salida las espera un joven médico que les pide que rellenen un formulario. Nombre de la fallecida. Estado civil. Dirección. Les entregan el certificado de defunción. Así descubren que Edita Langgässer murió en el mismo lugar del accidente y que, de hecho, no debería haber sido trasladada al hospital.

—Nos ocuparemos de todo lo necesario —dice Hilde.

¡Oh! ¡Qué bien que Hilde esté aquí! —se dice Karin—. Es tan fuerte, tan despierta, tan decidida. En el ascensor, critica a voz en grito a las enfermeras, que se comportan como auténticas arpías.

—«No haga eso, no haga aquello» —dice enfadada—. Pero a la hora de la verdad son unos pasmarotes. Cuando te has desmayado había dos en la sala. Si no llega a ser por mí, te habrías caído al suelo con el pequeñín en brazos.

Entretanto, el doctor Schreiner ya está en su consultorio de la segunda planta. Hilde dice ser una pariente cercana y él le permite pasar. El doctor, un hombre apuesto, de unos cincuenta años, delgado, con el pelo canoso y bien arreglado y gafas, los mira atentamente con sus ojos castaños.

—Mi más sincero pésame —dice—. Un trágico accidente, aunque, a pesar de todo, hay que dar las gracias de que al menos los niños

no hayan resultado malheridos. Ayer mismo tuvimos el caso de un pequeño para quien no llegamos a tiempo.

Se queja del tráfico de Wiesbaden; dice que las calles se han vuelto un peligro para los peatones; sobre todo, para los niños y los ancianos, que es a quienes más afecta. «Hoy en día todo el mundo cree que debe comprarse un coche en vez de ir en autobús».

Entonces se enteran de que la policía ya ha tomado declaraciones sobre el accidente. Según parece, la señora Langgässer estaba cruzando la Rheinstrasse con los niños y un coche la arrolló en medio del paso de cebra. Murió por una hemorragia interna. Milagrosamente, a los pequeños, que iban a su lado, apenas los rozó, y fue al caer al suelo cuando estos resultaron heridos.

—¿Han atrapado a ese bastardo? —pregunta Willi.

El doctor Schreiner no lo sabe.

Sigue a continuación una acalorada discusión sobre Nora, que debería permanecer ingresada. Willi resulta ser un luchador elocuente, y Hilde le apoya con argumentos contundentes.

—Firmaremos lo que usted quiera —dice—, pero los padres están decididos a llevarse hoy a su hija a casa.

—No puedo impedírselo —dice el doctor Schreiner—, pero insisto en que no voy a asumir la responsabilidad de esa decisión.

—Es mi hija —dice Karin—. Ya la asumo yo la responsabilidad.

El viaje de regreso a casa requiere una organización minuciosa. Willi coge un taxi y se adelanta con Stefan; Hilde le sigue con Karin y Nora. La niña sigue peleando contra los efectos de la anestesia, pero está contenta de volver a su hogar.

—¿Por qué no puedo ir con papá?

—Porque igual te entran ganas de vomitar, y eso no debe hacerse en un taxi.

Nora siente adoración por Willi, quien, aunque no es su padre biológico, cuida de ella con ternura.

A pesar de todo, entrar en casa es duro. En la cocina aún esperan los platos del almuerzo, que la madre de Karin lavó y puso a secar en el escurridor. En el salón están las revistas que solía leer, con sus gafas encima y, en una cestita de las labores, unos calcetines que había empezado a tejer para Stefan. Todo sigue como cuando salió

del piso; parece increíble que no vaya a volver nunca más. Ni tampoco a ocuparse de los niños. A Nora la dejan acostarse en la cama de matrimonio y le apoyan la espalda con almohadas; en el hospital les han dado unas gotas para aliviar los dolores del brazo. Willi se sienta a su lado, habla con ella, le lee un cuento y luego le cuenta uno de hadas inventado. Karin se sienta en la cocina con Stefan, pintan con lápices de colores; el pequeño se bebe un zumo y come un bocadillo de embutido de carne. A primera vista parece que, con apenas cuatro años, ya se ha recuperado, habla y explica cosas; sin embargo, la impresión permanece y aún falta mucho para que desaparezca.

—¿Cuándo volverá la abuela, mamá?

—Hoy no, Stefan.

—¿Y mañana? Prometió que nos llevaría a tomar un helado.

—Quizá mañana tampoco…

—¿Cuándo entonces?

¿Cómo decirle a un niño de cuatro años que su abuela ha muerto? Karin no lo sabe y retrasa el definitivo «No va a volver nunca». Al otro lado, en el dormitorio de los padres, Willi lo tiene más fácil. Nora se ha percatado de lo ocurrido.

—La abuela ha muerto, ¿verdad? —pregunta.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo ha dicho el doctor que nos ha llevado al hospital.

—Sí, Nora. Por desgracia, así es.

—Estoy muy triste, papá…

—Todos lo estamos…

¡Qué niña tan serena! Nora es muy lista; a los cuatro años ya construía frases largas y complejas, y utilizaba palabras difíciles que pillaba al vuelo. Tal vez los niños superan ese día horrible con más facilidad de lo que pensaba. Karin, en cambio, aún no sabe cómo asimilar lo ocurrido. Le cuesta hacerse a la idea de que su madre no esté viva.

Hilde se ha quedado en su casa y atiende al teléfono, que no para de sonar. Luisa llama preocupada desde Eltville para saber qué ha pasado. Jean-Jacques pregunta si quiere que vaya, que Swetlana le prestaría el coche.

—No, no —dice Hilde con tacto—. Los niños están bien, no dejéis de disfrutar de la boda.

Entonces Else, su madre, llama y se queja de que lleva horas al teléfono sin poder hablar con nadie. Karin solo oye lo que dice Hilde y, a partir de ahí, deduce las preguntas de Else.

—No, mamá. No, no han muerto todos. Los niños están bien. Solo Edita… No, ella no ha sobrevivido. Pero, por ahora, guárdatelo para ti y no llames a Eltville. Ya se enterarán en el momento debido… Pues claro que sé que eres una persona considerada, mamá. Y, por favor, cuéntaselo con delicadeza a papá, ¿quieres?… No, no. Hoy no voy a regresar a Eltville. Os veré en cuanto pueda…

A continuación llama a una funeraria, explica la situación y le susurra a Karin que alguien se pasará mañana por su casa para hablar de los preparativos necesarios.

—Gracias —dice Karin—. Me alegra que te ocupes de estas cosas, Hilde. Siento como si me estuviera desmoronando por dentro, apenas sé qué hacer a continuación.

—Es comprensible —dice Hilde, acariciándole el hombro—. Para esto está la familia, no vamos a dejaros solos.

—Eres muy amable…

—Mamá, voy a pintar un bombero —dice Stefan tirándole del brazo—. Dame el rojo.

Ha oscurecido y Hilde regresa a su casa, donde sus padres la esperan ansiosos. La noche es intranquila. Karin y Willi se acuestan con sus hijos en la cama de matrimonio. Tienen poco espacio; Nora siente dolor a pesar de las gotas, Stefan se agita en sueños y se despierta una y otra vez llorando. Al final, Karin se lleva a Stefan al salón para poder dormir los dos en el sofá.

Por la mañana, durante el desayuno, están pálidos y ojerosos. Willi ha salido antes para comprar panecillos, Karin ha preparado café y cacao. Pero no tienen apetito y los niños desmenuzan los panecillos en el plato. Willi se sirve solo una taza de café, y Karin apenas logra tragar nada. La silla vacía en la que se sentaba la abuela sigue en la mesa; ni Willi ni Karin han tenido fuerzas para retirarla.

—La abuela vendrá mañana y nos llevará a tomar un helado —anuncia Stefan lanzando una mirada insegura hacia Karin—. Es lo que dijiste, ¿verdad?

—La abuela no va a volver —dice Nora a su hermanito— porque está muerta.

—¡Mentira! —replica Stefan.

—¡Cómete el bocadillo de mermelada de una vez! —ordena Willi mirando a Karin con impotencia.

A las diez tiene un ensayo al que no puede faltar; a fin de cuentas, es su trabajo y es con el que mantiene a su familia. Karin lo entiende. Por supuesto, podría cancelar la función de esta noche y actuaría el segundo elenco, pero ¿qué actor hace algo así si no es absolutamente imprescindible? Hay que hacerse valer, ¡estar en el escenario! El suplente podría tener éxito, y conseguir que se dijese que es mucho mejor que Willi Koch.

La besa en la mejilla y murmura:

—Tú puedes con todo, cariño.

Acto seguido se marcha y ella nota claramente que a él le alegra haberse librado de la aflicción. Recoge la mesa, guarda los platos en el armario, saca un jersey de mangas anchas para que Nora pueda cubrirse el brazo escayolado mientras piensa con desazón que el rodaje en los estudios Unter den Eichen empezará en tres días. ¿Cómo se las arreglará sin su madre? ¡No puede dejar a los niños solos! Y menos aún tras ese terrible accidente y la muerte de su abuela. Willi tiene compromisos en el teatro; él es el principal sostén de la familia, lo que ella gana son ingresos extra.

Hacia las once suena el timbre de la puerta. En la entrada hay un caballero corpulento vestido con traje y corbata negros que se presenta en tono amable como Ludwig Seibelt, propietario de la funeraria Stiller Friede, para luego expresar su más sincero pésame por la trágica muerte. Pese a las tristes circunstancias, Karin no puede evitar sonreír para sí: el señor Seibelt se comporta como si quien hubiera fallecido fuera su propia madre.

Se sientan en el salón, Nora se marcha al cuarto para jugar, Stefan se sube al regazo de Karin y mira fascinado al desconocido.

—¿Y tienes también un coche negro? —quiere saber.

El señor Seibelt resulta tener habilidad en el trato con los clientes, sonríe y le explica que tiene un gran coche negro.

—¿No querrías ir a jugar con Nora al cuarto? —pregunta Karin a su hijo.

—No.

—Entonces, por favor, estate calladito. El señor Seibelt y yo tenemos cosas que hablar.

La muerte es un negocio. El de él. Le entrega unos catálogos con ataúdes de diferentes características y precios; y hay que elegir además los adornos florales, el velatorio, el servicio funerario, la recogida de la fallecida en el hospital.

—Por supuesto, también nos encargamos de los trámites en el cementerio.

—Mi madre quería ser enterrada con mi padre en Bochum —recuerda Karin de pronto—; es una tumba para dos personas. En la lápida hay espacio para gravar su nombre.

El señor Seibelt cancela la lápida y los trámites de cementerio; en su lugar, cobrará por el traslado y el servicio funerario de Bochum y se pondrá en contacto con la administración del cementerio de allí.

—¿Cuánto costará todo esto?

—No llega a cinco mil, señora. Tiene a su favor que estamos en primavera; en invierno las flores son mucho más caras.

Ella firma la documentación y recuerda que su madre disponía de una cuenta de ahorros para pagar el funeral. Pero, de momento, no tiene acceso a ella. ¿De dónde va a sacar el dinero?

El señor Seibert se despide con una leve sonrisa y la máxima cortesía. Ya en la puerta de la entrada coincide con Else, que está a punto de pulsar el timbre.

—Ese Seibelt es un usurero —comenta la mujer mientras la puerta se cierra a su espalda—. Con la funeraria Kugelmann, la de la Schwalbacher Strasse, os habría salido más barato.

Luego se sienta en el salón y se lamenta de que hacía tiempo que temía que algo así ocurriera.

—¡Dios mío! ¡La pobre y querida Edita! Mi Heinz está abatido, le tenía mucho aprecio. Pero siempre fue imprudente. ¡Antes de cruzar la calle hay que mirar a derecha y a izquierda! Yo lo hago incluso en

los pasos de cebra. Los jóvenes no tienen nada en la cabeza, no saben hacer otra cosa más que pisar el acelerador…

Explica que había sido un jovencito que se acababa de sacar el carnet de conducir y a quien sus padres, cómo no, le habían regalado sin más un Opel Kapitän.

—Me lo ha contado esta mañana en el café Alma Knauss, que, al parecer, estaba ahí al lado cuando ocurrió. Según ella, Ida Lenhard fue corriendo a la cabina telefónica más cercana y alertó a la policía…

Karin hace café mientras Else entretiene a los niños. Por suerte, en eso tiene maña y los pequeños la adoran. Stefan trepa al momento a su regazo y Nora le trae un libro para que se lo lea. Además, le da un consejo útil: sugiere que August se ocupe de las cuestiones de la herencia y que después del funeral todos los invitados acudan al Café del Ángel, a cuenta de la casa, por supuesto, es lo menos que pueden hacer por la querida Edita.

—Es una suerte que nuestro Willi ahora tenga un empleo fijo y gane el dinero. Así podrás dedicarte tranquilamente a la familia, Karin. Una madre debe estar con sus hijos, ¿no te parece? Y eso del cine, al fin y al cabo, era algo incierto…

Luisa

Esta mañana le ha costado horrores salir de la cama. ¡Menudo día el de ayer! La hermosa boda en la iglesia, la divertida fiesta en el patio de la bodega y luego esa terrible noticia. Aunque Hilde no les contó lo peor, Luisa intuyó que había algo más que se callaba. Lo notó por el tono de voz de Hilde cuando llamó; esa alegría exagerada, como cuando uno quiere tranquilizar a un niño. Colgó el auricular con cierta desazón y le dijo a Fritz que no podrían quedarse mucho rato en la fiesta por las niñas. A fin de cuentas, al día siguiente ellas debían ir al colegio y ella tenía que entrar a las ocho en el salón de moda.

—No te preocupes —respondió él—. Alguien nos llevará a casa. Y, si no, nos vamos en tren.

Así que Luisa estuvo ayudando en la cocina y luego pasó un rato sentada charlando con Swetlana y la familia Herking, aunque con cierta inquietud, ya que ni Petra ni Sina estaban a la vista. Después Frank instaló en el salón el equipo de sonido, del que empezó a atronar una música terriblemente grosera y estridente, y la gente joven se puso a bailar. Marion, por supuesto, también estaba, algo que no le hizo ninguna gracia a Fritz.

—¡No me entra en la cabeza que a esa chica le pueda gustar esa música!

Al final, Luisa hizo de tripas corazón y preguntó a August Koch si los querría acompañar a Bierstadt.

—Con mucho gusto, Luisa. Me viene genial, así también me llevo a Sina; además tengo un montón de expedientes esperando en mi escritorio.

Y entonces ocurrió. ¡Ojalá hubiera ido ella al salón para avisar a Marion! Pero en ese instante vio a Sina y a Petra, que al parecer habían estado echando un vistazo a la bodega, y le pidió a Fritz que

fuera a buscar a Marion porque August los iba a acompañar a casa. Las chicas tardaron un rato en recoger las chaquetas, las mochilas y el violín de Petra, pero aun así tuvieron que esperar un buen rato en el coche a Fritz y Marion. Cuando por fin aparecieron, Marion estaba sofocada y sollozaba amargamente; Fritz tenía una expresión furibunda.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya hablaremos en casa —dijo él tajante.

—Tú te has estado besuqueando, ¿no? —conjeturó Petra con una sonrisa.

—¡Cierra el pico! —le siseó Marion.

Dios mío, pensó Luisa. Lo que nos faltaba. Y, en efecto, apenas August los hubo dejado junto a la puerta de su jardín, atronó el castigo paterno.

—¡Dos semanas sin salir de casa! ¡Y ya puedes ir olvidándote de la paga del próximo mes!

Marion se echó a llorar y se marchó corriendo a su cuarto, que cerró tras ella con un portazo. Petra se acercó con sigilo, sin duda con la intención de entrar y consolar a su hermana, pero Marion se limitó a gritar enfadada: «¡Que te largues!».

Luisa en la cocina pidió explicaciones de lo ocurrido. Fritz le habló del «ambiente desvergonzado» que reinaba en el salón, del «contoneo» ridículo al que llaman baile, de las faldas descaradamente cortas de las chicas y del pelo largo de los chicos. Y le dijo que, en medio de ese pandemonio, él había encontrado a su hija de trece años fundida en un abrazo con un chico en un rincón oscuro.

—Seguro que ha sido algo inofensivo, Fritz. La juventud de hoy en día es más permisiva que en nuestra época.

—¡Se estaban besando! Yo lo he visto besuqueándola. En la boca. ¡Y a ella parecía incluso que le gustaba!

Fritz entonces se había acercado veloz a su hija, la había agarrado del brazo y le había propinado dos sonoras bofetadas en la cara. Cuando, acto seguido, fue a por el joven descubrió, para su asombro, que era Frank.

—¡Increíble! Con diecinueve años ya está rondando a una niña de trece! Y, encima, a una que pertenece a su círculo de amistades más íntimo. Pero a Jean-Jacques sus hijos le dan igual, él está ahí sentado con su parentela francesa, hablando como una cotorra, y, por si fuera poco, con varias copas de más. Pero mañana pienso ir al Café del Ángel a cantarle las cuarenta.

Luisa había hecho todo lo posible por calmar un poco a su marido. La noche se le hizo corta; permaneció despierta hasta tarde mientras oía a Marion, que seguía sollozando amargamente en la habitación de al lado. A ella tampoco le hace ninguna gracia que su hija se haya enredado en un «besuqueo», aunque se trate de Frank, a quien conoce desde niña. Pero tampoco le parece bien abofetearla e imponerle un castigo severo.

Por la mañana, las dos chicas desayunan en silencio. Fritz sigue en la cama; no tiene ensayo con la orquesta hasta las diez.

—Lo que hiciste ayer no está nada bien —le dice a Marion en tono severo.

—¡No fue nada! —Su hija sorbe la nariz—. ¡Solo fueron unas caricias de nada! Eso hoy en día lo hace todo el mundo.

—Yo no lo veo así —objeta Luisa—. También hay chicas decentes que obedecen a sus padres. ¿Qué pensará de ti un chico si le permites que te besuquee sin más?

—Se disculpó con papá. Pero él no quiso escucharlo y se puso a gritar de inmediato que se lo contaría a su padre.

No hay tiempo para seguir con la discusión: tienen que ir a la parada del autobús; si no, llegarán tarde. Se apean juntas en Wilhelmstrasse y allí se separan y toman direcciones distintas. Luisa suspira. El autobús vuelve a ser más caro: ahora, un billete para un menor cuesta treinta pfennigs.

En la tienda de Julia, Elegancia para la Mujer, el aire también está enrarecido. La dueña ha hecho acto de presencia, y eso no es habitual. Julia Wemhöner solo se pasa por ahí a mediados de mes para echar un vistazo a la contabilidad, solucionar problemas o para presentar la nueva colección.

—Se avecina una tormenta —le susurra a Luisa su compañera Magda Kröpke señalando con la barbilla la puerta cerrada del

despacho.

—¿Qué pasa?

—Creo que están despidiendo a Klausner.

—¡Oh, Dios mío!

—Bueno, la verdad, ya iba siendo hora —dice la rubia Magda mientras se gira para arreglar los vestidos de verano del colgador. El cuello de una prenda que se probó una clienta el día anterior está vuelto del revés; alisa la ropa con esmero y la vuelve a colgar. La moda de verano de la tienda de Julia es alegre, destacan los tonos verdes y azules y, aunque las faldas son más cortas, siguen siendo elegantes. Se llevan cortes entallados, pero también de caída suave. A las clientas se las aconseja en el probador y el precio incluye cualquier retoque necesario. En la tienda se venden además bolsos, zapatos y sombreros a juego con los modelos, y también se pueden adquirir pañuelos de seda, bisutería y pinzas para el pelo.

Luisa se dirige a la sala de personal para quitarse el sombrero y arreglarse un poco. Desde que trabaja como dependienta y costurera en el establecimiento de Julia, cuida más su aspecto: se ha hecho varios vestidos y faldas bonitos, y va a la peluquería con regularidad. Mientras se está arreglando el peinado ante el espejo, oye cuchichear a Barbara Feiner e Irene Wessel. Barbara solo lleva dos meses en la empresa, Luisa la está formando como costurera. Irene, una mujer fornida y de pelo oscuro, ya hace ocho años que trabaja como dependienta para Julia.

—Traspasaba el dinero a otra cuenta que no era la de la empresa —susurra Irene—. Por eso los números nunca cuadraban. Pero él siempre tenía una excusa…

—No me lo puedo creer —gime Barbara—. Él, que tanto se las da de sofisticado y de haber trabajado en las grandes casas de moda de París y Londres.

—Vete tú a saber si eso es cierto —comenta Irene con desdén—. Tiene un piquito de oro, desde luego, pero en la tienda se ha dejado ver pocas veces.

En eso tiene razón. El señor Klausner suele estar siempre de viaje de negocios y, cuando está en la tienda, se sienta en su despacho y habla por teléfono. Luisa nunca le ha dado importancia a eso; de

hecho, le gusta atender a la clientela con sus compañeras o tomar decisiones propias de la dirección general cuando él está ausente. Pero, claro está, Luisa no ve los libros de cuentas y, al parecer, algo ahí no va nada bien.

Al principio no ocurre nada; desde el despacho lo único que se oye es la voz tranquila de Klausner y, como habla entre dientes, no se le entiende nada. Pero luego, justo cuando Luisa está bajando un poco las persianas del escaparate por el sol, de repente se abre la puerta del despacho. Theo Klausner asoma vestido con su sombrero y su abrigo de verano y con un maletín abultado debajo del brazo. Esboza su habitual sonrisa encantadora, levanta las cejas oscuras y se inclina ligeramente para saludar a sus compañeras de trabajo.

—¡Que tengan ustedes una feliz mañana, señoras!

Acto seguido se dirige a paso ligero hacia la puerta principal y sale del establecimiento, acompañado por el tintineo de la campanita de la tienda.

—Que poca vergüenza tiene —dice Magda indignada.

—¿Está despedido? —pregunta Barbara.

—Pues claro —confirma Irene—. Ha tenido que vaciar el escritorio y meter sus cosas en el maletín, incluso los recuerdos de su viaje a París y las fotos de su novia.

En ese momento, dos clientas entran en la tienda y las empleadas interrumpen la conversación. Barbara se apresura hacia el taller de costura y Luisa la sigue porque quiere darle un par de consejos sobre cómo hacer el dobladillo de una blusa de seda, que es algo complicado; las dos dependientas se ocupan de atender a las clientas. Empieza una jornada laboral normal. Las señoras se prueban conjuntos de primavera, lamentan que las prendas más bonitas ya se hayan vendido, y por fin eligen un vestido de verano al que hay que acortar las mangas. En estos casos, Luisa es la primera persona de contacto, ella se encarga de fijar la tela con alfileres y asegura que el vestido se podrá pasar a recoger al día siguiente.

Hasta la hora del almuerzo tienen mucho que hacer, la tienda es un ir y venir de clientas. El buen tiempo del mes de mayo hace que a muchas señoras se les ocurra comprarse con urgencia alguna prenda bonita. Sobre todo si días atrás alguna amiga se ha estado

paseando por el parque del Balneario con un vestido de primavera a la moda.

A la una de la tarde sale de la tienda la última clienta cargada de bolsas y cajas. Como de costumbre, Luisa se siente un poco triste porque ese día solo trabaja media jornada y va a tener que marcharse a casa. Pero entonces Julia sale de su despacho, sonríe a su personal y da por fin las explicaciones que todas estaban esperando.

—Sí, en efecto, por desgracia he tenido que prescindir del señor Klausner. No quiero entrar en detalles sobre las circunstancias que me han llevado a ello, pero confieso que personalmente me siento decepcionada y me recrimino no haber atendido este asunto con anterioridad. Pero, en fin, ya está. Para vosotras, queridas, no cambia nada; en los próximos días tomaré una decisión sobre la dirección de la tienda.

A continuación felicita a su «equipo femenino» por el excelente trabajo, promete suministrar algunos de los modelos solicitados y les desea a todas un feliz almuerzo. Por su parte, dice, tiene asuntos que atender y, por desgracia, debe despedirse.

—Es una mujer fabulosa —dice Irene cuando Julia Wemhöner abandona la tienda—. Debe de tener cincuenta años, pero apenas aparenta treinta.

—Está delgada como una jovencita —comenta Magda con admiración—, pero seguro que va teñida.

—Es una gran empresaria y, a la vez, una persona maravillosa —añade Luisa.

Ella sabe más de lo que quiere contar. La gratitud de Julia hacia la familia Koch, que durante la guerra la escondió de los nazis, ya que es judía, abarca también a los Bogner, a quienes ha ayudado en varias ocasiones.

A causa de ese incidente desagradable, Luisa coge un autobús más tarde y llega a casa cuando las niñas y Fritz ya están sentados a la mesa.

—Disculpad, ha surgido un asunto que hemos tenido que discutir —explica en respuesta a la mirada de reproche de su marido.

Comen en silencio los macarrones con salsa de tomate que Marion ha cocinado con desgana. Petra coloca el salero sobre la mesa con un gesto ostensivo; su hermana ni siquiera levanta la cabeza, y Fritz parece que no se da cuenta de nada. Luisa siente remordimientos. Por lo general, ella suele preparar el almuerzo para que su marido o las chicas solo tengan que calentarlo. Es algo que ya hacía cuando era camarera del Café del Ángel y que, hoy en día, que trabaja tres días a la semana a media jornada y otros tres a jornada completa, sigue haciendo. Sus ingresos son una bendición para la familia, ya que la deuda por la casa es acuciante y las necesidades de sus dos hijas van en aumento. Petra va a clases de piano en el conservatorio de Wiesbaden y además, cada quince días, toma clases de violín con el señor Harbich, que es el concertino del Teatro Estatal de Wiesbaden. Eso también cuesta dinero. En el caso de Marion, aunque hace mucho tiempo que dejó el violín, gasta mucho en ropa, porque ha crecido bastante y nunca le gusta lo que su madre le compra. ¡Ay! Antes Luisa cosía ella misma los vestidos y las faldas de sus hijas, pero ahora no tiene tiempo. También el jardín está hecho un desastre; si Fritz no se empeñara tanto en plantar ahí verduras, hierbas aromáticas y patatas, haría tiempo que ella habría sembrado césped. De hecho, plantar, regar, desbrozar y hacer conservas no merece la pena: la fruta y la verdura se pueden comprar, así que no hay quien se acabe las conservas que ocupan las estanterías de la bodega. Pero Fritz, que a fin de cuentas tiene orígenes campesinos, está muy apegado a su huerto, y como Luisa no tiene tiempo, deja las tareas de jardín al cuidado de sus hijas.

Después de la cena, las niñas suben corriendo a sus cuartos. Como de costumbre, Petra se sienta un poco a tocar el piano y Marion se encierra en su dormitorio con un gran portazo. En cuanto haya lavado los platos, Luisa subirá para asegurarse de que hagan los deberes. En contra de lo habitual, Fritz se queda sentado a la mesa, y ella, por su expresión grave, deduce que tiene algo que decirle. ¡Ay, señor! Debe de haber cumplido lo que dijo antes y, tras el ensayo, ha entrado en el Café del Ángel para quejarse de Frank. Solo cabe esperar que no haya sembrado la discordia, porque eso a ella le resultaría muy desagradable, sobre todo de cara a Hilde.

—¿Ya lo has oído? —pregunta él.

—¿El qué?

—Pues figúrate, la madre de Karin, la señora Langgässer, murió ayer en un accidente. ¿Es horrible, verdad?

Él, en efecto, ha ido al Café del Ángel, pero cuando ha conocido esa horrible noticia, no ha dicho nada ni de Frank ni de Marion. Luisa tiene que sentarse. Su intuición no la había engañado. ¡Cielos! Pobre Karin. ¡Y pensar que los niños estaban presentes y que también resultaron heridos! ¡Qué espanto!

—Este tipo de accidentes ocurren a diario en la ciudad —se lamenta Fritz—. Yo les digo siempre a Petra y a Marion que tengan cuidado al cruzar la calle…

Luisa se levanta y se dirige al salón para hacer una llamada. Karin responde al teléfono; al fondo se oyen gritos de niños; parece que se están peleando.

—Karin, querida, acabo de enterarme. Lo siento mucho. Me gustaría pasarme por tu casa, pero no quisiera ser un estorbo…

—¡Luisa! Muchas gracias por llamar. No, la verdad es que hoy no es un buen día. Else acaba de llegar y Willi está a punto de volver del ensayo. Pero mañana me encantaría…

Los siguientes dos días Luisa trabaja en turno completo, pero promete hacerle una visita el domingo.

—¿Hay algo que pueda hacer por vosotros? Quizá Marion podría cuidar de los niños por la tarde, igual tienes que hacer algún recado.

—¡Oh, Luisa! ¡Qué buena idea! ¿Sabes? El lunes tengo rodaje…

—Ya encontraremos una solución, Karin. Te deseo muchos ánimos para los tiempos que se avecinan. Si necesitáis cualquier cosa, contad siempre con nosotros.

Cuelga el auricular con cierto desasosiego, se pregunta si acaso no habrá prometido demasiado. Fritz la ha seguido hasta el salón y, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, dice que Marion es demasiado joven e imprudente para una tarea de tanta responsabilidad.

—Es importante vigilarla de cerca —dice—. Si no, podría acabar mal, Luisa. Quizá esa conducta frívola suya es porque desde que trabajas cada día está un poco dejada de la mano de Dios…

Otra vez, la eterna canción. Que ella antes sirviera en el Café del Ángel a él le parecía bien; a fin de cuentas, era casi como un favor entre amigos. Y, bueno, sí, el dinero les venía muy bien. Pero el empleo en la tienda de moda a él cada vez le hace menos gracia; pasa demasiado tiempo fuera de casa, descuida sus obligaciones domésticas y familiares. A estas alturas, dice, lamenta de verdad haberle permitido aceptar ese trabajo.

—No es bueno que Petra y Marion pasen tantas tardes en casa de Swetlana; no es bueno, sobre todo para Marion, que tiene unas aspiraciones que no le corresponden. Y el resto de los días son de esas niñas que van por el mundo con la llave de su casa encima y que al regresar de la escuela no encuentran a su madre…

—Pero si para el almuerzo tú casi siempre estás en casa —objeta ella.

—Eso es algo completamente distinto.

Entonces le suelta que la casa no está limpia: que en la alfombra hay pelusa, y que el suelo de la cocina no está fregado. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que limpió las ventanas?

Ella contraataca y señala que hay muchas reformas pendientes, como la calefacción de gasóleo, por ejemplo, y renovar el suelo y las ventanas, y que pronto tendrán que encargarse del mantenimiento del tejado.

—Por eso voy a trabajar, Fritz, e ingreso cada mes una suma de dinero en la cuenta de ahorros. ¡Para poder mantener la casa!

El argumento funciona. La casa, el jardín… Esas cosas son muy importantes para Fritz. En una ocasión dijo que no querría vivir sin tener a su alrededor un poco de naturaleza. Así pues, él deja oír un suspiro de resignación y se sienta en el sofá a leer el periódico. Se tiene que acercar mucho las páginas a los ojos; aunque gracias a la operación pudo conservar la vista, esta no ha mejorado en absoluto. Más bien al contrario. En la orquesta se sienta en la sección de los violines segundos, muy al fondo, con los nuevos, y sostiene que ese lugar es muy importante, porque debe enseñar disciplina y atención a los jóvenes. De hecho, hace poco, uno de esos novatos, colocó un libro en el atril, sobre las partituras, y se pasó el ensayo leyendo. Eso son cosas que no se deben hacer, y él le reprendió de inmediato.

El resto del día discurre con bastante armonía. Luisa se afana en la casa y en el jardín; pasa la aspiradora por la alfombra; friega el suelo de la cocina y en los arriates arranca las malas hierbas, que ahora brotan con fuerza. Fritz la ayuda en eso y riega de manera profusa las semillas jóvenes, pero en casa no hace nada; cree que son cosas de mujeres. Petra y Marion deben cortar el césped y limpiar los bordes, algo que hoy hacen sin rechistar. También ellas saben ya del accidente que le ha costado la vida a la señora Langgässer, y su padre les da un sermón sobre cómo comportarse correctamente en la calle con el tráfico.

Sobre las seis, Fritz tiene que ir al teatro. Hoy hay ópera y no volverá hasta pasadas las diez. Luisa revisa los deberes y luego juega con las chicas a las cartas, al *Elfer raus!* y al mau mau, pero ni Petra ni Marion parecen divertirse. Al poco rato, Petra se escabulle a su habitación para probar una nueva idea en el piano, y Marion se sienta en el salón a leer un folletín.

—¿Siempre tienes que leer esa basura? —le pregunta Luisa con enojo—. Tenemos libros muy bonitos.

—¿Y por qué no compramos un televisor? Hoy echan *Die Firma Hesselbach*. Todos mis compañeros de clase la ven. ¡Y yo, una vez más, no podré comentar nada!

—Papá no quiere que tengamos televisión, ya lo sabes.

—¡Papá es un anticuado! —se queja Marion.

—¡Voy a hacer como que no he oído eso!

También a Luisa se le ha pasado por la cabeza la idea de comprar un televisor, pero Fritz se opone con vehemencia: «Tenemos un transistor que emite buenos conciertos y con el que además podemos escuchar las noticias. La televisión, con tantas imágenes, pone nerviosos a los niños. Cuando yo era pequeño, leía libros y, cuando tenía un momento libre, tocaba el violín».

A la mañana siguiente, Marion dice que está resfriada y que tiene fiebre. A Petra también le gotea la nariz y le duele la garganta. Luisa prepara una infusión de salvia, les mira la temperatura, despierta a Fritz y le dice que cuide de las dos hasta que empiece el ensayo.

—¿Cuándo vuelves a casa? —pregunta él.

—Hoy tengo jornada completa, ya lo sabes.

—Luisa, si las niñas están enfermas, no puedes ir a trabajar. A fin de cuentas, ¡eres su madre! —le reprocha.

—Intentaré tomarme la tarde libre —promete ella.

¡Oh, esa mala conciencia! Haga lo que haga, los remordimientos la persiguen siempre, abrumándola tanto en casa como en la tienda de moda. Sí, quiere ser una buena madre, atender a su familia, encargarse de la casa y el jardín y cuidar de su marido. Pero también necesita ese otro mundo: las charlas con las compañeras de trabajo y las clientas, la sensación de estar haciendo algo importante y de recibir un reconocimiento por ello. Sí, lo necesita, aunque Fritz sea incapaz de entenderlo. Pero, claro, ella es una mala madre, que se marcha a trabajar dejando a sus hijas enfermas en casa. De hecho, debería llevarles infusiones a la cama, tomarles la temperatura, darles pequeños tentempiés de fruta y, en caso necesario, llamar al médico para que las visitara. Pero eso también puede hacerlo desde el salón de moda; sí, llamará al médico de cabecera, el doctor Peters, para que se pase a verlas por la tarde.

Esta mañana no hay mucho que hacer en Elegancia para la Mujer. El cielo está encapotado; el buen tiempo de mayo se ha tomado un descanso, lo que, tal y como demuestra la experiencia, les quita a las clientas las ganas de ir de compras. Luisa se dedica a arreglos; le enseña a Barbara cómo hacer el dobladillo de los ojales con la máquina de coser; acorta las mangas del vestido de verano que vendieron ayer, y sujeta con alfileres el dobladillo de una falda que una clienta considera que no es lo bastante moderna y que debe medir dos centímetros menos. Sobre las once, usa el teléfono de la oficina para avisar al doctor Peters y anota la llamada en la lista, pues las comunicaciones personales hay que pagarlas. Como de momento en la tienda no hay director, decide acordar con las compañeras que hoy solo trabajará hasta el mediodía y que luego se marchará a casa. Pero cuando se encamina hacia la sala de personal, para su gran alivio, Julia Wemhöner asoma por la tienda.

—¡Buenos días, queridas! —exclama en tono alegre—. ¡Menudo tiempo! Ahora mismo acaba de empezar a llover. ¡Ah, Luisa! Por

favor, acompáñeme a mi despacho, me gustaría pedirle una cosa.

—Con mucho gusto. Yo también quisiera pedirle una cosa…

Delante de las clientas y las compañeras de trabajo se tratan de usted; Julia se lo pidió y Luisa estuvo de acuerdo, no quería que nadie pensara que recibe un trato de favor por tutear a la jefa. En cuanto están solas, Julia le ruega que tome asiento; el entusiasmo que desprende es tal que a Luisa le incomoda mucho tener que pedirle justo en este momento una tarde libre.

—Me gustaría preguntarte una cosa, Luisa, querida —dice Julia mientras se sienta en su escritorio con una sonrisa—. ¿Qué te parecería asumir de forma provisional durante unas semanas la dirección de la tienda?

—¿La… dirección? —balbucea Luisa, sorprendida—. ¡Pero si nunca lo he hecho!

—Bueno, lo dicho, de momento sería algo provisional; yo te iré formando. Nos conocemos desde hace tiempo y estoy segura de que enseguida te harás con ello. ¿Qué me dices?

Luisa se queda sin habla. ¡La dirección de la tienda! Julia Wemhöner la cree capaz de encargarse de algo así. ¡Oh, Señor, sí! ¡Le encantaría hacerlo! Desde luego. Pero…

—La verdad, no lo sé —murmura—. Esto me toma por sorpresa. Irene y Magda llevan trabajando para ti mucho más tiempo que yo…

—Para mí es importante confiar el cargo a una persona que: uno, sea adecuada para él; y, dos, en la que se pueda confiar plenamente. Por eso he pensado en ti, Luisa.

Siente la mirada desafiante posarse sobre ella. Amable, alentadora, afectuosa. Por un momento se siente tentada. ¡Es una gran oferta! ¡Menuda oportunidad! ¡Y tal vez luego podría continuar! Acompañar a Julia Wemhöner en sus viajes a Londres y a París; entrar en la industria de la moda; trabajar en la colección de Julia, aportar sus propios diseños…

Pero pronto vuelve a poner los pies en la tierra.

—Para mí es un honor que me tengas tanta confianza, Julia. De verdad. Pero, por desgracia, mis obligaciones como esposa y madre me impiden asumir una tarea de tanta responsabilidad. Justo ahora

iba a pedirte que me dieras la tarde libre porque tengo a las niñas enfermas.

Julia, que está a todas luces decepcionada, se reclina en su asiento y mira a Luisa con el ceño fruncido.

—Por supuesto —dice—, si las niñas están enfermas, evidentemente puedes tomarte la tarde libre. Pero admito que pensaba que te interesaría prosperar a nivel profesional. Tómate un tiempo para sopesar mi propuesta. A fin de cuentas, las niñas ya no son tan pequeñas, ¿no?

Andi

No ha pegado ojo en toda la noche. Al menos esa es la sensación que tiene. Tal vez, a ratos, se ha adormilado un poco, pero entonces le venían esos sueños extraños y se despertaba enseguida. Se ha levantado dos veces y ha ido a la cocina a beber un vaso de agua fría. Ha sido en vano. Luego ha intentado leer un libro, pero enseguida lo ha dejado y, en lugar de ello, ha empezado a escribir disparates. Un poema. De amor. Pomposo, cursi, increíblemente ridículo. Por la mañana, lo ha roto en mil pedazos y lo ha echado a la papelera.

Esto tiene que terminar, se ha reprochado. Hay que dejar de darle vueltas. No fue nada. Una nadería romántica. Nada que ver con el amor.

El amor es la comunión de dos almas. El encuentro de dos personas destinadas a ser la una para la otra desde el principio. Armonía cósmica. Bueno, sí, lo físico también tiene su importancia. De hecho, tiene mucha. Pero solo cuando es el gran amor verdadero. Entonces ella llegará intacta al matrimonio. La mujer reservada para él, la que él llevará en palmitas, la que encajará con él como la pieza de un rompecabezas. Su media naranja.

Lo de la noche anterior no tuvo nada que ver con eso. Nada. En absoluto. Fue el vino, la noche templada, el viñedo a la luz de la luna y, en fin, sí, ese dulce y tentador calor que sentía junto a él. Y tal vez también esa mirada tierna, suplicante; la boca entreabierta; los labios carnosos y lo que sus manos llegaron a palpar. Se dejó llevar por el desenfreno, por el romanticismo de la situación, se olvidó de sí mismo de un modo imperdonable. Besó a Margit.

¿O acaso fue ella? No recuerda bien cómo empezó todo. Sea como fuese, él se ofuscó y se abalanzó sobre la chica como un salvaje. ¿O fue ella la que se abalanzó sobre él? Da igual, al final los dos

acabaron tumbados en el suelo, entre las vides, y quién sabe qué más habría llegado a hacer él si el reloj de la torre del pueblo no hubiera dado la una. Eso le devolvió, de pronto, la cordura. Entonces se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones, le tendió la mano a ella y le dijo: «Vamos. Nos van a echar en falta».

Si no recuerda mal, al principio ella se opuso y dijo que todo el mundo estaba bebido y que nadie los buscaría. Pero acabó levantándose con dificultad, y él se sobresaltó al verla porque tenía la blusa abierta de par en par. A la vuelta, él echó a andar deprisa delante, casi como a la fuga; entonces ella se le acercó y le dijo contrariada: «No te atreves, ¿eh?».

¿Qué había querido decir con eso? ¿Acaso quería que llegara más lejos? ¿A algo para lo que no hay vuelta atrás? ¿Qué clase de chica es esa Margit? ¿Cómo puede ser tan frívola, tan atrevida? ¿Es algo propio de esta comarca? ¿Acaso las chicas de Rheingau son todas unas frescas? De ser así, aunque el comportamiento de ella sería comprensible, el suyo, desde luego, no lo sería.

En el patio de la bodega aún había un grupito de familiares y vecinos sentados tomando un vino, pero la mayoría de la gente ya se había marchado. En ese momento su padre estaba en el salón proclamando a gritos que ya era hora de apagar la música; Mischa retiraba botellas de vino; Simone traía de la cocina agua con gas y algunos tentempiés y los dejaba en la mesa. Seguía estando muy hermosa, aunque llevaba el vestido arrugado y se había quitado el velo.

—Vaya, vaya, parejita —dijo con picardía dirigiéndose a él y a Margit—. ¿Un paseo *au clair de lune*? Swetlana dice que en un momentito va a acompañar en coche a Andi y Frank a Wiesbaden.

Él se alegró mucho de marcharse de Eltville y ayudó a recoger el equipo de música de Frank y guardarlo en el coche de la tía Swetlana. Frank había ahorrado su escaso sueldo de aprendiz en el taller mecánico Pahl para comprar el tocadiscos y los dos grandes altavoces y, por supuesto, la abuela había añadido lo que le faltaba.

Un altavoz cabía en el maletero; el resto lo tuvieron que colocar en el asiento de atrás, y Frank se apretujó en medio. No había sitio para papá, pero de todos modos él quería pasar la noche en Eltville.

El viaje fue bastante movido porque la tía Swetlana no estaba muy sobria y tuvieron que dar algunos rodeos para evitar que la policía los detuviera. Frank iba controlando por si veía cerca algún coche de policía, pero, aun así, tuvo tiempo para hacer comentarios estúpidos.

—¿Bueno? ¿Qué tal con Margit? Os habéis esfumado durante bastante rato, ¿no?

—Olvídalo, hermano —gruño él—. ¡Tú ocúpate de tus asuntos!

—¿Seguro que te has estrenado, eh, grandullón? —preguntó Frank con sorna.

—¡Déjame en paz!

—Margit ya tiene práctica, créeme. Tú no eres el primero.

Andi, enfadado, no había dicho nada. En otros tiempos, en una situación así, él se habría liado a golpes con su hermano, pero ya no lo hacía porque pronto aquel demostró ser más hábil que él. Frank entrena boxeo tres veces por semana y tiene unos músculos en los brazos con los que él, que es delgado y larguirucho, solo puede soñar. Físicamente solo Mischa es rival para su hermano, pero aquel se ha vuelto más tranquilo y no se mete en peleas.

En el trayecto de vuelta, él no solo se había sentido enfadado, sino también dolido. Por lo visto, la guapa y cariñosa Margit también sabe divertirse con otros. Por supuesto que sí, a fin de cuentas es una chica descarada de Rheingau. En todo caso, para él esto es una decepción y le socaba un poco más aún su amor propio.

Se había quedado mirando con enojo por el retrovisor, viendo la cara sonriente de Frank junto a la caja del altavoz. En los últimos años, la relación con su hermano gemelo se ha deteriorado mucho. Simplemente son demasiado distintos. Desde que, tres años atrás, Frank terminara sus estudios con un discreto título de educación secundaria y empezara su formación como mecánico de coches, viven en mundos diferentes. Él es un lector voraz; le interesan la historia y la música; le gusta aprender otros idiomas, incluso el latín le fascina porque es la lengua de la ciencia y de los escritos antiguos de los monasterios. Tampoco asignaturas como Física y Matemáticas le han supuesto nunca ninguna dificultad, aunque su interés por ellas es limitado. Frank, en cambio, es incapaz de abrir un libro por voluntad propia, pero sabe desmontar y volver a montar el motor de

un coche, y se jacta mucho de ello. Por desgracia, en esto cuenta con la admiración de su padre, que también siente debilidad por los coches, y los dos pasan mucho tiempo juntos reparando la destartalada furgoneta Goélette. A papá no le importa que Frank lleve el pelo por encima de las orejas, ande siempre en vaqueros y camiseta interior, y utilice un lenguaje que disgusta a mamá.

—¡No quiero oír ese tipo de lenguaje! —se enfada ella—. En el taller puedes hablar así, pero en mi casa, no. Y menos aún en el café.

—Como si allí nadie dijera nunca «mierda» —replica Frank con tono despreocupado—, los actores se pasan los ensayos diciéndolo. Me lo ha contado el tío Willi.

La noche anterior fue muy larga: llegaron al patio del Café del Ángel pasadas las dos de la madrugada y encima tuvieron que descargar los altavoces y el tocadiscos y todos los cables. La tía Swetlana estaba tan cansada que estuvo a punto de quedarse dormida de pie.

—¿No prefieres pasar la noche aquí, en casa? —le preguntó él, preocupado.

—¡Qué buen chico eres! —le respondió ella con una sonrisa—, pero tengo que regresar a casa con Sina y Laika. August debe de estar esperándome. Buenas noches. No tardéis mucho en ir a la cama…

Por prudencia, había ayudado a su hermano a subir su preciado equipo con el máximo sigilo posible; Frank lo metió todo en su cuarto, fue al baño y después se tumbó en la cama. Probablemente se quedó dormido en el acto. Esa era también su intención, pero fue incapaz de pegar ojo. Había pasado casi toda la noche en vela.

Por la mañana se sienta solo a desayunar. Hace rato que Frank se ha ido, tiene que estar en el taller a las siete y media; mamá lleva desde las siete trabajando abajo, en el café, donde el incansable Ewald Deuss elabora cruasanes y caracolas de hojaldre con nueces. El panadero aún les trae los panecillos porque Ewald insiste en que él es pastelero, no panadero.

Mamá, siempre tan atenta, le ha dejado en la mesa del desayuno dos panecillos frescos de semillas de amapola, que ahora él unta con

mantequilla, distraído y absorto. Cavila ensimismado. ¿Qué le pasa con esa chica que le sigue rondando la cabeza? ¿Por qué despierta en él emociones que no merece? Va con todo tipo de muchachos; es posible que solo quisiera divertirse con él y encandilarlo. Y, desde luego, lo logró, cada vez le resulta más evidente. Él ha caído en sus redes, y en lugar de desestimar lo ocurrido como una experiencia estúpida, ha sucumbido a todo tipo de fantasías y ha acabado escribiendo poemas de amor. ¿Por qué mezcla cosas que no tienen nada que ver? Fue solo un arrebato, un error. ¡Él no se ha enamorado! Y menos aún, de alguien tan desvergonzado como ella. ¡Eso sería completamente absurdo!

Bebe el café caliente que mamá le ha dejado y, tal como le han enseñado, retira las sobras del desayuno y enjuaga el plato y la taza. Se da cuenta entonces de que ya son casi las diez y se siente culpable. Tras hacer el examen de ingreso a la universidad, justo antes de Pascua, le llevó un tiempo desacostumbrarse de la presión del estudio diario. Ha ido un par de veces al teatro para ver actuar al tío Willi y también ha ido a conciertos. Le encanta la música clásica: lo que Frank escucha a veces en su cuarto por la noche le parece atroz. El jazz está bien, hay músicos muy buenos, pero lo demás es vulgar y ruidoso. Hace una semana, el tío August le preguntó si querría trabajar como becario en su bufete; así podría hacerse una idea de la profesión de abogado y ganar un pequeño sueldo. Él accedió, y lo cierto es que de momento le está gustando bastante.

Así pues, va a arreglarse para salir hacia la Bahnhofstrasse, la calle donde su tío tiene un gran bufete en la primera planta de un inmueble antiguo. De hecho, llega dos horas tarde, pero le dirá al tío August que tiene dolor de cabeza. Y es verdad. Debe de ser por el vino.

El edificio de Bahnhofstrasse es una construcción de varias plantas de estilo guillermino que logró sobrevivir indemne a la guerra. La fachada está decorada con adornos y esculturas de estuco fantasiosos, y el portal de entrada está sostenido por dos columnas ricamente decoradas con follaje. La escalera, en cambio, ha visto días mejores: la barandilla de hierro forjado, que muestra zarcillos y flores, antes estaba pintada de dorado, pero ahora es de un feo

color marrón; las paredes están cubiertas por una pintura al óleo verdosa e impermeable, y los peldaños están recubiertos con linóleo. Huele a polvo y a pintura vieja. En cambio, el bufete del tío August, en el primer piso, da una impresión distinta por completo: es un lugar luminoso porque las ventanas llegan hasta el suelo, las paredes están pintadas de un tono blanco delicado y por todas partes cuelgan láminas de Klimt y Van Gogh, elegidas personalmente por el tío. En la recepción está la señora Gelbert, una mujer amable, maternal, que tiene una sonrisa simpática. Hay un despacho para las dos secretarias —la señorita Helga Kugler y la señorita Doris Saalmann—, y otro para el señor Paul Jonas, un joven colega que trabaja empleado por el tío August. Luego hay una sala que comparten los dos pasantes; un cuartito estrecho para los archivos —que gestiona el anciano señor Zimmermann— y, claro está, el despacho que ocupa el tío August. El despacho donde está él no es muy grande, pero tiene un ventanal que da a la calle, está bañado de luz y decorado con muebles antiguos con arabescos que compró la tía Swetlana.

La señora Gelbert está despidiendo en ese instante a una pareja joven, dos personas bien vestidas que posiblemente han acudido ahí por una herencia, a Andi le parece recordar el caso. A continuación se vuelve hacia él con una sonrisa agradable y sin mencionar en absoluto que llega tarde.

—Buenos días, señor Koch. ¡Qué día tan lluvioso hace hoy! ¿Verdad? Pero, en fin, como suele decirse, no es bueno trabajar siempre de sol a sol. ¿Un café?

—No, gracias, no. Me duele un poco la cabeza…

Al instante, ella le pregunta, en tono maternal, si quiere un comprimido. A ella, afirma, la aspirina siempre la alivia de inmediato.

—Se lo agradecería mucho. Muy amable.

Ahora mismo, una aspirina le vendría muy bien, porque el dolor de cabeza, que al principio le parecía poca cosa, se ha convertido en una presión desagradable.

—Si pudiera por favor comunicar al señor Koch que ya estoy aquí, señora Gelbert.

—Con mucho gusto. Antes ha preguntado por usted.

La puerta del despacho de las secretarias está abierta; ambas están ocupadas tecleando, pero, cuando él pasa, levantan la vista y le dan los buenos días con amabilidad. La señorita Kugler es una joven agradable, siempre está de buen humor y, aunque no se prodiga mucho, trabaja de forma fiable. La otra, la señorita Saalmann, acaba de cumplir veinticuatro años; es una mujer delgada, de pelo moreno, se pinta los labios con esmero y también se da rímel. A él no le cae bien porque siempre lo mira de arriba abajo, de forma desafiante mientras sonríe de un modo misterioso, o eso le parece a él. Por su parte, también las saluda educadamente con un ademán de cabeza y murmura un saludo matutino que se pierde tras el repiqueteo de las máquinas de escribir. Luego entra a toda prisa en el despacho de Paul Jonas, que puede utilizar hasta la semana que viene porque el compañero de trabajo del tío August estará de vacaciones hasta entonces. Sobre el escritorio hay un montón de expedientes, casos de años anteriores que ya se han cerrado y que el tío August quiere que él vea. Casos de herencias, demandas de divorcio, pleitos de todo tipo, desde solares en litigio en el centro de la ciudad hasta ridículas disputas entre vecinos. Se sienta a terminar de leer un expediente que empezó anteayer. ¡Menuda tontería! Este caso es tan extravagante que serviría para hacer una obra de teatro.

Va sobre un nogal que crecía en un terreno propiedad de una familia y algunas de cuyas ramas se extendían, en parte, sobre la propiedad vecina. El jubilado que habitaba en esta recogía las nueces que caían en su jardín y su esposa las empleaba para hornear galletas. Hasta aquí, todo legal: los frutos que caen en el jardín del vecino pasan a ser suyos. Sin embargo, el hijo del dueño del árbol observó que el vecino se dedicaba a sacudir las ramas del nogal con un palo para hacer caer las nueces. Y esto está prohibido: el vecino debía esperar a que las nueces cayesen en su jardín; solo entonces le pertenecían. El jubilado argüía que el pequeño se había inventado esa historia, algo que el padre de familia rechazaba con indignación porque, según él, su hijo era un niño que siempre decía la verdad, así que el vecino debía pagar por las nueces robadas…

Andi se reclina agotado en su butaca y se frota las sienes doloridas. Es increíble. La situación derivó en insultos y agresiones, hubo lanzamientos de malas hierbas por encima de la valla e incluso se produjo un intercambio de piedras. Por su parte, el jubilado contrató a un abogado, y los costes acabaron superando varias veces el valor de un cesto de nueces. Se elaboró una propuesta de acuerdo, pero ninguna de las partes en litigio quiso aceptarla. El caso se alargó durante tres años y la historia acabó con la tala del árbol.

¡Qué interesante! ¿Qué hace que la gente se pelee a muerte por algo tan insignificante? ¿No debería él estudiar Psicología? ¿O tal vez Literatura? Se da cuenta de que el Derecho no es lo suyo. Aunque probablemente eso decepcionará mucho al tío August, ya que da la impresión de que confía en que algún día él se una a su bufete.

La señora Gelbert le trae la aspirina prometida con un vaso de agua y le desea que se mejore pronto. Acto seguido, el tío August entra en el despacho:

—¿Te duele la cabeza? —pregunta con una sonrisa—. Me alegra que hayas venido de todos modos. Tengo algo para ti, mira, echa un vistazo…

Le muestra entonces un expediente, un caso de divorcio, afortunadamente sin hijos; la pareja «solo» discute por los ahorros y los muebles. El tío August es el abogado de la esposa.

—Lee con detenimiento la documentación e intenta redactar una carta para el marido. La situación está clara, he hecho un breve resumen en esta hoja, solo tienes que escribir la carta. ¿Te apetece?

—Por supuesto. Con mucho gusto, tío August. Siento mucho haber llegado tarde hoy…

Su tío le da una palmadita paternal en el hombro.

—Lo importante es que disfrutes con este trabajo. El estudio del Derecho puede ser muy aburrido, pero luego, en la práctica, uno se enfrenta a casos insólitos y tienes la ocasión de ayudar a la gente a defender sus derechos. Creo que eso es importante, sobre todo cuando afecta a la «gente humilde».

—Sí, claro…

El tío August lo anima con un ademán de cabeza y se va apresuradamente porque unos clientes le están esperando. Andi, obediente, empieza a analizar el expediente. Es cierto que su tío suele ayudar a la gente con pocos recursos; incluso en algunos ha llegado a renunciar o a aplazar el cobro de sus honorarios. Pero también representa a clientes de la industria y el comercio con los que gana un buen dinero. Si no lo hiciera, no podría permitirse un bufete con tantos empleados.

Andi se traga la aspirina, contempla el texto y empieza a escribir. Por desgracia, de nuevo, le surgen unos pensamientos inadecuados que entorpecen su trabajo. Al final deja el bolígrafo a un lado y se queda ensimismado.

¿Cómo saber si Frank ayer le dijo la verdad? ¿Y si su hermano ha juzgado mal a Margit y ella no es tan ligera de cascos ni tan frívola como él cree? Ella solo es espontánea. Una persona alegre, que con su cháchara lo vuelve despreocupado a él y le quita inhibiciones. En su presencia se siente cómodo, habla con libertad de cualquier cosa, contesta alegre a sus preguntas y responde a sus bromas. Antes ella incluso le había escrito cartas, algo que entonces a él le resultaba embarazoso. Pero, en cualquier caso, eso demuestra que él a ella le gusta. Y además, desde hace años. Y eso, de hecho, no es señal de veleidad. Más bien de un apego tenaz o incluso de un apasionamiento…

Andi se llama al orden y termina el borrador de carta que le han pedido. Tal y como su tío convino con sus padres, regresa a su casa para almorzar, y estará de vuelta en la oficina sobre las dos. De camino a casa, el tiempo lluvioso no le molesta en absoluto; disfruta sintiendo las gotas frías en la cara y se divierte viendo a los transeúntes esconderse nerviosos bajo sus paraguas de colores.

En casa, como de costumbre, la abuela Else ha preparado la comida: pastel de carne con patatas y col lombarda. Ella misma ralla la col y la prepara con manzanas y tocino ahumado según una receta familiar. En casa de la abuela no se come esa col lombarda preparada que hoy en día las tiendas venden en tarros.

Papá ha vuelto de Eltville y comentan acerca del terrible accidente y de la pobre Edita Langgässer, pero entonces pasa a otro tema que

hace que Andi aguce los oídos. Según parece, ayer su hermanito Frank, a la chita callando, se propasó con Marion. ¡Increíble! ¡Con la de comentarios odiosos que se ha permitido hacer sobre él y ahora resulta que no es trigo limpio! A esta hora no está en casa, porque al mediodía se queda en el taller y se da el gusto de comerse una salchicha en un puesto callejero, pero todo indica que por la noche le van a leer la cartilla. Papá está que trina; Mischa se lo ha contado, y él lo ha sabido por los jóvenes que estaban ahí. Mamá también está disgustada y comenta que antes Fritz se pasó por el café, pero que no dijo ni una palabra de eso.

—¡Ah, bueno! —dice la abuela Else, que adora a Frank—. Eso es señal de que no fue para tanto. Frank es un muchacho decente que sabe comportarse.

Por una vez, el abuelo Heinz no está de acuerdo. Según él, últimamente su nieto Frank se ha desmandado y necesita que le llamen al orden.

—¡No me gusta cómo viste! ¡Y ese pelo largo que lleva! Los jóvenes de hoy no tienen ni idea de lo difícil que antes eran las cosas para nosotros. Lo dan todo por sentado y se permiten libertades que en nuestra época no nos atrevíamos ni a soñar…

¡Ah! El abuelo con sus discursos, piensa Andi divertido. Siempre es lo mismo: que si antes había orden y disciplina. Que todo iba mejor. Que los jóvenes entonces respetaban a sus progenitores. Pero antes estaba el Tercer Reich, el régimen nazi, y fueron a la guerra y Adolf Hitler mandó asesinar de manera brutal a millones de judíos y a muchos otros. De eso habla muy poco. A lo sumo, de cuando fue prisionero de guerra y de cómo escondieron a Julia Wemhöner…

Mamá tiene poco tiempo, quiere bajar de nuevo al café. A las tres está prevista la llegada de un grupo de turistas y hay que hacer preparativos en el salón privado.

—¿Me ayudarás a poner las sillas, cariño? —le pregunta a papá.

—*Avec grand plaisir!* —responde él sin entusiasmo.

El abuelo Heinz se va a dormir la siesta; la abuela Else se pone a fregar platos y Andi sube al piso de sus padres porque nota que la lluvia le ha empapado la chaqueta y siente los pantalones y los calcetines húmedos.

—¡No te vayas a resfriar, hijito! —le dice la abuela Else a su espalda—. ¡El resfriado siempre se esconde en las prendas mojadas!

Cuando llega arriba, saca una camisa seca, pantalones y calcetines, y se cambia de ropa. Aún le queda media hora y, por suerte, el dolor de cabeza ha desaparecido, así que va a leer un poco antes de volver al bufete.

Apenas se ha acomodado en la cama con su libro cuando suena el teléfono. ¿Debería contestar? Es probable que sea para papá o tal vez se trate de algún amigo de Frank.

Pero como la persona que llama insiste, finalmente se levanta y descuelga el auricular.

—Andreas Koch…

—¿Andi? ¡Oh, qué contenta estoy de haberte pillado!… Es que, ¿sabes? Tengo mala conciencia. No sé qué me pasó ayer, debió de ser el vino… Pensarás que soy una fresca…

Está atónito. ¡Es Margit! Ha llamado aquí, a Wiesbaden. Al teléfono de sus padres. Ella nunca había hecho algo así.

Antes de decir algo, él necesita aclararse la garganta tres veces.

—¿De dónde has sacado nuestro número?

—¡Ah! ¡Es el de tu padre! Me lo dio Meta. ¿No quieres que te llame? No te enfades conmigo. Es que no he podido pegar ojo en toda la noche, no he dejado de pensar en ti. Estoy tan avergonzada por lo de anoche. No quiero que te hagas una mala idea de mí…

—Bueno… —logra decir él. De nuevo tiene que aclararse la garganta—. Bueno, lo de ayer también fue culpa mía. No volverá a suceder nunca más, Margit. Tú… no tienes nada que reprocharte…

Pero ¿qué está diciendo? ¿No iba a decirle que lo había decepcionado mucho y que no quería saber nada más de ella? Por algún motivo, no se atreve. Tal vez sea porque ella parece realmente dolida y arrepentida, y eso le ha conmovido.

—Pero yo me siento culpable, Andi. Porque estoy muy enamorada de ti, y ahora debes de pensar que soy una fresca. Y no lo soy. Andi, yo te amo con locura…

Eso se lo ha dicho a menudo; a él le maravilla la franqueza con la que ella es capaz de expresar sentimientos tan íntimos. Por lo

general, en esas ocasiones, Andi se limita a sonreír y callar, y tampoco esta vez sabe qué decir. Así pues, prefiere guardar silencio.

—Volverás, ¿verdad? —pregunta ella con congoja.

Él traga saliva. Seguramente la garganta le hace tanto ruido que se oye al otro lado de la línea.

—¿Quieres decir? ¿A Eltville?

—Sí —suspira ella—. Es que quiero contarte tantísimas cosas, Andi.

Parece tan infeliz. Tan anhelante. ¿Qué se supone que debe hacer?

—Pues claro —dice, y vuelve a carraspear al notarse la voz ronca —. En el viñedo siempre hay cosas que hacer.

—Entonces te esperaré… Ya no estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—No —responde él—, pero, por favor, no vuelvas a llamar.

Cuelga el auricular sintiéndose un cobarde patético. Con un par de palabras, el asunto ahora estaría zanjado, sería, por así decirlo, un caso cerrado. «Pero no. Así ya está bien —se tranquiliza—. Si no, esa chiflada es capaz de cometer alguna locura».

Swetlana

Ha comprado un ramo enorme en la floristería, un precioso arreglo de rosas blancas, lirios y claveles de color rosa. Lo adorna una cinta blanca con un reborde dorado que dice: «Te recordamos con amor: August, Swetlana, Sina». Lo ha metido con gran trabajo en el maletero del coche y luego se ha puesto al volante para ir hasta la Ringkirche, la iglesia donde a las dos y media se celebrará el funeral por Edita Langgässer.

—Mamá, es una exageración —dice Sina, que ocupa el asiento del acompañante.

—¿Cómo puedes decir eso? —objeta, enfadada—. Quiero mostrar mi aprecio por la madre de Karin. Quiero honrarla, y por eso le he comprado unas flores bonitas.

—Pero resulta embarazoso que nuestro ramo sea más grande que el del tío Willi y la tía Karin.

—¿Qué hay de embarazoso en eso, Sina? Cada uno da lo que puede y quiere. Yo llevaré este ramo porque quiero dar mucho y soy generosa.

Sina lleva un traje chaqueta negro que su madre le ha comprado especialmente para la ocasión. Le va demasiado ajustado y le queda un poco corto, pero la chaqueta tiene unos botones tan bonitos que Swetlana no ha podido evitarlo. Además, no hace falta que Sina se abroche la chaqueta: la puede dejar abierta sobre la blusa blanca de volantes.

—¿Se te ha ocurrido pensar que la señora Langgässer será trasladada a Bochum? —pregunta entonces su hija de trece años—. ¿Qué harán entonces con las flores? ¡Se marchitarán!

En realidad no había pensado en eso. ¡Ah! Sina es muy inteligente. A veces le parece que es mucho más prudente que ella. Y eso que todavía es una niña. Su angelito. La niñita de sus ojos.

Mischa ya es adulto. Swetlana lo adora, pero ahora que tiene una esposa que cuida de él ya no necesita una madre. Y ella tiene a su Sina. ¡Qué suerte tener, al menos, a su hija! Si no, estaría completamente sola…

—¡Ah, bueno! —dice—. Se llevarán las flores y las colocarán sobre la tumba en Bochum. Así va, Sina. Sobre las sepulturas tiene que haber flores bonitas. Y velas. La luz eterna. Para que Dios la encuentre el día de la Resurrección.

Sina no dice nada. A veces su hija es realmente peculiar. Se niega en redondo a ir a clases de confirmación, y no quiere hacerlo porque no sabe si desea o no unirse a la iglesia. Cuando Swetlana, que era ortodoxa, se casó con August, se convirtió a la fe protestante; lo hizo por él y también porque entonces era más fácil casarse por la iglesia. De todos modos, la eucaristía católica le gusta mucho más que la sobria misa protestante. La confirmación es una fiesta bonita y festiva, se puede invitar a mucha gente y la confirmanda recibe regalos. Swetlana no entiende por qué Sina no quiere todo eso. Pero August en esto se ha puesto de parte de su hija, así que ella ha tenido que ceder.

Por suerte, Swetlana encuentra aparcamiento en la Rheinstrasse y Sina la ayuda a acarrear ese ramo enorme hasta la iglesia. Es un templo grande y bonito, con rosetones redondos y nave abovedada, aunque a ella le parece demasiado luminosa y poco solemne.

«En la misa protestante, el sermón ocupa el lugar central —le explicó August en su momento—. Nada debe distraer de las palabras del pastor».

Pero la vista también tiene que disfrutar. ¡Qué bonita era la iglesia de Sverdlovsk adonde iba con su madre cuando era niña! Esa pompa misteriosa y oscura, los numerosos iconos dorados, las preciosas casullas y los hermosos cánticos. Aquello sí era solemne. En comparación con aquello, el pastor vestido de negro con alzacuello blanco no es nada.

El sencillo ataúd de madera descansa ante al altar; colocada sobre él hay una palma de rosas rojas y lirios blancos; a los lados hay también varios ramos, así como un ramillete de claveles con gypsophila. Su ofrenda floral, que lleva delante ayudada por Sina,

es, en efecto, la más grande y magnífica de todas. Bueno, pues mejor. Luisa, que ha entrado con ellas en la iglesia, deposita un ramo de tulipanes con un lazo blanco; Hilde ha traído una corona de hiedra y gerberas.

Saludan con un susurro a los familiares presentes y se sientan en uno de los bancos del fondo, donde Petra espera a Sina. Marion está sentada delante, con Stefan y Nora; la niña ha cuidado de los hijos de Karin un par de veces y parece llevarse muy bien con ellos. ¡Ah! Claro, últimamente Karin va a menudo a los estudios de cine Unter den Eichen, donde está rodando una película policiaca junto a Gert Fröbe. ¡Pobrecitos niños!

El órgano empieza a sonar. ¡Dios mío! La ceremonia ya está comenzando, y August, cómo no, aún no ha hecho acto de presencia. Y eso que ayer por la noche le recordó que el servicio fúnebre comenzaba a las dos y media, y que él tenía el deber de asistir, ya que, aunque lejana, Edita Langgässer era pariente suya. «Lo intentaré, cariño —le dijo él—, pero por desgracia tengo una cita importante que no puedo cancelar».

Según parece, le aguarda un gran juicio que causará revuelo en Wiesbaden y que además pondrá en juego su reputación como abogado. Pero eso ya se lo ha dicho muchas veces. August tiene muchos pleitos importantes y clientes muy exigentes; su familia y su esposa forman parte de las cosas irrelevantes de su vida. Hace tiempo que Swetlana se resiente de ello y han tenido varias discusiones al respecto.

—No te pongas triste, mamá —le susurra Sina, que se da cuenta de que su madre no deja de volverse hacia la puerta de la iglesia—. El padre de Petra tampoco ha venido porque tenía clases de violín en el conservatorio.

Pero eso a ella no le sirve de consuelo. Además, le molesta que el funeral se celebre en la iglesia, porque a ella se le hace demasiado corto; y, encima, lo que dice el pastor sobre Edita Langgässer le suena impersonal y superficial. ¿Acaso la conocía? Bueno…, tampoco es que Edita Langgässer frecuentara la iglesia. Posiblemente Karin le ha contado cuatro cosas sobre su madre y él se lo ha anotado.

Hace dos días estábamos celebrando una boda y ahora estamos en un funeral, piensa con tristeza. Así es la vida. Un ir y venir, alegrías y penas. Envejecemos y los hijos se hacen mayores. ¿Por qué August no está aquí? ¿Y por qué Mischa lleva una chaqueta azul? ¿De quién es ese horrible paraguas rojo brillante que hay en ese banco? ¿Cómo es posible llevar una monstruosidad así a una iglesia…?

Tras la ceremonia, todo el mundo se acerca al ataúd adornado con flores para rezar una breve oración o despedirse de alguna otra forma.

—¡Adiós, abuela Langgässer! —oye susurrar a Petra, que está junto a ella—. Me caías muy bien. Lástima que hayas muerto.

Fuera de la iglesia, el intenso sol de mayo se desploma sobre todos; Swetlana se acerca a Willi y Karin para volver a darles el pésame; luego coge en brazos primero a Stefan y después a Nora.

—¿Y ahora la abuela se quedará solita en la iglesia metida en el ataúd? —pregunta Stefan preocupado.

—Para nada —dice ella abrazándolo—. Los ángeles se la llevarán al cielo, donde estará feliz y contenta y de vez en cuando os mirará desde ahí arriba para saber lo que hacéis.

—Pero mamá dice que se la llevan a Bochum…

—El cielo está en todas partes, cariño.

Willi la mira de reojo, Karin sonríe con cierta cautela.

¿Qué les pasa a esos? A los niños de cuatro años no hay que presentarles la muerte de una forma horrible, sino como algo bonito.

August sigue sin aparecer, y eso la tiene muy preocupada. Mientras acompaña a Petra y a Luisa en coche hasta la Wilhelmstrasse, se alegra de ver lo bien arreglada que va esta última.

—¿Dónde te compraste este vestido? —quiere saber—. ¿En el salón de moda de Julia?

—Sí. Es un modelo descatalogado, así que me lo dejó a un buen precio. Es importante que sus empleadas vayan bien vestidas.

—¡Pareces una jovencita!

—Anda, no exageres —ríe Luisa.

Swetlana piensa de verdad que Luisa ha cambiado mucho y para mejor desde que empezó a trabajar en el salón de moda. Ha ganado más confianza en sí misma y ya no es la chica tímida de Prusia Oriental que fue en su momento. Sigue siendo algo apocada, y a veces se muestra nerviosa. Swetlana la ayuda en lo que puede; varios días a la semana, después de la escuela, se queda con Petra y Marion en casa porque ella todavía está trabajando. A Swetlana le gusta hacerlo, porque así la villa de Biebrich, por lo general tan silenciosa, se llena de vida. Últimamente Marion está un poco difícil, pero le encantaría adoptar a la pequeña Petra.

Como era de esperar, delante del Café del Ángel no hay dónde aparcar. En el patio está el Volkswagen Escarabajo de Hilde, de color azul y con las letras doradas que dicen «Café del Ángel». Ya no es el modelo antiguo, sino uno nuevo, con una luna trasera grande y bonita. Swetlana deja que Luisa y las niñas se apeen y da unas vueltas con el coche hasta que encuentra un aparcamiento en el tramo superior de Sonnenberger Strasse.

¡Qué bonito es pasar un rato en familia en el Café del Ángel! Lleva días deseándolo. El día anterior ayudó a Hilde a poner las mesas, y compró expresamente unas servilletas bonitas. Aunque la circunstancia que los ha reunido ahí es triste, no hay motivo para que las cosas no sean agradables a la vista. Mischa y Simone ya han llegado y Fritz acaba de unírseles; Jean-Jacques y Willi traen jarras grandes de café mientras Hilde y Luisa cortan tartas. Andi también está sentado a la mesa, pues August le ha dado la tarde libre. Así es su marido: permite a su sobrino ausentarse del trabajo, y él, en cambio, sigue pegado a la butaca del bufete.

Swetlana se sienta con Luisa y Fritz y se conmueve al ver cómo Giuseppe, el simpático camarero italiano, estrecha las manos de Karin y Willi con mucho sentimiento y luego abraza a los pequeños. También Ewald, el pastelero, hace un breve acto de presencia para expresar su «más sentido pésame», aunque él no es tan vehemente como el italiano: se muestra algo cohibido, sonríe con timidez y desaparece de nuevo a toda prisa en el obrador. El café está abierto al público en el comedor, mientras que ellos se reúnen en el salón privado.

Al principio, las conversaciones son contenidas, se centran en el café y las tartas y hablan del funeral. A Willi le parece que el pastor ha dado con unas palabras muy hermosas y apropiadas; Karin le agradece el ramo de flores, que considera un auténtico regalo para los ojos. Else, por su parte, explica que durante la guerra todas las ventanas de la Ringkirche se rompieron a causa de las bombas, pero que la iglesia permaneció en pie y la gente se sentaba allí a pesar del frío y escuchaba conciertos.

—Venga, mamá, déjalo, que de eso hace ya mucho tiempo —reprende Hilde a su madre.

—¿Y qué? Es importante contárselo a los niños. De lo contrario, no se lo creerán.

—¿Qué tal va la película? —pregunta desde el otro lado Simone, que está sentada junto a Karin—. ¡Qué emocionante rodar con un actor tan famoso!

Karin no contesta enseguida porque tiene la boca llena de tarta, pero Swetlana se percata de la mueca de disgusto de Willi. Fritz también suelta un suspiro y sacude la cabeza en silencio.

—¡Oh, va bien! —dice entonces Karin con una alegría fingida—. Es un compañero estupendo y no se da ningún aire. La mayoría de las escenas en las que salimos los dos ya están rodadas.

—¡Qué bien! —dice Simone admirada—. ¿Y sabes cuándo echarán la película por la *télévision*?

—Será en verano. Por supuesto, ya os lo diré.

Desde el otro lado de la mesa se oye que Else comenta: «¡Y todo, a costa de los niños!».

—¡Mamá! —exclama Hilde, enfadada.

—¡Pero si es verdad! —insiste Else, mirando a su marido en actitud desafiante.

—Bien del todo no está —comenta él obediente a la vez que dibuja una sonrisa insegura.

—¿Y eso, por qué? —objeta Karin—. Willi se llevaba a Nora al teatro con él, y yo a Stefan lo he tenido conmigo en el plató. Además, Marion ha cuidado de los niños en casa dos tardes, y ha ido muy bien.

—Pero eso no es una solución a largo plazo, Karin —dice Willi, removiendo con fuerza el azúcar de su café—. Yo creo que los niños necesitan un poco de orden.

—Tienes toda la razón, Willi —exclama Else—. Esos bichitos no pueden ir de un lado a otro continuamente. Acabarán por no saber cuál es su sitio.

—¿Y por qué no puede ser? —rebate Luisa—. Durante años estuve trabajando de camarera en el Café del Ángel y seguí ocupándome de mis hijas…

—Pero eso era algo diferente por completo… —la interrumpe Fritz.

Desde luego, piensa Swetlana. Entonces el dinero les urgía. Pero esto ahora Fritz no lo menciona, aunque en la mesa lo sabe todo el mundo.

—De todos modos, yo —sigue diciendo él— estoy con Willi. La mujer debe estar en casa y con los niños.

Swetlana se dispone a decir entonces que ella opina igual, pero que también tiene que haber excepciones. Sin embargo, apenas abre la boca, Karin la interrumpe; Luisa vuelve a intervenir y Willi levanta la voz. ¡Qué horror! Se produce una discusión, y justo después del funeral de la pobre madre de Karin. Los niños tienen los ojos abiertos de par en par. Petra cuchichea con Sina. Hilde tiene ganas de refriega y se aparta del brazo la mano de Jean-Jacques, que intenta tranquilizarla con el gesto.

—¡Que seas precisamente tú quien diga esto, mamá! —reprende a Else—. ¡Si has trabajado siempre en el café y, aun así, has podido criar a tus hijos!

—¿Acaso tú no, Hilde? —rebate la madre—. ¿Y cómo lo lograste? ¡Pues porque *yo* era la que cuidaba de tus chicos! ¡Por eso!

Andi se encoge agobiado entre los dos frentes y agacha la cabeza; Mischa, imperturbable, se sirve un tercer trozo de tarta de nata. Swetlana intenta desesperadamente mediar, pero nadie la escucha, porque, de pronto, Fritz acusa a Jean-Jacques de que Frank haya seducido a su hija. Marion se levanta de la silla de un salto y sale corriendo y llorando. Al llegar a la puerta, se topa con August, que se aparta sorprendido cuando ella se abre paso junto a él. ¡Ah, el querido August! Así pues, al final ha venido.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta él con asombro.

Las respuestas que obtiene son para todos los gustos.

—Es curioso verte dos veces en un día… —dice Hilde con malicia.

—¡Tarde, pero llega! —dice Mischa con una sonrisa.

—¡Gracias a Dios que estás aquí, muchacho! —gime Heinz—. Esto es un pandemonio. ¡No reconozco a mi familia!

Habla con un tono tan infeliz y desesperado que todo el mundo guarda silencio. Incluso Hilde parece sentirse un poco culpable. Tan solo Else le susurra a su marido:

—¡Porque eres incapaz de soportar la verdad!

August mira a su alrededor y al final se sienta junto a su madre, que se apresura a servirle una taza de café.

—Y bien, ¿qué pasa? —pregunta con la calma que le es propia.

—¡Ah! No tiene importancia —dice Else—. Que Karin haga lo que quiera y que ruede películas. A mí, los que me dan lástima son sus hijos, pobrecitos.

—Entiendo —dice August con su característico tono grave—. Este problema solo se podrá resolver de forma satisfactoria si todos demostramos un poco de comprensión.

Swetlana se siente muy orgullosa de su marido, por el modo amable y tranquilo en que hace sus propuestas, dirigiendo una sonrisa a todo el mundo, dándoles a todos a entender que tienen razón, pero que por amor y generosidad no deberían obcecarse con ello.

—Sería una auténtica lástima, querida Karin, que tuvieras que enterrar para siempre tu gran talento, y eso además a los niños tampoco les gustaría. Sin embargo, mientras sean pequeños, tal vez podrías contenerte un poco; de hecho, no tienes por qué aceptar todas las ofertas…

Willi, por su parte, debería considerar si, pese a sus compromisos teatrales no podría dedicar algo más de tiempo a sus hijos. El amor y el respeto mutuo son la base de una familia feliz.

—Y cuando de veras no haya otra solución, por supuesto podéis contar con el resto de la familia…

—Bien dicho —apunta Hilde—. Los niños pueden venir al café, ¿verdad, mamá?

—¡Y yo también las puedo cuidar en casa! —se ofrece Swetlana.

Las partes en conflicto se tranquilizan. Willi gruñe para sus adentros. Karin da las gracias a August y sonríe a Swetlana y Hilde. Fritz, resignado, se echa hacia atrás en su asiento; Jean-Jacques sigue molesto porque este haya arremetido de ese modo contra él.

—Bueno, pues —dice Mischa—… ¡Todo arreglado!

Swetlana siente que en esto su hijo dista mucho de tener razón. La discusión ha quedado zanjada por el momento, pero ni de lejos está resuelta. Fritz y Luisa no tardan en despedirse llevándose a Petra y a Marion, que ha vuelto a entrar sigilosamente al salón con la cara roja por el llanto.

También Mischa dice que deben marcharse. En el viñedo hay mucho que hacer, la maleza, explica, crece más deprisa de lo permisible. En cuanto se han ido, Karin dice también que ya es hora de acostar a los niños. Willi aún tiene cosas que hacer en el teatro y se marcha sin decir adiós.

—Déjalo —le dice Hilde a Swetlana, que quiere ayudarla a limpiar —. Ya nos las arreglaremos. Idos tranquilos a casa, hoy August se lo ha ganado.

—Sí, realmente lo ha hecho muy bien, mi August —opina Swetlana —. Ha zanjado una discusión estúpida. Mañana vendré, como siempre, con la sopa de gulasch, Hilde.

Pero, cuando se gira para buscar con la vista a su marido, solo se encuentra con Sina y su vestido arrugado. La falda, demasiado ajustada, se le ha subido un poco y el forro le cuelga. No, por desgracia, su hija no tiene unas piernas bonitas.

—Papá ha ido un momentito al bufete —le informa—, pero dice que vendrá pronto a casa.

A Swetlana se le cae el alma a los pies. Ya está otra vez él con sus expedientes. Y eso que a estas horas el bufete está cerrado y todo el personal se ha ido a casa; pero él tiene que trabajar. ¡No hace otra cosa! ¡Eso no es normal!

Cuando llegan a casa, la señora Wegener hace rato que ya se ha ido, y Laika corre hacia ellas meneando el rabo, con ganas de caricias y mimos. Sina sube deprisa a su cuarto, se quita el vestido

negro y aparece vestida con unos pantalones azules y un jersey holgado.

—¡Salgo un momento con Laika!

—¿De dónde has sacado ese jersey horrible?

—Lo compré con el dinero de la paga —admite Sina—. ¿No te gusta? Es muy cómodo.

—Cómodo, sí, pero muy feo. ¿De verdad tienes que llevar pantalones? Eres una muchachita y deberías ir bien vestida.

Van a dar las ocho y ella cena con Sina; luego, la niña tiene que acostarse; mañana ha de madrugar, toca ir a la escuela. Swetlana se queda un rato sentada en la cama de su hija; a continuación, como de costumbre, esta coge un libro, y Laika se acomoda junto al lecho. Swetlana se va al salón y enciende el televisor. Durante un rato, el programa de animales del profesor Grzimek, *Ein Platz für Tiere*, la cautiva, pero luego vuelve a inquietarse y se da cuenta de que ya son más de las nueve. August todavía no ha llegado a casa. ¿No le habrá pasado algo? Piensa en Edita Langgässer, que tuvo la mala suerte de ser atropellada por un vehículo. Preocupada, va al teléfono y llama a la oficina. Gracias a Dios, él responde.

—Se me ha pasado el tiempo, cariño. Voy para allá…

—Dijiste que llegarías pronto a casa. Te había preparado una buena cena, con ensalada de arenques y pan blanco.

—Qué detalle de tu parte. Solo serán unos minutos más…

Ella espera. A las diez, recoge furiosa la cena que le había preparado y se va a la cama. Tiene los ojos llenos de lágrimas, hace una bola con la almohada y se tumba sobre un costado. ¡Él siempre con esas promesas incumplidas! ¡Dándole largas y mintiéndole! Desde luego que le miente. Es un falso: dice una cosa y luego hace otra. ¿Qué fue lo que dijo antes con tanta elocuencia en el Café del Ángel? El amor y el respeto son las bases de un matrimonio feliz. ¡Sí, claro! Pasar tiempo con los hijos… ¡Menuda risa! Acomodarse a las circunstancias. Por supuesto, pero solo si es la esposa la que debe dar un paso atrás, callar y consentir. Él, por su parte, hace lo que

quiere. ¿La respeta? ¿La quiere? No, no la quiere. Si así fuera, ahora ella no estaría sola en su cama llorando de rabia y dolor.

Sobre las once, oye llegar su coche. Apaga la lamparita de la mesilla de noche. Laika deja oír un ladrido de alerta, pero se calma al instante. August abre la puerta principal, sube la escalera con sigilo y entra en el dormitorio.

—¿Swetlana? Cariño, lo siento muchísimo. Es que tenía que acabar un asunto importante. El juicio es la próxima semana…

Ella no dice nada, se hace la dormida. Él va al baño; luego regresa, enciende la luz y se pone el pijama. ¿Sabe que está despierta? Por supuesto que sí.

—Entiendo perfectamente que estés dolida, Swetlana. Solo es que todo se me ha juntado a la vez… —Ella calla. No hace falta que él le venga con unas excusas tan manidas—. Cuando termine el juicio, nos iremos de viaje juntos, Swetlana. Te lo prometo. Por supuesto, tendrá que ser durante las vacaciones de verano, para que Sina pueda venir con nosotros. Tú eliges el destino y yo lo organizo todo como tú quieras…

Él esto lo ha prometido bastante a menudo, y la verdad es que en los últimos años han ido varias veces de vacaciones. No mucho tiempo, apenas una semana; en una ocasión incluso fueron diez días. Estuvieron en el lago de Garda; tiene buenos recuerdos de ahí. De todos modos, ella y Sina tuvieron que volver solas, porque August regresó a Wiesbaden tres días antes por un caso importante. Aun así… En un par de semanas empiezan las vacaciones de verano y… La luz de la lamparita la hace parpadear. Él se ha echado en la cama, a su lado y… —¿Cómo es posible?— ¡Tiene ante sus narices una carpeta negra repleta de papeles! ¡Ah, no! ¡Hasta aquí hemos llegado!

—¿Qué pinta esto en el dormitorio? —le espeta ella—. ¿También aquí quieres leer papeles? ¿Acaso te has creído que vas a traerte la oficina a mi cuarto?

Él sonríe sabiéndose culpable y guarda la carpeta.

—Solo quería consultar una cosa un momentito, amor. Pero ya lo haré por la mañana. Hablemos, Swetlana. Dime, ¿cómo te ha ido el día?

—¿Hablar? —gruñe ella—. ¿De qué quieres hablar ahora que son las once de la noche? Si no me has dicho nada en todo el día…

—Ya te dije que lo siento…

—En el Café del Ángel, ni siquiera te has dignado a decirme «hola». Y eso que hablar sí sabes. Tú solo ves la paja en el ojo ajeno, pero la viga en el tuyo, no.

—No entiendo qué estás diciendo, Swetlana. Te lo ruego, explícate.

No, no quiere explicar nada. Si lo intenta, ella tiene las de perder, porque él es listo y sabrá retorcer las palabras que ella diga.

—No quiero hablar. ¡Fuera! Vete al bufete. Allí serás feliz. ¡Porque tú no amas a tu esposa, solo amas a tu bufete!

Swetlana se echa a llorar desconsolada y con amargura. No es la primera vez que eso ocurre. En los últimos tiempos se han producido a menudo escenas como esta.

—Por favor, no despiertes a Sina —le suplica.

Pero ella sigue sollozando contra la almohada; así que él coge su manta y se va a dormir al cuarto de invitados.

Jeab-Jacques

Se ha alterado mucho y se ha pasado la tarde sentado a la mesa de la familia criticando a Fritz. Else se ha mantenido fiel a su lado; Heinz, al final, se ha ido a la cama, y Hilde le ha aconsejado que se calmara, ya que, a fin de cuentas, quien obró mal fue Frank.

—Por descontado —ha dicho él—, y créeme que voy a *lui passer un savon*. ¡De esta se va a acordar!

—¡Bien, pues entonces arreglado!

—No —ha replicado Else con tono enérgico—. Las cosas no van así. ¿Por qué antes, en el café, Fritz no ha dicho ni palabra? Este asunto se podría haber solucionado tranquilamente. ¡Pero emplear ese tono delante de toda la familia! Ha estado fuera de lugar, en eso Jean-Jacques tiene toda la razón. ¡Frank no es un delincuente!

—Todos nos hemos alterado mucho —dice Hilde.

Está cansada y ya no tiene ganas de discutir. Aunque ha oscurecido, las luces de la terraza siguen encendidas porque aún quedan tres clientes tomándose un vino. Giuseppe limpia el mostrador de los pasteles con limpiacristales; hace rato que Ewald Deuss se ha ido a casa; como siempre, mañana por la mañana él será el primero en llegar.

—Cuando le vea, le diré todo lo que pienso —amenaza Jean-Jacques—. *Je ne fais pas un puits de meurtre de mon cœur*. ¡Me va a oír!

—¡Muy bien, Jean-Jacques! —Else se alegra—. No consentiremos que el chico cargue él solo con la culpa. ¡Que eduquen mejor a Marion! Pero, claro, como Luisa prácticamente nunca está en casa…

—¡Oh, mamá, basta ya! —replica Hilde molesta—. ¡Buenas noches!

Arriba, en el apartamento, Frank aún está escuchando música. Es un milagro que el abuelo Heinz no haya dado golpes al techo con el

palo de la escoba. Jean-Jacques se apresura a poner fin a la situación, aporrea la puerta del cuarto del joven y, como no obtiene respuesta alguna, entra y desenchufa el aparato.

—¡Joder, papá! ¡Me estropearás el equipo!

—Y tú acabarás con nuestros nervios. A partir de las ocho aquí tiene que haber silencio. ¿Es que eso no te entra en esa cabecita tuya?

—Vale…

—*Bonne nuit!*

Cierra con un portazo y entonces llama a la puerta del cuarto de Andi, que también tiene aún la luz encendida. Hay que llamar a la puerta porque sus hijos, a fin de cuentas, ya tienen diecinueve años y en el pasado a él le enojaba muchísimo que sus padres entraran siempre en las habitaciones de sus hijos sin llamar.

—¿Sí? —dice Andi desde el otro lado de la puerta.

—*Tu ne dors pas encore?* ¿Todavía estás despierto?

Andi está sentado en su escritorio y se apresura a tapar con un libro una hoja escrita con letra muy apretada que tiene delante.

—*Lettre d'amour*, ¿eh? —pregunta él con una sonrisita.

Andi se ruboriza. Lo que pensaba. Ha ocurrido alguna cosa. En Eltville, esa Margit está siempre rondando a su hijo. Es una buena chica, pero no es para él.

—Ah, no, no —contesta su hijo con una sonrisa tímida—. Esto es para el tío August. Me ha dicho que debo ser más breve en la correspondencia con los clientes.

—*Ah, bon*…

No pregunta más, pero ese escrito distaba mucho de ser breve.

—Vete a dormir —le aconseja—, que mañana hay que madrugar.

—Sí, papá…

Mientras se desviste en el cuarto de baño, hace un mal gesto y siente un tirón en la espalda. *Merde!* Cada vez que cree que el maldito dolor ha desaparecido, este resurge con fuerza. Se endereza con cuidado, espera un momento y se palpa la zona lumbar. El año pasado, en el hospital le diagnosticaron no una, sino tres hernias discales. Debería hacer ejercicio todos los días y consultar con un fisioterapeuta. Sin embargo, eso a él no le apetece, así que lo va

posponiendo con la confianza de que algún día desaparecerá por sí solo. Por supuesto, eso es absurdo, y él lo sabe. Pero es que las advertencias constantes de Hilde le sacan de sus casillas. Al fin y al cabo, no es un inválido. Ni tampoco tiene ninguna enfermedad letal. Solo son tres discos en la columna que no le obedecen.

Por suerte, esta vez no parece grave; solo es un pinchazo de nada y un tirón desagradable; por experiencia sabe que estará así tres días y que luego desaparecerá. Se toma un calmante para poder dormir y va al dormitorio a reunirse con su Hilde.

—¿Estás bien? —le pregunta ella con suspicacia.

Esta mujer tiene un sexto sentido. Él se tumba a su lado con una sonrisa, aguantando el dolor y esperando que la pastilla no tarde en hacerle efecto. No quiere que ella note que la espalda le vuelve a molestar, porque, si no, le obligará a ir de inmediato a fisioterapia.

—¡Perfectamente, *mon chou*! ¿Y este *négligé*? No lo había visto nunca…

—De Hertie, por diecinueve con cincuenta. Swetlana me lo trajo…

—*Très séduisant*…

—Oye, estoy cansada y me gustaría dormir…

Aunque finge estar decepcionado, en realidad se alegra de no tener que demostrar su hombría hoy porque la espalda todavía le duele. Le da un beso tierno de buenas noches a su esposa y luego intenta ponerse de lado para dormir. Funciona. Listo. Una simple pastillita y adiós preocupaciones.

A la mañana siguiente se toma su tiempo para ponerse en marcha. Hilde ya está abajo, en el café; Frank también ha salido de casa, y Andi está a punto de marcharse.

—Buenos días, papá. ¿Otra vez dolor de espalda?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Solo me pareció que… En fin, bueno, nos vemos por la noche.

¿Acaso ha dejado oír algún gemido en el baño? ¡Maldita sea! Estos chicos tienen buen oído, habrá que ir con más cuidado.

—Iré a Eltville —anuncia—. Seguramente no nos veremos hasta el miércoles.

—Vale, pues, entonces, saluda a Mischa y Simone de mi parte. Y no hagas demasiados esfuerzos.

No le apetece desayunar solo en la cocina, así que baja al café; ahí Else está sentada en la mesa de la familia charlando con Sophia Künzel. La Künzel es una clienta de toda la vida del Café del Ángel. Fue cantante de ópera, vive en uno de los dos áticos del edificio y pasó la guerra con la familia. Nunca dice su edad, en eso es muy vanidosa, pero él le calcula unos setenta años. Con todo, ella sigue dando clases de piano a sus alumnos en el conservatorio y no ha perdido su pasión por la ropa llamativa. Hoy lleva una de sus chaquetas de color lila, una falda azul y cubre su pelo teñido de negro con un colorido pañuelo de seda.

—Pero, bueno, ¡si tenemos aquí el señor viticultor de Eltville! —exclama con tono teatral—. Jean-Jacques, te lo ruego, dile a tu suegra que deje en paz al pobre Giuseppe. Es el mejor camarero y el más rápido que ha tenido nunca este café.

—Tampoco es ningún mérito, señora Künzel —repone Else—. A fin de cuentas, hasta ahora nunca habíamos tenido a un hombre haciendo de camarero. Excepto mi yerno, claro.

La Künzel niega con el gesto y coloca bajo el brazo la desgastada cartera de cuero para las partituras.

—Debo irme, mis alumnos esperan. Si el pequeño Ludwig hoy tampoco ha ensayado, le va a caer una buena. Una persona con ese talento y no tiene más que pájaros en la cabeza. Adiós, queridos amigos. Sophia se marcha para no volver… ¿O debería decir Juana, la Doncella de Orleans? Da igual. Estaré de vuelta sobre las cuatro.

—¿No te parece graciosa, nuestra querida Künzel? —dice Else con una sonrisa—. Es tan alegre y animada. ¿De dónde sacará tanta energía esta mujer?

Es curioso, se dice Jean-Jacques sentándose con mucho cuidado para evitar sorpresas desagradables. Su suegra es una persona bastante susceptible y beligerante, pero a la Künzel le permite que le diga cualquier cosa. Eso solo se explica por la vieja amistad que las une.

Giuseppe sale a toda prisa de la cocina con una bandeja y le sirve el desayuno sin que él se lo haya pedido. *Café noir*, dos huevos duros servidos en vaso, panecillos, mantequilla, jamón y un poco de Camembert que, aunque por desgracia no es francés, se deja comer.

—*Buon giorno!* —le saluda—. ¿Qué te ocurre, amigo? ¡Tienes la cara de querer salir y no tener paraguas!

Giuseppe levanta las comisuras de los labios, sonríe a Jean-Jacques e indica la cristalera del café. ¡Oh, vaya! Está lloviendo a cántaros. Con el lío de la mañana no se había percatado hasta ahora.

—Ahora que lo dices, Jean-Jacques —interviene Else—. De no ser por mí, que estoy atenta, ya tendríamos dos mesas y tres sillas bajo la lluvia. Así son esos italianos. Deja para mañana lo que puedas hacer hoy…

Giuseppe tiene las hombreras de la camisa mojadas. Ella le debe de haber hecho salir a la calle a toda prisa para plegar las mesas y las sillas y taparlas con una lona.

—Es que eso nos cuesta dinero —continúa diciendo Else—, pero parece que en Italia da igual que las cosas se echen a perder…

Hilde se acerca con prisas. Acaba de tomar la comanda a un grupo de señoras mayores y dirige una mirada de enojo a su madre.

—Tres jarritas de café, una porción de tarta de chocolate y dos de nata para la mesa cinco —le dice a Giuseppe—. Y para la siete, dos cafés con leche y cruasanes… ¡Mamá, fue a mí a quien anoche, después de hacer la caja, se le olvidó recoger las mesas y las sillas!

—¡Y eso que yo te dije que el mapa del tiempo de la tele decía que iba a llover!

—Son cosas que pasan, *maman* —dice Jean-Jacques acariciándole la mano con simpatía. Su suegra deja oír un suspiro, pero, como él le cae bien, adopta una actitud más conciliadora. Hilde, consciente del efecto que él causa en Else, le guiña el ojo a su marido con complicidad y sigue a Giuseppe a la cocina.

—Disfruta del desayuno, Jean-Jacques —dice Else—. ¿Los huevos no están demasiado duros?

—Está todo perfecto, *maman*…

El café le sienta bien, permanecer sentado en esa silla dura, no tanto. Pero disimula e intenta borrar los prejuicios de su obstinada suegra.

—Mira, *maman*, en el extranjero las cosas no son fáciles para Giuseppe. Tiene a su padre en casa y sin trabajo; la madre sufre una

enfermedad de la vista; su hermano pequeño y su hermana Valentina siguen viviendo con ellos, y por eso él ha venido a Alemania para encontrar trabajo…

Por prudencia decide no contarle lo que Giuseppe le confió sobre Valentina, que tiene un niño pequeño que se está criando con su madre y sus abuelos porque el padre se largó sin decir adiós. La historia de siempre.

—Sí, sí. Todos esos viviendo a cosa de nuestro dinero —dice Else.

Jean-Jacques se rinde. *Maman* no tiene remedio. En su momento, ya le costó aceptar también a Swetlana, su nuera rusa, y a su yerno Jean-Jacques, de Francia. Al parecer, un camarero italiano es más de lo que ella puede soportar.

Como su querida Goélette sigue en el taller mecánico Pahl, va a tener que ir a Eltville en tren. El tiempo hoy es especialmente desapacible, pero le consuela pensar que caminar es bueno para la espalda y se dirige bien abrigado hacia la estación. Sigue lloviendo con fuerza. En los jardines, las flores están dobladas por el peso de la lluvia; un velo gris de niebla se cierne sobre el parque del Balneario y los carteles que anuncian el Festival de Mayo también están mojados y con chorretones. Pasa por delante del edificio donde August tiene el bufete y sonríe, preguntándose si su hijo estará escribiendo cartas de amor allí arriba. Llega a tiempo para coger el tren, y decide que es mejor quedarse de pie en el pasillo en vez de sentarse en un compartimento. Más vale prevenir que curar. Sería una estupidez no poder apearse en Eltville por una mala pasada de su maldita espalda.

Al cabo de un rato, desde la ventanilla ya puede contemplar el río y los viñedos. Está todo gris y nublado, el nivel del río ha subido un poco, pero en las viñas atisba aquí y allá unas manchitas amarillas entre el follaje. Una lástima. El año pasado fue un año magnífico para el vino, tanto por la cantidad de la uva como por su calidad. Consiguieron hacer vino de vendimia tardía, e incluso produjeron varias botellas de vino de hielo. Sin embargo, el cultivo del vino es así: un buen año se paga con tres malos. Y este año se anunció ya con una primavera fría y seca, hojas amarillas entre el follaje, un retraso en la floración, que además fue escasa; y ahora, que hace

días que llueve, la tierra está tan seca y dura que apenas puede absorber el agua. Pero eso trae sin cuidado a las malas hierbas, que crecen y proliferan. En cambio, hay que estar atento a las enfermedades fúngicas que pueden darse en las hojas húmedas de la vid. Si esto se añade a todo lo demás, uno se puede despedir definitivamente de cualquier esperanza de obtener una cosecha decente.

Al llegar a la bodega con su paraguas, se nota los pies húmedos y los pantalones mojados a la altura de los tobillos. Se siente abatido, como el tiempo. En el patio interior, las mesas y las sillas están apiladas debajo del tejadillo, pero la lluvia también se cuela por ahí; el agua cae en finos hilillos sobre los muebles de madera abriéndose paso por el patio hasta la calle. Por otro lado, el viejo tejado de ripia no está en buen estado; arriba, en el desván, cuando llueve hay que colocar cubos en dos puntos, y en marzo tuvieron que llamar al techador porque se encontraron con un par de ripias en medio del patio. «Se haga lo que se haga, no servirá de mucho. Ahí arriba ha crecido un musgo espeso que ha atacado las ripias viejas. Se debería poner un tejado nuevo».

Cambiar el tejado de la casa, el granero y el cobertizo, y encima con lo caras que son las tejas de ladrillo que merece un edificio con solera como el suyo, cuesta dinero. Por el momento lo ha ido retrasando; piensa que, dado que el inmueble tiene más de cien años, uno o dos años más tampoco cambiarán mucho las cosas.

En el comedor hay dos excursionistas de mochila sentados comiendo salchichas con ensalada de patatas y cerveza rubia y mirando esperanzados por la ventana para ver si los nubarrones despejan. Simone está detrás de la barra y sirve dos cervezas. A Jean-Jacques le parece que está muy pálida, pero lo achaca a la luz mortecina.

—*Bonjour* —le saluda alegremente—. ¿Eres tú el que pidió este tiempo?

—Pedí lluvia para febrero, pero ¡parece que el pedido no me ha llegado hasta ahora!

—Ni de san Pedro se puede uno fiar —suspira—. ¿Te apetece ensalada de patata con salchichas?

—Miraré lo que hay en la cocina…

Antes, sube a su dormitorio para vestirse con ropa seca y nota que el aire está muy cargado, pero la ventana se encuentra tan hinchada por la lluvia que no se puede abrir. Se enoja con los viejos marcos de las ventanas, que, aunque son bonitos y pintorescos, reaccionan ante el menor cambio meteorológico. Cuando el tiempo es seco, hay corriente; cuando es húmedo, entonces no hay quien las abra.

Al llegar a la cocina está solo; Meta les ha preparado la ensalada de patatas y luego se ha marchado, porque con esta lluvia apenas vendrá gente. Quedan aún cinco salchichas flotando en la olla de la cocina, pero a él no le gustan esas cosas y, en vez de ello, saca un salchichón que su hermano Pierrot le trajo de la Provenza. Mientras se corta unas cuantas rodajas acompañándolas con algo de pan blanco, piensa con envidia en Pierrot, que está perfectamente, sin problemas de espalda, y que le contó de su última magnífica cosecha. Su hija se casó con un viticultor de la zona y tienen un nieto en camino; trabajan juntos en el viñedo y, al parecer, se llevan de maravilla. Él, en cambio, tiene la maldita espalda fastidiada y no sabe durante cuánto tiempo más podrá ejercer su querido oficio. Por supuesto, es una suerte que Mischa y Simone lo ayuden y, la verdad, que asuman la mayor parte del trabajo. Lo hacen muy bien; Mischa en particular ha aprendido mucho de él y además ha demostrado ser un buen hombre de negocios. Por no hablar de Simone, que con la ayuda de Mischa ha renovado todas las habitaciones de la casa conservando en lo posible los muebles antiguos y comprando algunas cosas que combinan bien con las antigüedades. La chica tiene buen gusto. Y mucho olfato para el negocio. Se parece mucho a su querida Hilde, que, aunque tal vez no es tan encantadora, es mucho más firme.

De todos modos, el asunto no le hace mucha gracia. Últimamente Mischa se jacta de saberlo todo mejor que él y desoye sus instrucciones. Se las da de ser más listo que nadie. Para Mischa, lo que él sabe, su experiencia, no vale nada. «Hoy estas cosas se hacen de otro modo», tiene que oírle decir. O bien: «Tal vez esto en

la Provenza funciona, pero aquí es mejor no molestarse en hacer tintos. Hace demasiado frío. Falta sol. Hay demasiada humedad».

Sin embargo, el tinto que produjo el año pasado dio un resultado excelente. Sobre todo, teniendo en cuenta el clima de Alemania.

Encuentra una botella abierta en la despensa y se permite tomar un sorbo; entonces se percata de que ha dejado de llover. Los dos excursionistas ya se han echado la mochila al hombro y están esquivando los charcos del patio. Pretenden llegar hoy mismo a Östrich-Winkel y pasar allí la noche. Bien, pues ¡mucha suerte!

¿Dónde se habrá metido Mischa? Se encamina hacia la puerta principal y oye ruidos que proceden del granero. Alguien ahí está serrando madera. ¡Vaya, vaya! Está claro que de nuevo está trabajando en algún encargo de su querida esposa, a la que le gusta traerle muebles y enseres viejos que las granjas vecinas desechan. Si sigue así, pronto podrá abrir una tienda de antigüedades. Lo cual no sería descabellado, porque a los turistas les encanta comprar trastos de ese tipo.

Mischa está en el granero sudando de pie junto al banco de trabajo; lleva el pantalón lleno de serrín y sostiene algunos clavos entre los labios.

—¡Qué trabajador! —dice Jean-Jacques como saludo.

El joven apenas levanta la cabeza, incapaz de hablar porque entonces los clavos se le caerían de los labios.

—Ya no llueve —anuncia Jean-Jacques—, deberíamos dar una vuelta por los viñedos y vigilar que no se forme mildiu.

Explica que, cuando ocurre algo así, hay que arrancar de inmediato las hojas infestadas y destruirlas. Él no cree en los productos químicos, su vino no lleva de eso, sería una ofensa a su honor como viticultor. Prefiere las pérdidas a aplicar veneno.

—Mmm… —responde Mischa mientras intenta encajar dos tablas que ha aserrado. No funciona, va a tener que mantener sujeta una tabla y repasarla con el cepillo. Antes, se quita los clavos de la boca y dice:

—Ahora ahí fuera está todo demasiado mojado.

—Nunca es lo bastante pronto para hacerlo —le recuerda Jean-Jacques enfadado al ver que Mischa otra vez se muestra testarudo.

Mischa deja de cepillar, levanta el tablón de madera y lo examina.

—Quería preguntarte una cosa —dice.

—Tú dirás.

—Es una propuesta. Puedes tomarte tu tiempo para pensar en ella…

Deja la tabla en el suelo y se retira el serrín de la cara con la manga de la camisa. Seguro que me viene otra vez con la nueva prensa de vino, piensa Jean-Jacques, molesto. Por supuesto, la más reciente y mejor del mercado, nada de esas que los vecinos compraron hace años por un montón de dinero. Pero en ese asunto con él no hay nada que rascar.

Sin embargo, lo que sigue a continuación es tan increíble que apenas puede dar crédito a lo que oye.

—A Simone y a mí nos gustaría comprarte la bodega.

Él reacciona con una carcajada. Quieren comprárselo todo. Es decir, el viñedo, la casa con todas las dependencias, así como la tasca y la bodega.

—Estoy hablando en serio —gruñe Mischa—. No bromeo. Mira lo que he pensado…

Jean-Jacques oye con asombro que ambos llevan tiempo planeando instalarse en la zona de forma definitiva; Mischa se siente muy cómodo a orillas del Rin, quiere arraigar en la zona y le ha tomado un cariño especial al viejo edificio con su magnífica bodega.

—Sabes muy bien que aquí se requiere una gran inversión —explica—, empezando por los edificios y hasta la mismísima bodega. Hay que comprar nuevos equipos: vehículos, una buena prensa de vino, recipientes, barriles… y también se debería volver a pavimentar el patio.

—Escúchame, Mischa —le interrumpe Jean-Jacques—. Me alegra que te guste tanto estar aquí. Pero no pienso vender la bodega. *Jamais de la vie*. Antes prefiero venderte el alma.

Él creía que con eso el asunto acabaría zanjado, pero Mischa aún no había terminado.

—Sé que estás apegado a ella —dice—, pero tal vez podríamos dar con el modo de que sigas siendo el propietario.

—¿Pretendes que te lo venda y que me lo quede a la vez? —ríe Jean-Jacques—. ¿Bromeas?

—No. Mira. Yo asumo toda la reconstrucción y renovación, por mi cuenta. Por supuesto, tras acordarlo contigo. Tú, a cambio, me conviertes en socio y copropietario, de modo que más adelante tu parte pasaría a mí. Me parece de justicia porque, a fin de cuentas, yo estaré invirtiendo en el negocio.

Jean-Jacques traga saliva. La propuesta no le hace ninguna gracia, pero tiene sentido. Mischa es rico, no le costaría nada asumir fácilmente las inversiones necesarias. Pero ¿convertirlo a cambio en copropietario? ¿Cederle las riendas? Y está también la duda de si Mischa en algún momento no retomará sus viejas costumbres, lo echará todo por la borda y se marchará a buscar fortuna en otra parte. No sería la primera vez. Entonces él se habría quedado con solo media bodega…

—¿Qué estás serrando? —pregunta—. ¿Una caja, tal vez?

—¿Esto, dices? —pregunta Mischa sonriendo—. Míralo bien.

Jean-Jacques recorre el objeto con la vista. Hay unos tablones de forma rectangular, pero también otros que tienen una forma extrañamente curvada. ¿Qué le recuerdan? ¿Un barco? ¿Una maceta? Una… ¡Una cuna! Mira a Mischa con asombro.

—Lo esperamos para septiembre —dice Mischa henchido de orgullo—. Si quieres, puedes ser el padrino.

Hilde

Debe de ser por el tiempo. Mayo empezó muy bien, los días comenzaron a ser por fin cálidos y soleados, ya se podían sacar mesas y sillas al exterior y los clientes se quedaban sentados bajo las guirnaldas de luces hasta bien entrada la oscuridad. Pero ahora el tiempo ha cambiado; cuando no llueve de forma constante, caen fuertes chaparrones, y las mesas de la terraza llevan días tapadas en el patio. En cambio, los clientes abarrotan el café; en los percheros, los abrigos y paraguas mojados huelen a humedad; hay que fregar el suelo dos veces al día, y, por si no fuera suficiente, continuamente se producen disputas entre patrones y empleados.

—Pero ¿cómo es posible? —le comenta a su hijo Frank, que está desayunando con ella a toda prisa sentado a la mesa de la cocina—. Antes, cuando Luisa y Swetlana eran camareras, nunca había discusiones. En cambio, ahora todas las mañanas la cocina es un infierno porque mamá no hace más que causar problemas.

Frank traga el último bocado de salchicha con un sorbo de café y mira la hora. Ya son las siete menos cinco y tiene que marcharse. El autobús tarda media hora en llegar a la Mainzer Strasse porque hay muchos atascos por el camino.

—Bueno, tú contrataste a Giuseppe a espaldas de la abuela —dice el chico con indiferencia—. No es raro que ahora ella esté enfadada contigo.

¡Así de fácil ve el asunto su hijo! Hilde está enojada.

—Giuseppe es un camarero excelente, trabaja hasta bien entrada la noche y encima me ayuda en la cocina. Es realmente difícil dar con un empleado como él. Los camareros alemanes empiezan a mencionar el sindicato en cuanto tienen que hacer una hora extra…

Frank se pone la chaqueta y se calza los zapatos. Esto último, por supuesto, sin atarse los cordones; es demasiado vago para eso.

—Está bien, mamá. Giuseppe es un buen tipo, a mí me cae bien. Pero ya conoces a la abuela…

La puerta se cierra tras él y Hilde se queda sola con su enojo. Malhumorada, calienta café para Andi y baja a la cafetería. Por suerte, a esta hora su madre aún no ha bajado, pero, aun así, oye voces en la cocina. Ewald y Giuseppe, cómo no, han vuelto a discutir.

—¡Buenos días! —exclama con fuerza al entrar en la cocina para que la oigan—. ¿Qué ocurre hoy? ¿La nata está agria? ¿Alguien se ha confundido de frigorífico y ha colocado la cebolla picada justo al lado de la masa quebrada?

Eso es algo que Giuseppe hizo hace poco. Como no había espacio suficiente en la nevera de la cocina, el hombre metió las cebollas en la del obrador, donde Ewald guarda la nata y los demás ingredientes de sus pasteles.

—¡Me ha quitado el bol que uso para mezclar la masa para lavar tomates! —se queja Ewald.

—Solo son cinco minutos. ¡Lo limpiaré! —se defiende Giuseppe.

—Él no debería tocar mis cosas —dice Ewald mirando a Hilde. Los cristales redondos de las gafas que lleva hacen que sus ojos azules parezcan aún más grandes y su expresión, más reprobadora. Ewald, pelirrojo y bastante metido en carnes, tiene aire de niño indefenso.

—No he encontrado ninguna otra *ciotola*… —se defiende Giuseppe —. ¿Cómo se supone que debo hacer *insalata* italiana si en la cocina no hay una *ciotola*?

¿Cómo es posible que no haya cuencos? Si tienen muchísimos. Hilde abre los armarios. Nada. Entonces se acuerda del lavavajillas que compró el año pasado, también en contra de la voluntad de su madre. Este electrodoméstico para la hostelería les libra de tener que fregar platos, pero, por desgracia, también consume mucha agua y electricidad. Abre el electrodoméstico y se gira enfadada.

—¿Quién ha metido todo esto aquí? No. No, los cuencos de plástico no se deben lavar en el lavavajillas. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Giuseppe se golpea la frente con la mano.

—*Miseria!* ¡Lo olvidé! ¡*Perdonami, signora* Koch! ¡Soy un *scemo*! ¡Un tonto!

—Bien, pues saca las cosas y ponte manos a la obra. Ewald, no seas así. El bol está limpio. Giuseppe, por última vez: ¡en el lavavajillas solo van los platos de servir.

—*Sono devastato, signora* Koch… Nunca más *ciotola* en *macchina*. *Te lo giuro!*…

Hilde inspira profundamente, enciende la cafetera y se dirige al comedor para colocar las sillas, que siguen del revés sobre las mesas porque al final del día friegan. Después pone manteles limpios, coloca los ceniceros, los menús y los azucareros y piensa por un momento si tal vez debería comprar flores para los jarroncitos. Con el tiempo que hace, unos ramos vistosos en las mesas serían un bonito detalle. Pero, por otra parte, los floreros estorban al desayunar y al comer cualquier cosa; en concreto, los cantantes, que suelen llegar hambrientos, acostumbran a ponerlos en la mesa de al lado para disponer de más sitio. Recoge los floreros y los guarda en el aparador del salón privado. Luego abre la puerta de entrada porque el ayudante del panadero ha venido a traer los panecillos; Hilde se da cuenta entonces de que, al contrario de lo que la empresa le aseguró, el nuevo felpudo de goma resistente no está seco y acumula agua de lluvia en los huecos. Está mal instalado. En cuanto tenga un momento, llamará a la empresa para que alguien venga a echar un vistazo a esta desagradable sorpresa.

Hoy dejará cerrada la vieja puerta giratoria porque todo el mundo toca los cristales con los dedos mojados y al terminar el día hay que limpiarlos. Además, hace poco, un músico distraído la trabó con el paraguas y se quedó encerrado dentro. Como en el café había mucha gente, al principio nadie reparó en lo ocurrido. Solo cuando oyeron sus gritos de socorro, Giuseppe se apresuró a ir hacia allí y, con la ayuda de otras personas, pudieron liberar al pobre de su jaula de cristal. Hubo muchas risas, pero, desde luego, no fue una buena propaganda para el Café del Ángel. Si papá no estuviera tan apegado a ese armatoste viejo, haría tiempo que ella habría hecho instalar una bonita puerta de cristal nueva.

Entretanto, Else ya ha aparecido por el café, lleva en la mano una venda blanca y un tubo de pomada.

—Buenos días, mamá. ¿Te aplico el ungüento y te vendo las rodillas en un momentito? —pregunta al ver que todavía no ha entrado ningún cliente.

—No, no te molestes. Swetlana lo hará más tarde, cuando llegue. No es tan brusca como tú.

Vaya, pues muchas gracias, se dice Hilde para sí, ofendida. En ese caso, su madre va a tener que esperar hasta las nueve, porque antes de esa hora no se dejan ver ni Swetlana ni su sopa de gulasch. Por supuesto, Else se dirige antes que nada a inspeccionar la cocina y, cómo no, escucha los lamentos de Ewald.

—¡Querido señor Deuss, es increíble lo que tiene usted que aguantar de esa persona! ¡Hay que ver, cómo apesta aquí a cebolla!

—Así es, señora Koch. Con este tufo, no tengo ni idea de cómo voy a poder probar el sabor del relleno para la tarta de licor de huevo.

Hilde corre hacia la cocina para preservar la buena armonía que con tanto trabajo ha conseguido restaurar.

—Vamos, mamá, siéntate. En un minuto te traigo el desayuno.

—Pero no me traigas ese café aguado de ayer. ¡Por la mañana necesito un café como es debido!

—Pero el médico dice que tienes la tensión demasiado alta.

—No, eso no es por los granos de café, sino porque siempre estoy alterada.

Eso es culpa suya, piensa Hilde, pero, de todos modos, echa un chorrito de agua hirviendo en la jarrita del café. Mientras se lo está sirviendo, oye a Else decir que no ha podido pegar ojo en toda la noche.

—Buf, ¡cómo ronca últimamente ese hombre! He tenido que darle tres codazos…

—Mamá, por favor —le susurra—, hay clientes.

Son las siete y media y varios oficinistas entran para tomarse un café rápido y un cruasán antes de entrar al trabajo. Giuseppe está en su sitio; en la cocina, Hilde rellena las jarritas de leche, prepara las tazas y pone la bollería recién horneada en los platos. Como

conocen a la clientela, saben lo que van a pedir. El señor Meyerbrink tomará un café descafeinado, la señorita Dietrich quiere mermelada de fresa para el cruasán…

La afluencia de gente termina pronto, Hilde cobra en la caja; los oficinistas son bastante tacaños con las propinas, pero desde que Ewald empezó a hornear sus deliciosos cruasanes vienen casi a diario. Durante un rato en el café reina la calma.

Else lee atenta el *Wiesbadener Tagblatt*; Ewald empieza a sacar los primeros pasteles y a colocarlos en el mostrador de forma primorosa; Giuseppe prepara la salsa de su ensalada con mucha mayonesa. Una furgoneta de reparto se ha detenido frente a la entrada del patio y Hilde tiene que aventurarse bajo la lluvia para recoger harina, mantequilla, nata embotellada y otros ingredientes de repostería. Ewald sale del obrador a toda prisa y se queja de la calidad de la harina; además tiene una lista de cosas que necesita con urgencia para mañana, pero que olvidó encargar. Hilde ha de tranquilizar al transportista, que se enfada, aunque al final promete hacer la entrega tan pronto como pueda.

De nuevo en el café, Hilde se seca el pelo con una toalla y se lo repasa con un peine cuando Swetlana aparece con la olla de sopa. Media hora antes de lo habitual: Hilde tiene un mal presentimiento.

—Buenos días, Hilde. Hoy llego temprano. ¿Tienes unos minutitos para mí? Me siento tan triste…

Las rodillas de mamá van a tener que esperar porque Swetlana entra con Hilde al salón privado para descargar sus penas.

—Me paso el día sola. Después de la escuela, Sina va a casa de Petra con Laika; la señora Wegener tiene la gripe primaveral y August… ¿qué decirte? August es inhumano. Quiere matarme con su silencio…

Es la cantinela de siempre. August llegó tarde a casa, discutieron y ahora la evita. Por suerte, Swetlana ha abandonado por lo menos la ridícula sospecha de que su marido pudiera estar liado con su joven y guapa secretaria. ¡Precisamente el bueno de August! No. Hilde logró quitarle eso de la cabeza a Swetlana, pero no podrá hacer gran cosa ante el hecho de que su hermano trabaje demasiado.

—Cuando era una niña, en casa, en Rusia —cuenta Swetlana entre lágrimas—, mamá estaba siempre en casa. Y *babushka*. Y la tía Olga. Nos sentábamos en la cocina y charlábamos. Era siempre divertido y animado, también cuando papá estaba en casa. Éramos una gran familia. Nadie estaba solo…

Hilde la comprende. A ella tampoco le gustaría estar sin hacer nada en la hermosa mansión de Biebrich, pero, por supuesto, ella intentaría ocuparse. Poner algo en marcha. Abrir un quiosco. Empezar un negocio. Fundar una asociación. Pero Swetlana no piensa en estas cosas: a ella le gusta cocinar y, sobre todo, sentarse a charlar.

—August hoy tiene un juicio trascendental; mañana, un cliente influyente; pasado, unos expedientes muy importantes… Está casado con el bufete, no conmigo…

Ahora se le ha metido en la cabeza que August ya no la quiere. Hilde se impacienta. Al otro lado, en el comedor, empieza a llegar la gente del teatro con ganas de tomarse un café y comer algo antes de empezar el ensayo. Hay además varias personas mayores que también han adquirido la costumbre de desayunar en el Café del Ángel mientras leen el periódico.

—¿Sabes, Swetlana? —espeta—. Si te lamentas y lloras así, no es de extrañar que August tenga cada vez menos ganas de ir a casa.

A su cuñada, claro está, no le gusta oír eso. Es sabido que, en una disputa conyugal, la culpa siempre es del otro.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —pregunta Swetlana irritada —. ¿Debo reír y mostrarme contenta cuando él viene del bufete casi a medianoche y se mete en nuestro cuarto con un montón de expedientes para leer?

Dios mío, piensa Hilde. Realmente, August se está excediendo de verdad. Debo hablar con él.

—¿Sabes qué? —le dice a Swetlana—. Quédate aquí con nosotros en el café; siéntate con mis padres en la mesa de la familia. Papá no tardará en llegar, y se alegrará muchísimo de verte.

Swetlana la mira con sus ojos oscuros y tristes, luego sonríe y le acaricia la mano.

—Hilde, eres una cuñada estupenda. Sabía que me sabrías dar buenos consejos. Estaré un rato en el café y luego me iré de compras.

—Buena idea. Podrías traerme unas medias de nylon y otra de esas camisolas tan bonitas. A Jean-Jacques le gustó.

—Tienes un buen marido, Hilde. August ni siquiera sabe si en la cama llevo camisón o un vestido de calle…

Hilde sacude la cabeza con simpatía y se levanta porque preferiría no saber más detalles de la vida matrimonial de su hermano. En todo caso, ahora Swetlana parece satisfecha y reconfortada, y se apresura a subir al piso de Else para hacerle friegas en las rodillas doloridas y ponerle vendajes. Hilde va a la cocina para ayudar a Giuseppe; pone panecillos y cruasanes en las paneras; sirve el café, hierve huevos y echa unas cucharaditas de mermelada en unas pequeñas escudillas. Ewald está en el mostrador de pasteles; corta las porciones de forma precisa y elegante, y coloca en platos esas delicias diminutas de bizcocho, fruta y nata llamadas *petit four*. Es increíble lo que llegan a comer los artistas antes del ensayo; incluso el maestro repetidor Alois Gimpel se deleita acompañando su café con un trocito de tarta de moka. Y a su lado… ¡Pero si es Willi! Hilde vuelve a mirar con disimulo hacia allí: no se ha equivocado. Su hermano Willi está charlando animadamente con una joven compañera de trabajo mientras come un cruasán de mantequilla con mermelada de fresa. ¿No dijo mamá ayer que Karin vuelve a estar en casa porque ya ha rodado sus escenas? De ser eso cierto, él ahora debería estar desayunando en casa con su mujer y sus hijos, porque es lo que siempre ha hecho. Bueno, o Karin ha añadido unos días más de rodaje, o la armonía conyugal se ha roto. Eso último no sería de extrañar, porque no parece que ella tenga ninguna intención de abandonar su trabajo por su familia.

Papá se ha levantado ya y está desayunando en la mesa familiar escuchando con tristeza lo que le cuenta Swetlana y dándole unas palmaditas en el brazo. Mamá no participa en la conversación, bebe su tercera taza de café y escruta atenta el comedor. Hilde corta dos porciones de tarta de queso y las coloca en los platos, a la vez que

oye sin querer la charla en voz baja que está teniendo lugar en la mesa de la familia.

—Karin ni siquiera le hace el desayuno a nuestro pobre hijito —critica Else—. ¡Y eso que ahora está en casa!

—Oh, debe de tener mucho trabajo con los niños, tal vez no tenga tiempo —tercia Swetlana.

Mamá no le hace caso.

—¿Has visto, Heinz? —pregunta—. La Soltau también está allí, charlando con nuestro Willi.

Papá mira las mesas por encima de la montura de sus gafas.

—¡Ah, sí! —comenta con una sonrisa—. Una chica simpática, Diana Soltau. Tan alegre y extrovertida. ¿Te has fijado en lo mucho que se parece a nuestra Karin?

—Desde luego —responde mamá—. Salvo que tiene unos años menos.

Su tono es mordaz. Swetlana la mira desconcertada; papá frunce el ceño en señal de reproche.

—No creerás, Else, que hay…

—¡No por parte de nuestro Willi! —dice Else con énfasis—. Pero fijaos cómo se le insinúa ella. Hay que ver, las muchachas de hoy en día. Son unas frescas y desvergonzadas. A fin de cuentas, Willi es un hombre casado.

—El mundo va mal —gime Swetlana—. August también tiene una secretaria joven y guapa…

Debería taparme los oídos, piensa Hilde enfadada. Se alegra al ver que ahora su madre sube a su piso para preparar el almuerzo. Hoy Giuseppe va a encargarse de cobrar, a modo de prueba. A Hilde le divierte oírle decir los números en italiano. De todos modos, lo más importante es que la caja cuadre; más tarde ella lo comprobará. En la cocina inicia los preparativos del almuerzo; pone salchichas en agua caliente; vuelve a mezclar la ensalada de patatas y le añade condimentos; prepara también albóndigas de carne, que sirven con un huevo frito encima, como si fuera un bocadillo tipo *strammer Max*. De todos modos, lo que desde hace un tiempo tiene más salida es la ensalada italiana de Giuseppe acompañada de un poco de pan blanco: los clientes prácticamente se han vuelto adictos a ella.

Hoy la afluencia de gente al mediodía es bastante escasa. No es extraño. Con el tiempo que hace, la gente se queda en casa y cocina para sí. Solo asoman para comer unos cuantos trabajadores. Últimamente, por desgracia, mucha gente va también a Fisch Frickel a comer abadejo frito con ensalada. Y, por supuesto, el Café Blum también ofrece pequeños tentempiés. Bien mirado, podrían comer sin ningún problema las sobras del almuerzo, pero Else insiste en cocinar para la familia, y Hilde no le dice nada porque es mejor que su madre esté ocupada con algo. Charlan un poco, papá lee la crítica de la actuación de Willi, que hoy ha salido publicada en la sección de cultura del periódico; mamá se queja de que la carne es cada vez más cara; y Andi se guarda a toda prisa en el bolsillo la carta que ha llegado hoy para él. Por lo demás, el muchacho no dice nada.

Después de la comida, Hilde se siente agotada. ¿Qué le ocurre? En otros tiempos, al mediodía, se revolvía como una lagartija en la cocina de sus padres, y no veía el momento de bajar de nuevo al café. Ahora está como pegada a la silla, y siente envidia de su padre, que en ese momento se retira para echar la siesta. ¿Acaso me estoy haciendo vieja?, piensa con espanto. ¡Ah! Tonterías, eso es este tiempo, que me agota. Con esos nubarrones de lluvia que se ciernen sobre la ciudad, que parece que se podrían tocar con los dedos.

También por la tarde la actividad en el café es relativamente tranquila. Tan solo la tertulia femenina desafía el mal tiempo y las damas se reúnen para tomar café y pastas. Dos caballeros solos y una señora algo mayor, la señorita Schönauer, ocupan mesas distintas: los caballeros leen el periódico, y la señora dedica su atención a un libro. Hilde se alegra de tener y atender a estos clientes habituales, aunque no sale muy a cuenta que alguien se pase tres horas sentado a la mesa y con una taza de café. Aprovecha el tiempo para hacer algunas tareas de despacho y llamar a la empresa del felpudo para quejarse. Le dicen que en unos días enviarán a un empleado para que revise la alfombra.

—¿Qué significa «unos días»? —gruñe—. Llueve y mis clientes se mojan los pies.

—Nos falta personal, señora. Pero mañana le enviaremos a alguien.

No son más que promesas huecas, y ella lo sabe.

—Si mañana no aparece nadie por aquí, dejaré este asunto en manos de mi abogado.

El argumento surte efecto; al otro lado de la línea se oye hablar a alguien. El empleado estará allí sobre las diez, puede contar con ello. Hilde cuelga el teléfono con enojo. Si mañana van a arreglar eso, la clientela no podrá entrar por la puerta principal, así que tendrá que volver a poner en marcha la vieja puerta giratoria. ¡Y eso ensuciará mucho! ¡Ah, todo son problemas!

En la mesa de la familia, el director de coro Firnhaber y Sigmar Kummer, del *Tagblatt*, se han reunido con papá para su habitual partida de skat. Mamá está arriba en su piso viendo el programa de la televisión; Ewald ya ha librado y se ha ido a casa. Más tarde entran dos parejas algo mayores que toman una copita de vino tras asistir al concierto en el Balneario. No viene nadie más; de hecho, faltan las mesas de la terraza, que cuando hace buen tiempo siempre están ocupadas a esta hora. Sobre las diez, los compañeros de skat se despiden; papá se va a acostar; y Hilde cuadra la caja con Giuseppe. Está al céntimo. Se siente muy contenta de no haberse equivocado con él y lo elogia.

Giuseppe está radiante.

—Estoy muy contento, señora Koch. Aquí tengo un buen trabajo y puedo ayudar a mi *famiglia* de *Napoli*. Pero también siento *nostalgia*…, añoro mi casa. Siempre esta lluvia y oscuridad. En *Napoli* el mar es azul y hay sol…

Le oye decir cómo echa de menos a su madre, a su padre, a toda la familia. Que está preocupado por su hermana Valentina, y que confía en que no se descarríe.

—Es una buena chica, *signora* Koch. Pero *negligente*…, se cree que todo el mundo es bueno. Tiene un hijo sin padre. Y eso es *vergogna*… Una deshonra terrible.

Él cree que debe cuidar de su hermana. ¿La dejarían venir a Alemania unas semanas en verano? Ella podría vivir arriba, con él, y ayudar a servir en el café…

A Hilde le gustaría hacerle este favor, pero se ha vuelto precavida. En su momento Richy también se trajo a un «buen amigo», que luego resultó ser una persona especialmente molesta.

—Lo hablaré con la familia —dice—. Ya te puedes marchar; yo me las apañaré con lo que queda.

—Mañana vengo antes y limpio —se ofrece él—. Así no tiene que fregar el café, *signora* Koch.

Qué persona tan agradable. ¿Dónde podría encontrar otro empleado que madrugue por voluntad propia para descargar de trabajo a su jefa? Conmovida, le desea «*buona notte*» y recibe a cambio una sonrisa resplandeciente.

Justo cuando ya ha cobrado a los últimos clientes y está a punto de cerrar la puerta, se acerca al café una figura con el abrigo empapado que sostiene contra el pecho un estuche de violín. ¡Ay, señor! ¿Qué querrá a estas horas Fritz Bogner?

—Buenas noches, Hilde —dice él con timidez mientras se quita el sombrero mojado—. Ibas a cerrar, ¿verdad?

—Sí, exacto. Pero pasa, Fritz, tranquilo.

—Será un momentito… ¿Jean-Jacques está arriba? Me gustaría hablar con él… Me siento tan mal.

¡Qué conmovedor! Quiere disculparse por lo de Frank y Marion del otro día.

—Jean-Jacques sigue en Eltville —dice ella con pesar—, no volverá hasta el miércoles. Pero le puedes llamar por teléfono.

—¡Oh, no! —responde él apesadumbrado mientras se vuelve a poner el sombrero—. Estas cosas por teléfono no funcionan. Mejor en persona. Luisa piensa lo mismo… A los dos nos parece que nosotros también tenemos parte de culpa. Luisa trabaja demasiado…

A Hilde la emoción se le pasa de golpe. Así que ahora él descarga toda la responsabilidad en la pobre Luisa. La hija está mal educada, por lo tanto, cómo no, eso es culpa de la madre.

—Pero eso va a cambiar de ahora en adelante —afirma Fritz quitándose las gafas a la vez que les seca las gotas de lluvia con un pañuelo—. ¿Te lo puedes imaginar? Julia Wemhöner le ha llegado a ofrecer a Luisa la dirección de la tienda. Ella, por supuesto, no lo ha aceptado. Así es, querida Hilde. Les das un dedo, y se toman toda la

mano. Bueno, pues, me marcho, ya regresaré el miércoles. ¡Buenas noches!

—Igualmente…

Él corre hacia la parada del autobús asiendo con fuerza el estuche de violín para evitar que se moje. Hilde se queda mirando cómo va dando brincos por la calle y, por alguna razón, siente lástima de él.

¿Cuánto tiempo más va a seguir tocando en la orquesta del teatro? ¿Y qué pasará si lo despiden a causa de su falta de visión?

Tengo que hablar con Luisa, se dice. Si Julia confía en ella para dirigir la tienda, no puede dejar escapar esta oportunidad. A fin de cuentas, puede que algún día tenga que mantener económicamente a su familia.

Cierra el café y se pregunta por un instante si tal vez no debería fregar un poco. Pero se siente agotada y solo quiere meterse en su cama cómoda y mullida. Mañana será otro día.

Por fin se tumba en su cama de matrimonio y mientras busca la postura adecuada para dormirse, los pensamientos se le agitan en la mente. Swetlana y August vuelven a discutir, va a tener que hablar con August antes de que la situación se agrave. ¿Qué les pasa a Willi y Karin? ¿Por qué él desayuna en el café si Karin está en casa? ¿Qué se cuece ahí? ¿Y cómo podría ella ayudar a Luisa? Fritz es buen tipo, pero es tremendamente anticuado e incorregible. ¿Y si echa mano de la Künzel? Como músico, Fritz la tiene en alta estima. Pero esa mujer es tan franca que tal vez solo lograría que él se volviera aún más obstinado. ¿Y qué hay de Valentina? Giuseppe la quiere traer a Wiesbaden en verano. Bueno, esa cuestión se arreglará sola porque su madre, Else, no lo permitirá jamás. ¡Ojalá la preocupación por su hermana haga que Giuseppe no cometa la estupidez de dejar el trabajo! Jamás en la vida encontrará otro camarero como él.

Hilde se tumba bocarriba y se queda mirando al techo. De vez en cuando, la luz suave de unos faros acaricia las cortinas: un coche cruza la Wilhelmstrasse. ¡Ojalá pudiera dormirse! Si Jean-Jacques estuviera con ella, le contaría sus preocupaciones y él diría: «*Mon dieu!* ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes que preocuparte por todo el mundo y arreglarlo todo? ¿Acaso eres como esa frau Susanne del

periódico a la que la gente le consulta sus problemas? Basta con que te preocupes por mí, *mon chou*. Porque tengo frío y…».

¡Ay, sí! Entonces él la tomaría en sus brazos y la ayudaría a dormir con mucho brío y amor…

Karin

¡Qué difícil es todo! Su madre falta en todas partes: los niños hablan de ella sin parar, la vecina le ha dicho que le cuesta creer que la señora Langgässer ya no esté ahí, incluso en la panadería le han preguntado por ella. Pero sobre todo ahora se da cuenta de lo unida que estaba a ella. Mamá no era una persona fácil; tenía unas opiniones firmes y las defendía con vehemencia; era desafiante y a menudo Karin había llegado a creer que apenas podía soportarla. Sin embargo, ahora que ya no está, se siente infinitamente sola y abandonada. ¿Acaso su madre no estuvo siempre a su lado? Ella la animó a seguir su camino como actriz y la apoyó lo mejor que supo. Al final se llegó a llevar muy bien con Willi, y para los niños era la mejor abuela del mundo.

Durante los agotadores días de rodaje, Karin supo dejar a un lado su dolor y centró su atención en aspectos organizativos: quién lleva a Nora a la escuela; quién la recoge; quién les prepara un almuerzo rápido a los niños; quién cuida de Nora por las tardes. Tiene que admitir que Willi fue un fiel apoyo, asumió algunas tareas y —según él dice— incluso tuvo algunos problemas en el teatro por verse obligado a salir antes de tiempo de los ensayos. Y eso a pesar de que al principio ella había sopesado la posibilidad de abandonar el rodaje. Cosa que, por supuesto, no hizo.

Pero ahora que lleva en casa unos días, él ha dejado de ayudarla; se marcha de casa temprano por la mañana y regresa tarde por la noche. ¿Por qué lo hace? Porque es un cobarde y quiere evitar una discusión sensata. ¿Cómo le puede pedir que desocupe el cuarto de su madre, regale sus cosas o se las lleve al sótano y monte en su sitio un cuarto para Stefan?

—¿Cuándo vas a ponerte por fin con eso? Stefan necesita su propia habitación, a su edad yo ya tenía una.

—Pero, precisamente ahora que mi madre no está, los dos niños están muy unidos y seguro que no querrán dormir en habitaciones separadas…

—Es cuestión de acostumbrarse, Karin. Cada noche en su cuarto tenemos jolgorio durante horas por culpa de las travesuras que hacen juntos. Esto se acabará en cuanto duerman separados.

—Dame un poco más de tiempo, Willi. No puedo abrir el armario de ella y vaciar sus cajones. Aún no estoy preparada para eso.

—¡Pues ya lo haré yo, si quieres!

Pero ella tampoco quiere eso. Las pertenencias de su madre contienen tantos recuerdos, hay intimidades que saldrían a la luz. No quiere dejar eso en manos de Willi.

—¡Bueno, pues entonces al menos recoge sus cosas del salón! —le pidió con enfado—. Y ese millar de notitas que tenía en el armario de la cocina tampoco nos hacen ninguna falta.

Hizo eso y lo metió todo en el cuarto de su madre. Le habría gustado poder cerrarlo con llave, pero no se puede porque los niños entran ahí de vez en cuando. Aunque Willi no ha vuelto a sacar el tema, Karin se da cuenta perfectamente por su conducta que eso le enoja. Pero a ella también le enfada que él se muestre tan poco comprensivo; y luego está esa llamada que, para desgracia de Karin, Willi ha tenido que responder. Apenas ha dicho un par de palabras y luego le ha pasado el auricular. Su expresión era sombría.

—Para ti…

Una llamada de un productor de Degeto, donde quieren tratar algunos detalles del nuevo contrato con ella y se preguntan si podría pasarse por ahí.

Willi ya estaba en la puerta porque tenía que ir a ensayar. Pero ha esperado a que terminara la conversación y le ha preguntado de forma escueta:

—¿Un nuevo contrato?

Ella traga saliva porque se lo había ocultado hasta ahora.

—Sí, ya he firmado. Pero el rodaje no es hasta el verano.

—¡Pero si ya es verano!

—Ya se solucionará de algún modo, Willi. Lo arreglaremos juntos.

—Sí, ¿y cómo? Yo no soy una niñera. ¡Tengo trabajo!

—¡Y yo también! —ha replicado ella enfadada.

—Pues entonces no deberías haber tenido ningún hijo.

Y tras decir eso, se ha puesto el sombrero y ha salido a toda prisa de casa. Ella se ha quedado ahí, temblando de indignación; después ha tenido que preparar a los niños para llevar a Nora a la escuela. Luego ha ido a comprar con Stefan y ha preparado el almuerzo. Apenas ha terminado con ello, ya era hora de ir a recoger otra vez a la niña al colegio. Tal vez en unas semanas Nora pueda ir y volver andando del colegio, pero por ahora todo es demasiado nuevo para ella, hay mucho tráfico y es peligroso.

¡Qué fácil era la vida cuando mi madre estaba con nosotros! ¡Cuánto trabajo nos ahorraba!, piensa con amargura.

Después de comer llama por teléfono a varias guarderías de Wiesbaden.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Cuatro.

—Hace tiempo que debería haberlo inscrito.

—Mi madre se ocupaba de mis hijos. Pero, por desgracia, ha fallecido hace poco.

—Lo lamento, pero no hay plazas libres. Puede inscribirlo en la lista de espera.

—¿Y cuándo quedaría alguna plaza libre?

—Quizá en otoño.

¡Oh, Dios mío! De todos modos, lo inscribe en la lista, aunque sin muchas esperanzas. En Wiesbaden hay muchas mujeres que necesitan ingresos adicionales porque el dinero no alcanza para todo, así que las guarderías están muy solicitadas. ¿Por qué Willi arma tanto jaleo?, piensa enfadada. Pronto le darán vacaciones en el teatro, así que él tendría tiempo para cuidar de ellos. Todo se podría organizar perfectamente. Le podría pedir ayuda a Swetlana; Marion está libre por las tardes y, en caso de emergencia, solo tendría que llevar a Stefan al rodaje.

Eso es difícil, ya que por desgracia no le gusta quedarse sentado y quieto en un rincón entreteniéndose con sus juguetes. Él corre y charla con todo el mundo; durante un tiempo la secretaria de la oficina lo tuvo con ella, pero luego él se marchó sin más, se dedicó a

inspeccionar todos los estudios y en algún momento un joven lo trajo al plató preguntando de quién era el niño. La gente del cine es, de verdad, muy comprensiva, se rieron mucho con él, y el pequeño les pareció una «ricura», e incluso alguien le preguntó si le permitiría participar en el programa infantil. Pero, a pesar de todo, ella se pasó el rato intranquila, sin poder concentrarse bien en su trabajo, algunas escenas salieron mal por su culpa, y hubo que repetirlas.

A las tres tiene que estar con Nora en el hospital municipal; le van a quitar la escayola del brazo. ¡Qué alivio! Lo malo es que vuelve a llover, así que va tener que equipar a los pequeños con botas de agua e impermeables. Nora solo puede meter el brazo izquierdo por la manga y el otro brazo va a tener que llevarlo tapado por el abrigo.

—¿Podré quedarme con la escayola cuando me la quiten? —pregunta—. Todos mis amigos le han pintado algo.

Por suerte, los rasguños en la cabeza de Stefan ya están curados; solo le queda alguna costra en una de las heridas de la frente, y el pelo, que le tuvieron que rapar en ciertas partes, ya le ha vuelto a crecer.

—Yo también quiero una escayola —anuncia el pequeño—. Le dibujaré un coche y tú, mamá, dibujarás una cámara, como esas del plató.

—Tú no te enteras —le dice Nora a su hermanito—. Solo te escayolan si te has roto un brazo.

—¿Y la pierna?

—Vamos, Stefan, ponte ya las botas —los interrumpe Karin nerviosa—. Se nos está haciendo tarde.

Tendrán que ir andando porque Willi ha cogido el coche. ¿Por qué tiene que recorrer en coche la escasa distancia que le separa del teatro? Ella necesita el vehículo mucho más. Pero el insigne actor Wilhelm Koch, el muy petulante, está obligado, por su condición de artista excelso, a ir al teatro montado en el carruaje familiar.

Ya en la escalera tienen que volver sobre sus pasos, porque Nora se da cuenta de que necesita hacer pipí con urgencia y no podrá aguantar hasta llegar al hospital. Por si acaso, Karin obliga también al niño a ir al baño, y luego con las prisas casi se olvida las llaves de casa en la cómoda.

En el hospital tienen suerte: aunque llegan con retraso se les permite acceder a la sala de curas sin tener que esperar mucho rato. Nora se queda quieta de un modo ejemplar mientras una joven doctora le corta la escayola. Debajo el brazo está fino y la piel, toda arrugada.

—Muy pronto volverá a estar bien —asegura la amable médica—. Ahora lavaremos el brazo y luego aplicaremos crema.

—¡Pero ha destrozado todos los dibujos! —se lamenta Nora.

Le permiten llevarse la escayola y ahora ya puede ponerse bien el impermeable. Sin embargo, siente la articulación del codo rígida y le duele al moverla.

—¡En unos días, eso se habrá pasado! —le asegura la médica.

Después de que los niños reciban cada uno dos ositos de gominola de colores pueden marcharse. En el pasillo se produce una disputa porque Stefan se empeña en que quiere llevar la escayola, y Nora no está dispuesta a renunciar a su tesoro. Al final, Karin se pone el objeto bajo el brazo y toma a los dos niños de la mano.

—¡Basta ya! Vendrá una enfermera y nos regañará porque en el hospital no se puede hacer ruido.

—¿Y por qué no?

—Porque en las habitaciones hay enfermos que necesitan descansar.

—También la abuelita tenía que descansar después de comer. Pero a veces armábamos escándalo —dice Nora.

—Pero la abuela no estaba enferma —apunta el pequeño.

—No. Pero ahora está muerta —constata Nora.

—Pero yo no quiero que esté muerta…

—Ahora está en Bochum, en el cementerio.

—La tía Swetlana dijo que estaba sentada en el cielo, encima de una nube y que nos mira desde lo alto.

—Mamá, ¿ahora dónde está la abuela?

Karin suspira. ¿Qué puede decir?

—¿Tú te acuerdas de dónde estabas antes de nacer?

Los dos niños la miran desconcertados.

—No —dice Nora.

—Yo sí —dice Stefan—. Era…, bueno, no sé…

—Pues aquí lo tenéis. La abuelita ahora está justo ahí.

La respuesta no los deja muy satisfechos, pero por lo menos el tema de la muerte queda aparcado por un rato. En su lugar, Nora señala una heladería italiana que se acaba de abrir en la Rheinstrasse. Es un toque de color entre edificios grises. Por el cristal se ve que las paredes están decoradas con el mar y las casas blancas de *la bella Italia*; las mesitas redondas y los asientos de colores con funda de plástico invitan a entrar.

—En el hospital me he portado muy bien —dice Nora—. Y por eso me merezco un helado, mamá.

La pequeña sabe negociar. Stefan también es hábil en eso.

—¡Si Nora se toma un helado, yo también quiero uno!

A Karin no le apetece comprarles un helado; con este tiempo tan lluvioso solo conseguirán ensuciarse. Además, tampoco quiere ir a esa heladería. Ella preferiría ir al Café del Ángel y charlar un rato con Hilde, que tan valerosamente la apoyó en esa embarazosa discusión familiar del otro día. Sin embargo, en el Café del Ángel será inevitable coincidir con la abuela Else y el abuelo Heinz, que deben de estar tomando ahora el café de la tarde en la mesa reservada para la familia. Se siente muy enojada con ellos y, conociendo a Else, empezará de nuevo a decir que una madre debe estar con sus hijos. ¿Qué puede hacer? Bah, piensa con ánimo desafiante. Ella tiene su opinión, yo tengo la mía. Además, tal vez Jean-Jacques también esté allí, y él es capaz de acallar a su suegra del modo elegante que solo él sabe emplear.

—Vayamos al Café del Ángel. Allí os darán un rollito de nata bañado con chocolate.

—¿Y una Coca-Cola?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es una bebida para niños. Pero tal vez una Bluna, sí.

—¿Tal vez o seguro?

—Tal vez. Solo si os portáis bien.

Ambos caminan de lo más formales junto a ella bajo la lluvia. Solo en una ocasión Stefan se para ante un charco, pero su hermana

mayor está ojo avizor. «¡No saltes ahí! —le advierte—. Si no, me quedaré sin Bluna por tu culpa…».

—Vale —dice él atravesando despacio la superficie mojada.

Al llegar al Café del Ángel, tienen que entrar por la puerta giratoria porque delante de la otra entrada están dos operarios llenando con hormigón el hueco rectangular que hay delante. A los pequeños les encanta la vieja puerta giratoria y, como no hay clientes que entren ni salgan, dan dos vueltas. El ambiente en el café está cargado; en el aire pende una mezcla de olor a ropa mojada, aroma de café y humo de tabaco, y también el nivel de ruido es considerable, pues hay un grupo de caballeros mayores que hablan a gritos. Para colmo, entre las mesas hay un perro grande y empapado tumbado en el suelo.

—*Buon giorno, signora Karin!* —exclama Giuseppe—. *Stefano*, mi amiguito. ¡Y *la bella signorina Nora*!

¡Qué agradable es este italiano! Adora a los niños por encima de todo, se ríe y charla con ellos y ha hecho que Hilde compre dos tronas de madera para los clientes más pequeños. ¡Qué atento fue al darle el pésame por la muerte de su madre! Por desgracia, no puede entretenerse con ellos, porque tiene que hacer equilibrios complicados con una bandeja de jarras de café y platos con tartas para acercarse al grupo de ancianos dando un rodeo. A Giuseppe le aterran los perros, y no se atreve a pasar junto al animal enorme que descansa plácidamente en el suelo.

El pastelero está junto al mostrador; como no ve a Hilde, supone que debe de estar en la cocina. Karin busca una mesa libre porque no tiene ningunas ganas de sentarse en la reservada para la familia con los niños. Pero, por desgracia, todas las demás mesas están ocupadas.

—Mamá, ¿podemos acariciar al perro?

Hace tiempo que Nora ha contagiado a Stefan su pasión por los perros y los gatos. En una ocasión, Willi llegó a sugerir la compra de un caniche para los niños, pero afortunadamente su madre lo impidió.

—Hay que preguntar primero, ya lo sabéis.

El amo del perro es un hombre joven que está tomando té con su novia y mira atento la carta. Sonríe y tira del collar del gran animal de pelo marrón.

—¡Hasso, perro bueno!

Hasso levanta la cabeza y olisquea las manos de los dos niños, que se las acercan. Queda claro que los valora como amigo y se deja acariciar de buen grado, incluso disfruta cuando Nora le rasca las orejas. En ese momento Karin oye la voz del abuelo Heinz y se da cuenta de que no podrá evitar unirse a la mesa de la familia.

—¡Nora! ¿No vas a decir «buenos días» al abuelo? ¡Ven aquí, bonita!

—¡Stefan, angelito! —exclama también la abuela Else—. ¿Por qué no dejas tranquilo al perro y vienes con la abuelita?

Apenas Karin logra quitarles los chubasqueros, ellos ya están sentados a la mesa, y Stefan —¡ay, no, cuántas veces le ha dicho que no lo haga!— se encarama al asiento tapizado con las botas de agua empapadas para enseñarle al abuelo la escayola del brazo, que ya está un poco deshecha. La abuela Else no le regaña: el pequeño Stefan, el hijo de su adorado Willi, es el niñito de sus ojos y prácticamente puede hacer lo que le venga en gana. Con el tiempo, ella ha tomado simpatía por Nora, que no es hija de Willi. Con todo, a quien le gusta criticar es a su nuera. Al fin y al cabo, no hay mujer lo bastante buena para su adorado Willi.

—¿Por qué dejas que los niños toquen ese perro? —regaña de inmediato a Karin—. Vigila que se hayan lavado las manos antes de que coman su pastita.

—Eso es exactamente lo que iba a hacer…

Lleva a los dos pequeños a los lavabos y logra evitar por los pelos que Stefan provoque una inundación al lavarse las manos. Hace poco que ha descubierto que al apretar el dedo por donde sale el agua del grifo, esta salpica de maravilla. A la vuelta, Giuseppe ya ha servido, por propia iniciativa, dos platos con rollitos rellenos de nata y bañados en chocolate y dos pequeñas botellas verdes de Bluna: una con una pajita rosa, y la otra con una pajita de color celeste.

—¿Un café, *signora* Karin? Tenemos pastel recién hecho con licor de *uovo*.

—No, mejor que sea un pastelito de nata con mandarina.

—Con mucho gusto… ¡Lo traigo *subito*!

—¡Se dice «de inmediato»! —le reprende la abuela Else, que estaba atenta—. ¿Cuándo vas a aprender de una vez, Giuseppe?

—Lo siento, *signora* Koch… Mi cabeza es torpe. Pero me esfuerzo mucho…

—¡Pues no lo noto!

Karin va a entrometerse, pero logra reprimir el comentario y le dice a Stefan que no se arrodille sobre la silla, que debe permanecer sentado. Los dos pequeños se abalanzan sobre los rollitos, y la abuela Else permite con una sonrisa que cojan con los deditos el rollito pegajoso después de haber quitado la nata del interior.

—¿Para qué tenemos servilletas? Vamos, cariño, voy a limpiarte la boca, que pareces un deshollinador.

Nora se limpia sola la boca y las manos, y el abuelo Heinz le deja admirar su reloj de bolsillo de oro, que lleva atado al chaleco con una cadena. Entonces la abuela Else hace la pregunta que Karin estaba esperando.

—Bueno, ¿estáis contentos de volver a tener a mamá en casa?

Nora mira de reojo a su madre: esa niña tiene buen olfato para intuir los conflictos. Stefan dice de forma despreocupada:

—Sí, pero ahora papá casi nunca está en casa.

—Papá tiene que trabajar —objeta la abuela, mientras el abuelo Heinz guarda silencio.

Por suerte, antes de que a Karin se le agote la paciencia, Hilde sale de la cocina. Lleva un plato de sopa de gulasch y una ensalada italiana, así como una panera llena, y al pasar exclama dirigiéndose hacia Karin:

—¡Qué bien, Karin! ¡Os echaba de menos! Ahora estoy con vosotros. ¡Tengo grandes noticias!

Pasa sin miedo junto a Hasso, que levanta la nariz y olfatea, y sirve a la joven pareja el tentempié que han pedido.

—¡Que aproveche!

Luego se apresura hacia la mesa del rincón, tira en broma de las largas trenzas de Nora, le pellizca la oreja a Stefan y se sienta un momento junto a Karin.

—Te cuento: ¡Jean-Jacques me ha dicho que Mischa y Simone esperan un bebé!

—¡Oh, qué bonito! —dice Karin—. ¿Y para cuándo será?

—Posiblemente en septiembre.

—¿Están contentos?

—¡Muchísimo! Mischa ha hecho una cunita preciosa. Swetlana está que no cabe de felicidad.

La abuela Else apura el café.

—¡Ajá! Por eso la premura de la boda —afirma.

—¿Qué significa «premura»? —pregunta Nora, curiosa.

El abuelo Heinz dirige una mirada de reproche a su media naranja, Hilde procura explicárselo a la niña:

—«Premura» es cuando alguien tiene prisa.

—¿Y por qué tenían prisa el tío Mischa y la tía Simone?

—Como se quieren tanto, pues querían casarse rápido.

—Yo también quiero casarme cuando sea mayor —anuncia Nora—. Con un hombre rico. Alguien como el abuelo.

—No puedes casarte con el abuelo —objeta Stefan—. Está casado con la abuela.

—He dicho «alguien como»… ¡Serás tonto!

—¿No son adorables? —comenta con cariño Else mientras acaricia el pelo rubio de Stefan—. ¡Hay que ver cómo se parece Stefan a nuestro Willi! Un día que pueda os mostraré fotos antiguas!

Karin se concentra sin hambre en su pastelillo de nata, pensando que preferiría poder charlar un poco a solas con Hilde. Pero esta se ha vuelto a levantar para ir al mostrador de las tartas y sustituir al pastelero, que a esta hora termina su turno. ¿Cómo se las arregla todo el día de pie, incluso los domingos y a menudo también los festivos? Karin pide a los niños que terminen su Bluna porque tienen que irse a casa.

—Ah, nuestro Willi —suspira Else mientras aparta el plato que Stefan ha estado a punto de tirar de la mesa—. Todas las mañanas acude al café para tomar su desayuno. Y al mediodía también almuerza con nosotros. ¿Acaso no cocinas, Karin? Los niños necesitan comer como es debido…

—Por supuesto que cocino. Pero estos días se están haciendo los primeros ensayos de las nuevas producciones de otoño, así que probablemente Willi no tiene mucho tiempo al mediodía.

Se siente furiosa por tener que inventarse una explicación. Pero no cabe esperar que Else muestre gran comprensión por sus actuales problemas matrimoniales y Karin no tiene ganas de discutir. Ha sido una mala idea ir al Café del Ángel. Apenas ha podido cruzar dos palabras con Hilde y el resto del tiempo lo ha tenido que pasar incómoda por los comentarios punzantes de su suegra. Por suerte, los pequeños se lo han pasado bien, y el abuelo Heinz, en el fondo, es un encanto, aunque su esposa Else lo ate corto. Se propone reducir de ahora en adelante las visitas al café. Aunque solo sea porque al final Willi acabaría pensando que ella se dedica a espiarlo.

—¿Os vais ya, Karin? —exclama Hilde desde el mostrador de pasteles—. Me gustaría enseñarte estos *petits fours* de florecitas de mazapán. Ven a mirarlos, es la última creación de Ewald…

Una indirecta. Karin deja en manos de Else la tarea de volver a colocar los chubasqueros a los niños y se apresura a obedecer a Hilde.

—¿Qué os pasa? —pregunta Hilde en voz baja—. No es normal que Willi se pase el día en el café, ¿no crees?

—Está enfadado y me está esquivando. No es nada más.

—¿Un nuevo contrato?

¡Qué lista es Hilde! Ha acertado de lleno.

—Eso también… No quiere ni oír hablar de ello.

—El muy cabezota —dice Hilde mientras recoloca los *petits fours* para que su madre, desde la mesa del rincón, no recele.

—Oye, estoy muy orgullosa de ti —le susurra a Karin—. El próximo jueves se estrena el telefilme que rodaste el año pasado. Vamos a estar todos juntos delante de la tele para admirarte.

—Willi no —dice Karin con amargura—. Ese día presenta un desfile de moda en el Balneario y encima me acusará de que la televisión les quita público.

—¡Menuda tontería! —gruñe Hilde—. Cuando Willi presenta un desfile de moda, el Balneario se llena siempre hasta la bandera. Tiene admiradoras de todas las edades.

—Me alegro por él.

Hilde echa una mirada rápida a la mesa del rincón, donde Stefan se ha vuelto a adueñar del trozo de escayola reblandecido. De nada sirven las protestas de Nora, la abuela decide que el muchacho debe salirse con la suya.

—No te preocupes, Karin —le susurra Hilde—. Cuando vuelvas a rodar, nos las apañaremos con los niños. Como ves, mamá y papá están locos por ellos.

—Me resulta imposible imaginar que tu madre me vaya a apoyar en mi trabajo —duda Karin.

—No es eso. —Sonríe Hilde—. Pero cuando esa parejita viene a visitarnos, ella es feliz. Ni siquiera Willi puede impedirlo. ¡Y además, yo también estoy aquí!

Karin se emociona tanto que, de no ser por el mostrador de tartas que las separa, le habría dado un abrazo a Hilde.

—¡Eres maravillosa, Hilde! —dice con voz ronca—. ¡No sé ni cómo agradecértelo!

—Es una cuestión de honor. Entre nosotras nos apoyamos, ¿no?

Andi

No debería haber contestado esa carta. Pero le pareció grosero hacer caso omiso del escrito. Y más cuando ella se había esmerado tanto decorando los márgenes con florecitas bonitas y corazones. Dibuja muy bien, aunque su ortografía deja mucho que desear.

Querido Andi:

Solo pienso en ti y por las noches casi no duermo. Mamá dice si no estaré yo inferma porque estoy cayada y apenas como. Pero es que te extraño, Andi. No lo puedo evitar. Es así.

Como llueve tantísimo, viene poca gente a la tasca asi que yo me estoy plantada mirando por la ventana y te veo y hablo contigo en mi cabeza. Te esplico todo lo que pasa por aquí. La gata a tenido seis gatitos, Hannes y Sonja se van a casar y Baba dijo el otro día que este año la cosecha va a ser mala. ¿Sabes que Mischa y Simone ban a tener un bebé? Mamá dise que será un niño porque a Simone le duelen las piernas.

Querido Andi, ¿qué tal tú? ¿Tu tío te hase trabajar mucho? Seguro que es sebero, bueno, en la boda dio esa impresión. ¿Piensas en mi? Yo pienso en ti todos los días y todas las noches. Prometiste venir a Eltville pronto, pero de momento no lo as echo aún.

Cuando vengas, podemos ir en bisi a ver a mi tio Peter. Tiene un gran hotel en Östrich. A tenido a gente famosa, incluso Hildegard Knef se alojó allí.

Dejo de escribir porque mamá dise que baje a servir a la gente.

Te quiero muchisimo, Andi. No lo olbides.

Saludos y muchos besos.

Tuya,

Margit

Escribió todo esto con una caligrafía bonita en un papel de carta caro en el que antes ha trazado las líneas en lápiz. Pintó con esmero todos los dibujos con lápices de colores. La verdad, esa carta a él le resultó un poco embarazosa, pero, por otro lado, le conmueven la aplicación y el esmero de ella y, sí, también, lo halaga. Tiene buen corazón, aunque es un poco ligera de cascos; pero tal vez sea por su educación, y eso no es culpa suya. Leyó la carta dos veces y al hacerlo le pareció oír su voz nerviosa y alegre; vio su rostro ante él, su expresión vivaz, los hermosos hoyuelos y también otras cosas que aún recuerda, pero que no son de su incumbencia.

No ha hecho secundaria, se dijo. Por eso escribe como habla.

Tras debatirse consigo mismo, al final le escribió una respuesta escueta.

Querida Margit:

Muchas gracias por tu agradable escrito y con esos bonitos dibujos. El trabajo en el bufete de mi tío es muy interesante e instructivo, así que tengo poco tiempo para otras cosas. Aún no sé cuándo voy a ir a Eltville, pero mientras el tiempo siga así de malo, probablemente me quedaré en Wiesbaden.

Atentamente,

Andi

Echó la carta en un buzón de camino al bufete del tío August y realmente con ello pensó que había puesto fin a esa historia. Pero dos días después ha llegado a casa otra carta de Margit y, en esta ocasión, su madre repara en ella. No puede pasar inadvertida en la pila de correo, porque va en un sobre rosa decorado con florecitas.

—Últimamente recibes cartas de amor, ¿eh? —le pregunta mamá.

Él, por supuesto, se alarma. Primero, porque ella le ha vuelto a escribir y, segundo, porque además ha pintado de forma despreocupada en el sobre.

—Esto… Esto es una broma. Debe de ser algún compañero de clase…

Pero mamá no es tan fácil de engañar. Al girar el sobre enarca las cejas con ademán socarrón.

—«Margit Göppel, Eltville, Burgstrasse, 12» —lee entrecerrando los párpados—. ¿Esa chica iba a tu clase?

Él ha agarrado a toda prisa la taza de café y se ha tomado un buen trago; luego se ha aclarado la garganta y ha dicho que tal vez fuera una conocida de Frank.

—Es todo un detalle que te escriba —dice mamá con una sonrisa entregándole la carta por encima de la mesa.

—Sí, todo un detalle…

Se ha metido a toda prisa la carta en el bolsillo y ha salido corriendo de casa. Esta mañana el tío August no va a estar en el bufete, lo cual es agradable porque entonces puede ocupar el despacho de él sin que le molesten. Por desgracia, luego tendrá que ir al despacho del señor Jonas, que ya ha vuelto de vacaciones. El tío August ha dispuesto ahí un escritorio para él y le ha pedido que eche una mano a su colega. Y esto significa que el enjuto y demasiado afanoso Paul Jonas lo abrumará sin cesar con tareas desagradables. A veces le pide buscar documentos en el archivador; otras, reunir escritos que el señor abogado necesita; e incluso hace poco le hizo ir a su piso en la Schwalbacher Strasse porque se le había olvidado la cartera. A Andi lo que más le disgusta de él es su tono de voz. Cuando se dirige a él y le da instrucciones, modula sus palabras con un cierto deje irónico y condescendiente. Es posible que le incomode que él sea el sobrino de su jefe y que, por lo tanto, disfrute de una posición especial en el bufete.

Al llegar al escritorio del tío August, abre a toda prisa el sobre rosa y saca de él una carta decorada con muchos corazones pequeñitos.

Querido Andi:

Como me pidiste que no te llamara, te escribo ahora y confío en que la carta te llege a tiempo. El domingo boy a ir a Wiesbaden con Klaudia e Irene, y les e dicho que tal vez tu nos enseñas un poco la siudad. Como naciste ahí, seguro que la conoses bien.

Llegamos a las doce y media. Antes no porque tengo que ir a misa. Al llegar iremos por la Bahnhofstrasse y luego siguiremos por Wilhelmstrasse hasta el Café del Ángel.

¡Tengo muchas ganas de volver ha berte!

Muchos saludos de corasón.

Tuya,

Margit

¡Dios mío! Viene a Wiesbaden. Con dos amigas: seguramente esa pelirroja rellenita y la rubia que siempre se tapa la boca con la mano cuando ríe. Bueno, aunque resulta un poco molesto, al menos no es embarazoso. Sobre todo si intercepta a las tres en la estación para que no asomen por el café. Eso es importante, porque es posible que papá esté ahí y seguro que empieza a hacer preguntas tontas. Él mostrará la hermosa ciudad de Wiesbaden a las muchachas de Eltville. Además, parece que el tiempo está mejorando, así que tal vez podrán ir a jugar al minigolf que hay junto a la columnata y, luego, a pasear por el parque del Balneario. Quizá después las puede invitar a tomar un helado. La nueva heladería italiana de la Rheinstrasse le parece la mejor opción, es elegante y moderna y les encantará. Y, para terminar, las acompañará de vuelta a la estación de tren. Sí, hará eso; él es una persona con modales. Listo. Ya está. Además, no habrá peligro de declaraciones de amor ni confesiones igual de embarazosas porque las amigas estarán ahí.

Apenas ha doblado la hoja a toda prisa y se la ha metido en el bolsillo de la chaqueta cuando se abre la puerta y el tío August asoma en el despacho. La señora Gelbert entra tras él y le pregunta si va a tomar un café o si prefiere una manzanilla.

—Hoy será un café, señora Gelbert. ¿Alguna llamada?

—Lo tengo todo anotado, señor Koch. Espere, en un minuto le traigo la lista…

—¿A ti te apetece también un café, Andi? —le pregunta el tío.

—Sí, desde luego.

—Señora Gelbert, dos cafés. ¿Quedan aún galletas?

Es realmente agradable que el tío August cuide tan bien de él. Cuando viene el jefe, la señora Gelbert se desvive en atenciones; en cambio, cuando él está solo en el despacho del tío August, casi nunca le ofrecen un café. Nunca, desde luego, lo hace Paul Jonas, que solo se ocupa de sí mismo. Hoy el tío August está muy hablador y de buen humor, y ayer también; la semana anterior, en cambio, estuvo bastante taciturno y solo bebía manzanilla. Ni siquiera la victoria en el juicio del jueves pasado le animó. Pero, de todos modos, invitó a champán a todos los empleados, porque las grandes ocasiones deben celebrarse. ¿Acaso en su tío la satisfacción por su éxito viene con retraso? ¡Para nada! Es posible que haya otras razones. Andi oyó anoche a mamá y papá hablando en el pasillo.

—Figúrate, Jean-Jacques: hoy Swetlana se ha pasado por el café. Con un montón de bolsas y cajas.

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó papá—. Ella siempre compra como si no hubiera un mañana. Reparte el dinero *généreusement* entre los almacenes Hertie y Horten.

—Ha comprado cosas para el bebé —susurró mamá—. Está muy ilusionada, pletórica. Y, lo mejor: se ha reconciliado con August.

—*Quelle bonne nouvelle!* La paz reina en Biebrich. Hasta la próxima disputa…

—¡Oh, qué malo eres! A partir de ahora irá a menudo a Eltville. Eso la mantendrá ocupada y ya no se sentirá sola.

—*De ta bouche à l'oreille de Dieu!* ¡Dios te oiga!

Se han reconciliado. Así pues, es de suponer que lo que disgustó al tío August no fue el juicio, sino una disputa matrimonial. ¡Menuda tontería! En realidad, ama a su esposa con locura, pero el bueno del tío es un poco soso, y no sabe demostrar su afecto como le gustaría a la tía Swetlana. El matrimonio es un asunto difícil; Andi lo sabe bien por sus padres, que hace años estuvieron a punto de separarse. Por suerte, eso ya es historia, y en casa las cosas van bien de momento. Con todo, Andi está convencido de que toda prevención es poca a la hora de casarse.

Pero, bueno, él tampoco quiere casarse con Margit. Y si ella está pensando algo así, posiblemente habrá un momento en que él tendrá que dejarle claro que no tiene opciones reales. No es fácil

negarse a algo. Eso siempre lleva consigo lágrimas y reproches. Pero, vamos, si él guarda las distancias, ella solita se dará cuenta.

Al final del día surgen problemas. Parece que a Frank pronto lo van a llamar a filas, y está furioso porque creía que esperarían hasta que hubiera terminado su formación en el taller mecánico Pahl.

—De haber hecho el examen cuando tocaba, ya habrías terminado —dice papá, encogiéndose de hombros—. Pero tú remoloneaste y fuiste posponiéndolo. ¡Y se les acabó la *patience*, la paciencia!

—Lo habría hecho este otoño —se enoja Frank tirando la carta sobre la mesa—, y ahora esos cabrones no me dejan. ¡Qué asco!

Andi aún no ha recibido el correo, pero debe de estar al llegar. A diferencia de su hermano, él se negó a hacer el servicio militar y va a tener que realizar la prestación civil.

—¡Mira que eres tonto, señor Objetor. Cuando yo termine, tendré además permiso de conducir. Gratis. Y tú, hermanito, vas a tener que apoquinar para dar clases.

Para Frank es fácil hablar. Practica boxeo, juega al fútbol de vez en cuando y, de hecho, es increíblemente deportista. Por desgracia, él, en cambio, ha salido al tío August: larguirucho, delgado y un desastre en el deporte. Tener un poco más de cabeza no le serviría de mucho en la temible instrucción básica. Así pues, para él es mejor hacer la prestación civil.

—¡Limpiarles el culo a los viejos de la residencia! ¡Qué divertido! —se había burlado Frank.

La solicitud de objeción de conciencia es un trámite bastante complicado, pero el tío August le aconsejó, así que él lo hizo todo bien. Expuso sus motivos de forma esmerada y presentó la solicitud a tiempo; lo peligroso era la vista oral, pues había muchos que no la superaban. Tuvo que presentarse ante la junta examinadora de la Oficina de Reemplazo de las Fuerzas Armadas que estaba formada por tres hombres, uno vestido de uniforme y otros dos de paisano.

—Ve con cuidado, te harán preguntas capciosas —le había advertido el tío August.

Y eso es exactamente lo que ocurrió.

—¿Rechaza usted cualquier uso de la fuerza por razones de conciencia? —preguntó uno de los civiles.

—Así es.

—¿Qué haría entonces si le atracaran y le asaltaran en la oscuridad?

—Intentaría esquivar los golpes, pero yo no los asestaría. Mis convicciones pacifistas me lo impiden.

El tipo esbozó una sonrisa malévola y siguió preguntando:

—Y si su novia fuera brutalmente agredida. ¿Se quedaría usted de brazos cruzados?

—Intentaría protegerla y disuadir al agresor con palabras.

—Un poco patético, ¿no le parece?

Ese interrogatorio tan traicionero le hizo bullir la sangre, pero no se delató y, al final, su solicitud fue aprobada. Eso no le hizo sentirse especialmente satisfecho.

El domingo le aguarda una sorpresa desagradable. Desde el andén escruta a los viajeros que se apean del tren de Eltville, pero no ve ningún grupo de tres chicas. ¿Se habrá equivocado? Ella dijo el domingo próximo, y eso sería hoy. ¿Tal vez vienen en el próximo tren? ¿Dentro de una hora? ¡Ah, qué fastidio!

—¡Andi! —Entonces oye su voz—. ¡Qué detalle que hayas venido a recogerme! Acércate, que me ayudarás a cargar con…

De hecho, ha sido la última en bajar. Está sola en el andén, de pie, con una gran cesta con asas al lado, mientras los demás pasajeros ya se han ido marchando. ¿Dónde están sus amigas? Andi tiene un mal presentimiento.

—No te imaginas lo que ha pasado… Irene tiene un dolor de muelas terrible y Klaudi ha de ir a ver a su abuela, que se ha puesto enferma… ¡Oh, Andi, cuánto me alegro de que hayas venido a recogerme! ¿Te molesta que haya venido sola? ¡Oh, vamos, déjame saludarte como es debido!

Menos mal que en el andén no hay nadie más, porque entonces ella se le echa al cuello y le besa al estilo francés. Primero a la derecha, luego a la izquierda, y después otra vez a la derecha. Tiene los labios calientes y húmedos, huele a jabón de lavanda.

—¿Te has fijado? Tu padre siempre lo hace así. No es nada. ¿Serías tan amable de coger la cesta?, pesa horrores…

¡Papá y sus modales franceses! No parece importarle que él, en cambio, no la bese. La cesta está tapada con un paño y es muy pesada.

—¿Qué llevas aquí dentro? ¿Piedras?

Ella se echa a reír alegremente y levanta la tela. Dentro hay cinco botellas de vino y, encima de ellas, una corona de flores celestes y blancas con un delicado lazo de tul.

—Este vino es de nuestro viñedo —explica orgullosa—. Baba dice que se lo debo llevar a tu madre, que tal vez podríais vender nuestro vino en la cafetería…

¡Un padre con afán de negocios! Se aprovecha del enamoramiento de su hija para vender vino.

—Y esta corona la he hecho para ti, Andi. Mira, he usado nomeolvides. Para que no me olvides. Tienes que colgarla en la pared de tu cuarto, prométemelo…

Nomeolvides, menuda idea. Camina junto a Margit en silencio mientras ella charla sin cesar, y de vez en cuando se cambia la cesta de mano. La maldita cesta le fastidia todos sus planes. Al llegar a la Rheinstrasse, hace un débil intento de querer invitarla a un helado, pero ella responde:

—Mejor vamos al Café del Ángel, Andi. Porque me gustaría comerme un trozo de vuestra famosa tarta de licor de huevo. Y además también tengo que llevarle el vino a tu madre…

—Pero a esta hora hay mucha gente…

—Seguro que tenéis una mesa especial, ¿no?

Justo lo que quería impedir. Ya con tres chicas le habría sido muy incómodo tener que aparecer por el café. Pero ir solo con Margit es realmente embarazoso. De todas formas, ya no le queda otro remedio, y menos ahora, que le duele la espalda y le parece que tiene los brazos cada vez más largos. Ya les aclarará después a sus padres y abuelos que todo es de lo más inocente.

El café, cómo no, está a reventar. Todas las mesas se encuentran ocupadas, nada raro con el buen tiempo que hace. Así pues, no le queda otra que ir con ella a la mesa de la familia, donde están

sentados la abuela Else, el abuelo Heinz y, para colmo, papá. Al ver las miradas de perplejidad y la sonrisa comprensiva del abuelo Heinz, quiere que lo trague la tierra. Papá da una bienvenida cordial —*à la française*— a la invitada, pero mira de soslayo las botellas y parece adivinar la intención que esconde ese obsequio. Andi presenta a Margit a los abuelos como una «amiga de Eltville», la hija de un vecino, y se apresura a añadir que, de hecho, ella debería haber venido con dos amigas, pero que a ellas, por desgracia, al final no les ha sido posible.

En todo caso, la muchacha es agradable y su alegría despreocupada es contagiosa; en cuanto habla de la «magnífica puerta giratoria» se ha ganado el favor del abuelo Heinz.

—Esta es una buena época para visitar Wiesbaden, señorita Margit. ¿Ha estado ya en el parque del Balneario? ¿No? Entonces Andi se lo enseñará…

—Oh, el Café del Ángel es un establecimiento tan elegante —comenta ella entusiasmada—. En Eltville no hay nada parecido. Estoy emocionada. Este sitio es tan refinado y, a la vez, el ambiente es tan acogedor…

La abuela Else también se deja engatusar por estos halagos. Sonríe y dice:

—De hecho, desde hace muchos años el Café del Ángel además es el mejor de todos, querida señorita Margit. La competencia, por mucho que lo intente, no está en absoluto a su altura. ¿Ha visto el mostrador de repostería?

—¡Esto es… es el paraíso! ¡El paraíso de las tartas!

Giuseppe sirve café y pasteles; mamá se asoma a la mesa y sonríe discreta; el tío Willi está sentado al fondo, con los actores, y lo saluda con efusividad.

—¡Oh! ¡Pero si es el señor Willi Koch! —dice Margit entusiasmada —. Una vez actuó en Eltville. Nos dejó fascinados a todos… Y ahora es un actor de teatro muy célebre, ¿no? ¿Cree que él me firmaría un autógrafo?

La abuela Else llama al tío Willi, que saluda a la muchacha de Eltville con el encanto que le es propio y le escribe unas bonitas palabras en una servilleta de papel. A continuación se inclina con

galantería y desaparece entre la multitud de clientes. Andi logra ver que en la mesa de su tío está Diana Soltau.

Entretanto, Margit ya ha enseñado la corona de flores que hizo y cosecha grandes elogios. Incluso a mamá, que se va pasando por ahí mientras sirve, le parece que es una obra de arte muy bonita.

—Quedará muy bien ahí, en ese paño de pared —dice, señalando un lugar entre dos espejos.

—¡Pero yo la he hecho solo para Andi!

¡Ya estamos! Ahora todos le sonríen a él y lo miran divertidos y benevolentes; solo papá tiene una expresión sombría porque conoce a Margit y no la tiene en gran estima. Pero eso no significa nada; hasta ahora, a papá tampoco le ha gustado ninguna de las amistades de Frank.

—Entonces, Andi, supongo que vas a tener que colgar esta bonita corona de flores en tu cuarto —dice mamá con una sonrisa.

De pronto él se estremece ante la posibilidad de que ahora lo anime a subir al piso con Margit para colgarla. Por suerte, no lo hace. Para asegurarse de que a nadie más se le ocurra una idea así, dice entonces que les gustaría aprovechar el buen tiempo para dar un paseo por el parque del Balneario.

—¡Oh, sí, Andi! Eso me haría mucha ilusión —dice ella radiante—. Les dejo aquí la cesta.

Por suerte, en el parque hay mucha gente paseando, sobre todo personas mayores, pero también familias con niños; aquí y allá se ven parejas jóvenes que andan cogidas de la mano. Margit camina junto a él hablando como una chicharra, deleitándose con los hermosos árboles viejos, que una y otra vez dejan entrever el bonito estanque del Balneario. De vez en cuando la acompaña por uno de los pequeños senderos secundarios que conducen a la orilla del estanque, donde hay unos bancos para que los usuarios del Balneario admiren la gran fuente que hay en su centro.

—¡Mira cómo brilla! —exclama ella entusiasmada—. Al salir despedida hacia arriba el agua es como un velo blanco. ¡Creo que se ve un arcoíris!

Él apenas mira: conoce el estanque y su gran fuente desde niño. ¿Y qué dice ahora de un velo blanco? Ojalá lo haya dicho sin más,

no vaya a ser que ahora le dé por pensar en vestidos de novia o cosas parecidas. Margit entonces lo obliga a sentarse junto a ella en el banco y se le arrima mucho.

—¡Oh, qué bonito es todo esto! —suspira.

De todos modos, es agradable sentirla cerca de él. Le podría pasar el brazo sobre el hombro, la verdad es que no sería gran cosa. Pero, al final, se queda tieso y quieto junto a ella y, en su azoramiento, le cuenta que tal vez él estudie Literatura o Filosofía.

—Oh, Andi —dice ella con un suspiro—. Eres tan listo y educado. A tu lado me siento como una tonta… ¿Te molesta que solo haya hecho primaria?

—Claro que no. Una chica no tiene que ir necesariamente a la universidad.

—A mí me gusta estar en casa y servir a los clientes de la tasca. Es que, sabes, me gusta estar rodeada de gente.

La tranquiliza diciéndole que eso es del todo normal e incluso se deja llevar y la elogia por ello. Ella le da las gracias con una sonrisa. El paseo en torno al estanque del Balneario se alarga, por lo que solo pueden jugar una partida de minigolf antes de que la instalación cierre. Margit resulta ser asombrosamente buena, y él la gana por poco y tras mucho esfuerzo.

—Creo que va siendo hora de ir a la estación —sugiere él—. No sea que llegues demasiado tarde a casa.

A saber lo que sus padres pensarán de él si ella llega a Eltville de noche.

—Oh… Baba y mamá dicen que en Wiesbaden no me puede pasar nada porque Jean-Jacques es un vecino y cuidará de mí.

Andi se admira de la ingenuidad de los padres de ella, y la acompaña hacia la columnata, donde se exponen fotografías de actores y cantantes y se puede ver al tío Willi haciendo de distintos personajes.

—No, no lo habría reconocido para nada… Pero es guapo, tu tío Willi. Y ha sido tan amable conmigo… Sabes, estoy muy contenta con tu familia…

Se encaminan hacia la estación; en la Rheinstrasse, Andi compra un cucurucho de helado para cada uno, y ella se pone contenta

como una niña. Pasean por la Bahnhofstrasse mientras se lo van tomando y, como él sabe de memoria los horarios hacia Eltville, la escolta hasta la vía 21, desde donde el tren partirá en quince minutos. Al llegar a la floristería del vestíbulo de la estación, ella se detiene para admirar las hermosas rosas, pero él tira de ella sin piedad para que no se le escape el tren delante de sus narices.

En el andén no hay mucho trajín; eso le alegra porque seguramente ella va a organizar una conmovedora escena de despedida con besos y abrazos. Margit le está diciendo lo bien que se lo ha pasado con él y que ahora va a tener que ir pronto a Eltville porque tienen pendiente la excursión en bicicleta a Östrich, cuando suelta un gritito.

—¡Mis gafas de sol! ¡Oh, vaya! Fueron un regalo de Joschi. Hace un momento las tenía.

¡Por Dios! Otra complicación. Mejor no saber quién es ese tal Joschi, pero, se dice, bajo ningún concepto ella debe volver sobre sus pasos.

—¿Dónde recuerdas haberlas visto por última vez?

—En la floristería. Espera, voy en una carrera hasta allí. Tardo un momento…

—No. Quédate aquí. ¡Ya me encargo yo!

Él se echa a correr a la vez que la va maldiciendo para sus adentros. ¿Por qué no cuida de sus cosas? En el vestíbulo no hay nadie, solo una pareja de ancianos que se encaminan hacia a las vías. Las tiendas están cerradas. ¡Ahí! ¡Oh, qué suerte! Las gafas de sol están en el suelo, delante del escaparate de la floristería. Las recoge y regresa hacia el andén con las gafas en la mano. Faltan siete minutos, ¿por qué se ha puesto tan nervioso? Todo va a pedir de boca.

Pero entonces ocurre algo inesperado. Apenas ha dejado atrás el vestíbulo cuando la oye gritar. El temor se apodera de él y se lanza a correr de nuevo. En la entrada a la vía ve a tres personas que se pelean. ¡Es Margit! ¡Está entre dos hombres claramente borrachos! ¿De dónde han salido? Antes no los había visto.

—¡Eh! —grita—. ¡Dejadla en paz!

Uno de ellos retrocede tambaleándose y está a punto de caer sobre el banco; el otro se agarra a su falda. Margit rezonga gritando y da golpes con los pies mientras intenta apartar de sí a ese hombre. Sabe cómo tratar con borrachos; a fin de cuentas, su familia tiene una tasca.

Andi interviene y agarra al hombre por el brazo.

—Te digo que la sueltes. ¿Estás sordo?

El hombre, en efecto, le suelta la falda, se gira y Andi se topa de frente con un rostro feo e hinchado. Entonces recibe un fuerte puñetazo en la cara, las gafas le caen y por un instante ve las estrellas. La rabia se apodera de él y devuelve el golpe, una, dos y luego otra vez. Su oponente se tambalea y cae al suelo.

—¡Cabrón! —farfulla el borracho—. ¡Me…, me las pagarás…!

Entonces llega el tren, se oyen los silbidos, el estruendo, el chirrido de los frenos. Se apea un revisor, luego algunos pasajeros, pero Andi no los logra ver porque tiene a Margit colgada del cuello, besándolo una y otra vez y tocándole la cara.

—¡Oh, Dios mío!… Tu ojo… ¡Menudo desgraciado! ¡Maldito borracho!… Tienes que ponerle algo frío, que, si no, se hincha…

—Tienes que subir al tren…

Ella se resiste a soltarlo, se lamenta por su ojo, maldice a los borrachos, le acaricia la cara hasta que al final él literalmente tiene que auparla para subirla al vagón.

—*Adieu*, adiós… Vendrás pronto, ¿verdad? No me olvides…

Las puertas se cierran de golpe, el maquinista silba, el tren se pone en marcha y sale poco a poco de la estación. ¿Es un pañuelo eso que sale por una de las ventanillas? Él apenas puede distinguirlo porque se le han caído las gafas y tiene el ojo derecho tan hinchado que no es capaz de ver.

Los dos borrachos han desaparecido. Andi encuentra sus gafas en el suelo, cerca de la vía. Están intactas: un golpe de suerte.

Luisa

Menos mal que hoy solo trabaja media jornada. Al llegar a casa, encuentra a su hija Marion acurrucada en la cama. La niña gime de dolor.

—¡Oh, mamá, cómo me duele el estómago!

Le ha empezado a doler en la escuela, en la cuarta hora; la maestra entonces la ha enviado a casa con una compañera. La chica se ha quedado un ratito con ella porque no había nadie en casa, y luego ha regresado a clase.

—¿Tienes la regla?

—Sí. Estoy sangrando mucho…

En la escuela se ha puesto un montón de papel higiénico, pero no ha sido suficiente.

—No es nada grave, Marion —la consuela Luisa al tiempo que le aparta el pelo de la frente a su hija—. Es muy normal, ya sabes que a las mujeres eso les pasa cada cuatro semanas. Te daré una compresa.

Marion ya ha tenido la regla un par de veces, pero muy leve y entre las dos ocasiones pasó un intervalo largo. Todo indica que ahora el asunto va en serio. Su hija se está haciendo mayor. ¡Qué sensación tan extraña! El tiempo vuela. Hace un instante Marion era solo una niña y ahora…

—¡Pero duele muchísimo! A duras penas he podido caminar hasta la parada. Y en el autobús he llorado de dolor…

—Te traeré un analgésico, así estarás mejor.

Luisa va a su dormitorio; en el cajón de la mesilla de noche guarda un paquete de aspirinas, que toma cuando le duele la cabeza. En el baño, llena de agua el vaso del cepillo de dientes, y le lleva ambas cosas a su hija.

—¡Tienes que disolverla en una cucharilla, si no se me quedará atascada en la garganta! —reclama Marion.

—¡Venga, vamos! ¡Tómate un buen trago de agua y trágatela!

Funciona, gracias a Dios. Marion pone los ojos en blanco y se deja caer sobre la almohada.

—¿Cuándo hará efecto, mamá?

—En un ratito. ¿Quieres que te prepare una infusión?

—No…

Abajo se abre la puerta principal. Es Petra, que llega de la escuela.

—¿Mamá? —grita por toda la casa.

—Estoy aquí arriba, Petra.

—¿Cuándo comeremos?

—En media hora.

—¡Para entonces ya habré muerto de hambre!

Luisa corre a su dormitorio para cambiarse en un momento. Tiene que cuidar la ropa bonita que lleva en la tienda de moda; en casa, le basta con una falda vieja y una blusa. Ya en la cocina corta las patatas que le sobraron del día anterior, abre un bote de zanahorias y guisantes y pone cuatro salchichas en la sartén. ¿Qué le pasa a la cocina eléctrica nueva que el año pasado se compró con su propio dinero? Los fogones se apagan dos veces y después vuelven a funcionar, pero no con la potencia habitual. ¡Qué rabia! Luego llamará al servicio de atención al cliente, porque el aparato aún está en garantía. Pero entonces alguien tendrá que estar en casa cuando venga el técnico.

Cuando el almuerzo ya está listo sobre la mesa, Fritz aún no ha regresado de su ensayo, así que empiezan sin él.

—Estas patatas no están bien hechas, mamá —se queja Petra.

Marion separa meticulosamente todos los trocitos de zanahoria y los va colocando al borde de su plato. Al menos la pastilla parece que ha hecho efecto, y ahora escucha con tranquilidad lo que Petra explica sobre la jornada escolar de hoy.

—En Inglés he salido a la pizarra y me han preguntado vocabulario… Doris es tonta, no sabe nada de mates… La señora Kreuzer ha dicho que tengo una caligrafía horrorosa y que solo por

esto me ha puesto un aprobado en el dictado. Aunque solo tuve una falta…

Se abre la puerta de casa y llega Fritz. A Luisa le parece cansado y agobiado. Seguramente el ensayo ha sido duro. Para la próxima temporada habrá representaciones de ballet de Hans Werner Henze y Werner Egk, lo cual es un nuevo territorio musical para Fritz, así que tiene que ensayar mucho. Además, cada vez le resulta más difícil leer las partituras a causa de su mala vista.

—Marion tiene la regla —anuncia Petra, mientras Luisa sirve a su marido en un plato el resto de patatas asadas.

—Ah, ¿sí? —Fritz mira inquieto a Marion y suspira. Salta a la vista que esta noticia no le ha gustado.

—Dice que duele muchísimo.

Marion le pega un codazo a su locuaz hermanita.

—¡Cállate!

—¡Pero si lo has dicho! —Petra se defiende.

Luisa le dice que no hace falta contar todo lo que alguien te explica. Marion mira su plato y Petra pone mala cara.

—Sina me ha dicho que la tía Swetlana toma la píldora —sigue diciendo sin ningún pudor.

Fritz deja caer el trozo de salchicha del tenedor y dirige una mirada de reproche a Luisa, como si fuera culpa suya que Petra diga esas cosas.

—¡Me gustaría no tener que oír esas cosas mientras almuerzo! —dice con tono enérgico.

—¿Qué tiene que ver eso con la comida, papá?

—¿Es que no me has oído?

—Pero es que la tía Swetlana dice que gracias a la píldora ya no le duele el estómago y además que gracias a ella no tiene hijos…

—Petra, por favor… —Luisa se apresura a intervenir, pero no llega a tiempo. Fritz tiene el rostro sofocado, se levanta enfadado y señala la puerta con el dedo.

—¡A tu habitación! —grita— ¡Ya!

—Pero si no he terminado de comer…

—¡He dicho que ya!

Petra no entiende nada. Ha sido siempre el ojito de papá, a la que se le permitían todo tipo de libertades y papá nunca se enfadaba. Y ahora, de repente, eso. Por una nadería como esa…

No se echa a llorar. Suelta el tenedor y se marcha de la cocina sin decir palabra. Al llegar arriba, cierra el cuarto con un portazo porque siente que ha sido tratada de forma injusta. Los demás continúan comiendo sin decir palabra. Fritz sigue muy sofocado y engulle a toda prisa la comida del plato; entonces se atraganta y se echa a toser. Luisa le sirve agua en el vaso. Marion pone mala cara, recoge la mesa y sube también a su dormitorio.

—Estas costumbres depravadas —dice Fritz en cuanto Marion se marcha—. En Estados Unidos, las chicas jóvenes toman la píldora para entregarse a los hombres sin reservas. ¿Adónde iremos a parar?

—Puede que en Estados Unidos —le tranquiliza Luisa—, pero aquí, en Alemania, no.

—No falta mucho para que esto también ocurra aquí, Luisa. No te creerías lo que oigo contar a mis colegas. La hija de dieciocho años de Klaus Meinert, el segundo clarinete, tomaba a escondidas la píldora que le habían recetado a su madre. Y luego ella y su novio…, bueno, ya sabes…

—Vaya, eso es inaudito. —Luisa le da la razón.

—Sodoma y Gomorra —gime Fritz—. El amor libre y otras aberraciones obscenas. No quiero que mis hijas vayan por el mal camino, Luisa. Ya ves que hasta Petra está informada de esas cosas.

—Pero Petra solo repite como un lorito lo que oye, Fritz. Apenas tiene once años. Además, estoy convencida de que Marion nunca haría algo así.

Qué testarudo es su marido. No, él tampoco cree tal cosa; su hija es una buena chica y está bien educada. Y sin embargo…

—No hay que subestimar la influencia de las compañeras de clase, Luisa. Y por eso es importante que la familia proporcione a la chica un soporte moral robusto. ¡Quiero que solo trabajes media jornada! ¡Así podrás estar en casa por la tarde!

No es la primera vez que se lo pide, pero hoy lo dice muy en serio. Se la queda mirando fijamente, como si esperara una respuesta.

Como ella calla, él se levanta y sube a su dormitorio. Luisa se queda sentada a la mesa mientras siente que la desesperación se apodera de ella. Ahora, de nuevo, él volverá a no hablarle en días, incluso puede enfermar, darle un infarto, tal vez necesitar un médico. Fritz no es de esos que, para salirse con la suya, se enfurecen y gritan sin más. Él sufre. Y como ella lo quiere y se siente culpable, al final siempre acaba plegándose a la voluntad de él.

Pero, por otra parte, ¡necesitan el dinero! ¡Y a ella el trabajo le encanta! Si le dice a Julia Wemhöner que solo va a trabajar media jornada, puede que contrate a otra dependienta. ¿Y si la despide? No, no, Julia no haría tal cosa. Sin embargo, todo resulta muy desagradable…

—¡Mamá! —grita Marion desde el baño.

—¿Qué pasa?

—El secador de pelo se ha roto.

Su hija está delante del lavamanos y sacude el secador de pelo eléctrico, que no se pone en marcha.

—¡Ten cuidado con el aparato, Marion!

—Está roto. ¿Y qué voy a hacer ahora? ¡No puedo ir por ahí con el pelo mojado!

El secador apenas tiene dos años. ¿Cómo es posible que ya esté estropeado?

Apaga el aparato y lo vuelve a encender. Nada. Consulta las instrucciones del aparato que tiene guardadas. Las letras son muy pequeñas.

—Enciende la luz, Marion.

La luz del techo también falla. Ahora la cuestión está clara.

—No tenemos electricidad, mamá.

Luisa se apresura hacia abajo, hacia el pasillo donde está la caja eléctrica. El interruptor principal está bien. No ha saltado ningún fusible.

—Debe de ser una caída de luz, Marion. Vamos a tener que esperar a que la compañía lo arregle.

—¡Vaya, pues genial! ¿Y ahora cómo me seco el pelo?

—Usa una toalla.

El apagón se prolonga mucho porque, esa noche, al acostarse, sigue sin haber luz. Fritz está reclinado sobre un costado y no se mueve.

—¿Fritz?

No responde. Pero ella está prácticamente segura de que sigue despierto.

—Tú por las tardes también estás muy a menudo en casa…

Él no reacciona. Ella se siente irritada por el teatro que él ha organizado.

—¡Como padre, tienes la misma responsabilidad que yo como madre!

No hay nada que hacer, no le habla. Se arrebuja entre las sábanas y le da la espalda. Se debate entre la ira y la aflicción. Sí, está muy enfadada con él por chantajearla de ese modo. Pero, a la vez, está muy preocupada por su salud porque él no está bien: el corazón, la vista… Y ese silencio obstinado a ella le duele de un modo atroz.

Por la mañana, la casa sigue sin luz. Luisa llama a un electricista, deja una nota a Fritz en la mesa del desayuno y se apresura hacia la parada del autobús con las niñas. Petra lleva el violín porque después de la escuela tiene clase y, luego, la audición para entrar en la orquesta juvenil. Marion está muy pálida, tiene permiso para no hacer Educación Física hoy, algo que Luisa le ha confirmado en un cuadernillo especialmente dedicado a este fin.

En la tienda de moda, su compañera Irene la aguarda con impaciencia.

—Acompáñame un momento al despacho. ¿Dónde se anota esto? ¿Sabes el número de teléfono del fabricante? Tengo que llamarlos, porque nos faltan blusas y cinturones…

Según parece, Magda ha llamado para decir que está enferma, que tiene fiebre y la garganta inflamada y que teme que su hija le haya contagiado de las paperas.

—Tú quédate en casa, le he dicho. Que mejor que nosotras aquí no la pillemos. Mira, Luisa, anoté esto en el libro de caja, pero parece que algo no cuadra…

Irene se ha confundido de columna. Esto no ocurre cuando las cosas se hacen con mimo y precisión.

—Ve a la tienda, Irene, hay clientas. Yo arreglaré esto y buscaré ese número de teléfono.

Como Luisa no pudo asumir el cargo, Julia Wemhöner ha nombrado a Irene directora provisional de la tienda; la mujer tiene problemas para hacer frente a sus nuevas responsabilidades y no para de pedir ayuda a Luisa. Aunque ella es la que hace el trabajo, su compañera es quien cobra más. De todos modos, Irene lleva años trabajando a jornada completa. Ya tiene los hijos mayores y emancipados, y su marido trabaja para el Ayuntamiento como conductor de autobús. Con dos sueldos, el año pasado incluso se pudieron comprar un coche y este verano planean irse de vacaciones a Italia. ¡Un coche! ¡Vacaciones! Esas cosas Luisa solo puede soñarlas. A Fritz viajar por vacaciones no le quita el sueño; cree que su jardín es suficiente para relajarse. En cuanto al coche, queda totalmente descartado: Fritz no puede conducir por su mala vista y piensa que a Luisa no le hace falta tener carnet.

Tras terminar las tareas administrativas, va al taller de costura para ayudar a Barbara a arreglar una chaqueta de traje. Es difícil, porque hay que sacar las mangas para luego acortar por los hombros. Además, la chaqueta está forrada con tela de seda, que después habrá que ajustar. Por suerte, Barbara es hábil, cuidadosa y tiene muchas ganas de aprender, pronto podrá encargarse ella sola de ese tipo de tareas.

En la zona de la tienda hay varias clientas que esperan a ser atendidas; entre ellas, Alma Knauss, a quien Luisa conoce de cuando ella hacía de camarera en el Café del Ángel. La señora Knauss debe de tener unos setenta años, pero va muy bien arreglada; lleva el pelo siempre peinado de peluquería, usa polvos de tocador y colorete y se echa un perfume caro que compra en una perfumería de la Saalgasse. Como en los últimos años ha engordado un poco, Luisa tiene que ser muy diplomática para aconsejarla. Algo que siempre le ha salido bien; la señora Knauss tiene una posición acomodada y no repara en gastos.

—Este vestido, señora Knauss, le sienta como un guante. Quizá se tenga que ajustar un poco la costura de este lado, pero, por lo demás, parece hecho a medida…

Alma Knauss gira de un lado a otro frente al espejo. A su lado está la pálida Ida Lenhard, que la acompaña a todas partes y a la que trata con desdén, como a una empleada.

—¿Qué te parece este color, Ida, querida? ¿Me queda bien?

—Es maravilloso —opina Lenhard—. De todos los colores, el lila es tu color, Alma. Lila o bien un violeta delicado.

Luisa saca el sombrero a juego y le pide a su clienta que «solo se lo pruebe una vez»; lleva unos guantes y varios pañuelos de seda. El sombrero le gusta, pero los guantes le aprietan demasiado, así que Alma Knauss escoge tres pañuelos y, como está de buen humor, permite que su amiga también escoja uno.

—Unos colores muy bonitos y discretos —dice elogiando la oferta —, para nada esos tonos chillones que llevan los jóvenes. ¡Y estas chaquetas de cuero arrugado de colores llamativos y estridentes! ¡Un espanto! Sí, a los italianos les encanta el colorido. Por cierto, la semana pasada vi a su hija en la heladería con un joven. Su hija es especialmente guapa…

—Se… ¿Se refiere a Marion?

—La mayor de las dos, la del pelo rubio oscuro. La pequeña es pelirroja, ¿no?

—Sí, esa es Petra… ¿En la heladería, dice? Oh, debía de ser uno de sus compañeros de clase… ¿Tenía el pelo oscuro?

—Era un chico delgado, fino y rubio como un espárrago… Señora Bogner, me parece que deberíamos estrechar un poco el vestido por la cintura…

—Estoy completamente de acuerdo. Ahora mismo lo marco con los alfileres…

También hoy la señora Knauss le genera una buena venta; el vestido se queda en la tienda para los arreglos, pero la mujer sale del establecimiento con varias bolsas que permite que cargue Ida Lenhard. Hasta el mediodía acuden más clientas que, por desgracia, no tienen tantas ganas de comprar como la señora Knauss; con todo, logran vender dos trajes de chaqueta y tres blusas, así como varios pares de guantes y un sombrero de moda.

Durante la pausa para el almuerzo, Irene se explaya acerca de sus vacaciones estivales. Se han comprado una tienda de campaña y la

han instalado en el jardín para probar. Dice que hay que acostumbrarse un poco, pero que, de hecho, es muy romántico eso de tener que estar tan juntos. La mesa y las sillas plegables también son muy prácticas, lo único que le preocupa es la cocina de camping. ¿Cómo va a cocinar todo con un solo fogón?

Luisa solo la escucha a medias, no deja de pensar en si tal vez la señora Knauss se ha equivocado. Se supone que Marion debe regresar a casa nada más salir de la escuela; por la tarde tiene que hacer algunas tareas domésticas y, por supuesto, los deberes. ¿Cómo va a estar en la heladería, y encima con un chico rubio? Desde luego, con su paga no se podría permitir algo así. ¿Acaso se dejó invitar? Una chica bien educada no hace eso. ¡Y lo sabe! Bueno, en casa por la noche ya se lo preguntará, seguramente fue una confusión. De todos modos eso la inquieta y preocupa.

Por la tarde recibe una llamada mientras Irene atiende a las clientas.

—Elegancia para la Mujer, le atiende la señora Bogner…

—Hola, Luisa —dice la voz de Julia Wemhöner—, solo quería preguntar si ya lo habéis hablado en casa.

Julia está en una feria en Düsseldorf; pasado mañana estará unos días en Wiesbaden. El caso es que hay varias personas interesadas en asumir la dirección de la tienda, pero ella aún no está decidida y quiere saber si Luisa querría reconsiderarlo.

—Me temo que no. De hecho estoy sopesando la posibilidad de trabajar solo media jornada. Mis hijas me necesitan mucho ahora mismo.

Julia aguarda un instante antes de responder. Cuando lo hace su tono de voz es más frío.

—¿Media jornada? Pero entonces necesitaríamos una empleada más. De ser así, Luisa, solo podrías venir dos o tres veces a la semana. Piénsatelo bien.

Se estremece. ¿Trabajar solo media jornada dos o tres días a la semana? Eso significaría ganar mucho menos dinero. Además, de hacerlo, ella quedaría como una auxiliar y sería tratada como tal por la nueva persona que asumiera la dirección de la tienda.

—Ah, solo era una opción —se apresura a decir—. Por el momento, esa posibilidad está descartada.

—¡Muy bien, pues! —Julia responde con tono alegre—. Entonces nos vemos el lunes, Luisa. Saluda a tus compañeras de mi parte.

Aquí termina la conversación.

Luisa no tiene ocasión de contestar. Se sienta a la mesa de su despacho entre sentimientos encontrados y piensa en lo que acaba de oír. No, no puede hacer lo que Fritz le pide. Sería casi como renunciar a su empleo. Se lo explicará y él, sin duda, lo comprenderá.

Al llegar a casa, le aguarda una sorpresa desagradable. El electricista ha pasado por ahí y ha constatado que la caída de la electricidad ha sido por culpa del frigorífico. El aparato está estropeado y no debe conectarse a la red eléctrica.

—Le ha dicho a papá que además todas las líneas eléctricas de la casa estaban estropeadas —cuenta Marion, que estaba en casa cuando vino el electricista— y que, si no las arreglamos, podríamos morir.

—¡Qué tontería es esta, Marion! ¿Dónde está papá?

—Se ha tumbado a descansar. Esta noche no trabaja, pero dice que está enfermo y que no le molestemos.

Luisa sube molesta a su dormitorio. Fritz está en la cama y sostiene una partitura abierta delante de la nariz. En la portada se lee Hindemith. No se molesta ni siquiera en dejar la hoja a un lado cuando la oye entrar; de hecho, da la impresión de que la sujeta con más fuerza para no tener que hablar con ella.

—¿Qué ha dicho el electricista, Fritz? Marion me está explicando historias muy raras sobre que estamos en peligro de muerte.

Él no se mueve, debe de estar preguntándose si, por una vez, ha de romper o no su silencio, ya que se trata de un asunto importante que les concierne a todos.

—Al parecer, hay que reparar algunas líneas —se oye por detrás de la partitura.

—¿Algunas? ¿De qué líneas ha hablado?

—No lo recuerdo. Pregúntale a él.

Una gran respuesta. Que se ocupe ella de esto. Él es músico y jardinero, lo demás son asuntos de ella.

—¿Es cierto que es peligroso, que podríamos sufrir una descarga eléctrica?

Por fin aparta de sí la partitura y ella ve que, en efecto, está muy pálido. ¡Tiene las mejillas muy hundidas! Detrás de las gruesas gafas, sus ojos parecen rodeados por una sombra oscura. ¡Oh, Fritz!, piensa ella. ¿Por qué tiras piedras contra tu propio tejado? Todo podría ser tan fácil. Yo podría ganar dinero para la familia y tú no tendrías que castigarte de este modo.

—¿Has hecho algo al respecto? —pregunta él.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ya sabes a lo que me refiero, Luisa!

Desde luego que lo sabe.

—Julia me ha dicho que, a media jornada, solo podría trabajar dos o tres días a la semana. Con eso, Fritz, está todo dicho.

Eso lo anima visiblemente. Debe de alegrarle ver que ella haya accedido a su petición y haya preguntado.

—Pero, Luisa, sin duda esta podría ser una buena solución —dice —. Así tendrías tiempo para ocuparte más del jardín y poner al día algunas cosas de la casa que han quedado retrasadas. Tal vez este verano deberíamos pintar las ventanas.

Es increíble. Su marido cree de verdad que pueden llegar a fin de mes con lo poco que ella ingresaría entonces.

—¿Has pensado en el gasto que supondrá tener que cambiar todas las líneas eléctricas de la casa?

Él hace un gesto despectivo con la mano y se levanta. Luisa repara entonces en que se había tumbado en la cama vestido, con la camisa y los pantalones.

—Mira, cariño —dice él con una sonrisa acercándose a ella—. No será tan caro. Son solo unas pequeñas reparaciones, y eso lo podemos pagar con el dinero que hemos ido apartando. Ahora lo único que importa es que estés con nuestras hijas. Y que juntos mantengamos nuestro hermoso jardín.

¡Se lo queda mirando de pie ante ella, con esa cálida sonrisa suya que tanto le gusta! ¿Qué puede hacer con un hombre tan ingenuo?

—Pero, Fritz, vamos a tener que cambiar pronto las tuberías del agua. Y luego está el techo. El dinero que hemos ido apartando no alcanza para todo…

Él la rodea con sus brazos y la atrae hacia sí. Le acaricia la espalda con afecto y ternura.

—Nena, ¿por qué te preocupas por nimiedades? Todo está bien, es solo una tubería que gotea un poco en el pasillo. Y ya hemos colocado un cubo debajo. Vamos, Luisa. ¿Acaso nuestras hijas no son más importantes que todo el dinero y las posesiones de este mundo?

Jeab-Jacques

Se detiene ante la puerta de entrada a la casa y el sol del mediodía le hace entornar los ojos. Hace días que no llueve, la tierra está reseca, ni siquiera las malas hierbas proliferan como sería de esperar. De todos modos, tampoco el sol de junio tiene la intensidad deseable: permanece siempre velado por las nubes y rara vez el termómetro supera los veinticinco grados. La intuición no le ha fallado: este no será un buen año para el vino. Una floración floja y tardía conlleva precisamente uvas pequeñas y escasas.

—El año aún no ha terminado —le dijo Mischa hace poco—. Si al final llueve lo suficiente y a finales de verano los días son cálidos, la situación puede cambiar por completo. Aunque habrá poca uva, los niveles de Oechsle serán excelentes.

Sí, en el mejor de los casos eso podría ocurrir. Pero Jean-Jacques sabe por experiencia que un mal comienzo suele terminar con una mala cosecha.

—¡La experiencia, la experiencia! —repuso Mischa, agitando las manos en el aire—. Hace un par de semanas me dijiste que el mildiu atacaría la vid. ¿Y qué ha pasado? ¿Ha sido así? Para nada. La experiencia no lo es todo. También hace falta buen instinto.

—Y estar ojo avizor —había añadido Jean-Jacques con enojo.

Mischa se está volviendo muy obstinado. De todos modos, aún está por ver quién tiene mejor instinto para el vino. Como viticultor y empresario, debería desear que Mischa acertara y él se equivocara. Pero en este asunto también interviene su vanidad y en secreto se dice que no estaría nada mal que a Mischa se le bajaran un poco los humos.

Los días apacibles y cálidos del verano atraen a mucha gente a la tasca; los domingos sobre todo el patio y el salón están abarrotados. Han empezado a venir turistas de Holanda, e incluso hace poco

tuvieron un grupo de japoneses. Se fotografiaron todos con él porque luego en su país querían presumir de haber conocido a un viticultor alemán. Por supuesto, no se dieron cuenta de que, en realidad, él es francés. Por otra parte, bebieron de lo lindo y devoraron además salchichas hervidas acompañadas de ensalada de patata. Regresaron a su autocar de buen humor y balanceándose ligeramente. Los japoneses son buena gente. Se saben comportar, no tiran basura al suelo, dan las gracias con mucha educación cuando se les sirve y hacen cola ante los aseos sin impacientarse.

Ahora mismo, en el patio interior se han acomodado unas cuantas señoras mayores que han venido en coche desde Wiesbaden. Las atiende Swetlana, que cuando viene a Eltville se encarga siempre de servir porque no quiere que Simone tenga que cargar con las pesadas bandejas. Desde que supo que su nuera espera un hijo, acude a la bodega al menos tres veces por semana cargada de peleles, chaquetitas, gorritos y de todo, y colma a Simone de buenos consejos. Que si debe tener las piernas en alto, beber mucha leche, no comer picante; que no haga esfuerzos excesivos; que piense en cosas bonitas. Mischa le comentó un día en confianza que poco a poco su madre lo estaba «sacando de quicio» porque monta un espectáculo de cualquier cosa y al final acaba contagiando a Simone.

—Lo hace con buena intención —terció Jean-Jacques.

—Es como si Simone fuera la única mujer en el mundo que espera un hijo —repuso Mischa, descontento.

En el fondo, Jean-Jacques piensa lo mismo. ¿Hubo tanto alboroto cuando Hilde estuvo embarazada de los gemelos? Para nada. Else entonces aún tenía energía y ánimos y procuró descargar a su hija del máximo trabajo posible, pero Hilde estuvo yendo y viniendo por la cafetería atendiendo a los clientes hasta el día antes de dar a luz. Con aquel vestido suelto que se hizo para disimular barriga, parecía un barril con patas. Solo supieron que llevaba dos bebés cuando fue a dar a luz en el hospital. ¡Ah, sus chicos! Ahora ya son mayores y hacen lo que quieren. Al mirarlos, a veces él se siente muy viejo. Desde que empezó con el boxeo, a Frank los músculos de los brazos se le han vuelto como de acero, y Andi le saca a su padre media cabeza.

Por la mañana ha estado dando vueltas por el viñedo, ahora echará un vistazo rápido por la oficina para comprobar que Mischa no paga las facturas demasiado pronto —al fin y al cabo, el dinero en la cuenta genera intereses— y comprueba que hay muchos pedidos del vino del año pasado. La verdad es que no sería una mala inversión comprar un vehículo resistente; así podrían servir directamente los pedidos pequeños de la zona. Frank le ha dicho que volverá a poner la Goélette a punto, pero ni siquiera él cree que a largo plazo su vieja compañera pueda resistir tanto desgaste. De nuevo le vuelve a la mente la propuesta de Mischa, que lleva semanas sopesando. Ceder la bodega a Mischa y ser copropietario de por vida de todo. En la cama, por las noches, ha estado hablando de este asunto con Hilde explicándole con sumo detalle todos los aspectos legales.

—Antes August debería revisarlo todo al detalle —consideró ella— para que no haya sorpresas.

—*Bien sûr.*

—Pero en principio me parece que es un buen asunto. Piensa que Frank y Andi no tienen ningún interés en hacerse cargo de la bodega más adelante…

—Eso no se puede saber…

Pero no, ella tiene razón, por el momento no parece que ninguno de sus hijos quiera ser viticultor. Él, de todos modos, aún alberga en secreto la pequeña esperanza de que tal vez algún día Frank descubra su pasión por el cultivo de la vid. Los dos chicos lo llevan en la sangre; al fin y al cabo, su padre y su abuelo ya cultivaban vino en la Provenza.

—Piensa un momento en todas las inversiones que hay que hacer —siguió diciéndole Hilde—. Tú solo no puedes hacerte cargo. Mischa tiene razón: para que la bodega tenga un futuro, necesita un equipamiento moderno.

Está claro. Hilde es una mujer de negocios y siempre se ha preocupado de modernizar el café para poder estar a la altura de la competencia. Quizá él la quiere precisamente por eso, porque sabe centrarse en lo importante de un modo enérgico y nunca rehúye un desafío. Ella se mueve con los tiempos, mientras que él es más bien

un nostálgico. Ama sus viñedos, el edificio antiguo, la gran cava, el lagar histórico, el patio interior del edificio, cuyo pavimento debe de tener cientos de años.

—Además, así ya no tendrías que cargar con la responsabilidad —dijo Hilde pensativa mientras se acomodaba la almohada—. Podrías dejar en manos de Mischa muchas cosas y pasarías más tiempo aquí, en Wiesbaden.

Ya se estaba temiendo que ella volviera a mencionar su espalda, pero le salió con un argumento del todo inesperado.

—Sabes —dijo ella acariciándole con cariño la mejilla con la mano —, te echo de menos a menudo, Jean-Jacques. Siempre que necesito hablar contigo de algo importante, tú estás en Eltville.

—*Ah, bon?* —preguntó él divertido, y le asió la mano—. Vaya, eso es una novedad, *ma colombe*. ¿Acaso me deseas?

—¿Desearte? —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué quieres decir con desearte? Te necesito, eso es todo. No me gusta estar todo el tiempo sin marido.

Le emocionó mucho que Hilde le hiciera semejante confesión y él, cómo no, la tomó entre sus brazos y le demostró que su amor por ella era tan intenso como el primer día. Pero a la mañana siguiente, al dar vueltas a esa conversación, no le gustó que ella se hubiera mostrado tan entusiasmada con la propuesta de Mischa y no se diera cuenta de lo difícil que era para él desprenderse a la ligera de su amado viñedo.

Siente envidia de su vecino Jupp Herking, que ha encontrado sucesor en su yerno. Es cierto que su viñedo no es una propiedad heredada que ha ido pasando de generación en generación dentro de la familia, como ocurre en el caso de los Herking. Él lo compró, pero se siente muy apegado a él. Su propio legado está en Francia, él se lo cedió a su hermano, que trabaja en él y —al parecer— lo pasará a la siguiente generación. De todos modos… A la postre, se dice, estoy en mis mejores años. Con apenas cuarenta y cuatro años, ¿por qué voy a pensar ya en mis herederos? Es mi bodega, mi propiedad, y yo soy su dueño y señor. Y quiero seguir siéndolo un tiempo. *C'est ça!* ¡Punto final!

Ha vuelto a Eltville con esta decisión, tomada solo desde la emoción. Pero ni él ha sacado el tema a Mischa ni tampoco este le ha preguntado nada. Así, el asunto ha quedado aparcado, lo cual alegra especialmente a Jean-Jacques, que no quiere que Mischa se enoje. Y menos ahora, que los dos están contentos por el hijo que está por venir y Swetlana siempre anda por aquí. Su cuñada sería una complicación adicional, porque probablemente se indignaría si no quisiera cederle la bodega a su adorado hijo.

Ahora mismo ella se encuentra en la cocina con Simone, en tanto que Mischa está en el salón preparando tres Weinschorle que las señoras han vuelto a pedir. Hoy Meta se ha ido pronto a casa; es lo que hace siempre que Swetlana está en Eltville, ya que las dos en la cocina acaban echándose los platos a la cabeza. Simone, por su parte, demuestra una paciencia increíble con su suegra. Le ha confesado que la sobreprotección de la mujer le parece enternecedora y que le alegra ver la ilusión que siente Swetlana por su nieto.

—En mi familia era todo muy distinto —le explicó con tristeza—. Mi abuela era una mujer muy dura. Puede que los niños le gustásemos, pero no lo demostraba. Sabes, mi suegra es una persona muy cálida. Irradia ternura y amor, y le estoy muy agradecida por ello.

Cuenta como de pasada que no todo el mundo en Eltville quería trabar amistad con la esposa francesa de Mischa. Había comentarios del tipo: «¿Y tenía que casarse precisamente con una de Francia? En nuestro país también hay chicas guapas y capaces».

Jean-Jacques se indigna. Es verdad que cuando compró el viñedo en el pueblo hubo algunos discursos malintencionados. Porque tal o cual persona no veía bien que un viñedo alemán pasara a manos de un francés. Pero con los años esto ha cambiado y hoy en día es alguien querido en Eltville, tiene muchas amistades y se siente casi como un lugareño más.

Y ahora esto. ¡Madre mía! La guerra terminó hace veinte años, ¿cómo se puede ser tan rencoroso?

—Eso en Francia también ocurre —comenta Simone encogiéndose de hombros—, pero no me importa. La mayoría de la gente de aquí

es muy amable con nosotros, somos muy felices.

—A mí también me alegra que estéis aquí y os sintáis felices —respondió él presa también de remordimientos. Si ahora le da a conocer su decisión a Mischa, ¿acabará este echándolo todo por la borda y marchándose con Simone a empezar algo nuevo en otro sitio? ¿Una bodega, tal vez? ¿Una granja? ¿Un restaurante? ¿Tal vez incluso en Francia? ¡Maldita sea, esto no se le había ocurrido! De ser así, su negativa tendría graves consecuencias. En particular Swetlana, su cuñada, le saltaría al cuello porque eso la obligaría a desplazarse lejos para ver a su nieto.

Aparta estos pensamientos desagradables y se encamina al patio interior, al que ahora ha llegado más gente. Son unos clientes habituales, un maestro y su esposa, la hija mayor de ambos y su terrier, Maxl, para el que siempre piden una salchicha de más. Sí, los maestros tienen una buena vida: solo trabajan media jornada y también disfrutan de muchas vacaciones. Toma nota de la comanda, la pasa a la cocina y va a preparar las bebidas. Mischa está sentado en la mesa del rincón con un vecino hablando de la sequía fría que hace y del retraso de la floración de las vides. Al ver a Jean-Jacques, se levanta y dice que se encargará él de la comanda porque Norbert Göppel quiere hablar un momentito con Jean-Jacques.

—De acuerdo, entonces tráeme un tinto —dice Jean-Jacques, a quien no le importa charlar un poco. Además, una copita de vino no le vendrá nada mal ahora mismo, porque tiene que reflexionar sobre varias cosas.

Norbert Göppel lo saluda como siempre con unas palabras alegres; se conocen desde hace años, su hijo y sus dos hijas son amigos de los gemelos, pero parece que sobre todo la pequeña Margit anda detrás de Andi. De todas formas, desde luego, no es nada serio, los dos son aún muy jóvenes. Y aunque Margit Göppel es una buena chica, no le parece adecuada para su Andi.

—Ah, los jóvenes —dice Norbert Göppel echando un vistazo hacia Mischa y haciendo un brindis hacia Jean-Jacques—. Tienen sus propios criterios, ¿no? Pero no importa, antes nosotros hicimos lo mismo, ¿verdad?

En eso no se equivoca. Tampoco él hizo siempre lo que su padre quería de él. Toma un buen sorbo del vino y comenta que su tinto de hace dos años fue excelente.

—Sí, solo necesita sol… —dice Norbert—. Pero volviendo a los hijos… Últimamente Margit me tiene muy preocupado. Y de esto quería hablarte, Jean-Jacques. Sabes que yo y Gundi adoramos a nuestros hijos.

—A mí me pasa igual —responde y se toma otro sorbo. ¿Qué pretende? ¿No querrá que surja un compromiso? ¡Solo nos faltaría esto!

—Sabes, Margit siempre ha sido una muchacha buena y alegre, pero ahora mismo está muy testaruda; por mucho que le digas, no atiende a razones. Es Andi y solo Andi. No tiene otra cosa en la cabeza.

Jean-Jacques sonríe sin querer. Qué chica tan alocada. Pero también se siente un poco orgulloso de su hijo porque tiene mucho éxito con las chicas. Y eso que no se esfuerza lo más mínimo.

—Yo también me he dado cuenta —dice—. La semana pasada estuvo con nosotros en Wiesbaden, tomamos un café y luego Andi le enseñó el parque del Baln…

—Exacto —dice Norbert a la vez que golpea la mesa con el puño —. Y déjame que te diga una cosa, Jean-Jacques: esto tiene que parar. Quiero que la niña entre en razón, ¿entiendes? No es nada en contra de tu Andi. Pero él no es el hombre adecuado para Margit. Porque no es viticultor y no encaja aquí…

Aunque en el fondo Jean-Jacques opina lo mismo, le disgusta el modo en que Norbert Göppel habla de su hijo. Andi no es lo bastante bueno para Margit porque no es viticultor. ¿Y qué significa que él no encaja aquí?

—¿Por qué te pones de esta manera, Norbert? —dice contrariado —. Este enamoramiento es flor de verano. Niñerías. Para nada algo que deba acabar en matrimonio.

—¡Lo mismo pienso yo! —exclama Norbert—. Pero nos preocupa porque es fácil que pueda ocurrir algo irremediable. Tú ya me entiendes.

—*Il faut être deux pour ça!* —La indignación le hace emplear el francés, pero se corrige al instante—: Para eso hacen falta dos, Norbert. Andi no haría nunca algo así, estoy seguro.

—¿Acaso te piensas que Margit se avendría a ello? —replica el hombre con enojo—. Es una chica decente y bien educada, puedes preguntarle a cualquiera…

—¿Y por qué entonces te pones así?

—Yo solo quiero que hables con tu hijo de una vez —exige Norbert —. Que deje en paz a Margit porque de eso no puede salir nada… Es que, sabes, ella prácticamente está prometida. Con Klaus-Dieter Angermann, de Assmannshausen. Las familias ya nos hemos puesto de acuerdo y la boda se celebrará en otoño. Así que asegúrate de llamar al orden a Andi, ¿de acuerdo?

De hecho, Jean-Jacques está decidido a tener una charla con Andi. Pero no se lo dice a Norbert Göppel porque le parece que eso no es asunto suyo.

—Yo creo que los jóvenes deberían arreglar esas cosas entre ellos —dice encogiéndose de hombros—. Te dejo para que bebas tranquilo. Tengo que ir al patio y comprobar que todo va bien. *Salut!*

Por desgracia, al levantarse, la espalda se vuelve a hacer notar, pero él disimula y se limita a maldecir en voz baja para sí mismo. Ahora mismo en Eltville no hay más que problemas, y ese Norbert Göppel con sus tonterías es la gota que colma el vaso.

Por la noche decide regresar a Wiesbaden antes de lo previsto y le pregunta a Swetlana si puede ir con ella.

—¡Buena idea, Jean-Jacques! —le dice feliz—. Dejas sola a la pobre Hilde demasiado a menudo. Los matrimonios tienen que estar juntos. Es la voluntad de Dios, por eso la gente se casa…

Tal vez hubiera sido mejor haber partido en tren, porque ahora le toca oír a Swetlana ensalzando el matrimonio y también se entera de muchas cosas sobre su cuñado August que no le conciernen y que no desea saber. Que si August por las noches siempre está cansado y enseguida se duerme, que si lee expedientes incluso en domingo, que si se ha llevado al «pobre niño» a su bufete varias veces y que a menudo ni siquiera pasa por casa para almorzar.

—Pero ahora ha cambiado mucho —sigue hablando con entusiasmo—. Le he dicho que vamos a tener un nieto, y de pronto August se ha vuelto una persona nueva…

Al parecer, ya la ha acompañado un par de tardes a Eltville, se ha tomado una copa de vino y ha mantenido largas conversaciones con Mischa. Y al mediodía regresa puntual a la villa y alaba su comida; lo único que no quiere es echar una siestecita, con lo bien que le iría para la salud. Y ayer le prometió llevarlas a ella y a Sina de excursión.

—*Quelle bonne idée!* —murmura él—. Eso es una buena idea…

Tal vez él debería hacer alguna salida con Hilde. Antes iban de vacaciones con los chicos a visitar a su hermano en la Provenza, pero en algún momento eso se truncó porque Frank y Andi tenían otros planes. De pronto cae en la cuenta de que Hilde lleva años en el café los siete días a la semana sin permitirse ningún descanso y le remuerde la conciencia. A largo plazo eso no puede ser bueno, más cuando encima ella tiene que involucrarse en todo tipo de problemas familiares y afrontar asuntos que podría dejar tranquilamente en manos de otros.

Mientras Swetlana sortea con habilidad el tráfico de última hora de la tarde y habla sin cesar de recuerdos bonitos de su infancia, él vuelve a pensar en la historia de Andi y Margit. Decide no hablarle a Hilde de la conversación con Norbert Göppel, pues con ello solo conseguiría enfadarla sin necesidad. La semana anterior ya le echó la bronca porque Andi anduvo unos días con un ojo morado. Él, por supuesto, también se había dado cuenta y le preguntó a su hijo qué le había pasado.

—¿Habéis discutido otra vez? Creía que en algún momento lo dejaríais. Aunque parece que no vais a espabilar nunca. ¡Pero qué tontos sois!

Antes los gemelos solían estar de acuerdo casi siempre, pero a partir de la adolescencia las disputas se han sucedido una y otra vez y, de vez en cuando, han llegado a las manos. De todos modos, pronto fue evidente que físicamente Frank es superior a su hermano.

—¡No, nooo! —se apresuró a tranquilizarlo Andi—. Esto fue el otro día en el parque del Balneario. Tropecé y me caí contra una raíz.

—*Vraiment?* —preguntó sin acabar de creérselo.

—¿Qué iba a ser si no? ¿De verdad te crees que yo me pego con Frank? ¡Si me podría dejar k.o. solo con un golpe! ¡No tengo ganas de morirme!

Aunque no le creyó ni una palabra, piensa que es bueno que los dos arreglaran el asunto entre ellos y que Andi encubriera a su hermano. A fin de cuentas, ya son lo bastante mayores para saber lo que hacen. Pero entonces cae en la cuenta de que días atrás Andi había estado en el parque del Balneario con esa Margit. ¿Acaso esa chica tuvo algo que ver con ese ojo morado? ¿De verdad que el muchacho tropezó y cayó sobre la raíz de un árbol delante de ella? *Quel blamage!* Sin embargo, aunque Andi es alto, también es, por desgracia, bastante torpe, y si realmente está enamorado de la muchacha, una estupidez así puede suceder. *Mon dieu!* Esta historia parece más seria de lo que él creía. Su hijo es un idiota enamorado, que se tropieza por ahí sin ver nada y haciéndose daño en un ojo. Nada menos que Andi, que siempre ha sido tan juicioso. Pero así son las cosas: el amor vuelve tontas redomadas a las personas más inteligentes.

¿Qué puede hacer él al respecto? ¿Echarle la bronca a su hijo y apelar a su sentido común? Bueno, lo puede intentar, aunque es probable que no sirva de mucho. ¿Tal vez debería pararle los pies a Margit? ¿Dejarle muy claro que deje en paz a Andi? *Merde*. Al final sí deberá discutir este asunto con Hilde. Es demasiado importante.

Swetlana se detiene un instante ante el Café del Ángel para que se apee, pero no entra porque tiene que recoger a Sina y Laika en Biebrich y luego preparar la cena para la familia.

En el café hay bastante calma. Alma Knauss está ahí sentada con un horrible vestido de color lila. ¡Ah! Ese color es odioso, para viejas. Por supuesto, se acerca para saludarla a ella y a su íntima amiga Ida Lenhard con la mayor cortesía, pues él, ante todo, es un caballero. Luego se asoma a la cocina y encuentra a Hilde junto a la cafetera, que a todas luces parece que se ha vuelto a estropear.

—¡Jean-Jacques! ¡Qué bien que estés aquí, este trasto estúpido que salió tan caro no para de estropearse!

Hay tiempo para un besito y luego él se esfuerza en revisar la máquina. Atascada, evidente. ¿Cuántas veces les ha dicho que no deben moler demasiado el café?

—¿Ya te ha llamado Andi? —pregunta ella mientras él desmonta el aparato.

—No. ¿Y eso? —pregunta sobresaltado—. ¿Pasa algo?

Oye reír a su Hilde.

—Ya lo han llamado para hacer la prestación civil. Tiene que ir a un hospital. A Frankfurt.

—*Pas si mal!* Nada mal —responde él.

De hecho, es fabuloso. Cuantos más kilómetros haya entre Andi y esa Margit, mejor.

Swetlana

En este mundo los milagros aún existen. Una criatura creciendo en el vientre de su madre es un milagro. Y un milagro aún mayor es un marido que de un día para otro se convierte en otra persona. ¡Ah! Desde la última riña, August estuvo bastante tiempo enfurruñado, con una actitud taciturna; la evitaba y ponía cara triste, como si ella le hubiera hecho algo malo. Y eso que, en realidad, era al revés: no fue ella quien lo disgustó, sino justo al contrario. August había tensado la cuerda al máximo con ella y ella tenía todos los motivos para estar muy enojada con él. Así es su temperamento ruso: cuando se enfada tiene que sacarlo todo, como si fuera una tormenta, descargar todo el viento y la lluvia. Pero los hombres son así. Primero hacen lo que quieren y luego, cuando alguien les dice lo que piensa de ello, agachan las orejas y se comportan como perros apaleados.

De todos modos, debe admitir que él demostró cierta consideración hacia ella. Al mediodía venía puntual a almorzar, la saludaba de forma escueta y cortés, y le daba las gracias por la buena comida. Sin embargo, apenas respondía a sus preguntas y, en lugar de ello, conversaba con Sina. Largo y tendido, preguntando y atendiendo, sonriendo con las explicaciones de la niña y contándole todo tipo de cosas que, para la pequeña, eran como el evangelio. Se trata siempre de libros que él le recomienda y ella devora con fervor para luego comentarlos con su padre. Bueno, eso está muy bien. Los dos se entienden de maravilla cuando se trata de libros u otras cosas eruditas. Ella, en cambio, se aburre en esas conversaciones porque no tiene nada que decir. No tiene tiempo para leer libros; en la vida hay cosas más importantes para ella que preocuparse por el destino de personajes inventados: tiene que cuidar de la villa y preparar la comida; pasea por la ciudad y hace compras, y participa de forma

activa en la vida de la familia. Fue a visitar a Karin y se ofreció a quedarse con los niños cuando ella esté de rodaje; le alegra que Luisa esté tan guapa ahora y que venda ropa bonita; y, por supuesto, debe hacer sopa de gulasch para el Café del Ángel. No piensa renunciar a ello. A todos los clientes les encanta su sopa de gulasch.

Nada de esto interesaba a August. La noche después de la riña volvió a acostarse en su dormitorio y desde entonces regresa del bufete a las siete en punto. Sin embargo, se quedaba tumbado sin decir nada, callado como un pez, leyendo un libro. Eso a ella la sacaba de sus casillas, así que se giró sobre un costado y no dijo nada más.

Pero entonces llegó la gran noticia que lo cambió todo. Mischa, el muy gamberro, no le dijo nada, pero la querida Simone, que es como una hija para ella, se lo contó como quien no quiere la cosa en una de sus visitas. Fue en la cocina, mientras preparaban cinco bandejas de salchichas caseras; Simone cortaba las salchichas y ella colocaba los pepinillos en vinagre. Entonces su nuera de repente le soltó:

—Vendrá en septiembre, *maman*.

Un tiempo atrás le había preguntado si la podía llamar *maman*, y eso a Swetlana le hacía muchísima ilusión.

—¿El qué? —preguntó estúpidamente—. ¿La nueva prensa de vino? ¡Qué alivio para mi pobre Mischa! Se mata a trabajar con esa vieja prensa centenaria…

—No, *maman* —le dijo Simone mirándola divertida—. ¡Es cuando nacerá el *bébé* que llevo en la barriga!

Entonces se oyó la salpicadura del pepinillo que ella dejó caer de nuevo en el frasco, a causa de esa magnífica sorpresa.

—*Bozie moi!* —exclamó—. ¡Dios mío! ¿De verdad?

En ese momento abrazó a su nuera estrechándola contra su pecho, sacudiéndola de un lado a otro, y sí, sí, también hubo muchas lágrimas.

—¡Voy a ser *babushka*! ¡Qué alegría! ¡Qué gran regalo, Simonochka! Eres la nuera más adorable del mundo…

Cuando Mischa entró en la cocina para recoger las bandejas de salchichas, se quedó parado junto a la puerta muy asombrado. Luego dibujó una sonrisa.

—¿Se lo has dicho ya? Bueno, en algún momento tenía que saberlo.

Entonces ella soltó a Simone y, en su excitación, agarró a su hijo por la oreja, como solía hacer cuando él era pequeño.

—Pero ¿quién te has creído que eres, Mischa? ¡Bribón! ¡Mala persona! ¿No querías contarle a tu madre ese gran motivo de felicidad? ¿No querías decirle que iba a ser *babushka*? ¡Ah, Mischa!

Acto seguido, apretó a Mischa contra sí y le mojó la camisa con sus lágrimas. Ah, sí. Aquel fue un día muy feliz. A última hora de la tarde estaba aún tan alterada por su alegría que, cuando subió al coche, Mischa le dijo: «Conduce con cuidado, mamá. No vaya a ser que de tanta emoción tengas un accidente».

¡Cómo se preocupa por ella, su Mischa! Es tan encantador. Y ahora pronto será padre. Y pensar que no hace mucho él era aún su pequeño Mischa. ¡Qué miedo pasó por él cuando sus compañeros de escuela le propinaron esa terrible paliza en Sverdlovsk! Tumbado en la cama del hospital parecía un angelito. Era peligroso cruzar la frontera con documentación falsa para ir a Alemania. Pero ella tomó la decisión adecuada, y ahora Mischa es un hombre adulto y ha formado una familia.

Todo esto era lo que le pasaba por la cabeza mientras conducía de vuelta a casa. Sina estaba en el jardín con Laika y enseguida le dio la gran noticia.

—¡Vas a ser tía, Sina!

—¿Me van a llamar «tía Sina»? —preguntó horrorizada su hija de trece años.

En realidad muy contenta no se había puesto. Pero, bueno, es muy joven y no entiende lo maravilloso que es cuando nace un niño. Swetlana subió de inmediato a la cocina para preparar una cena especialmente buena, porque una noticia así tenía que celebrarse. A las siete en punto oyó que el coche de August entraba por la puerta del garaje e, incapaz de contenerse, bajó a toda prisa hacia el vestíbulo.

Él se quedó muy sorprendido al abrir la puerta principal y encontrársela de pie en el vestíbulo. Lo cierto es que la miró con cierta aprensión. Tal vez creyó que volvía a estar enfadada con él. Pero entonces ella le echó los brazos al cuello, riendo y llorando, le susurró lo feliz que era y le dijo que ahora él iba a ser *dedushka*. Es probable que ella también llorara de alegría y le besó en las mejillas. Al principio, August no supo cómo reaccionar ante la sorpresa, pero luego notó que la rodeaba con sus brazos y la apretaba tiernamente contra él.

—Swetlana, esto es fabuloso… —dijo—. Me alegro por ti. Por ambos. Y, claro, por Mischa y Simone…

No se acuerda de qué más dijo, pero notó que alguna cosa ocurría dentro de él. Como si alguien le hubiera levantado una losa pesada del alma. Ella lo notó por sus manos, que de pronto le empezaron a acariciar los hombros y la espalda con ternura y cariño. La abrazó con fuerza.

—Ven al comedor, he preparado una cena especial para celebrarlo…

Él sacó una botella de vino de la bodega y brindaron. También dejaron que Sina tomara un sorbo, pero, cuando lo hizo, la niña sacudió la cabeza y torció el gesto. Durante la cena Swetlana habló mucho, todo giraba de felicidad en su cabeza, y August no dejaba de mirarla y sonreír. Luego jugaron a las cartas con Sina y, cuando la niña se fue a acostar, se quedaron a solas los dos en el salón.

—Sé que ahora todo será completamente nuevo —le dijo ella—. Una nueva vida trae una nueva felicidad.

Él se aclaró la garganta, se levantó para sentarse a su lado en el sofá y la tomó de la mano.

—Eso espero yo también, cariño —le dijo en voz baja—. Te lo ruego, abandonemos esa riña estúpida.

—¿De qué riña hablas? —le respondió ella—. Hace tiempo que la he olvidado.

Él se echó a reír un poco y la acercó hacia él. Oh, fue como en otra época, cuando eran aún muy jóvenes y estaban enamorados, y tenía el corazón en llamas.

—En cierto modo tienes razón, Swetlana —le confesó—. Es cierto que he estado trabajando demasiado y, sí, lo reconozco sin reservas, te he descuidado mucho. Pero…

Él había reconocido algo así de grande. Ella estaba muy conmovida, aunque aquel «pero» del final la incomodó.

—¿Pero? Pero ¿qué?

Le acarició el pelo y —de eso se acuerda vivamente— la besó en la mejilla y, por un breve instante, en los labios.

—Solo quería hacerte notar, amor mío, que te he demostrado que te tengo en cuenta. Todas las tardes he salido del bufete a las siete menos veinte, y a la hora del almuerzo también…

—Eso es cierto, August. Pero ¿por qué no me dijiste que me tienes en cuenta y que querías cambiar?

—Te lo he demostrado con mi conducta.

—¿Qué se supone que es eso de la conducta? Tienes boca para hablar. ¡En el juzgado tienes un pico de oro, pero conmigo eres más callado que un pez!

Él entonces dejó escapar un profundo suspiro y dijo algo muy curioso.

—No es lo mismo cuando hay sentimientos de por medio, Swetlana. Yo en esos casos me quedo sin palabras. Tú tienes un carácter apasionado e impetuoso que yo no sé manejar nada bien. Así que confié en que reconocerías por mi conducta que, en el fondo, te doy la razón…

Los hombres son unos seres extraños, ¿quién es capaz de entenderlos? Él sabe que ella tiene razón, pero no quiere decirlo. En vez de ello, le dice algo que la conmueve tan profundamente que llora de emoción y felicidad.

—Swetlana, yo te quiero. Créeme, me afecta mucho cuando discutimos. ¡Yo quiero que seas feliz, mi amor!

Esa noche, por fin, volvieron a ser amantes. August no había olvidado nada, fue maravilloso, y le tuvo que prometer que no llevaría más libros ni expedientes a su habitación porque tiene una esposa que quiere que la abracen. En los días que siguieron un sol radiante parecía alumbrar su matrimonio. Ella se desvivió por obsequiarlo: le compró un traje nuevo de verano, tres camisas a

juego y siete hermosas corbatas de seda, así como varios pares de calcetines y zapatos muy caros de piel suave de cabra.

—Pero, cariño… —le dijo cuando ella le mostró las compras. Luego dibujó una sonrisa un poco forzada y le dijo que las cosas le gustaban. August es así. Si ella no le comprara la ropa, andaría por ahí con pinta de mendigo. Por su parte, él también se esforzó y le trajo flores, un ramo de rosas rojas, las emisarias del amor. Además le regaló un libro, una novela gruesa acerca de una ballena, y le dijo que él y Sina habían leído ese libro y que les había encantado, así que tal vez ella también lo disfrutaría. En fin. Ella lo abrazó y besó con efusión por las flores, dejó el libro a un lado y pensó que aquella era una ocurrencia muy extraña. Sin embargo, como no quería ofenderle, lo empezó a leer. Como era de esperar, le pareció muy aburrido. ¿Cómo era posible que Sina disfrutara con libros tan largos y tediosos?

—Bueno, cariño —le preguntó August por la noche en la cama—. ¿Cómo te va con *Moby Dick*?

—¿Con quién? ¡Ah, te refieres al libro que me regalaste! Dios mío, me cansa mucho.

¿Es posible que sonriera con cierta satisfacción? Ella se mostró un poco molesta, pero entonces él propuso algo que la hizo reír.

—¿Puedo leértelo en voz alta?

—¿Tú? De pequeña, mamá me leía cuentos. Pero no es posible leer en voz alta una novela gruesa.

—No toda de golpe. Solo unas páginas cada vez.

Por qué no, se dijo. Es mejor que lea para mí a que lea para sí mismo. Así que él fue al salón a hacerse con el libro, volvió a ponerse las gafas y se tumbó a su lado. Ella se acurrucó contra su brazo y se admiró ante el entusiasmo y la viveza con que él leía en voz alta. Y, en efecto, la novela dejó de parecerle tan aburrida, e incluso llegó a atender con interés de vez en cuando. Aunque, en algún momento, se quedaba dormida.

El sábado al mediodía, August pregunta qué van a querer hacer los tres juntos al día siguiente. Ah, sí. Ahora él hace cosas así. Ya no se pasa el rato en el bufete leyendo expedientes: quiere pasar un buen día de domingo con ella y con Sina.

—Me gustaría ir al Museo Estatal —propone Sina.

Pero ¡qué hija tan extraordinaria tiene! Ahora quiere ver vasijas viejas y huesos podridos. Estuvieron ahí con su clase y una señora del museo les contó muchas cosas sobre los romanos que hace dos mil años se asentaron junto al Rin y fundaron ciudades. A August la idea no parece desagradarle, dice que luego podrían ir a tomar un helado y tal vez por la tarde al cine, que echan *Dr. med. Hiob Prätorius*, con Heinz Rühmann de protagonista.

—¡Pues vaya, cine! —dice Swetlana con desdén—. Hace un día cálido, de verano y la naturaleza está hermosa y espléndida en todas partes. ¡Salgamos con el coche y hagamos un pícnic! Nos sentaremos en la hierba y almorzaremos. Yo prepararé la comida y la envolveré, como solíamos hacer en Rusia cuando yo era pequeña y mi papá aún vivía.

—¿Comer sobre la hierba? —pregunta Sina, dudosa—, pero eso es incómodo. Y además habrá también escarabajos y moscas.

—¿Qué te va a hacer a ti un pequeño escarabajo, Sina? Nada de nada. Pero eso es porque no estás acostumbrada a estar en el campo, por eso te dan miedo los bichos y las moscas. Mañana te enseñaré lo bonita que es la naturaleza cuando oyes el canto de los pájaros y el susurro de los árboles en el bosque.

August también quiso tranquilizar a su hija y dijo que estaría bien que todos dieran un paseo agradable y fueran de pícnic.

—¿Nos llevaremos a Laika?

—Por supuesto —dice August—. Laika estará encantada, le encanta salir a pasear.

—¿Y Petra? ¿Ella puede venir también?

—¡Por supuesto! Mejor incluso toda la familia. Viajaremos en dos coches, ¿no te parece, August?

Swetlana se apresura hacia el teléfono y llama a Bierstadt. Fritz responde a la llamada y la escucha atentamente, pero luego le dice que tienen mucho que hacer en el jardín y que a lo sumo Petra es la única que podría ir con ellos. «Durante la semana Luisa apenas tiene tiempo, así que hemos hecho algunos planes para el domingo. Marion nos ayudará a cortar el césped».

Su tono de voz fue amable, pero firme. Qué pena, piensa Swetlana. Tal vez, de haber descolgado Luisa, las cosas habrían sido distintas. Pero ella aún está en el salón de moda y no termina el trabajo hasta tarde.

Sina se alegra de que, por lo menos, Petra la acompañe. August aconseja llevarse los paraguas, ya que se prevén chubascos ligeros.

—¡Chubascos, bah! Si llueve, como tenemos el coche, nos sentaremos dentro.

Se vuelca en los preparativos. Hace un asado de cerdo con ajo, que luego corta en lonchas para poder comerlas frías; blinis rusos rellenos de carne; embutido, pepinillos, huevos duros; y su ensalada de arenque, que tanto le gusta a August. Llevará café en el termo nuevo, limonada para las niñas y, por supuesto, de postre no puede faltar una tarta de chocolate. Nadie pasará hambre. Meterá también unas galletas para Laika.

Al llegar el domingo, el maletero está abarrotado; a la comida hay que sumar la vajilla, el hule, un par de cojines para sentarse, dos mantas de lana por si tienen frío, la crema solar, toallas, una botella de agua del grifo para Laika, que puede que tenga sed, y una pelota para que las niñas jueguen.

—¡Parece el éxodo de Egipto, cariño! —dice August esforzándose por cerrar el maletero.

Pasan con el coche por delante del cementerio del norte, cruzan la Platte y su pabellón de caza en ruinas y luego atraviesan prados soleados, junto a pequeños pueblos enclavados de forma pintoresca en las suaves colinas del Taunus. El ambiente en el coche es alegre, Sina y Petra tienen a Laika entre ellas: la perra apoya el trasero en el regazo de Sina y las patas delanteras, en las rodillas de Petra. Jadea un poco y, cuando Petra la acaricia, echa hacia atrás las orejas muy satisfecha. Las niñas cantan: Sina entona la melodía y Petra se inventa la segunda voz. August tiene el mapa sobre las rodillas porque cree que es importante orientarse bien.

Al llegar cerca de un lugar llamado Niedernhausen, Swetlana decide tomar un camino forestal. Es hora de almorzar, y no quiere que la ensalada de arenque se eche a perder en el maletero. El camino está lleno de raíces y baches, el coche da bandazos, Laika

empieza a aullar, y August se golpea la cabeza con el techo del coche.

A Swetlana le lleva un rato encontrar un claro donde extender el mantel, pero al final queda satisfecha con el lugar elegido. Hay varios montones de leña, la hierba está alta y entre ella asoman arbustos bajos, pero están rodeados de hayas y robles. Es un lugar precioso en plena naturaleza.

—¡Mamá, aquí hay muchas moscas y mosquitos!

—Es normal, Sina. Estamos en verano. August, coge las cestas. Sina, lleva estos cojines. Petra, aquí tienes el termo. ¡Que no se te caiga!

Aunque el hule queda algo abultado sobre la hierba, encima se pueden poner las ollas y los cuencos y también repartir los platos y los cubiertos; en cambio, los vasos de plástico de colores que compró se vuelcan con facilidad. A Laika hay que reprenderla de forma enérgica porque cree que todas esas delicias han sido colocadas especialmente para ella.

—¿No es precioso? —exclama Swetlana—. Mirad los árboles, escuchad el susurro de las hojas en el viento. Dame tu plato, August. ¿Te gustan los blinis, Petra? Cuidado con la limonada, Sina, has derramado un poco junto al vaso…

Las niñas se acomodan; August, por su parte, no parece muy contento sentado en el cojín porque no sabe dónde poner sus largas piernas. Laika recibe sus galletas, que come con desgana y la mirada perdida en las delicias que se le ofrecen al olfato.

—¡Ay! —grita Sina—. ¡Me ha picado algo! ¡Me duele!

—¡Aquí hay muchas hormigas, tía Swetlana!

—Es la naturaleza, Petra. En vuestro jardín también hay…

En ese instante, Laika se levanta de un salto y desaparece en un instante entre los árboles.

—¡Laika! ¡Laika!

—¡Laika! ¡Ven!

Se oyen crujidos, ramas que se rompen, ladridos de la perra. Y después, nada. La valiente Laika ha reencontrado sus instintos naturales.

—¡Está siguiendo una pista!

—¿Una liebre, tal vez? ¿O un ciervo?

—O un jabalí —dice Petra—. Son peligrosos cuando tienen crías.

August refunfuña. ¿Por qué no han atado al perro?

—Ya volverá —le tranquiliza Swetlana—. Los perros encuentran siempre el camino de vuelta porque saben oler el rastro.

Pero, por desgracia, August conoce bien la ley y lo que dice entonces hace que las niñas salgan corriendo despavoridas hacia el bosque para pillar a Laika cuanto antes.

—¡A los perros furtivos los guardas forestales los pueden abatir de un tiro!

—¡Laika, Laika! —Las voces agudas de las niñas resuenan por la zona. Y entonces, fue como si el bosque se las hubiera tragado. Swetlana deja sobre el mantel el termo que seguía teniendo en la mano.

—Si se pierden…

—Será mejor que vaya detrás de ellas y me asegure de que no pasa nada —dice August levantándose con cierta dificultad, ya que no está acostumbrado a sentarse en el suelo y se le han dormido las piernas.

Así que él se va, adentrándose en el bosque. Ella se queda sola sentada ante el mantel lleno de comida y vajilla, y enfadada con ese estúpido perro que se ha ido corriendo sin más y que no obedece. Con lo bien que estaban todos juntos… Se disponía a cortar la tarta de chocolate, pero ahora tendrá que esperar a que regresen todos. ¡Oh, no! Ahora el cielo se está encapotando con unos nubarrones muy feos. ¿De dónde han salido? Si hace un instante el sol brillaba con fuerza. Aguarda un rato y luego decide cortar la tarta, al menos, y probar un trozo. ¿Qué otra cosa puede hacer si la dejan sola allí sentada? Como era de esperar, está riquísima; se sirve otro trozo y aparta a una hormiga fisgona que se ha encaramado al glaseado de chocolate. ¿Dónde se habrán metido? ¿Eso que se oye a lo lejos es un perro que ladra? Swetlana apura la taza de café y se levanta para adentrarse un poco en el camino forestal y ver dónde está su familia. ¡Ah! No, así no es como se había imaginado esta salida; les quería explicar muchas cosas del pasado que había recordado al hacer los preparativos.

—¡Sina! ¡Petra! ¡August!

Nada. Su voz no llega muy lejos, parece amortiguada: los árboles y el suelo del bosque mitigan el sonido. ¿No se ha oído un crujido entre los arbustos? ¿Es tal vez un jabalí agresivo con crías que quiere atacarla? ¡Está ahí! En el camino asoma algo gris y peludo que avanza hacia ella… ¡Es Laika!

—¿De dónde sales, perra estúpida?

Laika tiene la piel llena de ramitas y cardos y le lame la mano sin demostrar el menor remordimiento.

—¿Dónde has dejado a los demás?

Laika no entiende la pregunta, y se dirige de nuevo al claro en donde está el campamento; tal vez se ha acordado de que allí le aguarda una comida tentadoramente sabrosa. Swetlana grita una vez más hacia el bosque y, preocupada por la comida, se apresura a seguir a la perra. Ya incluso antes de llegar al claro, nota las primeras gotas de lluvia; las hojas sobre su cabeza susurran y en el camino asoman unos puntitos oscuros que se unen para formar manchas mojadas. ¡Dios mío! En el claro llueve a cántaros: eso no es un aguacero, es un auténtico chaparrón desplomándose sobre cuencos y platos. Salva lo que se puede salvar. La tarta de chocolate está empapada; la ensalada de arenques repleta de agua; las sobras del asado flotan en la bandeja…

—Mamá, no hemos encontrado a… —oye a su espalda.

Petra y Sina han vuelto, agotadas y mojadas, con las piernas cubiertas de arañazos. Petra tiene un cardenal en la cara; los zapatos nuevos de Sina están negros por la tierra del bosque.

—Laika está aquí. Ayudadme con la vajilla…

—Pero ¿dónde se ha metido?

Laika está sentada en el coche. No le gusta la lluvia. Sina corre hacia su querida perra para asegurarse de que no está herida. La única que demuestra un poco de sentido común es Petra, que recoge las últimas tazas y tenedores.

—¡Madre mía! Tía Swetlana, ¿llovía así en Rusia?

Caladas hasta los huesos, se meten en el coche. Entonces, por fin, aparece también August, con la camisa empapada y pegada al

cuerpo y con las gafas en la mano porque no puede ver nada con los cristales empañados.

—Espero que no os hayáis preocupado. Durante un rato me he desorientado…

Cojea un poco. Es evidente que se ha torcido el pie.

—Regresemos a casa, cariño. Ha sido una tarde muy agradable y la comida estaba deliciosa, como siempre. Lástima que el tiempo nos haya jugado una mala pasada.

Karin

El telefilm, que se emitió por la noche en televisión, tuvo una buena acogida y, además del protagonista, ella recibió muy buenas críticas. Estos días, vecinos y conocidos le hablan de ello continuamente.

«Mi marido y yo la vimos el otro día en televisión, señora Koch. ¡Él no se creía que fuera usted! Si vive justo al lado de casa».

«¡Ya es una actriz de cine famosa, señora Koch! ¿Cómo se las apaña con familia e hijos…?».

«Le dije a mi suegro que siempre me encuentro con usted en la tienda de delicatessen Herr, y me ha preguntado si le podía firmar un autógrafo. He recortado expresamente una página de la revista *Hör zu* en la que sale una foto suya…».

La verdad es que un poco molesto sí es, sobre todo porque ahora la abordan vecinos que antes pasaban junto a ella sin saludarla. Pero poco a poco está logrando disfrutar de su éxito. Sí, al parecer este ha sido su salto a la fama. Antes ya había interpretado algunos papeles secundarios en telefilmes, pero casi nadie a su alrededor se había dado cuenta. En cambio, esta vez su papel era de protagonista, su nombre se mencionaba en la guía de televisión y también aparecía en los créditos iniciales, justo después de Gert Fröbe. Entretanto, la han informado de que la audiencia fue excelente y que la están considerando para otros papeles.

La noche de la emisión acostó a los niños a las seis y media como de costumbre, les leyó un rato y luego cerró la puerta de su cuarto. Sobre las ocho, puso la televisión mientras el corazón le latía con fuerza y, según daban las noticias, la invadió la sensación de miedo escénico, igual que en el teatro. Algo del todo absurdo, porque la película ya está rodada y no había nada que pudiera hacer. Entonces se imaginó la cantidad de gente en toda Alemania que en aquel momento estaría sentada en el sofá en pijama frente al televisor

tomándose unos bocadillos con cerveza o comiendo cacahuetes. Sí, la televisión es distinta del teatro o del cine. No existe la distancia que hay con el escenario o la pantalla de cine. En un telefilm, te cuelas en el salón de la casa de la gente, estás muy cerca, casi te pueden tocar. La gente puede levantarse a media actuación, ir al baño, servirse otra cerveza en la cocina y, si la película no les gusta, cambiar al segundo canal.

Justo después de los créditos iniciales, Stefan se echó a llorar en su cuarto, así que tuvo que subir a ver qué le pasaba, resolver el problema e ir a buscar un vaso de leche a la cocina. Lo admite, se puso nerviosa y se enfadó porque en el salón ya se estaba mostrando la primera escena en la que ella participaba; pero, por suerte, luego el cuarto de los niños se quedó en silencio y ella pudo ver la película hasta el final sin más molestias. No se sentía completamente satisfecha porque algunas escenas que habían costado mucho al final habían sido eliminadas. De todos modos, su impresión fue buena. Y eso luego se confirmó.

Por supuesto, en el Café del Ángel la colmaron de elogios; en particular —y también por la intervención de Hilde—, los clientes habituales la felicitaron por su exitoso debut televisivo, incluso Heinz, su suegro, que canceló su partida de skat especialmente por ella.

—Ahora eres conocida y famosa en toda Alemania, querida Karin —dijo él con orgullo—. Ah, la televisión… Aunque al principio estábamos en contra, ahora mi querida Else se pasa las noches delante del televisor y suele quedarse dormida viéndola.

Karin no sabe si su suegra también se durmió con el telefilm. En todo caso, Else se guarda los elogios para sí, ya que, en su opinión, en el terreno profesional Karin debería estar en un segundo plano, pues su hijo Willi es mejor actor y además mantiene a la familia.

Por suerte, Willi se comportó. No pudo ver la película porque esa noche estuvo presentando un desfile de moda en el Balneario, pero al día siguiente desayunó con la familia de muy buen humor, algo que no ocurría desde hacía mucho tiempo. Bromeó con los niños y les contó que anoche su madre había salido en la tele.

—¿Y por qué no nos han dejado ver a mamá en la tele? —refunfuña Nora.

—Porque los niños tienen que estar en la cama a las seis y media.

—¡Pero si luego estamos muuuuuucho rato despiertos!

Tiene razón. Sobre todo ahora, en verano, cuando las tardes son largas y luminosas, los dos pequeños a esa hora alborotan en su cuarto. Karin lo sabe de sobra.

—Pues hoy por la noche queremos ver a mamá en la tele —dice Stefan.

—Pero no se puede. —La hermanita sabionda se ríe—. No sale todos los días.

—Ya tenéis a vuestra madre aquí —dice Willi con una sonrisa señalando con el pulgar a Karin, que está untando mermelada en medio panecillo para Stefan—. Y, además, en color. En la tele solo sale en blanco y negro.

—Pero *Sandmännchen* lo dan todas las tardes… —se enfurruña Stefan— y antes echan *Lassie*. O *Bonanza*.

Willi oye eso y dirige una mirada de reproche a Karin.

—¿Acaso pones a los niños delante de la televisión?

—¿Yo? A veces les dejo ver *Sandmännchen*. Nada más.

—¿Y cómo es que conoce *Bonanza*?

—Puede que lo hayan visto en casa de Swetlana —dice Karin sintiendo que le remuerde la conciencia.

—O tal vez Marion ha puesto la tele cuando ha venido a vigilar a los niños —conjetura Willi—. ¿Tú le has dado permiso?

—Claro que no. Ni siquiera se me había ocurrido que pudiera hacer eso.

Los dos consideran que sus hijos deben pasar el menor tiempo posible delante del televisor. El programa infantil *Sandmännchen* está bien, pero no quieren que vean toda la programación infantil de la tarde como es habitual en algunas familias. En este aspecto, la madre de Karin era mucho más estricta y el aparato solo se encendía si los niños estaban acostados. Realmente era muy anticuada, tenía unos prejuicios que nunca cambió. Con ella necesitaron emplear muchas dosis de persuasión para poder comprar un televisor; cuando por fin fue instalado en el aparador del salón, la mujer puso

dos ganchos adhesivos a la pantalla, de los que colgó una cortinilla opaca. Creía que alguien podía espiarlos a través del televisor del salón. Además estaba convencida de que el aparato emitía radiaciones peligrosas que tenían efectos muy nocivos, sobre todo, en los niños. La televisión los volvía nerviosos, les hacía tener pesadillas por la noche, e incluso podía provocar daños cerebrales.

Esa mañana, Karin se alegra de que Willi no aborde la cuestión de dónde dejar a los niños cuando ella esté rodando, algo que sigue siendo motivo de discusión. Se apresura a prometerle que dará instrucciones a Marion para que en la tele solo ponga *Sandmännchen*, y con eso el problema queda zanjado. Willi está de buen humor y habla del fabuloso desfile de moda, cuenta que el Balneario estaba abarrotado, que su presentación tuvo una excelente acogida, y luego le pregunta, como quien no quiere la cosa, si ayer ella también quedó satisfecha.

—Me parece una buena película —responde ella con cautela.

—Esto no ha hecho más que empezar —se ríe él mientras atrapa con agilidad la taza de cacao que Stefan ha estado a punto de tirar de la mesa sin querer—. Espera y verás: en unos meses te llamarán desde Hollywood y te ofrecerán un papel en la próxima película de James Bond 007.

—No digas tonterías, Willi —dice ella negando con la cabeza.

—¿Y por qué no? ¡Tienes todo lo que hay que tener!

Ella se ríe de sus bromas, consciente de que detrás de esas exageraciones suyas hay también un poco de envidia porque en su momento ella logró entrar en la industria del cine mientras que los intentos por parte de él fracasaron. Con todo, da la impresión de que Willi ya ha asumido que ella ha aceptado también la siguiente propuesta de película, dado que no habla de ello y vuelve a estar mucho tiempo en casa. Por la mañana desayuna con ella y los niños, solo va a la ciudad de vez en cuando para hacer algún recado y, por lo demás, pasa mucho tiempo con los pequeños. Como el teatro está de vacaciones, de momento se lo puede permitir; la semana próxima, en cambio, a ella le toca rodaje. Y esta vez va a tener que dedicarle más tiempo: de nuevo tiene un papel protagonista y no

solo filmarán en plató, sino que están previstos algunos exteriores, en concreto, en varios emplazamientos de Rheingau.

—Como dispongo de tiempo —dice él con una sonrisa—, tal vez por la tarde vaya con los niños en coche a los estudios para verte.

—¿Por qué no?

Con todo, la idea no la entusiasma; le molesta que los niños vean cómo trabaja y puede prescindir perfectamente de los comentarios de Willi sobre el director y sus compañeros. Como él ahora está tan comprensivo, no quiere disgustarlo, pero en secreto espera que se olvide de la idea.

La primera semana todo va como la seda. Primero rodarán las escenas de interiores en los estudios Unter den Eichen; los compañeros son agradables, el director hace un trabajo excelente, y también la tecnología contribuye en buena medida al éxito. Cuando llega a casa, Willi ya ha bañado a los niños y los ha preparado para acostarse: Nora tiene los deberes hechos; Stefan le ha pintado unos dibujos e incluso Willi le ha cocinado la cena. Karin se sienta un ratito en el cuarto de Nora y Stefan, les lee cuentos y escucha lo que le cuentan.

—Hemos ido al parque de juegos, mamá. Y he bajado por ese tobogán tan alto…

—En casa de la abuela Else hemos comido sopa de gulasch y salchichas…

Es evidente que a Willi no le apetece cocinar; va a almorzar al Café del Ángel, donde él y los niños tienen, cómo no, manutención gratuita. Además de sopa y salchichas, de postre hay limonada, tarta de chocolate y pastelito de nata. Sonríe mientras toma nota de eso, ¿por qué no debería aprovechar él esta oportunidad? Es el ojito derecho de Else y, cómo no, ella está encantada de poder mimar a sus nietos. Sin embargo, a ella no se le ocurriría jamás ir a comer gratis con los niños a casa de su suegra.

En la segunda semana, él le anuncia que por fin va a arreglar la habitación de Stefan para evitar las peleas constantes por los juguetes.

—Tú no te preocupes, Karin —la tranquiliza—. Pondré en cajas todo lo que era de tu madre y luego las bajaré al sótano para que las puedas mirar con calma.

—¿Y los muebles?

—No los tiraré. Simplemente les daré una mano de pintura para que sean más del gusto de Stefan.

Ella duda un poco en dar su consentimiento. Los muebles de su madre son de los años veinte y están un poco desgastados, pero su madre les tenía mucho cariño y les aplicaba cera con esmero para cuidarlos. Sus padres se los compraron cuando se casaron y, al parecer, eran muy caros. Pero, bueno, su madre ya no vive y a ella esa imitación del estilo Biedermeier tan ornamentado nunca le pareció demasiado bonito.

—Por mí, adelante. Pero vigila no mancharlo todo con pintura, Willi.

Le dice que dos compañeros del teatro se han ofrecido a ayudarlo, que ya habían hecho antes este tipo de cosas y que sabían cómo proceder. Además había encontrado a una persona para que volviera a tapizar el sillón de su suegra con una tela bonita y de colores.

—Tú mismo —dice resignada mientras toma el autobús para ir al estudio Unter den Eichen.

Cuando al final del día llega a casa, cansada y nerviosa porque unas tomas no han salido bien, un intenso olor a pintura le da la bienvenida.

—¿Willi? ¿No habéis abierto las ventanas? ¡Esto apesta!

Él sale del baño recién vestido y duchado y la mira sorprendido.

—Pero, bueno, ¿ya has llegado?

—¿Qué quieres decir con «ya»? Si hoy llego más tarde de lo habitual. ¿Dónde están Nora y Stefan? ¿Acaso los has encarrado en su cuarto?

—Swetlana se los ha llevado a Eltville. Los traerá más tarde…

—Ah, vale. Pero lo primero es ventilar a conciencia. Este hedor pone enfermo.

—Deja ya de lamentarte todo el rato —se queja él—. En vez de ello, mira lo que hemos hecho.

El que fuera el cuarto de su madre está forrado por completo de papel de periódico: el armario, la cama y la cómoda se han pintado de blanco, y la mesa y la mesilla de noche son de color azul celeste.

—Habrá que volver a repasarlo —explica Willi con tono profesional, como si él fuera un pintor y tapicero experto—, pero la madera absorbe bien la pintura. Mañana pintaremos sobre el papel pintado y luego le llegará el turno al sillón.

—¡Qué compañeros tan eficientes! ¿Es Jockel Kluge, quizá? ¿O has contratado a uno de los tramoyistas?

—Oh, no los conoces. Son Ernst-Peter y Axel. Sí, la verdad es que saben de estas cosas, y además les divierte hacerlo.

—¡Espero que cuentes con pagarles algo por todo ese trabajo! —le advierte.

—Claro —dice él—. No te preocupes, ya me encargo…

Como había temido, Swetlana trae a los niños de vuelta a casa tarde. Stefan se ha quedado dormido en el coche y Willi tiene que subirlo en brazos por la escalera. Nora avanza cansada, arrastrando los pies, agarrada de la mano de Karin.

—¡Oh! Lo siento —dice Swetlana—, pero había mucha gente y me he puesto a ayudar porque Simone no debe cargar mucho peso. Los niños han jugado mucho y han comido bien. Dormirán de un tirón.

—Mamá, aquí apesta… —se queja Nora.

Un breve baño es inevitable; luego los dos se meten en la cama. Stefan está muy despierto y Nora tiene ganas de contarle a su madre lo que han estado haciendo.

—Hemos estado jugando al escondite en el cobertizo. Stefan se ha metido debajo de una cesta vieja y yo he subido hasta el desván. Simone tiene una cuna para el bebé. Y en la cocina nos han dado un bocadillo de embutido de carne. Además, Diana nos ha traído caramelos, y el tío Mischa nos…

¿Quién será esa Diana?, se pregunta Karin. Debe de ser una conocida de Mischa de Eltville.

—Diana es muy guapa —farfulla Stefan de un modo poco inteligible porque se ha metido la punta del edredón en la boca—. Casi tanto como tú, mamá.

—¿De verdad? —dice con una sonrisa—. Es hora de dormir. Mañana Nora tiene que ir a la escuela.

En tres días empezarán las vacaciones de verano y la niña se pasará todo el día en casa. Karin espera que el rodaje no se alargue demasiado, porque las vacaciones de Willi en el teatro también terminarán pronto.

La tarde siguiente constata con alivio que el desagradable olor a pintura ya no es tan intenso. Pero, por desgracia, según le cuenta Willi, no es definitivo.

—Antes de dar la segunda mano hay que secar bien la pintura —le cuenta—. Y ahora me voy en coche a recoger a los niños al Café del Ángel. Tienes la cena en la cocina.

Vaya, vaya, se dice ella. Cuando él está ocupado, no le importa dejar a los niños al cuidado de otros.

En el salón ve la butaca de su madre, a la cual ya le han retirado la tela vieja. El relleno de gomaespuma parece nuevo; alguien lo ha unido a la madera con unas puntadas toscas. En el suelo, junto al sillón, hay una tela nueva. Un estampado de flores de tonos azul claro y gris. No está nada mal. ¿La habrá comprado Willi? No parece barata, es una tela de tapicería buena y resistente. Probablemente, a la hora de comprarla, le haya pedido consejo a su hermana Hilde.

Los niños están bañados y ya han comido, en realidad Else lo ha hecho muy bien y le cuenta a Karin que Nora, bajo la supervisión del abuelo Heinz, ya ha acabado los deberes. Stefan se ha pasado buena parte del tiempo en el mostrador de pasteles de Hilde; sin duda, ese niño más adelante será pastelero.

—¿Te hace ilusión tu nueva habitación? —pregunta Karin a su hijito mientras lo acuesta.

—No sé… No me gusta dormir solo…

—¡Pero, mamá, él tendrá una butaca muy bonita! —se lamenta Nora, celosa—: Yo también quiero una.

—Ya veremos… Pronto será tu cumpleaños…

—Diana dice que ella podría tapizar para mí una butaca del salón. Me gustaría que fuera de flores de color rosa…

—¿Diana? ¿Qué Diana? —se pregunta Karin. Otra vez ese nombre…

Nora mira a su madre mientras niega con la cabeza.

—Es la mujer que pinta los muebles con papá. Además también va a tapizar la butaca. Pero papá no nos deja mirar.

—Entiendo…

Una compañera de Willi. Diana. ¿No será Diana Soltau, la que actúa a menudo con él? ¿Y por qué no? Si es habilidosa y le gusta pintar muebles y tapizar sillas… Pero ¿por qué él no le ha dicho nada de esa solícita compañera?

Por la noche, mientras están los dos sentados frente al televisor viendo el programa de animales *Ein Platz für Tiere* del doctor Bernhard Grzimek, ella pregunta con tono inocente:

—Oye, ¿no me dijiste que tenías dos compañeros que te ayudaban a arreglar el cuarto?

Él no responde de inmediato. En la pantalla de la tele se ve una manada de ñus cruzando un río. La cámara enfoca a los cocodrilos esperando en la orilla, y el espectador se inquieta por los pobres ñus, que no deberían verse atrapados entre los dientes de esas bestias voraces.

—¿Cómo dices? —pregunta Willi, desconcertado—. ¡Ah, sí! Ernst-Peter y Axel. Pero Axel al final no apareció, así que lo sustituyó Diana. Ya la conoces, es la Soltau, la actriz con la que actúo en *Ayax* de Sófocles.

Karin solo la recuerda vagamente; en los últimos años ha tenido poco tiempo para ir al teatro. Pero, por supuesto, ha visto las fotos y las críticas en el *Wiesbadener Tagblatt.* Aunque solo sea porque Willi sigue recortando sus críticas con insistencia y subrayando en rojo los pasajes de los elogios hacia él.

—Sí, así es. Una chica de pelo oscuro con la nariz algo afilada…

—Bueno, sí tiene un perfil muy expresivo —dice Willi, algo molesto —. Por lo demás, es una actriz excelente…

—Seguro que sí. ¿Y además se le da bien el bricolaje?

Él se explaya. Diana creció en Baviera, su padre era tapicero y su madre lavaba la ropa para varias familias acomodadas. Pero lograron que su hija recibiera una educación superior y acabaron teniendo que aceptar que Diana quisiera ser actriz…

Pues sí que sabe cosas de ella, se dice Karin. Seguro que le ha entregado su corazón, no sería la primera. Willi, de hecho, es un hombre que gusta a las mujeres. ¿Tal vez por eso tiene tanto éxito en el escenario? Pero no, pensar eso es una maldad. Willi es un buen actor. Es por eso.

—¿Sabes qué? —dice sin más—. Cuando haya terminado todo aquí, invitaremos a Ernst-Peter y a Diana a cenar a un restaurante para darles las gracias por su ayuda.

Willi tiene la mirada clavada en la pantalla, donde ahora una leona está lamiendo a sus dos cachorros. Qué monos. Son como gatitos.

—Eso es…, mmm…, una buena idea… —dice como quien no quiere la cosa.

Dos días después se producen turbulencias en el plató. Hay que repetir dos escenas en las que ella no participa porque el director ha tenido una ocurrencia que exige cambios en los diálogos. El trabajo se alarga, se funden varios focos, los actores se desconcentran, se equivocan con el texto, el director está al borde de un ataque de nervios.

—Esto hoy no avanzará, Karin —le dice el ayudante del director—. Vete a casa. Si esta noche están listas estas dos escenas, nos podremos dar con un canto en los dientes.

¡Qué contrariedad! Ahora el trabajo en la película se va a prolongar. Quedan aún por rodar las escenas exteriores en un pequeño hostal de Rheingau donde hay un emparrado precioso, ideal para la escenografía. Karin toma el autobús diciéndose que esta tarde libre podría ayudar con el cambio de habitación. Los muebles ya tienen la segunda mano de pintura y pueden colocarse en su sitio; la butaca está terminada excepto por el respaldo, así que podrá ver cómo la habilidosa Diana remacha los clavos tapiceros.

Pero, cuando entra en casa, el silencio es absoluto. No se oye ni el ruido de los muebles al ser arrastrados ni golpes ni tampoco parece que los niños estén ahí.

—¿Willi?

Mira a su alrededor: todo está como lo dejó esta mañana. ¿Acaso hoy no han trabajado? ¿Y dónde están Willi y los niños? Como han almorzado en el Café del Ángel, deben de estar aún allí, piensa. Me

acercaré un momentito y, por una vez, me daré el gusto de tomarme una sopa de gulasch por cuenta de la casa. Estoy harta de la comida insípida de la cantina del estudio de cine.

En el Café del Ángel quedan aún algunos comensales del mediodía que están comiendo la ensalada italiana y las albóndigas con mostaza, mientras Stefan, de pie junto al pastelero Ewald Deuss, observa atentamente cómo se decoran con fruta los platos de los pastelitos de nata. Nora, que ya está de vacaciones escolares, juega al Elfer raus! con la abuela Else.

—¡Hola, Karin! —la saluda su suegra—. ¿Ya has terminado el rodaje? Siéntate un momentito con nosotros, no os marchéis tan pronto, ahora que estamos jugando tan a gusto. ¡Giuseppe! Sírvale un café a mi nuera. ¿Quieres un trocito de pastel, Karin? Los niños ya han comido…

Karin busca a Willi a su alrededor, pero no hay ni rastro. Quizá está arriba, en el piso.

—Si quedara un poco de sopa de gulasch…

—Por desgracia, se ha terminado. ¡Oh! Willi es tan trabajador que ni siquiera ha venido a comer porque quiere terminar hoy la habitación nueva de Stefan. Me ha traído a los niños por la mañana y desde entonces lleva trabajando sin parar…

Al primer momento, Karin no alcanza a comprender el significado de tanta verborrea. Pero entonces cae en la cuenta de que hay algo que no acaba de cuadrar. Willi no está trabajando, ni tampoco está arriba, en el piso. De pronto siente un temor tremendo por él. ¿No le habrá pasado algo? Todavía la atormenta el accidente de su madre. ¿Willi ha cogido el coche? No recuerda haberlo visto en el patio del edificio.

No puede compartir ese temor con Else, y menos aún cuando tiene a Nora a su lado, pues no quiere asustar a su hija. Pero Hilde debe de estar en la cocina; le preguntará si puede usar el teléfono de su casa para llamar a la policía.

Hilde está rellenando la máquina con café molido, cierra la tapa y pulsa un botón. La máquina silba y zumba, y el café cae por un tubito hasta la taza. Giuseppe coloca las tazas sobre los platitos ya dispuestos y, así cargado, se apresura hacia el comedor.

—Espera un momento, Karin —dice Hilde—. Tengo que decirte algo. Lo he estado pensando durante mucho tiempo, pero creo que es algo que deberías saber.

Karin hace un gesto de rechazo con la mano. Las noticias no le interesan, tiene otros problemas.

—Quería preguntarte si puedo usar tu teléfono arriba, Hilde. Imagínate: Willi lleva desaparecido desde esta mañana.

Hilde la mira con una expresión extraña. Comprensiva, enojada y, a la vez, llena de compasión.

—Escúchame —murmura—: esta mañana él nos ha dejado a los niños y se ha marchado con el coche. Pero no iba solo.

—¿No iba solo?

—No. Su compañera Diana Soltau lo esperaba fuera de la cafetería y luego se ha montado en el coche con él.

Hilde

Pobre Karin. Ha palidecido y se ha quedado mirando a Hilde; luego ha murmurado «Gracias, Hilde» y ha abandonado la cocina. Al cabo de un rato, ha regresado a casa con Nora y Stefan.

Lo dicho, dicho está, se dice Hilde mordiéndose los labios. «Diciendo las verdades se pierden las amistades».

Se siente muy mal haciendo el papel de «delatora». Pero, por otra parte, no podía quedarse de brazos cruzados, hacerse a un lado, y dejar que las cosas siguieran su curso. Dos días antes le había echado la bronca su hermano Willi. Cuando se le presentó la ocasión, lo llevó al salón privado, cerró la puerta y le pidió explicaciones. Seguramente no fue muy inteligente por su parte apuntar al objetivo sin dar ningún rodeo, pero la diplomacia nunca ha sido su punto fuerte.

—¿Qué hay entre tú y la Soltau?

Willi reaccionó de inmediato con indignación fingida.

—¿Cómo te atreves a hacerme una pregunta así? ¿Has perdido la cabeza?

—Deja de hacerte el inocente, Willi. Incluso mamá se ha dado cuenta de que estás siempre sentado junto a la Soltau y que mantienes con ella conversaciones de lo más profundas.

Él se echó a reír. Una risa escénica, artificial, que para Hilde fue la demostración de que ella estaba en lo cierto. A ella no la engaña, conoce a su hermano desde el día en que nació.

—Escúchame, Hilde. No quiero que le vayas a mamá con estas sospechas infundadas. Diana Soltau es una compañera de trabajo con la que, lo admito, me llevo muy bien. Pero no hay nada más. ¿Está claro?

—Cuéntale eso a mamá, pero a mí no me vengas con historias. Tengo ojos en la cara.

—¿Sabes qué, hermanita? —repuso él, dándose unos golpecitos en la sien con el dedo índice—. A ti te falta un tornillo. ¡Pero de los grandes!

Dicho esto, la dejó ahí plantada y regresó al comedor. Hilde se lo quedó mirando mientras se marchaba y sacudió la cabeza, pero, como debía ir a la cocina, no tenía tiempo de enfadarse más con ese hermano suyo testarudo e incorregible. Luego, cuando estaba en el mostrador de pasteles, vio de nuevo a Willi sentado junto a su adorada e inofensiva colega Diana Soltau con la que hablaba entusiasmado. ¡Ah, no! A ella no la engaña. Esas miradas arrobadas lo delatan. Y, además, es más que evidente que ella le corresponde.

¿Dónde tendrá la cabeza? Tiene una esposa estupenda y dos hijos adorables. Cierto, Nora no es su hija biológica, pero desde el principio la ha tratado como si fuera suya y la pequeña está muy unida a él. Hilde no duda tampoco de que Willi ama a su mujer y a sus hijos y que no quiere perderlos bajo ningún concepto. Por eso no comprende que él se permita de forma tan evidente tener una pequeña aventura. Y todavía entiende menos que Diana Soltau se líe con un hombre casado. ¿Acaso lo necesita? Es conocida y popular en el teatro de Wiesbaden, en las columnatas hay fotos suyas interpretando distintos papeles, y papá, que la ha visto actuar, alaba su carisma y versatilidad.

Willi es un tipo encantador, se dice, pero conociéndolo, no puede haberse buscado ese amorío él, básicamente es demasiado vago para eso. Debe de ser una iniciativa de la Soltau. Se daría cuenta de que Willi tenía problemas conyugales y vio en él la víctima perfecta. ¡Menuda sinvergüenza! Menos mal que cuando ella está en el Café del Ángel con sus compañeros Giuseppe se encarga de servirle, porque si no yo podría perder la cabeza y arrojarle el café a la cara.

Esa mañana a Hilde le aguardan más preocupaciones. En primer lugar, mantiene una larga e infructuosa discusión con su madre sobre el problema «Valentina». La tarde anterior, Giuseppe le había vuelto a preguntar si su hermana podía venir a Alemania durante unas semanas y ayudar como camarera en el Café del Ángel.

—Ni soñarlo, Hilde —rechaza mamá categórica—. Con un italiano es más que suficiente. Mis nervios no podrían con dos. Y, por otra

parte, ¿no dijo Giuseppe que su hermana tenía un hijo? ¿Y dónde tiene el marido? ¡Aquí hay algo que me huele mal!

Giuseppe es un charlatán. ¿Por qué no sabe mantener la boca cerrada?

—Seguro que tiene un hijo ilegítimo —continúa mamá—. No. No quiero a alguien así en casa. Al final intentará seducir a tus inocentes hijitos.

—¡Pero mamá! ¡Menuda exageración! Por otra parte, Andi empezará la prestación civil en Frankfurt el 1 de agosto y Frank se incorporará al ejército a primeros de septiembre.

—Bueno —la respuesta no se hace esperar—, pero hasta entonces tiene tiempo de sobra. No, no la quiero aquí. Y, además, ¿qué podría hacer? Si no sabe ni una palabra de alemán.

—Podría ayudarme en la cocina, mamá. Yo la enseñaré. O Jean-Jacques podría llevársela a Eltville, en los viñedos siempre hay algo que hacer…

—No, Hilde. De una vez por todas: ¡no quiero! ¡Hazte a la idea!

—¿Y si Giuseppe se enfada y deja el trabajo?

—Pues mejor aún. De hecho, yo preferiría que el personal de servicio de la cafetería fuera alemán.

Por el momento no hay remedio. Mamá es tremendamente testaruda y papá no le sirve de mucha ayuda porque el hombre no quiere discutir con su esposa. Si tuviera un poco más de tiempo, podría lograr satisfacer la petición de Giuseppe, ya que con el curso de los años ha logrado arrancarle varias cosas a su madre. Pero el italiano quiere una respuesta para esta noche, así que, por desgracia, tendrá que decirle que no.

Entretanto, otro drama estalla en la cocina. Ewald Deuss está fuera de sí, yendo de un lado a otro del obrador, llevándose las manos a la cabeza y lamentándose de que así él no puede trabajar.

—¿Y ahora qué ha pasado?

—Ha vuelto a usar mi nevera. Un bol de huevos duros, sin tapar, y el olor ha impregnado toda la nevera. Y además…

A Hilde se le cae el alma a los pies. Esas riñas continuas en la cocina le atacan los nervios. ¿Por qué Giuseppe es tan imprudente? ¿Y por qué Ewald Deuss monta tanto escándalo por cualquier

nimiedad? Pero esta vez resulta que su enfado está más que justificado.

—… luego no ha cerrado bien la puerta —se lamenta el pastelero —. ¡Esto es un desastre! ¡Se han echado a perder tres botellas de nata! ¿Cómo se supone que voy a hacer mis pastelitos de nata? Para eso utilizo nata montada fría…

Dejando de lado el gasto de electricidad, el asunto es, desde luego, muy enojoso. Hilde reprende con firmeza a Giuseppe, que lo acepta arrepentido.

—*Perdono, perdono*… Lo siento. Soy un tonto, no me fijé, *signora* Koch. *Sono contrito*… Pago todo…

—De una vez por todas: ¡usted no puede entrar en el obrador! Y usted, Ewald, deje de gemir y lamentarse. En la bodega todavía quedan bastantes botellas de nata, suba tres y póngalas en frío.

—Pero los pastelitos de nata no estarán listos a tiempo, la nata tiene que reposar en la nevera al menos una hora.

Hilde hace una inspiración profunda y, aunque con gusto exclamaría «¡Déjese de comedias!», dice en su lugar:

—Nuestra clientela podrá soportarlo, señor Deuss. A fin de cuentas, podemos ofrecerle sus magníficos pasteles y aún quedan pastitas.

—Está en juego mi reputación, señora Koch. Si la clientela no ve los pastelitos de nata en el mostrador, me echarán la culpa a mí…

Hilde lo deja lamentándose y baja corriendo al sótano a por tres botellas de nata. Al subir las escaleras siente que el corazón le late con fuerza. ¡Caramba! ¿Dónde está su resistencia física? Antes podía subir y bajar tres veces la escalera sin que se le alterara el ritmo cardiaco de un modo significativo. ¿Será un aviso de la menopausia? Tonterías: es el ajetreo diario de la cafetería. Todo recae sobre ella: aguantar la obstinación de mamá, resolver conflictos, lidiar con el personal, tener contenta a la clientela. Y, ni que decir tiene, preparar pedidos, ocuparse de la contabilidad y, en general, llevar al día todo el papeleo con el Ayuntamiento y Hacienda. Es cierto que hace años que lo hace, que le gusta encargarse de ello y que no quiere delegarlo en nadie más. Pero hay días, cuando se le junta todo, que es demasiado para ella.

La tarde le trae un rayo de esperanza: su marido asoma por el café. Le alegra que esta vez Jean-Jacques solo se haya quedado dos días en Eltville. En los últimos tiempos parece que se deja ver poco por allí, ¿quizá internamente ya se está despidiendo de la bodega? Hilde no sabe si él va a aceptar la propuesta de Mischa, dado que sobre este punto no ha dicho gran cosa. En última instancia, la decisión es solo de él: cuando el tema ya se haya concretado, se lo hará saber. Al menos hoy está de buen humor, da un abrazo a sus suegros, estrecha la mano de Giuseppe y en la cocina besa a Hilde en ambas mejillas.

—Ha resucitado, *ma colombe. Comme le phénix de ses cendres*… Como el ave fénix renace de las cenizas…

—¿A quién te refieres?

—¿A quién? Mi Goélette ha resucitado. Ven a mirarla, *mon amour*. Está ahí, en el patio, como una grácil y encantadora bailarina.

No la deja en paz hasta que sale con él a admirar a la anciana dama renovada. Lo primero que llama la atención de Hilde es que la Goélette reluce con una nueva capa de pintura de color celeste y, claro está, neumáticos nuevos. Además está bloqueando el acceso al patio, y Hilde espera el repartidor que de un momento a otro le traerá varios sacos de harina, azúcar y cincuenta huevos frescos.

—Frank me ha dicho que han revisado el motor desde cero. Los frenos son nuevos, el embrague funciona *parfaitement*, y mira, *ma colombe*… ¡Han puesto tapicería de cuero nueva en los asientos!

—Muy bonito —dice ella—. Pero ahora vas a tener que sacarla de aquí. Bruckmann está a punto de llegar con la harina.

A él le disgusta la idea de aparcar su tesoro en cualquier sitio donde pudiera sufrir algún daño. Así pues, acuerdan que él dejará el Escarabajo de ella en el aparcamiento del teatro a fin de que su anciana y querida dama pueda permanecer a salvo en el patio. Satisfecho, regresa luego a la cafetería para ayudar; reparte buen humor por la cocina, donde Ewald Deuss se afana con los pastelillos de nata que salen con retraso; y anima a su suegra con sus bromas.

—Ah, Jean-Jacques —dice Else con una sonrisa—. Por donde pasas sale el sol. ¿Sabes?, últimamente Hilde está muy difícil y no es fácil tratar con ella.

Ella, claro está, oye a su madre, aunque coloca dos porciones de tarta de chocolate y un trozo de tarta de queso en los platos del mostrador de pasteles a la vez que toma nota de un pedido de cuatro pastelillos de nata, que estarán listos en unos pocos minutos. No oye lo que responde Jean-Jacques, pero ve que mamá asiente y papá sonríe aliviado. Hilde piensa que la situación vuelve a estar tranquila. Pero el problema sigue sin resolverse.

Giuseppe apunta las comandas de la mesa del rincón: mamá, cómo no, quiere volver a tomar café, que no le sienta nada bien, y Jean-Jacques se regala a media tarde un cuarto de vino tinto de su viñedo.

—El *signore* Koch me dice que le pregunte. Por la *signora* «Kunzel» —dice Giuseppe, a quien le cuesta pronunciar la «ü» alemana—. Hoy la *signora* no ha tomado la *colazione*… el desayuno…

Cierto. Hilde cae en la cuenta de que hoy Sophia Künzel no ha bajado a desayunar. Como ahora en el conservatorio están de vacaciones de verano, a ella le gusta sentarse en la cafetería hasta la hora del almuerzo, leer el periódico y enlazar el desayuno con la comida del mediodía. Para horror de mamá, suele pedir una ensalada italiana con mucha cebolla y pimiento picante.

—Pues no lo sé, Giuseppe. Por favor, dile a mi marido que suba y que llame a su puerta. No sea que le haya ocurrido algo.

—Sí, *signora*. Por la noche la oigo, siempre va de un lado a otro por la *camera*, la habitación. ¿Está enferma quizá? *Povera donna…, molto gentile*… Tan amable. Siempre come mi *insalata*…

¿Sophia Künzel, enferma? ¡No es posible! Hilde la conoce desde que era una niña y no recuerda haberla visto nunca enferma. Pero, en fin, tiene una edad.

Jean-Jacques se levanta de inmediato, toma un sorbo rápido de vino tinto para espabilarse y se apresura hacia la escalera. ¡Qué bien que él esté por aquí! En este momento ella no podría subir corriendo porque las comandas de pasteles entran continuamente y a esta hora Ewald Deuss ya no trabaja.

Al volver su marido le dice preocupado:

—Tiene la voz muy ronca. Le he dicho que le voy a traer aspirinas y una tetera con manzanilla caliente. Pero dice que no quiere infusiones, me ha pedido que le traiga Pastis…

—De todos modos, tú llévale la infusión, le puede venir bien —dice Hilde.

—*Je le pense aussi* —aprueba él y, a continuación, desaparece en la cocina para preparar la manzanilla. Entretanto, en la mesa del rincón, mamá y papá deliberan preocupados si llamar o no al médico: la pobre Sophia debe de estar muy mal si ni siquiera ha bajado para desayunar.

Jean-Jacques, que ha subido la bandeja para la enferma, niega con la cabeza:

—Dice que nada de médicos. Y tampoco me ha abierto, lo he dejado todo delante de la puerta de su cuarto. Dice que no exageremos tanto, que mañana ya estará bien.

—Me resulta difícil imaginar tal cosa, Jean-Jacques —dice mamá —. Si mañana no baja a desayunar, llamaré a un médico, le guste o no. Tengo la llave de su apartamento.

—*Tu ne peux pas faire ça, maman!* —replica Jean-Jacques con enojo—. ¡No puedes hacer eso!

—¡Te sorprendería ver las cosas que soy capaz de hacer! —replica ella con tono enérgico—. Durante la guerra Sophia estuvo con nosotros a las duras y a las maduras, ¡no permitiré que empeore!

Hilde pone los ojos en blanco y decide mantenerse al margen por el momento. En cuanto la afluencia de clientes pidiendo pastas y pasteles remite, va a la cocina; el servicio de la noche está a punto de empezar y a esa hora la gente suele tomar una copa de vino que acompaña con una tabla de quesos o ensalada italiana. La ensalada se vende muy bien; hay que preparar grandes cantidades, así que no es de extrañar que la nevera de la cocina no sea lo bastante grande. Sobre todo el aliño que prepara Giuseppe es especialmente sabroso; ha intentado mirar varias veces cómo lo hace, pero él se niega a revelar la receta exacta. Es de su madre y es *un segreto*. Un secreto.

Para empeorar aún las cosas, al terminar el día ella tiene que comunicarle su triste decisión: Valentina no podrá trabajar en el café

ni tampoco se va a aceptar que su hermana conviva con él en su apartamento.

Giuseppe se lo toma con calma.

—*Lo so*. Lo sé. La *signora* Koch ya me lo ha dicho. *Non c'è nulla che si possa fare*… No hay nada que hacer. Si la *mamma* dice que no, es que no. ¡La *mamma* es la *mamma*!

—¡Lo lamento mucho, Giuseppe! —responde Hilde abatida.

Estos italianos… Cuando la *mamma* dice algo, es ley. Increíble. Si esa norma se aplicara también en el Café del Ángel, todo sería como antes de la guerra y haría tiempo que estarían arruinados.

Vuelve a ser tarde y la caja no cuadra. Hoy han cobrado veinticinco marcos y treinta pfennigs de más de lo que indican las notas de comanda. Sospecha que con el ajetreo de la tarde Giuseppe no ha apuntado todos los pedidos. Mañana tendrá que volver a llamarle la atención, pero por hoy ya está harta. Cansada, apaga las luces y sube la escalera hacia su apartamento.

Arriba reina el silencio, solo se oye la televisión del salón. Jean-Jacques está sentado viendo otra película policiaca. Los chicos están en su cuarto: Andi leyendo en la cama y Frank, sentado en el suelo, con el ceño fruncido y ordenando sus discos. Cuando Jean-Jacques está en casa, no puede poner música rock después de las ocho. Para su padre no hay excusas que valgan.

—Buenas noches, mamá…

—Buenas noches, Frank. ¿Te ha ido bien hoy en el taller Pahl? Habéis dejado la Goélette como nueva.

Él le sonríe.

—Pues claro. Prácticamente está hecha de piezas de recambio. Cuesta mucho dinero, un coche nuevo saldría más barato. Pero papá parece casado con esa lata oxidada, no hay nada que hacer.

—Descansa…

—Igualmente, mamá.

Así que les aguarda una factura cuantiosa del taller mecánico Pahl. En fin, mientras hay quien se puede permitir ir de vacaciones, ellos se quedan en casa y se permiten restaurar un coche de desguace. Se calza las zapatillas cómodas y va al salón, donde la película policiaca se encamina al punto culminante. Se dispone a sentarse

junto a Jean-Jacques para acurrucarse un rato con él cuando suena el teléfono.

Oh, vaya. Es tarde. ¿Será mamá? ¿Le pasará algo a la Künzel? ¿O será papá? Sale corriendo al pasillo y coge el teléfono nerviosa.

—Koch…

—¡Hilde! —El tono de voz es dramático—. Siento llamarte a estas horas…

Swetlana. Hilde se sienta en el taburete y se dispone a afrontar la próxima catástrofe. Pero esta, por fortuna, no es grave.

—Mañana por la mañana no voy a poder traeros la sopa de gulasch porque August está enfermo…

Otra enfermedad. Debe de ser la gripe estival, que arremete sin piedad tras una primavera fresca. Lo importante es que Giuseppe no la contraiga. Ni tampoco Ewald Deuss.

—Se ha resfriado porque el domingo nos pilló la lluvia. Nos quedamos todos empapados: Sina, Laika, August y yo. Nosotras tres estamos muy bien, pero August está débil porque no toma suficiente aire fresco, está siempre sentado en su despacho y respira el polvo de los archivos…

Mañana no podrá traer la sopa hasta el mediodía, pero no pasa nada. Hilde la tranquiliza. Sin embargo, cuando se dispone a colgar, Swetlana le dice algo que la preocupa.

—Y también tengo que decirte que Mischa se está impacientando. Quiere comprar maquinaria nueva para la bodega, pero no sabe qué hacer porque Jean-Jacques no suelta prenda. Por favor, Hilde, habla con tu marido. Que le ceda el viñedo a Mischa para que pueda contratar a albañiles y techadores antes de que la casa de desplome sobre la familia.

Esa noche Hilde no está de humor para largas discusiones. Y menos aún con Swetlana, que hace de todo un drama terrible.

—Tienes razón —dice por el auricular—. Dile a August que se mejore, pasad todos buena noche. ¡Hasta mañana!

Entretanto Jean-Jacques ha apagado la televisión y está en el cuarto de baño; ella se toma otro vaso de agua con gas en la cocina y se prepara para acostarse. Por hoy ya ha tenido suficiente: lo único que quiere es intercambiar un par de palabras agradables con él y

dormirse en sus brazos. A las seis y media de la mañana el despertador volverá a sonar.

Su marido tampoco parece estar de humor esta noche para grandes gestas; la estrecha entre sus brazos y le acaricia el pelo con ternura.

—Mañana vas a tener que espabilarte sin mí, *mon amour* —le dice con pesar—. Me voy a Frankfurt con Andi para encontrar una habitación, ya sabes…

—Sí —suspira ella—. Supongo que es inevitable que viva allí durante la semana. El pobrecito tiene que empezar por la mañana a las seis.

El hospital dispone de una residencia para enfermeras, pero Andi se niega en redondo a ser el único varón viviendo entre tantas mujeres.

Frank, cómo no, le ha hecho todo tipo de bromas al respecto.

—Vaya, te sentirías como el sultán en un harén. Todas esas enfermeras jóvenes y bonitas. Ojalá me enviaran a mí alguna vez…

—¡Qué mala suerte tienes, hermano! —le replicó Andi secamente —. Porque, en el cuartel, las chicas guapas escasean.

Así pues, hace falta alquilar una habitación para Andi cerca del hospital, y la secretaria de ahí ha tenido la amabilidad de proporcionarles algunas direcciones. No tiene que ser nada lujoso, ya que Andi volverá a casa los fines de semana, pero tampoco una «pensión de mala muerte». Hilde y Jean-Jacques no quieren que su hijo se relacione con malas compañías.

—Ya están alzando el vuelo —dice Hilde con un gemido—. Nuestros dos muchachos se irán de casa en septiembre. Y entonces, cuando tu estés en Eltville, yo me quedaré aquí sola.

¿Ha captado esa sutil indirecta? Si es así, no lo demuestra. En vez de ello, Jean-Jacques le da un abrazo de consuelo y le dice que solo será por poco tiempo, que luego los dos volverán a casa.

—Frank tiene que hacer el examen para el título oficial, *n'oublie pas*. Y seguramente Andi estudiará en Frankfurt. Entonces podrá vivir en casa e ir allí en tren. *Non, non*. Aún vamos a tener a nuestros hijos en casa por un tiempo, *ma colombe*.

Ella le acaricia con cuidado la espalda, recorriéndole la columna vertebral con los dedos. Él se deja hacer e incluso suelta algún gruñido de placer. De momento no tiene ningún problema en la espalda. Perfecto.

—Pero las cosas también pueden ir de otra manera —dice ella en voz baja—. Si Frank se muda a otra ciudad después de su examen y Andi tal vez quiere estudiar en Marburgo o Erlangen…, ¿qué harás entonces, Jean-Jacques?

—¿Qué se supone que debo hacer? —gruñe él—. Tengo un viñedo, *mon chou*. Y ahí hay trabajo de sobra.

Andi

Poco a poco esta correspondencia postal se está volviendo una adicción. De hecho, dos veces por semana él espera con impaciencia la carta del sobre rosa, que ella siempre decora de forma tan bonita, con dibujitos y adhesivos. Es algo tremendamente infantil y tonto; de hecho, se avergüenza de Margit, que de forma tan despreocupada dibuja corazoncitos, flores y angelitos de mejillas regordetas. El contenido de estas cartitas también es bastante superficial; en ellas se describen con detalle cosas cotidianas y trivialidades intercaladas con declaraciones de amor de un tono muy afectado. Unas frases que él nunca diría en voz alta ni tampoco pondría por escrito. A menudo, ella añade flores prensadas en el papel doblado, que luego se deshacen sobre su escritorio en cuanto él las saca. En la última carta llegó a incluir un mechón de pelo rubio atado con una cinta rosa. ¡Por Dios! Antes, en la escuela, había chicas que tenían lo que se conocía como «álbumes de poesía», unos libros que intercambiaban entre ellas y en los que escribían versos insulsos que luego decoraban con dibujos de colores y cosas por el estilo. ¿Acaso ella se quedó detenida en esa época? ¿No habrá leído nunca en su vida un libro de calidad que le habría podido mejorar el estilo? ¿Por qué no se deja orientar por sus cartas, donde él se esfuerza por expresarse con corrección y narrar cosas interesantes?

No. Margit es una muchacha agradable y, cómo decirlo, estimulante. Tiene una vitalidad tan natural. Es realmente cautivadora. Sí, tiene un cierto encanto. Sin embargo, sus cartas hacen evidentes su carácter simple y su ignorancia.

Y a pesar de ello, dos veces por semana él se sienta por la noche en su habitación y abre una de esas cartas indescriptibles con el corazón palpitante para devorar su contenido. Al leerlas la ve ante

él; su cara con los hoyuelos de las mejillas; su mirada tierna; sus labios suaves y gruesos… Y siente que le embriaga esa increíble ligereza que hace que la vida ya no le parezca algo grave y exigente, sino una serie de acontecimientos emocionantes y alegres.

Por precaución, mantiene a sus padres ajenos a este cruce de cartas; no está de humor para oír los comentarios irónicos de su madre y, menos aún, las severas advertencias de su padre. Y es Frank nada menos, con quien suele estar en pie de guerra, quien en este asunto le ha demostrado su solidaridad fraternal. Una noche abrió la puerta del cuarto de Andi y asomó la cabeza por la rendija.

—¿Qué pasa? ¿No sabes llamar? —regañó a su hermano.

—Lamento tener que interrumpir tu lectura de alto nivel —fue la respuesta burlona que obtuvo—. Tengo algo para ti.

Una carta. Rosa y repleta de corazones. Ya intuía que ella volvería a escribirle y se estaba temiendo problemas con sus padres. Pero que fuera Frank quien le hiciera llegar el sobre fue la guinda del pastel.

—¿A qué viene esto? ¿Acaso ahora me espías el correo?

Frank puso una sonrisa de complicidad y cerró la puerta tras de sí.

—Menos humos, hermanito. Ya puedes darme las gracias por ahorrarte problemas.

Como su hermano siempre es el primero en salir de casa por la mañana, se ha acostumbrado a sacar el correo del buzón, echarle un vistazo rápido y volver a meterlo en él.

—¿Y por qué haces esto? —preguntó Andi con suspicacia.

Frank se encogió de hombros.

—Pura precaución. Siempre podría haber algo que inquietara a mamá innecesariamente. Ya la conoces.

No le había explicado qué tipo de correo era preferible que sus padres no leyeran. Andi barrunta que, o bien son cartas de sus distintas amiguitas, o bien tiene problemas con su maestro en el taller mecánico Pahl.

—Así que esta mañana se me ha ocurrido que quizá sería mejor separar también esta carta de ese delicioso color tan llamativo. Tal vez, me he dicho, podría causar problemas…

—¡Dámela!

Andi le arrebató la carta de la mano y se la guardó en el cajón del escritorio. Frank se lo quedó mirando, sin la menor intención de abandonar el cuarto de su hermano.

—¡Así me lo pagas! —exclamó con ironía.

—Está bien. Ha sido un detalle por tu parte —reconoció Andi.

Frank asintió satisfecho. Entonces empezó a recorrer el cuarto de Andi, cogió un libro que tenía sobre el escritorio, leyó el título y volvió a dejarlo.

—*La montaña mágica*. No suena mal. ¿Es emocionante?

—Según cómo se mire…

—¿Va al grano?

—No en el sentido que imaginas. ¿Desde cuándo te interesan los libros?

Frank se encogió de hombros.

—Es una monada, esa Margit —comentó—. Incluso a mí me podría gustar. Pero permíteme un consejo, hermanito: ándate con cuidado, que va en serio.

¡Hay que ver cómo se las da! Desde luego, en cuestiones de chicas, Frank le lleva mucha ventaja, pero a Andi no le hace ninguna gracia que su hermano cambie de amiguita como de camisa. Eso es algo que a él no le cabe en la cabeza.

—¿Acaso eso te importa? —repuso con desdén.

Frank resopló enfadado y entonces tuvo la desfachatez de sentarse en una esquina del escritorio de Andi.

—¿Acaso debo contemplar cómo mi hermano corre desprevenido contra un cuchillo afilado? Margit va a lo que va. Quiere casarse. Incluso un ciego con bastón lo vería.

—¡Es como si oyera hablar a papá! —dijo Andi con una sonrisa.

En efecto, hace tiempo su padre ya le había advertido de ese «peligro». De hecho, se adelantó demasiado, porque Andi entonces apenas sabía a qué se estaba refiriendo.

—Cierto —dijo Frank con una carcajada—, pero no mencionó las otras cosas porque le resultó demasiado embarazoso.

—¿Qué otras cosas?

Frank bajó la voz; al fin y al cabo, papá bien podía pasar en ese preciso instante por el pasillo.

—Lo más importante es que te compres unas gomas. Se compran en la farmacia o en los dispensadores de la estación de tren. Yo siempre llevo en la cartera, por si acaso.

Andi notó que se ruborizaba. Gomas. Por supuesto que sabe lo que son. Preservativos. Mamá tiene esas cosas en el armario del baño. Al fondo, en una caja de porcelana en la que pone «colorete». Son unos envoltorios pequeños y planos de plástico plateado; una vez abrió uno y miró esa cosa. Está enrollada. Es transparente y algo aceitosa. Y no huele bien. La tiró al váter y se deshizo de ella.

—Las hay que dicen que toman la píldora. —Frank prosiguió con su explicación—. Pero es mejor no creérselo. Porque no se puede comprobar. Por eso la goma siempre es una apuesta segura.

Andi no dice nada. Pero ¿qué se cree Frank? ¿Que él quiere acostarse con Margit? De ningún modo. Bueno, al menos esa es su intención. Aunque, por supuesto, es algo que, claro, tampoco se puede descartar.

—Si quieres, te doy unas cuantas —se ofreció su hermano con generosidad—, pero no las dejes tiradas por ahí. Si mamá las encuentra, se desatará el infierno. Guárdalas en un libro. Y no las pongas nunca entre la ropa, ni ahí donde la Gangelmeier pueda limpiar.

La señora Gangelmeier viene una vez a la semana a limpiar el piso. Al principio solo lo hacía en casa de la abuela Else porque ella tenía mal las rodillas, pero ahora también se ocupa del piso de sus padres. Así mamá no tiene que perder el tiempo limpiando, y puede trabajar abajo, en la cafetería.

—No hay prisa —respondió Andi algo avergonzado—, pero gracias de todos modos. Es un detalle, Frank.

Frank sonrió satisfecho y dijo que, después de todo, Andi era su hermano, y que en esos casos tenían que apoyarse.

—Hay cosas que a los viejos les cuestan mucho —dijo—. A mí me las contó Mischa. Él sabe lo que hace. Así que recuerda lo que te he dicho, hermanito, y ve con cuidado, ¿de acuerdo?

—¡Tú también, Frank!

—¡Por supuesto!

Tras propinarle un puñetazo amistoso a Andi en el hombro, que hizo que este se encogiera sobre su costado izquierdo, salió del cuarto.

Eso fue hace tres semanas. Desde entonces, Frank hace de *postillon d'amour*, de mensajero del amor, dos veces por semana, sobre todo los martes y viernes por la noche. Y también le trajo las gomas prometidas. Andi las cogió sin decir palabra, las metió en *La montaña mágica*, y luego volvió a colocar el libro en la estantería. Si en los próximos tiempos va a Eltville —todas las cartas de ella terminan con la pregunta de cuándo va a ir—, no piensa llevar algo así en la cartera. Sería como una declaración de intenciones.

Entretanto, ha puesto fin al periodo de prácticas con el tío August. Primero, porque, de todos modos, en quince días va a tener que empezar la prestación civil en el hospital de Frankfurt y, en segundo lugar, porque en los últimos días el ambiente en el bufete estaba muy enrarecido. El tío August está en cama aquejado de un resfriado con fiebre y habla por teléfono con Paul Jonas. A resultas de ello, este se comporta de forma repulsiva en el bufete, se ha apoderado del despacho del tío August y se dedica a hostigar a las secretarias. Como era de esperar, también le ha hecho notar a Andi que ya no puede contar con la benevolencia del jefe y lo ha regañado repetidamente delante de los demás. Como él no tiene por qué aguantar esto, llamó al tío August y le dijo que quería poner fin a su colaboración. Aunque el tío tosió más que habló por teléfono, a Andi le pareció entender que no pasaba nada.

—Que te mejores, tío August. Has pillado una buena, ¿eh?

—Sí, por desgracia…, cof, cof…, pero en un día o dos…, cof, cof…, habrá terminado. Que te vaya bien…, cof, cof…

Ahora se iniciará una nueva etapa de su vida: un año y medio de objetor de conciencia en un ambulatorio. Sin duda, será una experiencia importante para él, pero, de todos modos, se alegrará cuando la haya dejado atrás. Frank, por supuesto, no escatima en comentarios burlones, algunos de los cuales le sacan de quicio.

—Para alguien incapaz de ver la sangre, te va a resultar un auténtico suplicio. ¿Qué aspecto crees que tiene la gente después de un accidente de tráfico, o de ser apuñalada? Y tú entonces tendrás el honor de limpiar la sangre del suelo, hermano gallinita.

—Y eso me lo dice el que quiere hacer el servicio militar para herir o matar a la gente —replica él.

—¡Bah, qué cosas! En el Ejército solo se practica para casos de urgencia, no vamos a la guerra.

—Pero en teoría te has mostrado dispuesto a hacerlo.

Frank se ríe de él.

—¡Vamos, no exageres! Vivimos en la paz más absoluta. En el Ejército practicaré un poco de ejercicio y me sacaré el carnet de conducir a costa del Estado. En un año y medio se acaba esa mierda.

Así es su hermano. Puede ser realmente mezquino, sacarle de quicio y luego mostrarse servicial y pasarle el correo a escondidas de sus padres.

Anoche, papá le anunció que los dos van a ir a buscar habitación. Ya era hora, de lo contrario se veía mudándose a esa atroz residencia de enfermeras, compartiendo ducha y retrete con esas damas. Es una suerte que le hayan concedido una exención y pueda vivir en una habitación alquilada. El hospital es, en realidad, un ambulatorio de urgencias recién inaugurado situado en la Friedberger Landstrasse, justo delante del cementerio principal. Frank, cómo no, se ha permitido también algunas bromas al respecto.

—¡Bien pensado! Así no hay que andar mucho…

Papá sonrió al oírlo, pero a Andi no le hizo ninguna gracia. De hecho, estos días se siente bastante abatido, incapaz de hacer nada sensato, se pasa el rato calentando la silla y embobado. Ni siquiera tiene ánimos para un buen libro: siente la cabeza embotada, no le entra nada. Quizá sea porque no sabe lo que le espera. Seguro que cuando disponga de una habitación y empiece a trabajar en el hospital, se sentirá mejor.

Por la mañana, después del desayuno, suben a la Goélette recién reparada y tiene que oír cómo papá se deshace en elogios hacia

Frank, diciendo lo buen mecánico que es y cómo se ha asegurado en Pahl que su «vieja chica» funcione como en sus mejores tiempos. Andi asiente cortés, como dándole la razón, pero le parece que el motor de la Goélette suena completamente distinto que antes: seguro que Frank se ha limitado a sustituirlo. En todo caso, la Goélette se comporta muy bien en autopista, papá pisa el acelerador a fondo y adelanta triunfalmente varios camiones, y luego incluso a un Mercedes blanco. Pero en ese hay un anciano que conduce a no más de ochenta kilómetros por hora, bloqueando el carril central. En Frankfurt, Andi intenta guiar a su padre por la ruta más corta hasta Seckbach, ya que la noche anterior echó un vistazo al mapa de la ciudad y memorizó las calles más importantes. Pero con papá eso no es posible porque asegura que tiene un sentido de la orientación como el de los pájaros y que siempre llega a su destino sin mirar el mapa. El trayecto se convierte en una emocionante odisea por Frankfurt que pone a prueba la maniobrabilidad de la Goélette. La «vieja chica» supera la prueba con nota. Andi, en cambio, incapaz de mantener la boca cerrada, desata la furia paterna.

—Ya hemos pasado por aquí tres veces, papá. Deberías girar a la izquierda ahí arriba…

—Tais toi! Je sais ce que je fais…

—Pero si esta calle es de un solo sentido…

—Merde! Ah, bah! Nous sommes des touristes…

Por fin llegan a su destino, y Andi ve por primera vez su futuro lugar de trabajo. El hospital para urgencias de Frankfurt no se parece en nada a los hospitales de Wiesbaden, con sus fachadas imponentes y sombrías. Es un terreno extenso sobre el que se alzan unos edificios rectangulares de colores claros con muchos ventanales tras los cuales se alzan los altos y viejos árboles de un parque. Bueno, habría podido ser peor. Dejan la Goélette en el aparcamiento del centro hospitalario y siguen a pie. Mamá ha anotado tres direcciones: dos se las ha proporcionado el mismo hospital y la tercera la ha encontrado en el periódico. Por precaución, los llamó por teléfono, pero solo logró hablar con dos de los caseros, que le confirmaron que su habitación aún no estaba ocupada.

—Una zona tranquila —comenta papá con una sonrisa—. Justo al lado del cementerio. Por la noche podrás dormir bien.

El primer intento no sale bien. La casa se encuentra en una bocacalle estrecha en cuyo nombre dice algo así como «Wolfsweide»; es un edificio antiguo que ha visto días mejores. En todo caso, como está muy cerca del hospital tendría la ventaja de que por la mañana podría dormir unos minutos más.

En cuanto llaman al timbre, un perro empieza a ladrar y alguien acciona el portero automático. Papá empuja decidido la puerta principal para abrirla; los ladridos hostiles no parecen impresionarle. Al llegar al primer piso, una mujer joven está de pie sujetando por el collar a un pastor alemán que ladra furioso. Andi se queda mirando fijamente los dientes blancos y puntiagudos del perro; su alegría es inmensa cuando, entre los ladridos, logra entender una sola frase.

—La habitación ya está alquilada.

—Qué lástima —dice papá al regresar a la calle—. Aquí estarías bien vigilado.

—¿Y por qué necesito estar bien vigilado?

Papá se hace el inocente y se encoge de hombros.

—*On ne sait jamais…* Hadas, elfos, hermosas criaturas de la noche…

—¿De qué estás hablando, papá?

—No es nada… Es solo hablar por hablar…

El siguiente alojamiento se encuentra algo más cerca del centro de la ciudad, en Marbachweg; esta vez se trata de una casa muy bonita a la que, salta a la vista, se le ha dado una mano de pintura blanca. En esta ocasión abre la puerta un hombre joven, muy delgado, con gafas de pasta, que, aunque el día es cálido, lleva chaqueta y corbata.

—¿El señor Perrier e hijo? ¡Sean bienvenidos! Su señora esposa fue tan gentil de anunciarme su visita ayer. Pasen por aquí, por favor. Arriendo las habitaciones por encargo de mi madre, que es la propietaria del inmueble. Preferimos arrendatarios tranquilos…

La habitación se encuentra en el tercer piso, justo debajo del tejado: es una sala grande, con un zona para despacho y otro rincón para dormir; tiene una pequeña cocina y —¡oh, maravilla!— dispone

de un cuarto de baño privado de azulejos azules con bañera y ducha. Desde una de las ventanas se ve el cementerio con todos sus árboles; la otra da a la clínica.

—Podría decirse que vería su lugar de trabajo desde aquí mismo, señor Perrier. De no ser por esa ristra de casas que desmerecen la vista.

Un tipo raro, se dice Andi. Parece del siglo pasado y habla también como si lo fuera. Pero la habitación es de ensueño, ojalá papá quiera alquilarla.

No hay suerte. Su padre mira a su alrededor con el ceño fruncido, pregunta el precio del alquiler, los gastos adicionales, la fianza.

—Voy a tener que hablarlo con mi esposa —dice—. Al final de la tarde le diremos lo que hemos decidido.

—Me convendría saberlo cuanto antes, señor Perrier. Hay otros interesados. Uno es un joven médico adjunto que se pasará también hoy…

El joven se muestra cortés, los acompaña hasta la puerta principal y se despide de ellos con mucha formalidad.

—¡Es muy caro! —dice papá en cuanto han salido—. ¿Qué se habrá creído, que somos millonarios? ¡Y encima: solo inquilinos tranquilos! Seguramente los que hay en la casa ya están casi muertos; no se oía nada de nada.

Andi no acaba de entender a su padre. Primero da importancia a que pueda dormir tranquilo, y ahora, en cambio, le molesta que los demás inquilinos sean silenciosos.

Queda solo la dirección que mamá encontró en el periódico. La casa también está en Marbachweg, aunque un poco más cerca del centro de la ciudad.

—¿Y si tampoco es posible? —pregunta Andi, inquieto—. Entonces ¿qué haremos?

—Te da miedo tener que compartir casa con las enfermeras, ¿eh? —dice papá con una sonrisa socarrona—. *Mais non.* Vamos a echar un vistazo al periódico.

La dirección indicada se encuentra en una hilera de edificios antiguos de puertas antiguas con arabescos y pequeños hastiales. No saben si la propietaria, una tal señora Könnemann, está en casa;

además, puede que la habitación esté ocupada desde hace tiempo. Pero, ya que están allí, lo quieren intentar.

Papá llama al timbre. No hay respuesta. Insiste de nuevo y, cuando está a punto de abandonar, oyen una llave girando en la cerradura. Asoma una anciana menuda de pelo blanco que los mira con desconfianza a través de sus gafas.

—Muy buenas tardes, *madame*. Me llamo Perrier. Hemos venido a ver la habitación —dice papá con una sonrisa encantadora.

—¿La habitación?

—En el *Frankfurter Allgemeine* usted anunciaba una habitación amueblada para alquilar.

—¡Ah, sí! —dice, mirando de uno a otro—. Pero solo es para una persona. No es bastante grande para dos.

—Es para mi hijo —dice papá haciendo avanzar a Andi de modo que este casi se da contra el umbral de piedra. Del pasillo llega el olor rancio a sopa de repollo y cera abrillantadora.

—Ah, es para este joven. Bueno, yo preferiría una muchacha soltera… ¿Dice que hace la prestación civil? Si no le importa que le pregunte, ¿qué es eso? ¡Ah, claro! No quiere hacer el servicio militar. Me gusta que la gente joven piense así. Mi marido y mi querido hermano murieron en la guerra. La guerra es una desgracia para la humanidad…

Para poder entrar antes tienen que limpiarse los zapatos en el felpudo. Suben por una escalera de madera en la que curiosamente cada escalón muestra dos manchas oscuras muy juntas.

—Es de mi perro salchicha —explica la señora Könnemann—. Lo bajaba tres veces al día y siempre ponía las patas en el mismo sitio. Hace ya cinco años que no está conmigo…

Al llegar a la primera planta, la puerta de su piso está abierta; la habitación que quiere alquilar se encuentra dentro de su vivienda.

—Antes mi hijo vivía aquí, ¿saben? Pero hace mucho que se fue de casa; ahora vive en Colonia y trabaja para una gran compañía de seguros…

La habitación está bastante bien, de no ser porque los muebles se han quedado anticuados y el papel pintado de flores es espantoso.

La inquilina anterior era una señora soltera que trabajaba para el ayuntamiento y que, por desgracia, falleció hace dos meses.

—Estuvo tres semanas en el hospital —cuenta la señora Könnemann—. La fui a visitar en dos ocasiones, pero ya me di cuenta de que no sobreviviría…

—Qué lástima…

Entretanto, la señora Könnemann parece haberles cogido confianza. Le gusta que tengan un café en Wiesbaden porque le encantan los pasteles, y cuando papá le asegura que su hijo es un muchacho tranquilo que más adelante quiere estudiar en la universidad está completamente convencida.

—Soy muy madrugadora. Como por la noche no logro dormir, me levanto y me siento en mi butaca. Pero puedo hacer el desayuno del joven, solo serán veinte marcos más al mes…

—Tal vez nos podamos poner de acuerdo, señora Könnemann… ¿Qué hay tras esta puerta? ¡Ah, un trastero! Bueno. *Pas mal*… No está nada mal… Lamento que usted duerma mal, señora. Seguro que se acuesta temprano por las noches, ¿verdad?

—En absoluto. Casi siempre estoy despierta hasta alrededor de medianoche cosiendo…

Solo recibe una pequeña pensión y gana dinero extra cosiendo. En el salón, al que ahora los conduce, hay una máquina de coser que se acciona con el pie, una monstruosidad de color negro de Anno Tobak, que sin duda sigue haciendo su servicio.

Papá parece convencido de que ha encontrado el lugar apropiado. Leen y rellenan el contrato de alquiler. Aceptan la oferta del desayuno, Andi tiene permiso para usar el baño y se le entrega una llave de la habitación y otra del piso. La señora Könnemann le asegura que probablemente no la va a necesitar porque ella está casi siempre en casa y podrá abrirle la puerta.

—Magnífico —comenta papá—. Sabe, *madame*, es la primera vez que Andi vive fuera de casa, así que es un detalle que alguien vele un poco por él.

Pero ¿qué está diciendo papá? Él no tiene ningunas ganas de que la señora Könnemann cuide de él. ¡Ya no es un niño pequeño!

Por desgracia, la señora Könnemann está entusiasmada con esta petición. Pues claro, ella ya crio a su chico, Heini, que ahora vive muy lejos, en Colonia, y la visita muy poco. Todavía guarda la hermosa gabardina de Heini, seguro que a Andi le quedará muy bien. Si alguna vez necesita hablar con alguien, ella estará siempre para él. Además, también puede usar el teléfono para llamar a sus padres en Wiesbaden. Lo que no soporta es la música a todo volumen. Y nada de visitas después de las diez, en especial visitas femeninas.

—No se preocupe por eso, *madame* —asegura papá en tono presuntuoso—. Mi Andi es muy reservado con las chicas.

Al oír eso, la señora Könnemann le dirige una tierna mirada maternal y les cuenta que en una ocasión una casera del barrio tuvo que llamar a la policía. Les ofrece un café, pero papá lo rechaza dándole la gracias: él debe regresar a Wiesbaden; su querida esposa no puede prescindir de él en el Café del Ángel. Fijan la mudanza para el siguiente fin de semana, esto es, unos días antes de que empiece el mes; pero ella no acepta ningún dinero por ello, ya que, de todos modos, la habitación no está ocupada.

Mientras regresan caminando al aparcamiento del hospital, papá se congratula por la suerte que han tenido de encontrar alojamiento a un precio tan razonable, y además con una anciana tan encantadora. Andi asiente; no serviría de nada decirle a papá que a él le gustaba mucho más la bonita habitación con baño y cocina. Han acordado que sus padres le pagarán la habitación para que él pueda ahorrar para sus estudios el dinero que recibirá cada mes.

—¡Ah, sí! ¿Te has enterado? —dice papá con tono despreocupado mientras arranca el motor—. Margit Göppel se casa. Con un viticultor de Assmannshausen. Su padre me vino a ver y me lo contó.

—¿Casarse? —pregunta Andi, sobresaltado—. Pero… ¡si es demasiado joven para eso!

—Mejor demasiado joven que demasiado vieja —dice papá encogiéndose de hombros—. Allí abajo, en Eltville, los viticultores procuran mezclarse entre ellos.

¿Margit se casa? Andi no entiende nada. Entonces ¿por qué le escribe esas apasionadas cartas de amor? ¿Está jugando con él? No,

eso le cuesta creerlo. De todos modos, está decidido a ir a Eltville y pedirle cuentas a ella.

Luisa

La señora Linnemann es una clienta difícil. Viuda de catedrático, vive de forma holgada, compra con prudencia, elige con esmero y le gusta poner peros a todo. Sin embargo, cuando se decide a comprar, no repara en gastos. En los últimos años se ha demostrado que Luisa se entiende especialmente bien con la señora Linnemann, y por eso hoy sigue atendiendo a esta dama exigente.

—No sé… Esta tela tiene un tacto artificial. No me hace sentir cómoda.

—Está claro, señora Linnemann. Es importante sentirse cómoda llevando una prenda. Si no, se queda colgada en el armario y una nunca se la pone. ¿Y por qué no probamos con este traje chaqueta verde? Está hecho de un algodón que no se arruga.

—Bueno, vale. Pero ¡esa falda! Mire usted, esa nueva moda de las minifaldas… ¡Es horroroso como andan vestidas esas jovencitas! ¡Se les ve todo!

—Podríamos bajar el dobladillo, señora Linnemann. Así la alargaríamos casi dos centímetros…

—Bueno… Me la probaré, a ver qué tal. El color es muy bonito. Pero estos botones son muy feos…; se podrían quitar, ¿no?

—Sin ningún problema, señora Linnemann…

Mientras la clienta está en el probador, Luisa se dispone a colgar rápidamente en su sitio el traje chaqueta descartado, pero entonces Irene sale del despacho y la agarra por el brazo.

—Apresúrate —susurra—. Hay una llamada para ti, Luisa. Me temo que ha ocurrido algo…

—Por el amor de Dios…

Entrega la prenda a su compañera y se apresura en el interior del despacho. El auricular está sobre la mesa. Oye la voz de su hija Petra antes incluso de acercárselo a la oreja.

—¡Mamá! Mamá, por favor, contesta…

—Estoy aquí, Petra. ¿Qué ocurre?

—Tienes que venir de inmediato. Hay un incendio en la cocina…

—¿Cómo? ¿Un incendio?

Luisa se pregunta si Petra no estará imaginando cosas. ¿Qué podría estar ardiendo en la cocina?

—¿Acaso habéis encendido la cocina de carbón?

—No. De pronto la cocina eléctrica se ha encendido y las patatas se han puesto muy negras y el fogón ha empezado a arder, y ahora salen llamas de la olla…

¡Llamas de la olla! ¡Dios mío! La situación parece muy seria. ¡Va a tener que llamar a los bomberos!

—No entréis en la cocina, Petra. Voy para allá enseguida. No intentéis apagarlo con agua, ¿me oyes? Id al jardín.

—Sí, mamá… Aquí huele que apesta. Me estoy mareando…

—Voy de inmediato…

Cuelga y los nervios le impiden recordar el número de los bomberos; le viene a la cabeza entonces que todos los números de emergencia están colgados en el tablón de anuncios.

—Brigada de bomberos de Wiesbaden…

—Vengan pronto. Hay un incendio en la cocina. En Bierstadt, Gartenstrasse veintitrés…

—¿Un incendio en la cocina? ¡Qué descuidada es la gente! Vamos allá.

Coge el bolso muy nerviosa. Va a tener que coger un taxi, ir a Bierstadt en autobús le llevaría demasiado tiempo. En la tienda, la señora Linnemann está delante del espejo mirándose con actitud crítica por todos los lados.

Luisa se lleva a Irene a un lado.

—Debo ir a casa de inmediato. Es una emergencia. Lo siento…

—Por el amor de Dios… ¿No será nada malo?

Luisa no le da más explicaciones, porque la clienta está escuchando. Delante de la clientela no se discuten asuntos privados, es una regla de oro de las tiendas de moda. Se encamina decidida hacia Saalgasse, donde hay una parada de taxis.

—A Bierstadt, Gartenstrasse. Por favor, conduzca tan rápido como pueda, ¡es una emergencia!

—¡Descuide, señora! Eso está hecho.

El taxista es un hombre mayor y no parece que se tome en serio su petición. Arranca con prudencia y pacientemente deja que pase el tráfico contrario, pero entonces demuestra su valía. Se abre paso con habilidad entre el tráfico de la ciudad, atraviesa un cruce con el semáforo en ámbar y atraviesa la Bierstädter Strasse como si estuviera persiguiendo a un delincuente.

—Sabe, durante la guerra fui chófer. Llevaba siempre a los oficiales. Entonces había aviones volando bajo con francotiradores, pero, bueno, qué le voy a contar…

Luisa está tan nerviosa que apenas lo escucha. ¡Como se les queme la casa…! Y eso no sería lo peor. Como les pase algo a las niñas… ¿Y dónde se ha metido Fritz? ¿Por qué no está en casa? ¡Si el teatro está de vacaciones!

El taxista la deja en una calle transversal, ella le paga cinco marcos con ochenta y se olvida por completo de agradecerle el rápido trayecto. ¿Eso de ahí es humo? No, por suerte no es nada. Casi sin aliento, llega a la cancela del jardín y constata, con cierto alivio, que la casa sigue en pie. Sin embargo, por la ventana de la cocina sale humo negro.

Las niñas corren hacia ella nerviosas hablando las dos a la vez.

—Mamá. Marion ha puesto las patatas…

—Sí, pero una vez más la cocina no se ha puesto en marcha. Así que he dejado la olla ahí encima y he salido al jardín…

—Yo, mamá, estaba arriba tocando el piano. Y de repente empezó a oler de un modo raro, y he bajado a la cocina…

—De pronto, los fogones volvieron a encenderse, mamá. Pero yo no lo sabía…

Entonces se oye la sirena del camión de bomberos. Marion empieza a llorar, Petra quiere entrar en el edificio a toda prisa.

—¿Y si se quema todo, mamá…? Tengo que coger el violín. Y las partituras, y mi mochila…

Luisa agarra a su hija del brazo y la sujeta con fuerza.

—Tú te quedas aquí, Petra. Los bomberos apagarán el fuego. No tengas miedo…

Lo que sigue a continuación para Luisa es como una pesadilla. Dos hombres entran corriendo en la casa y el humo los engulle. En la cocina es tan espeso que apenas se ve algo.

—¿Dónde está la caja de fusibles? —pregunta alguien.

—En el sótano…

—¡Ya he desconectado los fusibles! —exclama Petra.

—¡Chica lista! Entonces, vamos, Guntram.

En ese momento usan el extintor; una espuma blanca se extiende por la cocina cubriendo los fogones y todo lo demás. Luisa sale corriendo al jardín y abraza a sus hijas.

—Mamá, lo están destrozando todo allí dentro…

—Tranquilas… Lo más importante es que apaguen el fuego.

La intervención apenas dura unos minutos; luego los dos bomberos vuelven a aparecer por el jardín y le dan a Luisa las instrucciones necesarias.

—Ha tenido suerte, señora Bogner. Abra las ventanas y manténgalas así, por la noche también. Son gases muy tóxicos y hay que dejarlos salir.

Entonces le informan de que todos los enchufes de la casa están anticuados y que, de hecho, ya no están permitidos. Además, algunos cables están por encima del revoque y parecen peligrosamente frágiles.

—Debe arreglar esto, señora Bogner. De lo contrario, no le aseguro nada. Un cable eléctrico defectuoso puede provocar un incendio en cualquier momento. O ustedes podrían sufrir una descarga eléctrica.

La cocina eléctrica sigue caliente, han sacado fuera la olla chamuscada y la han dejado tirada sobre la hierba. A pesar de todo, según los dos bomberos, habría podido ser mucho peor. Luisa les da las gracias y promete seguir sus consejos. A continuación ordena a las chicas que se queden en el jardín y corre a la casa para abrir todas las ventanas. El olor es nauseabundo. ¿Cómo se supone que van a poder dormir esta noche? Cuando regresa al jardín, empieza a temblarle todo el cuerpo y tiene que sentarse en una silla del jardín.

Sigue conmocionada por el espanto. Se siente mal, tiene el corazón acelerado y, por un momento, se le nubla la vista. Entonces oye a alguien hablando a gritos.

—¿Ha habido un incendio? ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso os habéis puesto a jugar con el fuego, Petra?

Es Fritz. ¿Dónde se había metido? Ella aún se siente insegura y se queda sentada mientras él con las niñas se apresura hacia ella por el sendero del jardín.

—¡Luisa! ¿Qué ha pasado aquí? Ya te dije que las niñas no pueden estar sin vigilancia.

Entonces se precipita al interior de la casa para ver los daños y ella oye sus gritos de espanto.

—¡Santo cielo! ¿Qué es esto? La cocina está destrozada. Marion, ¿acaso has dejado la cocina encendida y luego te has marchado?

—Pero, papá, pensé que no funcionaba. —Desde la cocina se oye su voz llorosa.

—¡Deberías haber apagado el fogón!

Luisa se levanta con dificultad. El corazón aún le late con fuerza en la garganta, pero inspira y espira profundamente confiando en que eso le ayude a encontrarse mejor.

—Marion no tiene la culpa —explica—. Es porque nuestras líneas eléctricas están anticuadas. Los bomberos me han dicho que debemos instalar un cableado nuevo con urgencia…

—Pero eso es exagerado, Luisa. No, no. Es culpa de Marion. Las niñas no deben estar en casa sin supervisión. Ya ves lo que puede ocurrir.

Está demasiado agotada para discutir con él, así que se limita a decirle que es preciso ventilar la casa antes de volver a entrar en ella. Y que, de momento, la cocina está inservible.

—¡Pero tenemos hambre! —dice Petra, que ya se ha repuesto del susto.

—Esta noche cenaremos en el jardín.

Saca un poco de comida de la nevera y de la despensa y la coloca en la mesa del jardín. Qué suerte que sea verano y que los días sean largos; así podrán permanecer en el exterior hasta bien entrada la noche. Cuando oscurece, constatan que el hedor ya se ha disipado

en las habitaciones del piso de arriba. De todos modos, Luisa insiste en dormir con las ventanas abiertas. Con cierto temor va al vestíbulo para volver a conectar el interruptor general. ¿Qué otra cosa puede hacer? Al fin y al cabo, la nevera tiene que estar encendida para que la comida no se estropee y además necesitan luz. Los bomberos, sin embargo, han desconectado la cocina eléctrica porque es posible que se haya estropeado por sobrecalentamiento. Así pues, en los próximos días van a volver a cocinar con la vieja cocina de carbón. Menos mal que aún la tienen.

—No podemos dejar todas las ventanas abiertas, Luisa —dice Fritz cuando ya están acostados—. Podría entrar alguien a robar.

—¿Y qué se supone que robaría? ¿Los muebles? ¿Los floreros?

—No dejan de ser objetos de valor —sostiene él.

Ella está enojada. A Fritz le preocupan los muebles viejos, pero hasta ahora ha hecho oídos sordos a su advertencia de que es preciso cambiar la electricidad de toda la casa. Y, en vez de ello, vuelve a la carga con que es una irresponsabilidad dejar a las niñas sin vigilancia.

—¿Y dónde estabas tú? —le pregunta.

—Estaba ensayando con Benno una actuación en Sonnenberg. Ya sabes, la Gartenfest. Después de todo, tengo un trabajo con el que mantengo a esta familia.

—Y yo estaba trabajando en el salón de moda para ganar el dinero que vamos a necesitar para pagar el electricista.

De nuevo estalla la vieja discusión; y esta vez con vehemencia. Ambos tienen los nervios a flor de piel y el espanto todavía no los ha abandonado. Se cruzan acusaciones que llevan a más reproches. Ella lo acusa de no querer ver la realidad; él le responde airado que lo que quiere Luisa es apartarse de su familia; le pregunta si tal vez ahora que trabaja en un elegante «salón de moda» él no es lo bastante bueno para ella. Al final se dan la espalda y guardan un silencio amargo.

Ninguno de los dos puede dormir. Luisa está quieta apoyada en la almohada, escuchando la respiración de él y sintiéndose infinitamente sola. A continuación, se levanta y baja a la cocina a coger un vaso de leche de la nevera. El panorama ahí es desolador.

Hay espuma blanca por todas partes: en el suelo, encima de los muebles de cocina, en las paredes, en la vieja cocina de carbón… Incluso el techo está salpicado. El frigorífico zumba con tranquilidad y la electricidad funciona: todo indica que de momento hay luz. Incapaz de soportarlo, llena un cubo de agua para limpiar, por lo menos, el suelo y los muebles de la cocina; friega un rato en torno a la mesa y las sillas y observa que en algunos puntos todavía quedan manchas oscuras.

Cansada y abatida, se dirige al salón y se deja caer en el sofá. Esto no puede quedar así; mañana tendrá que excusarse en la tienda para poder restablecer el orden en la cocina. Luego deberá convencer a Fritz de la necesidad de cambiar el cableado de la casa. No será una tarea fácil, ya que después de la riña de hoy él no le dirigirá la palabra durante unos días. Pero el asunto es urgente y no hay tiempo que perder, así que no le va a quedar otro remedio que encargar la obra sin contar con el consentimiento de él. ¿Por qué le pone las cosas tan difíciles?

Mientras los electricistas trabajen en casa, voy a tener que tomarme vacaciones, piensa apesadumbrada. Alguien debe estar en casa, y con Fritz no se puede contar. Pero solo me quedan unos pocos días libres, ya que en febrero me quedé en casa porque Marion tenía neumonía…

De repente, el futuro se yergue ante ella como una montaña oscura. ¿Cómo se supone que debe hacer frente a todo esto? Completamente sola y enfrentada a su esposo, ese soñador redomado, al que ella tiene que llevar de la mano como si fuera un niño revoltoso para evitar una desgracia. Desanimada, se acurruca en el sofá mientras oye los ruidos que llegan desde el jardín por la ventana abierta y por fin, de puro agotamiento, sucumbe al sueño.

Por la mañana, la despiertan los madrugadores cantos de los pájaros y lo primero que piensa es por qué está tumbada en el sofá y no en su cama. Entonces el abatimiento la invade de nuevo con fuerza. Se levanta tiritando y se siente como si le hubieran dado una paliza. La garganta le duele al tragar, sería el colmo que encima se hubiera resfriado.

Son solo las seis. Las niñas aún duermen, tiene tiempo de ordenar un poco y encender la cocina de carbón para hacer café y chocolate caliente. ¿Por qué esta noche se ha dedicado a limpiar los muebles de la cocina y no las salpicaduras blancas de la cocina de carbón? Sube al dormitorio para cambiarse de ropa y se da cuenta de que Fritz también se encuentra despierto. Está sentado en la cama con la mano en el pecho. Cuando la ve entrar, la mira con los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Dónde estabas? —susurra.

—En el salón.

—Ya veo…

No dice nada más, pero su expresión deja entrever que se figura que ella ha ido abajo para castigarlo por la discusión. Ella no se molesta en sacarlo de su error, prepara su ropa y entra en el cuarto de baño. No hay agua caliente. La caldera no funciona… Lo cual no es raro, ya que de nuevo se ha vuelto a ir la luz. Siente que la desesperación la invade. Por lo tanto, tampoco funcionará la lavadora del sótano, la nevera está apagada y va a tener que lavar los platos con agua fría. El escaso lujo que podían permitirse gracias al dinero extra que ella ganaba ha desaparecido. Vuelven a estar como cuando se mudaron a esa casa. Peor aún porque entonces al menos tenían electricidad.

Cuando sale del baño, la puerta del dormitorio está abierta. Fritz ha bajado al piso de abajo y habla por teléfono.

—Lo he ido tomando con regularidad, doctor —le oye decir—. Pero hoy ha empezado de nuevo… Sí, a intervalos cortos… Me pasaré por la consulta…

El corazón le vuelve a dar problemas. Solo faltaba eso. ¿Cómo puede hablar con él sobre el electricista? En la escalera, él pasa a su lado sin decirle nada para acostarse de nuevo mientras ella contempla con espanto que tiene el rostro grisáceo. Le remuerde la conciencia. ¿Por qué anoche no se pudo contener? Ella sabe lo sensible que es. Debería haberle hablado con más delicadeza y diplomacia, pero estaba tan nerviosa que dejó de lado toda consideración.

El reloj marca las seis y media, es hora de despertar a las niñas. Petra se estira bostezando en la cama y dice lo estupendo que es dormir con la ventana abierta. «Por la noche oyes a los animales corriendo por el jardín».

Marion se ha enterrado entre las almohadas y gruñe cuando Luisa entra en su cuarto. Tiene la ventana cerrada, debe de haberla cerrado por la noche.

—Arriba, a vestirse. Os vais a tener que lavar con agua fría, el calentador no funciona. En un instante estará listo el desayuno.

—¡Otra vez tenemos que lavarnos con agua fría! —se lamenta Marion—. En esta choza no hay nada que funcione.

En la cocina, Luisa limpia lo mejor que puede la cocina de carbón y la enciende. Huele raro, pero ahora mismo no está en condiciones de tener miramientos de este tipo. Pone el hervidor de agua y un cazón de leche al fuego y coloca un mantel sobre la mesa manchada de la cocina para que la impresión no sea tan lúgubre.

—Es como si hubiera nevado, mamá —dice Petra con tono divertido.

—Pero huele raro —observa Marion.

—Tú también hueles raro —le dice Petra con una sonrisa burlona —. ¿Te has lavado esta mañana?

—Eres tonta…

—Basta —interviene Luisa—. No quiero oír discusiones. Petra, tómate el cacao. Marion, ¿has recogido tus cosas para ir a la escuela? Tenéis que iros de inmediato.

—¿No vienes, mamá? Tienes que trabajar.

—Me voy a tomar el día libre.

—¡Hala! —se lamenta Marion—. A mí también me gustaría tener un día libre.

Después de guardarse el bocadillo del colegio en la mochila parten hacia la parada del autobús. Luisa observa que cuando llegan a la cancela del jardín ya vuelven a estar discutiendo. Son demasiado distintas, piensa inquieta. Y, desde luego, es cierto: están solas en casa con demasiada frecuencia. Van siempre con la llave de casa encima.

Al tragar el café, nota que le duele la garganta. ¡Solo le faltaría tener anginas, ahora! Además, le parece que tiene fiebre. Tal vez es mejor llamar al salón de moda y decir que está enferma en vez de tomarse vacaciones. Se dispone a descolgar el auricular cuando oye a Fritz bajar las escaleras. ¡Se siente mal por él! Tiene que demostrarle que no lo dijo con mala intención, que no quería hacerle daño.

—¿Quieres que te haga un té? —pregunta ella desde el vestíbulo.

Él lleva la mano derecha debajo de la chaqueta, y las gafas gruesas le hacen los ojos aún más grandes y la mirada más reprobadora.

—No te molestes, ya me haré uno luego. Ahora tengo que ir al médico…

Es un niño, piensa ella con tristeza. Un niño indefenso al que hay que cuidar. ¿Por qué todos estos años no me he dado cuenta? Antes él era distinto. ¡Qué fuerte y valiente fue cuando murió mi madre y yo me encontré sin saber qué hacer en medio del frío y las bombas! ¿Qué habría sido de mí si él no me hubiera acogido? ¡Cuánto empeño puso cuando compramos la casa y cómo se esforzó para equiparla y con el jardín! Pero, ahora que se vuelve mayor, me doy cuenta de que, en el fondo, no es más que un niño testarudo e ingenuo.

Siente un escalofrío de fiebre y llama para avisar de que está enferma.

—¿Qué os pasó ayer en casa? —pregunta Irene—. Te marchaste de estampida.

—Un accidente en la cocina. Por suerte, nada grave, pero hoy tengo mucho dolor de garganta y fiebre.

—¡Ah, pobrecita! ¿Sabes? Al final, la Linnemann no se compró el traje chaqueta verde. No hizo más que quejarse y luego se marchó. ¡Qué puntillosa y pesada!

—Espero estar de vuelta mañana…

—Ojalá. Por cierto, hoy por la mañana la señora Wemhöner quiere pasarse por aquí. Ha telefoneado y ha preguntado por ti.

—¿Por mí? ¿Ha dicho qué quería?

—No. Puede que quiera que la acompañes a Londres. ¡A saber! ¡Parece que te ve con buenos ojos, Luisa!

Irene se ríe de su propio chiste, pero a Luisa eso le suena a pura burla. ¿Acaso no soñó alguna vez con viajar a Londres y a París?

—¡Que te mejores, Luisa!

—Gracias.

Cuelga y se queda con la mirada perdida. Un marido enfermo y desvalido. Dos hijas que necesitan a su madre. Una casa destartalada a la que le urge una nueva instalación eléctrica. No, enterrará sus sueños y esperanzas y pensará en lo más inmediato. Si le sucediera algo a Fritz, si Marion tomara el mal camino, o si ocurrieran más desgracias en casa, no se lo perdonaría nunca. Cierra con cuidado todas las ventanas de la casa y se encamina a la parada del autobús. En el trayecto hacia el centro de la ciudad, la cabeza le retumba, siente la garganta como si estuviera en carne viva y le duele todo el cuerpo. Ya es oficial: tiene inflamación de la garganta acompañada de fiebre. Pero esto ahora no importa, primero tiene que librarse de esa carga.

Magda e Irene están ocupadas atendiendo a varias clientas. Ambas levantan la vista con asombro cuando Luisa entra en la tienda. ¿No había llamado diciendo que estaba enferma?

—Qué bien que hayas venido —dice Magda—. En el taller de costura Barbara te necesita con urgencia.

—¿La señora Wemhöner sigue aquí?

—En el despacho.

Julia Wemhöner tiene el auricular pegado a la oreja, pero cuelga de inmediato en cuanto entra Luisa.

—¡Qué casualidad! —dice riéndose—. Acabo de llamar a tu casa, Luisa. Y vas y entras por la puerta. ¿Siéntate? Dios mío, estás muy pálida. ¿Anginas, lo he entendido bien?

—Sí, por desgracia…

—¿Y has venido de todos modos, en lugar de recuperarte? —Julia se enfada—. ¡Eso es una insensatez, Luisa! Sabes que te necesito y que tengo grandes planes para ti.

Luisa siente escalofríos y se alegra de poder sentarse. ¿De qué está hablando Julia ahora? ¿No le dijo el otro día que solo puede

trabajar media jornada?

—Ahora mismo, por desgracia, en casa todo va mal —empieza a explicar—. Fritz tiene un problema de corazón, las niñas necesitan supervisión diaria, y, por si fuera poco, en casa hay desperfectos…

Julia sacude el brazo molesta, como si quisiera quitar algo de la mesa.

—Lo siento, Luisa —dice—, pero estas crisis deben afrontarse de algún modo. ¿Por qué no contratas una empleada doméstica para cuidar a las niñas? Eso también le vendría bien a Fritz, que de este modo tendría más orden y se podría dedicar a su música con más tranquilidad.

¡Una empleada doméstica! Solo a alguien como Julia Wemhöner, que gana lo suficiente para pagar a una empleada, se le podría ocurrir algo así.

Luisa sonríe tristemente.

—Me temo que no podemos permitírnoslo…

La mirada de Julia se endurece.

—¡Si fueras la directora te lo podrías permitir, Luisa! —dice con énfasis—. Solo tienes que decir que sí, y todos los problemas se arreglarán solos.

A Luisa le duele la cabeza. ¡Qué fácil es la vida sin marido ni hijos! ¿Alguna vez Julia ha sabido lo que es el amor maternal? Para nada. Ella solo vive para su negocio.

—Me temo que una madre no se puede sustituir por una empleada doméstica. Y una esposa, tampoco.

—Como quieras —responde Julia, algo irritada.

Luisa sabe que ya no puede retroceder. Tampoco quiere hacerlo, pero, aun así, le resulta muy difícil.

—A partir de ahora quisiera trabajar solo a tiempo parcial.

—Sabes que eso es imposible, porque entonces yo tendría que contratar a otra persona.

—Entonces, si no hay otra opción, media jornada dos días a la semana.

Julia resopla enfadada, gira sobre su silla de escritorio para mirar por la ventana y contempla el patio interior del edificio, que está bañado por un sol abrasador.

—Lo siento —dice con voz ronca—. Eso, por desgracia, tampoco es factible. O trabajas a tiempo completo y te haces cargo de la dirección, o lamentablemente vas a tener que marcharte. Piénsatelo bien, Luisa. No me gustaría nada prescindir de ti.

Luisa es incapaz de pensar. Tiene que decidirse. La carga que pesa sobre ella es demasiado grande.

—En ese caso, no hay nada más que pensar, señora Wemhöner —dice en voz baja.

Swetlana

August está enfermo. Esta vez se encuentra francamente mal; en todo su matrimonio ella nunca lo había visto tan malo. Empezó de un modo bastante normal: solo un poco de tos y dolor de garganta por la tarde después de la excursión, pero por la noche le subió la temperatura y ella le recomendó tomar una aspirina para poder dormir. Sin embargo, a primera hora del día siguiente, volvió a tener fiebre y quedó postrado en la cama; ella entonces llamó al doctor Buchholz y le describió el estado de su marido de un modo tan acuciante que el hombre acudió de inmediato.

Mientras el médico examinaba a August, ella tuvo que esperar frente a la puerta de la habitación, algo que la disgustó mucho. Al fin y al cabo, ella es la esposa, está muy preocupada y debe saber cómo se encuentra su marido. Por eso, al final, entró en el dormitorio y vio que el médico auscultaba el pecho de August.

—¿Es peligroso, doctor? Yo siempre le digo a mi marido que está demasiado delgado. Debería comer más de lo que le cocino. Pero él es tozudo y cuando le sirvo una segunda ración en el plato, me dice siempre que ya está lleno…

Él no le contestó; puede que ni siquiera la oyera porque tenía las olivas del estetoscopio metidas en los oídos. De todos modos, incluso después de quitárselas y de haber guardado el instrumento de nuevo en el bolsillo, no quiso hablar con ella, solo con August.

—Señor Koch, esto parece una neumonía. Voy a recetarle un antibiótico y algo para la fiebre. Quédese en cama y evite cualquier esfuerzo. Volveré a visitarle mañana por la tarde.

Sentado en la cama con la parte superior del cuerpo desnuda, August parece terriblemente frágil. ¡Neumonía! Eso es muy grave; en Rusia un tío de ella murió de neumonía. Swetlana está muy preocupada por su marido. El pobre se encuentra muy sofocado por

la fiebre y necesita apoyarse con los dos brazos en la almohada para mantenerse erguido en la cama. ¡Qué débil está! Además no se ha afeitado: en la barbilla y las mejillas asoma un poco de vello oscuro. Y también se le ven algunas canas. En cuanto el médico se marche, le traerá la máquina de afeitar.

El doctor Buchholz escribe una receta. Luego cierra el maletín y pregunta dónde puede lavarse las manos. Ella lo acompaña hasta el cuarto de baño cuyo lavamanos presenta un estado deplorable porque la señora Wegener aún no ha llegado.

—Lo siento, doctor… Aquí tiene jabón, le traeré una toalla limpia. Si necesita usar el servicio, usted mismo.

Él solo quiere lavarse las manos, se las enjabona a conciencia y es entonces cuando por fin responde a sus preguntas inquietas.

—No, señora Koch. Seguro que su marido se pondrá bien. Para comer, ofrézcale pequeños tentempiés, sobre todo fruta, y mucho té. Ventile bien el dormitorio una vez al día, y cuando lo haga procure que el enfermo esté bien abrigado.

Rechaza agradecido el café y la pasta que le ofrece, se despide de ella y le desea «una buena mejoría». Le esperan dos pacientes más: este verano hay un número inusualmente elevado de resfriados y gripes.

Cuando vuelve a la habitación del enfermo, Sina está sentada junto a la cama de August vestida en camisón con Laika tumbada al lado.

—Sí, papá —dice Sina—. Te lo traeré enseguida. ¿Quieres que me pase por el bufete después de clase? Tal vez hay alguna cosa que recoger…

—Buena idea, Sina… Cof… Cof… Diles que pronto estaré bien. Cof… Uno o dos días como mucho…

Indignada, Swetlana interrumpe la conversación. ¿Qué está diciendo Sina de ir al bufete y recoger cosas? August debe descansar y recuperarse, y para eso no hay que leer expedientes.

—¡Sina, ve al baño de inmediato y prepárate para ir a la escuela! Y llévate a Laika: un perro no puede estar en la habitación de un enfermo.

—Sí, mamá…

Mientras Sina se mete en el baño con el perro, Swetlana aprovecha la ocasión para volver a dejarle claro a su marido lo peligrosa que es la neumonía y que él debe guardar cama a toda costa.

—Dame la receta, iré a la farmacia y te traeré el medicamento. Y si tienes que ir al baño, ponte una chaqueta de punto gruesa, te la dejo sobre esta silla. Voy un momento en coche y regreso enseguida…

Se inclina sobre él y le besa con ternura ambas mejillas. ¡Santo cielo! ¡Qué caliente está! Tiene que apresurarse a traerle el medicamento; luego le preparará un té con un buen desayuno. Y no solo fruta, como ha dicho el médico. ¡August necesita comida de verdad!

Cuando regresa, Sina ya se ha marchado al colegio y la señora Wegener ha dejado salir a Laika al jardín. La asistenta está en la cocina y vierte agua caliente en el filtro del café.

—Donde menos se espera salta la liebre, querida señora Koch —dice con tono compasivo—. Su pobre marido me ha pedido que le prepare un café. Dice que no quiere comer, pero tiene una tos que encoge el alma…

—¿Café? De ninguna manera. Hágale té de menta y añádale azúcar. Ahora mismo vuelvo…

Al subir arriba, encuentra para su horror a August con el aparato de teléfono sobre el estómago y el auricular en la oreja. Está hablando con su empleado del bufete.

—¡Has cogido el teléfono del pasillo! —le regaña—. ¡Y eso que el médico te ha dicho que tenías que guardar cama! ¡Dame el teléfono! ¡Ahora tienes que descansar, nada de hablar por teléfono!

Él hace un gesto de rechazo, pero interrumpe la conversación y no pone objeciones cuando Swetlana se lleva el aparato de vuelta al pasillo. ¡Qué mala idea tuvieron cuando hicieron instalar un cable largo para que ella se pudiera llevar el teléfono a su *boudoir*. Pero si apenas pasa tiempo en su pequeño «salón de señoras». ¿Qué se supone que tendría que hacer allí sola?

—En un momentito vas a tomar un té de menta caliente —le anuncia al enfermo, que de nuevo yace quieto y agotado sobre la

almohada—. Pero antes de tomarte la medicina, debes comer; si no, tendrás retortijones en el estómago. Enseguida te traigo el desayuno.

Le arregla el edredón y le acaricia cariñosamente la mejilla caliente y sin afeitar.

—¡Oh, pobre! Pareces un pollito enfermo, aquí en la cama. Pero seré una buena enfermera. Estaré contigo cuidándote día y noche.

Él le dirige una sonrisa débil y murmura:

—Gracias, cariño…

August entonces cierra los ojos y ella se apresura a bajar a la cocina. El chico de la panadería ha traído panecillos recién hechos; ella los unta generosamente con mantequilla y les pone queso y embutido encima. Tampoco puede faltar la mermelada de fresas. Una manzana cortada y un plátano. No debe olvidar el té. ¡Ah! Y un vaso de agua para el medicamento.

Básicamente ella está en su elemento. Puede cuidar de August, darle de comer, sentarse con él y contarle todo lo que se le pase por la cabeza. Se asegura de que él no haga esfuerzos, de que tome su medicación con regularidad y, sobre todo, de que coma bien.

—¿Cómo es que no te has comido el panecillo con el embutido? Solo medio plátano. Así no te pondrás bien. Esta tarde le diré al médico que no quieres comer…

Se queda en casa todo el día, envía a la señora Wegener a hacer la compra y le da una larga lista. A la hora del almuerzo, Sina regresa de la escuela y se dispone a llevarle a August un montón de expedientes y cartas, pero ella se las quita de las manos.

—No, no. Lleva eso al despacho de papá. Para recuperarse necesita descansar. Los expedientes polvorientos son perjudiciales para los pulmones enfermos.

—Pero ¡mamá! Se lo prometí a papá.

—Por desgracia, tu padre no se comporta con sensatez y se cree capaz de leer documentos estando enfermo. Sin embargo, el médico ha dicho que tiene que descansar.

Cuando se gira para llevarse consigo esas cosas, oye con asombro cómo su hija Sina da una patada contra el suelo y exclama:

—¡Tú no puedes decidir por papá solo porque esté enfermo! ¡No tienes derecho a hacer eso, mamá!

Swetlana, asustada, se da la vuelta. La niña está de pie, temblando de rabia, las mejillas sonrojadas y las gafas descolocadas.

—¿Cómo le hablas así a tu madre? —grita indignada—. ¡Y encima dando patadas en el suelo, como si fueras un granuja maleducado!

Sina está a punto de echarse a llorar, aunque no de arrepentimiento por su desfachatez, como Swetlana creyó en un primer momento. Se queda plantada ante ella y le espeta:

—¡Te crees siempre que solo tú tienes razón y que todos los demás estamos equivocados! —exclama—. Y, cuando no te obedecemos, te enfadas. Pero no siempre tienes razón, mamá. Yo sé que te equivocas muy a menudo.

Swetlana, horrorizada, se queda sin habla. ¿Qué le ocurre a su dulce Sina? Levanta la voz en casa y acusa a su madre de ser injusta. Nunca había hecho algo parecido. Debe de estar enferma. Tal vez August la ha contagiado.

—Ve a tu habitación —le ordena—. Te traeré el termómetro. Se te ve muy sofocada: debes de tener fiebre, Sina.

—No estoy enferma —solloza su hija con desesperación—. No lo soporto más…

Acto seguido se encierra en su cuarto con un portazo. Swetlana está atónita. ¿Qué son esos nuevos modales? ¿Los habrá aprendido de sus compañeros de escuela? ¡No es eso! Está preocupada por su padre, por eso la niña está tan alterada. Luego irá a verla y le hablará con dulzura, y entonces todo se arreglará. Sina es una chica lista, siempre hace caso a su madre.

Y, en efecto, su hijita se muestra muy arrepentida cuando Swetlana entra en su habitación al cabo de un rato. Está sentada en la cama con el perro, tiene la cara llorosa e hinchada, pero tiende las manos hacia Swetlana.

—Lo siento mucho, mamá… Por favor, no te enfades. No sé qué me ha pasado…

Swetlana no es rencorosa. Contenta de que su Sina haya recobrado el sentido común, se sienta a su lado y la abraza. Le acaricia el pelo con ternura y acerca a su hija contra sí.

—No pasa nada, Sinochka. No llores. Tu madre está asustada, pero no enfadada. Estás preocupada por papá, ¿verdad? No hace falta, está tomando medicamentos y pronto volverá a estar bien…

—Sí, tengo miedo —admite Sina—. Él nunca había estado tan enfermo, mamá. ¿Acaso debe ir al hospital?

Mece a su hija y la besa en las mejillas. ¡Qué contenta está de que todo se haya arreglado! Sina vuelve a ser su niñita, aún llora un poco, pero no de forma desafiante, más bien triste por su mala acción. Laika les lame las manos a ambas, gime e intenta meterse entre ellas. Al final no les queda más remedio que echarse a reír y el animal recibe mimos cariñosos de sus dos amas.

—Eres una perra buena y leal —dice Swetlana—. Siempre amable y cariñosa con la gente. De vez en cuando te pones a ladrar, pero es solo porque quieres proteger a tu amita…

Pasan dos días en la más perfecta armonía. El único punto amargo es que no puede ir a Eltville, pero les llama a diario, y Simone le asegura que todo va bien. En casa, August toma obediente su medicina, bebe té y la fiebre le baja. El médico está satisfecho, pero sigue ordenándole reposo; bajo ningún concepto debe ir a trabajar todavía: antes tiene que terminar el antibiótico y luego pasar unos días en casa sin fiebre. Swetlana está muy contenta. Su marido se sienta en el salón bien abrigado, ve la televisión; ella le da permiso para leer la correspondencia y algunos expedientes que Sina le trae todos los días, y habla a menudo por teléfono. Sigue tosiendo, pero su situación no parece tan grave, y le demuestra a Swetlana su gratitud por sus cuidados abnegados conversando a menudo con ella.

—Cuando estés del todo repuesto, iremos a Italia como me prometiste. Allí, al calor del sol, te recuperarás por completo.

—Eso haremos, querida —dice él dejando a un lado los documentos que estudia con el ceño fruncido.

A ella le alegra ver a su marido, casero por naturaleza, con tantas ganas de hacer cosas. Su querido August ha cambiado para bien: piensa en su esposa y en Sina.

—Comeremos bien y tomaremos el sol. Sina volverá a la escuela bien bronceada.

—Lo más importante es que lleves crema solar suficiente —dice él con una sonrisa y volviendo de nuevo la vista a su expediente.

Al día siguiente, sin embargo, se suceden algunos acontecimientos que enturbian su felicidad. Como August, gracias a Dios, ya está mejor, ha tenido tiempo de preparar su famosa sopa de gulasch para el Café del Ángel. Por la mañana, justo después de desayunar, sirve té de menta a su convaleciente marido, un plato de fruta y mucho chocolate, y se va a llevar la sopa al café.

Para ella siempre es un placer ver el entusiasmo con que la reciben allí, los elogios que le hacen a su sopa y, por supuesto, charlar un rato con Hilde en la cocina y, a veces, incluso con el simpático camarero italiano Giuseppe. El pastelero también es una persona encantadora, pero es lacónico y suele estar inmerso por completo en su trabajo.

—¡Qué bien que August se encuentre mejor! —comenta Hilde—. Mamá estaba muy preocupada. Me costó mucho quitarle de la cabeza ir en coche hasta vuestra casa para cuidar de «su niño».

Swetlana se lo agradece a Hilde. Aunque tiene una buena relación con Else, jamás le habría cedido el cuidado de su marido. Eso habría llevado sin remedio a una discusión.

—¡Oh! Si quiere, puede ir a visitarlo —le dice sin mucho entusiasmo a Hilde—. August se pasa el rato frente al televisor y le alegrará el cambio.

Hilde le sonríe contenta y dice que se lo dirá a mamá.

—¡Ah, otra cosa! —Entonces baja la voz y continúa diciendo—: A la hermana de Giuseppe le gustaría venir a Alemania unas semanas; está buscando alojamiento y un trabajo para ganar algo de dinero. Por desgracia, aquí, en el café, no es posible. Seguro que ya te imaginas quién no está de acuerdo con eso…

Vuelve la mirada hacia la puerta que da al comedor, y Swetlana adivina de inmediato a quién se refiere. Else. Cómo no.

—Entonces he pensado que tal vez tú podrías necesitar a alguien para que te eche una mano —sugiere Hilde—. Valentina podría hacerte compañía, sacar a pasear a Laika o ayudar en el jardín.

Vosotros en la villa tenéis varias habitaciones de invitados donde podría quedarse por unas semanas.

Swetlana está siempre dispuesta a ayudar a la familia, pero en esta ocasión tiene sus dudas.

—¿Cuántos años tiene?

—Algo más de veinte, creo. Giuseppe quiere mucho a su hermana y la adora…

Una veinteañera. Italiana. Bueno, Giuseppe es un encanto, le cae bien. Pero ¿tener en casa a una italiana joven, seguramente guapa y sin duda apasionada? ¿Día y noche? No es que ella desconfíe de su querido August, pero, a fin de cuentas, tampoco hay que forzar al marido a caer en la tentación.

—No sé —dice ella alargando las vocales—. De hecho, no necesito ayuda. Tengo a la señora Wegener.

—Entiendo —dice Hilde y suspira—. Solo era por preguntar.

—No te enfadas, ¿verdad, Hilde? No querría de ningún modo que…

—¡Tonterías! —Hilde se ríe y la abraza—. He preguntado con franqueza, y me has respondido de igual modo. Así tienen que ser las cosas entre familiares y buenas amigas, ¿no?

¡Ah! Hilde es una mujer maravillosa. Swetlana la abraza y le dice que se siente muy feliz y afortunada de tener una cuñada como ella. En la calle brilla el sol; delante del teatro, los plátanos de sombra relucen con verdor; hay gente vestida con prendas coloridas paseando por la Wilhelmstrasse, sentada en los cafés o contemplando los escaparates de las tiendas. Swetlana decide volver a ir de compras; al fin y al cabo, aún tiene un rato antes de preparar el almuerzo y darle el medicamento a August. ¡Cuánto tiempo sin poder ir de compras! Desde hace casi una semana, seguro que habrá muchas novedades.

Pronto encuentra cinco peleles preciosos, dos pares de patucos de ganchillo y un abriguito muy mono con capucha que, aunque es para niños de dos años, decide adquirir igualmente para no quedarse sin él. Luego compra dos vestidos para Sina y una blusa rosa muy bonita con botoncitos blancos que parecen pétalos de rosa. Para August elige tres corbatas de seda de colores y una

camisa a juego. Tampoco se olvida de sí misma: en la tienda Elegancia para la Mujer de Julia Wemhöner se regala un vestido de verano de color lila estampado con flores blancas. Por desgracia, no se lo puede llevar, porque hay que ensanchar un poco la falda por la cintura.

—¿La señora Bogner no está? —pregunta asombrada a una dependienta de pelo moreno al no ver a Luisa por ninguna parte.

—Lo siento, pero la señora Bogner está enferma —recibe como respuesta.

¡Dios mío! ¡La pobre Luisa está enferma! También debe de haberse resfriado, es como una epidemia. En cuanto llegue a casa, la llamará y le recomendará al doctor Buchholz, que tan bien ha tratado a August.

Al llegar a la villa, se encuentra a su esposo sentado en su despacho, en albornoz, con un montón de expedientes y papeles delante, y el auricular del teléfono en la mano.

—Trabajando como una mula no te recuperarás —le reprende—. Después de almorzar te tomarás el medicamento y te irás a la cama.

—Por favor, no tan alto, Swetlana —dice él con el ceño fruncido y tapando el auricular—. Tengo un cliente al teléfono.

Enojada, cierra la puerta y se va a la cocina, bajo cuya mesa Laika está tumbada en actitud expectante, ya que suelen caerle algunos trocitos de carne. La señora Wegener ha pelado las patatas y se dispone a subir la escalera para planchar. Swetlana abre la nevera para sacar los escalopes cuando de repente oye la voz de Sina en el recibidor.

—¡Mamá! Espero que esto no sea para mí, ¿verdad?

Su hija está en cuclillas en el suelo, con la mochila todavía a la espalda, rebuscando en una de las bolsas que Swetlana ha dejado en el pasillo.

—Es una blusa preciosa con botones en forma de rosa, la he comprado para ti, Sina —explica—. Cuando te la pongas, parecerás una rosa recién cortada.

Sina saca la blusa de la bolsa, la despliega y la sostiene en alto con ambas manos.

—No me la pienso poner, mamá.

¡Lo dice con un tono de voz tan firme! Swetlana está desconcertada. ¡Cómo le hubiera gustado una blusa así de jovencita! Pero, por desgracia, jamás tuvo tal cosa.

—No seas boba, Sina —la reprende—. Por supuesto que te la vas a poner. La he comprado especialmente para ti.

—No, mamá. Estaré ridícula con eso. Todas las chicas de la escuela se burlan de mi ropa.

Increíble. Pero eso ella ya se lo imaginaba. Esas muchachas estúpidas y maleducadas están echando a perder a su Sina. Peor aún, están haciendo que se rebele contra su madre.

—Pues que se burlen —dice—. Solo están celosas de no tener una madre que les compre ropa bonita.

Sina arruga la blusa y la vuelve a meter en la bolsa. Luego se levanta y anuncia con decisión:

—Quiero llevar otro tipo de ropa, mamá. Como la que llevan las chicas de mi clase. ¡Y nunca, nunca, nunca más de color rosa!

Dicho eso, sube la escalera dejando a Swetlana pasmada en el vestíbulo. ¡No quiere ponerse esa blusa tan bonita y tan cara! Prefiere llevar ropa fea solo porque sus compañeras de la escuela van por ahí vestidas de ese modo. ¿Cómo es posible? Sina es una niña inteligente, la mejor de su clase, trae a casa unas notas excelentes y lee libros que algunos adultos apenas entienden. ¿Y no se atreve a lucir ropa bonita porque un par de cretinas se ríen de ella?

Durante el almuerzo, Sina se sienta sin decir nada ante su plato, come un poco de verdura y no quiere tomar ni un bocado del delicioso pudin de chocolate con nata montada. ¿Se siente arrepentida? No lo parece. Se limita a atender de vez en cuando a su padre, pero a Swetlana no le dedica ni una mirada.

—¿Puedo levantarme, por favor? —pregunta mientras su madre está repartiendo el postre.

—Sube tranquila, Sina —dice August, antes incluso de que su esposa haya podido abrir la boca.

—Gracias, papá…

Swetlana tiene que consentirlo, pero en cuanto la niña ha abandonado el comedor, dirige un gesto de reproche a August.

—¿Por qué has dejado que se levante? Tiene que esperar a que terminemos. Esos son los buenos modales que aprendí en mi casa, en Rusia.

August termina de masticar con gesto pensativo; luego toma un sorbo de agua y le sonríe. A ella le parece que sonríe como un abogado.

—Mira, Swetlana. Nuestra hija tiene trece años, casi catorce. Ya no es una niña, sino una adolescente.

—¿Qué tiene eso que ver con la buena educación? —pregunta ella con enojo.

—Valoro mucho la buena educación —responde—. Ella no se ha levantado sin más. Ha pedido permiso. Y yo se lo he dado. ¿Qué hay de malo en eso?

Por desgracia, de nuevo, él tiene razón: es difícil discutir con August. Pero no se rinde, está demasiado ofendida.

—Se ha comportado mal. Se ha quejado de la hermosa blusa que he comprado especialmente para ella. Me enoja ver que tengo una hija tan testaruda y obstinada.

Él guarda silencio un momento y luego le tiende el cuenco de cristal para que le sirva otra cucharada de pudin con nata por encima. Eso la complace y le permite adoptar una postura casi conciliadora.

—¿Qué te parece si le damos un dinero para que ella se compre algunas prendas de ropa? —pregunta entonces.

—¿Y que vaya sola de compras? —Se enfada—. Imposible. Solo se comprará ropa horrorosa que no le quedará bien.

Él le acaricia el brazo y le dice con suavidad:

—Vamos a probar, cariño. A ver cómo sale.

—Nada bueno saldrá de esto —objeta ella—. Ya te lo puedo decir ahora. Pero, de acuerdo, tú dale el dinero y verás cómo tengo razón.

Él ya se ha tomado el medicamento; tampoco esto le hace ninguna gracia a Swetlana, pues se supone que debería tomarlo después de comer y no antes. A pesar de todas sus advertencias, August pasa la tarde en su despacho, pero, por lo menos, se acuesta temprano.

—Mañana regreso al bufete —anuncia por la noche.

—¿Mañana? —exclama ella horrorizada—. ¡Imposible! Tienes que terminarte el antibiótico. Y luego quedarte aún unos días…

—Cariño, me he tomado todas las pastillas y el trabajo en el bufete no espera. Hay algunos casos importantes que no puedo dejar en manos del señor Jonas. No querrás que mi bufete salga perjudicado y yo pierda a todos mis clientes, ¿verdad?

No. Claro que no quiere tal cosa.

—Pero… ¡Deberías volver a trabajar cuando estés recuperado por completo, August! Lo dijo el médico.

—Estoy perfectamente.

¡Qué listo es! Le demuestra su recuperación de un modo tan contundente y amoroso que ella no puede objetar nada más. Después se siente demasiado cansada como para seguir discutiendo, así que se queda dormida a su lado.

A la mañana siguiente, después de desayunar, en efecto se sube al coche para ir al bufete. No acepta ni siquiera ponerse el chaleco grueso que ella le ha preparado. Llega tarde para el almuerzo, apenas come nada y se marcha demasiado pronto. Tiene mucho trabajo acumulado. No regresa a casa hasta las nueve de la noche.

Él no ha cambiado en nada, piensa con enojo sentada sola frente al televisor. «Es un obseso del trabajo y no quiere pasar tiempo con su esposa».

Hilde

Pero ¿qué verano es este? De pie junto a la puerta de cristal, Hilde niega con la cabeza mirando el cielo encapotado y cubierto de nubarrones grises. Ayer hizo bueno; hoy, en cambio, el sol no se deja ver, y sopla un viento desapacible que levanta el polvo de la calle. Tal vez sea mejor no bajar los toldos; no es de esperar que haya mucha gente en las mesas exteriores. Lo de la terraza en la calle es cada día más complicado, porque cada vez hay más tráfico y los clientes notan en la nariz el gas de los tubos de escape.

Resignada, se vuelve para echar una mano a Giuseppe, que anda sirviendo el desayuno a los clientes habituales. Mamá está sentada a la mesa del rincón con su tercera taza de café y lee el periódico, mientras papá se encuentra ocupado comiendo su huevo del desayuno y charlando con Jean-Jacques, que esta mañana temprano ya ha cargado la Goélette con las pertenencias de Andi. Hoy su hijo se traslada a Frankfurt y mañana será su primer día en el ambulatorio de urgencias. El ambiente es sombrío: esta mudanza es también un punto de inflexión para los abuelos. La casa va a estar más vacía sin los nietos, porque dentro de unas semanas Frank también los abandonará por un periodo de tiempo indefinido. Hará la instrucción básica en Westerburg, en las montañas del Taunus, detrás de la católica ciudad de Limburgo. «En el culo del mundo», dijo hace poco Frank decepcionado porque probablemente esperaba que lo enviaran a alguna ciudad grande, como Colonia, Múnich o Hamburgo.

Hilde prepara tres jarritas de café que Giuseppe llevará a los clientes que han de entrar a trabajar y que andan siempre con prisas por las mañanas; a continuación llena una más con agua caliente y, con gesto ostensivo, la coloca junto a la taza de café de mamá.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto? —pregunta Else con tono malhumorado y sin levantar la vista del periódico.

—Aguar el café. Sabes que el café fuerte no es bueno para tu corazón, mamá.

—Mi corazón está perfectamente. Dale eso a tu padre.

—Papá toma café descafeinado. A ti también te iría mejor.

Mamá dobla el periódico irritada y se quita las gafas.

—Hilde, no tienes por qué cuidar de tu madre —dice—. Será mejor que subas y te asegures de que Andi baje por fin a desayunar. No es correcto que esté tanto tiempo arriba dando vueltas en vez de sentarse con nosotros para que podamos despedirnos.

—En un instante subiré a ver qué hace, mamá. Seguro que está recogiendo un par de cosas que anoche olvidó poner en la maleta.

Hilde echa un vistazo al comedor: la mayoría de los clientes ya están servidos; solo dos jovencitas siguen esperando sus pedidos, pero Giuseppe ya ha preparado el café y está poniendo los cruasanes recién hechos en su cestita. Puede subir un momento rápido al piso y meterle prisa a su hijo. ¿Qué estará haciendo tanto tiempo? Mamá tiene razón, no es correcto que los haga esperar tanto.

En cuanto entra en el recibidor, se da cuenta de inmediato de que el teléfono no está en su lugar. El largo cable conduce a la habitación de Andi. ¡Ajá! Su hijo está hablando por teléfono. No, ella no es de esas madres que pega la oreja contra la puerta de la habitación de sus hijos, pero desde el pasillo oye fragmentos de la conversación de Andi.

—No, no se puede… Ya te he dicho que está en casa día y noche… Sí, el domingo estaré en Wiesbaden… Entonces tal vez me acerque en coche a tu casa… No, no es posible llamar, el teléfono está en el salón de la señora Könnemann… Te lo ruego, no, no quiero… Si es una emergencia, por mí, bien… Ahora tengo que colgar, me esperan abajo… Sí, pienso en ti… Hasta pronto… Sí, yo… Yo también…

Casi suena como si fueran susurros de amor, se dice Hilde divertida y regresa a toda prisa de puntillas al salón para que Andi no la pille en el vestíbulo cuando vuelva a colocar el teléfono en su sitio. Debe de ser la pequeña Margit, la que una vez vino a visitarlo

en Wiesbaden. De hecho, es una muchacha simpática, muy despreocupada y alegre. No hace mala pareja con Andi. Cierto que ambos todavía son muy jóvenes, pero Hilde no entiende el teatro que montó Jean-Jacques el otro día al regresar de Eltville con Andi. Su marido se enfadó muchísimo porque, en vez de ayudar a quitar las malas hierbas en el viñedo, el muchacho no se había dejado ver por ahí durante todo el día.

—Tiene algo con esa chica —dijo muy enfadado—. ¡Esperemos que no haya hecho nada malo, *le petit idiot*!

—Madre mía —había replicado ella riendo—, ¿acaso has olvidado cómo éramos nosotros a su edad? Estábamos perdidamente enamorados…

—Exacto —repuso él con tono sombrío— y no acabó mal por los pelos…

Jean-Jacques había llegado a Wiesbaden durante la guerra como trabajador extranjero procedente de Francia. Fue un amor prohibido, una relación muy peligrosa.

—Pero, Jean-Jacques, aquellos eran otros tiempos —dijo ella, negando con la cabeza.

—*L'amour rend aveugle* —adujo él con tono gruñón—. El amor te vuelve ciego y estúpido. En este sentido, hoy en día no ha cambiado nada.

A Hilde le parece que un amorío no puede hacerle ningún daño a Andi, siempre tan serio. Frank, al fin y al cabo, también tiene sus novias y le gusta mucho que las chicas vayan detrás de él, ¿por qué Andi iba a quedarse al margen en este aspecto?

—¿Mamá?

Ahí está.

—Estoy aquí, en la cocina…

Él entreabre la puerta de la cocina, pero ella repara en que ya lleva puestos los zapatos y la chaqueta.

—¿Has cogido un libro de mi estantería hace poco? ¿El de *La montaña mágica*?

—¿Yo? —Ella se echa a reír—. Seguro que no. ¿Quizá papá? Últimamente lo he visto con algún libro en la mano.

Un silencio tenso en la puerta.

—¿Y… te ha comentado algo al respecto?

Ella limpia diligente la mesa de la cocina con un paño.

—¿Papá? No. ¿Qué pasa con ese «monte»?

—«Montaña mágica». Se llama así. No, nada. Me extrañaba no verlo…

—Pues llévate otra cosa para leer a Frankfurt —le apremia, nerviosa—. Vamos, por favor. Acaba ya con las maletas, que los abuelos y papá te están esperando abajo.

¿Debería recriminarle que ahora pregunte por ese libro como excusa cuando, en realidad, estaba hablando por teléfono? Ah, no. No quiere herir esas bonitas emociones incipientes. Andi, en particular, es muy susceptible con este tema. Así pues, le vuelve a preguntar si lleva consigo toda la documentación necesaria, las gafas de repuesto, la cartera con el dinero que ella le dio para casos de apuro.

—Sí, mamá… —dice él algo molesto.

Abajo le espera un copioso desayuno, aderezado con buenos consejos de la abuela Else.

—Tú, muchacho, sé atento y diligente. Quizá algún día quieras estudiar Medicina, ¿quién sabe? Siempre es importante causar una buena impresión. Y no te olvides de tus abuelos, Andi. El domingo estarás de vuelta, ¿verdad? Entonces nos contarás cómo te ha ido todo…

También el abuelo Heinz hace su aportación.

—Estás haciendo lo correcto, Andi. ¡Ánimo, ya pasará! No es tan malo. Cuando tu tío Willi y su hermano August tenían tu edad, fueron reclutados por la Wehrmacht y tuvieron que ir a la guerra…

—Pero ¿por qué se fueron? Podrían haberse negado —dice Andi, masticando.

—Eso entonces no se lo planteaba nadie, Andi —explica el abuelo —. O ibas tú o te venían a buscar. Así era.

—Si nadie hubiera ido, no habría habido guerra —insiste Andi.

—Si desertabas, te disparaban. Así eran las cosas. No os podéis imaginar cómo era todo en aquella época…

—No le cuentes esas cosas al chico —le regaña la abuela Else—. Tómate otro cruasán, Andi, así estarás preparado para el día. Y si

surge algún problema, puedes llamarnos. Los abuelos siempre estaremos ahí para lo que necesites.

Jean-Jacques acaba de pasar por la calle, por delante del café, tras haber ido a repostar la Goélette. Está parado en la zona de prohibido aparcar y sacude impaciente el brazo por la ventanilla bajada. Andi bebe a toda prisa el último sorbo de café, se levanta, abraza a sus abuelos y, finalmente, permite que Hilde también lo estreche.

—Cuídate, Andi —dice—. Nos vemos el domingo. No bajes la guardia, hijito.

—Descuida, mamá.

Como le da algo de vergüenza que algunos clientes de la cafetería contemplen con interés la emotiva despedida, se apresura a salir del local para reunirse con su padre en la Goélette. Los abuelos, de pie junto a la puerta de cristal, observan la partida: Else lo saluda con la mano, Heinz le hace un guiño y se seca los ojos. ¡Madre mía, qué exageración!, piensa Hilde. Pero ella también siente un nudo en la garganta y se alegra de que en ese momento la Künzel entre en el comedor y tome asiento en su lugar habitual.

—Buenos días, Hilde —dice con el tono algo brusco que le es propio—. ¿Y eso? La huida de Egipto, ¿eh? Es bueno que los jóvenes levanten el vuelo y salgan del nido. Tienen que conocer mundo, curtirse un poco.

Hoy lleva otra vez el vestido verde de lunares blancos y un pañuelo de seda morado le cubre el pelo. Las sandalias de tiras doradas se las pone desde que a Hilde le alcanza la memoria, probablemente se las compró antes de la guerra. Pero, en fin, esto demuestra que la Künzel vuelve a ser la de antes. A Hilde eso le alegra mucho, porque en los últimos días ha habido mucho revuelo en torno a ella.

—¿El desayuno de siempre? —pregunta ella.

—Con mucho jamón —pide la Künzel—. Y dos huevos. Hoy estoy hambrienta.

—¡Marchando!

Mamá y papá vuelven a estar en la mesa de la familia y se reparten el periódico.

—¿Ha dicho algo? —pregunta mamá con un susurro cuando Hilde pasa junto a ella camino de la cocina.

—No. Quiere jamón y dos huevos.

Mamá sacude la cabeza con tristeza. Papá también deja oír un suspiro y comenta que es muy difícil de entender.

—¡Somos amigas de toda la vida! Es insultante, Heinz.

—Yo no iría tan lejos, Else. Seguro que tiene sus motivos.

Por el momento, Sophia Künzel es un misterio para todos. Se ha pasado varios días encerrada en su piso, sin dejarse ver, y, cuando llamaban a su puerta, solo dejaba oír unas negativas en absoluto amistosas. Supusieron que había enfermado y se preocuparon por ella. Al final mamá subió hasta la vivienda de la Künzel con la llave de repuesto y, antes de que Hilde pudiera impedírselo, entró en ella.

—Pero, mamá, ¡cómo te atreves! —le regañó Hilde desde la escalera.

—¡No está!

La habitación de la Künzel está atiborrada de partituras, libros y todo tipo de recuerdos de su época como artista: nunca la ha tenido realmente ordenada. Pero la cama estaba hecha y sobre el armario faltaba la maleta.

—Se ha ido. ¡Sin decirnos nada! —Else se enojó.

—¡Cierra la puerta otra vez, por el amor de Dios, mamá! ¿Y a ti qué te importa si la Künzel está o no de viaje? Tú no eres su niñera, ¿verdad?

—Pero… ella nunca ha tenido secretos con nosotros. Los últimos días ha estado muy rara. ¿Y si quiere suicidarse? Tal vez deberíamos llamar a la policía.

Por suerte, Hilde, ayudada por Heinz y Jean-Jacques, logró quitarle de la cabeza esa ocurrencia. Lo cual resultó ser un acierto, porque dos días después, por la mañana, Sophia Künzel volvía a ocupar su asiento habitual en el Café del Ángel.

—Buenos días, Hilde. Hace frío hoy, ¿no? El desayuno de siempre.

Cuando le preguntó dónde había estado los dos últimos días, se limitó a responder de forma escueta.

—Me tomé un breve descanso. Me alegra que me echarais de menos. Dile a Giuseppe que no me traiga los huevos demasiado

duros. Tres minutos, no más.

Eso fue todo lo que consiguieron sonsacarle. Incluso mamá, que se sienta con ella a su mesa, regresa decepcionada. Por muy vieja amistad que tengan, la Künzel sostiene que es un asunto privado. Y punto.

A la hora del almuerzo el café está abarrotado. Hilde y Giuseppe se esfuerzan al máximo, pero todo el mundo se agolpa en el comedor, pues con ese tiempo nadie quiere sentarse en la terraza. En cuanto pasa el momento de mayor ajetreo, Hilde se toma un café y luego degusta una ensalada italiana en la cocina. Hoy mamá no ha cocinado: los abuelos han tomado sopa de gulasch, y luego los dos han subido al piso. Eso es preocupante: hasta ahora, Else siempre había dado gran importancia a preparar el almuerzo para así reunir, al menos una vez al día, a toda la familia en torno a la mesa de su cocina. Si más adelante no retoma esa obligación, es que su madre va de mal en peor, piensa Hilde preocupada.

Por la tarde, el Café del Ángel recibe la visita de alguien que cada vez frecuenta menos el lugar: Julia Wemhöner. Es una mujer llamativa. La clientela, que a esa hora toma café y pastitas, levanta la vista hacia ella, admirando a esa pelirroja vestida con tanta elegancia que entra en el café por la puerta giratoria en lugar de usar la otra, de más fácil acceso. Julia se encamina directamente a la mesa de la familia, saluda con cariño a Heinz y a Else, y se acerca a Hilde para darle un abrazo.

—¡Qué honor! —bromea papá— ¡La gran emperatriz de la moda Julia Wemhöner en nuestra humilde choza!

Ella se ríe con la broma diciendo que no es más que una humilde costurera, pero nadie le hace caso. A continuación se sirve café y pastas; Julia sonríe a Giuseppe, que queda muy impresionado. En el mostrador de los pasteles, Ewald Deuss se sonroja satisfecho cuando ella se le acerca para decirle que sus creaciones no tienen nada que envidiar a los productos de los pasteleros franceses. En torno a la mesa de la familia surgen charlas y conversaciones animadas. Los viejos tiempos cobran vida porque a los ancianos los nuevos no les gustan tanto. Julia discrepa, y Hilde le da la razón con vehemencia. Mamá, cómo no, cuenta la extraña conducta de la

Künzel y añade que algo así antes nunca hubiera ocurrido. El bueno de Addi se habría encargado de ello.

—Sí, Addi la conocía muy bien —dice Julia pensativa.

Hilde la mira de soslayo. ¿Todavía lleva el pequeño colgante de oro que Addi le regaló? Aunque sobre el vestido azul marino de cuello alto no se ve ninguna joya, Hilde distingue en la nuca la fina cadena de oro.

—Puede que tal vez tenga la explicación —dice Julia a Else—. Pero es algo que debéis guardar para vosotros.

Addi le contó una vez que en la vida de la Künzel había habido un hombre. Era cantante, como ella, e incluso llegaron a actuar juntos. Ambos entonces eran muy jóvenes y estaban muy enamorados. Pero no salió bien: Sophia Künzel era obstinada y no quiso renunciar a su carrera. Al final él aceptó un contrato en otra ciudad y se casó con otra mujer.

—Pero la cosa no acaba ahí —cuenta Julia con una sonrisa—. Se intercambiaron cartas; él vino a Wiesbaden y se encontraron. Incluso subió a visitarla al piso de arriba.

—No lo creo. ¡Nos habríamos dado cuenta! —comenta Else indignada.

—Obviamente fueron muy cuidadosos —dice Julia, encogiéndose de hombros—. Solo Addi lo sabía.

—¡Es increíble! ¿Y tú crees que hace unos días ella fue a visitar a ese hombre…, que tuvo un encuentro secreto? ¡A su edad!

Julia vacila al contestar, Hilde hace rato que ha caído en la cuenta.

—Él debió de fallecer, mamá. Por eso ella enfermó y no quiso ver a nadie.

Else se reclina en su asiento y mira a su marido sin saber qué pensar. Heinz asiente con tristeza. Sí, debe de ser eso.

—Entonces seguramente asistió al entierro —murmura Else—. ¡Pero nos lo podría haber dicho!

—No es de las que abren su corazón a los demás, mamá —dice Hilde—. La conoces desde hace mucho.

—Sí, desde luego. Pero no sabía que tuviera tantos secretos —insiste Else—. Tuvo encuentros con un hombre. Y encima, casado. Y

pensar que nosotros siempre creímos que ella no quería tener nada que ver con los hombres.

—Cuando dos personas que se aman no pueden estar juntas, pero siguen unidas durante toda la vida, es algo muy especial —comenta Julia con tristeza—. Mucha gente no lo entiende, pero, para mí, un amor tan grande como este, que perdura sobre todas las cosas, es algo precioso.

—Solo te falta proclamarla santa —gruñe Else—. No, no me gusta nada… ¡Oh, vaya, aquí está nuestro Willi! Ven aquí, muchacho, mira quién ha venido a visitarnos…

A Willi le resulta un poco embarazoso que su madre lo llame a voces en el café, enseguida dirige unas palabras de disculpa a su compañera de mesa —¿es Diana Soltau, de nuevo?—. A continuación se levanta y se acerca con educación a la mesa de la familia.

—Eres toda una celebridad en Wiesbaden —dice Julia a modo de saludo—. Vi tus fotos en la columnata.

—Se hace lo que se puede… —se regocija Willi con la vanidad del actor.

Se sienta a la mesa y les habla de los papeles que va a representar en la próxima temporada; luego comentan el triste accidente que le costó la vida a su suegra.

Julia está al corriente, incluso asistió al funeral, y le pregunta cómo está Karin.

—Muy bien —afirma Willi—. Ha vuelto a rodar.

La conversación se interrumpe porque Jean-Jacques se une al grupo y saluda a Julia *à la française* con cariño. Giuseppe trae vino, y empiezan a hablar de Andi, que al parecer se ha acomodado muy bien en su acogedora habitación. Julia pregunta entonces por Mischa y se entera de que en Eltville esperan descendencia. Como ahora el ambiente en la mesa de la familia es animado, Hilde se levanta discretamente para sustituir a Ewald Deuss en el mostrador de los pasteles.

—Oh, no, señora Perrier —dice—, no se moleste, me quedaré un poco más. La señora Wemhöner es una persona tan agradable…

Hilde reprime una sonrisa. ¿Acaso el tímido Ewald siente algo por Julia? Bueno, mejor que no se haga muchas ilusiones. Entra en la cocina a preparar un par de pequeños tentempiés para la familia a fin de acompañar el vino; la puerta se abre tras ella. Quien entra entonces no es Giuseppe, sino Julia.

—Quería comentar una cosa a solas contigo, Hilde.

Ajá. Como sospechaba, Julia no ha venido al Café del Ángel por casualidad. Hilde coloca salami y jamón ahumado en una bandeja y saca algunos pepinillos de un tarro grande.

—Es sobre Luisa —comienza a decir Julia—. Imagínate. Me ha presentado su dimisión.

—¿Su dimisión? ¿Por qué?

Julia coge el cuchillo de cocina y empieza a cortar la parte superior de los pepinillos en finas rodajas de manera que parecen plantas verdes. Entretanto explica que todo eso ha sido culpa suya. Intentó forzar la felicidad de Luisa, la trató con demasiada dureza y a cambio ahora ha recibido su dimisión.

—Es una lástima —dice mientras decora con sus plantitas de pepinillo la bandeja de jamón y salami—. Luisa es una vendedora perfecta. Es lista y hábil, sabe organizar, no pierde la visión general y, además, es muy guapa. Me encantaría dejar en sus manos la gestión de una de mis tiendas. Pero dice que tiene que estar con su familia y que se retira.

—Bueno, es su decisión —dice Hilde con cautela— y eso deberías respetarlo, Julia.

Julia no lo ve igual. Según ella, todo eso es por culpa de Fritz, que está chapado a la antigua y que quiere tener a su esposa en casa. Pero también es por la mentalidad pequeñoburguesa de ambos: ¿qué tiene de malo contratar a una empleada doméstica?

—¿No podrías hablar con ella, Hilde? —le pide—. Yo he fastidiado todo ese asunto y necesito tu ayuda. No es solo por mí, también se trata de Luisa.

—Si ya ha dimitido, ¿qué puedo hacer yo?

Hilde saca varios quesos de la nevera y pone un paquete de palitos salados sobre la mesa de la cocina.

—Le dije que puede volver a trabajar para mí en cualquier momento —admite Julia—. Basta con que lo quiera. Tú podrías animarla a hacerlo, Hilde.

—Bien, la llamaré. Ahora mismo nos vemos poco, porque prácticamente nunca viene al café.

—Genial —se alegra Julia—. Sabía que me entenderías, Hilde. Coloco los palitos salados por aquí en medio, ¿no?

—Ahí, en el obrador, también hay uvas…

—¡Perfecto!

Regresan a la mesa del rincón cargadas con dos bandejas muy bien decoradas que reciben una bienvenida calurosa. ¿Acaso Julia pretende dedicarse al mundo culinario y abrir un restaurante? Ella se ríe alegre y dice que nunca se sabe lo que nos deparará el futuro y que hay que tener todas las opciones abiertas. Pasa aún un rato sentada con ellos hablándoles de sus viajes, toma algunas uvas y pide que la inviten al bautizo del recién llegado. Finalmente se despide, pero promete volver a dejarse ver por ahí y sale por la puerta giratoria. ¡Oh, Julia adora esa vieja puerta giratoria! ¡Le trae tantos recuerdos maravillosos!

En la mesa de la familia vuelve la calma. Willi se ha marchado, Jean-Jacques se levanta también para ayudar a Hilde en la cocina. Llegan los clientes de última hora del día y sirven vino y pequeños aperitivos; hay poca demanda de repostería, de todos modos Ewald Deuss ha terminado de trabajar. Entre bocadillos de queso y ensalada de patata con huevo, Jean-Jacques le habla de la agradable casera, la señora Könnemann, y de que Andi allí estará en muy buenas manos.

—Lo cuida con mucho afecto, *cette vieille dame*.

A continuación le explica que su Goélette va como un reloj y pregunta por Frank. Pero esta noche el chico entrena boxeo y no llegará a casa hasta tarde. Hilde comenta que August ya está repuesto y que puede encontrarse con él en el bufete. Sin embargo, su marido no capta la indirecta. Hasta ahora ha dicho que antes tiene que tratar la propuesta de Mischa con su cuñado August, pero que, por desgracia, este ha caído enfermo, así que aún no puede tomar ninguna decisión.

—Creo que para Mischa es importante saber a qué atenerse —insiste ella, al ver que su marido no dice nada al respecto—. Sobre todo porque con el hijo…

—¡Espera un momento, *attends! Qu'est ce qui se passe?* —la interrumpe Jean-Jacques y deja el plato de ensalada para ir al comedor.

Se oyen frases airadas en italiano. Giuseppe está de pie junto a la puerta giratoria, sosteniendo aún la bandeja con dos bocadillos de queso y media botella de vino tinto, y hablando en italiano con una joven vestida de oscuro.

—¡Oh, Dios mío! —Hilde gime en voz baja—. Esta debe de ser Valentina. ¡Ha venido, sin más! Tiene la maleta dentro de la puerta giratoria.

—Estamos de suerte, *mon chou* —murmura Jean-Jacques pasándole el brazo por los hombros—. Mamá y papá están arriba viendo la tele.

Como siempre, Hilde reacciona al momento y con energía. Se acerca a los dos, tira apresuradamente de Valentina hacia la cocina y le dice a Giuseppe que saque la maleta de la puerta giratoria.

—Por favor, será solo una noche —suplica la joven—. *Io sono stanca e malata*… Estoy cansada y me encuentro mal después de este largo viaje…

Hilde repara en que Valentina es muy pálida y que tiene una apariencia un poco aniñada y que, además, se defiende bien en alemán.

Jean-Jacques queda maravillado por ella y le dice que no hay problema, que Giuseppe puede acoger a un invitado en su piso durante unas semanas, que eso, al fin y al cabo, es lo que dice el contrato de alquiler. Cuando Giuseppe entra en la cocina con la maleta e intenta explicarse y asumir la responsabilidad, Jean-Jacques se limita a negar con la cabeza y manda a los dos arriba.

—Pero ¿cómo se lo explicamos a mamá? —pregunta Hilde nerviosa.

—*C'est mon truc* —responde él con calma—. Déjamelo a mí.

Karin

Esta tarde Willi vuelve a casa con alegría fingida.

—Hola, Karin. Hola, ricuras. ¡Papá ya ha vuelto!

Saluda a Karin con un beso apresurado y luego desaparece con los niños en la habitación de Nora. Allí juega y retoza con ellos y por último los acuesta. Pasa un buen rato a su lado, sentado en sus camitas, contando cuentos y leyendo en voz alta, y solo sale del cuarto de los niños cuando Karin enciende el televisor en el salón. A continuación permanece un buen rato encerrado en el cuarto de baño para luego entrar en la cocina y sacar un par de cosas de la nevera.

Karin espera. Se ha pasado toda la tarde debatiéndose entre la rabia y la desesperación, recriminándose a sí misma por haber estado tan ciega. Debería haberse dado cuenta hace tiempo, pero la idea de que Willi se pudiera enamorar de otra mujer le era tan lejana que simplemente no entraba en su imaginación. No ha sido fácil percatarse de ello, porque los niños la han tenido ocupada toda la tarde y una y otra vez la han sacado de sus cavilaciones. Con todo, se ha planteado si él lo decía en serio. ¿Ya no la quiere? ¿Quiere abandonarla a ella y a los niños para vivir con Diana Soltau? Le resulta difícil imaginar algo así. Pero ¿puede ella saber realmente lo que le pasa a él por la cabeza? Vives con alguien durante muchos años y crees que lo conoces bien. Y entonces, de pronto, te das cuenta de que ninguno de los dos sabe nada, en absoluto, del otro.

Debo hablar con él, decide al fin. Tantos secretos y subterfugios son detestables, no lo soporto. Quiero saber qué está pasando.

Willi, por supuesto, es consciente de que tiene que dar explicaciones porque debe de haber ido al Café del Ángel a recoger a los niños y le habrán dicho que ella ha pasado por allí al mediodía y se los ha traído a casa. Por esto él lleva toda la tarde esquivándola.

Pero, ahora que los niños ya están acostados, su plazo de gracia ha terminado. Karin apaga el televisor y va a la cocina.

Allí está Willi, sentado, bebiendo leche y comiendo biscotes. La viva imagen de la inocencia y la candidez.

—¿Has tenido un buen día? —pregunta ella con tono mordaz.

Él moja un biscote que ha mordisqueado en la taza de leche y sonríe. Desde luego, en el escenario Willi es un actor soberbio, pero en la vida real sus actuaciones son farsas burdas.

—Sí, Karin. Figúrate. Me he pasado el día dando vueltas por Maguncia y luego incluso por Frankfurt para encontrar esa maldita pintura protectora de la madera que necesitamos para el suelo…

Karin no está dispuesta a andarse por las ramas.

—¿Has ido con Diana Soltau?

Queda desconcertado. No contaba con que ella lo supiera.

—¿Diana? Pues sí, sí. Hemos ido juntos a Maguncia. Ha aceptado un papel de artista invitada allí y quería ir a un ensayo…

—En medio de las vacaciones de teatro.

Él toma un sorbo de leche y se aclara la garganta.

—En Maguncia, las vacaciones ya han terminado y se han retomado los ensayos —sostiene.

Karin pierde la paciencia. Aparta con rabia el paquete de biscotes de la mesa y se sienta delante él.

—¡Deja ya de mentirme, Willi! Sé que tienes algo con la Soltau. Es un secreto a voces, aunque yo, alma de cántaro, no me he enterado hasta ahora. Pero ¿qué te has creído?

Él se finge inocente y se indigna por esas acusaciones injustas. ¿Acaso el rodaje la ha sobrepasado y ha empezado a sufrir delirios?

—Diana y yo somos compañeros de trabajo. Nada más. Y sí, frecuento el Café del Ángel con ella. ¿Crees que haría eso si hubiera algo entre nosotros? ¿Delante de mis padres?

El argumento es plausible, pero ella no se cree ni una palabra. Hilde tiene ojos en la cara. Además, seguro que él hoy no ha estado en Frankfurt, porque el lasur se puede comprar en todas partes y encima tampoco lo ha traído con él. ¡Todo eso no son más que excusas!

—Quiero saber si lo tuyo con Diana Soltau va en serio —insiste—. ¿Quieres vivir con ella? ¿Separarte de mí y de los niños? ¡Si es así, por favor, dímelo ya para saber a qué atenerme!

Se la queda mirando como si fuera un bicho raro.

—¿Te has vuelto completamente loca? —Está enojado y agita las manos en el aire—. ¿A qué vienen estos disparates? Estoy por creer que eso del rodaje de películas no te sienta bien, es como si vivieras en las nubes.

—Estoy esperando una respuesta, Willi.

Se sienta delante de él, apoya los brazos en la mesa, y le clava la mirada. Él se aparta negando con la cabeza, y exhala profundamente.

—Escúchame, Karin —dice en voz baja pero firme—. Tú has decidido seguir con tu carrera cinematográfica, sin tenernos en consideración ni a los niños ni a mí. De acuerdo, debo aceptarlo. Pero es algo que no me resulta fácil, y por eso me alegra tener una compañera de trabajo comprensiva, como Diana, con quien puedo hablar.

—¿Así que ella es tu confidente y tu consuelo? ¡Estupendo! Algo solo platónico, ¿eh? A mí no me engañas, Willi Koch. Sé cómo son las actrices. Pero conmigo esto no funciona. No acepto rivales. ¡Es ella o yo!

—¿Me estás amenazando con… el divorcio? Pero ¿acaso has perdido la cabeza por completo?

—No te amenazo, Willi. Para nada —dice ella poniéndose de pie—. Pero para mí la fidelidad en el matrimonio es importante y hasta ahora creí que para ti también lo era. Si resulta que he estado equivocada en esto, voy a tener que pensar detenidamente si de verdad tú y yo podemos seguir viviendo juntos. Así están las cosas.

Abandona la cocina y vuelve a sentarse ante el televisor. Están poniendo una película norteamericana del Salvaje Oeste; las diligencias avanzan con estrépito por caminos rocosos; al fondo se ve una formación montañosa; unos indios con plumas yacen entre los arbustos con las armas dispuestas. Va dejando que las imágenes pasen por delante de ella mientras el corazón le late con fuerza. Se siente aliviada y, a la vez, infinitamente humillada. No, es evidente

que él no tiene ninguna intención de dejarla para irse con Diana Soltau. Su reacción se lo demuestra con suma claridad. Sin embargo, parece que él cree que puede jugar a dos bandas solo porque su esposa tiene una carrera cinematográfica y él se siente dejado de lado. Pues no, eso ella no lo piensa tolerar.

Willi se queda en la cocina. Cuando ella se acuesta, le oye metiendo ruido en el cuarto de baño, pero, en cuanto da por hecho que su marido pasará la noche en el sofá del salón, él abre la puerta del dormitorio y se acuesta a su lado sin decir nada.

Bueno, se dice Karin. Aunque está enfadada con él, es agradable sentirlo a su lado, vuelto sobre un costado para dormir y respirando profundamente.

Por la mañana tiene que madrugar, ya que toca rodar exteriores en la zona de Rheingau. Desayuna con los niños, que, por supuesto, están despiertos desde hace rato, y luego se asoma a su dormitorio. Willi no duerme, está tumbado boca arriba con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—¿Qué pasa? —le pregunta él con un gruñido.

—No quiero que Diana Soltau vuelva a entrar en nuestra casa —exige en voz baja para que los niños no la oigan.

—¡No seas ridícula!

—Lo digo en serio.

—¿Y quién se supone que va a tapizar la butaca?

—No me vengas con esas, Willi —sisea—. ¡Por mí, la butaca ya se la puede quedar, igual que esa tela suya de florecitas!

—¡Te has vuelto loca!

Se lleva el coche porque la pequeña localidad de Rheingau donde se realizará el rodaje no tiene un acceso fácil en tren. El depósito, como era de esperar, en reserva; Willi, por supuesto, no se tomó la molestia ayer de llenarlo. Repara entonces en un papelito arrugado tirado en el suelo, delante de los asientos traseros; lo recoge y lo despliega. Es una factura de la fonda Krone de Assmannshausen: dos almuerzos, café y una botella de Riesling de Rheingau. La fecha es de ayer. ¡Y una mierda Frankfurt! Airada, lee que Willi pidió escalope de ternera con ensalada y abadejo acompañado con verduras de temporada y que pagó una fortuna por ello. El vino

tampoco salió barato: el Krone de Assmannshausen es conocido por sus precios elevados. Alisa el papel y se lo guarda en el bolso a modo de prueba. Willi, el muy tonto, probablemente quiso tirarlo por la ventanilla, pero el viento lo volvió a meter en el vehículo. Mala suerte, Wilhelm Koch.

El rodaje de hoy es tedioso, la mayor parte del tiempo permanece quieta sin hacer nada con sus compañeros mientras se arregla el decorado, se prueban las luces y se preparan las cámaras. Al final, solo logran rodar una escena, pero el director tampoco está satisfecho con ella, así que mañana tendrán que empezar de nuevo. Cansada, conduce de vuelta a Wiesbaden, deja en Sonnenberg a una compañera que le había pedido que la llevara, y aparca en el patio del piso en la Rheinstrasse. Al llegar arriba, los niños corren a su encuentro y le cuentan entusiasmados que han ido al parque con su padre y que luego han ido a ver a los abuelos y a la tía Hilde en el Café del Ángel. Nora ha comido ensalada italiana y le han dejado tomar Coca-Cola; Stefan, en cambio, ha preferido comer dos salchichas con un panecillo y, luego, un trozo de tarta de chocolate.

—Después hemos ayudado a papá a pintar los muebles —cuenta Nora con orgullo.

Los niños, en efecto, tienen los brazos y las piernas salpicados de pintura de color celeste. Stefan le muestra ufano su futuro dormitorio, donde Willi sigue de rodillas en el suelo, limpiando con aguarrás las manchas de pintura del suelo de madera. Los muebles ya están pintados y solo falta que se sequen para poder hacer el cambio de habitación.

—El problema es que mi butaca aún no está lista, mamá —dice Stefan con pesar, señalando el mueble parcialmente tapizado en el salón—. Va a tener que venir de nuevo la tía Diana.

—No necesitamos a la tía Diana para eso —dice Karin con tono firme—. Podemos hacerlo nosotros.

Lleva a los niños a la cama y celebra con ellos la habitual ceremonia de lectura en voz alta. Al cabo de un rato, Willi se les une y cuenta una de sus historias inventadas.

Una familia de cuento, piensa ella. Es bueno no importunar a los niños con este asunto, pero si Willi cree que basta con hacer el papel de padre modélico y dejar todo lo demás tal como estaba, se equivoca. Karin va a la cocina para comer un tentempié y se encuentra un paquete que contiene un pastelito de nata y otro de moka.

—Mamá me lo ha dado para ti —dice Willi en tono alegre—. Dice que la nata es buena para los nervios.

Karin no está dispuesta a participar en la estrategia de reconciliación de Willi. Y menos todavía si le habla de supuestas atenciones por parte de su suegra.

—¿Qué le hace pensar que tengo mal los nervios? —pregunta ella con tono mordaz.

—No hemos hablado de eso —responde él, ofendido—. Ella solo lo ha dicho en términos generales. ¡No tergiverses cada palabra que digo, Karin!

—Entiendo, ¿y qué le has contado?

—¡Nada en absoluto! Y, además, tampoco hay nada que contar. Todo son fantasías tuyas.

Karin se enfurece. Se marcha a toda prisa al vestíbulo, saca el papel arrugado del bolso y se lo pone delante de las narices. Willi se lo queda mirando asombrado, entrecierra los ojos y luego le quita la factura de la mano.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba en el coche.

Él no dice nada. Es evidente que no se le ocurre ninguna buena excusa. Se sienta lentamente en una silla de la cocina y coloca el *corpus delicti* sobre la mesa frente a él.

—Escucha —comienza a decir en voz baja—. Te lo puedo explicar…

—Me muero de ganas de oírlo.

—Tú misma dijiste que, como agradecimiento, deberíamos invitar a un restaurante a los compañeros que nos han ayudado con la reforma. Y casualmente ayer se dio la ocasión, pues, de todos modos, íbamos hacia Maguncia…

—¡Oh, ahórrame esas historias! —comenta enfadada—. De haber sido tan inocente, no habrías tenido que mentirme, ¿no crees?

La puerta de la cocina se abre con un chirrido, Nora se asoma por la rendija de la puerta y mira a sus padres con los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Qué te pasa, cielo? —pregunta Karin—. ¿No puedes dormir?

—Stefan me ha quitado la almohada…

Deja a Willi sentado en la cocina y va a la habitación de los niños, logra que Stefan le cambie la almohada por un peluche, restablece la paz entre hermanos y arropa a los dos niños antes de apagar la luz.

Cuando regresa a la cocina, Willi sigue sentado en la silla.

—Muy bien —dice él—. Estuvimos en Assmannshausen y almorzamos en el Krone. ¿Acaso es un delito? No quise decírtelo porque te habrías enfadado…

Ella escucha en silencio cómo a él se le va yendo la fuerza por la boca. Es descorazonador y le entristece ver lo cobarde que es y que incluso ahora pretenda hacerla comulgar con ruedas de molino. Según parece, la situación surgió porque el ensayo en Maguncia se canceló con muy poca antelación y decidieron aprovechar el día que ya había quedado trastocado. Así pues, primero recorrieron un poco la orilla del Rin en coche, luego almorzaron y al final dieron un paseo. Según él, todo fue muy inocente, estuvieron charlando, y no hubo más.

En efecto, él llegó tarde, pero fue porque se le pinchó una rueda.

—¿Así que tuviste que cambiar el neumático?

Sacude el brazo, molesto, pero sabe que se ha metido en un berenjenal. Si cambió la rueda, entonces la pinchada tiene que estar en su sitio, debajo del maletero.

—Ya basta —Él pasa a la ofensiva—. No tengo ganas de someterme a un interrogatorio, como si estuviera ante un tribunal. Entre Diana y yo no hay nada. Y de haber habido algo, ahora ya se habría terminado.

Dicho esto, se levanta y entra en el cuarto de baño. Karin oye cómo abre el agua de la ducha y se queda pensando en esa curiosa afirmación. ¿Ha sido una confesión? ¿Y, a la vez, una promesa? De algún modo, ha sonado así.

«De haber habido algo, ahora ya se habría terminado».

¿De verdad le ha dado el pasaporte a la Soltau? Karin no sabe qué pensar, ¿lo dice en serio? ¿Debería en principio darse por satisfecha y esperar a ver qué sucede? ¿Mantenerse alerta, vigilarlo y confiar en que él entre en razón? Es deprimente tener que vivir ahora desconfiando continuamente. Si una amiga le hubiera contado algo así, le habría aconsejado en el acto que se divorciara de él. Quien es infiel una vez, lo es siempre. Pero tienen dos hijos y además, por desgracia, ella, a pesar de todo, quiere a Willi.

En los días siguientes todo parece ir de maravilla. Ella va en coche a los estudios y, cuando regresa a última hora de la tarde, los niños le cuentan contentos que su padre ha estado jugando con ellos todo el día. Que han comido helado, han jugado al minigolf, han cogido el tren hasta el valle del Nero y han ido a pasear por allí. La butaca ha desaparecido, pero Willi y los niños han comprado una silla de escritorio ajustable en una tienda de muebles. En dos años el niño empezará a ir a la escuela y va a necesitar un lugar donde estudiar. Karin se relaja: parece que él se esfuerza de verdad. Por las tardes se sienta con ella en el salón, le sirve pinchitos y vino y habla de los acontecimientos del día. Ha ido con ellos a la peluquería, se ha ocupado de la colada y ha cambiado las sábanas de las camas.

—La semana que viene terminan las vacaciones del teatro —dice —. ¿Cómo va tu rodaje?

La eterna duda. El rodaje ha resultado ser más difícil de lo esperado; no solo hay problemas de iluminación, sino que el propietario de la tasca de vinos pone impedimentos y cada vez que hay que mover el mobiliario por razones técnicas monta un escándalo terrible. Probablemente necesitarán al menos otra semana, y parece que habrá que volver a rodar algunas escenas en Wiesbaden.

—Llamaré a Swetlana —dice ella—. Si está de acuerdo, yo le llevo a los niños por la mañana y tú los recoges cuando termines el ensayo.

—De acuerdo —dice él satisfecho—. Cuando la escuela empiece de nuevo, todo será más fácil porque entonces Stefan ya podrá ir a

la guardería.

Ella está atónita. ¡Willi ha conseguido una plaza en la guardería para Stefan! En la guardería protestante que hay junto a la Marktkirche, precisamente donde hace semanas le dijeron que la lista de espera era larga y que probara en otro sitio.

—¿Cómo lo has logrado?

Willi sonríe orgulloso.

—Por enchufe, se podría decir. Se lo mencioné brevemente al director de coro Firnhaber y él me aconsejó hablar con la directora de la guardería, una tal señorita Kaulbach.

El encanto de Willi se encargó del resto. La señorita Kaulbach tiene algo más de cincuenta años, es viuda de guerra y está volcada por completo en su labor de educadora de los más pequeños. Sin embargo, también es una apasionada espectadora de teatro, ha visto muchas veces a Willi actuar en el escenario, y las entradas gratis que le prometió lograron el resto. En la lista de espera Stefan Koch pasó discretamente de ocupar el puesto cuarenta y tres al número uno.

—Justo no es —comenta Karin algo vacilante.

—Pero si se hace en todas partes… —la tranquiliza Willi.

En todo caso, es muy práctico. En cuanto Stefan se haya situado un poco, incluso podría ir él solo al Café del Ángel por la tarde, donde luego Karin o su padre lo recogerían.

—¿Lo ves? —le dice Karin con una sonrisa—. Todo se puede organizar. Ninguno de nosotros tiene que renunciar a su trabajo por los hijos.

Él asiente, lleva los platos a la cocina e incluso los enjuaga un poco con agua fría. Más tarde, cuando ya están en la cama, tiende el brazo hacia ella con delicadeza y le acaricia el cuello. Ella lo acepta, se vuelve hacia él y hacen el amor. Después de que durante un tiempo ella lo rechazara, este encuentro es íntimo y apasionado y, cuando luego se va adormeciendo en sus brazos, piensa que todo vuelve a estar bien en el mundo.

Por la mañana se levanta en silencio para no despertarlo y, como de costumbre, desayuna con los niños para darle un tiempo de gracia antes de que el par de granujillas pasen al ataque. Al

montarse en el coche, recuerda de pronto que Swetlana le comentó que en verano se irían de vacaciones. ¡Oh, no! Si es así, entonces no podrá hacerse cargo de los niños. Será mejor que pase un momento por el Café del Ángel, seguro que a esta hora la encontrará, porque es cuando lleva la sopa a la cafetería. De este modo podrá aclarar enseguida esta cuestión.

El tráfico matutino en el centro de la ciudad vuelve a ser atroz, pero ella puede utilizar el aparcamiento del teatro porque Willi es miembro de la compañía. Divisa el coche de Swetlana en el patio del café. ¡Fantástico! En el café no hay mucho ajetreo, solo la señora Künzel, que vive en el piso superior del edificio, está comiendo jamón y huevos duros servidos en vaso mientras lee el periódico. Parece que Else y Heinz aún no se han levantado. En la cocina, Hilde, Swetlana y Giuseppe charlan animadamente.

Giuseppe habla una mezcla de alemán e italiano y agita las manos en el aire con un gesto de impotencia.

—Le dije que no viniera. Pero… ella no escucha. *Cosa fare*… ¿Qué debo hacer?

Deja de hablar en cuanto Karin entra; Hilde y Swetlana también la miran con curiosidad.

—Buenos días. Espero no interrumpir…

—Para nada —dice Hilde con una alegría nerviosa—. Solo estamos manteniendo una pequeña reunión estratégica porque ayer llegó Valentina, la hermana de Giuseppe.

Karin no sabía que Giuseppe tuviera una hermana, y en este momento no le interesa gran cosa; ahora mismo tiene sus propias preocupaciones.

Pregunta si Swetlana podría cuidar de los niños la semana próxima. ¿O acaso se van a ir de vacaciones?

—¿Los niños? —exclama Swetlana—. Sí, puedes traerme al pequeño Stefan y a la bonita Nora. Me gustará mucho porque me paso sola todo el día. Sina se acercará en autobús a casa de Petra, y luego ellas y Marion irán a la piscina. Pero a mí no me gusta nadar en las frías aguas alemanas…

—¿Qué tienes tú en contra de las aguas alemanas? —pregunta Hilde con asombro.

—Nada de nada. Adoro Alemania. Es mi segunda patria. Pero yo quería ir de vacaciones con Sina y August a Italia y bañarme en el Mediterráneo. Y ahora August va y me dice que cancela las vacaciones porque tiene que trabajar.

—Lo siento —dice Karin—. Es duro cuando te has hecho tantas ilusiones de ir de vacaciones. Y ahora voy yo y te endoso a mis hijos…

—No, no, Karin —dice Swetlana asiéndole la mano con cariño—. Tú tráeme a Stefan y a Nora: así tendré un motivo para estar contenta. Estar sola en casa, únicamente acompañada por la señora Wegener, que limpia por todas partes, es de lo más triste.

—Creo que solo será por una semana. Cuando termine la película, voy a estar un tiempo en casa…

—Vaya, pues, qué bien —dice Hilde con tono sarcástico—. Así al menos este problema está resuelto. Oye, Karin, aguarda un momento. ¿Por qué no te llevas la chaqueta de Willi? Ya se le ha olvidado dos veces. Apuesto a que la próxima vez se la vuelve a olvidar ahí colgada, ya sabes lo despistado que es.

¡Señor! Su americana celeste de verano. Hacía tiempo que se preguntaba dónde estaría. Se cuelga la prenda del brazo y se despide a toda prisa porque debe partir. Aún hay un largo trayecto hasta el lugar de rodaje.

Al llegar al aparcamiento del teatro, inclina el asiento del conductor y coloca la americana sobre el asiento trasero. Al hacerlo, del bolsillo del pecho se desliza algo brillante y plateado, que rueda sobre la tapicería, cae al suelo y desaparece debajo el asiento. ¿Una moneda tal vez? Pasa la mano por debajo del asiento y palpa un objeto parecido a un botón. Atónita, se da cuenta de que es un pendiente de plata con cierre de clip. Un bonito diseño de hilos entrelazados de plata que sujetan una brillante piedra azul en el centro.

En la calidez de la luz del sol, la recorre un escalofrío glacial. Willi no lleva pendientes, no hay duda. Entonces ¿cómo ha acabado esa joya en su bolsillo?

Luisa

La casa tiene un aspecto terrible. Todos los muebles se han desplazado al centro de las estancias para despejar las paredes; Luisa ha tapado los objetos delicados con telas y papel de periódico, pero el polvo blanco se cuela por todas partes. En las paredes se han abierto rozas, los cables viejos se han retirado y se han instalado los nuevos; y durante varios días solo han podido encender la luz o hacer funcionar la lavadora con un generador. Por fin mañana van a instalar la nueva caja de interruptores.

De todos modos, está contenta de que Fritz consintiera por fin esta obra porque era realmente algo urgente.

—No había visto nunca nada igual —le había comentado el señor Brunner, el electricista, sacudiendo la cabeza mientras sostenía ante ella un manojo de cables marrones y chamuscados—. ¿Quién hizo esta instalación? Un profesional no fue, esto está claro.

—Debió de ser el propietario anterior —respondió ella acongojada —. La casa se construyó justo después de la guerra, entonces se echaba mano de lo que se tenía.

—En fin —dice el operario con tono apaciguador—. Ahora lo haremos como es debido. Cuando terminemos, dispondrá de un cableado impecable que le durará los próximos cincuenta años.

Por desgracia, se han producido también pequeños contratiempos, porque el anterior propietario tampoco colocó las tuberías de agua de acuerdo con la normativa. Al hacer las rozas en la pared de la cocina para la nueva instalación eléctrica, se dañó una tubería del agua y el operario tuvo que hacerse primero con un equipo de soldadura para sellar el agujero. Por deferencia, sus dos aprendices se aplicaron con esmero en fregar el extenso charco que se formó.

—Es posible que afecte también un poco a las paredes, pero no es grave. Estamos en verano. Mejor dejen las ventanas abiertas y así se

secará en un santiamén.

En estas circunstancias, le han informado de algo que Luisa ya hacía tiempo que sospechaba: las tuberías de agua también están en mal estado. Seguramente el anterior propietario las compró en el mercado negro. Es para echarse a llorar. Al ver el presupuesto del electricista tuvo que tragar saliva: esa obra agotará buena parte de sus ahorros. Quizá en un piso su vida sería más fácil y menos cara. Pero eso es impensable: Fritz no renunciaría jamás a su casita con jardín.

De momento, su marido está feliz y contento. Cuando ella ha llegado a casa después de entrevistarse con Julia Wemhöner y le ha contado cómo había terminado todo, él la ha consolado con un abrazo: «¿Lo ves, cariño? —le ha dicho—. Ha sido la decisión correcta. Es evidente que al cabo de poco te habrían despedido de ese salón de moda. Ahora cobrarás el finiquito y luego solo te dedicarás a mí y a nuestras hijas. Créeme, más adelante te alegrarás de haber cumplido con tu deber de madre y esposa».

Ella no ha objetado nada, aunque de ningún modo eso la hace sentir reconfortada, sino más bien contrariada y profundamente decepcionada. Jamás hubiera imaginado que Julia Wemhöner fuera una empresaria tan dura e inflexible. Pero sin duda la había juzgado mal porque, a fin de cuentas, hacía mucho tiempo que se conocían. Hubo un tiempo en que había visto a Julia como una amiga amable y generosa que la trataba casi como si fuera de la familia. Ahora sabe que estaba equivocada. Julia Wemhöner, la propietaria de Elegancia para la Mujer de la Kirchgasse, es una persona fría y calculadora, que solo piensa en su propio provecho y en la prosperidad de su negocio. ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta hasta ahora? ¿No le pidió Julia al emplearla como costurera que, en lugar de llamarla por su nombre la tratara como señora Wemhöner? Se lo pidió de forma amistosa: no le parecía apropiado respecto a las demás empleadas, e incluso podría dar la impresión de que Luisa era su protegida. Ella, claro está, estuvo de acuerdo y no le concedió más importancia. Pero desde luego aquel había sido un indicio claro.

No se siente solo decepcionada. Cuantas más vueltas le da a esa conversación, más enojada está. ¿Por qué Julia sostiene que si Luisa pasa a trabajar media jornada va a tener que contratar a otra persona? Antes lo hacía y la tienda funcionaba sin problema. Luego, hace poco, Julia le prometió que dos días a la semana podría trabajar solo por las mañanas, pero ahora de pronto le dice que no le sirve que ella solo trabaje media jornada. Y sin más, ¡la echa a la calle! Puede que Fritz tenga razón cuando dice que de todos modos Julia Wemhöner quería deshacerse de ella. De ser así, su petición de trabajar a media jornada fue una excusa muy bienvenida para obligar a dimitir a esa molesta empleada. Oh, es decepcionante cuando alguien a quien tienes en alta estima resulta ser de este modo. En todo caso, ella, con Julia Wemhöner, cruz y raya; no le puede perdonar esa maldad.

Fritz, por su parte, ahora está completamente feliz: ayuda en las tareas domésticas y procura además hacerle todo tipo de favores. Se encarga de la compra y nunca se olvida de traerle una tableta de chocolate o una caja de bombones; también tiende la ropa; corta la leña para la cocina y pone la mesa en el jardín, ya que suelen comer al aire libre. Procura, eso sí, pasar el menor tiempo posible dentro de la casa porque el polvo fino no es bueno para sus ojos.

—Luego lo veo todo como a través de una cortina de humo —le explicó.

—Hace tiempo que deberías volver al oculista, Fritz —le advirtió ella preocupada—. De hecho, dos veces al año deberías ir a revisión.

Pero cuando ella empieza con este tema, él no le hace caso. La vista está bien y, además, ahora que ya se han terminado las vacaciones del teatro se van a retomar los ensayos. No tiene tiempo para pasarse horas en la sala de espera del oftalmólogo.

Las niñas siguen disfrutando de sus vacaciones. Sina viene en autobús casi todos los días y trae a Laika con ella; entonces alborotan un poco por el jardín y Fritz les tiene que amonestar para que no pisen los arriates de verdura. La chica ha llegado con una tienda de campaña que su madre compró hace años; las tres se meten dentro, se dan un festín con las pastitas y los dulces que Swetlana le da generosamente a su hija y entonces se dan cuenta,

con horror, de que tienen hormigas. Así que hay que desmontar la tienda y levantarla de nuevo en otro sitio. De vez en cuando, Fritz da un poco de dinero a sus hijas para que vayan a la piscina con Sina. En estos casos Laika tiene que quedarse en el jardín, y eso es algo que a la perra no le gusta nada.

—Ya lo ves, Luisa —le dice Fritz a menudo —, desde que estás en casa, Marion ha cambiado mucho para mejor. Ya no se da esos aires de grandeza, se comporta como es debido y juega alegremente con Sina y su hermana.

Luisa no es tan optimista. Es cierto que Marion va con las otras dos chicas, pero solo debe de ser porque no le queda otra alternativa. Ir sin más por la tarde a la ciudad, como hacía antes cuando no estaban sus padres, ya no es posible, y sus amigas de clase se han ido casi todas con sus padres de vacaciones. Así que se resigna a lo inevitable: siempre es mejor hacer algo con Petra y Sina que quedarse sola sin hacer nada.

Hoy Sina acude a Luisa con una petición.

—Me gustaría comprarme un vestido y tal vez también una falda, tía Luisa. Pero preferiría que me acompañaras porque tú… tienes buen gusto.

Su padre le ha dado dinero para que se compre algo que le guste. Luisa está atónita: al parecer es verdad, la niña se ha impuesto a su madre. Bueno, es comprensible. Por desgracia, el gusto de Swetlana es muy peculiar. Luisa le tiene mucho aprecio, de ahí que de vez en cuando le haya sugerido de forma indirecta que tal vez Sina podría ir vestida de forma menos pomposa y más actual, pero en esas ocasiones Swetlana ha hecho como quien oye llover.

—Me encantará —le dice entonces a Sina, que la mira expectante —. Los de las obras terminarán a las cinco, luego podemos marcharnos.

Petra no quiere acompañarlas. La ropa no le interesa, y ahora que los trabajadores se han ido y ya no hay ruido, podrá volver a tocar el piano. Pero Marion deja claro enseguida que ella quiere aconsejar a Sina, porque sabe exactamente lo que hoy en día llevan las chicas.

Luisa al final se lo permite, aunque anticipa problemas. Marion, por supuesto, pensará primero en sí misma; siempre tiene caprichos y con toda certeza esperará que Luisa le compre algo bonito también. Sin embargo, como la fecha de vencimiento de la abultada factura del electricista se acerca y ya no se puede contar con los ingresos de Luisa, va a tener que guardar bien su dinero.

No se equivocaba: en C&A Marion se abalanza sobre las minifaldas de verano, pero luego mira vestidos con Sina y lo que le propone no está nada mal. Colores suaves, prendas de corte ajustado, pero suelto y sencillo.

—Pruébate esto, seguro que te quedará bien.

A Sina le incomoda tremendamente entrar en un probador y cambiarse ahí de ropa. Pero como para Marion es de lo más normal y ella también se prueba cosas, le resulta más llevadero. Al cabo de un rato, Luisa decide no interferir y dejar hacer a las chicas. La verdad es que Marion tiene buena mano: sabe lo que su rolliza amiga puede ponerse y lo que ni siquiera se debería probar. Y Sina, por lo común tan cerebral, confía en el criterio de Marion y escucha atenta lo que le dice su guía ante el espejo.

—Este tiene pinta de anticuado, mejor no te lo quedes. El otro, el azul, es genial. Con él te puedes poner también unas medias hasta la rodilla, que es como se llevan ahora. Dejémoslo de momento aquí y vayamos antes a Peek & Cloppenburg. Si allí hay algo mejor, lo compramos…

Luisa se da cuenta de que Marion ha ido a menudo a los grandes almacenes y seguramente se ha probado ropa. Su hija se encamina con aplomo a las escaleras mecánicas de Peek & Cloppenburg y las lleva al departamento de Ropa para la Mujer. Allí, ella examina con Sina los colgadores y los expositores, elige con cuidado y luego se prueban las prendas.

—Podríamos ir también al Hertie, pero ya son más de las seis y, de todas formas, solo tienen cosas aburridas. ¿Qué te parece, Sina?

—Creo que me quedaré con el vestido azul y ese otro estampado que puedo llevar con una blusa blanca… —dice Sina vacilante.

—Y además, la falda con el jersey… —añade Marion—. Tienes que comprártela, Sina. ¡Es que es una maravilla!

Luisa siente que está de más. Las chicas eligen dos vestidos de verano, una falda gris con un jersey de manga corta a juego, medias hasta la rodilla y una blusa blanca lisa. Susurran un poco entre sí, Marion dice que no con la cabeza, Sina insiste y al final Marion parece ceder. Luisa acompaña a las niñas a la caja y teme que el dinero de Sina no le baste, pero entonces comprueba que August le ha dado a su hija trescientos marcos. Incluso le sobra dinero.

Mientras se encaminan hacia la salida cargadas con sus bolsas, se anuncia por megafonía que los grandes almacenes van a cerrar en unos minutos y se pide a los clientes que se marchen.

—Cuando empiece el cole de nuevo, todo el mundo va a quedarse muy sorprendido —le dice Marion a Sina—. La ropa nueva te queda realmente bien.

Sina está radiante.

—Gracias por ayudarme, Marion.

—No es nada —responde la chica con tono despreocupado. Pero Luisa se da cuenta de lo orgullosa que está. Salta a la vista que a Marion le sienta bien que Sina, que es tan inteligente que se ha saltado un curso en el instituto, la admire y la valore. ¿Quizá estaría bien que su hija fuera a la escuela de moda al terminar la Secundaria? ¿Tomar tal vez el camino que a su madre se le negó? Bueno, aún es pronto para pensar en esas cosas; antes Marion tiene que terminar la primaria.

En el autobús, las chicas se sientan juntas y hablan. Entonces Marion ve a un compañero de clase que se levanta de inmediato y se acerca a las dos. Por lo que Luisa puede entender, hablan de los profesores, la piscina y de otro compañero que quizá tenga que repetir. El chico emplea un lenguaje algo grosero, pero por lo demás parece un buen chico. Sin embargo, solo tiene ojos para Marion; a Sina, que está sentada a su lado, no le presta la menor atención.

En la casa de Bierstadt aguarda Swetlana, que viene a recoger a su hija y a la perra. Tiene la manguera en la mano y está regando el césped, que se ha resentido mucho de la falta de agua. ¡Está usando agua del grifo, con el dinero que cuesta!

—¡Aquí estáis! —exclama—. Mira, he regado el césped, en mi casa el jardinero lo hace a diario porque está todo demasiado seco. Sina,

rápido, métete en el coche. La cena ya está lista. ¿Dónde se ha metido Laika? Debo limpiarle esas patas tan sucias…

No dice nada de las bolsas que lleva Sina. La chica se acomoda en el coche con sus tesoros sin hablar de ello todavía y espera a que Laika pase a su lado en el asiento trasero ya con las patas limpias. Se despide de Marion y Luisa agitando la mano mientras se alejan.

—Ahora va a tener que enseñarle a su madre la ropa nueva y esta le va a quitar la alegría —comenta Marion con simpatía—. ¡Me alegro, mamá, de que no seas tan exigente como la tía Swetlana!

—Créeme que me cuesta un esfuerzo —bromea Luisa—. ¡Oh, Marion! En la puerta del jardín hay otra bolsa, se la han olvidado.

—No. Es una falda que Sina ha comprado para mí.

Luisa se escandaliza. ¿Cómo es posible que Sina se haya gastado su dinero en Marion? ¿Acaso su hija se lo ha pedido?

—Noooo, mamá —se defiende Marion—. Yo no quería eso, ella lo ha hecho sin más. Porque esa falda le parece genial y ella no se la puede poner. Pero le he dicho que coma menos, que así adelgazará y podrá llevar minifaldas.

¡Ay, Dios mío!, se dice Luisa. Esa niña lo va a pasar muy mal, porque Swetlana, movida por su desbordante amor maternal, colma constantemente a su hija de alimentos altos en calorías. Es un milagro que August siga estando tan delgado a pesar de esa dieta.

Los días van pasando con mucho quehacer. Los operarios han terminado la obra, la casa ya tiene electricidad y Luisa ha aprendido el funcionamiento de la nueva caja de fusibles. Compra papel pintado y pintura para tapar las rozas enmasilladas, luego tiene que limpiar y quitar el polvo a fondo antes de volver a colocar los muebles. Fritz ahora también la apoya y la ayuda en lo que puede; las niñas se encargan de algunas tareas y de este modo las estancias se van terminando una a una. Incluso el frigorífico y la cocina eléctrica, que ella ya había dado por perdidos, vuelven a funcionar.

—Gracias a Dios —dice Fritz, cuando también el salón queda amueblado—. Ahora ya podemos volver a sentirnos a gusto en

nuestro nidito.

—El problema es que no tenemos televisión —comenta Marion.

—Ni tocadiscos —añade Petra—. Así podríamos comprarnos todos los conciertos para piano de Beethoven.

Fritz no se enfada, de hecho incluso suelta una carcajada y dice que tener un tocadiscos no sería una mala compra. Él ya lo había pensado. Hay unas grabaciones excelentes del director Herbert von Karajan, quien tiene un concepto de la música muy semejante al suyo. Pasa mucho rato sentado en el salón practicando sus partes en las óperas modernas. Luisa niega con la cabeza al ver que, a pesar de que es agosto y luce un sol radiante, su marido ilumina con una lámpara las partituras para verlas mejor.

—Es por culpa de las cortinas, Luisa. Quitan mucha luz, por esto necesito la lámpara.

—Pero si he corrido las cortinas a un lado…

De vez en cuando, Petra lo acompaña con el violín. Entonces suena de un modo por completo distinto; al parecer ese compositor moderno no es un problema para Petra. Ella interpreta con nitidez y claridad piezas que su padre practica con tesón y que, sin embargo, no logra dominar.

—Esto es un sostenido, papá. Y ahí delante hay doble bemol. Se tiene que tocar así.

Los papeles se han invertido, piensa Luisa consternada. Ahora la hija es la profesora, y el padre, el alumno. Lo curioso es que Petra solo practica violín de vez en cuando: la mayor parte del tiempo se lo pasa al piano o componiendo. ¿Es posible que a Fritz le cueste tanto asimilar las cosas nuevas por culpa de la vista? Sin embargo, él sostiene que está perfectamente. Entonces ¿cómo es posible que no vea los accidentes de las notas? Va a tener que llevarlo al oculista, Fritz es como un niño, hay que llevarlo de la mano. Mañana llamará a la consulta y pedirá cita.

Pasan los últimos días de las vacaciones en buena armonía. Se levantan tarde y desayunan juntos en el jardín; luego, Fritz va a ensayar y Luisa se pone a trabajar en casa mientras las chicas salen

con Sina y Laika. Desde luego, la casa está bastante atrasada porque, con su trabajo en el salón de moda, a ella no le quedaba mucho tiempo para ocuparse de las tareas domésticas. Hay que blanquear y planchar bien las camisas de Fritz; el traje oscuro que lleva en las actuaciones tiene rozaduras en los bajos del pantalón, que ella hábilmente remplaza con una tela adecuada. La ropa de las niñas también necesita remiendos; puede arreglarle a Petra las prendas que a Marion ya no le sirven. Los zapatos necesitan un buen lustre y hace tiempo que no revisa algunos cajones. ¡Qué agradable es pasear por el jardín por la mañana y hacer un vistoso ramo de flores que luego coloca en el salón! No, no se aburre, tiene una vida plena: cuida de sus hijas y de su marido, procura que la casa esté bonita y cada día cocina un almuerzo como es debido. Atrás quedan los tiempos en que Petra y Marion tenían que llevar encima la llave de casa y comer sopa recalentada al mediodía o incluso cocinarse algo.

Al final del día, los cuatro se sientan a la mesa y juegan a las cartas o al Monopoly; a Fritz no le gusta mucho, pero participa de buen grado. Y cuando las niñas dan las buenas noches y suben a su cuarto, ella se sienta a la máquina de coser mientras Fritz lee un libro. Él fue a la consulta del oculista y, según le contó con alegría, el médico dijo que todo estaba en orden.

—Me gusta tenerte junto a mí, cariño —le dice con ternura rodeándola con el brazo—. Cuando empiecen las representaciones de septiembre, compraré entradas con descuento para ti y las niñas para que vayáis al teatro. Por lo demás, en casa tienes mucho que hacer, ¿no?

Por supuesto. Es una vida agradable. Las prisas diarias por llegar puntual al trabajo, coger el autobús a tiempo, hacer la compra antes de que cierren las tiendas para poder preparar el almuerzo del día siguiente…, todo eso se ha acabado. Por la noche ya no se desploma en la cama rendida, ni tiene que preocuparse por si al día siguiente va a tener que avisar de que va a faltar al trabajo porque una de sus hijas ha caído enferma. Con todo, hace falta dinero para la familia. Sin embargo, eso no lo es todo. Fritz tiene razón: sus hijas, su

marido… Esas son las verdaderas tareas que la vida le ha encomendado y que ella ahora por fin puede atender.

Solo a veces, cuando está despierta por la noche, se pregunta cómo irán las cosas en Elegancia para la Mujer, si Julia habrá contratado a una buena empleada, cómo se llevarán sus compañeras con la nueva chica, y si Barbara no la echará de menos. Se acuerda entonces de cuando soñaba con diseñar ropa y viajar a Londres y París con Julia. Siente una punzada en el corazón cuando le vienen a la cabeza esos pensamientos, por eso se levanta para servirse un vaso de leche en la cocina.

Qué estúpida soy, se dice mientras bebe la leche. La luz funciona, la nevera está en marcha y su familia duerme plácidamente en sus camas: tiene todos los motivos para sentirse feliz y contenta.

Poco antes de que terminen las vacaciones es el cumpleaños de Fritz. No es un aniversario señalado, cumple cuarenta y seis años, pero a ella le parece que deberían celebrarlo como es debido. Swetlana y Sina vendrán a tomar café; ha invitado también a Benno Olbricht y al director de coro Firnhaber. Pasarán un rato agradable charlando, comerán pastel hecho en casa y luego tocarán un poco de música. Petra ha preparado las partituras. Los músicos quieren probar a tocar dos cuartetos para cuerda y piano de Brahms y Schumann; Firnhaber se encargará de la parte del piano.

Hoy excepcionalmente llueve. Para Fritz esto es una buena señal, porque el jardín necesita agua con urgencia. Swetlana aparece con una gran tarta de nata, regalo de Hilde y sus padres desde el Café del Ángel, que va acompañada además de una sentida carta de cumpleaños. Swetlana le ha comprado a Fritz una camisa con corbata a juego, una caja de bombones colorida y una manguera de jardín nueva, ya que la vieja le pareció que estaba bastante quebradiza.

—¡Qué mesa tan bonita has puesto, Luisa! —exclama contenta—. Y las frambuesas del jardín que lleva la tarta saben cien veces mejor que las compradas en la tienda. Oh, que bien cuando la mujer está en casa y no trabaja. Entonces todo está bonito y magnífico.

Sina lleva el vestido azul que compró con Marion y se ruboriza avergonzada cuando el director de coro Firnhaber dice que tiene la

apariencia de una «señorita». Naturalmente, ha escrito un poema de cumpleaños que recita y que recibe grandes aplausos, aunque es muy literario y va sobre mensajeros de los dioses y reinas del cielo.

—Dame eso —anuncia Petra con la boca llena—. Mañana le pondré música. Y, cuando sea el cumpleaños de tu padre lo interpretaremos.

Música es la palabra clave; tras haber comido generosas raciones de pastel, los hombres y Petra se despiden para dedicarse a los cuartetos de piano en la habitación de Petra en el primer piso. Swetlana, Marion y Luisa recogen la mesa. Luisa lava los platos, Swetlana y Sina los secan y Marion lo guarda todo en los armarios y cajones. Mientras lo hacen, hablan y ríen mucho. Swetlana habla de su infancia en Rusia, de la cálida y alegre cocina de su abuela; Marion pregunta si entonces también tenían radio; Sina encuentra una mancha en su vestido nuevo, pero Luisa logra quitársela con agua tibia y jabón de bilis.

—¿Has visto lo que se compró? —pregunta Swetlana en cuanto las niñas se van al salón—. Un horrible vestido azul, de vieja. No entiendo cómo a las chicas jóvenes les puede gustar eso…

—Es solo que tienen un gusto distinto al nuestro —dice Luisa con tono diplomático—. Pero lo más importante es que a Sina le guste, ¿no?

Swetlana no opina lo mismo. Cree que Sina parece de familia pobre, pero, por desgracia, August no la apoyaría en esto, como sí haría un buen padre. Luego se lamenta con amargura de que su marido ha vuelto a su antigua obsesión por el trabajo y que incluso ha cancelado las vacaciones que le había prometido. Luisa la consuela diciéndole que Fritz ahora ha retomado los ensayos y que en breve tendrá que tocar con la orquesta casi todas las noches.

—Ay, pobre —suspira Swetlana—. Y ni siquiera tienes televisión. ¿Qué haces por las noches?

—Oh, coso y escucho la radio. A veces, también leo o dibujo prendas que se me ocurren. Solo por diversión, claro…

—Eres una mujer de muchos talentos —suspira Swetlana—. Yo solo sé cocinar. Tal vez sea una mala esposa…

—¡En absoluto! ¡Cocinar es todo un arte, Swetlana!

La velada toca a su fin. Hacen bajar a los músicos y les sirven algo de vino y tentempiés, charlan un rato y luego los invitados se despiden. Swetlana acompaña en coche al director de coro Firnhaber; desde hace un tiempo Benno Olbricht tiene un Opel Kadett, cuyo asiento posterior ha retirado para poder transportar el violonchelo.

—Muchas gracias por este día tan bonito —dice estrechando la mano a Luisa—. Ahora los cuatro tocaremos más a menudo en cuarteto, es algo que nos gusta mucho. Además, en cuanto finalice esta última temporada con la orquestra, Fritz tendrá más tiempo para la música de cámara.

Luisa lo mira desconcertada.

—¿Su… última temporada? —pregunta—. ¿A qué te refieres, Benno?

Benno Olbricht se incomoda y se frota la frente.

—Me temo que he hablado de más. Vaya, lo siento. Fritz, ¿todavía no se lo has dicho a Luisa?

Fritz parece turbado, luego sonríe inseguro y dice:

—No pasa nada, Benno. Hasta mañana. Conduce con cuidado, amigo.

En cuanto vuelven a estar solos le confiesa a Luisa que le han anunciado su despido a partir del 1 de julio del año próximo.

Swetlana

Es una mala madre. Una mala esposa. ¡No sabe hacer nada bien! Haga lo que haga, todo le sale mal. El ropero de Sina rebosa de vestidos, blusas, faldas y conjuntos bonitos y caros. En el desván guarda un sinfín de cajas con ropa que a Sina le queda pequeña. También almacena allí sus juguetes, un número incontable de muñecas y peluches, y la cocinita. Sina ya no quiere ninguna de esas cosas, solo se ha quedado con algunos peluches y dos de esas horribles muñecas Barbie; por lo demás tiene la habitación repleta de libros. ¿Y qué se pone? Solo la ropa que ella misma se ha comprado.

—Sina es una adolescente —dijo la señora Wegener el otro día cuando Swetlana le contó sus penas—. Señora Koch, todas andan igual. Es completamente normal. Mi nieta se pone incluso esas faldas pantalón cortas que apenas tapan el trasero. Mi hijo se la trajo de Inglaterra. ¿Qué se puede hacer?

—¿Qué se puede hacer? —Swetlana preguntó irritada—. ¡Prohibirlo! Es un escándalo que una jovencita ande por la calle con el trasero al aire. Es un pecado. Y, además, cogen frío. Provoca cistitis.

—Bueno, debajo lleva braguitas —dice la señora Wegener encogiéndose de hombros—. Yo en esto no me meto. Si la nuera lo permite, ¿para qué meterme en líos?

—¡Pero yo no permito estas cosas! —objeta Swetlana—. La minifalda es para las mujeres de la Kaiserstrasse de Frankfurt, pero no para una jovencita decente de buena familia.

—Bueno. De todos modos, los vestidos que se compró Sina no son tan cortos —la tranquiliza la señora Wegener.

Pero son horribles, piensa Swetlana. El corte de los vestidos es como de saco y la falda es gris, igual que el jersey. Ah, ella odia el

gris. Le recuerda las ciudades arrasadas después de la guerra; el atroz viaje de Sverdlovsk a Alemania; su piso estrecho en el casco antiguo, en el que las paredes y el suelo eran gris sobre gris. ¡Cómo añoró entonces los colores alegres! Y ahora Sina quiere llevar ropa gris.

¿Y qué dice August? Es increíble. Miró a Sina vestida con ese saco azul que ella llama vestido con una sonrisa y dijo que le quedaba muy bien. Fue durante el almuerzo del domingo y Sina se ruborizó de alegría.

—Gracias, papá —respondió ella—. Me alegra mucho que te guste. Todavía me queda algo de dinero, te lo dejaré sobre el escritorio.

—No hace falta, Sina. Puedes quedártelo.

Así de generoso es August con su hija. Y esta, cómo no, irá a una librería con el dinero o se comprará otro par de esas medias hasta la rodilla. ¡En sí estas medias no están mal, pero para niñas pequeñas! A Sina ella le compró una faja de seda para que pudiera llevar medias de nailon, por supuesto que sí. Sabe perfectamente que su hija ya no es una niña, sino una jovencita. Y por eso necesita una faja con tirantes. En otoño, cuando los días sean más frescos, entonces se lo agradecerá. Entonces también le comprará a su hija unos bonitos sujetadores, aunque todavía no haya mucho que tapar en este sentido. Hace tiempo que Marion lleva sujetador y tiene la misma edad que Sina.

Tenía todo esto en la cabeza, pero como no ha querido arruinar el ambiente de domingo en la mesa, se ha cuidado mucho de decir su opinión. En fin, por lo menos August está en casa, incluso ha salido a dar un paseo con Sina y Laika mientras ella preparaba la comida. Esta vez ella se ha esmerado: ha hecho asado de cerdo al ajillo y asado de ternera con costra de hierbas al horno; de acompañamiento, bolas de patata caseras y dos tipos de verduras, que siempre cocina con salsa blanca y tocino. Luego ha añadido una buena porción de nata. Por supuesto, ha preparado también un pudin de chocolate con salsa de vainilla de postre y ha decorado la mesa con cariño. ¡Cómo brillan las copas y relucen los cubiertos de plata! Lo único que faltan son las flores, porque en su gran jardín

apenas hay más que césped y coníferas. Según el jardinero, es lo más fácil de cuidar.

¡Qué alegría le ha dado Sina! Ha vuelto del paseo con un ramo de flores.

—Las he cogido para ti, mamá. Son solo flores silvestres, pero me han parecido muy bonitas…

—¡Qué bonitas, Sina! ¡Oh, cómo me alegro!

Se ha emocionado hasta las lágrimas y al instante ha puesto las flores en un jarrón y las ha colocado en la mesa bellamente decorada. El ambiente era tranquilo y feliz. August se ha sentado a la mesa en mangas de camisa, Laika se ha quedado junto a su silla, y Sina ha ayudado a su madre a traer la comida a la mesa. No, no quiere discutir hoy, aunque August se ha pasado toda la semana en el bufete hasta última hora del día. Es domingo y ella ha cocinado con esmero. ¿No dijo Luisa que cocinar es un arte?

Así que se ha alegrado al ver que todos disfrutaban del caldo de ternera y ha guardado un silencio respetuoso cuando Sina y su padre se han puesto a hablar de un libro cuyo contenido, por supuesto, Swetlana desconoce. Lo cual no es culpa suya, porque la breve temporada en que August le leía en voz alta por la noche ella la disfrutó mucho. Pero esa bonita costumbre ha desaparecido: cuando August llega a casa a última hora del día ella está demasiado molesta para que le lea libros.

Tampoco mientras comían los asados, las verduras y las bolas de patata y hablaban de las compras de Sina, ella ha dicho gran cosa. Se ha limitado a servir dos bolas en el plato de Sina y a ofrecerle tres lonchas más de carne a August.

—Calma, querida —le ha dicho él con una sonrisa—. Me gustaría guardar sitio para el postre.

—¡Ah, el postre! —ha comentado ella con tono burlón—. Eso baja enseguida porque es dulce y cierra el estómago.

Sin embargo, en ese momento se ha acabado el buen ambiente, porque Sina entonces ha apartado los cubiertos y ha dicho que estaba llena.

—¿Cómo puedes estar llena? —ha exclamado Swetlana alarmada —. Si solo has comido una loncha de asado y media bola. Tienes el

plato lleno, debes acabártelo. Es de mala educación dejar comida buena en el plato.

—Pero… no quiero comer tanto, mamá.

Ha dejado el tenedor y le ha palpado la frente a Sina. Enseguida se ha alarmado: ¿estará enferma la niña y por eso no tiene apetito?

—Me encuentro bien, mamá —le ha dicho Sina apartándose—, pero he decidido comer menos a partir de ahora. Porque estoy demasiado gorda. Por eso.

Swetlana ha mirado a su marido con espanto. Pero él se ha limitado a masticar en silencio el asado.

—¿Acaso quieres ser como un palillo? ¿Que los huesos se te marquen como a nosotros durante la guerra? ¿Sabes cómo soñaba yo con un pedazo de mantequilla y un poco de nata cuando estaba en el campamento y tenía que trabajar para los nazis?

—Me lo contaste, mamá. Y lo entiendo perfectamente. Pero ahora tenemos mantequilla y nata en abundancia.

—¡A Dios gracias! —ha exclamado ella juntando las manos—. Y por esto tienes que comer, Sina. Una buena mantequilla te hará fuerte y sana. Pero si te empeñas en pasar hambre, te volverás débil y enfermarás.

Ha acercado el plato lleno a la nariz de su hija, pero entonces August ha intervenido en la conversación y lo que ha dicho todavía la ha enfurecido más.

—Querida —ha dicho poniéndole la mano en el brazo—, la verdad es que no parece que Sina pase hambre. Si ella quiere contenerse un poco con la comida, a mí me parece una decisión muy sensata.

¡Se apoyan entre ellos! Padre e hija han creado un frente común contra ella. Swetlana ha sentido la desesperación rebullendo en su interior. Con lo mucho que se ha esmerado con el almuerzo del domingo, y ahora nadie lo aprecia. Sina no quiere comer y encima August secunda su decisión.

—¿Sensata? —ha gritado indignada— ¿A ti te parece sensato que quiera morirse de hambre cuando en la mesa hay carne asada?

Él la ha mirado con preocupación y sin saber qué decir.

—Swetlana, por favor, cálmate —le ha dicho en voz baja—. No tenemos por qué convertir esto en un drama. Sina no se ha

propuesto morir de inanición, ¿verdad?

Ha mirado a su hija para que interviniera y esta, de inmediato, se ha puesto de su parte. ¡Está clarísimo que ese par se han confabulado!

—Mamá, cocinas de maravilla —le ha dicho—. Todo lo que sirves a la mesa está delicioso. Lo único es que no quiero unas raciones tan grandes…

—¡Tú te vas a comer lo que haya en el plato!

—Pero Swetlana… —ha objetado August sofocado.

Swetlana entonces se ha dado cuenta de que era incapaz de contener la ira que le ha brotado en su interior como si fuera la lava de un volcán. No ha podido hacer nada para evitarlo, está en su naturaleza.

—¡Si no queréis comer —ha gritado enfurecida y se ha levantado de un salto de la silla—, entonces yo ya me puedo marchar! ¡En una casa donde el padre y la hija se oponen a la madre yo estoy de más!

Ha arrojado la servilleta contra la fuente de las bolas de patata y ha salido apresuradamente del comedor. Al llegar a la escalera ha empezado a sollozar de impotencia, pero se ha tapado la boca con la mano para que no la oyeran y se ha encerrado en su *boudoir*. Allí se ha sentado en la butaca tapizada de seda de color rosa palo y ha dejado correr las lágrimas.

Al cabo de un rato ha oído unos golpecitos suaves en la puerta.

—¿Mamá? Mamá, por favor, no llores. No quería ofenderte…

Bien. Por lo menos su hija está arrepentida.

—Vete. Déjame en paz. Soy una mala madre… —ha dicho entre sollozos.

—Eso no es verdad. ¡Eres la mejor madre del mundo!

¡Halaga tan bien! Swetlana se ha secado las lágrimas y se ha mirado en el espejo. ¡Vaya! Tenía la cara roja e hinchada. No ha querido que su hija la viera con ese aspecto.

—De acuerdo, Sinochka. Salgo en un momentito…

Cuando ha bajado, se ha encontrado a padre e hija en la cocina fregando los platos. Sina ha corrido hacia ella y la ha abrazado; se ha disculpado e incluso ha llorado un poco. August no ha hecho nada de eso. Él se ha limitado a sonreír un poco y ha dicho:

—¡Qué bien que hayas regresado, cariño! Hemos ordenado la cocina para que no tengas que trabajar tanto en domingo.

Pero eso tampoco le ha gustado. A ella le encantan las tareas de la cocina, le gusta cocinar, fregar y guardar las sobras en la nevera. Además, ¡lo han hecho todo mal! Guardado de este modo, el asado se reseca y hay que tapar la verdura. Ha vuelto a vaciar la nevera, ha organizado las cosas a su manera y entonces ha comprobado que, después de todo, Sina no se ha comido las dos bolas de patata de su plato.

¿Qué remordimiento es ese en el que no hay rectificación? Se siente agotada y afligida, ¿qué puede hacer? El domingo está arruinado, se ha estropeado sin remedio. Ella se sienta ante al televisor y llama a Laika, pero esa perra tonta prefiere estar arriba con Sina, y August vuelve a estar atrincherado en su estudio. Así pues, ha empezado a preparar la sopa de gulasch para el Café del Ángel. Al menos allí le valoran sus dotes culinarias.

Sin embargo, cuando el lunes por la mañana llega al café con su sopa, no recibe los elogios habituales. Hilde se limita a darle las gracias como de paso, y en lugar de ello solo habla de esa tal Valentina que se encuentra arriba, en el piso de Giuseppe, y que Else no quiere tener en casa. Entonces, justo cuando Swetlana está a punto de marcharse totalmente decepcionada, llega la buena de Karin y le pregunta si podría cuidar de sus hijos durante una semana. ¡Oh, qué alegría! Willi le traerá a Nora y Stefan por las mañanas y Karin vendrá a recogerlos a última hora de la tarde. Los podrá mimar, jugar con ellos en el jardín, tomar un helado; tal vez les compre unos juguetes bonitos y encargue al jardinero que instale un tobogán y un arenero en el jardín. Seguro que a Sina le gustará salir a pasear con Laika y los pequeños. Así su hija estará más en casa en lugar de ir siempre a Biebrich a visitar a Petra y Marion.

Como el día ha empezado tan bien, decide ir a visitar a Simone y Mischa y ayudar un poco en la tasca. Además, hace poco compró unos peleles monísimos que no podía dejar escapar a pesar de que

Simone le ha pedido que no le traiga tantas cosas de bebé, porque ya tiene toda una cómoda llena.

Sina está sentada en el salón hablando por teléfono. Cuando ve que su madre ha llegado a casa, baja la voz. Pero Swetlana le oye decir: «No lo sé, Marion. Quizá hoy no… Mamá no está bien, sabes…».

Swetlana está conmovida. ¡Qué hija tan adorable! Se preocupa por su madre.

—Me marcho a Eltville, Sina. Y la semana próxima tendremos a Nora y Stefan con nosotros. ¿No es fantástico?

La alegría de Sina ante la llegada de los dos pequeños es contenida. En cualquier caso, sonríe y le pregunta si quiere que la acompañe a Eltville. Eso lo hace solo porque desea hacerla feliz; Swetlana sabe muy bien que a Sina no le gusta ir a Eltville. Allí se queda sentada sin saber qué hacer.

—A mí me parece que prefieres ir a la piscina con Petra y Marion, ¿no? —dice magnánima—. Si es así, ve a nadar. Esta noche pasaré a recogerte por Bierstadt.

—¿De verdad no te importa, mamá?

—En absoluto. No hay problema. Espera, te daré dinero para la entrada.

Sina no quiere nada porque aún le queda dinero de su padre. ¡Qué ahorradora es! En cambio, a Swetlana le gusta ser generosa. Así pues, envuelve sus regalos y llama a August al bufete para decirle que vaya a almorzar al Café del Ángel porque ella no va a estar en casa.

—De acuerdo, que tengas un buen día, saluda a Mischa y a Simone de mi parte —dice por teléfono—. De todos modos, hoy al mediodía no tenía mucho tiempo, así que me va perfecto.

Así es August. Le va perfecto que ella no esté en casa y no cocine para él. Pero ¿para qué hacerse mala sangre? El sol brilla y el cielo está lleno de hermosas nubes pequeñas y blancas: este será un día precioso.

Eltville está a rebosar de turistas, que ocupan todas las bodegas y tascas de la zona. Entre ellos hay muchos japoneses y, como se puede ver por los coches y las caravanas aparcados, también hay

holandeses y visitantes alemanes disfrutando de los últimos días de vacaciones con sus hijos. Se pasa mucho rato buscando aparcamiento porque no puede dejar el coche en el patio de la bodega, ya que ahí hay ahora mesas y sillas para los visitantes. Camina un rato por las callejuelas cargada con sus bolsas de regalos, y se alegra de que no haga demasiado calor porque si no empezaría a sudar.

Cuando llega al patio de la bodega y ve todas las mesas ocupadas, se siente muy satisfecha: Mischa está sirviendo los platos del almuerzo y solo le dedica una breve inclinación de cabeza; a Simone no la ve por ningún lado. En su lugar, hay dos chicas jóvenes ataviadas con vestidos de colores y delantales blancos corriendo de un lado a otro entre los comensales. Vaya, ha contratado a dos camareras. En la cocina, por supuesto, está de nuevo Meta Rubik, esa tirana. Es inútil quedarse allí porque Meta tiene sus propias ideas y no acepta consejos de nadie. En el comedor encuentra a Simone de pie ante la barra y llenando copas y jarras de vino.

—*Maman*, ¡qué bien que estés de nuevo de visita! —le dice—. Siéntate aquí conmigo. Ah, no, no deberías traer tantos regalos…

—Tú siéntate en la silla y mantén las piernas en alto —le dice enérgicamente a Simone—. Ahora voy a trabajar yo.

Simone se ríe y dice que si quiere puede ayudar, pero que estar de pie a ella no le molesta. En realidad, apenas se nota que está esperando un hijo, aunque saldrá de cuentas a lo sumo en seis o siete semanas. Durante un rato trabajan juntas. Simone se ocupa de las comandas de vino, Swetlana abre botellas de Coca-Cola y de Bluna, prepara los vasos y llena jarras de agua. Entretanto van charlando. Simone le cuenta que escogieron varios nombres de niña y de niño y los anotaron en trocitos de papel; luego pusieron los trocitos en la gorra de Mischa y los echaron a suertes.

—¿Y qué nombres ganaron?

—Lilo y Gérard.

—Ah…

Gérard es un nombre francés. Bueno, Simone es francesa. ¿Y Lilo? ¿La abuela de Mischa no se llamaba Lieselotte? Esa malvada que no aceptaba a Swetlana porque era rusa. Bueno, más tarde acogió con

cariño a su nieto Mischa, pero su relación con Swetlana fue tensa hasta el final. ¿Y su nieta tiene que llamarse como esa mujer? Solo queda esperar que sea un niño.

—¡Unos nombres muy bonitos! —dice.

Cuando el rato de mayor ajetreo termina, Mischa también dedica un tiempo a su madre. A Swetlana le da la impresión de que está cansado. Probablemente trabaja demasiado y está preocupado por Simone.

—Sentémonos, mamá —dice señalando la mesa del rincón—, creí que vendrías con Jean-Jacques. ¿Le has preguntado qué ha decidido? Empieza a ser hora de saberlo.

Ah, esa historia tan enojosa. Por supuesto que habló de ello con Hilde, pero por las mañanas cuando va al café con su sopa Jean-Jacques no se deja ver.

—Dijo que antes tenía que hablar con August…

—¡Maldita sea! —exclama Mischa—. Eso debería haberlo hecho hace tiempo. Lleva dos semanas sin aparecer por aquí, el muy cobarde. Me estoy hartando. Si no quiere, que lo diga. Pero en ese caso no puede esperar que yo siga haciendo el trabajo sucio por él. Díselo así mismo.

¡Con qué rabia le habla! ¿Acaso es culpa de ella que Jean-Jacques no se decida?

—Se lo diré —dice—, pero es mejor que lo hagas tú, Mischa.

Se pasa la mano por el pelo con gesto impaciente y mira a Simone, que le hace gestos apaciguadores.

—¿Y cómo lo hago? Él no viene a Eltville y yo no puedo irme de aquí porque hay mucho que hacer.

—Llámalo…

—Ya lo he intentado dos veces, pero solo logro hablar con Hilde. ¡Menuda mierda!

—Necesita pensárselo, Mischa. —Intenta tranquilizarlo—. Es difícil desprenderse de algo que has construido con tanto esfuerzo…

—¡Qué va! —refunfuña él, enfadado—. ¿Acaso se lo quiero quitar? Solo deseo invertir en ello; de hecho, debería estar agradecido. Pero si se sigue comportando así, que se quede con sus trastos y ya nos buscaremos otra cosa…

Swetlana se sume en la desesperación. ¿Es que Mischa pretende marcharse? Ahora le habla de un amigo que le ha ofrecido hacerse cargo de una granja con restaurante en Baviera. O tal vez se marchen a Francia y abran un restaurante allí; Simone estaría encantada, echa de menos su tierra. Además, ahora está claro que este va a ser un año muy malo para el vino: demasiado frío, demasiado seco. Las uvas están muy mal, de hecho, ya podría destruir la mayor parte de ellas.

—Tienes que tener paciencia, Mischa —dice con tono triste—. Un año la cosecha puede ser mala y, al siguiente, excelente. Hablaré con Jean-Jacques y también con August, lo prometo…

Él, enfadado, hace un gesto de rechazo y dice que, de todos modos, no cree que Jean-Jacques vaya a aceptar su propuesta. Pero, al menos, se lo podría decir, sería lo correcto. Dejarlo sin respuesta durante tanto tiempo es una jugarreta. Dicho esto, se levanta para salir al patio a cobrar. Al marcharse le dice:

—Y mamá, deja de comprar cosas para el bebé. ¡No necesitamos nada más!

¡Qué mala manera de tratar a su madre! Swetlana de nuevo está al borde de las lágrimas. No sirve de mucho que Simone se acerque a ella con gesto de compasión y le pase el brazo por los hombros para consolarla.

—No estés triste, *maman*. Mischa está muy nervioso porque no sabe qué va a pasar. Y se preocupa inútilmente por mí y por el bebé. Los hombres son así. Temen más al parto que la madre. ¿No es ridículo?

—No os marcharéis de aquí, ¿verdad?

—Para nada, *maman*. Aquí estamos bien. ¿Por qué deberíamos irnos?

No aguanta mucho tiempo más allí. El mal humor de Mischa le rompe el corazón, y el temor a que lo eche todo por la borda y se marche de Eltville hace el resto. Se despide de Simone con un beso y promete volver pronto. Mischa está ocupado con unos clientes y cuando ella le dice adiós le estrecha la mano apresurado y gruñe:

—No te enfades, mamá. Las cosas son como son.

En Wiesbaden aparca el coche en el centro y toma el camino más corto hasta el Café del Ángel. Los clientes de la tarde están sentados a las mesas de la terraza disfrutando de pasteles y pastas, Giuseppe va de un lado a otro con su bandeja y Hilde está ahí también. Swetlana la saluda un instante con el brazo y entra en el establecimiento esperando encontrar a Jean-Jacques en alguna parte. ¡No le permitirá más evasivas! Lo pondrá entre la espada y la pared. ¿Qué es lo que le impide decidirse? Mischa quiere invertir en su viñedo, eso es una suerte para Jean-Jacques. Rechazar una oferta así sería una completa estupidez.

¿Dónde estará? En la mesa del rincón solo ve a su suegro Heinz con el señor Gimpel, que es maestro repetidor del teatro. Parecen hablar de cosas muy tristes, porque Heinz asiente muy abatido.

—Es terrible —le oye decir—. Fritz es un buen músico, podría haber llegado muy lejos. Pero la guerra le destrozó los ojos…

—Perdón —interrumpe Swetlana con tono nervioso—. Busco a Jean-Jacques, ¿sabes dónde está?

—¿Jean-Jacques? —dice Heinz, estirando las vocales—. Está arriba. Pero no creo que tenga tiempo ahora mismo.

En ese momento entra Hilde, que ha recogido una mesa y lleva tres platitos para pastas y las tres tazas de café correspondientes, además de dos jarritas vacías.

—¿Por qué Jean-Jacques no tiene tiempo? —insiste Swetlana indignada—. Debo hablar de asuntos importantes con él, ha de tener tiempo. Voy a subir ahora mismo y se lo preguntaré. Mischa no quiere esperar más.

En la cocina alguien deja los platos con estrépito, Hilde sale corriendo y detiene a Swetlana del brazo.

—Por favor, Swetlana, ahora no. Jean-Jacques está hablando con mi madre. Por lo de Valentina, ya sabes.

Siempre esa Valentina. ¿Qué le importa a ella esa italiana? Swetlana sacude la cabeza y se suelta.

—No quiero que Mischa se vaya al extranjero —dice nerviosa—. Por eso necesito hablar con Jean-Jacques. Ahora.

Entonces ocurre algo que nunca antes le había sucedido. Hilde pierde los nervios y le regaña.

—Déjame que te diga una cosa, Swetlana —espeta—. Lo que Jean-Jacques haga con su viñedo es solo asunto suyo. ¡Deja de meterte en asuntos que no te conciernen!

Swetlana la mira con espanto. ¿Qué le ocurre a Hilde? ¿Por qué está tan enfadada? ¿Qué le ha hecho ella?

—No lo entiendo —musita—. Yo solo quiero ayudar a Mischa…

—Él ya se sabe espabilar solito.

—De acuerdo —dice Swetlana con tono lloroso—. Entonces tú crees que estoy de más, ¿no?

Hilde no contesta, se da la vuelta y va al mostrador de los pasteles, prepara con estrépito tres platos y coloca un pastelito de nata en cada uno.

¡Qué día! Sina llega de la piscina con la piel quemada y hay que ponerle Nivea. A continuación se acuesta. Se niega a tomar nada, dice que ya ha comido en casa de Luisa. August la llama y le dice que lo lamenta, pero que vendrá tarde esta noche y que no lo espere para la cenar. Así pues, se vuelve a encontrar sola frente al televisor, ve en las noticias al gordo canciller Erhard y luego, la serie *Firma Hesselbach*, donde hay muchas discusiones. Después del himno nacional, la pantalla solo muestra la nieve, así que apaga el televisor y vuelve a sacar de paseo a Laika.

La calle está a oscuras, solo hay algo de luz en torno a las farolas. De vez en cuando pasa un coche y en las villas se van apagando las luces.

—Nadie me necesita —le dice a Laika, que olisquea excitada el palo de una farola—. ¿No será mejor que me marche?

Al regresar a la villa, suena el teléfono…

Hilde

¿Por qué ha reaccionado de un modo tan agresivo? ¡Ah, los nervios! Hilde se dispone a ir tras Swetlana para pedirle disculpas, pero en ese momento Giuseppe aparece ante el mostrador de los pasteles con la bandeja, y ella tiene que poner a toda prisa tenedores y servilletas en los platos con las porciones de tarta para que el italiano pueda llevárselos a los clientes.

—¿Qué le pasa a Swetlana? —pregunta él inquieto—. ¿Está enfadada? *Lei è preoccupata?* ¿Tiene algún problema?

—No es nada, supongo que solo está de mal humor —lo tranquiliza.

Giuseppe tiene una expresión apenada. Desde anteayer, cuando su hermana se mudó a su piso, anda muy deprimido. Por su parte, Hilde también está muy tensa: la riña sobre Valentina ha hecho aflorar todos los conflictos latentes entre ella y su madre. Y todo indica que esta vez mamá no está dispuesta a ceder.

Como era de esperar, cuando ayer Jean-Jacques le dio la noticia montó un tremendo escándalo. De nada sirvió el afecto de suegra que siente por él. Else se mostró inmune al encanto y la elocuencia de Jean-Jacques; por mucho que él la halagara, ella no atendía a razones.

—¡Me lo temía! —gimió ella apretándose el corazón—. Ahora se ha atrincherado allí arriba. Mañana llegará la madre enferma con el nieto, y pasado, el resto del clan.

—Pero, *maman* —exclamó Jean-Jacques rodeándola con el brazo —. ¿Qué fantasías te estás montando? La chica se quedará *quelques jours*, y luego se irá. ¡Yo en persona me encargaré de eso!

—¡Necesito un café!

—¡En un momento te lo traemos, *maman*! Y luego hablaremos tranquilamente de todo. *Sois tranquille*, no te preocupes. Ya lo hago

yo…

Por prudencia, Hilde preparó café descafeinado y lo puso en la mesa delante de mamá. Solo faltaría que ahora volviera a tener problemas de corazón. A continuación se retiró a la cocina y dejó las negociaciones en manos de su marido. Al fin y al cabo, él había dicho que arreglaría la situación con Else.

—En el periódico dicen que en Nápoles existe la mafia —oyó gemir a su madre—, unos criminales muy peligrosos que se matan a tiros entre sí. No quiero nada de eso en mi casa.

—No creas todo lo que dicen los periódicos, querida *maman*. Valentina es una buena muchacha y no tiene nada que ver con la mafia. De eso estoy seguro. Le pediré que baje para que la puedas conocer…

—¡Hilde! —gritó entonces Else muy enfadada—. ¿Qué porquería es esa? ¡Quiero un café como es debido!

Lo notó. Y eso que el comercial siempre dice que el descafeinado sabe igual que el café en grano.

—Pero, mamá —dijo entrando en el restaurante—, cuando te alteras de este modo, el café es veneno para tu corazón.

Eso, de nuevo, también fue un error, porque encolerizó a Else más si cabe. ¿Acaso ya la había incapacitado? ¿No tenía voz ni voto en su propia casa?

—Te traeré un café de verdad, *maman* —dijo Jean-Jacques dirigiendo una mirada de reproche hacia Hilde.

—Lo has fastidiado todo —refunfuñó en la cocina—. Estaba a punto de ceder…

—¿Y si los nervios le provocan un infarto?

—¡Venga ya! ¡Si tiene el corazón fuerte y sano!

Él llevó el café a la mesa del rincón y siguió con sus intentos de apaciguarla. De hecho, Else se tomó su café matutino a grandes tragos y lo único que le pasó fue que se le sonrojaron las mejillas y su actitud beligerante fue en aumento.

—¡No quiero ver a esa Valentina! ¿Dónde está Giuseppe? ¡Que venga aquí de inmediato!

—Está barriendo la acera de la calle, *maman*. Pero todo esto no es culpa suya. Escribió a su hermana para que no viniera.

—Dile que venga aquí, o iré yo misma.

—Te lo ruego, *maman,* querida… Están llegando los primeros clientes, no queremos causar alboroto. Vayamos los dos al piso de arriba.

Él le tendió el brazo con gesto galante, asegurándole que lo solucionaría todo, que confiara en él. Pero no fue hasta que en la cafetería entraron varios clientes para desayunar que Else accedió a levantarse de su asiento en la mesa de la familia y dejarse acompañar a su piso.

Hilde se queda abajo, preocupada. Ojalá Jean-Jacques no haya sobrestimado su capacidad de influencia sobre mamá, piensa. Ahora ella sacará a papá de la cama y le molestará con sus quejas. Las cosas son cada vez más difíciles con ella. Menos mal que de momento Giuseppe la ha podido evitar; de lo contrario, con la rabia que lleva, lo habría despedido y ahora estaríamos sin camarero.

Por ahora no le queda más remedio que esperar, pero tiene los nervios a flor de piel. Ni Jean-Jacques ni mamá se dejan ver por la mañana, y papá tampoco viene a desayunar como de costumbre. Tiene un mal presentimiento.

Hacia el mediodía, cuando ella se plantea subir al piso para ver cómo está la situación, su hermano August aparece en el café.

—¿Dónde está mamá? —quiere saber—. ¿Está arriba?

—¿Acaso te ha llamado?

—Ha dicho que era cuestión de vida o muerte —dice con una leve sonrisa pues conoce bien la tendencia de mamá a la exageración—. Pero, como estaba tan alterada, he preferido venir.

Increíble. Se ha pasado toda la mañana en el juzgado y, en el bufete, los clientes aguardan, pero cuando lo llama mamá, su ocupado hermano lo deja todo y acude a toda prisa.

—Es por Valentina, la hermana de Giuseppe —explica Hilde bajando la voz porque Giuseppe está cerca—. Mamá quiere que se marche de casa de inmediato.

August suspira profundamente. Su inteligente hermano se da cuenta de que le aguarda una difícil misión diplomática.

—El contrato de alquiler dice que Giuseppe puede tener a alguien en su casa un periodo de hasta seis semanas —dice abatido.

—¡Explícaselo, por favor!

La mirada que él le dirige lo dice todo. Con mamá no valen los argumentos razonables; hace oídos sordos a esas cosas. Quizá le pida al pobre August que encuentre un modo de poner de inmediato a Valentina y a Giuseppe de patitas en la calle.

—Buena suerte —le dice dándole una palmadita en la espalda—. Y ten en cuenta que, pase lo que pase, yo quiero retener a Giuseppe. ¡Si ella le rescinde el contrato, yo lo mando todo a paseo!

Ahora el pobre está entre la espada y la pared. August frunce el ceño y la mira fijamente. Luego se recoloca las gafas.

—Deberías tomarte un descanso y marcharte de vacaciones, Hilde —comenta con su tono pausado.

Ella apenas logra contener el ataque de risa histérica. A fin de cuentas, en la terraza los clientes del mediodía están sentados comiendo salchichas cocidas y ensalada italiana.

—¡Mira quien fue a hablar, August!

Su hermano no reacciona de ningún modo y se encamina hacia la escalera para hablar con mamá. Apenas se ha marchado cuando Jean-Jacques, exhausto y con expresión sombría, aparece en la cocina, donde Hilde en ese momento sirve sopa de gulasch en cuencos acompañada de rebanadas de pan blanco tostado.

—¿Qué tal va todo? —pregunta.

Él murmura algo en francés. Hilde conoce sus palabrotas y comprende. La situación pinta mal. Su marido se sirve una copa de tinto y se lo bebe de un trago. Luego, sin decir nada, coloca los cuencos llenos sobre una bandeja y se dispone a ir al comedor.

—No puedes servir sopa oliendo a vino —dice ella. Le quita la bandeja de las manos y se marcha.

Cuando regresa, él está tomando ya la segunda copa acompañado por el pastelero Ewald Deuss.

—¿A qué viene esto? —les reprende—. ¿Esto es una tasca de vinos o un café?

—El vino es un regalo de Dios —dice Ewald Deuss, cuya mala conciencia salta a la vista—. El señor Perrier ha tenido la amabilidad

de invitarme a una copa.

—¡Bien, pues, salud! —refunfuña ella.

Él entonces deja la copa al momento y se retira al obrador. Jean-Jacques termina la suya en silencio, luego suspira profundamente y sacude la cabeza.

—No la había visto nunca así… *Mon dieu!* Es terca como una mula. Pero estoy seguro de que August la hará entrar en razón.

—No cantes victoria tan pronto —presagia Hilde.

Por el modo en que Giuseppe entra entonces en la cocina, ella se da cuenta enseguida de que está desesperado.

—*Mamma mia* —se queja—. Le dije que se quedara en el piso. Pero Valentina es *testarda*. Tiene la cabeza dura.

—¿Y eso? ¿Dónde se ha metido?

—En la mesa del rincón de la *famiglia*… dos *insalata italiana* y *quattro* sopas para la mesa trece…

Hilde encarga el pedido a Giuseppe y se apresura en el comedor. Su marido la sigue detrás. Ahí, en efecto, está Heinz sentado a la mesa familiar y tiene junto a él una joven morena que le habla en confianza.

—*Bellissima* —murmura Jean-Jacques—. *Une beauté!*

Hilde le lanza una mirada de enojo, aunque debe admitir que está en lo cierto. Valentina es de complexión menuda y tiene el pelo ensortijado y de color negro azulado, como de estrella de cine; su cara parece delicada e infantil, pero sus gruesas cejas oscuras ponen de manifiesto una fuerza de voluntad férrea.

Jean-Jacques saluda con un *buon giorno* y se une a los dos de la mesa. A Hilde le gustaría hacer igual, pero los clientes hambrientos del café no le dan tregua. Así pues, se limita a saludar a la italiana con un escueto «buenos días» y se vuelve hacia su padre.

—Papa, ¿ya has desayunado?

Él la mira con expresión de reproche.

—¿Cuándo podría haberlo hecho? Tu madre está completamente de los nervios.

Como todos, le gustaría responder a Hilde. Pero, por respeto a la necesidad de armonía de papá, solo le pregunta si quiere el desayuno o prefiere tomar ya la sopa de gulasch.

—Dos desayunos, sopa y ensalada. Esta pobre jovencita no ha comido nada desde anoche.

Hilde duda. Mamá no le perdonará que encima invite a comer a Valentina. La italiana, al parecer, lo nota porque asegura con energía:

—Lo pagaré, señora Perrier. No quiero nada gratis. Pero tengo mucha hambre y mi hermano no quiere darme nada. Está *furioso* y dice que tengo que irme de *casa* de inmediato.

—Todavía no se ha dicho la última palabra, querida *signorina* —dice papá mirándola con una sonrisa—. Aquí, en el Café del Ángel, nunca nadie se ha muerto de hambre.

Jean-Jacques dirige una sonrisa triunfal a Hilde. Ya está, dice su mirada. Nos hemos ganado a papá. Para Hilde eso no es ningún avance: al final papá hará lo que diga mamá. Pero piensa que Valentina es una chica con carácter y que, igual que los demás clientes del Café del Ángel, tiene derecho a un desayuno.

Cuando vuelve a la mesa del rincón con la bandeja cargada, reina ahí una conversación animada. Valentina parece tener un temperamento vivaz, al hablar usa las manos y los pies y emplea un alemán sorprendentemente bueno.

—¿Por qué no me quiere en la *casa*? No rompo nada, limpio para Giuseppe, ordeno el cuarto, lavo la camisa, limpio la escalera. Si no me da trabajo, no insisto. Quiero trabajar, ganar dinero para mi madre y para Marco, mi hijo…

—Así no van las cosas, querida *signorina* —replica papá—. Para ganar dinero aquí, debe tener permiso de trabajo.

—Lo sé, lo sé. Ahora busco un buen trabajo, luego vuelvo otra vez a Alemania y pido permiso de trabajo. Eso es lo que quiero hacer. ¿Por qué no puedo vivir aquí con Giuseppe, mi hermano? El piso es grande, con dos habitaciones y con una puerta entre ellas. Cuando tenga trabajo, también puedo pagar alquiler a la *signora* Koch.

En principio, tiene razón, se dice Hilde. El piso de arriba es, en realidad, un piso para dos, porque en su momento Addi instaló una puerta de conexión con la habitación de Julia. Sería ideal para Giuseppe y su hermana. Pero mamá, cómo no, luchará con uñas y dientes para que la joven no se instale en él.

—¿Cómo habla usted el alemán tan bien? —oye que le pregunta su marido.

—Viví dos años en Colonia. En casa de mi marido alemán. Pero fue un matrimonio malo, así que nos divorciamos y regresé a Nápoles con Marco, mi hijo…

—Ahora desayune, *signora* Marcelli —interrumpe Hilde colocándole la ensalada italiana delante del plato de desayuno—. Luego ya veremos.

En la cocina rellena más cuencos de sopa y se pregunta si Valentina dice la verdad. ¿De verdad estuvo casada con un alemán? Se sigue llamando Marcelli, su apellido de soltera. ¿Acaso hace eso que Jean-Jacques llama *corriger la vérité*, esto es, maquillar la verdad?

Al poco rato, August regresa al café procedente del piso de sus padres. De hecho, quiere hablar con Hilde en la cocina, pero se detiene atónito en la mesa familiar. Hilde observa divertida cómo Jean-Jacques le presenta a Valentina, y August, visiblemente azorado, le estrecha la mano. Luego intercambia unas cuantas palabras con papá y con Jean-Jacques para meterse enseguida en la cocina.

—¿Cómo está la situación en el frente? —pregunta Hilde.

—Muy mal. Mamá dice que no volverá al café mientras Valentina permanezca en la casa.

—¿Acaso quiere morirse de hambre allí arriba?

—Estas bromas no tienen gracia, Hilde —la reprende su hermano —. Ella me preocupa. Tiene el corazón débil y está muy alterada. Sería mejor que alojarais a la hermana de Giuseppe en otro sitio.

—Y así ella se saldrá con la suya. —Hilde se enfada—. Por absurdo que sea lo que diga. ¡No! ¡No estoy dispuesta a hacerlo!

—Tal vez deberías recordar que la casa y el café siguen perteneciendo a nuestros padres.

¡Con qué frialdad e indiferencia le replica! Para el señor letrado August Koch, el caso es sencillo: mamá es la dueña, mamá decide. Jurídicamente no tiene ninguna relevancia que el café ya estaría en la ruina desde hace tiempo de no ser porque ella, Hilde, lleva años invirtiendo en él su energía, sus ideas y su trabajo.

—Así que estás de su parte —le gruñe a su hermano.

—¡Intento interceder, Hilde!

—Pues no lo noto.

Resopla resignado, mira la hora y dice que ya no tiene más tiempo. En la puerta, Giuseppe se le acerca cargado con una bandeja repleta de platos; los dos se sobresaltan, pero Giuseppe se aparta con agilidad y August le cede el paso.

—*Sono disperato, signora* Perrier —gime Giuseppe—. Voy a enviar a Valentina a Nápoles y yo me buscaré otro trabajo. Lo juro.

—¡Ni hablar! —le dice ella con enfado mientras le quita la bandeja —. Tú te quedas. Te necesitamos.

—¡Pero la *mamma* está enfada! ¡No quiero ser motivo de riñas en la *famiglia*!

—Ni es el primer desencuentro entre mi madre y yo ni será el último. ¡Pero lo solucionaremos, Giuseppe!

—*Dio mio!* —Él se santigua y reemprende su trabajo.

Parece que mamá va en serio y, durante el resto del día, no se deja ver por el café. A la mañana siguiente, sigue obstinadamente en su piso de arriba. Papá desayuna a la hora habitual en la cafetería y dice sentirse algo triste.

—No me habla, Hilde.

—No aguantará mucho así, papá —lo tranquiliza.

—Hilde, te lo ruego… No olvides que ya no es la que era. Ahora está en la cocina, tomándose las gotas para el corazón. Sube y ponte de acuerdo con ella.

¡Las gotas para el corazón! Está claro: basta con tener un corazón débil para salirse siempre con la suya. Hilde duda entre la obstinación y la preocupación. ¿Y si a mamá le da un infarto de tanta rabia? Pero ¿acaso Jean-Jacques no ha dicho que tenía un corazón fuerte?

Valentina ha salido por la ciudad, quizá en busca de trabajo. Hilde atiende a sus clientes con esmero, pero nota la mirada de reproche de papá en su espalda y se siente fatal. ¿Debería subir? Si lo hace, su madre pensará que va a ceder, pero ella se niega a tal cosa.

Tras el ajetreo del mediodía, se sienta en una silla de la cocina y reflexiona desesperada:

—Voy a volver a intentarlo, *mon chou* —dice Jean-Jacques con empatía—. Quizá entretanto ha cambiado de opinión.

Le da un beso en la mejilla, luego se endereza y hace una inspiración profunda antes de entrar en la guarida de la leona.

—*Bonne chance, chéri* —susurra ella.

Justo entonces, cuando siente sus nervios a flor de piel, Swetlana vuelve a aparecer por el café. Ella también está bastante nerviosa y decidida a obligar a Jean-Jacques a tomar una decisión. Como si no tuvieran más preocupaciones que ese viñedo. Hilde pierde los nervios y echa un rapapolvo a su cuñada.

¿Qué ha dicho Swetlana al salir? Que está de más. Oh, no. Ahora debe de estar hundida de nuevo en la autocompasión. Será mejor que esta noche la llame y se disculpe. Ojalá se solucionara de una vez esta riña con mamá. La saca de quicio y le hace comportarse de forma injusta con los demás.

Jean-Jacques regresa relativamente pronto; por su expresión, Hilde adivina que no ha tenido éxito. Papá sigue sentado a la mesa del rincón, ha renunciado a su siesta y ha pasado un rato charlando con Alois Gimpel, pero ahora el maestro repetidor está a punto de marcharse y papá busca ayuda en Hilde. No hay remedio: va a tener que subir a negociar con mamá.

—Tú mantente tranquila y amable, *ma colombe* —le aconseja Jean-Jacques—. No empieces otra disputa. Escúchala y dale la razón en todo, eso la calmará. Dile que estamos buscando una habitación para Valentina para…

La toma por el brazo y le susurra que todo irá bien, luego ve con aprensión cómo ella atraviesa la cafetería en dirección a la escalera.

Bien, pues, se dice Hilde delante de la puerta del piso de sus padres. Tranquila y amable. Aunque cueste. Escucharla y darle la razón. ¡Maldita sea! Una habitación para Valentina. ¡Oh, cómo me gustaría mandarla al cuerno! ¡Nooo! Tranquila y amable…

Mamá está sentada en una butaca del salón con los pies apoyados en el taburete acolchado. Cuando entra Hilde, levanta la cabeza y la mira impasible.

—¡Qué honor que por fin aparezcas por aquí!

A Hilde el tono le parece hostil. Y triunfante.

—Hay mucho trabajo en el café, mamá.

—Pensaba que habías contratado a un camarero excelente. Pero no debe de ser tan bueno si ni siquiera puedes ir a visitar a tu madre enferma.

Podría objetar muchas cosas al respecto, pero Hilde se traga la rabia. Tiene que estar tranquila y amable. Al menos, todo el tiempo que le sea posible.

—En fin… —dice mamá cogiendo el vaso medio lleno que tiene a su lado en la mesa del salón. ¿Qué hay dentro? Parece agua. Pero al lado está el frasco de las gotas para el corazón—. En fin… —repite su madre, tras dar un sorbo y volver a dejar el vaso—. En su momento contrataste a Giuseppe en contra de mi voluntad. Yo lo toleré para mantener la paz, pero por desgracia ahora constato que mis reparos estaban justificados…

Hilde no aguanta más.

—¿Qué reparos, mamá? Giuseppe es un camarero excelente, no se le puede recriminar nada en su trabajo. Si te molesta que sea italiano…

—No tengo nada en contra de los italianos —interrumpe mamá—, siempre y cuando se queden en Italia. Pero ¡mira la ciudad! Los peones de las calles, los basureros, los jardineros del parque del Balneario… son todos italianos, españoles o turcos incluso… Y, no contentos con esto, ahora abren tiendas y heladerías, restaurantes e incluso cafeterías. En unos años estaremos totalmente en manos de los italianos…

¿Acaso sufre de delirios? Tiene que ser algún tipo de pánico propio de la edad. ¡Dios mío! El cerebro de mamá se está calcificando poco a poco.

—Pero mamá… —empieza a decir.

—Cállate, que estoy hablando yo —la interrumpe ella con brusquedad—. Somos un café tradicional, Hilde. Hace más de cuarenta años que el Café del Ángel es el principal establecimiento de la plaza, conocido por su excelente bollería y repostería. Aquí se

reúnen artistas y famosos, y es frecuentado por los dignatarios de Wiesbaden…

Ahora exagera mucho, se dice Hilde. En nuestro local pocas veces se ve a personas famosas, y hasta ahora tampoco se han dejado caer por aquí esos supuestos dignatarios de la ciudad.

—Papá y yo sacamos adelante el Café del Ángel durante la guerra y en tiempos difíciles —continúa mamá—. Trabajamos de forma incansable, nunca desfallecimos y lo llevamos con éxito a una nueva era. El Café del Ángel es la obra de nuestra vida y no permitiremos que de repente degenere en una heladería italiana o algo parecido.

Hilde está a punto de estallar. Es increíble. Mamá ahora se arroga el mérito del éxito de la cafetería. Ella, Hilde, no ha tenido nada que ver, todo es obra de su madre. ¿Cómo puede uno escuchar esto y no salirse de sus casillas?

—Y por esto he decidido enfrentarme con todas mis fuerzas a este clan italiano que quiere instalarse.

—Mamá, nadie quiere instalarse aquí… —exclama Hilde, incapaz de aguantar por más tiempo—. Vamos a buscar una habitación para Valentina…

Else deja oír una carcajada artificial.

—¿Una habitación? ¡Ja, ja!… Ya le he dicho a Jean-Jacques que esto no resuelve el problema. No. Ya lo he discutido todo con August. Hoy mismo voy a comunicarle a Giuseppe que está despedido. En cuatro semanas nos habremos librado de él para siempre.

—¡No cuentes conmigo para esto, mamá!

Else abre el frasco del medicamento y echa unas gotas en el vaso. Al llevárselo a la boca, la mano le tiembla un poco, pero bebe sin atragantarse.

—Vas a tener que ceder, Hilde —dice—. El café aún es de papá y mío.

—¿Y yo no tengo nada que decir? ¡No puedes estar hablando en serio!

Else deja el vaso y se reclina en la butaca, agotada.

—En lugar de comportarte como una niña terca deberías buscar a alguien para el servicio —dice con voz débil—. Que sea alemán, eso

es importante para mí. Lo mejor sería publicar un anuncio mañana mismo.

La diversión ha terminado. Hilde ya ha oído bastante y ha hecho concesiones, ahora pierde los estribos.

—Vas a tener que encargarte tú sola de eso, mamá —dice enfadada—. Conmigo no cuentes. Dimito.

Mamá la mira con espanto, pero luego se encoge de hombros y dice:

—No seas ridícula, Hilde.

—¡A ver cómo os las arregláis sin mí!

Cierra el salón con un portazo sintiendo que la sangre le sube a las sienes. De hecho, se marea y tiene que aguardar un poco hasta poder ver con claridad. A continuación sube lentamente la escalera que lleva a su piso y coge el teléfono que tiene en el pasillo. No solo habla, sino que se emplea a fondo. Eso le enseñará la lección a su madre.

—¿Swetlana? Soy Hilde. ¿Qué te parece si nos vamos de viaje juntas? No, no me he vuelto loca. Mañana por la mañana te pasaré a recoger con las maletas hechas.

Andi

No parece que le estuvieran esperando. A las ocho en punto ha aparecido en la recepción del ambulatorio, lavado, afeitado —sí, le ha empezado a salir vello en la barbilla y las mejillas— y lleno de ganas de acción.

—¿El nuevo objetor? ¡Oh, qué bien! —dice la enfermera rubia de la puerta—. Informaré a la enfermera jefe Christine.

Realiza una llamada, luego dirige la atención a varias listas en las que hace anotaciones. Entretanto entran y salen todo tipo de personas; la mayoría la saludan amablemente con un ademán de cabeza, así que deben de ser empleados del ambulatorio. Andi cambia el peso de una pierna a la otra y espera; el estómago le gruñe, su casera no le ha preparado el desayuno que le prometió. Tal vez se le ha olvidado; en todo caso, parece que se ha quedado dormida porque al salir de casa la ha oído roncar. Empieza a sentirse mareado cuando la enfermera de recepción le dice:

—Ah, pero si está usted aquí. Debería subir a la unidad de la segunda plata. ¿No se lo he dicho?

—No…

—¡Pues apresúrese!

Se encamina a toda prisa hacia la puerta acristalada tras la cual se ven unos escalones y se precipita hasta el segundo piso. Allí le aguarda un largo pasillo que huele a desinfectante y a otras cosas que preferiría no saber qué son. Una enfermera joven con cofia y gafas empuja un carrito sobre el que tintinean innumerables vasos y cuencos.

—Buenos días —le dice—. Soy Andreas Perrier, el nuevo objetor de conciencia. ¿Sabe dónde debo presentarme?

—Al otro lado, con la enfermera jefe Christine.

Indiferente, señala detrás de ella con el pulgar, a continuación coge diligente dos vasos y un pequeño cuenco y desaparece en una de las habitaciones. Andi sigue con la vista la dirección indicada con el pulgar y atisba una ventana acristalada junto a la que hay una puerta con un letrero que dice «Sala de enfermería». Llama a la puerta con educación, pero, como no se oye movimiento en el interior, abre tímidamente la puerta y entra. Hay un escritorio desocupado, varios armarios con vitrinas, una pizarra con diagramas y listas entre los cuales cuelgan fotografías, postales de vacaciones, un corazón de cartón que dice «¡Gracias!»…

Más atrás hay otra puerta, que se abre en este momento. Una enfermera vestida con una blusa azul celeste y delantal blanco sale de ahí y se queda observándole con severidad. A Andi le incomoda la intensidad de esa mirada. La enfermera es una mujer de mediana edad, muy alta, con el pelo corto, oscuro y rizado; sus ojos grises desprenden un aire autoritario.

—El nuevo objetor, ¿eh? —pregunta enarcando las cejas—. ¿Acaso se ha perdido? Llevo media hora esperándole.

—No lo sabía… Sin duda ha habido un malentendido…

—Jovencito, abra bien los ojos y los oídos. Vamos, siéntese.

La estancia da la impresión de ser una especie de sala de estar para el personal de enfermería. Hay una mesa larga con todo tipo de tazas, tazones y una cesta con bizcochos; en las paredes alrededor hay armarios blancos, una estantería con expedientes, otra con libros, folletos y todo tipo de papeles. Él se sienta obediente en la silla que le ha indicado y espera a ver qué pasa.

—Soy la enfermera jefe Christine —dice ella sacando una carpeta de la estantería, que acto seguido coloca en el otro extremo de la mesa—. Bienvenido al ambulatorio de urgencias de Frankfurt, señor Perrier. Para hacerlo todo más sencillo, a partir de ahora le llamaremos «Andreas», que es lo que solemos hacer aquí.

Andreas, se dice él. Como en la escuela. Solo falta que me empiece a tutear. Menuda bruja. Para esto, bien podría haberme alistado en el Ejército.

Ella pasa las páginas de la carpeta y se pone unas gafas de montura dorada. A continuación, le pide que le muestre la carta que

le ha enviado el ambulatorio y su documento de identidad. Tras comprobarlo todo de forma minuciosa y comparar su imagen con la de foto, asiente satisfecha y le devuelve la documentación.

—De acuerdo. En esto tengo que ser concienzuda; podría venir cualquiera, ¿no? Firme aquí y aquí.

Le tiende varios documentos, le acerca el bolígrafo y se levanta porque la joven enfermera con gafas está junto a la puerta.

—La señora Kugler, de la habitación doce, tiene muchos dolores… —informa.

—¿Por qué la enfermera Gisela no está con ella?

—Está en la nueve, la paciente tiene una insuficiencia circulatoria. El doctor Schreiter está informado.

—Administre a la señora Kugler veinte gotas de Nolotil. Luego, enfermera Claudia, voy a necesitarla. Hay que acompañar a la señorita Streckinger a hacerse una radiografía.

—Sí, enfermera jefe.

Andi tiene de pronto la sensación de ser un objeto molesto en un engranaje diligente y bien organizado. Echa un vistazo por encima a los formularios que le han presentado —responsabilidad, seguros, deber de confidencialidad— y los firma apresuradamente, porque la enfermera jefe Christine vuelve a entrar en la sala. Entonces le suelta una avalancha de información e instrucciones que a él le cuesta asimilar por la rapidez con que ella las expone.

—Aquí tiene su taquilla. Al final del día lleve la bata blanca a la lavandería. Debajo, vista una camisa correcta. ¡Y nada de vaqueros! Esos zapatos no sirven, cómprese zapatos de trabajo adecuados. No soporto el chicle, está avisado. ¡Y vaya a la peluquería! Si no, le tendré que regalar una redecilla para el pelo.

Hace que se lave bien las manos, y luego lo envía a su primera misión: ayudar a la enfermera Claudia a llevar a una paciente a rayos X.

La señorita Streckinger resulta ser una anciana de pelo gris enmarañado, que entre las sábanas blancas tiene una apariencia menuda y frágil. Se cayó de un taburete mientras colgaba unas cortinas y se ha hecho daño en la espalda.

—Ahora le vamos a hacer una radiografía, señorita Streckinger —dice la enfermera Claudia en una voz tan alta que Andi da un respingo. La señorita Streckinger debe de ser dura de oído.

—¡Quiero irme a casa! —musita la paciente—. Estoy bien. Tengo a mi sobrina ahora en mi piso, revolviendo entre mis cosas en busca de dinero…

—¿Vuelve a sentir las piernas?

—Tiempo al tiempo…

—En ese caso, antes hay que ver qué le ha pasado en la espalda, señorita Streckinger.

Han metido en la habitación una camilla con ruedas sobre la que deben poner a la señorita Streckinger.

—¡Agárrela por los pies! —le ordena la enfermera Claudia.

Retira entonces el edredón blanco y Andi se queda mirando fijamente el cuerpo demacrado de la anciana. Lleva solo una bata de hospital blanca y corta y de ella sobresalen las piernas hasta la altura de los muslos: son escuálidas y pálidas, están surcadas de venas azules y tiene las rodillas hinchadas. Debe hacer un esfuerzo para asir a la anciana por los tobillos, que nota fríos y huesudos.

—A la de una, a la de dos, a la de tres…

La mujer es ligera como un pájaro; la habría podido levantar en brazos y depositarla luego sobre la camilla.

—Quiero ir a casa… —gime la paciente.

—Seguro que pronto estará en casa, señorita Streckinger —le asegura en tono compasivo.

La cubren con una sábana blanca y la trasladan por el pasillo hasta el ascensor. La camilla apenas cabe ahí dentro y él tiene que apretujarse en un lateral con la enfermera Claudia.

—Debería usted usar desodorante —le dice ella en tono severo mientras el ascensor los va bajando.

Andi no dice nada. ¡Qué antipática! Además, ella también suda mucho y encima tiene granos en la cara. Es evidente que aquí él, como objetor, es el último mono.

Al llegar ante la sala de rayos X, ella lo despide; le dice que vaya a la planta, que allá habrá trabajo para él. Falta poco para las diez, Andi está hambriento y no le vendría mal tomar un café, pero la

enfermera Gisela lo espera arriba con un carrito lleno de jarras y tazas. Esta enfermera, por fin, es una persona amable. Regordeta, simpática y muy maternal, le sale al encuentro, se presenta y le explica que ahora debe dejar en la mesilla de cada paciente una infusión recién hecha y retirar la vajilla usada.

—Cuando acabes, dejas el carrito junto al ascensor. Seguro que te las arreglarás sin mí, ¿eh?

—Es fácil…

—El doctor Häger, el médico jefe, pasará a las once con su séquito. Procura no estorbarlos, ¿entendido?

No le importa que ella lo tutee porque es de trato agradable y se siente cómodo a su lado. Aunque tiene un hambre canina, empuja obediente el carrito por el pasillo para repartir infusiones de manzanilla. El ambiente en las habitaciones es sofocante porque el sol da en los cristales y las calienta. Tampoco el olor ahí es agradable. La mayoría de las pacientes llevan escayola en los brazos o las piernas; en algunas habitaciones hay cuatro o cinco mujeres juntas; en otras, solo dos. Prácticamente en todas partes las charlas son animadas; algunas pacientes se han levantado de la cama y andan cojeando por la habitación; otras se dirigen a los aseos, que están situados junto a la zona de ducha, en el pasillo. De todos modos, en cada dormitorio hay un lavamanos. Solo hay una paciente que ocupa una habitación individual. Es una mujer mayor. Andi no sabe lo que tiene, pero no le parece que lleve ninguna escayola. En la mesilla de noche hay varias botellas de zumos de fruta, dos cajas de golosinas, y junto a la ventana hay un gran ramo de flores.

—¡Ya se puede llevar esta infusión asquerosa! —le espeta—. ¿Cuándo va a pasar por aquí el doctor Häger? ¡Llame a la enfermera para que me quite esta cosa!

Ella señala un asa blanca que sobresale a un lado de su cuerpo, debajo del edredón. ¿Un orinal? ¡Qué asco! Frank ya le predijo que tendría que realizar estas funciones. ¡Pero el primer día, no!

—Informaré de ello…

Como hasta ahora solo ha visto pacientes femeninas, sospecha que está en el pabellón de las mujeres. Él hubiera preferido estar en el de los hombres, pero, por desgracia, no puede elegir.

Avanza bien con el reparto de jarritas de infusión, a fin de cuentas, en su casa de vez en cuando ha ayudado a servir; en cuanto acaba con la última habitación, un grupo de hombres vestidos con batas blancas asoma por el pasillo. El médico jefe hace la ronda de visitas. Se puede ver que esa persona menuda y algo mayor es el doctor Häger por el modo en que los demás, más jóvenes, se arremolinan a su alrededor. Dos de ellos caminan a su lado y sostienen unas carpetas; deben de ser médicos ya en servicio y con permiso para llevar los historiales. Los demás hombres posiblemente aún están en su periodo de residencia, guardan una distancia de respeto y escuchan con deferencia las palabras del maestro. El doctor Häger no escatima en palabras mientras va hablando de forma animada con sus acompañantes, pero en un momento se detiene bruscamente de modo que uno de los médicos que llevan historiales casi choca con su jefe.

—¿Y a quién tenemos aquí? —pregunta afable el doctor Häger—. El nuevo objetor, ¿verdad? Un caballero de apellido francés. ¿Cómo era? ¿Pernod?

—Perrier. Andreas Perrier, de Wiesbaden. Hoy es mi primer día aquí, doctor Häger.

—Vaya, vaya —dice el doctor Häger—. Un francés, ¿por qué no? Durante la guerra estuve en Francia. En pocas semanas teníamos a los franceses en el saco. Pero, bueno, eso fue hace tiempo. La guerra es una desgracia. No hay que participar en ella. Está bien tenerle aquí, joven. ¡Nos viene bien!

—Gracias… —tartamudea Andi, confuso.

Acto seguido, la brigada de médicos sigue avanzando y desaparece en uno de los dormitorios. Andi empuja el carrito con las infusiones hacia el ascensor, diciéndose que será mejor no contarle a papá la charla del médico jefe. En unas pocas semanas, según él, tenían a los franceses «en el saco». Increíble. Algunos familiares de los Perrier murieron en la guerra, fusilados por los alemanes; otros quedaron lisiados para el resto de sus vidas.

Se dispone a ir a la sala de enfermería para tomar, por lo menos, un café cuando suena el ascensor y se abren las puertas. Entra en el pasillo una camilla con un soporte del que pende una bolsa de

goteo, ve unos tubos que llevan hasta la enferma; entonces ve, estremecido, que el rostro y los brazos de la paciente relucen en un rojo intenso. ¡Sangre! ¡Una víctima de un accidente!

Nota un escalofrío e, inmediatamente después, le invade una náusea muy desagradable, siente que se le doblan las rodillas y, de pronto, todo se desvanece. La oscuridad. El negro más absoluto.

Asoma entonces un rostro, muy cerca de él, nota unas lágrimas saladas, sostiene a Margit entre sus brazos y la besa. En las mejillas, en la boca.

—Prométemelo —escucha su voz suplicante.

—Te lo prometo, Margit.

—Por siempre jamás.

—Por siempre jamás…

—Dime que me amas y que estarás a mi lado…

—Estaré a tu lado, Margit. Pero ¿y tú y tus padres? ¿No querías…?

—No, eso se acabó. Para mí, en el mundo solo estás tú. Dime que me quieres… Dilo…

—Te quiero.

La imagen se desvanece, oye zumbidos, alguien le propina varias bofetadas suaves en la cara. Al abrir los ojos, ve sobre él el rostro sofocado de la enfermera jefe Christine.

—La que hemos liado, muchacho —le dice—. No se levante, Andreas. Levante los pies y apóyelos en la pared. Un chico impresionable, ¿eh?

—La sangre…, tanta sangre… —farfulla con la lengua pesada.

—¿Sangre? ¡Tonterías! Esto es un antiséptico para heridas. Esa mujer tiene rozaduras en la piel y un hombro roto. Un accidente de bici.

¡Un antiséptico para heridas! Debe de ser algo como el yodo que mamá les aplicaba siempre en las rodillas y codos lastimados. Picaba de forma endiablada. ¡Pobre mujer! Andi se incorpora con cuidado y pregunta con tono apocado:

—¿Podría tomarme una taza de café? Esta mañana no he desayunado…

—¿No ha desayunado? —La enfermera jefe se altera—. ¿Cómo no ha dicho nada? ¡Si ya casi es la hora de almorzar!

Como en la sala de enfermería no hay nadie más, ella misma se ocupa de servirle una taza de café que hay en un termo plateado. En ese instante llega la enfermera Claudia con un carrito gris sobre el cual hay cuatro platos medio llenos. El almuerzo. Col lombarda demasiado hervida, patatas pasadas y una loncha ondulada de embutido de carne flotando en una salsa marrón.

—Coma alguna cosa —dice mirando hacia Andi con desdén.

Él engulle su plato con avidez. La carne, las verduras y las patatas saben todas igual: a nada. No tienen punto de comparación ni con la magnífica sopa de gulasch de la tía Swetlana, ni con la ensalada italiana de Giuseppe. Pero, al menos, eso le llena el estómago y vuelve a sentirse mejor.

—Aquí se cocina con poca sal —explica la enfermera Gisela, que acaba de llegar y que seguramente adivina por su cara cómo le sabe la comida del hospital—. Un truco de experta: tener siempre a mano un salero.

La tarde transcurre de forma bastante aceptable. Ayuda a sentar a las pacientes en la silla de ruedas y a llevarlas hasta la sala de rayos X; luego, bajo la severa supervisión de la enfermera Claudia, aprende a distribuir pastillas en recipientes siguiendo una lista y puede acompañar a la sanitaria mientras ella las reparte. Ordena el material de curas en los cajones, enjuaga el termo y limpia la mesa. Finalmente le permiten empujar por el pasillo el carrito con la cena: una rebanada de pan integral, mantequilla, medio tomate, dos trozos de salchicha y un quesito por persona. Todo eso acompañado de infusión de manzanilla recién hecha.

La enfermera del turno de noche se llama Friederike; es una mujer bajita y robusta y lleva el pelo corto. Da la impresión de ser una persona muy enérgica y sentir poco respeto por la enfermera jefe. Brujas enfrentadas, piensa. Lo importante es no verse atrapado en medio, eso está claro.

A las seis puede marcharse a casa. Ya era hora: está agotado por completo y no piensa más que en meterse en la cama y dormir. Mañana a las ocho tiene que volver. Y, según la estricta

programación, así será durante los próximos dieciocho meses. No sabe cómo podrá aguantar así.

En casa, la señora Könnemann le espera con la cena.

—Debes de estar muy hambriento —le dice como saludo—. Ya sé cómo es eso con los chicos.

En la mesa del salón hay una cesta con dos rebanadas de pan integral, un trocito de mantequilla, tres lonchas finas de embutido, un quesito y un pepinillo. Para acompañar, hay preparada infusión. Andi se da cuenta de que el concepto que la señora Könnemann tiene de una cena copiosa es bastante limitado. Quizá ella coma como un gorrión. Sin embargo, se siente demasiado cansado para quejarse, se lo come todo, sin dejar ni una miga, da las gracias con educación y se marcha a su habitación. Nota que el aire está cargado, así que abre la ventana de un tirón y se tumba en la cama. En este momento, le da igual que cruja, o que él se hunda en el colchón. El aire fresco del atardecer acaricia las paredes del cuarto, en la calle pían todavía algunos pájaros y al otro lado de la casa la señora Könnemann friega los platos. Siente el cuerpo pesado, como si fuera de plomo, y cierra los ojos.

Sin embargo, le resulta imposible conciliar el sueño. En su cabeza dan vueltas imágenes y voces; ve a la señorita Streckinger vestida con su bata de hospital, y oye la voz de mando de la enfermera jefe Christine: «¡Córtese el pelo!». Luego, el doctor Häger le dice: «¡Acabamos de meter a los franceses en el saco!». Y se desliza por delante la camilla con la paciente con la piel embadurnada de rojo. Se ha desmayado, ¡qué vergüenza! Nunca en la vida le había pasado nada parecido. Ojalá nadie se lo cuente a sus padres. Frank se partiría de risa.

Hace un calor sofocante; el colchón lo envuelve por ambos lados como si fuera una cálida manta de lana; se levanta y va al cuarto de baño. Es minúsculo: un lavabo, un retrete con tapa de plástico negro, una estantería de madera con una cortina delante, y, dentro de la bañera, una cesta de ropa sucia. Coloca sus toallas, las manoplas de baño, el jabón, el cepillo de dientes y los utensilios para afeitarse en un taburete tambaleante; se lava con agua fría, se cepilla los dientes y regresa a su cuarto. La señora Könnemann

parece estar en el salón; la oye accionar la máquina de coser con los pies.

Sentado sobre la cama, contempla por la ventana las copas de los árboles del cementerio. Aún hay luz, su cansancio se ha desvanecido; ahora podría sacar uno de los libros que ha traído consigo. Pero se anima a levantarse.

El viernes pasado viajó a Eltville para averiguar a qué estaba jugando Margit. ¡Cuántas cosas se habría ahorrado si se hubiera quedado en casa! Pero, por otra parte, no habría vivido esos momentos emocionantes y felices que aún siente en su interior.

Papá no quiso acompañarle; últimamente evita su adorado viñedo como si fuera la peste, y dice a todo el mundo que su presencia en el Café del Ángel es imprescindible. Así pues, Andi fue en tren y llegó a la estación de Eltville sobre el mediodía. En el patio de la bodega el ritmo era trepidante; Mischa y dos chicas del pueblo corrían de un lado a otro sirviendo ensaladas de patatas con salchicha y otras cosas, pero no vio a Margit por ninguna parte. En la cocina, la simpática Meta Rubik le sirvió un plato bien lleno; luego Mischa se acercó y le preguntó por qué su padre no había venido.

—Ni idea. Creo que está ocupado en el café…

Acto seguido, Mischa abandonó la cocina a toda prisa con cara de pocos amigos; Meta lo miró preocupada mientras se marchaba: «Oh, no sé cómo acabará todo esto».

Andi dudó si preguntarle por Margit, pero al final desechó la idea y se lanzó a andar por las callejuelas hasta llegar a la tasca de los padres de la muchacha. El local se encontraba algo lejos, en el otro extremo, pero estaba igual de abarrotado que la tasca de papá; y allí, en efecto, vio a Margit, cargada con una bandeja llena de platos y vasos. Se acercó solo hasta la entrada del patio y desde allí la saludó un instante con el brazo; después se adentró en los viñedos con la esperanza de que ella tal vez fuera tras él.

Y así fue. Al poco rato oyó sus pasos. La muchacha estaba casi sin aliento y se arrojó a sus brazos como una posesa.

—¡Por fin has venido!… Casi me muero de miedo… Me vigilan día y noche… No me dejan ir a Wiesbaden, de hecho, no puedo ir a

ninguna parte, y Klaus-Dieter quiere venir de visita a casa el domingo. Dicen que me voy a casar con él…

Andi notó que le hervía la sangre al ver cómo ella se le abrazaba y lloraba amargamente. ¿Cómo es posible?, pensaba. Es como en la Edad Media. Pero su instinto de protección se activó, y él la abrazó y la consoló; le dijo que sus padres no debían casarla en contra de su voluntad y que bastaba con que ella se negara. Luego anduvieron cogidos de la mano entre las hileras de las parras y ella se pasó el rato diciendo que solo lo amaba a él, que no quería a nadie más y que, aunque su padre ya la había abofeteado varias veces por este motivo, ella prefería que la mataran a golpes antes de renunciar a su amor. A él, por supuesto, no se le escapó que ella exageraba, pero aun así se conmovió mucho. Se fueron deteniendo una y otra vez porque ella quería abrazarlo y besarlo. Él la dejó hacer y, la verdad, también la besó y la abrazó con fuerza.

Al cabo de un rato se encontraron frente a una de esas cabañas bajas de piedra donde los viticultores guardan los aperos y se pusieron detrás para no ser vistos desde la carretera que transcurre junto a la orilla del Rin, y entonces ella quiso que se le declarara. Eso no le resultó sencillo, pero tenía la mente confusa al sentirla a ella tan cerca y tan desesperada y también porque su virilidad estaba muy excitada. De haber estado abierta la puerta de la cabaña…, quien sabe si tal vez él habría cometido una estupidez, pero, en todo caso, tenía un grueso candado de hierro. Por otra parte, en pleno día, entre las viñas, con turistas correteando por todas partes…, no era muy de su gusto.

Como al final él le dijo que la amaba y que la apoyaba, ella se sacó un anillo del bolsillo de la falda. Era una joya de plástico de color dorado extraída de una máquina de chicles; ella había retirado la piedra que había en el engaste en forma de corazón y, en su lugar, había gravado MARGI con un alfiler. Se había quedado sin sitio para la T final. Ella le puso el anillo en el dedo y, como tiene las manos delgadas, incluso le entró.

—Llévalo siempre, Andi —le pidió—, porque ahora somos el uno para el otro.

Después regresaron y ella dijo que probablemente su padre la pegaría por haberse ido del trabajo, pero que eso le daba igual porque ahora sabía que él la amaba.

Andi no regresó a la bodega de su padre, sino que tomó el siguiente tren a Wiesbaden. Se quitó ese anillo ridículo del dedo y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Pero aquello no sirvió de mucho porque no deja de pensar en ella, y las tonterías que sueña por las noches no las puede compartir con nadie. Ni siquiera con Frank, que robó *La montaña mágica* de su cuarto y se llevó de nuevo todas las gomas. Seguro que porque las necesitaba, ese comprensivo hermano suyo.

Swetlana

Al principio creyó que Hilde había perdido la cabeza. Ya solo esa extraña llamada a última hora del día… Pero, en fin, se había disculpado, y eso era todo un detalle por su parte y le hizo bien a Swetlana. Sin embargo…, ¿eso de las maletas hechas? ¿Marcharse de viaje? Desde luego, la pobre Hilde debe de estar completamente sobrepasada por el trabajo.

Como no podía ser de otro modo, August volvió a llegar a casa muy tarde; para entonces ella se había quedado dormida delante de la tele y se despertó cuando él apagó el aparato.

—Cariño, luego, por la noche, no podrás dormir —dijo con una sonrisa, y después se marchó al baño. Cuando ella entró en el dormitorio, él ya estaba tumbado en la cama detrás de un libro.

—Túmbate conmigo, amor, que te leeré una cosa…

—Léetelo para ti solito —le espetó ella—. No necesito que nadie me lea en voz alta, para eso ya tengo la tele. Ahora mismo, lo único que quiero es dormir.

—Lástima —dijo decepcionado—, pero mañana podrás dormir hasta tarde. Voy a llevarme a Sina al bufete, ella me lo ha pedido. Bien, pues, buenas noches, cariño.

Apagó la lámpara de la mesilla y se acurrucó bajo la manta, pero, durante un buen rato oyó cómo él pasaba las páginas de su libro.

Pero ¿qué familia es esta?, se preguntó. August trabaja hasta última hora del día y luego se dedica a leer libros. Sina pasa el rato con Petra y Marion, y mañana irá con August al bufete. ¿Y yo? Yo estoy sola. Ni siquiera Laika, que duerme arriba en el cuarto de Sina, quiere estar conmigo.

Por supuesto, como antes se había quedado dormida ante el televisor, le costó mucho conciliar el sueño. Todo tipo de pensamientos siniestros vagaban por su mente mientras, tumbada

bocarriba, escuchaba el zumbido de un mosquito que daba vueltas por la habitación. Su padre había fallecido; su madre, en Sverdlovsk, también murió, y su hermano era un ser envidioso que la echó de casa. ¡Ah! Y ahora también va a perder a su Mischa y a su querida Simone, y puede que nunca llegue a ver a su nieto. ¿Por qué sigue con vida? Sería mejor estar muerta.

Sin embargo, al final se durmió y por la mañana, con el sol brillante en la ventana y los pájaros cantando, el mundo ha vuelto a parecer diferente. Ha preparado el desayuno para Sina y August, y luego los tres han pasado un rato en el comedor: August leyendo el periódico, y Sina escribiendo rápidamente alguna cosa para la escuela. No han hablado mucho, pero entonces ha llegado la señora Wegener, con la que puede hablar, y cuando ha sacado a Laika a la calle, se ha encontrado con una vecina. Al parecer, ella y su marido acaban de regresar de un viaje al lago de Garda, organizado por la empresa Neckermann; le ha contado que el hotel era excelente y que la comida, aunque buena y abundante, era muy italiana. Hoy, ha dicho, le prepararía al marido salchichas con patatas y raíces. Swetlana le ha dicho que una buena comida es lo más importante que hay y luego ha regresado a casa con Laika para darle el toque final a su sopa de gulasch y llevarla después al Café del Ángel. Pero entonces, de pronto, se encuentra con el Escarabajo azul claro de Hilde aparcado frente a su garaje. Su cuñada acababa de apearse y la saluda con el gesto; Laika ha empezado a tirar con fuerza de la correa para saludar a Hilde.

—¿Has cambiado de opinión? —le pregunta Hilde mientras acaricia a Laika.

—¿Cambiar de opinión? ¿A qué te refieres?

Hilde pone los ojos en blanco y señala el asiento trasero de su coche. Allí hay una maleta de cuadros y dos bolsas de plástico.

—Me voy de viaje, está decidido —declara—. Si quieres, podemos ir juntas.

Swetlana se la queda mirando sin saber qué pensar. Hilde no habla por hablar. Hace lo que dice. Por lo menos cuando su estado es normal.

—¿Cómo dices? ¿De viaje?

Hilde sacude la mano con un gesto impaciente.

—Me marcho de vacaciones, Swetlana. Al sur. Voy a dejar que el sol me acaricie el vientre. A eso me refiero. Si quieres venir, prepara ahora mismo una maleta y nos marchamos.

Swetlana decide hacer entrar de momento a esa loca a su villa, a fin de cuentas estas cosas no se pueden hablar en medio de la calle.

Hilde accede, pero le deja claro que no tiene toda la mañana. Después de cerrar el coche sigue a Swetlana, que ya está en la puerta de entrada junto con la perra.

En la cocina escucha las airadas explicaciones de su cuñada y siente una gran compasión por ella. ¡Esta cara de Else ella no la conoce! El bueno de Giuseppe es una persona encantadora y su hermana también. Sí, comprende perfectamente que Hilde esté enfadada. Pero ¿marcharse sin más solo por eso?

—¡Así verán cómo se las arreglan sin mí! —dice Hilde con tono airado—. Tal vez entonces me valoren un poco más.

Este argumento convence a Swetlana. Sin Hilde, en el Café del Ángel se desatará el caos. ¿Y si ella, Swetlana, se marcha sin más?

—Ni siquiera se darán cuenta de que no estoy —dice con tristeza.

—No lo creo —objeta Hilde—. Al revés. Te echarán muchísimo de menos. Y tal vez August se percate por fin de que su obsesión por el trabajo está poniendo en peligro su matrimonio.

Quizá Hilde tenga razón. Es cierto, tiene que hacerse valer en algún momento; si no, August continuará igual y ella cada día se encontrará más triste. Swetlana ahora ya está sopesando con cautela la idea de aceptar la propuesta descabellada de Hilde.

—Aunque no puedo dejar a Sina sola…

—Ella tiene a la señora Wegener y a su padre. Y a Laika. Y, además, a las niñas de Luisa… Eso es suficiente por un tiempo.

—Pero… Karin quería traerme a sus hijos. Y a mí me apetecía.

—¡Pues tendrá que pensar en otra solución!

—También tengo que hacer la sopa de gulasch para el Café del Ángel…

—Mala suerte para mamá. ¡Adiós a la sopa de gulasch! —comenta Hilde con cierta maldad.

Swetlana inspira profundamente y, de pronto, siente como si estuviera librándose de un gran peso y fuera ligera como un pájaro de verano.

—De acuerdo. Espera, tengo que hacer las maletas.

Hilde le da un fuerte abrazo y le dice que siempre ha sabido que con ella podía contar para cualquier cosa, y que la ayudará a hacer el equipaje. Algo que hace con su peculiar y enérgico modo.

—Con tres vestidos de verano bastará. ¿Y ese montón de ropa interior? No necesitas el abrigo, ahora es verano. Con una chaqueta será suficiente. ¡Por Dios! No hace falta un vestido de noche, que no vamos a ir a la ópera…

—Pero… ¿y si al final vamos?

—Pues entonces te compras uno. Sobre todo, tenemos que ir al banco y sacar dinero. No olvides el documento de identidad y el pasaporte. Y el número de cuenta, por si tienes que sacar dinero en el extranjero…

¡Qué modo tan práctico de pensar, el de Hilde! Hasta ahora, en todos sus viajes, August se ha encargado siempre de estas cosas, ella no tiene ni idea. Con Hilde se siente segura. Y además es una persona alegre, siempre tiene buenas ideas y se ríe de las preocupaciones de Swetlana.

—¿La sopa de gulasch? Guarda la mitad en una olla para August y Sina, y la otra mitad nos la llevamos. Serán las provisiones de viaje.

Para Swetlana eso es miel para sus oídos. Cierto, necesitan tener comida para el viaje. Entre las muchas cosas que ha comprado hay una nevera portátil que empieza a llenar con alimentos. También tiene por ahí una cocina de gas, nueva y sin usar. Y una preciosa maleta de pícnic, con platos y tazas irrompibles, de la que se había olvidado por completo… Hilde frena su entusiasmo y le indica que, aunque en la baca del coche haya sitio, solo deberían llevar lo estrictamente necesario.

—Tienes razón. Serán solo unos días, ¿no?

—Exacto. Y además compraremos algunos recuerdos en el camino, ¿no?

—¡Oh, sí!

De no haber estado Hilde ahí, se habría pasado el resto del día haciendo la maleta. Pero su cuñada elige con certeza todo lo indispensable y desestima con obstinación las cosas superfluas. A la señora Wegener se le pone al corriente de ese viaje inesperado, Swetlana promete llamar con regularidad durante el viaje y luego ayuda a Hilde a atar el equipaje en el techo del coche.

—¿Lo llevas todo? ¿Pasaporte, libro de oraciones, gafas, dentadura postiza…?

—Pasaporte en el bolso, libro de oraciones en el corazón y dientes en la boca.

—Perfecto. ¡Entonces allá vamos!

Mientras atraviesan Wiesbaden, todo le parece irreal. Esta mañana aún se preguntaba qué iba a hacer para el almuerzo y ahora, de pronto, se marcha de vacaciones. Incluso ha retirado una suma considerable de la cuenta bancaria. Esto ella lo puede hacer porque tiene la autorización de August; él es generoso y no le asigna un presupuesto concreto para la casa, como hacen otros maridos. Sin embargo, al llegar a la gasolinera, se siente tentada de apearse y regresar a casa con el autobús. Y entonces ¿qué? Pues que todo volvería a ser igual. No. Ella no quiere tal cosa.

En la autopista en dirección a Frankfurt se hace evidente que el Escarabajo de Hilde ya no es lo que era. Le cuesta llegar a los ciento veinte kilómetros por hora, y además los bultos en la baca se sacuden y traquetean, y el asiento trasero está tan abarrotado que la luna posterior solo está despejada en parte. Esto se debe, sobre todo, a los tres rollos de papel higiénico que antes de salir ha metido a toda prisa en el coche. Deberían haberse llevado su Opel Kadett, que es más potente y tiene un maletero más grande. Pero Hilde es buena conductora y sabe sacar el máximo provecho de su vehículo. Cuando el camino va cuesta abajo y el viento ayuda, el cuentakilómetros alcanza incluso los ciento cincuenta kilómetros por hora. Por otro lado, no parece tensa, se ríe y habla sin cesar, contándole los viajes de vacaciones a la Provenza, las excursiones hasta la costa mediterránea, las hermosas playas de arena, la vida en el sur, donde los niños corretean por las calles incluso cuando ya ha caído el sol, y las tiendas están abiertas hasta medianoche.

Swetlana también se abre, y contribuye con sus recuerdos de las vacaciones junto al lago de Garda, del fantástico *gelato* que le trajo a la playa el vendedor de helados, de los colores claros y brillantes del paisaje, del azul del cielo…

A la altura de Sprendlingen enfilan por fin en dirección hacia el sur: DARMSTADT – MANNHEIM – KARLSRUHE, dicen los letreros de la autopista. El ambiente en el coche es fabuloso; hacía tiempo que Swetlana no se sentía tan a gusto. Hilde ahora parece una persona completamente distinta de la que es en el Café del Ángel, donde siempre corre de un lado para otro y apenas tiene tiempo para charlar. Ah, y ahora se ponen a hablar de «los hombres», un tema infinito, en el que casi siempre coinciden.

—De cara a la galería se dan muchos aires, pero en casa son de lo más tierno. Delicados a más no poder. Un resfriado casi los mata, dos gotitas de sangre y se marean…

—¿No te parece raro? ¡Y estos son los que van a la guerra! Imagina si tuvieran que dar a luz a un niño…

—¡La humanidad se habría extinguido hace mucho tiempo!

¡Qué liberadoras resultan estas charlas entre mujeres! ¡Cuánto las echaba de menos! Puede hablar de la obsesión que tiene August por trabajar, e incluso Hilde se muestra de acuerdo con ella.

—August ha sido así toda la vida, Swetlana. Era siempre el mejor de la clase, iba a todas horas con un libro en las manos, vamos, un muermo. A ese hay que hacerlo bajar regularmente de la nube de artículos de ley en la que habita; si no, se aleja flotando en ella sin darse cuenta.

Sí, en cuanto los hombres se obcecan en algo es muy difícil conseguir que vuelvan a poner los pies en la tierra. Hilde admite sin reservas que ella y Jean-Jacques pasaron unos «años salvajes» y que su matrimonio estuvo a punto de venirse abajo.

—Pero se ha reformado —dice ella satisfecha—, y de momento la verdad es que se esfuerza; si se decidiera por fin a ceder el viñedo a Mischa, me haría muy feliz.

También en este asunto están de acuerdo, y Hilde, la optimista, sostiene que solo es cuestión de tiempo. Se hará de rogar un poco,

pero al final aceptará la propuesta.

—¿De verdad lo crees?

—Pues claro. ¡Conozco bien a Jean-Jacques!

El mundo de Swetlana de pronto vuelve a iluminarse. Si Hilde dice esto con esa convicción, entonces no hay duda de que es verdad. Ella no perderá a Mischa, verá a su nieto y podrá ayudar a su querida Simone cuando le lleguen los dolores del parto. Y, por supuesto, podrá echar una mano en Eltville; a fin de cuentas, Simone va a tener que trabajar en la tasca y en el viñedo y entonces ella, Swetlana, podrá cuidar del pequeño.

Salen de la autopista en Bruchsal y serpentean un poco a través de unos cuantos pueblos hasta que encuentran un bonito camino de tierra donde aparcan el coche y hacen un pícnic. Sacan la cocina de gas, pero no funciona porque le falta el cartucho, así que tienen que tomar la sopa tibia. Acompañan la comida con pan del día, queso, embutidos, pepinillos en vinagre y calabaza en conserva. De postre, Swetlana ha traído una caja de bombones y ha tenido la prudencia de preparar un termo con café.

—Si sigo comiendo de este modo, no me cabrá el bañador —se lamenta Hilde.

—¡Qué boba! —Swetlana se ríe—. Estando al aire libre y al sol, incluso adelgazarás. Y cuando nos bañemos en el mar… Por cierto, ¿adónde vamos?

—Ni idea —dice Hilde con una sonrisa y apura el café de su taza —. Me dije que iríamos hacia el sur, hasta Italia.

—Italia está bien. Allí comeremos espaguetis con una salsa deliciosa y pescado del Mediterráneo. Giuseppe me recomendó un lugar en Nápoles, pero no me he traído la dirección…

—Podemos llamarle…

Swetlana mira el reloj: son más de las dos. ¡Por Dios! Tiene que llamar a Sina y a August. De repente, su buen humor se desvanece y los remordimientos se apoderan de ella. Se ha marchado sin más. ¿Qué reproches va a tener que afrontar?

—Basta con que llamemos por la noche —dice Hilde, que no siente ninguna necesidad de decirle a su madre dónde está ni cómo se encuentra.

—No puedo hacer eso. Prometí…

—De acuerdo. En el próximo pueblo seguro que habrá una cabina telefónica. O tal vez una fonda donde podamos tomarnos un trocito de pastel y hacer una llamada…

Lo del pastel no tienta mucho a Swetlana en ese momento, ya que los bombones se los ha comido prácticamente ella sola. Después de que ambas desaparezcan unos instantes detrás de un arbusto, recogen toda la comida y la cocina de gas inservible y Hilde conduce hasta el siguiente pueblo. A su lado, Swetlana está inquieta y contempla por la ventanilla los campos que se están segando. Se siente mal, demasiados bombones de mazapán, nota el estómago pesado. En la pequeña fonda ante la que su cuñada detiene el coche huele a chucrut y embutido casero, pero se arma de valor y entra con Hilde en el comedor. Hay tarta de fresas recién hecha con nata montada, Hilde pide un café para acompañar. Swetlana solo pide una infusión de manzanilla.

—Una llamada local son veinte pfennigs —dice el camarero colocando el teléfono negro sobre el mostrador—. Las llamadas de larga distancia van por minutos.

Llamar a Wiesbaden es una llamada de larga distancia, pero da igual. Lo incómodo es que el camarero está lavando los vasos al otro lado de la barra y oirá la conversación. Es posible que cuente además los minutos, ese viejo tacaño. Aunque tiene las mejillas caídas y la barbilla floja, sus manos son de granjero.

Está tan nerviosa que la primera vez marca un número equivocado y le contesta una voz desconocida. A la segunda, por suerte, le responden.

—¿Mamá? Llevo todo el rato esperando tu llamada. ¿Qué tal? ¿Dónde estás?

El mareo de Swetlana va en aumento. ¡Dios mío! ¿Cómo ha sido capaz de abandonar a su pobre hijita? Es una mala madre. ¡Ojalá no hubiera hecho caso a Hilde!

—Sinochka, querida. Estoy en un pueblecito cerca de Karlsruhe. Estoy bien. No te pongas triste. Esta noche puedo estar de nuevo contigo, cariñito…

—¡No, mamá! ¡Tú querías irte de vacaciones! Papá ha dicho que necesitabas un buen descanso…

—¿Papá ha dicho eso? —pregunta con asombro.

—Sí —le confirma Sina—. Lo único que piensa es que antes deberías haberlo hablado con él. Y le preocupa si te habrás llevado dinero suficiente…

A August le preocupa el dinero. ¿Qué puede pensar de eso?

—¿No está enfadado? —pregunta ella con cautela.

—Se ha sorprendido un poco cuando al mediodía hemos venido a almorzar y la señora Wegener nos ha dicho que te habías ido de vacaciones. Pero hemos calentado la sopa y he hecho un pudin de chocolate para papá.

Sina ha cocinado. ¡Increíble! Su hija nunca antes había cogido una cuchara de madera y ahora le hace pudin de chocolate a su padre. ¿Eso que se oye al fondo es música de violín? ¡Ah, debe de haber encendido la radio!

—No te preocupes por nosotros, mamá —sigue diciendo Sina—. Petra y Marion están aquí, quieren pasar la noche conmigo para que no esté sola, la tía Luisa les ha dado permiso. Y el domingo, papá me va a llevar al Museo Gutenberg y tal vez al Museo Senckenberg de Frankfurt…

Así están las cosas. Sin ella se las apañan muy bien. Por un lado, Swetlana siente alivio, pero, por otro, la decepción hace mella en ella. ¿Hilde no dijo que la iban a echar de menos, que se preocuparían? Pues no. Se limitan a desearle unas buenas vacaciones. Eso es todo.

El camarero que tiene a su lado seca copas con esmero mientras mira una y otra vez el reloj de pared.

—Sina, llama a Karin. No voy a poder quedarme con los niños…

—Ya lo he hecho, mamá. El tío Willi llevará a Stefan y a Nora al Café del Ángel. Ahí la abuela Else cuidará de ellos…

—Eres una chica lista, Sina. Veo que no necesitas a tu madre.

—¡Eso no es cierto, mamá! Te echo mucho de menos. Pero también quiero que pases unas buenas vacaciones y que te puedas relajar.

¡Es un encanto! Tiene una hija maravillosa. Se puede sentir muy feliz y orgullosa de ello. August, en cambio, es una persona horrible. Ni siquiera la saluda y solo se preocupa por el dinero.

—Pronto volveré a llamar. Y enviaré una postal. Adiós, mi Sinochka…

—Adiós, mamá. Pásalo bien. Saluda a la tía Hilde…

Swetlana cuelga sintiéndose tan tranquila como enfadada y suspira. Por lo menos, el mareo ya ha desaparecido.

—Esto han sido cinco minutos como mínimo —afirma el camarero apuntándolo en un papel— ¿Otra infusión?

—Un café, por favor.

Entretanto Hilde ya se ha comido su tarta y la saluda con un guiño.

—¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Tengo una hija maravillosa —dice apartando la infusión—. Y a August le preocupa que no lleve suficiente dinero.

—Esa preocupación le desaparecerá en cuanto consulte el extracto bancario —sonríe Hilde.

—Pero, Hilde, ¡no me echa de menos!

—Espera y verás. Tú ya lo conoces. August no siempre dice lo que piensa. Y menos aún lo que siente.

—¿Y qué se supone que siente él? —se lamenta Swetlana—. Lo único por lo que se preocupa son los expedientes que se trae entre manos.

—Eso no te lo crees ni tú, Swetlana.

Se toma el café, paga, deja una propina fastuosa, y le dice a Hilde que le gustaría coger el volante.

—De acuerdo. Entonces sigamos hasta Friburgo. Nos buscamos un hotel por allí y pasamos la noche. ¿De acuerdo?

—Somos como vagabundos. Hoy aquí, mañana allá. Pasado mañana Italia…

—¡Deberías escribir poesía, Swetlana!

Cuando reemprenden la marcha, Hilde se entera de que su hermano Willi va a llevar a sus hijos al Café del Ángel y la noticia la alegra en secreto.

—Así mamá estará muy atareada y se guardará mucho de despedir a Giuseppe. Puede darse por contenta si él se queda. Vaya adonde vaya, a un camarero como él lo aceptarán de mil amores. Se puede marchar y dejarla plantada…

Swetlana brega con el Escarabajo, que no corre como a ella le gustaría.

—Tienes que pisar con fuerza el pedal y entonces se acelera. ¿Lo ves?… Con delicadeza, con tacto. Es como los hombres, de vez en cuando necesitan una patada cariñosa en los…

Hilde es maravillosa, siempre la hace reír. El viaje prosigue entre charlas animadas sobre lo divino y lo humano, las madres, los maridos, los hijos y los nietos. A esta hora, la autopista está casi desierta, solo hay atascos en sentido opuesto. Es la gente que regresa a casa tras unos días de descanso: en Renania del Norte-Westfalia y Baja Sajonia, las vacaciones están tocando a su fin. Al llegar a Friburgo, visitan la catedral y, en la plaza de delante de esta, escuchan a los músicos callejeros tocar sus canciones. Después se detienen en un restaurante y piden un menú francés de cinco platos. Hilde sugiere un buen tinto para acompañar y comparten una botella.

—Esto está muy bueno, pero la comida rusa llena mejor el estómago —comenta Swetlana después del plato principal, consistente en dos lonchas de carne y distintas verduras.

—¡Pero si queda todavía el queso!

—No puedo comer queso de cabra. Es que sabe a cabra.

Hilde se parte de risa. El *chèvre*, el queso de cabra, es el mejor queso que hay. Con el tiempo ya lo aprenderá.

—Bueno, si todo falla, ¡en el coche aún tenemos sopa de gulasch!

—¡Es una suerte!

Las dos piden una copa más de ese vino tan bueno y luego se dan cuenta de que, para su asombro, solo quedan ellas en el local. A su alrededor, las mesas ya están listas para el día siguiente. Es hora de acostarse.

—Déjame ir delante en la escalera —dice Swetlana, que se siente agradablemente mareada por el vino—; así, si me caigo, me agarrarás…

—Desde luego. Pero ¿dónde está la escalera?

—Aquí. Tienes los escalones justo debajo de tus pies…

—Cierto. No lo había notado… Habitación setenta y dos… No, veintisiete…

—Cuidado, no vayas a meterte en una habitación equivocada…

—Y ¿por qué no? Eso podría ser muy interesante…

Se ríen como colegialas.

Pasan la noche juntas en una cama francesa, que tiene el colchón tan hundido por el centro que al día siguiente se despiertan acurrucadas la una junto a la otra. Aun así, Swetlana se da cuenta de que hacía mucho tiempo que no dormía tan bien y tan profundamente.

Jean-Jacques

Lo sabía. Su esposa Hilde y Else, su suegra, están cortadas por el mismo patrón: ninguna de las dos permite que le quiten las riendas de las manos, y cuando riñen, saltan las chispas. En este caso, él está totalmente a favor de Hilde y se ha esforzado al máximo en apoyarla. Pero, por desgracia, ha sido en vano.

Ayer a última hora de la tarde, las dos mujeres tuvieron una fuerte riña. *Tant pis*, discutir permite poner las cartas sobre la mesa. Luego él abrazó a Hilde, que estaba muy alterada, y le dijo que unas vacaciones en el sur eran una gran idea, que eso él siempre lo había dicho. Podrían partir a primera hora de la mañana y así *maman* se tendría que apañar sin ella.

—Nosotros, no —repuso Hilde—. Yo me marcho sola. Tú tienes que mantener el fuerte aquí.

—¿Sola? *Mais tu es folle!* ¡Una mujer no puede irse sola de vacaciones!

Podía pasar cualquier cosa, dijo nervioso. La abordarían desconocidos, o la molestarían; los hombres la verían como una presa fácil. Ah, no, él no permitirá que se marche sola en coche. Y, además, él también necesita descansar, toda esa historia con Mischa lo tiene de los nervios. Pero ella es muy obstinada: él debe quedarse aquí, asegurarse de que el café no se vaya al garete y, sobre todo, tiene que cuidar de mamá.

—Si al final enferma por culpa del enojo, yo me sentiría muy mal.

A él eso no le hace ninguna gracia. Hilde quiere dar una lección a su madre, pero va a ser él quien tenga que asumir las consecuencias. El café, su suegra, Giuseppe y Valentina…, todo eso va a recaer sobre él. *Non!*

—Hazlo por mí, cariño —le suplica—. Ahora mismo no puedo hacer otra cosa. Más adelante iremos juntos de vacaciones. Te lo

prometo, de verdad.

Cuando ella le viene con esas e incluso lo llama «cariño», él se ablanda. Además, así su presencia será imprescindible en el café y no tendrá que viajar a Eltville, donde Mischa espera conocer su decisión.

—*D'accord* —suspira—. Pero no vayas sola. Llévate a una amiga, hazlo por mí…

—Ya he llamado a Swetlana…

—¿Swetlana? Ella no se va a ir de vacaciones contigo.

—¡Y tanto que sí! —objeta Hilde con convicción.

Mientras ella hace las maletas él se queda viendo la televisión sumido en pensamientos sombríos. Tal vez sea bueno que él tenga que ocuparse de *maman* y del café, porque, si no, por las tardes se sentiría muy solo en su piso. Hace unos días, Frank partió hacia el macizo de Westerwald, y Andi está en Frankfurt y no volverá a casa hasta el domingo. ¡Qué vacío está todo sin los chicos! Casi echa de menos esa molesta música rock que siempre atruena desde la habitación de Frank. No importa. Él aún no es un anciano, está en la flor de la vida y listo para cambiarlo todo. En la cama, con Hilde, la abraza y le demuestra con vehemencia lo importante que ella es para él. Luego, por desgracia, nota un poco de molestia en la espalda, aunque eso no le impide agarrarla con fuerza de la mano mientras se duermen.

Por la mañana toman un desayuno rápido en la cocina. No hay mucho tiempo para despedidas, porque Hilde quiere marcharse antes de que *maman* se levante. Unos besos en la puerta del piso, la promesa de que irá con cuidado y que llamará de vez en cuando, y ella baja sigilosa por la escalera con la maleta pasando junto al piso de sus padres.

Resignado, regresa a la cocina y mira por la ventana hacia el patio, donde la chimenea del obrador hace un rato que echa humo. Ewald Deuss ya está al pie del cañón; el pobre no tiene la menor idea de que hoy y durante los próximos días le va a tocar prescindir de su querida jefa. Luego oye a Giuseppe descender la escalera, y también en el piso inferior, el de sus suegros, nota movimiento. Vuelve a sentarse y se toma otro café. ¿Por qué presentarse por ahí

a primera hora? Que *maman* cuente al personal por qué Hilde no está.

De hecho, en ese instante oye sus pasos en la escalera… Está bajando para ocupar su sitio habitual en la mesa de la familia. Desde la ventana del salón, ve con algo de dificultad que Giuseppe ya está barriendo la acera. Como hoy el cielo se encuentra despejado, es probable que empiece a colocar enseguida las mesas y las sillas y luego bajará los toldos. Todo marcha como siempre. No hace falta que él intervenga.

Se sienta ocioso en el sofá del salón y piensa en que quizá Hilde esté intentando convencer a Swetlana para irse de vacaciones. ¿Lo conseguirá? Ojalá. Hilde no debería viajar sola: se encuentra nerviosa y agotada por el trabajo y, por si fuera poco, está muy enfadada con su madre. ¿Por qué él no insistió en acompañarla? Se lo recrimina para sí: ¿y si a ella le ocurre algo?

En torno a las nueve, ya no aguanta más, se viste y baja al café con expresión inocente. En las mesas del comedor ya están los clientes del desayuno; solo dos mujeres jóvenes se han sentado en la terraza. *Maman* ocupa su trono en la mesa de la familia y lee el periódico como si no pasara nada.

—*Bonjour maman*…

Ni siquiera levanta la vista del periódico.

—Es todo un detalle que tú, al menos, bajes —comenta ella—. Ve a la cocina. Giuseppe solo no puede con todo.

No es de extrañar. Hilde suele encargarse de rellenar las jarritas de café y crema de leche; pone los panecillos y los cruasanes en paneras y prepara la mantequilla, los pequeños cuencos para la mermelada y los platos de embutido y quesos. Jean-Jacques no está dispuesto a asumir ese trabajo de manera voluntaria.

—*Désolé, maman!* Pero mi espalda…, ya sabes. Solo quería decir *bonjour* un momentito. Luego, por desgracia, voy a tener que tumbarme.

Maman ahora deja caer el periódico, y él observa que ella tiene los labios fruncidos y una arruga profunda en el entrecejo.

—En ese caso, dile a tu mujer que se deje de comedias. Esto es una empresa, nadie puede dejarse llevar por sus impulsos. Así que,

¡manos a la obra!

—Ah, querida *maman*, eso no es tan fácil —dice con una expresión de pena fingida—. Esta mañana Hilde se ha marchado de vacaciones.

Está desconcertada. *Maman* se lo queda mirando y se quita las gafas de lectura.

—¿De… vacaciones? ¿Bromeas?

—No, *maman*, en absoluto.

Maman se reclina en su asiento e inspira profundamente varias veces. Él teme que su suegra vaya a sufrir un ataque al corazón, ya que incluso su rostro de pronto ha palidecido. Sin embargo, se recupera más rápido de lo esperado.

—Muy propio de ella —rezonga—. De pequeña ya era cabezota y siempre quería salirse con la suya. Pero esto es el colmo. ¿De vacaciones? ¿Adónde? ¿Por cuánto tiempo?

Él se encoge de hombros con pesar y finge sentirse también desolado por la situación.

—Ni idea, *maman. Elle n'a rien dit*. No ha dicho nada. Pero seguro que llama en algún momento. O, por lo menos, escribirá una postal.

—De vacaciones —murmura furiosa—. Así, sin más. Ella lanzándose a la buena vida, despilfarrando, y nosotros aquí, con todo el trabajo. Pero déjame que te diga una cosa: cuando regrese, que se prepare, porque me va a oír.

—Seguro, *maman*. Ahora, si me disculpas, necesito acostarme un ratito. Las hernias…

—Sí, vete, vete —le gruñe—. Márchate tú también. Ya os veo venir: esto es una intriga que os lleváis entre tú y Hilde. Si os creéis que con eso me vais a ablandar, estáis muy equivocados…

—Estás siendo muy injusta, *maman* —dice él, ofendido—. Yo también estoy sufriendo y, encima, me insultas…

Ella sacude la mano enojada hacia él para dejarle claro que es inútil que diga algo más. Jean-Jacques siente un poco de lástima por ella porque está en una situación difícil, pero, en última instancia, es responsabilidad suya. Más tarde volverá a bajar y, si hace falta, echará una mano. Al llegar arriba, marca el número de Swetlana con inquietud. Le contesta la señora Wegener.

—La señora Koch se ha ido de vacaciones, de improviso. No entiendo nada…

—¡Gracias a Dios! —suspira él con alivio.

—¿Cómo dice?

—Quería decir que gracias a Dios, porque sin duda ella necesitaba un descanso, ¿verdad?

—Si usted lo dice…

La noticia le hace sentir mucho mejor. Swetlana es buena conductora, así que van a poder turnarse, y además no se quedarán sin temas de conversación. *Bon*. Así pues, tal y como le ha prometido a Hilde, él se dedicará a cubrirle las espaldas.

Espera hasta poco antes del mediodía; entonces baja tranquilamente al café. Desde la escalera ya se oye el murmullo de voces insatisfechas.

—¡Camarero! ¡Llevo media hora esperando mi ensalada! ¿Qué ocurre hoy aquí?

—La señora Perrier está de vacaciones.

—¿Cómo? ¿Hilde se ha ido de vacaciones? Pero ¿por qué no dijo nada?

—¿Cómo es que hoy de nuevo no hay sopa de gulasch?

—Esta ensalada de patatas no sabe a nada.

—¿Solo una salchicha? Siempre suele haber dos…

—¿Dónde está mi *strammer Max*?

—Hasta aquí hemos llegado. ¡Nos vamos!

Jean-Jacques se arma de valor y entra en el comedor. Al instante, todas las miradas se vuelven hacia él, y tiene que responder varias preguntas.

—¡Señor Perrier! ¿No estaba usted de vacaciones?

—Así que Hilde te ha dejado de Rodríguez, ¿eh?

—¿Podrías preguntar dónde está mi tostada hawaiana? Tengo que volver de inmediato a la oficina…

Intenta apaciguar a la gente, se compromete a notificar a cocina, y dice que pronto todo volverá a la normalidad. El pobre Giuseppe, sobre el cual los clientes descargan su ira, va de un lado a otro entre las mesas sirviendo refrescos con expresión desolada; los platos tardan en salir porque falta personal en la cocina. En algunas mesas,

los clientes se levantan y abandonan el café enfadados; otros, en cambio, asedian el mostrador de pasteles, donde Ewald Deuss va cortando porciones y las va colocando en platos. Mejor tener un trozo de dulce en el estómago que volver a la oficina con hambre.

Heinz, su suegro, está sentado a la mesa de la familia con el rostro sofocado, a su lado Nora se ha puesto de rodillas sobre una silla y se dedica a pintar con acuarelas. ¡Vaya! Willi ha traído a sus hijos. Pero ¿dónde anda Stefan? ¿No habrá salido a la calle ese granujilla? Jean-Jacques se acerca inquieto a la puerta acristalada y contempla la concurrida Wilhelmstrasse. No ve a Stefan por ningún sitio, pero sí observa que varios clientes de las mesas de la terraza también se están levantando para ir al Café Blum. ¡Qué rabia! Tal como va todo, va a tener que ayudar en la cocina, no es cuestión de perder toda la clientela.

Delante de la cocina, Giuseppe está con una bandeja llena de platos de ensalada listos para ser servidos. Jean-Jacques logra oír el diálogo que el camarero mantiene entre susurros.

—Así no es, *signora*. ¿Dónde está el *prosciutto*, el jamón? ¿Y el *formaggio*?

—¡Vamos, saca esto tal como está! —Se oye la voz enfadada de Else—. El jamón y el queso no pintan nada en una ensalada.

—Pero, *signora*, esta es una ensalada italiana. Además, las raciones son demasiado pequeñas. Los clientes se quejan…

—Eso pasa porque ella ha tenido muchas contemplaciones con vosotros durante demasiado tiempo. Aquí se sirven porciones pequeñas; quien no quede satisfecho con ellas, que pida un trozo de pastel, ¡y listos!

Dicho esto, ella lo empuja para que salga y entonces, inesperadamente, se encuentra de frente con Jean-Jacques.

—¡*Signor* Jean-Jacques! —gime—. *Non posso piu!* ¡Se lo ruego, hable con la *mamma*!

—Trae esto —dice Jean-Jacques, le quita la bandeja de las manos y la devuelve a la cocina. Junto a los fogones Willi, enfundado en un delantal blanco, se dedica a pescar salchichas calientes de una olla grande para luego colocarlas con unas porciones diminutas de ensalada de patatas. Else fríe huevos y albóndigas como si no

hubiera un mañana, y Stefan está al fondo, sentado en un taburete, disfrutando de una loncha de jamón cocido.

—¡A buenas horas! —exclama Willi, dejando caer de nuevo la salchicha en la olla para quitarse el delantal—. Mamá, debo volver al ensayo. ¡Uf! Todo el mundo me dirá que apesto a salchichas y cebolla…

Entrega el delantal y las pinzas a Jean-Jacques, se despide deprisa de Stefan con «¡Hasta la tarde!» y se marcha a toda prisa. Apenas ha abandonado la cocina, la puerta se vuelve a abrir y Willi regresa.

—Dame un trapo y una toalla, mamá. Nora ha volcado sin querer el vaso de los pinceles…

—¡Oh, criaturita! ¡Es el mantel bueno! En el armario del salón privado hay otros limpios, Willi. Y pon el sucio en el lavadero.

—Eso es cosa de Giuseppe —objeta Willi molesto—. ¡Yo soy actor, no camarero!

Se va. Else mira con enojo cómo se aleja. Jean-Jacques deja tranquilamente la bandeja y se dirige a la nevera para sacar el jamón y el queso y rellenar las exiguas raciones de ensalada. Añade unas rodajas de tomate y una cucharada de la salsa de Giuseppe. *Parfaitement!* Else le observa con desagrado, no dice nada porque, claro está, le alegra tener ayuda.

—Los huevos fritos se están quemando —observa él—. Deberías retirarlos.

—Pero las albóndigas aún no están hechas. No sé bien cómo van estos fogones.

No es de extrañar. Desde hace años ella solo entra en la cocina para servirse café o para regañar al personal. Delegó en Hilde las tareas culinarias por culpa del dolor de piernas.

—Esas raciones son demasiado copiosas —se queja—. Nos están devolviendo muchos platos de ensalada de patatas.

—¿Le has rectificado la sal y la pimienta esta mañana?

Pues no. Lo olvidó. Desde luego, Else no es la que era. Antes, cuando él todavía iba de vacaciones a Francia con la familia, su suegra llevaba el café sola sin ningún problema. Aunque con la ayuda, claro está, de Swetlana y Luisa. Pero eso fue hace algunos años. Parece que las cosas ya no se le dan tan bien como entonces.

—¿Qué tal la espalda? —le pregunta ella con tono mordaz al verlo sacar la bandeja bien cargada.

—Gracias por preguntar, *maman. Ça va…* ¿Y tus piernas?

—Gracias por preguntar. *Ça va…*

Seguramente esta noche le dolerán, piensa él con remordimientos. Giuseppe le agradece mucho que haya mejorado la ensalada, pero le informa de que tres de las comandas se han cancelado porque los comensales no han querido esperar más.

—¿Qué hay de las salchichas, el *strammer Max* y la tostada hawaiana?

—Cuatro salchichas, seis *max* y dos, no, cuatro tostadas. *Subito. Prego*. ¡Si no, los clientes se van, *signor* Perrier!

—¡Listo en dos minutos!

Ni siquiera se toma tiempo para atarse el delantal; hace malabarismos con los platos, las salchichas y los manojos de perejil, prepara los *strammer Max* y mete en el horno las rebanadas de pan blanco con jamón, piña y queso. Su suegra lo deja a cargo de la cocina y va al salón privado a por un mantel limpio. Stefan corre tras ella con una salchicha de tipo bockwurst en la mano, Nora ha extendido todas sus obras por toda la mesa del rincón, donde ahora son motivo de admiración por parte del director de coro Firnhaber y de Sigmar Kummer, que han llegado entretanto. Pero el negocio está en marcha. Giuseppe lleva los platos preparados a las mesas, los clientes se abalanzan hambrientos sobre ellos y luego se apresuran a marcharse; hoy las propinas son escasas. Incluso Ewald Deuss se ha dignado a servir café. Después regresa a su puesto completamente agotado lamentándose de que va a tener que hornear tres pasteles de inmediato porque, si no, por la tarde no habrá suficientes.

—No se preocupe —dice Jean-Jacques—. Se comerá lo que haya.

—¡Ah, no! Está en juego mi reputación, señor Perrier. El mostrador de pasteles es el escaparate del Café del Ángel.

Los dos trabajan en la cocina, Ewald al fondo, en el obrador; él, delante, junto a los fogones y en las mesas de trabajo. Cuando el ajetreo del mediodía ya ha terminado, hay que enjuagar la vajilla y luego meterla en el lavaplatos; fregar las sartenes y las bandejas de horno en el fregadero; rellenar y poner en marcha la cafetera y

preparar para luego las tazas, las jarritas de la leche y los azucareros. Jean-Jacques trabaja rápido y seguro porque está acostumbrado, pero sigue echando de menos a su Hilde, con la que suele trabajar codo con codo. Además, ahora la espalda le molesta. Él, pese a todo, no debería hacer ningún sobreesfuerzo, pues, a fin de cuentas, la intención es que su suegra note la ausencia de Hilde. Y, por cierto, ¿dónde se ha metido Else?

Ella ahora está sentada a la mesa de la familia tomando un almuerzo de última hora acompañada de Heinz y los nietos. Jean-Jacques se dice que se lo tiene bien ganado y, como también a él le rugen las tripas, se quita el delantal y se hace con una de las ensaladas que han sobrado.

—¡Qué bien que hayas venido, muchacho! —dice Heinz dándole una palmadita en el brazo—. Habríamos estado perdidos sin ti. ¡Dios mío, qué vergüenza! ¡Que Hilde nos haya hecho esto! No entiendo a mi hija…

Jean-Jacques come y asiente mientras mastica. Su suegro, cómo no, apoya a su esposa. Era de esperar. Pero entonces le toca oír también algunas necedades del director de coro Firnhaber.

—¿Y Hilde se ha ido de vacaciones sola? ¿Y usted se lo ha permitido?

—*Pourquoi pas?* Es una mujer adulta, ¿no?

—Bueno, una mujer sola. La de cosas que podrían suceder…

Al otro lado de la mesa, Else tiene a Stefan en su regazo y le da de comer ensalada de patata, que solo le gusta si pone en el tenedor un trocito de huevo duro. Nora come ensalada italiana mientras aparta cuidadosamente todos los trocitos de cebolla.

—¿Un anuncio dice usted? —pregunta Sigmar Kummer—. Por supuesto, señora Koch. Lo apunto ahora mismo.

—Estamos buscando una persona para el servicio de la cafetería, señor Kummer. Diligente, con ganas de trabajar y experiencia en hostelería. Pero, sobre todo, quiero que esa persona sea alemana, escríbalo al principio…

—Como guste. ¿Acaso no está satisfecha con Giuseppe? A mí me parece que trabaja muy bien.

—¡Para nada! —dice Else con un gesto despectivo—. Ya ha visto usted lo que ha ocurrido hoy mismo. No, así no podemos seguir. Y, además, encima me replica. Esto es motivo de despido sin preaviso. Escriba, por favor: «Incorporación inmediata. Salario a convenir».

—Como quiera…

Jean-Jacques suelta el tenedor, se ha quedado sin apetito. Eso le pasa por haber trabajado como un loco para ayudar a la pobre *maman*. Ni un asomo de comprensión ni de voluntad de reconciliación: ella está empeñada en hacer lo que anunció que haría. Si se lo cuenta a Hilde por teléfono, probablemente tendrá un ataque de ira. Mejor no decírselo todavía. ¿O tal vez sí? Quizá entonces ella regrese de inmediato. Y, por cierto, tal vez Hilde haya llamado mientras él no estaba en casa. *Merde*.

—Me encuentro mal, abuela —se queja Stefan—. Creo que voy a vomitar…

Jean-Jacques no se quiere hacer responsable de eso. Se levanta, se despide de todos y se marcha del café. Arriba, en su piso, saca un tinto de la despensa y se sienta en el salón con la botella y una copa. Así pues, su suegra lo piensa hacer: va a despedir a Giuseppe. Se siente especialmente mal porque le parece que, en cierto modo, él lo ha propiciado. Si no hubiera alardeado con Giuseppe diciéndole que él hablaría con su suegra sobre Valentina y lo arreglaría todo, quizá el conflicto no habría alcanzado ese nivel. Pero Valentina es de una belleza tan exquisita y le pareció tan indefensa que tuvo que hacerse el caballero.

El teléfono le distrae de ese sombrío sentimiento de culpa. Se levanta tan deprisa de la silla que casi vuelca la botella y por fin descuelga el auricular del teléfono de la entrada.

—Al habla, Perrier… *¿Hilde? C'est toi?*

—Soy August. Buenas noches, Jean-Jacques…

¡August! Bueno, eso es algo. Tal vez Hilde haya llamado allí porque no podía comunicarse con él.

—*Bonsoir*, August —dice a pesar de que le sigue costando pronunciar el nombre de pila de su cuñado, que él pronuncia «oguist»—. ¿Tienes alguna novedad? ¿Qué hacen las dos fugitivas?

August no se ríe con la broma, pero tampoco era de esperar que lo hiciera.

—Hoy al mediodía se encontraban por la zona de Karlsruhe. Sina ha cogido la llamada. Dice que las dos están bien. Más no sé.

Karlsruhe. Entonces ahora podrían estar ya en Friburgo. O en Schaffhausen, cerca del lago Constanza. Desde luego, todavía no están aún en Italia, si es que de verdad se dirigen hacia allí…

—Te agradezco la llamada, cuñado. ¿Qué tal todo en casa?

August se aclara la garganta, y dice a continuación que de momento todo va bien.

—¿Hilde te ha dicho adónde quiere ir?

—No exactamente. Al sur, me ha dicho.

—¿A Italia? ¿Quizá al lago de Garda?

—Es posible. O tal vez también a Nápoles. Giuseppe conoce ahí un lugar que…

—Entiendo —dice August. Hace una pausa. Jean-Jacques aguarda —. Estoy preocupado —añade August al fin—. Últimamente Swetlana ha estado muy… tensa. Espero que no haga ninguna tontería. Ya la conoces, tiene cambios de humor muy bruscos.

—Sí. Temperamento ruso. Pero yo creo que Hilde cuidará bien de ella. Las dos se conocen desde hace mucho.

—Si, es cierto… Pero ¿quién cuida de Hilde? Por desgracia, mi hermana tiende a tomar decisiones espontáneas y a actuar sin pararse a pensar…

—No te preocupes —dice Jean-Jacques, abrumado de nuevo por sus propias reflexiones—. Una cuidará de la otra.

—En eso yo no soy tan optimista… —comenta August en voz baja —. Todo esto me parece más una escapada que unas vacaciones. Me pregunto cómo hemos llegado hasta aquí…

Su cuñado, el adicto al trabajo, tiene remordimientos. ¿Quién lo hubiera dicho?

—¡No le des más vueltas, August! ¿Sabes? Mañana a última hora me acerco a tu casa, nos tomamos una buena copa de vino y pasamos una velada entre hombres. No está mal para variar, ¿no?

—Eso me gustaría mucho, Jean-Jacques. Gracias.

No será divertido, se dice Jean-Jacques mientras cuelga. Pero sí mejor que trabajar en la cocina para su suegra o sentarse solo en su piso con la vista clavada en el teléfono.

Luisa

Él lo sabía y no le dijo nada. Durante días, semanas tal vez, él ha guardado para sí ese despido, obviamente creyendo que sería capaz de mantenerlo en secreto. ¿Qué clase de persona es él? ¿Dónde tiene la cabeza? ¿En las nubes?

En cuanto Benno Olbricht se marcha, ella toma con fuerza a Fritz del brazo y lo lleva al salón. Ahí Petra y Marion están ocupadas llevando a la cocina los últimos platos y vasos.

—Vosotras dos, id a acostaros —dice—. Ya me ocuparé yo del resto. Buenas noches y que durmáis bien.

Marion se alegra, pero Petra se queda mirando a sus padres con ojo crítico y pregunta:

—¿Qué pasa, mamá? Pareces muy enfadada. ¿Otra vez vais a discutir?

—Tenemos que hablar de una cosa.

—Pero sin peleas, ¿vale?

—¡Vamos, Petra, sube a tu cuarto!

Fritz no dice una palabra; en lugar de ello, va al vestíbulo a apagar la luz del exterior. Quieren ahorrar electricidad. A continuación regresa al salón, se sienta y tiende el brazo hacia ella.

—Ven conmigo, cariño. —La atrae hacia él con voz dulce—. Me gustaría explicarte por qué no te dije nada. Mira, todavía falta mucho, no será hasta el verano próximo, así que en este tiempo no va a cambiar nada para nosotros. Por eso decidí no contártelo hasta que fuera necesario.

Ella se sienta a su lado, pero no hace caso del brazo que él le tiende. ¿Qué se ha pensado? ¿Acaso ella es una niña a quien se le esconden las cosas malas para que no se disguste? ¿Es una persona enferma a la que hay que cuidar? Ella es su esposa y tiene todo el derecho del mundo a saber el estado de la economía familiar.

—Bueno, pues ahora ya lo sé —dice enfadada—. Seguramente todo el teatro lo sabe, y es la comidilla en el Café del Ángel, ¡pero yo, que soy la afectada, soy la última en enterarme!

—Ya te lo he dicho, cariño… No quería que te alteraras sin necesidad.

—¿Que no me alterara? —lo interrumpe ella indignada—. ¿Has pensado alguna vez cómo nos las apañaremos para llegar a fin de mes si tú cobras solo una pequeña pensión y yo no tengo ningún ingreso?

Él le posa la mano en el brazo para tranquilizarla, pero ella se aparta de él. ¿Por qué se dejó convencer para reducir su jornada en la tienda de moda? Ahora, en esta situación, ella se encuentra sin ningún empleo.

—Por supuesto que sí —dice él mirándola con reproche—, a fin de cuentas, es mi deber como sostén de la familia. No nos vamos a resentir, te lo aseguro.

Y entonces empieza a contar el dinero que él puede aportar cada mes dando clases en el conservatorio seis días a la semana. Todo eso sumado a la pensión, que tampoco será demasiado corta, porque ha tocado en la orquesta durante casi veinte años. No, no tiene por qué preocuparse, al final incluso puede estar mejor que antes.

Ella escucha pacientemente sus explicaciones, pero la ingenuidad de él le pone los pelos de punta.

—¿Pretendes dar clase en el conservatorio ocho horas al día seis días a la semana? ¿Y cómo vas a lograrlo? ¿Cómo sabes si eso es posible? Allí ya tienen varios profesores de violín, y la mayoría de los alumnos aprenden piano, no violín…

—Entonces daré clases particulares, Luisa. ¿Por qué ves problemas donde no los hay?

—¿Estás seguro de que estos ingresos no se deducirán de la pensión? —prosigue—. ¿Y qué me dices de tu vista? Me dijiste que estaba todo bien, pero entonces ¿por qué te despiden? ¿Acaso también en este tema me has ocultado alguna cosa?

—Bueno… —dice y se aclara la garganta—. Ha empeorado un *poquito*. Pero, por desgracia, esto se ha notado en la orquesta. Sin

embargo, cuando doy clase, eso no es ningún impedimento. Mira, incluso he elaborado un presupuesto detallado; ya verás que hasta podemos ahorrar bastante.

Se levanta para coger su carpeta de cuero para las partituras y saca un papel algo arrugado en el que hay una lista de números escritos con lápiz.

Ella teme lo peor. Fritz jamás se ha ocupado de los ingresos y gastos del mes; en general ni siquiera sabe cuánto dinero hay en la cuenta.

—Está claro que tendremos que administrar muy bien el dinero —dice sentándose de nuevo junto a ella y con su lista—. Mira, cada mes te daré doscientos marcos para la casa; yo necesito treinta marcos para mí, y además hay que apartar algo para la luz y el agua. Y están, claro, las cuotas del préstamo del banco…

Si no estuviera tan enfadada se habría echado a reír. Él pretende darle a ella dinero para la casa. Ha previsto algo de dinero de bolsillo para él, pero no para ella. Y en lo relativo a los gastos mensuales, ha olvidado algunas cosas.

—¿Y qué me dices de los gastos de la calefacción, el teléfono y del seguro? ¿Y el impuesto de bienes inmuebles? ¿Los gastos para ropa y libros de la escuela? ¿Las partituras para Petra? ¿Los trayectos en autobús para ir al colegio? Y eso solo por nombrar algunos.

Él admite haber olvidado los gastos de calefacción y teléfono, que no sabía nada del impuesto de bienes inmuebles ni del seguro, y que el resto está cubierto por el presupuesto de gastos de la casa. A Luisa le parece que está a punto de perder los nervios. ¿Le debe contar que pronto tendrán que cambiar el tejado y sustituir las tuberías del agua? ¿Por qué se casó con un soñador que ahora pretende dárselas de «sustento» y cabeza de familia?

—Ya va siendo hora de que yo me ocupe de nuestra economía y que controle la cuenta —dice—. Eso además te descargará a ti porque ya no tendrás que ir al banco, ya que te daré el dinero que necesites.

La cuenta bancaria está a nombre de él, pero hasta ahora también el salario de ella se ingresaba allí. Es lo habitual, al fin y al cabo, son familia y en su círculo de amistades no hay ninguna mujer que tenga

una cuenta propia. En general se dice que el dinero no es cosa de mujeres, porque no saben manejarlo. Pero Luisa conoce muchos ejemplos que demuestran lo contrario. Sin ir más lejos, Else, su suegra, y Hilde, del Café del Ángel.

—No pretenderás que yo esté de acuerdo con esto, ¿verdad? —Se enoja—. Cuentas con unos ingresos que posiblemente no tendrás y no tienes ni idea de los gastos de verdad…

Es inútil intentar explicárselo. Él solo admite tener que corregir algunos detalles menores en el presupuesto que ha elaborado, pero por lo demás todo está bien pensado.

—Llevamos una vida sobria, Luisa —dice él intentando apaciguarla —. Tenemos el huerto que nos da de comer y no debemos pagar un alquiler por la casa, que es nuestra. Lo más importante es que nos queremos y estamos educando a nuestras hijas para que sean personas honradas y decentes. No se puede pedir más.

¿Ella quiere más? Hubo un tiempo que sí, pero hace mucho que lo fue relegando al fondo de su cabeza hasta olvidarlo. Luisa no es egoísta, como Fritz le dijo una vez, quiere cuidar de él y de sus hijas. Pero, tal y como van las cosas, se están precipitando hacia la ruina, y eso ella no puede permitirlo. Va a tener que agarrar el toro por los cuernos, aunque su marido se oponga con uñas y dientes. No hay más remedio.

—Todavía hay tiempo —dice con resignación—. Hasta el año próximo tenemos margen para pensar en cómo nos las vamos a arreglar.

—¡Por supuesto! —exclama él aliviado mientras va doblando su presupuesto—. Ya verás que todo está bien calculado y que no hay de qué preocuparse, Luisa.

Esa noche a los dos les cuesta conciliar el sueño. Fritz da vueltas inquieto de un lado a otro mientras ella permanece tumbada bocarriba pensando en lo que podría hacer. De ningún modo piensa pedirle a Julia Wemhöner que la readmita. Esa mujer ni la ha tratado bien ni ha sido justa con ella; de hecho, la puso de patitas en la calle. Ah, no, Luisa también tiene su orgullo. Prefiere probar suerte en otra tienda como dependienta; los periódicos están repletos de anuncios de empleo, seguro que encuentra algo. Es mejor no

esperar al último momento. A partir de ahora empezará a buscar un trabajo de media jornada, con un sueldo decente y que, por supuesto, le guste.

A la mañana siguiente se levanta temprano y va al quiosco a comprar el *Wiesbadener Tagblatt.* En su casa todavía está todo en calma; las niñas aún disfrutan de sus últimos días de vacaciones y tampoco Fritz se ha levantado todavía. Luisa se prepara un café y echa un vistazo a los anuncios. Aquí. C&A busca una dependienta para moda de mujer; Hertie también necesita una empleada y un pequeño negocio de moda en Michelsberg busca una auxiliar de ventas. Retira las páginas de los anuncios, las dobla y se las guarda en el bolso. Deja el resto del periódico sobre la mesa. No, a Fritz no le dirá lo que trama: también ella sabe callarse y evitar que se «altere sin necesidad».

En vez de eso, coge una libreta y un bolígrafo para hacerle a Fritz una lista de los gastos reales del mes. Se los sabe de memoria, ni siquiera necesita consultar los extractos bancarios. Lo suma todo, subraya dos veces el importe y le coloca el papel doblado sobre el plato del desayuno. Son más de mil marcos. Tal vez así él baje de la nube. A continuación saca su documentación del cajón y se la mete en el bolsillo. Las referencias que le ha escrito Julia son excelentes, lo cual le ha sorprendido porque no contaba con estar tan bien valorada. Bueno, mejor, eso le permitirá presentar su candidatura en cualquier parte.

Mientras está ante el espejo del recibidor arreglándose el pelo, Petra baja la escalera descalza y en camisón.

—¿Te marchas, mamá?

—Solo voy a hacer algunas compras en la ciudad. Vuelvo pronto.

Su hija está de pie en el último escalón y observa cómo Luisa se peina, se pone sus zapatos buenos y recoge su bolso.

—Habéis discutido de nuevo —le reprocha Petra—, habéis estado discutiendo por dinero, lo he oído.

Debería haberlo pensado. Petra tiene buen oído y, por desgracia, las paredes de la casa son finas.

—El dinero es muy importante en la vida —dice—, pero no te preocupes, Petra, nos las arreglaremos. Si quieres desayunar, en la

cocina está todo listo.

Petra pone mala cara y se dirige lentamente hacia la puerta de la cocina.

—Sabes, mamá —dice mientras empuja la puerta para abrirla—. Cuando sea mayor, seré una compositora famosa y ganaré mucho dinero. Así nunca más tendrás que discutir con papá.

Luisa se conmueve, aprieta a su hija contra el pecho y le acaricia la cabellera pelirroja y rizada.

—Eso es muy bonito por tu parte, Petra. Pero, hasta entonces, papá y mamá se asegurarán de que las cosas nos vayan bien. ¿Vale?

—¡Pero sin peleas! —exige Petra.

—Vamos, ponte las zapatillas, que el suelo de la cocina está frío.

Tiene que correr para pillar el autobús que lleva al centro y logra meterse justo cuando las puertas están a punto de cerrarse. Como no podía ser de otro modo, no hay sitio para sentarse porque a esta hora mucha gente va al trabajo, pero a ella no le importa y, mientras está de pie, piensa en el orden en que irá a los tres establecimientos. Lo mejor será probar primero en C&A, porque allí buscan de forma explícita una dependienta para moda de mujer. Conoce la planta de ropa femenina por algunas compras que ha hecho en esa tienda. Desde luego, será un trabajo completamente distinto al que hacía en la tienda de Julia Wemhöner, pero sin duda también allí es importante un asesoramiento bueno y experto. Además, ella tiene unas referencias excelentes.

Al cabo de dos horas y varias conversaciones, no está tan ilusionada, pero sí más informada. Ni C&A ni Hertie quieren contratar a una persona a media jornada, y la pequeña tienda de moda solo busca una sustitución por unos meses. Por otra parte, el salario que le ofrecen es mucho menor de lo que esperaba: ¿cómo es posible que Julia Wemhöner le pagara un sueldo por hora tan bueno? Bueno, Julia tiene varios negocios en Alemania y también cuenta con una tienda en París, así que debe de poder permitírselo. En cualquier caso, Luisa está segura de que no le concedió ningún trato especial.

De hecho, ahora debería ir a comprar algo de comida y unas libretas para las niñas, porque en casa ha dicho que iba a buscar un par de cosas. Pero está agotada y triste, así que decide pasar por el

Café del Ángel y tal vez charlar con Hilde. Sí, buena idea. Tomará un café y le pedirá que pregunte un poco, al fin y al cabo ella conoce a mucha gente en Wiesbaden y tal vez le pueda dar algún consejo. Todo el mundo sabe que los mejores empleos no se anuncian en la prensa, sino que se consiguen por recomendación personal.

Sin embargo, hoy, en el Café del Ángel, todo es distinto de lo habitual. Ya en la entrada se cruza con clientes descontentos y oye frases como: «¡Jamás había visto aquí nada parecido!». «¡A mí no me vuelven a ver!». «¡Menuda desfachatez! ¿Acaso se piensan que tenemos todo el día?». «¡Y tampoco hay sopa de gulasch!».

Perpleja, entra en la cafetería. Sentados allí también hay clientes descontentos que llaman al camarero; otros están de pie junto al mostrador de pasteles y piden porciones de tarta. ¿Dónde se ha metido Hilde? Al único que ve es a Giuseppe, que va de un lado a otro con una bandeja llena de botellas de refrescos y vasos. ¿Acaso finalmente Hilde ha enfermado? Tampoco sería de extrañar con tantos resfriados como hay este verano. Pobre. Debe de encontrarse muy mal si ni siquiera es capaz de trabajar en el café. Se queda parada en la entrada, sin saber qué hacer, pero entonces ve a su suegro Heinz con la pequeña Nora en la mesa del rincón y se acerca a preguntar por Hilde.

—¡Luisa! —exclama él contento tendiéndole la mano—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! La verdad es que es una lástima. Pero ahora tienes tiempo, he oído que ya no trabajas. Ven, siéntate con nosotros…

—Lo siento, pero mi autobús saldrá en veinte minutos —dice ella, aunque se sienta con él un momento—. Es la hora del almuerzo, ya sabes…

—Por supuesto… —asiente él—. Cuando la madre cocina, la comida sabe mejor. Else lo ha hecho toda la vida, porque, ya se sabe, una familia necesita orden…

Bueno, ella tenía el trabajo justo debajo de su casa, se dice Luisa. Esa es una buena manera de compaginar trabajo y vida familiar. Entonces contempla el último dibujo de Nora y elogia a la pequeña por esos tejados tan rojos y los soles tan amarillos.

—Ahora te pintaré a ti, tía Luisa. Quédate quieta un momento…

—Sabes, Luisa —le dice Heinz con voz triste, mientras recorre con la mirada el comedor con los clientes inquietos—. Hilde se ha ido de vacaciones…

A Luisa le cuesta creer lo que su suegro le está contando con expresión preocupada. Por desgracia, volvió a producirse otra discusión entre Else, su esposa, y su hija, y finalmente Hilde se ha marchado esta mañana sin más. Sin tener en cuenta a sus ancianos padres ni todo el trabajo que da el café, donde ella es indispensable. Eso es algo que él nunca se habría imaginado de su hija.

—Fíjate cómo está todo. Mi pobre Else, de pie en la cocina con las piernas que le duelen, y Jean-Jacques tiene dolor de espalda y tiene que permanecer tumbado arriba. ¿No podrías echar una mano?

—Oh, lo siento —dice de forma apresurada—. Mi autobús está a punto de partir y la familia me espera para la comida…

Se despide con remordimientos, Nora le regala una pintura que gotea y sale del café a toda prisa. Se detiene un momento en la calle y se siente tentada de volver para ayudar a Heinz y Else a salir de ese apuro. Pero hay algo que se lo impide. No, no es porque Else no le vaya a pagar, ya que consideraría su ayuda como un favor. A Luisa eso no le importaría. Entonces ¿qué es? Es un sentimiento que no puede explicar de forma inmediata. Una mezcla de indignación y admiración por el acto de rebeldía de Hilde. Luisa sabe que entre Hilde y su madre hay siempre riñas, que Hilde ha tenido que luchar por todas las innovaciones de la cafetería, y que Else sigue negándose a soltar las riendas. Al parecer ahora esta disputa se ha agravado otra vez.

Y entonces Hilde se marcha y lo deja todo. ¡Arregláoslas sin mí! ¡Muy desconsiderada! ¡Muy egoísta! Pero, también, muy valiente. ¿Se atrevería ella a hacer algo parecido? No, desde luego que no. Nunca abandonaría a Fritz ni a sus hijas, sería incapaz de hacerlo. Claro que Hilde lo tiene más fácil: sus hijos ya son casi adultos y no están en casa. No necesita cuidar de ellos. Pero el café no puede funcionar sin Hilde. Porque ella es el alma del Café del Ángel. Seguro que Else pronto se dará cuenta de ello.

Cuantas más vueltas le da, más admiración siente por Hilde. ¡Si pudiera hacer lo mismo! Poner los puntos sobre las íes. ¡Hasta aquí

hemos llegado! ¡Basta!

Ni siquiera he preguntado a dónde se ha ido, se dice ya en el autobús. ¿Quizá solo ha ido a Eltville, al viñedo de Jean-Jacques, a dejar que pase la tormenta hasta que su madre ceda? Sí, eso sería propio de ella. Sin duda Hilde es una persona valiente.

Logra comprar a toda prisa las libretas para las niñas y luego tiene que correr para pillar el autobús. Se le ha hecho tarde, pero hará tortitas y ensalada, en el huerto hay verduras en abundancia. Fritz ha regado los bancales con diligencia, así que ahora todas las verduras de la ensalada asoman la cabeza a la vez. Su marido no se da cuenta de que el agua del grifo cuesta dinero; está muy orgulloso de sus hortalizas y sostiene que ellos se alimentan del huerto.

En casa le aguarda una sorpresa: Fritz y las niñas están sentados en la cocina comiendo. Marion ha hecho sopa de patatas con panceta, Petra ha lavado la lechuga y ha preparado una salsa con nata y hierbas.

—¿Dónde te has metido tanto tiempo? —la saluda Fritz—. Hemos tenido que esperar para almorzar.

—He hecho un par de recados… La escuela va a empezar de nuevo en pocos días…

—Lo podría haber hecho yo —dice él descontento—. Al fin y al cabo, luego tengo que regresar a los ensayos. Acordamos que tú te quedarías en casa con las niñas.

Pero ¿qué se ha pensado? ¿Que ella debe pasar todo el día en casa y el jardín? ¿No hablar con nadie excepto con su familia y algunos vecinos? ¿Quiere una ama de casa a la que solo se le permite hacer algunas compras rápidas, pero que, por lo demás, esté desconectada de la vida? Solo pensar en una existencia así le pone la carne de gallina.

—Después de comer tenemos que ir a casa de Sina —dice Marion irrumpiendo en sus pensamientos—. Imagináoslo: esta mañana su madre se ha ido de vacaciones de improviso y no se la ha llevado con ella.

Luisa deja la cuchara y mira perpleja a su hija. ¿Swetlana también se ha ido? ¿Acaso hay una epidemia? ¿Ella es la única que se queda en casa y se ocupa de su familia?

—¡Realmente es asombroso, Luisa! —Fritz está indignado—. Según parece, Swetlana y Hilde se han marchado juntas en busca del sol del sur. Sin más, de un día para otro: hacen las maletas, suben al coche y se marchan. Yo creo que la idea debe de haber sido de Hilde, sin lugar a dudas habrá convencido a Swetlana para emprender ese viaje tan loco. ¿Es posible que una madre abandone a su pobre hijita para volcarse en los placeres de unas vacaciones? ¿Y quién cuidará de August? ¿En qué mundo vivimos?

Así que las dos se han ido juntas, se dice Luisa. Seguramente en el coche de Hilde. Y no a Eltville, sino mucho más lejos. Al sol del sur, dice Fritz. Siente envidia. ¿Alguna vez se han podido permitir unas vacaciones? Pues no, había que ahorrar, y, a fin de cuentas, tienen un jardín. Pero Swetlana dispone de dinero, lo gasta de forma indiscriminada en todo tipo de baratijas y ahora se marcha con Hilde de vacaciones. Resulta difícil de comprender que August se lo haya permitido sin más.

—He dado permiso a las niñas para que pasen la noche en casa de Sina —anuncia Fritz dándose importancia—. La pobre ahora está sola; la asistenta se marcha a casa después de comer y August siempre regresa tarde del bufete.

Enseguida añade que este permiso es excepcional y solo para esta noche; mañana antes del mediodía tienen que regresar a casa, y pueden traer con ellas a Sina y a Laika. Dice que hay que cuidar de la pequeña. Que es malo para Sina tener una madre tan irresponsable y que le hará bien sentir el cariño de una familia de verdad.

Luisa asiente y sigue tomando cucharadas de sopa de patata. Por supuesto, Sina puede venir a casa con Laika, como si quiere quedarse a dormir. Después de todo, las tres están siempre juntas. Sin embargo, se pregunta qué pensará August si su hija prácticamente se muda a Biebrich y él se queda solo en su villa.

Después del almuerzo, prepara una bolsa con los camisones de las niñas, los cepillos de dientes y otros artículos de primera necesidad y ambas corren con sus maletitas a la parada del autobús. Por supuesto, pasarán la velada sentadas frente al televisor en casa de Sina y apenas dormirán porque tienen montones de cosas que

contarse. Pero se alegra por ellas. De hecho, a Luisa también le gustaría tomarse un tiempo para sí, pasar la noche en casa de una amiga, comer bien, beber un buen vino y tener largas conversaciones. Sin más, entre mujeres. ¿Qué estarán haciendo ahora Swetlana y Hilde? Seguro que están charlando sin parar y divirtiéndose mucho. ¡Qué envidia! Es egoísta e insolidario, pero digno de envidia. En fin…

En la cocina, Fritz ha recogido la mesa y ha puesto los platos sucios dentro del fregadero. Últimamente esta es su contribución a las tareas domésticas; lavar los platos lo deja para Luisa y las niñas tienen que secarlos. Sin embargo, hoy esto también le va a tocar hacerlo a ella.

—Cariño, ven un momento al salón —le pide cuando Luisa se dispone a ponerse el delantal—. Me gustaría aclarar una cosa contigo antes de irme al ensayo.

¡Oh, no! Debe de haber analizado la lista que ella le ha preparado, y se siente horrorizado de lo mucho que gasta la familia.

—Así no es como van las cosas, Luisa. ¡Has despilfarrado un montón de dinero! Tenemos que ahorrar. Sobre todo en la ropa para las niñas, tú se la puedes coser, eso no cuesta nada. Y tampoco necesitas ningún traje chaqueta de primavera ni vestidos de moda. Mira el ropero. Con lo que hay ahí tienes para los próximos veinte años. Sobre todo porque tú solo estás en casa y casi nunca salimos. Y este seguro también es superfluo, nadie nos va a robar los enseres domésticos…

Y así sucesivamente. El seguro contra incendios lo admite, pero hay que ahorrar electricidad; podría usar la cocina de carbón, porque la eléctrica consume demasiado. Y también podrían ahorrar en comida; tienen el sótano lleno de conservas; el año próximo cultivará patatas, tal vez podría alquilar una parcela en el huerto comunitario, así podrían criar gallinas y no tendrían que comprar huevos.

—¿Acaso vas a comprar también una vaca y un cerdo? —pregunta ella sarcástica—. Así tendríamos huevos, leche y tocino.

—No me parece bien que te burles de mí mientras estamos hablando de cosas serias, Luisa —la reprende—. Por cierto, este

periódico también es una pérdida de dinero. Tenemos una radio. Podemos escuchar las noticias en ella.

Hilde

Jamás en la vida olvidará ese viaje por la ruta alpina. Ojalá no hubiera hecho caso a Swetlana, que se ha empeñado en ir a Italia. Habrían podido dirigirse al sur de Francia, a Niza, por ejemplo, o a un pueblecito cercano, lo que habría sido más económico. Pero no… Swetlana quiere ir a Italia. Y además, al lago de Garda, no, que ya lo conoce; ella quiere ver el mar y bañarse en sus suaves olas azules. Porque ella adora el mar. Y eso que solo ha estado una vez, hace unos años, en St. Peter-Ording, en el norte de Alemania, con Sina y August durante unas cortas vacaciones y no le gustó nada porque hizo mucho frío y viento.

—Pero en Italia el mar es otra cosa —afirma—, ahí no hay tanto barro maloliente, eso que la gente llama «marisma», donde los niños pisan conchas y se cortan los pies. Y el sol calienta, no hace ese viento frío con el que te castañetean los dientes.

Es inútil decirle que Niza también está a orillas del Mediterráneo y que ella, Hilde, conoce mejor Francia y habla su idioma: Swetlana quiere ir a Italia.

—Entonces vamos a tener que cruzar los Alpes. Podría haber nieve. Mi coche lleva neumáticos de verano.

—¿Nieve? ¿De qué? —se enoja—. Es agosto, la estación más calurosa del año. ¿Cómo va a haber nieve?

En eso lleva razón. Así pues, se ha dicho que da igual, que lo principal es ir hacia el sur y que ella siempre ha querido visitar Italia. Además, esta mañana ha sentido lástima de su cuñada, que se ha levantado con un tremendo dolor de cabeza. El vino, cómo no. Anoche se excedieron. Hilde no lo nota porque está acostumbrada a beber, pero Swetlana es más delicada. Por suerte, se ha traído pastillas para aliviar la jaqueca, y durante el desayuno le da una a su cuñada, que de este modo se anima mucho. Esto es bueno, porque

Hilde ha llegado a temer que Swetlana regresara directamente a casa por culpa de la resaca.

Así pues, Italia. Por supuesto, se ha llevado consigo un mapa de carreteras; Hilde consulta la ruta que deben seguir y le parece muy sencilla. Basta con ir en dirección a Lucerna, atravesar el túnel de San Gotardo a la altura de Andermatt, y entonces ya habrán cruzado los Alpes. Luego, solo hay que tomar la carretera en dirección al lago Maggiore y bajar hasta Milán. Entonces podrán decidir en cuál de los dos mares va a querer bañarse Swetlana: el Adriático o el de Liguria. Conociéndola, seguro que querrá ir a Venecia para no perderse a los guapos gondoleros. Hilde se sorprende pensando que ella preferiría ir ahí con Jean-Jacques. De todos modos, ella le prometió compensarlo; a fin de cuentas, en su momento no pudieron permitirse una luna de miel.

Primero pagan la habitación, después van al banco para cambiar su dinero a liras y luego llenan el depósito de gasolina. Hilde se sienta al volante, Swetlana tiene sobre las rodillas el mapa de carreteras mientras le va contando la de veces que le ha propuesto a August ir de vacaciones en coche. Él se niega: prefiere ir en tren con coche cama, le parece más cómodo. Dice que, así estás en Italia, como quien dice, en un abrir y cerrar de ojos, y llegas descansado a tu destino de vacaciones. Pero, para ella, viajar en coche es mucho más bonito. Es posible parar por el camino, apearse, hacer fotos y admirar el paisaje.

—¿Te has traído la cámara? —pregunta.

—¿Yo? No.

—¡Yo tampoco!

Swetlana pensó en todo tipo de cosas durante su marcha precipitada, pero no se acordó de su cámara, y eso que el aparato fue un regalo de Navidad de August pensando en las próximas vacaciones que luego él canceló.

—No importa —dice—. Compraré una cámara y carretes por el camino.

Al llegar a la frontera suiza tienen que hacer cola, pero los guardias fronterizos son amables, se limitan a examinar a fondo sus pasaportes y les preguntan si tienen algo que declarar.

—No. Estamos de camino a Italia —explica Hilde.

—¡Qué lástima! —dice el agente con expresión seria—. ¡Suiza es preciosa!

—¡Pero no hay mar!

En eso él les da la razón, aunque les habla de sus lagos de ensueño y del paisaje montañoso. A él no le cabe en la cabeza por qué todos los alemanes quieren ir a Italia.

En el trayecto hacia Lucerna bromean sobre ese suizo, que tan bien les ha hablado de su país como destino de vacaciones.

—Las montañas son bonitas —opina Swetlana—, pero no quiero escalar a ninguna cima. Eso no es bueno para la salud porque te puedes caer y morir.

Hilde piensa distinto. A ella le encantaría ir de excursión por las montañas y disfrutar viendo cascadas, rocas escarpadas, desfiladeros angostos y lagos de color azul hielo.

En cualquier caso, también ahora pueden admirar montañas de sobra; estas empiezan a asomar en la lejanía, azuladas y con picos blancos; luego se van aproximando y se convierten en formaciones rocosas de color marrón grisáceo. Entre ellas se extienden unos prados verdes sobre los que se ven rocas blancas dispersas, como esparcidas por niños gigantes, y por donde, de vez en cuando, pastan vacas de pelaje marrón cuyos cencerros se oyen incluso desde dentro del coche.

Llegan entonces al lago de Lucerna, que bajo el sol se extiende hermoso y azul como el mar, y Swetlana dice de pronto que tal vez podrían quedarse aquí también.

—Y entonces ¿para qué hemos cambiado dinero para tener liras?

—Pues volvemos a cambiar. Tampoco es tan complicado.

También para Hilde ese lago y las magníficas montañas que lo rodean son de ensueño, pero es muy consciente de que Suiza es cara y de que no debe sobrecargar el presupuesto familiar. Cuando regrese, eso será lo primero que su madre le reprochará.

—Bien, pues, vayamos a almorzar a un restaurante junto al lago —sugiere Swetlana—. Y me compraré una cámara.

Hilde no quiere ni oír hablar de eso. Le recuerda a Swetlana que en el maletero todavía tienen comida que deben terminarse si no

quieren que se eche a perder.

—¡Tienes razón! Mi sopa de gulasch. Y también tenemos que comernos la mantequilla y las salchichas.

—Por otra parte, sería mejor hacer solo un breve descanso, porque aún nos queda bastante camino. Esta noche cenaremos junto al lago Maggiore.

—Perfecto. Allí comeré pasta con marisco, algo a lo que es imposible resistirse en cuanto lo pruebas. Incluso August ganó un kilo después de sus vacaciones.

—Pero enseguida lo perdió, ¿eh?

—Sí. Y eso que siempre cocino buenas cantidades… Pero los kilos solo se quedan en mis caderas y las de Sina. August, en cambio, se mantiene delgado. ¿Te lo puedes creer?

Viajan por un tramo de autopista que termina bruscamente y se convierte en una carretera nacional. A falta de una ruta secundaria pintoresca, se detienen en una zona de aparcamiento y toman un almuerzo frío: sopa de gulasch, pan con salchichas, pepinillos y calabaza en conserva. El café del termo ya no está caliente, Hilde pone un gesto de disgusto y lo arroja al suelo; Swetlana hace de tripas corazón y se bebe el brebaje marrón. Entonces anuncia que ahora va a conducir ella.

—Si circulo por una carretera con muchas curvas y voy en el asiento del copiloto, vomito. En cambio, si conduzco yo, todo va bien.

De nuevo tienen que repostar gasolina —que aquí es muy cara, como si fuera oro líquido—. Por suerte, aceptan la moneda alemana, aunque el cambio no les favorece. Pero, como es Swetlana quien paga, Hilde no se altera. Unas vacaciones en Suiza, ¿quién puede permitírselo? Ella, por lo menos, no.

Entretanto, su cuñada ya se ha familiarizado con el Escarabajo. A Hilde le parece que tiene una conducción algo brusca, pero sus maniobras son seguras y rápidas. Aunque a veces Swetlana es un poco osada, en ningún momento pierde el control del vehículo. En la carretera hay mucho tráfico: se ven matrículas suizas, pero también coches italianos y holandeses. De todos modos, la mayoría proceden de Alemania y van repletos de maletas y bultos; algunos arrastran

una caravana y avanzan despacio; otros las adelantan y saludan alegres. Prácticamente en todos los coches hay familias con niños que viajan apretadas; solo en raras ocasiones se ve alguna pareja de ancianos. En un momento dado, un descapotable rojo conducido por un hombre canoso con gafas de sol pasa a toda velocidad junto a ellas.

—Debe de ser de la mafia —dice Hilde con una sonrisa.

—¿Con matrícula alemana? Imposible. Este es un fanfarrón alemán que ha ganado millones en la industria y tiene que conducir un coche caro antes de ingresar en una residencia para ancianos.

En Andermatt hay acumulaciones de nieve a derecha e izquierda de la calzada. Ni rastro del calor de agosto: aquí reina un frío invernal. Además, de nuevo el indicador del combustible se acerca peligrosamente a la zona roja, así que otra vez habrá que pagar cara la gasolina. Hilde se irrita: si hubieran ido a Francia, ahora estarían sentadas en la playa de Niza comiendo sardinas asadas con una barra de pan blanco francés. En vez de esto, tendrán que atravesar ese maldito túnel, que, además, les costará dinero.

—No pienso atravesar ese agujero con el coche —dice Swetlana—. La oscuridad me da miedo y no quiero morir asfixiada bajo tierra.

—¡Menudo disparate! —exclama Hilde con enojo.

Pero no, Swetlana no quiere. El túnel le recuerda las noches de bombardeos en los sótanos, el terror cuando las velas se apagaban y había que permanecer a oscuras mientras el aire de esas estrechas estancias empezaba a escasear.

—Pero entonces vamos a tener que rodearlo por fuera —refunfuña Hilde—. Seguro que encontramos nieve y mi coche no tiene neumáticos de invierno.

—¿Por qué vas a necesitar neumáticos de invierno? La calzada está despejada. Solo hay nieve en el arcén. Y el paisaje es hermoso. El corazón se alegra con el aire puro y las montañas hermosas.

De acuerdo. Aunque no ganarán tiempo, por lo menos ahorrarán dinero. Pronto serán las cinco y, si siguen discutiendo, llegarán al lago Maggiore demasiado tarde para encontrar alojamiento. Con la de turistas alemanes que hay por ahí, no sería de extrañar. Hacen una última pausa para comer las sobras que quedan en la nevera

portátil, se acaban una lata de salchichas de Frankfurt y en un puesto de venta se compran dos cafés aguados en vasos de cartón por un precio abusivo. A continuación, Hilde se pone al volante. Si derrapan por ahí y su querido Escarabajo se abolla, ella quiere ser la responsable.

Avanzan de pueblo en pueblo; aunque la carretera está despejada, a los lados hay acumulaciones de nieve dura y esta brilla bajo la luz del sol como si se tratara de un montón de diamantes pulidos. Este año, la primavera ha sido demasiado fría, y el verano no ha logrado enmendar la situación. Hay poco tráfico, y los vehículos que se cruzan con ellas aquí y allá tienen matrícula suiza. Seguramente casi todos los turistas que van a Italia pasan por el túnel, así que esas pequeñas poblaciones están bastante desiertas. Ven edificios de madera idílicos, con el tejado cubierto de nieve, y que tal vez en otros tiempos fueron pensiones o tiendas; un hotel espera a sus huéspedes con la entrada engalanada de verde; y delante de algunas casas ni siquiera se ha retirado la nieve. Swetlana habla sin parar. A ratos admira el hermoso paisaje montañoso, los picos escarpados que se recortan contra el cielo azul, y lamenta que aún no se haya puesto el sol, ya que ha oído hablar del fascinante arrebol alpino que hace que todo brille en una tonalidad roja de fuego. Hilde no dice nada, tiene que concentrarse en la conducción. La carretera es traicionera; el suelo se ha descongelado donde da el sol, pero en las zonas de sombra hay algunas capas de hielo que no le gustan nada a su Escarabajo. Ni siquiera con neumáticos de invierno su coche toleraría bien las condiciones de esa carretera.

—Sabes, Hilde —Swetlana sigue charlando—. Cuando veo la nieve, siempre pienso en mi hogar en Rusia. ¡Los niños jugábamos tanto con la nieve fría que las manos y los pies se nos ponían rojos por el hielo! Corríamos hasta casa, donde el *petchka*, el horno de obra, estaba encendido y apoyábamos los pies fríos contra su pared. Mamá entonces nos daba té y nos leía historias sobre el Djed Mraz, el Abuelo Escarcha, que es una especie de Papá Noel ruso…

—Baja el parasol —interrumpe Hilde—. El reflejo de la nieve me molesta en los ojos.

Swetlana agarra el parasol, pero le cuesta abatirlo porque apenas se usa. En su empeño, el mapa de carreteras se le escurre del regazo y, al alzarse después de cogerlo se golpea la cabeza contra el salpicadero.

—Viajar en este coche pequeño es terrible —se lamenta—. Deberías parar, Hilde, estoy un poco mareada por las curvas y me duele la cabeza…

—Aquí no puedo, habrá que esperar al próximo pueblo…

—Pero es que tengo el estómago revuelto. ¡Mira! ¡Cuidado! Hay un pájaro negro en la carr…

Una corneja. O un cuervo. Aunque Hilde no lo ha visto a tiempo, no quiere atropellar al animal, así que da un volantazo y el coche resbala y va a parar contra el montón de nieve del arcén.

Swetlana chilla, el coche da un bandazo, ambas salen despedidas hacia un lado, el codo de Swetlana da contra el reposabrazos de la puerta del pasajero, Hilde se agarra con fuerza al volante. Durante un instante quedan inmóviles, casi incapaces de entender la rapidez con la que ocurre un desastre así; Hilde siente alivio al constatar que en ese momento no venía ningún coche de frente, pues podría haber ocurrido una desgracia.

—No es para tanto —afirma Swetlana—. El motor funciona. Empujaremos el coche fuera del montón de nieve y seguiremos.

Hilde se alegra de que Swetlana no se queje ni gima y, en cambio, adopte una postura práctica y se centre en lo obvio. De vez en cuando, su cuñada puede resultar un poco pesada, pero cuando las cosas se ponen difíciles es posible contar con ella.

Tienen que salir por el lado de Hilde porque la puerta del copiloto está atascada y no se puede abrir. El coche al resbalar ha chocado en diagonal contra la nieve y, por el costado izquierdo tiene el radiador medio hundido en ella; solo queda confiar en que el faro no se haya roto.

—Tenemos que quitar la nieve con una pala —dice Swetlana con tono experto—. Luego agarraremos el coche por el parachoques y lo sacamos. ¿Has soltado el freno de mano?

Hilde apaga el motor y suelta la marcha. Como era de esperar, no llevan ninguna pala consigo, así que primero intentan sacarlo

sacudiendo y empujando el Escarabajo atascado, el cual, sin embargo, no se mueve ni un milímetro. Lo primero es quitar la nieve, pero ¿cómo? No hay ningún pueblo en kilómetros a la redonda: intentan hacerlo con las manos, pero la nieve está dura y les corta la piel de los dedos. Hilde se quita una sandalia, y eso facilita un poco el proceso; Swetlana golpea la nieve dura con el tacón de su zapato. Es muy difícil; tal vez lo más prudente sería pedir ayuda al próximo pueblo, dondequiera que esté.

—Mira, por ahí viene un coche —grita Hilde—. ¡Vamos, agita los brazos!

Swetlana deja caer el zapato y sacude las manos por encima de la cabeza como si se estuviera ahogando. Hilde también mueve los brazos a más no poder. El vehículo lleva matrícula extranjera, parece italiana, aminora la marcha ya de lejos y se detiene junto a ellas.

—*Buon giorno! Che sfiga!* —dice el joven rubio sentado al volante —. *Possiamo gestirlo!*

Son tres hombres, todos ellos de la misma edad. Se comunican en italiano, francés y alemán. Los jóvenes se acercan al Escarabajo, lo empujan y sacuden; a continuación, uno saca una pala del coche mientras otro les da a entender que será cosa de pocos minutos. Hilde se vuelve a sentar en el interior del Escarabajo para controlar el volante y activar el freno si es preciso. Entonces nota el frío intenso que hace, más cuando ellas solo llevan ropa de verano y van sin un zapato. ¡Qué suerte haber encontrado a esos jóvenes tan resueltos!

En efecto, todo se soluciona con rapidez. Los tres hombres agarran el parachoques delantero, uno de ellos da una orden, el coche se balancea y luego se desplaza hacia atrás sobre la carretera. Hilde frena un poco y arranca el motor. ¡Funciona! El faro delantero tampoco se ha roto. Uno de los jóvenes retira algunos trozos de hielo que todavía están adheridos debajo de la carrocería; luego asiente satisfecho y le sonríe. Hilde le devuelve la sonrisa con alivio. Sabía que su Escarabajo azul celeste no se dejaría vencer con tanta facilidad.

Por supuesto, ellas agradecen vívidamente la ayuda prestada a sus tres bienhechores, que además demuestran ser muy

caballerosos: uno le entrega con gesto galante a Swetlana el zapato que ha encontrado en la nieve; el joven rubio comprueba si se puede abrir el maletero, desbloquea la puerta del copiloto con un tirón firme y la retoca un poco para que no se atasque más. Están de pie en medio de la carretera hablando por señas en tres idiomas. Hilde explica que van camino a Italia de vacaciones; el hombre rubio les cuenta que trabaja en Alemania, en Colonia, que tienen unos días libres y que va a Milán a visitar a sus padres con sus dos amigos. Swetlana quiere dar un dinero a esos jóvenes tan amables y atentos, pero ellos se niegan en redondo: a fin de cuentas, dice, es lógico ayudar a dos jóvenes tan guapas en apuros. Les basta con su agradecimiento.

Se despiden dándose la mano, y deseándose mutuamente un feliz viaje; luego, los tres suben al coche y se marchan.

Hilde y Swetlana, tiritando de frío, corren a sacar sus chaquetas de las maletas. Su cuñada insiste en tomar ella el volante y Hilde accede. Si quiere conducir, que lo haga; ahora mismo lo más importante es ir a un lugar caliente y comer algo como es debido. Ya está harta de la sopa fría de gulasch y la calabaza en conserva.

—¿Por qué no me habré traído el abrigo?—se queja Swetlana—. Ese precioso abrigo de pieles que me regaló August por mi cumpleaños.

—Si lo logramos, esta noche tomaremos vino tinto y espaguetis a la carbonara junto al lago Maggiore —la anima Hilde.

Swetlana se emplea a fondo. La conversación ahora pasa a girar en torno a la cocina italiana y la rusa; y mientras la conductora da a conocer todos los tesoros de su preciado recetario, Hilde le habla de las delicias de su obrador, donde ella ha podido ver algunos secretos de los rellenos y las cremas de su pastelero.

—Yo comeré una ración grande de pasta con sabroso queso y crema de leche —dice Swetlana entusiasmada—. Y una copa de helado con fruta deliciosa. Ah, y nada de vino, solo refrescos. Y luego tendremos dos bonitas habitaciones con camas mullidas y dormiremos como marmotas.

Hilde piensa abrumada que quizá no consigan cruzar hoy la frontera y que entonces Swetlana querrá alojarse en el hotel más

caro del lugar porque, cuando van de vacaciones, August la consiente en exceso. Ella, en cambio, tiene que controlar sus gastos, así que tendrán que llegar a un acuerdo. Y eso en caso de que encuentren sitio en los masificados centros de vacaciones.

Al llegar a Bellinzona, el indicador de combustible lleva ya mucho rato en reserva, así que aprovechan la última gota que queda para llegar a la primera gasolinera que encuentran y aplacar al sediento Escarabajo. Hilde abona a regañadientes esa gasolina tan cara; al fin y al cabo, no puede permitir que Swetlana pague siempre, aunque tenga más dinero. A continuación se dirigen hacia Locarno, y cuando llegan al lago, quedan extasiadas, ya que en ese instante se está produciendo la puesta de sol. Detrás de las montañas del oeste resplandece entonces un brillo amarillo y rojo, como de fuego, mientras sobre las aguas se refleja en un suave tono rojizo el espectáculo que tiene lugar en el cielo.

—¡Italia! —dice Swetlana entusiasmada.

—No, todavía estamos en Suiza —dice Hilde—, pero también aquí sirven espaguetis.

—¡Oh, Hilde! Esto es tan fabuloso, jamás había visto tanta naturaleza hermosa ni una juventud tan estupenda. La próxima vez que vengamos nos traeremos a Sina. Y también a August. Eso si él es capaz de alejarse del escritorio de su bufete…

Circulan bordeando el lago. Ahora todas las localidades están iluminadas y las guirnaldas de luz ondean en reflejos dorados sobre las olas. Pasan junto a zonas de acampada con turistas sentados frente a sus moradas asando salchichas; se ven tendederos en los que cuelgan bañadores y toallas, banderines de distintos clubes de fútbol, tiendas de campaña de todas las formas y tamaños con montones de caravanas entre ellas.

—Qué lástima —dice Hilde—, podríamos habernos traído tu tienda y dos colchones hinchables. Mira con qué alegría están todos sentados comiendo sus salchichas.

Como era de esperar, a Swetlana la idea no le entusiasma. No, ella necesita una habitación limpia, con baño propio, un restaurante bonito, camareros simpáticos y buena comida.

—No pienso tumbarme en una colchoneta de goma apestosa que siempre se deshincha y donde las hormigas me pican toda la noche. Mira ahí, donde las luces; allí hay un hotel grande y bonito, con gente sentada a las mesas…

Hilde no puede ver el nombre de la ciudad siguiente por el pequeño cartel de madera, pero está claro que aún no han llegado a Italia.

—Pero, Swetlana, ¡eso es tremendamente caro!

—¿Qué es el dinero cuando estás hambriento y tienes el estómago en los pies? ¿Acaso quieres morir por tacañería? Mira lo que te digo: hoy te invito a una cama blanda y a una buena comida. ¿De acuerdo?

—Está bien. Pero la próxima vez yo elijo el alojamiento y te invito yo.

—¡Pero que no sea en una tienda de campaña con colchón inflable!

—¡No! —Hilde se echa de nuevo a reír.

El hotel, que también tiene restaurante, está situado directamente en el lago; es una construcción rústica pero sofisticada y el hall de la entrada es tan impresionante que Hilde se pregunta si no habría sido mejor meter en la maleta su elegante vestido de verano. Swetlana, acostumbrada a ese lujo en vacaciones, se dirige despreocupada al mostrador con su arrugado vestido de verano. La joven empleada vestida en el traje típico de la zona habla alemán; por desgracia, no les quedan dos habitaciones individuales, pero sí una doble muy bonita con vistas al lago. Hay comida caliente hasta las once de la noche, y después la cocina cierra. Por supuesto, el coche se puede dejar en el aparcamiento del hotel.

Deciden comer primero alguna cosa, y luego ver la habitación. Un camarero de pelo muy negro las acompaña a una mesa en la terraza. Hilde tiene que admitir que la vista sobre el lago, con las luces formando reflejos plateados sobre el agua, la noche cálida de verano, el murmullo tranquilo de los comensales y la comida exquisita compensan por completo el viaje agotador. Charlan alegremente, comentan las anécdotas vividas, hacen planes para el día siguiente y, al final, Swetlana accede a tomarse una copa de

vino, porque eso le permitirá la relajación que necesita para conciliar un sueño profundo.

Acompañadas de un joven con librea que les lleva las maletas, suben a una habitación tan lujosa que Hilde casi se desmaya. De hecho, no es una mera habitación: es una suite con dormitorio, sala de estar y vestidor, así como cuarto de baño con ducha y bañera, con toallas, jabón, cepillos de dientes y otros pequeños detalles a su disposición.

—Si quieres, yo dormiré en el sofá —propone Hilde—. Así tendrás la cama para ti sola.

—¡Qué cosas tienes! ¿No has visto que esa cama es tan grande como un campo de fútbol?

Por educación, Hilde le da una propina al joven; luego abre la maleta para sacar el camisón y se encamina al cuarto de baño. El uso de la ducha, ¿está incluido en el precio o habrá que pagar suplemento?

—Swetlana, ¿sabes si la ducha…?

—¡Hilde! —oye desde el dormitorio—. Tenemos que volver un momento al coche. Mi sobre no está en el bolso.

—¿Qué sobre?

—Ese que tiene el dinero alemán, lo que saqué del banco.

Solo faltaba eso. De hecho, solo había cambiado una parte del dinero a liras porque habían supuesto que el cambio en Italia sería más favorable. Hilde se vuelve a vestir a toda prisa y ambas bajan a toda prisa hasta el oscuro aparcamiento. La linterna, que Hilde siempre guarda en la guantera para emergencias, resulta muy útil esta vez iluminando todos los asientos y rincones del suelo, pero cuando esta pasa la mano por debajo de los asientos… Nada.

—No lo entiendo —se lamenta Swetlana—. Tenía el bolso cerrado. ¿Dónde está ese sobre? No puede haber volado.

—Probablemente —dice Hilde con tono grave—, estará en el bolsillo de uno de esos caballeros tan amables y serviciales que nos han rescatado de la nieve.

Andi

Poco a poco se va acostumbrando al trabajo en el ambulatorio. Aunque no puede decir que se sienta a gusto, se las apaña bien. Lo único que le molesta sobremanera es el turno de la mañana, porque entonces tiene que empezar a las seis. Eso es brutal; él siempre ha sido trasnochador y a esas horas tempranas de la mañana la cabeza todavía no le funciona y no hace más que tonterías. Prefiere, con diferencia, el turno de dos de la tarde a diez de la noche. Aunque entonces no almuerza, está descansado y listo para la acción. Por desgracia, la programación de los turnos no se dispone según sus deseos y tiene que aceptarlos tal como son.

Por otra parte, ya conoce mejor a sus compañeras de trabajo y se ha formado una impresión sobre ellas. La enfermera jefe, Christine, es muy estricta, hasta el punto de que incluso los jóvenes médicos residentes la obedecen sin chistar. No obstante, bajo esa coraza tan dura, hay un núcleo blando, algo que él comprobó ya cuando el primer día se desmayó para su vergüenza al ver a una víctima de accidente. Ella entonces se preocupó de verdad por él, lo atendió y después, cuando se reincorporó al trabajo, estuvo pendiente de él todo el rato. A la mañana siguiente se lo llevó aparte y le dijo en tono de confidencia tuteándole: «Quería decirte algo, Andreas, pero que quede entre nosotros, ¿de acuerdo? La primera vez que vi a un accidentado —entonces yo todavía era enfermera en prácticas— me desmayé igual que tú, e incluso vomité. ¡Menudo revuelo! Llegué a temer que no podría ser enfermera. Pero me recuperé y aprendí a hacer frente a estas situaciones. Tú también podrás, chico. Eres inteligente, incluso has pasado la prueba para ir a la universidad».

A él le sorprendió bastante que ella le hiciera una confesión como esa, le dio las gracias por sus consejos y prometió controlarse mejor de ahora en adelante.

—Pasado mañana tienes turno de noche, así que por la mañana irás a la peluquería —le espetó al momento con tono severo—. Y además te comprarás unos zapatos como es debido. ¡Por aquí no quiero ver zapatillas de deporte!

Así son las cosas, pensó para sí. Al parecer, ella solo muestra su lado más tierno muy de vez en cuando, y luego resulta incluso más cascarrabias. Pero ahora ya la conoce y sabe qué esperar de ella. Dos días después, cuando no debía llegar al trabajo hasta las dos de la tarde, cumplió y fue a la peluquería para que le cortaran la melena que con tanto mimo había cuidado. No se la rapó del todo —no querría que le vieran así en casa—, pero sí lo suficiente para que se le viera el lóbulo de la oreja. Como, por desgracia, ha heredado el pelo negro y encrespado de su padre, se lo tuvieron que escalonar un poco, porque si no habría parecido un cepillo con piernas. Para su decepción, cuando más tarde se presentó a trabajar en el ambulatorio con el nuevo corte de pelo, la enfermera jefe Christine no hizo ningún comentario; en cambio, la enfermera Gisela le dijo que así parecía mucho más «adulto» y que le gustaba mucho.

La enfermera Gisela se ha mostrado amable con él desde el principio, aunque de un modo un tanto condescendiente y maternal, como si aún fuera un niño pequeño. Le ha contado que ella también tiene un hijo, de dieciséis años y que aún va al instituto. No da la impresión de estar casada o, por lo menos, nunca habla de ningún marido. Tal vez se haya divorciado. En cualquier caso, trabajar con ella es agradable porque se lo explica todo con mucho detalle y responde con paciencia a sus preguntas.

—Aquí, en el ambulatorio, lo hacemos siempre así. La temperatura se toma una vez por la mañana y otra vez a las cuatro de la tarde. Entremedio, solo cuando hay sospecha clara de aumento de la fiebre. Si una paciente te pide un termómetro ahora, le dices que espere a las cuatro, que entonces ya se le medirá la temperatura.

Estas cosas le cuesta entenderlas. ¿Por qué no puede llevarle un termómetro a la señora Kugler si ella cree que tiene fiebre? Pero las enfermeras siguen una disciplina férrea; todo va según lo previsto: despertar a las pacientes, limpiar los dormitorios, hacer las camas, el desayuno, la medicación, la ronda, el almuerzo, la toma de

temperatura y así sucesivamente hasta bien entrada la noche. Él admira su labor, porque a la vez se producen también nuevos ingresos y altas hospitalarias; por la mañana hay que preparar a las pacientes para cirugía, llevarlas a que les hagan radiografías o que reciban tratamiento, o bien actuar en casos de emergencia.

De todos modos, a veces dedica tiempo a charlar un poco con las pacientes, sobre todo con las más mayores, las que no reciben visitas y no tienen a nadie con quien compartir sus temores. La mayoría se queja de los médicos, la nuera, el marido o la soledad. En estos casos, él se limita a escuchar y procura decir algunas palabras comprensivas. Sin embargo, también ha mantenido conversaciones que le han impresionado. Por ejemplo, ha hablado en varias ocasiones con la señora Burger sobre cómo es tener que morirse. Este es un tema sobre el que él mismo ya ha pensado, porque es un lector ávido y reflexiona sobre muchas cosas que se mencionan en los libros.

—Yo creo que cuando llega el momento es muy sencillo —le ha dicho ella con una sonrisa—. Te dejas ir y te liberas de todo dolor.

—Es posible —dice él maravillándose de lo poco que ella teme a la muerte.

—Lo único que es distinto para cada persona es el camino que te conduce a ese final —apunta ella—. Mi pobre hermana se debatió durante mucho tiempo hasta morir; en cambio, mi marido murió muy rápido. Se dio la vuelta en la cama y se marchó.

Esas conversaciones lo conmueven de tal modo que a veces por la noche no puede conciliar el sueño. Todavía no ha muerto ninguna paciente, pero es muy probable que eso ocurra en algún momento, y entonces probablemente tendrá que llevar a la difunta en camilla hasta el sótano, donde los muertos desaparecen dentro de una especie de cajones. Eso le aterroriza. Confía en que llegado el momento él no vuelva a desmayarse.

Por lo demás, ya se ha acostumbrado un poco a ver a las víctimas de accidentes cuando acaban de ingresar. También sabe ayudar a hacer las camas cuando hay que poner con cuidado de lado a las pacientes para cambiarles las sábanas. En todo caso, hay una cosa que ahora tiene muy clara: no estudiará Medicina.

La única persona de todo el ambulatorio a quien claramente él no le cae bien es la enfermera Claudia. Al principio le pareció que era un poco brusca, como la enfermera jefe, pero que en el fondo era agradable. Pero nada más lejos de la realidad: esa enfermera se resiste a todos sus intentos de entablar conversación. Por mucha amabilidad con que la salude, ella se mantiene malhumorada e incluso tuerce el gesto si tiene que trabajar con él. Las palabras amables o incluso los cumplidos no hacen sino que ella se vuelva aún más despectiva y que lo mire como si él quisiera forzarla. Y eso sería lo último que se le pasaría por la cabeza. Aunque solo fuera por sus granos y su pelo grasiento, pero también por las miradas hostiles que ella le lanza a través de sus gafas.

—Meter en la funda limpia y agarrar con ella las esquinas del edredón, ¿todavía no lo has entendido? —dice riñéndole delante de la paciente—. Y ahora tira de ahí. Dame, dame, ya lo hago yo. Con alguien tan torpe, tarda una el doble.

Ella es una oportunista total; todo lo que hace es perfecto y, si, aun así, la enfermera jefe Christine tiene algo que objetar, pone cara de que fuera el fin del mundo. Andi se ha dado cuenta entretanto de que la enfermera Claudia no le gusta ni a las compañeras de trabajo ni a las pacientes. No es de extrañar, ya que ella nunca pierde la oportunidad de criticar a los demás y, al parecer, tiene especial ojeriza contra el muchacho.

—No puedes pasarte las horas charlando con las pacientes, no hay tiempo para eso. Y no puedes aceptar regalos, espero que lo sepas.

De hecho, dos veces le han regalado una caja de bombones. Por ser un «chico encantador» y alegrarlas siempre que él entra en la habitación. Al principio no quiso aceptar ese obsequio, pero como las pacientes se mostraron tan decepcionadas, finalmente lo hizo.

—Está usted muy delgado, Andreas. Seguro que le vendrá bien —le dijo una vez otra paciente.

La enfermera jefe Christine y la enfermera Gisela hicieron la vista gorda. Pero, la enfermera Claudia, claro está, no dejó pasar la oportunidad de decirle que eso era motivo de despido.

—Solo está celosa porque hasta ahora a ninguna paciente se le ha pasado por la cabeza darle las gracias o hacerle un regalo a ella —le

dijo la enfermera Gisela y luego añadió—: Pero a partir de ahora será mejor que te atengas a las normas, Andreas.

—Desde luego. Gracias.

El sábado tiene turno de mañana; después se apresura a pasarse por Marbachweg para recoger algunas cosas antes de ir a su casa. Mañana tiene libre todo el día y no debe regresar a Frankfurt hasta la noche. Tras esa primera incursión en un mundo desconocido, tiene muchísimas ganas de volver a ver a sus padres y abuelos, disfrutar del agradable ambiente del Café del Ángel y de encontrarse de nuevo entre gente querida y conocida.

Cuando sale de la habitación con su maleta para despedirse de la señora Könnemann, ella está en el vestíbulo y le hace señas para que entre en su salón.

—Una muchacha ha llamado preguntando por ti —le dice señalando su teléfono negro y desgastado.

¡Margit! ¿De dónde ha sacado el número de teléfono? ¿Acaso él le dijo el nombre de su casera? No lo recuerda. Si lo hizo, entonces todo lo que ella ha tenido que hacer es buscarlo en la guía telefónica…

—Ha llamado ya tres veces —le informa la señora Könnemann, con las mejillas sonrojadas por la excitación—, y dice que es muy importante, pero que no le devuelvas la llamada.

Él lo entiende. Si lo hiciera, su madre o su padre podrían descolgar el teléfono.

—¿Qué le digo si vuelve a llamar? —le pregunta su casera.

—Dígale, por favor, que estoy con mis padres en Wiesbaden.

—De acuerdo. Pobre chica. Estaba muy triste, se le notaba en la voz. ¡Me parece que eres un pillo, Andreas!

—Pero yo no…

De hecho, ella le guiña un ojo y, con un gesto pícaro, le amenaza levantando el dedo índice. ¿Acaso le gustaría que él fuera un mujeriego carente de escrúpulos? Bueno, pues, no ha tenido suerte con él. Aunque podría recomendarle a su hermano Frank.

En el tren a Wiesbaden se pregunta qué querría Margit con tanta insistencia. ¿Se habrá puesto enferma? ¿Qué habrá hecho? ¿Acaso sus padres quieren obligarla a casarse con ese tipo de Assmannshausen? Pero eso no puede ser, hoy en día eso ya no se hace. ¿Qué pasará? Con Margit uno nunca sabe lo que se está cociendo.

Entonces se da cuenta, de pronto, de que ahora ella posiblemente llamará a Wiesbaden. Eso no sería terrible si responde mamá, pero si papá está en casa, tendría que aguantar sus comentarios. ¿Dónde dejó el anillo que ella le regaló? Por supuesto, no se lo puso en el dedo; es demasiado ridículo. Pero, por lo menos, se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Lo busca y entre el pañuelo, el billete y dos cabos de lapicero encuentra el pequeño anillo con el corazoncito dorado. Bien, que se quede ahí. ¿Por qué ella complica tanto las cosas? Es un encanto y —hay que admitirlo— está enamorado de ella. Pero ¿hay que montar tanto drama?

En la estación de Wiesbaden reina el bullicio; varios grupos de viajeros se apean de los trenes y se dirigen a las paradas de autobús; otros visitantes se encaminan hacia el centro de la ciudad. Perfecto, se dice. Si luego todos quieren tomar un café, en el Café del Ángel habrá mucho que hacer y nadie se preocupará del teléfono. Entonces tendré vía libre en el apartamento y podré atender la llamada de Margit.

Entra con paso confiado en la cafetería de sus padres, donde ya se han reunido los primeros clientes de la tarde. La mayoría de ellos están sentados bajo los toldos, en las mesas exteriores, comiendo gruesos trozos de tarta; son, sobre todo, señoras algo mayores, pero también hay varias familias con niños. Papá asoma ahora con una bandeja llena de jarritas y tazas: ajá, definitivamente no está en Eltville. Andi le saluda con la cabeza mientras accede al café por la puerta giratoria, pero ya en el interior se detiene atónito. La abuela Else está sirviendo pastas. ¿Por qué hace eso? Le duelen las rodillas y ya hace años que cedió el trabajo de camarera a mamá y a Giuseppe. Sin embargo, no ve ni a su madre ni al camarero italiano, solo Ewald Deuss está de pie junto al mostrador de los pasteles, y el

abuelo Heinz hojea la edición sabatina del *Wiesbadener Tagblatt* en la mesa de la familia con expresión abatida.

—¡Hola, abuelo! —saluda sentándose a su lado—. ¿Qué le pasa a la abuela? ¿Ha redescubierto su pasión por ser camarera?

El abuelo Heinz suelta el periódico y se le ilumina la cara.

—¡Muchacho! —dice dándole una palmada en el hombro—. ¡Qué bien que hayas vuelto! ¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido tu primera semana?

—Ni fu ni fa… —dice Andi con un gesto de la mano—, pero me las arreglo. Las enfermeras son muy amables.

El abuelo Heinz sonríe y dice que él tuvo grandes experiencias con enfermeras:

—Sabes, cuando perdí la pierna y estuve en un hospital militar de Francia…

Andi conoce la historia, el abuelo la ha contado a menudo. En cambio hay otros temas que se silencian adrede. Por ejemplo, por qué todos se entusiasmaron tanto con ese Adolf Hitler. O cómo se sintió el abuelo cuando disparó a un enemigo. Si se plantean estas preguntas, lo único que se consigue es silencio y entonces el tema de la conversación cambia de inmediato.

La abuela Else le impide seguir escuchando. Se acerca a la mesa de la familia con la bandeja vacía y le pone la mano en el hombro soltando un profundo suspiro.

—¡Ah, mi chico! —dice—. ¡Qué bien que hayas venido! Estoy completamente agotada, ya no siento ni las rodillas. Anda, toma, coge la bandeja, yo me pondré con la máquina de café, así podré sentarme de vez en cuando.

—Sí, pero… —tartamudea Andi, confuso—. ¿Es que Giuseppe no está?

—Giuseppe nos ha dejado y se ha ido al Café Blum —anuncia la abuela Else con enojo—, y todo por culpa de tu madre. Para que lo sepas.

¡Ay, Señor! La vieja rencilla entre mamá y la abuela ha permanecido latente durante mucho tiempo. En su ausencia debe de haberse producido un cataclismo.

—¿Mamá ha despedido a Giuseppe? —pregunta incrédulo.

—No hagas tantas preguntas —le dice la abuela—. Tres pastelitos de nata y dos de chocolate para la trece. No te olvides de los tenedores. Y antes, ponte delantal, están en la cocina.

—Pero ¿dónde está mamá?

—Vamos, en marcha. ¡Los clientes esperan!

El abuelo Heinz también le hace un ademán con la cabeza para que obedezca, así que él coge la bandeja y cumple las órdenes, aunque no entiende qué ocurre. En la cocina se encuentra con su padre, que está utilizando la cafetera mientras la maldice y es incapaz de dirigirle una palabra de bienvenida a su hijo recién regresado a casa.

—*Merde! Toujours la même chose!* Ahora está demasiado molido. Enjuaga esa mierda, Andi.

Le pone el filtro de la cafetera delante de las narices y extrae otra pieza de la máquina para limpiarla. En efecto, cuando el café se muele demasiado, la máquina se atasca. Mamá lo sabe, por eso a ella casi nunca le pasa esto.

—Pero ¿dónde está mamá? —pregunta mientras sostiene el filtro bajo el grifo.

—De vacaciones. En el alegre sur. Dame eso. Los delantales limpios están ahí arriba, en el armario.

—No entiendo nada… ¿Por qué…?

—No preguntes tanto. ¡Ya ves la que tenemos liada!

Parece que es así como va a pasar su día libre. Vaya, fantástico. Servir mesas no es lo suyo, y menos todavía con una bandeja cargada de raciones de tarta que ni siquiera sabe quién ha pedido. ¿Mesa trece? ¿Dónde está eso? ¿Cuentan desde atrás o desde delante? Sea lo que sea, tiene que ser dentro; si no recuerda mal, las mesas de la terraza empiezan a partir del número veinticinco.

Media hora más tarde tiene los brazos doloridos y la espalda agarrotada. Pero, por lo menos, ya conoce la numeración de las mesas y recuerda quién ha pedido qué. Sin embargo, en torno a las cuatro y media, el caos se desata cuando un grupo de viajeros, formado sobre todo por señoras mayores, se instala en la cafetería. Algunos van primero a los aseos; otros piden café o té; y otros asedian el mostrador de pasteles, donde Ewald Deuss defiende el

frente sudoroso, pero con diligencia. Salta a la vista que le enorgullece que sus creaciones encuentren tan buena acogida. En cambio, Andi siente como si tuviera los brazos rotos y se pregunta cómo es posible que papá asuma tanto trabajo pesado teniendo la espalda maltrecha. Además, ahora la abuela Else también le ha confiado a Andi la cafetera; se sienta a la mesa familiar con el rostro sonrojado y solo interviene cuando algún cliente quiere pagar.

Cuando el ajetreo alcanza su punto álgido, Andi repara en una hermosa mujer morena y muy llamativa que se abre paso entre las mesas y se encamina hacia la mesa de la familia. No puede ver lo que ocurre entonces, porque tiene que llevar cinco raciones de tarta y dos teteras a la mesa tres. Esta mesa está en el otro extremo del comedor, justo al lado de la ventana —la numeración comienza de atrás hacia adelante—. Mientras se apresura a regresar a la cocina con la bandeja llena de platos y tazas, oye decir a la abuela Else con voz resignada. «De acuerdo, pero solo por hoy. Cuatro marcos la hora».

«Hoy lo hago *gratuito*… porque quiero ayudar».

Al instante tiene compañía en la cocina. La joven se presenta como Valentina Marcelli; le estrecha la mano con energía, pregunta a continuación dónde están los delantales y se hace con una bandeja. Se reclina un instante contra la pared y mueve los hombros doloridos; entonces recuerda que Giuseppe tenía una hermana llamada Valentina que quería venir a Alemania. Salta a la vista que lo ha hecho. En cualquier caso, la joven sabe servir; es el doble de rápida que él, se dirige a los clientes con voz alta y alegre y transmite dinamismo y energía. Es casi tan buena como mamá, salvo que está más delgada y es mucho más rápida.

Sobre las cinco y media, los clientes del café se han marchado y Andi aprovecha para dejarse caer en una silla de la cocina. Está completamente agotado: si entretanto Margit ha llamado, no habrá podido hablar con nadie. No sabe si esto es bueno o malo; en todo caso, le gustaría saber qué ha ocurrido, es algo que lo tiene muy inquieto. Ewald Deuss, que en realidad es pastelero, está ahora con Valentina trabajando en la encimera de la cocina: lava lechuga, corta jamón y trozos de queso, cebolla y tomate, y Valentina mezcla una

salsa con hierbas y mayonesa. Para Andi es un misterio por qué el pastelero, que en realidad hace tiempo que debería haberse ido a casa, se entrega a esas tareas. Pero, sea cual sea el motivo, Andi se alegra de no tener que cortar cebolla ni meter tostadas hawaianas en el horno.

Al cabo de un rato, papá aparece en la cocina, contempla la escena con una sonrisa y saluda a Andi con la cabeza.

—¡Fin de la jornada! —dice—. Ahora los dos subimos a casa y relajamos el cuerpo. Y luego me cuentas qué has hecho esta semana.

¡Por fin! Temía pasarse hasta las diez de la noche sirviendo vino, cerveza y pequeños tentempiés. Arriba, ya en casa, asaltan la nevera y se sientan a la mesa de la cocina para una cena improvisada.

—¿De verdad mamá ha despedido a Giuseppe?

Papá sirve una copa de vino para él y otra para Andi. Entonces este averigua que no fue su madre, sino la abuela Else, quien despidió a Giuseppe, y que este encontró trabajo al día siguiente en el Café Blum. La abuela entonces contrató a una camarera alemana que había respondido al anuncio del periódico, pero al cabo de un día la mujer tiró la toalla porque no consiguió llevarse bien con ella. Ahora están buscando desesperada un nuevo camarero, pero no hay mano de obra, el personal alemán es caro, y la abuela Else no quiere contratar ni a italianos ni a españoles.

—¿Y mamá se ha ido sin más? ¿Ha llamado en algún momento?

—Hasta ahora, solo una vez —responde papá, frotándose la frente —. Pero ya conoces a tu madre: lo que hace lo hace bien.

—Papá, no te lo tomes a mal —dice Andi apurando la copa—, pero creo que mamá se ha pasado. Así no se resuelven los problemas.

—¡Díselo a ella! —responde papá con una sonrisa.

La velada resulta muy agradable para los dos. Se sientan en el salón, toman otra copa de vino y charlan de lo divino y de lo humano, el ambulatorio y las mujeres, la vida en sí, los planes de futuro de Andi y las inquietudes de papá por mamá.

Finalmente, los dos se desploman en sus camas, contentos y con la cabeza aturdida por el vino. Justo antes de quedarse dormido

Andi vuelve a pensar en Margit. Pero para entonces él se encuentra ya a las puertas del país de los sueños, donde todos los pensamientos se convierten en imágenes y fantasías.

El domingo por la mañana el trabajo duro empieza de nuevo. Los caballeros de la tertulia de artistas se reúnen a las diez y hay que servir vino. Luego disfrutan de un rato de calma porque ese día todo el mundo almuerza en casa, pero por la tarde llegan al café los clientes con ganas de pasteles. Papá se modera con elegancia y afirmando que la espalda le está dando problemas; la abuela Else se ha vendado las rodillas y toma analgésicos; y Ewald Deuss hoy tiene el día libre. Andi espera que se produzca un milagro y hete aquí que ocurre. Un ángel con la forma de la morena Valentina aparece en el café. Una charla rápida con la abuela Else, y el comedor y las mesas de la terraza quedan al cargo de la muchacha. Andi corta porciones de tarta y coloca pastelitos de nata en los platos de postre; un auténtico alivio si se compara con tener que llevar la bandeja de un lado a otro. A eso de las seis sube a su casa y empaqueta un par de cosas que necesitará en Frankfurt, sobre todo libros, pero también dos pantalones y otro par de zapatos que, con un poco de suerte, encontrarán el favor de la severa enfermera jefe. Papá le da un abrazo y unas palmaditas de ánimo en el hombro, le desea lo mejor y le aconseja estar «ojo avizor», luego va a despedirse de sus abuelos.

—Vuelve pronto, chico —dice la abuela Else, en un tono apenado que hace que parezca el estribillo de una canción.

—Desde luego. En cuanto libre de nuevo —promete.

Casi se alegra de estar en el tren a Frankfurt y poder dormitar tranquilo. Esta vuelta a casa no ha sido nada reposada, ha estado trabajando como una mula, y encima ahora está preocupado por mamá y la abuela Else. Lo de las mujeres es realmente difícil, se dice. Cuando quieren imponer su voluntad, no les duelen prendas, lo hacen a costa de lo que sea. Y no hay hombre capaz de detenerlas.

Siente agujetas en los brazos y las piernas a causa del esfuerzo poco habitual realizado y decide ir a su habitación a acostarse y leer un buen libro. Mañana le toca turno de mañana, qué fastidio, habría preferido dormir hasta tarde, pero por lo menos en el ambulatorio

no tiene que cargar con bandejas llenas de vajilla. En el Café del Ángel deberían considerar también la posibilidad de servir la comida en esos carritos grises.

La señora Könnemann le abre la puerta de entrada con una sonrisa.

—Pasa, pasa, Andi. Te estábamos esperando con ansia…

¿Estábamos? ¿Por qué habla en plural?

En cuanto abre la puerta del salón, Andi cree tener visiones. ¡Eso no puede estar pasando! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿De dónde ha sacado la dirección?

No tiene tiempo de pensar en ello porque Margit se arroja contra su pecho entre sollozos.

—No aguantaba más en casa y me he marchado —llora acurrucándose contra él—. ¡Yo ahora me quedo contigo, Andi!

Karin

Un pendiente de plata no es una prueba, pero sí un indicio. Willi podría haberlo encontrado por el teatro y habérselo quedado para buscar a su dueña. Esa sería la versión inocente. Pero también podría ser que la dueña fuera Diana Soltau y que ese pendiente se le hubiera caído durante una cita con Willi. Esas cosas ocurren en cuanto las caricias se vuelven apasionadas. ¿Dónde? ¿En el guardarropa del teatro? ¿En el coche, de camino a Rheingau? En cualquier caso, él debió de descubrir la joya más tarde y, por prudencia, se guardaría el *corpus delicti* en el bolsillo. Despistado como es, se dejó luego la americana en el Café del Ángel y se olvidó de ella.

Como no puede ser de otro modo, si ella le pide explicaciones sobre este hallazgo, él encontrará una excusa. Karin no está de humor para soportar su cara de ofendido, ni la acusación de que es una histérica y muy desconfiada. Vuelve a guardar el pendiente en el bolsillo de la chaqueta y decide no contarle nada a Willi. Puede que la explicación sea, en efecto, muy inocente y entonces sería una torpeza hacerle recriminaciones.

Sin embargo, no para de darle vueltas a este asunto. En su cabeza circulan fantasías siniestras que no logra contener. Willi y Diana Soltau abrazados apasionadamente en el coche; ella con la cabeza vuelta hacia atrás; él que la besa con afán llevando las manos por debajo de su blusa… Maldita sea, Karin sabe que Willi puede ser realmente afectuoso. Cuando entonces se los imagina a los dos acostándose en el piso de Diana, que está justo al lado del teatro, le entra una rabia tremenda. Willi es un amante maravilloso, no solo en el escenario, sino también en el lecho conyugal. Pero Karin lo quiere solo para ella, no está dispuesta a compartirlo. No, ella no es de las que se avendría a una relación a tres bandas.

Durante los últimos días de rodaje se tiene que esforzar mucho para mantenerse concentrada y no arruinar ninguna escena. La sensación de que ya no puede confiar en Willi le pesa e interfiere en su trabajo. Karin necesita tener un hogar seguro y lleno de amor, con su marido y sus hijos… Esa seguridad es donde recupera la energía para llevar a cabo la agotadora labor cinematográfica. Todo se ha venido abajo desde la muerte de su madre: los niños han perdido la tranquilidad de su hogar y van de un lado para otro. Y Willi va por mal camino.

Y, por si fuera poco, Swetlana cancela su compromiso con ellos y, de un día para otro, deja de poder encargarse de Stefan y Nora porque se va de vacaciones con Hilde. ¡Increíble! ¿Cómo es posible que no lo supiera de antemano? En ese caso, lo habrían planeado todo de otra manera. De modo que Willi tuvo que llevarlos por necesidad al Café del Ángel, pero, claro, allí impera el caos más absoluto y no pueden esperar que Heinz y Else se ocupen además de sus nietos. Así que entonces ella decidió llevarse a los dos al plató de Rheingau, lo cual perturbó aún más su concentración. Stefan se lo pasó en grande jugando al fútbol con el hijo de la dueña de la casa, pero Nora se aburrió, empezó a dar vueltas y le picaron dos avispas. ¡Qué gritos, qué lloros! Y, cómo no, en plena grabación. Afortunadamente, la amable dueña de la casa se hizo cargo de la niña, le puso pomada en las picaduras y consoló a Nora con chocolate y Coca-Cola. Más tarde se volvieron a rodar un par de escenas en los estudios de cine Unter den Eichen, pero eso a ella solo la afectó en una ocasión, así que pudo pasar el resto del tiempo en casa.

Ahora la película ya está rodada, la escuela ha vuelto a empezar y Stefan va a la guardería, donde, por suerte, se encuentra muy a gusto. Karin tiene las mañanas libres y se dedica a cocinar, hacer tareas domésticas y estudiar el papel de la próxima película, mientras Willi acude diligente a los ensayos en el teatro, almuerza en casa y regresa del trabajo al finalizar el día, ya que las funciones no empezarán hasta octubre. Hasta aquí todo bien. Al cabo de un tiempo se dice que quizá su desconfianza estuviera fuera de lugar. Los dos llevan a la cama a los niños y les leen cuentos; luego se

sientan juntos en el salón, Willi le habla de los ensayos y ella del rodaje; hacen planes para un viaje de vacaciones el año próximo y, más tarde, cuando se acuestan, él muestra su mejor cara.

Pero entonces, de pronto, un día por la mañana la llama por teléfono.

—Hola, cariño. Oye, hoy no puedo ir a almorzar. Estamos pasando un momento delicado en los ensayos; me pasaré un momento por el café, me comeré una tostada y luego regresaré al ensayo. Di a los niños que esta tarde papá les traerá algo dulce de consuelo, ¿de acuerdo?

—¡Qué lástima! Justo hoy he hecho esos pimientos rellenos que tanto te gustan.

—Guárdame alguno para la noche. A esa hora tendré ya el estómago en los pies. Bien, pues hasta luego, Karin. Un beso a los niños…

—Hasta luego…

Bueno, esas cosas pasan: a veces durante los ensayos se llega a un punto en que nada sale bien, todo el mundo está descontento, se echan la culpa los unos a los otros, critican la obra y, al final, todo es culpa de la dirección. Son momentos que hay que superar: hay ocasiones en que es útil hacer una pausa y reflexionar, y otras en que lo mejor es ensayar de forma intensa.

Pero, por mucho que se esfuerza por combatir su desconfianza, no lo consigue. Sobre todo cuando Willi no viene a almorzar ni al día siguiente ni al otro.

No puede evitarlo, necesita cerciorarse, o, de lo contrario, no podrá estar tranquila. Si está, como dice, en el Café del Ángel a la hora del almuerzo, es que todo va bien. Si no, entonces ella tendrá motivos de preocupación. Por desgracia, Karin debe ir a recoger a los niños de la escuela y la guardería a la hora de comer, así que le va a tocar hacer sus pesquisas con discreción por la mañana, antes del mediodía.

Sobre las once, sale del piso y se dirige con paso decidido a la Wilhelmstrasse. No se siente tranquila haciendo todo eso, se detiene aquí y allá junto a los escaparates, examinando detenidamente los productos mientras piensa lo patético que es espiar a su propio

marido. ¿Necesita hacer algo así? También podría confiar en él o comportarse de forma benévola y esperar sin más en casa hasta que vuelva.

«¿Has tenido un día ajetreado, mi amor? Pon los pies en alto y descansa un poquitín. Mientras tanto, yo iré a la cocina a calentarte la comida…».

Pero ella no es de esas. No soporta las mentiras, necesita tener las cosas claras aunque para ello deba tomar atajos.

En el Café del Ángel reina la tranquilidad; solo hay dos ancianos sentados en las mesas exteriores disfrutando de una copita de vino, los clientes del mediodía todavía no han llegado. Pone cara alegre y pasa por la puerta giratoria para entrar en el comedor, mira alrededor con curiosidad, pero, claro, a estas horas Willi aún no puede estar aquí; así pues, se encamina hacia la mesa de la familia, donde el abuelo Heinz está leyendo el periódico completamente solo y abandonado.

—¡Vaya, Karin! —exclama, y parece tan contento de verla que ella siente remordimientos—. ¿Dónde tienes a los niños, mujer? Los echo muchísimo de menos, sobre todo a mi pequeña Nora, que hace esos dibujos tan bonitos.

—Nora ya va a la escuela —explica mientras se sienta junto a él—, y Willi ha encontrado plaza para Stefan en la guardería cercana a la Ringkirche.

—Es cierto —dice sacudiendo la cabeza—. Desde que Frank y Andi acabaron el colegio, ya no estoy al día. Entonces ¿las vacaciones ya se han terminado?

—¡Desde luego! Nora aprende a leer y escribir. Para Navidad, ya podrá leer sola los libros que le han regalado.

—¿Así que ya se ha acabado lo de leer en voz alta? —dice apenado—. Dios mío, qué rápido crecen los niños. Y nosotros, Else y yo, envejecemos… Sí, así son las cosas…

—Aún falta mucho para que seáis viejos de verdad —objeta ella con una sonrisa. En ese momento se abre la puerta de la cocina y Karin se queda sorprendida al ver salir por ella una hermosa camarera de cabello oscuro con una bandeja en la que lleva dos jarras de café y dos pastelitos de nata con fruta.

—¿Acaso Giuseppe ha dejado el trabajo?

—Sí, por desgracia… Pero esta es Valentina, su hermana. De no ser por ella, aquí todo se vendría abajo. Mira lo amable y hábil que es. Y pensar que al principio mi querida Else no quería para nada en casa a esta chica maravillosa…

Karin observa con interés cómo Valentina sirve el café y las tartas con un «¡Que aproveche!». Va vestida con una blusa negra y una falda oscura ajustada y encima luce un delantal de camarera; lleva el pelo recogido en la nuca, pero se adivina lo brillante y abundante que es. ¡Y qué figura tan perfecta! Con la cintura delgada, pero de formas claramente femeninas. ¡Y esa forma de moverse, erguida y orgullosa como una reina! ¡Esas italianas! Karin tiene un mal pensamiento y se sorprende a sí misma escrutando los lóbulos de las orejas de la bella Valentina. No, no lleva pendientes. Eso sería muy poco apropiado en una camarera. Por otra parte, apenas lleva unos días trabajando en el Café del Ángel. ¿De dónde saca unas ideas tan estúpidas? Tal vez Willi tiene razón: ella está histérica y ve como rivales a todas las mujeres bonitas.

Por otra parte, hace poco que Willi almuerza aquí. ¿Acaso Valentina es la que le sirve la tostada? ¿Tanto le gusta ella que él prefiere no comer en casa y charlar con Valentina en el Café del Ángel? Sea lo que sea, ya lo descubrirá.

—Ah, quería preguntarte una cosa, Heinz —dice poniendo cara de preocupación—. Estoy un poco preocupada por Willi, sabes. Estos últimos días parece muy nervioso: apenas come y está muy pálido. ¿Tú también lo has notado o son imaginaciones mías?

El abuelo Heinz frunce el ceño y su expresión ahora es de tanta preocupación que ella se arrepiente de haberle contado esa mentira.

—¿Willi? ¡Oh, querida! No estará enfermo, ¿verdad? Hace días que no lo veo, Karin. De hecho ya no viene al café. Quizá tema que Else lo meta de inmediato en la cocina.

¡Así que no ha ido al café! Ha vuelto a mentirle. Ella ya lo sospechaba, pero la certeza de saberlo le sienta como un puñetazo en las tripas.

—¡Aaah! —dice intentando recomponerse lo más rápido posible—. Esto explica por qué tiene tan mala cara. Seguramente al mediodía

el pobre no come nada.

—Sí, claro, podría ser —corrobora el abuelo Heinz aliviado—. Si Frank y Andi todavía estuvieran en casa, a la hora del almuerzo podríamos enviar un momento al teatro a uno de ellos con una comida caliente. Pero, tal y como están las cosas, apenas conseguimos mantener el café en marcha. Hilde nos ha dejado en la estacada, Jean-Jacques tiene dolor de espalda y la pobre Else está en la cocina. Sí, y yo tengo el placer de untarle todas las noches las rodillas con esa pomada que huele tanto a eucalipto…

Karin mira la hora y se da cuenta de que tiene que regresar cuanto antes a la Rheinstrasse y coger el coche para ir a recoger a los niños. Se despide de forma azorada de Heinz, le consuela diciéndole que Hilde volverá pronto y que se avecinan tiempos mejores, y se marcha a toda prisa hacia la puerta giratoria. Willi me engaña, piensa desesperada. Ahora lo sé a ciencia cierta, ¿por qué me mentiría si no? ¿Por qué llegué a confiar alguna vez en este hombre?

Apenas sale por la puerta giratoria cuando se detiene como alcanzada por un rayo. ¿No es Willi ese que está cruzando la Wilhelmstrasse? Por supuesto, viene del teatro y se dirige directamente hacia ella. ¿Y quién es esa que anda a su lado? Es Diana Soltau. Dios mío, qué embarazoso. Necesita con urgencia una excusa para explicarle qué hace a estas horas en el Café del Ángel. Ah, sí: de pronto le han entrado muchas ganas de comer un trozo de tarta. No, mala idea. Quería saber cómo iban las cosas en el café sin Hilde. Sí, eso es. Estaba preocupada por los padres de él y se preguntaba si tal vez podía ayudar unas horas por la mañana. Eso, claro está, si de verdad era necesario…

Al instante constata que no ha servido de nada forzar su imaginación, porque Willi y Diana no van al Café del Ángel, sino que giran a la izquierda y desaparecen en el Café Blum. Así que ¡Willi va a la competencia! Si Else se entera… De todos modos, como tiene buena vista, observa que Diana Soltau sí lleva pendientes de plata con cierre de clip. Otra pista. Es más que probable que la joya que hay en el bolsillo de la chaqueta de Willi sea de Diana. Pero ¿qué

demuestra eso? Básicamente nada. Los dos salen juntos a comer un pequeño tentempié. No hay nada de malo en ello.

«Me estoy volviendo loca —piensa mientras camina por las calles hacia su coche—. Basta. Sea lo que sea lo que está pasando entre ellos, voy a enfrentarme a esa mujer. Y le voy a dejar muy claro que no estoy dispuesta a compartirlo».

Esa decisión la alivia: en lugar de atormentarse con conjeturas y sospechas, va a tomar cartas en el asunto. Primero conduce hasta la guardería, donde Stefan corre hacia ella entre lágrimas y se aferra a ella.

—Son todos unos tontos, mamá. ¡No volveré a venir nunca más!

Asustada, lo toma entre sus brazos y lo consuela. ¿Qué ha pasado? Si hasta ahora le gustaba mucho ir ahí.

La profesora de la guardería está junto a la entrada con expresión descontenta y le dice:

—Hoy ha venido de muy mal humor, señora Koch. No sé qué le pasa…

¿Acaso tiene fiebre? Le palpa la frente. Bueno, sí, tiene la cara caliente, pero es por el llanto, nada hace pensar que se trate de fiebre. Lo lleva en brazos hasta el coche, lo sienta en el asiento trasero y le vuelve a sonar la nariz.

—¿Mamá, has hecho hoy macarrones con salsa de tomate? —pregunta.

Tiene hambre; eso significa que no está enfermo, piensa aliviada y se encamina con el coche hacia la escuela primaria para recoger a Nora. Su hija no corre hacia ella con la alegría habitual, sino que aguarda junto a la cancela del colegio, con la mochila a su lado y el rostro pálido. Karin tiene un mal presentimiento.

—Creo que tengo fiebre, mamá…

¡Y mucha! La frente le arde y tiene la lengua blanca. Va a tener que llamar al doctor Meisinger, ojalá no sea amigdalitis, ni escarlatina. Nora ya ha pasado la rubeola y las paperas, eso no puede ser. Ay, unos niños que enferman tan a menudo trastocan todos los planes.

En casa, mete a Nora en la cama y le prepara una infusión. A continuación llama al médico, que le asegura que pasará a verla por

la tarde. Stefan come un plato de macarrones y luego quiere jugar, pero se muestra tan inquieto y malhumorado que a Karin le parece que debe de estar incubando algo.

Por la noche, Willi llega a casa a la vez que el médico y se asombra mucho al ver que los niños vuelven a estar enfermos.

—¿Será la gripe de verano? ¿Dónde la habrán cogido? Ojalá Nora no haya pillado una neumonía…

A Karin el corazón se le ablanda. A Willi se le pueden reprochar muchas cosas, pero es un padre bueno y dedicado.

—Bueno —dice el doctor Meisinger—. Eso es sarampión. Ya empieza a verse la erupción. ¿Dónde puedo lavarme las manos?

¡Sarampión! Y todo indica que Stefan, cómo no, también lo ha cogido. Esto significa que ella va a pasar los próximos días junto a la cama de sus hijos. Dentro de lo malo, la suerte es que ahora mismo no está rodando y podrá hacerse cargo de sus dos bichitos enfermos. Ella ya pasó el sarampión y también Willi, que aún recuerda las asquerosas manchas rojas que le salieron en la cara. ¡Muy propio de él! En sí, la enfermedad no le pareció grave, pero que se le estropeara su hermoso rostro le inquietó muchísimo porque creyó que se le quedaría así siempre.

De pronto, todos los problemas de los ensayos parecen haberse olvidado; Willi incluso vuelve a casa antes de lo habitual a la hora del almuerzo, se sienta junto a las camas de los enfermos, representa historias con las marionetas de mano, les da la comida y trae a sus hijitos enfermos infusiones y zumos de fruta.

—¿Ya les has dado las medicinas? Vigila que no se levanten demasiado pronto. El médico ha dicho que, cuando dejen de tener fiebre, deberían pasar otro día en cama…

A última hora de la tarde vuelve a estar en casa para cuidar de los enfermitos de un modo enternecedor. También se levanta por la noche si uno de ellos llora; cuando por la mañana ve que Willi no está en la cama, se encuentra con padre e hijo durmiendo muy pegados en la cama de Stefan.

Los niños tardan cinco días en recuperarse, pero tienen que quedarse en casa porque en la escuela y en la guardería hay normas estrictas ante el riesgo de contagio. Karin se ocupa como ama de

casa y madre y practica la lectura y la escritura con Nora, lo cual es importante porque la pequeña se ha perdido algunas clases.

Stefan se aburre e interrumpe los esfuerzos de Nora, de manera que Karin tiene que mediar a menudo en las discusiones. De hecho, ella debería estar preparando el guion de la próxima película, cuyo rodaje está previsto para finales de septiembre. Pero ahora Willi llega a última hora del día —al parecer le han ofrecido de forma repentina un papel en un espectáculo de variedades— y tampoco tiene tiempo de volver a casa a la hora de comer.

—Tú puedes con ello, cariño —le dice al llamarla para avisarla de que no va a ir—. Aquí esto es un infierno. La función es dentro de tres semanas y no hay nada que funcione.

Puede que sea un buen padre, piensa Karin con amargura. Pero sigue teniendo una aventura con Diana Soltau, a mí no me engaña. Bueno, pues voy a demostrarles a ambos que no soy tan boba como creen.

—Esta tarde iré a Bierstadt —le dice ella—. Por Marion, ya sabes. Fritz a veces es muy raro y no quiere que su hija cuide de los nuestros. Voy a ver si puedo hacerle cambiar de opinión.

—Buena idea, cariño —dice, desprevenido—. Sí, realmente Fritz es un tipo curioso. No tocará en la próxima temporada, así que el dinero no les vendrá nada mal.

—Será mejor que no le diga eso, o se ofenderá —responde ella riéndose.

Coge el coche para no levantar sospechas y lo deja en el aparcamiento del teatro. Diana Soltau vive en uno de los edificios señoriales de ladrillo que bordean el otro lado del parque Warmer Damm, en la Wilhelmstrasse. Muchos actores alquilan habitaciones ahí porque de este modo están a un tiro de piedra del teatro. Karin no está segura de en qué edificio vive, pero no es difícil averiguarlo: basta con fijarse en los nombres de los timbres de las puertas. Con suerte, Diana estará en casa por la tarde.

En el segundo edificio da con lo que busca: «D. Soltau» dice el cartelito junto al timbre. Primera planta, lado izquierdo. Karin se prepara otra vez, hace acopio de valor y de rabia, y sube la escalera. Hay poca luz; las hermosas ventanas de *art nouveau* están cegadas.

Los peldaños se encuentran desgastados, y el óxido corroe las barandillas ornamentadas, magníficas en otros tiempos. En el primer piso, a la izquierda, junto a la puerta está escrito el nombre completo: «Diana Soltau». Karin pulsa con decisión el botón del timbre y se sobresalta porque el ruido resuena por toda la casa.

Pasa un rato antes de que se note algo de movimiento en el interior. ¿Será que no está? ¿O tal vez tiene visita? Entonces alguien hace correr un cerrojo y la puerta del piso se entreabre.

—Ah, eres tú, Karin… —dice Diana con la voz algo ronca.

La tutea, sin más. Bueno, es lo habitual entre compañeros de oficio. De todos modos, a diferencia de Willi, ella no actúa en el teatro.

—Hola, Diana —responde en tono amable—. ¿Tiene unos minutos?

—Es un mal momento. Imagínate, tengo sarampión.

Karin casi se echa a reír. Willi le ha contagiado el sarampión. ¡Si eso no es justicia poética…!

—Yo ya lo pasé, de niña. Si no te importa, será un momentito.

—Por mí…

Cobarde no es, se dice Karin, eso hay que reconocerlo. De hecho, Diana, en bata y zapatillas, tiene aspecto de encontrarse realmente mal. Va despeinada y sin asear y tiene manchas rojas en la cara y los ojos entrecerrados. Aunque su habitación no es muy grande, está amueblada con gusto, y ve incluso la butaca que tapizó. En cambio no ha ordenado: hay ropa tirada por todas partes, y junto al sofá, que hace las veces de cama, hay una mesita con tazas, vasos, un cenicero y un paquete de cigarrillos. El aire de la habitación está viciado y huele a humo.

—Iré al grano —dice Karin—. No me gusta nada el lío que te traes con mi marido. No hace falta que mientas, lo sé de sobra. Quiero que dejes en paz a Willi.

Ha hablado de forma escueta y contundente, pero Diana no parece impresionada. Se sienta en la cama, saca un cigarrillo del paquete, lo enciende con una cerilla y le da una calada.

Tan enferma no debe de estar, si aún puede fumar, piensa Karin a regañadientes.

—No sé a qué te refieres con eso del «lío» —dice—, pero, de acuerdo, Willi y yo estamos muy unidos. No hay ninguna necesidad de que hablemos ahora de lo unidos que estamos. Pero, déjame que te diga una cosa: no tengo la menor intención de arrebatarte a tu marido.

Karin suelta una risa falsa.

—Tampoco podrías. En todo caso, no pienso tolerar tampoco «cuentos», o como tú quieras llamarlo. Espero que entiendas lo que quiero decir.

—Perfectamente —dice Diana, exhalando el humo.

Luego tose y tuerce el gesto. Quizá le duela la garganta. Karin se alegra con toda el alma.

—Si eso te hace sentir mejor —continúa Diana, depositando la ceniza del cigarrillo en el cenicero—, la próxima temporada tengo un contrato en Karlsruhe.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena!

—Gracias —dice Diana con frialdad—. ¿Esto resuelve tu problema?

Karin se enoja. ¡Qué indiferencia, menuda condescendencia. Sí, tuve algo con tu marido, pero eso se acabó, puedes sentirte contenta.

—Te deseo mucho éxito —le dice con tono mordaz—. Y vigila mucho, no vayas a tropezar de nuevo. Como persona, quiero decir.

Diana no contesta, su rostro permanece impasible mientras da otra calada a su cigarrillo. Sea lo que sea lo que esté pensando, no lo demuestra. Menos mal. Karin ha dicho lo que tenía que decir, y ya no puede soportar por más tiempo ese cuchitril maloliente y lleno de humo de tabaco. Se gira y se marcha sin despedirse, cierra la puerta tras de sí y entonces respira hondo. ¡Qué persona tan astuta! Ha conocido a muchas colegas desagradables en el teatro y también en el cine, pero Diana Soltau se lleva la palma.

¿Dejará por fin en paz a Willi? Al fin y al cabo, la temporada dura hasta principios del verano que viene. Tal vez no sería ninguna tontería ayudar en el Café del Ángel por las mañanas… Así podría vigilar el teatro. Aún faltan cuatro semanas para empezar el rodaje de la próxima película. Sí, está decidida a aprovechar al máximo ese tiempo.

Swetlana

¡Qué malo es el mundo! Al principio no ha querido creérselo, pero al final ha tenido que admitir que las sospechas de Hilde son ciertas. Esos jóvenes tan solícitos que habían sacado el coche de Hilde de la nieve eran unos ladrones sin escrúpulos. Seguramente el que estuvo manipulando la puerta del copiloto debió de aprovechar la ocasión para sacar del bolso el sobre con el dinero. ¿Por qué fue tan incauta de dejarlo en el coche? De todos modos, ¿a quién se le ocurre que le puedan robar en una situación como esa y con gente tan agradable y joven?

—Unos ladrones muy astutos —dice Hilde enfadada después de vaciar el bolso de Swetlana sobre la cama sin encontrar el sobre—. Te han robado el dinero y luego han estado charlando con nosotras un buen rato tranquilamente.

—Por eso no querían que les diera una propina por la ayuda —recuerda entonces Swetlana—. Porque entonces yo habría mirado en el bolso y me habría dado cuenta de que faltaba el sobre. ¡Hay que ser ruin! ¡Qué mezquinos! No tengo palabras…

—Mañana iremos a la comisaría a denunciar el robo —decide Hilde —. Ahora, a dormir.

—No voy a poder pegar ojo…

Se equivoca. A pesar de los nervios vividos y de la preocupación por cómo pagar la cuenta del hotel, se queda dormida al cabo de unos minutos. Queda sumida en un sueño profundo del que solo se despierta cuando Hilde la sacude por el brazo.

—Es increíble que puedas dormir con todo este ruido… Vamos a levantarnos y a desayunar, que ya llevo una hora despierta.

En efecto, entonces percibe el ruido de coches procedente de la carretera que bordea el lago; además, al parecer, algunos veraneantes están desayunando en la terraza de abajo porque se

oye el entrechocar de los platos, así como trozos de conversación en varios idiomas. En cambio, las ventanas brindan una vista magnífica del resplandeciente turquesa del lago bajo la luz de la mañana. Por las aguas se deslizan varios veleros, y una lancha motora traza una estela blanca en la superficie azul verdosa.

Mientras Hilde la espera impaciente, Swetlana hace un uso copioso del cuarto de baño y se viste.

—¿Te has duchado, Hilde? Esta ducha es magnífica y los azulejos son muy bonitos, de color blanco y dorado. Tienes que usarla, a fin de cuentas la hemos pagado…

—Aún no… —dice Hilde con una sonrisa.

El desayuno dura poco, no por ella, sino porque Hilde no ve la hora de llegar a la comisaría. Es una lástima, ya que nunca ha comido unos panecillos tan deliciosos, el queso está riquísimo y las mermeladas son simplemente magníficas.

—Vámonos, ahora. Yo pagaré el hotel, luego vamos a la policía y después, al banco. ¿Tienes la documentación? ¿Los datos de tu cuenta? Venga, luego ya descansaremos.

—Parece que tengas lagartijas en el cuerpo —comenta Swetlana —. ¡Estamos de vacaciones! ¡No paras!

—¡Cuanto antes hagamos la denuncia, más probabilidades habrá de que atrapen a esos tipos!

Es posible. Pero Swetlana está acostumbrada a que en vacaciones su marido se encargue de todas las cuestiones prácticas y no la moleste con ellas. Hace la maleta a regañadientes mientras Hilde paga la cuenta en recepción, suben al coche y se encaminan hacia la comisaría más próxima.

La denuncia resulta ser un asunto de gran complejidad. Primero les hacen esperar un buen rato, luego comprueban sus pasaportes, la documentación del coche, les preguntan la ruta que han seguido por Suiza y lo mecanografían todo con esmero. El agente es una persona amable y parece tener todo el tiempo del mundo, pero por desgracia solo se expresa en suizo alemán, y Swetlana no lo entiende bien, así que Hilde tiene que traducirle casi todas las preguntas. Sí, en el sobre había mil marcos, no recuerda en qué billetes exactamente, pero había de cien marcos y de cincuenta. No,

ninguna moneda. Un sobre blanco sin ninguna inscripción. Sí, aquí, en ese bolso. Lo tenía en el suelo, delante del asiento del acompañante. Sí, la cremallera estaba cerrada…

Hilde se encarga de describir a los ladrones; Swetlana se asombra al ver la excelente memoria de su cuñada para las personas. Se acuerda hasta de los zapatos, y de que uno de los tres tenía el labio leporino. Al cabo de una buena hora, les entregan un informe y un formulario que tienen que firmar. A continuación el agente de policía las saluda con un apretón de manos amable, le dice algo a Hilde que Swetlana no entiende y, por fin, pueden marcharse.

—¿Qué ha dicho?

—Que las probabilidades de dar con esos tipos son escasas. Lo más seguro es que ya estén en Italia.

—Y entonces ¿por qué hemos pasado tanto rato en comisaría perdiendo el tiempo? —pregunta indignada Swetlana—. ¿Qué clase de policía es esta que es incapaz de atrapar ladrones?

También en el banco los suizos resultan ser muy rigurosos: comprueban su pasaporte y los datos de la cuenta y, al final, lo dan todo por correcto y por fin puede devolver a Hilde el dinero de la factura del hotel y cambiar de inmediato el resto por liras.

—¿Qué dirá August al ver que retiras tanto dinero de la cuenta? —pregunta Hilde con aprensión.

—Oh, August se alegrará. A fin de cuentas, lo que le inquieta es que no tenga suficiente dinero —dice con amargura.

A Swetlana le entristece que Hilde sacuda la cabeza entre risas. Está convencida de que August ya no la quiere. Él lo que quiere es que ella tenga dinero suficiente para que así permanezca mucho tiempo fuera de casa y a él no le toque aguantarla.

—No pongas esa cara —la consuela Hilde—. Ahora llegaremos a Italia y buscaremos un buen hotel junto al lago. Y luego nos pondremos bien guapas.

En efecto, su estado de ánimo mejora conforme van recorriendo la carretera que bordea el lago maravillándose ante los pueblos bonitos, los restaurantes acogedores y, por supuesto, el agua de color celeste, las montañas verdes y boscosas y las piedras grises. Lago o mar, ¿qué diferencia hay? Aquí también el agua reluce en un

azul veraniego y hay pequeñas olas que chocan contra la orilla. De vez en cuando se detienen, toman un café y echan un vistazo a las tiendas. Swetlana le regala a Hilde una pamela porque le queda de maravilla. Además se compra para ella una cámara de fotos, un bañador, dos tubos de crema solar, diez postales y un precioso vestido de verano muy ligero que le llama la atención nada más entrar en la tienda. En Arona almuerzan un pescado increíblemente bueno y deciden buscar un hotel ahí.

—Pero que no sea de lujo. ¡Es demasiado caro para mí! —advierte Hilde.

—Pero yo quiero un hotel que esté justo al lado del lago, con zona de baño. Y dos habitaciones.

—De acuerdo con lo de una habitación para cada una, pero que sean sencillas.

Tardan en ponerse de acuerdo y cada una cede un poco. Encuentran por fin un hotel con césped para tomar el sol y bañarse; Swetlana se queda una habitación con baño, y Hilde tiene suficiente con una habitación sencilla situada en el último piso, pero que, según dice, tiene mejores vistas.

—¿Acaso vas a pasarte todo el día junto a la ventana? —pregunta Swetlana riéndose—. Vamos a bañarnos. Quiero probarme el bañador nuevo.

—¡Y yo mi pamela!

El mundo es brillante y colorido; no hay lugar en la Tierra donde los colores sean más bellos que en Italia. El aire huele a crema solar y a flores de verano; las tumbonas están destartaladas y algo oxidadas; el bañador nuevo aprieta un poco, pero ¿qué importa? El agua está agradablemente caliente, es como una caricia para la piel; mientras nadan pueden admirar las montañas, y alrededor el sol hace que el oleaje suave brille y refulja. En la zona de césped reina la calma, solo hay, a cierta distancia, una familia con dos hijos adolescentes y una pareja de ancianos que se instala bajo la sombra de los árboles. Colocan dos tumbonas juntas, extienden las toallas encima y una a la otra se ponen crema Nivea en la espalda. Swetlana desempaqueta entonces la nueva cámara, pero no

entiende las instrucciones y deja que Hilde, tan lista, coloque la película y haga las primeras fotos.

—Mañana daremos la vuelta al lago —planea Swetlana—. Pero antes exploraremos la ciudad y sus tiendas. Quiero comprar cosas bonitas para Sina y la señora Wegener. Y también para Luisa y para la pobre Karin. No me pude encargar de sus hijos y eso me sabe muy mal…

—¿Comprarás también algo para August? —pregunta Hilde mientras limpia una salpicadura de crema de sus gafas de sol.

—¡Uf! ¿Y qué puedo comprarle? No necesita nada.

—Pero podríamos ir a la oficina de correos y llamar a casa.

—¡Oh, sí! Sina debe de añorar a su mamá. Y Laika me echa de menos. Incluso la señora Wegener…

Al caer el día, y pese a la crema solar, las dos presentan quemaduras de sol en la espalda, las piernas y los hombros, pero eso a Swetlana no le quita el apetito. ¡Qué lástima que, por consejo de Hilde, solo se llevara tres vestidos de verano! Por la noche cenan en una preciosa terraza cubierta con vistas al lago donde los turistas van muy arreglados. Es una suerte haber comprado ese hermoso vestidito, pero su guardarropa sigue siendo exiguo. Mañana mismo va a tener que hacerse con varios vestidos de verano, o, si no, los italianos acabarán pensando que son pobres. Sobre todo el propietario del establecimiento, al que llaman *patrone*, debería llevarse una buena impresión de ellas. Es un hombre realmente atractivo, algo grueso de caderas y barriga, pero, aun así, todo un señor, a quien, con sus hermosos ojos oscuros, no se le escapa ningún detalle. Ah, sí, le ha sonreído dos veces. Todos los italianos son muy lisonjeros. Pero eso a ella le ha sentado bien e incluso le ha devuelto la sonrisa. Todo muy decente, por supuesto; la esposa de él, una cuarentona corpulenta, está al otro lado, en la barra, al cargo de la bebida. Y también corretean por ahí los *bambini*, un niño y dos niñas. Aquí, los pequeños no se van a la cama tan temprano como en Alemania, sino que a esta hora de la noche todavía juegan e incluso ayudan a servir. Lo único que disgusta a Swetlana es la joven camarera que les atiende porque muestra sin inhibiciones su voluptuosa feminidad. Hay que ver qué manera de sacar el pecho, ni

que tuviera que romper una pared con él. ¿Y si mañana se compra también uno o dos sujetadores ajustados? ¿Tal vez con un delicado encaje rosa? Por otro lado: ¿para quién? A fin de cuentas, a August ya no le interesa su mujer. Y ella no tiene necesidad de seducir a otros hombres. El propietario del restaurante vuelve a sonreír. ¡Qué agradable es que te sonría un hombre guapo! No soy tan vieja todavía, se dice, aún hay quienes me encuentran atractiva como mujer.

—No te quita los ojos de encima —le murmura Hilde con una sonrisa—. Vigila o pronto tendrás el postre gratis.

—¡No bromees con ese *patrone* tan agradable!

Tras una copiosa comida y varias copas de vino, Hilde propone dar un paseo nocturno por el lago, pero Swetlana rechaza la idea. «Yo voy a dar un paseo por mi cama y luego dormiré como una marmota».

Y, en efecto, apenas logra preparar el neceser y el camisón antes de hundirse en la cama, que cruje bajo su peso. No le importa: encuentra su posición para conciliar el sueño, arrellana la almohada y se queda dormida.

Sin embargo, en mitad de la noche se despierta. A su alrededor todo está oscuro, los insectos zumban y una suave brisa sopla por la ventana abierta. Necesita un momento para recordar dónde se encuentra. Entonces unos pensamientos sombríos se abalanzan sobre ella como una bandada de cuervos. Se ha marchado sin despedirse, ha abandonado a su familia, ¿cómo ha sido capaz? Su pequeña Sina se queda sola en casa cuando la señora Wegener se marcha al final del día, porque August no vuelve del bufete hasta bien entrada la noche. ¿Quién cuida de Sinochka? ¿Quién le prepara la comida? ¿Y el desayuno por la mañana? ¿Quién le hace el bocadillo para la escuela? ¡Oh! Es una mala madre. Ella se está pegando unas buenas vacaciones, disfrutando del paisaje, del sol y de la buena comida, mientras su pobre hijita se ha quedado sola en casa pasando hambre. Entonces repara en que a estas horas August debe de estar durmiendo solo en su habitación y, por un momento, espera que la eche de menos. Pero no, se dice ella con obstinación. Así él podrá tener la luz encendida toda la noche y leer, lo que sin

duda le hará muy feliz. En la cama, en lugar de su mujer, prefiere tener expedientes y libros.

No está siendo del todo justa, y ella lo sabe. Ha habido también otros momentos, mejores, en los que él le ha demostrado que la quiere y la aprecia. Pero esto siempre ha durado poco; luego seguramente él se dijo que ya había hecho bastantes esfuerzos y regresó a sus queridos expedientes.

¿Por qué trabaja tantísimo? ¿Acaso es porque así gana mucho? Desde luego, él es generoso con el dinero, le deja comprar lo que quiera, nunca se enfada. Pero ella no puede comprar su amor. Él se lo guarda para él y, a cambio, le da dinero. ¿Qué clase de matrimonio es ese? Si no fuera por ella, por Sinochka, preferiría estar muerta a ser la esposa de ese cruel devorador de expedientes.

Llora y solloza en silencio contra la almohada, da vueltas de un lado a otro en la cama y al final decide coger al día siguiente el tren de regreso a casa. No por August, sino porque añora a su Sinochka. Y también porque tiene que ir a ver a Mischa. Tiene unos hijos encantadores, son toda su felicidad. ¡Por ella, August ya puede pudrirse en su bufete, no lo necesita!

Por fin se duerme de nuevo bien entrada la noche y solo se despierta cuando Hilde llama a su puerta.

—¡Buenos días! ¿Ya te has levantado? Abajo ya sirven el desayuno. —Su voz suena animada.

Ella no tiene apetito, pero sí un terrible dolor de cabeza y tampoco se siente bien del estómago. ¡Oh, el vino! Levanta la cabeza con dificultad y se aprieta la frente. Es como si un pajarito le martilleara la sien derecha. O mejor dicho, una bandada entera de aves.

—Vete bajando. Ya voy…

—¿No te encuentras bien?

—Sí, sí, claro. Me he dormido…

Tras la ducha se siente un poco mejor. Se pone el vestido nuevo, que le queda como un guante, y se siente más animada. Con todo, está totalmente decidida a regresar a casa hoy mismo. Abajo, la terraza refulge bajo la cálida luz de la mañana, un murmullo de voces le da la bienvenida y el aroma a café y a pan recién hecho le

inunda la nariz… Bueno, pensándolo bien, debería desayunar como es debido; después de todo, tiene por delante un largo viaje.

Hilde se ha hecho con una mesa justo delante, la que tiene la mejor vista sobre el lago. La saluda alegre para que se acerque. Ya ha pedido el desayuno, y hoy las atiende un joven camarero delgado, de pelo negro rizado y con un poco de bigote. ¡Qué guapo es! ¡Con qué elegancia sirve! Sus gestos son perfectos y le sonríe de forma alegre, como si estuviera increíblemente feliz de verla. ¡Oh, sí, los italianos! Hacen que todas las mujeres se sientan como reinas. De todos modos, sonríe más en dirección a Hilde; quizá le gustan más las rubias que las morenas.

—¿Has dormido bien? —pregunta Hilde.

—Más o menos. He estado dándole muchas vueltas, Hilde…

—No deberías pensar demasiado por la noche, porque todo parece sombrío —dice Hilde mientras unta una cucharada de mermelada en su rebanada de pan blanco.

Swetlana toma un sorbo de café, se sirve jamón, fruta y queso en el plato y coge la panera. En su sien, el pajarito sigue martilleando.

—He decidido que tengo que volver a casa, Hilde —confiesa—, porque Sina está sola. Soy una mala madre: yo estoy junto al lago con la barriga al sol y mi hija está sola y hambrienta.

Hilde baja las cejas, molesta, pero, al contrario de lo que Swetlana había esperado, no reacciona con una oposición vehemente.

—Vamos a ir a la oficina de correos a llamar —dice—. Y luego siempre puedes coger un taxi e ir hasta la estación más cercana.

—Lo siento mucho —suspira Swetlana—. Estoy arruinando tus vacaciones…

—¡No es para tanto! Lo más importante es que tú hagas lo correcto.

—¡Eres un tesoro y una gran amiga, Hilde!

De pronto ahora el desayuno le sabe de maravilla, come unas uvas deliciosas, se toma tres tazas de café y luego se siente como una persona nueva. En su cabeza el pajarito se ha calmado y se ha ido a dormir.

En la oficina de correos hay tres cabinas para llamadas internacionales. La llamada de Hilde es la primera, y Swetlana

escucha con muda envidia cómo su cuñada habla animadamente con su marido. Jean-Jacques es un buen esposo, Hilde ha tenido suerte, solo tiene problemas con su madre. Pero no es de extrañar, Hilde es hija de su madre y tan testaruda como la propia Else.

Entonces llega su conexión, se apresura a entrar en la cabina y descuelga el auricular.

—Hola, hola… ¿Sinochka? ¡Aquí, tu madre!

—Oh, señora Koch. No, yo soy la señora Wegener. Sina está en la escuela.

Por supuesto. La escuela ha comenzado. ¿Cómo se ha podido olvidar de eso?

—¿Cómo está Sina? Dígale que su madre volverá mañana y que ya no estará sola.

—Pero Sina no está sola, señora Koch —Por el auricular se percibe cierto tono de reproche—. Yo vengo todas las mañanas temprano y le preparo el desayuno, y luego le hago el almuerzo. Ayer hubo medallones de ternera con arroz y ensalada, y antes, un buen caldo de ternera. A Sina y al señor Koch les gustó mucho…

Oh, ¿August almuerza en casa? Claro, lo hace por su hija. Por su esposa, no.

—Y cuando me voy a casa por la tarde, el señor Koch ya ha vuelto del bufete y Sina prepara la cena. Por otra parte, Petra y Marion están todo el tiempo de visita. No tiene de qué preocuparse, señora Koch. Quédese y disfrute de sus vacaciones. ¿Dónde está usted, por cierto?

—En… en el lago Maggiore… Pero mañana voy a…

—¡Oh, qué bonito! Mi cuñado estuvo ahí de camping el año pasado. ¡Oh, cómo la envidio!

Entonces le pregunta si está contenta con el hotel, si la comida es buena, si no hace demasiado calor y le aconseja que se compre en la farmacia una crema repelente de insectos porque su cuñado volvió cubierto de picaduras.

Cuando Swetlana termina la conversación, la cabeza le da vueltas. Están felices y contentos, piensa acongojada. August llega pronto a casa por Sina. Es un detalle por su parte. Pero no regresa a casa temprano por mí. Él es feliz si no tiene que verme. Me casé con el

marido equivocado, siempre lo hago todo mal. Dios me puso en el mundo para que sea desdichada.

A pesar de la animada conversación que ha mantenido, cuando se reencuentran ya fuera de la oficina de correos Hilde también parece malhumorada.

—Imagínate —dice enfadada—: mamá, en efecto, ha despedido a Giuseppe. ¿Y sabes dónde trabaja él ahora? En el Café Blum. Se lo tiene bien merecido. ¡Oh, estoy que me subo por las paredes!

—Es lo que tenía que pasar —suspira Swetlana—, pero tampoco es tan malo, Hilde. Lo malo es lo que ahora sé con certeza: August ya no me quiere.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta Hilde nerviosa.

Le cuenta lo que la señora Wegener le ha dicho, pero ante esta triste verdad su cuñada solo sacude la cabeza.

—Ya ves lo que él hace por ti —dice Hilde—. Ha llegado incluso a descuidar el bufete por cuidar de Sina. ¿Y por qué? Para que tú puedas tener unas buenas vacaciones.

Swetlana no tiene ánimo siquiera para soltar una risa burlona.

—Tú siempre lo ves todo de color de rosa —suspira—, pero mi alma está sombría. Creo que todos están felices porque me he ido. Eso es lo que pienso y por eso me siento triste como un caballo cansado.

—Tonterías —dice Hilde enérgicamente agarrándola por debajo del brazo—. Ven, vamos a esa cafetería de allí a tomar algo. Y te digo lo que me ha contado Jean-Jacques…

Aunque tomar algo no aliviará su pesar, con este calor tiene sed. Se sientan en una mesa desocupada y piden la bebida amarilla y con gas servida en vasos de colores que los turistas de la mesa de al lado tienen delante: limonada con hielo.

—Esos dos estuvieron de «velada masculina» —dice Hilde con una sonrisa.

—¿Una… velada masculina? ¿Y qué se supone que es eso?

—Jean-Jacques fue a visitar a August a vuestra villa. ¿Y sabes por qué? Porque August se siente solo. Por eso.

—¿Se supone que debo reírme? —A Swetlana eso le parece un cuento. August no se siente solo. Tiene sus libros y…

—¡Escúchame de una vez! —le regaña Hilde—. Los dos estuvieron tomando vino y hablando…

—¡Quieres decir que estuvieron hablando mal de nosotras!

—No lo sé. Pero al parecer el vino hizo que August se desahogara y abriera su corazón. Algo que, si no es así, rara vez hace.

—¿Y qué dices que abrió? ¿Su corazón? Pero eso es imposible: no tiene.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eres incluso más terca que mamá! —Hilde se exaspera. A continuación vuelve a dibujar una sonrisa amable cuando un joven camarero italiano les sirve dos vasos de limonada con hielo y burbujas—. *Grazie, signore!* —dice con gracia y brinda por Swetlana—. Lo creas o no —continúa—, Jean-Jacques me ha dicho que August está muy preocupado por ti.

—¡Le preocupa que yo tenga dinero suficiente!

—¡No! ¡Tiene miedo de que a lo mejor no vuelvas con él!

Swetlana deja el vaso sobre la mesa y se echa a reír.

—Es posible que, de hecho, eso sea lo que desee —dice con amargura—. Porque ya no me quiere. Por eso.

—No. Jean-Jacques me ha dicho que nunca había visto a August tan preocupado. No para de dar vueltas sobre lo que ha hecho mal en su matrimonio. Jean-Jacques lo ha tenido que consolar de verdad. Swetlana, tu marido te echa muchísimo de menos.

¿Que él la echa de menos? En su cabeza se desata el caos. Todas las emociones que ha estado reprimiendo todo este tiempo se abalanzan sobre ella. ¿Es eso cierto? ¿O acaso Jean-Jacques se lo ha inventado? A ella le gustaría creérselo, pero ¿cómo es posible que August confíe esas cosas a Jean-Jacques en lugar de decírselas a ella? ¿Es más fácil admitir algo así ante el cuñado que ante la esposa? ¿Cómo un hombre puede ser tan excéntrico? De todos modos: si él la echa de menos, es que aún la quiere…

—Tengo que hacer las maletas de inmediato y regresar a Wiesbaden —dice buscando un pañuelo en el bolso—. Quiero saber si Jean-Jacques ha dicho la verdad…

—¿Te has vuelto loca? —dice Hilde agarrándole la mano con fuerza—. Ahora te quedas aquí unos días más. Dale largas a August.

¿Acaso no se lo tiene bien merecido? Cuanto más tiempo lo tengas en vilo, más reflexionará.

Swetlana se la queda mirando pensativa:

—Hilde, eres una mujer cruel —contesta entonces en voz baja—. Pero también muy lista. Tienes razón. ¡Me quedo aquí!

Andi

¿Sueña o está despierto? Hasta hace un momento, en el mundo todo estaba bien. Y ahora se ve aquí, de pie, sosteniendo a la muchacha que solloza en sus brazos. ¡Oh, Dios, cómo tiembla! Está completamente fuera de sí, se agarra a él como si fuera a ahogarse y llora de modo desgarrador contra su camiseta. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Que se ha escapado?

—Cálmate, Margit… Deja de llorar, te lo ruego… Dime qué ha pasado… ¿Margit? ¿Hola? ¿Podrías dejar de llorar?

La señora Könnemann sigue de pie junto a ellos en el vestíbulo, retorciéndose nerviosa las manos.

—Ay, pobrecita —repite una y otra vez—. Le he preparado un té de menta. No ha querido galletas. Solo miraba por la ventana y se preguntaba cuándo vendrías por fin…

A Andi le resulta muy embarazoso el interés de su casera por lo que está ocurriendo. ¿Qué pensará de él al ver que Margit se le aferra con ese desespero? Probablemente sacará todo tipo de conclusiones y se lo contará a sus padres.

—Vamos —le dice a Margit, apartándole de la frente con un gesto torpe el pelo empapado de lágrimas—, cuéntame qué ha pasado y luego pensamos qué podemos hacer. ¿Te parece? Pero antes debes dejar de llorar. Toma…, tengo un pañuelo…

Rebusca en el bolsillo del pantalón, pero no lo encuentra; todos los pañuelos están en el cajón de la cómoda de su habitación. Debería ir allí, pero Margit se le aferra al cuello con fuerza, y él prefiere no llevársela a su habitación. Por otra parte, tampoco puede permanecer con ella en medio del vestíbulo indefinidamente.

—Chico, así no irá bien —le reprende la señora Könnemann—. Vamos, parejita, sentaos un momentito y hablad entre vosotros. Yo

entretanto os prepararé un té y luego lo veréis todo distinto. ¿No te parece, señorita?

Margit asiente apretada contra el pecho de él y, mientras la señora Könnemann entra en la cocina, Andi lleva a la chica a su cuarto. La muchacha se sorbe la nariz y se suena con fuerza con uno de los pañuelos de cuadros que la madre de Andi preparó para él. Luego mira alrededor con los ojos hinchados y dice: «¡Que bien estás aquí! ¡El papel pintado es muy bonito! Es muy acogedor…».

—Siéntate ahí, en esta butaca… Y, ahora, dime de una vez qué ha pasado, ¿quieres? No puedes marcharte de tu casa sin más…

Le indica una de las dos butacas antiguas que forman parte del mobiliario. No vaya a ser que a ella se le ocurra sentarse directamente en su cama.

—Sí puedo —dice ella sorbiéndose la nariz—. Mi madre me ha dicho que no quiere saber nada más de mí porque no quiero casarme con Klaus-Dieter. Que me he quedado sin regalos de cumpleaños y de Navidad, que ya no soy de la familia, que para ella no soy más que aire… Eso me ha dicho y, según mi padre, en otros tiempos a una como yo la habrían enviado al reformatorio…

—Estoy seguro de que lo han dicho sin pensar, Margit… —dice él intentando tranquilizarla.

—No —insiste ella con los ojos de nuevo inundados de lágrimas—. Cuando mi madre dice algo así, lo dice en serio…

Eso a él no le entra en la cabeza. Y, de todos modos, todo eso suena muy infantil. Ni cumpleaños ni Navidad. Dios mío, ¿cuántos años tiene? ¡Diecisiete! Es casi adulta.

—Y entonces ¿tú te has ido sin más? ¿Tus padres saben dónde estás?

La debe de haber mirado con horror, porque ella se ha puesto a llorar otra vez.

—Estoy aquí contigo —dice sollozando— porque eres la única persona que me queda en el mundo. ¡Y si ya no me quieres tampoco, me marcharé y no volveréis a verme nunca más!

Entonces se alarma. Parece estar completamente confundida; si se marcha ahora, él no quiere ni pensar en lo que a ella se le puede ocurrir hacer.

—Pero ¿qué cosas dices? —le dice con delicadeza mientras se arrodilla junto a la butaca para rodearla con el brazo—. Yo estoy de tu parte, Margit. Te lo prometí, y eso…

Justo en ese instante se abre la puerta y asoma la señora Könnemann con una tetera y dos tazas. La posibilidad de llamar antes a la puerta parece que no la contempla; se limita a entrar en el cuarto, y coloca la tetera y las tazas sobre la mesita.

—Os traeré el azúcar en un momentito… ¿Y bien, señorita? Ya estás mejor, ¿eh? Andi es un joven encantador. Igual que mi Heini…

Ante la mirada benevolente de la mujer, Andi se siente tremendamente ridículo arrodillado en el suelo al lado de la butaca. ¿Esa vieja tiene que pasearse ahora de un lado a otro con la tetera diciendo estupideces?

Margit apoya agradecida la cabeza contra su pecho y le agarra el brazo.

—Lo sabía —susurra feliz—. Sabía que podía confiar en ti, Andi. Eres la única persona que me queda en el mundo. Dime que me quieres, Andi. Vamos, dímelo.

—Margit, yo…

La puerta se abre y entra la señora Könnemann con el azucarero en la mano. Dentro del recipiente hay, cómo no, unas pinzas para el azúcar anticuadas. Puede que un regalo de bodas del año catapún…

—¿Y bien, parejita? —dice con una sonrisa mientras sacude de broma el dedo con gesto amenazador—. Portaos bien, ¿eh? Yo también fui joven y estuve locamente enamorada. Pero me casé virgen. Así eran las cosas en esos tiempos…

Sale y cierra la puerta tras de sí. ¿Qué se supone que debe pensar de eso? Da igual, lo importante es que se ha ido.

—Escucha, Margit…

—No. Dímelo…

—¿Qué quieres que diga?

—¡Que me quieres!

Se aclara la garganta. Las declaraciones de amor no son lo suyo… ¿Por qué siempre quiere oír eso?

—Margit, te aprecio mucho. Pero…

—¿Solo me aprecias? —pregunta con tono de decepción y mirada dolida.

—También te quiero…

—Dilo bien. ¡Si no, no te creo! —le exige.

—Bueno, ya que te empeñas en oírlo: Yo… Yo te quiero.

Ahora toca besarse. Ella le busca los labios y él se presta. Y no de mala gana, la verdad. Besarla es dulce y tentador, sobre todo cuando ella se siente desdichada y se aferra a él con desesperación. Es un beso lleno de ternura. Se da cuenta de que está descontrolándose, pero piensa entonces que la señora Könnemann debe de estar fuera, en el pasillo, con la oreja pegada a la puerta, y se recompone.

—Margit… Así no se hacen las cosas. No puedes huir sin que tus padres sepan dónde estás.

—Pero, Andi, si estoy contigo…

Sí, justo por eso, está a punto de decir. Pero se da cuenta de que no sería prudente por su parte, así que lo intenta de otro modo.

—¿Cuándo te has ido? ¿Esta tarde? Si es así, deben de estar desesperados buscándote. Margit, tienes que llamarlos.

No, no quiere de ningún modo. No. Ellos le han dicho que ya no forma parte de su familia; por lo tanto, debe de darles igual dónde se encuentre ella ahora.

—Esto no se puede hacer, Margit. Aún no eres mayor de edad y tus padres tienen la obligación de velar por ti. Si no lo hacen, incluso pueden ser procesados.

Ella lo mira incrédula y se echa a llorar de nuevo.

—Acabas de decirme que me quieres —solloza—. Y ahora parece como si fueras alguien de un juzgado. Estoy aquí para estar contigo y quiero quedarme aquí porque tú eres mi único y gran amor. ¿Acaso esto te da igual?

¿Pretende quedarse ahí? Dios santo, ¿cómo puede ser tan ingenua? No hay modo, tiene que hablar con más claridad; si no, todo acabará en un desastre.

—Escucha, Margit. —Se levanta para sentarse en la otra butaca, pues nota que las rodillas le duelen—. Yo te quiero y te apoyo. Y

precisamente por eso no deseo que te metas en líos. Huir nunca es una solución, Margit. Llama a tus padres y diles que estás bien…

—No, no, no… Si lo hago, mi padre vendrá y me llevará de vuelta. Y además me pegará. Y mi madre me encerrará…

Él no está de humor para el espectáculo que el padre de ella podría montar aquí. Es mejor procurar resolver este asunto de forma diplomática. Sin embargo, eso reviste una extrema dificultad y es fácil que salga mal.

—No hace falta que les digas dónde estás —dice—. Basta con que sepan que estás a salvo y que no tienen de qué preocuparse.

Para saber la procedencia de la llamada, probablemente sus padres tendrían que ponerse en contacto con el servicio de correos, e incluso en este caso, esa información solo se facilita en circunstancias muy concretas.

—Eso a ellos les da igual… —sostiene ella.

De todos modos, ahora su tono de voz es inseguro, la tiene casi convencida.

—No lo creo, Margit. Podrían incluso llamar a la policía para que te busque y entonces mañana a primera hora tendríamos a dos agentes a la puerta y nos llevarían detenidos a los dos.

—¡Oh, estás loco!… Mamá nunca haría eso. Aunque solo fuera porque entonces daríamos que hablar en el pueblo.

—Vamos —le implora—, hazlo por mí. Por los dos, Margit. Recuerda que estoy contigo y te apoyo.

Se levanta y le tiende la mano. Eso ha sido una torpeza, ya que ahora ella le puede ver las manos.

—¿Por qué no llevas el anillo?

—El…, el anillo. Siempre lo llevo conmigo.

Ella contempla con el ceño fruncido cómo él rebusca en el bolsillo del pantalón hasta que al final se coloca la prueba de su amor en el anular.

—La señora Könnemann tiene teléfono.

—Pero solo porque me lo pides con amabilidad, Andi.

—Y diles también que pronto volverás, ¿de acuerdo? Para que no vayan a la policía.

Ella se levanta sin decir nada, se pasa la manga por la cara y se encamina obediente hacia la puerta. Él se siente aliviado. El primer paso ya está dado. El segundo será mucho más difícil para él, pero él cumple sus promesas.

Aunque la señora Könnemann está trasteando en la cocina, como la puerta de la cocina está abierta, está casi seguro de que lo ha oído todo. Por supuesto que puede usar el teléfono: ella se lo prometió a su padre, y la guía telefónica de Frankfurt está al lado. Por si necesita alguna cosa. Andi contiene la respiración. Margit lo mira con ojos de carnero degollado; a continuación entra en el salón de la señora Könnemann, descuelga el auricular y marca el número. ¿Habrá marcado también el prefijo? Sí, no es tan ingenua como creía. ¿Y si la ha juzgado mal?

Se detiene en el umbral y escucha la breve conversación. Ella dice obediente lo que han acordado, también lo de que va a regresar «pronto». Luego cuelga a toda prisa, se acerca a él y se arroja a sus brazos.

—Estoy orgulloso de ti —le susurra—. Eres una chica lista y sensata. Ahora todo irá bien.

—Si pudiera estar contigo… —murmura contra su pecho.

Le habría encantado besarla entonces, pero la señora Könnemann está en el umbral de la cocina y los observa.

—Os he preparado algo para cenar —anuncia con el mimo de una abuela—. Debéis de tener hambre, ¿eh? Cuando era joven, comía como un tragaldabas. Ahora, en cambio, soy como un pajarito. Margit me ayudará a servir, ¿sí? Y Andi, pon la mesa. Está todo dispuesto sobre la cómoda.

Realmente es un detalle por parte de la anciana. Aunque él, de pronto, siente la necesidad de estar a solas con Margit. Pero no, así es mejor. Quedarse ellos dos en su habitación sería peligroso, no sabe si puede confiar en sí mismo. Encima de la cómoda hay un montón de folletines románticos, así como tres tazas, tres platos y los cubiertos correspondientes. Vaya, vaya, la abuelita Könnemann va a sentarse a la mesa. Como dice siempre mamá: «de carabina».

La casera ha servido una cena opípara para sus estándares. Trocitos de salchicha, lonchas de queso, mantequilla, pan integral,

unas porciones de queso blanco cocido e incluso un huevo duro para cada uno. Por desgracia, también sirve la infusión inevitable; la de hoy es de color rojo y tiene un sabor un poco ácido. Escaramujo. ¡Puaj!

El peso de la conversación lo lleva sobre todo la señora Könnemann, que les cuenta anécdotas de su juventud y luego pasa a hablar de su noviazgo antes de la Primera Guerra Mundial. Por suerte, Margit se ha recuperado, escucha con atención, expresa su simpatía, e incluso a veces hace preguntas. Vuelve a sonreír y con esto conquista en un santiamén el corazón de la casera.

—Eres una muchachita adorable —dice la señora Könnemann mientras sirve la infusión—. Me figuro que esta noche tendrás que dormir aquí, ¿no? Te traeré un edredón y una manta de lana, puedes usar este sofá.

Andi se siente más que aliviado, porque eso es exactamente lo que él le quería pedir. Aunque su casera tenga sus rarezas, en el fondo tiene un corazón de oro. Después de cenar, recogen la mesa y Margit ayuda a lavar los platos en la cocina mientras a él le dan permiso para descansar. Al fin y al cabo, las tareas domésticas son cosa de mujeres. Así que él se queda en el vestíbulo sin saber qué hacer y oyendo cómo las dos mujeres charlan en la cocina; luego va a su habitación y abre la ventana para que salga el aire cargado del día. El mal olor debe de venir del papel pintado y de los muebles viejos; por mucho que ventile, siempre huele mal. Agotado, se sienta en la cama y piensa qué hacer ahora. Por el momento no hay nada que sirva, pero, a lo sumo mañana por la mañana, va a tener que ser contundente por el bien de Margit. Ella ha de volver con sus padres, no hay más remedio. Pero es de suponer que, en cuanto él se lo pida, se producirá una escena desgarradora. Se marea con solo imaginar con qué historia le vendrá ella entonces. Que él no la ama. Que es un traidor. Que no quiere volver a verlo. Que se va a tirar al río desde el puente del Meno. Es posible incluso que se intente cortar las venas con el cuchillo del desayuno. Es bien capaz. Pero él no sabe si de verdad lo haría. En cualquier caso, haga lo que haga, él deberá mantenerse tranquilo, convincente, obstinado. Lo mejor es pensar ya mismo algunos argumentos que puedan hacerla entrar en

razón. Que, después de todo, se trata de su futuro juntos. Sí, eso está bien. Si quiere seguir con ella, no puede presentarse ante sus padres como alguien sin escrúpulos. Tampoco esto está mal. Y, sobre todo, deberá repetirle una y otra vez que la quiere. Lo cual también es cierto. Aunque normalmente no diría esta frase todo el rato, mañana lo hará. Porque confía en que esto ayude.

Aguza el oído y constata que en la cocina hay una charla animada e incluso risas. ¡Caramba! Parece que a la señora Könnemann le alegra tener a Margit en casa. Pero, bueno, es una mujer mayor y se siente sola. Además es aficionada a estos folletines sensibleros, así que tal vez para ella la situación es muy romántica. Ojalá Margit no hable de más, porque también ella tiene debilidad por las historias de amor cursis. Mejor no darle más vueltas: lo importante es que ambas se llevan bien y que Margit ahora tiene un lugar donde pasar la noche.

Pero ¿y si ella le promete regresar a su casa mañana y no lo hace? Maldita sea, entonces todo volvería a empezar. Va a tener que impedir tal cosa; de lo contrario, los dos se meterán en un buen lío. ¿Por qué lo ha puesto ella en esta situación? A él no le queda más remedio que interpretar el papel de villano. Se levanta de un salto y empieza a ir de un lado a otro de la habitación. Sí, deberá hacerlo. Pero no de espaldas a ella. Mañana le dirá que está dispuesto a llamar a sus padres. Desde la clínica. Les dirá que Margit ha pasado la noche en el sofá del salón de su casera y que ahora va de camino a casa. Y les asegurará que por la noche no pasó nada entre ellos, que les da su palabra de honor.

Se detiene y suelta el aire con fuerza. Hará eso. Es bueno tener un plan, así uno no está por completo a merced de la situación. Además es cierto: él no lo hace solo por él, sino también por ella. Porque la quiere de verdad.

Entretanto, las dos mujeres han terminado en la cocina y se disponen a convertir el sofá viejo y desgastado en una cama. Abren un arcón, el olor a naftalina impregna el vestíbulo, sacuden unos edredones y ponen fundas limpias. Él las observa y ofrece su ayuda, pero se la rechazan. Margit sonríe feliz. Bien, ya está calmada, e incluso parece sentirse bastante cómoda; tal vez haya esperanzas de

que mañana se comporte con sensatez. La señora Könnemann pone la guinda a su bondad prestándole a Margit uno de sus anticuados camisones. Uno blanco con encajes rosas. Margit está encantada y se lo agradece efusivamente.

—Bien, jovencitos —dice la señora Könnemann, que tiene las mejillas sonrosadas por el esfuerzo—. Es hora de acostarse. Querida Margit, ve tú primero al baño; luego irá Andi, y yo seré la última.

Obedecen sin rechistar, y él ve a Margit caminando por el pasillo con un camisón largo y holgado y debe reprimir sus fantasías. Al poco rato, él ya está acostado, pero no logra conciliar el sueño. La casa está en silencio; solo se oye el tictac del reloj de pie del salón y el zumbido de unos molestos mosquitos recorriendo la habitación. Coge un libro e intenta leer, aunque no lo consigue, está disperso. En el salón, a pocos metros de él, ella está tumbada en el sofá. ¿Qué hará? ¿Estará dormida? No, seguro que no. Y menos aún debajo de ese enorme edredón, demasiado cálido para esta época del año. Se lo habrá apartado; si no, se asfixiará. Puede que ella se sienta desanimada y no sepa qué hacer. O se ponga a llorar de nuevo. ¡Cómo le gustaría ir ahí, abrazarla y consolarla! Sobre todo, le gustaría estar cerca de ella, hablarle entre susurros, tal vez incluso acariciarla, con delicadeza y sin malas intenciones. Solo para demostrarle lo mucho que la quiere y que se siente muy conmovido al ver la locura que ella ha hecho por amor hacia él. Pero, por supuesto, eso él no lo puede hacer, el dormitorio de la señora Könnemann da al salón y ya les ha dicho que tiene el sueño ligero.

En algún momento después de medianoche se duerme por un instante, se sumerge en fantasías oníricas confusas y empieza a dar vueltas en la cama. ¿Eso ha sido un golpe en la puerta o el viento que ha movido las contraventanas?

—¿Andi? ¿Andi, duermes?

De pronto está despierto del todo y nota que el corazón le late con fuerza. ¡Ella está en la puerta! Oh, Dios, ¡ella está en la puerta!

—¿Qué quieres? —susurra.

—No puedo dormir, Andi. ¿Puedo entrar un rato en tu habitación?

—No, imposible. La señora Könnemann…

—Duerme profundamente. ¿No la oyes roncar?

Él no oye nada más que los latidos de su corazón. Pero tampoco quiere saberlo, quiere que ella entre. Lo desea con toda su alma.

—Pero solo un momentito… —susurra sin aliento.

Ella está junto a su cama, silenciosa como una sombra blanca. Nota que se desliza a su lado bajo las sábanas y sus emociones se desbocan. ¡Está tan cerca, es tan suave, tan tierna, tan seductora! Ella lo abraza, se aprieta contra él; él siente su cuerpo y sus manos hacen cosas que de hecho se había prohibido hacer. En algún momento, el camisón desaparece. ¿Se lo ha quitado él o ha sido ella? Y con la prenda se esfuma también el último atisbo de sentido común, las emociones le abruman, le resulta imposible resistirse a ellas. Se rinde a la atracción y hace lo que pretendía evitar.

Cuando el fuego de su cuerpo se ha aplacado y su cabeza retoma el control poco a poco, los dos siguen tumbados y muy juntos. Margit le besa suave y tiernamente en los labios y le murmura que ha sido maravilloso, que ella se siente en el colmo de la dicha. Por su parte, él se ha desplomado desde las alturas; se da cuenta con agobio de que se ha dejado llevar por algo que, en realidad, no quería. Aunque ha sido lo más hermoso que ha experimentado en su vida, sin duda en este momento ha sido una estupidez. Pero, se dice también, ha sucedido y no se puede cambiar; a continuación lo vence el cansancio y se queda dormido.

Por la mañana, un estruendo los saca de su sueño. Alguien está llamando con insistencia al timbre de la puerta principal, y ahora golpea incluso la madera con los puños. Ambos se levantan de la cama asustados.

—¡Es papá! —susurra Margit horrorizada.

Andi de pronto se da cuenta de que ambos están desnudos; recoge a toda prisa el pantalón del pijama del suelo. Margit rebusca en la cama el camisón arrugado y se lo pone. El timbre de la puerta sigue atronando en toda la vivienda, y los golpes ahora parecen pasos.

—¡Por Dios! ¿Qué pasa tan temprano? —dice la señora Könnemann con voz ronca.

—¡Abran! —vocea alguien en la calle—. Vengo a buscar a mi hija. ¡Abran o regresaré con la policía!

Andi está junto a la temblorosa Margit pegado a la puerta de la habitación y sin saber qué hacer. Es horrible ser sorprendido por un padre rabioso en una situación así. Y, encima, él en pijama y Margit, con ese ridículo camisón.

—Si no deja de hacer ruido de inmediato, seré yo quien llame a la policía —dice enojada la señora Könnemann—. O deja usted de dar patadas contra mi puerta, o le denuncio por allanamiento de morada y daños a la propiedad.

—¡Y yo le denunciaré a usted por proxenetismo! —grita la voz desde el exterior.

—Cuando ella se dirija a la puerta principal, yo iré corriendo al salón —le dice Margit al oído.

Él asiente, admirado al verla mantener la calma en esta situación horrible. Margit entorna un poco la puerta del dormitorio e intenta salir sin ser vista, pero no hay suerte. La señora Könnemann ya ha abierto la puerta principal, el padre furibundo atrapa a su hija por una punta del largo camisón y el destino sigue su cauce.

¡Se desata el caos! Llueven bofetadas, la señora Könnemann interviene, Andi se viste a toda prisa con un pantalón largo y una chaqueta encima antes de correr en auxilio de Margit. Recibe un fuerte golpe en el pecho y una lluvia de insultos furiosos.

—¡Mocoso pervertido! ¡Saco de mierda! ¡Basura asquerosa!

Margit, maravillosa como es, se interpone entre él y su padre para protegerlo de los ataques del hombre. Se siente perdido y no puede asegurarle al señor Göppel que no ha pasado nada durante la noche. Al fin y al cabo, sería una mentira.

—Vas a tener noticias mías —le amenaza el padre enfadado mientras baja la escalera arrastrando consigo a Margit, que sigue en camisón mientras él lleva su ropa colgada del brazo.

Entonces la puerta principal se cierra de golpe y regresa la calma matutina.

Jean-Jacques

Ya empieza a estar hasta las narices. Esas dos llevan más de una semana junto al lago Maggiore dándose la buena vida, mientras él aquí no tiene más que problemas. Hilde ha llamado dos veces; es posible que más, pero, de ser así, él no ha podido responder porque se pasa la mayor parte del tiempo abajo, en la cafetería. Le ha contado lo bien que se lo están pasando, que el servicio es excelente, que ha hecho una excursión por el lago y que los italianos son muy caballerosos. Esto último, en particular, lo tiene mosqueado. Ella permite que esos gigolós lisonjeros revoloteen a su alrededor y encima le parece estupendo. ¿Acaso necesita esas cosas? ¿A su edad? De hecho, ella ha abandonado a un marido cariñoso que la añora tremendamente cada día al acostarse solo en su cama.

La próxima vez que llame, va a dejarle muy claro lo que piensa de su conducta. ¡Él ya lleva demasiado tiempo dando la cara por ella! Ha llegado la hora de dejar a un lado la benevolencia y decirle que haga el favor de volver a casa!

Ha visitado a August por la noche en dos ocasiones y en ambas los dos se han soplado una buena cantidad de vino. Esto le ha permitido ver una cara completamente nueva de su cuñado, tan ecuánime y circunspecto por lo general. ¿Quién lo habría dicho? August puede ser muy emotivo. Así, enumeró sin piedad sus errores, como si estuviera en un juzgado declarando en su contra.

—Sé que he hecho mal muchas cosas. Pero, a pesar de todo, ¡la amo! No podría soportar perderla. ¿Qué se supone que debo hacer, Jean-Jacques?

Él lo tranquilizó. Cuando en un matrimonio hay problemas, la responsabilidad nunca es de uno, siempre es de los dos. Además, le

insinuó con discreción que la buena de Swetlana no es una persona fácil de llevar. August no quiso ni oír hablar de eso.

—Ella es como es, Jean-Jacques. Precisamente lo que me cautivó de ella es su carácter emocional. Tiene un corazón inmenso y cariñoso que debo cuidar. Justo lo que no he hecho desde hace tiempo. ¡Es imperdonable por mi parte!

Luego continuó despotricando y dijo que él siempre quiere hacerlo todo en vez de delegar parte de su trabajo a sus empleados. Según August, es un maniático del control, se entromete en todo; es una persona desconfiada que prefiere matarse a trabajar antes que delegar trabajo.

—¿Qué voy a hacer si no vuelve? Es una mujer guapa y tiene un carácter cariñoso. ¿Y si ya se está buscando a otro?

—Tonterías —repuso él convencido— *Jamais de la vie!* Si se marchó es solo porque Hilde la convenció. ¡Nunca habría hecho algo así por voluntad propia!

—Es posible, pero ahora ella está allí. Quién sabe lo que puede pasar.

—¡Vamos, contrólate y no te subestimes! —le regañó al final—. Encontrar un tipo tan generoso como tú es difícil. Para mí, tú, como marido, has triunfado.

—Dirás fracasado —gimió August con la vista clavada en la copa vacía—. Todavía me queda *beaujolais* en la bodega, lo subo.

—Por mí… Así no se estropeará.

En las dos ocasiones Jean-Jacques regresó a casa borracho con su Goélette, contentísimo de no haberse encontrado con ningún control de tráfico. Ya en casa, al pensar en su cuñado, negaba con la cabeza. August es conocido en la ciudad por ser un abogado brillante; se dice que en los tribunales confunde tanto a los testigos de la otra parte con sus hábiles preguntas que estos apenas saben lo que dicen, y sus alegatos son célebres. Cuando se trata de defender a sus clientes puede ser implacable, pero en privado es un sentimental, prácticamente un bonachón. Se queja de que Swetlana lo podría dejar, pero aun así le paga unas vacaciones de lujo en Italia. Por no hablar de las compras que ella hará allí. En este sentido, Hilde es mucho más comedida, pues ha echado un vistazo a

los extractos de su cuenta conjunta. En cualquier caso, esta historia va a salir cara porque aún hay que pagar la factura del hotel. A Jean-Jacques le disgusta muchísimo que Hilde se gaste tanto dinero en sí misma en lugar de invertirlo en unas vacaciones juntos. ¿Quién es él? ¿Un empleado de ella? ¿El chico de los recados?

¿El tonto complaciente?

También en el café los problemas se suceden. Poco a poco empieza a sentir lástima por *maman*, que está desbordada por completo. La mujer se debate con valentía entre las facturas y la contabilidad, hace los pedidos y además está cada día junto a los fogones, pero incluso un ciego vería que lo está pasando muy mal. Durante varios días Valentina le estuvo echando una mano hasta que, en respuesta al anuncio que puso *maman*, apareció en el café un hombre de pelo cano con pinta de haberse tragado una escoba que se presentó como Artur Heinze. Había sido jefe de camareros en el Schwarzer Bock, y, según dijo, no llevaba bien la jubilación y necesitaba recuperar el contacto con la gente. De haber dependido de Jean-Jacques, habrían rechazado de inmediato a ese petimetre engreído, pero *maman* se dejó deslumbrar por su porte distinguido y lo contrató.

—Trabajó en el Schwarzer Bock, en un puesto de categoría —dijo ella—. Este hombre tiene modales y sabe tratar a la clientela. Y seguro que no echará miraditas vulgares a las señoras como hacía ese italiano.

En efecto, este Artur no tiene ningunas ganas de complacer a las clientas, pero tampoco parece que los clientes masculinos le quiten el sueño. Se pasea por el café con la espalda erguida, en actitud altanera, sirve las comandas ante las narices de los clientes sin decir ni mu, y quita el polvo imaginario de las mesas con una servilleta blanca que siempre lleva colgada del brazo. Nunca tiene prisa; aunque entre los clientes reine el descontento, él desempeña su trabajo con mucha parsimonia. Debe de creer que ir a un ritmo mayor restaría dignidad a su persona. Estuvieron todo un día contemplando su desempeño e incluso *maman* tuvo que admitir que Artur no había sido una buena elección. Tanto más cuando la Künzel, que no tiene pelos en la lengua, al parecer le preguntara a ella en

voz bien alta y clara: «¿Este tipo es sordomudo? Le he dicho bien clarito que para desayunar quería jamón cocido y dos huevos, y ¿qué me trae? Jamón crudo y un solo huevo. Y si te quejas, él se larga, sin más. ¿Acaso estamos en un museo de cera?».

Maman, por supuesto, contraatacó, lo cual no es extraño, ya que tiene los nervios a flor de piel.

—¡Madre mía! ¡Menudo escándalo montas por tres lonchas de jamón! —le espetó a la Künzel—. ¿Qué quieres que hagamos? En Alemania ya nadie quiere trabajar y traen a los inmigrantes aquí por vaguería o por estupidez.

—Ojalá te hubieras quedado con Giuseppe —se lamentó la Künzel —. Ese hombre era muy correcto. Jamás has tenido mejor camarero.

Aquello enojó mucho a *maman*, pero no replicó. Con todo, movida por su enojo, acusó a Jean-Jacques de haberse confabulado con su hija Hilde y de no tener otra cosa en la cabeza que llevar el café a la ruina. Esa acusación injusta hizo que él perdiera los nervios y repuso que solo ella, con su testarudez, era la responsable de todo.

—Os lo ruego —susurró Heinz con tono suplicante—. ¡Tenemos clientes!

Al día siguiente surgió un pequeño rayo de esperanza para *maman* cuando Karin se presentó de pronto en el café y preguntó si podría echar una mano durante unas semanas. Por desgracia, ella solo puede por las mañanas, porque por la tarde está ocupada con sus hijos. *Maman* estuvo a punto de abrazarla de puro alivio y la contrató en el acto.

—No tiene experiencia, pero me ha asegurado que, como actriz, es capaz de hacer todos los papeles. Karin puede ayudarme en la cocina y echar una mano a Artur con el servicio.

Para Jean-Jacques es un misterio por qué razón Karin ahora quiere hacer de camarera en el Café del Ángel. ¿No había dicho que volvía a rodar en unas semanas? ¿Acaso no necesita aprenderse el papel, o simplemente relajarse? Pero, en fin, ese no es problema suyo. En cualquier caso, ella trabaja muy bien en el café, y su cuñado Willi, a quien no veía desde hacía tiempo, también se deja caer por allí de vez en cuando. Al principio empezó a venir sin su eterna compañera Diana Soltau. Sin embargo, después de unos días, ella ha regresado.

Se la nota bastante pálida, ha debido de estar enferma. Cuando Jean-Jacques vio la falsa amabilidad con que Karin servía a esa compañera de oficio, cayó en la cuenta. «¡Ajá! ¡Por ahí van los tiros! Parece que no quiere perder de vista a su Willi. ¡Qué ocurrencias tienen las mujeres!». Y entonces, de nuevo, ha vuelto a pensar en Hilde.

Así las cosas, por las mañanas en el café todo vuelve a funcionar bastante bien, aunque solo sea durante las próximas semanas. En cambio, las tardes y los domingos son un auténtico desastre. Sobre todo los clientes habituales preguntan por Hilde, y hay quien dice que el Café del Ángel ya no es lo que era. A *maman* le sentó especialmente mal cuando Alma Knauss expresó su irritación.

—Este Artur es lo peor, señora Koch. Como clienta, tengo la sensación de ser un cuerpo extraño y molesto. No, no tengo ninguna necesidad de pagar por esto. Puedo ir al otro lado, al Blum. Cuando Giuseppe me sirve ahí mi pastel, es como si me quitasen diez años de encima.

Maman no tuvo ánimo ni para replicar, y Jean-Jacques sintió tanta lástima por ella que se ofreció voluntariamente para pasar toda la tarde en la cocina. Eso no le hizo ningún bien a su espalda, pero a cambio pudo ver cómo *maman* abandonaba por fin sus férreos principios. Aunque no por voluntad propia, ese no es su estilo. Fue precisamente Ewald Deuss, por lo común tan manso, quien la obligó a hacerlo.

—Señora Koch —le dijo estando en la cocina—, tengo una petición urgente, es un tema muy importante para mí, se podría decir que muy cercano a mi corazón.

—Adelante con ello —le pidió *maman*—. Sin miedo. Estoy lista para cualquier cosa. ¿Tú también vas a desertar? ¿Quieres ir al Blum porque ese sinvergüenza te ofrece más dinero?

Él la miró horrorizado y sacudió los brazos en señal de rechazo.

—¡De ninguna manera, señora Koch! Yo soy fiel al Café del Ángel, ¿cómo puede dudar de eso? Es solo que… Me gustaría que superara su aversión hacia lo italiano y aceptara de nuevo a la señorita Valentina como ayudante. Verá usted, Valentina y yo… Bueno, por decirlo más claramente… Ella y yo hemos intimado. Y, de verdad,

ella es una persona maravillosa además de una camarera excelente…

Jean-Jacques tuvo que esforzarse mucho para contener una sonrisa burlona. Vaya, vaya. Así que el tímido de Ewald ha encontrado el amor en la hermosa Valentina. Y, al parecer, ella tampoco le hace ascos. Es increíble que un sosaina como él la haya conquistado. ¡Con su físico, ella podría tener a cualquiera! Pero Ewald es un tipo decente y honesto. Después de sus malas experiencias, quizá para ella eso sea lo más importante.

A *maman* le costó digerir ese asunto, pero al final le pidió a Ewald que hiciera venir a Valentina, ya que, como Giuseppe y su hermana se habían mudado del piso de arriba, no conocía su dirección. Y he aquí que, al día siguiente, Valentina se presentó en el café tranquila y alegre y aceptó encargarse del turno de tarde. No la inmutó ni siquiera la mirada desdeñosa del nuevo jefe de camareros Artur; al contrario, se acercó a él con una sonrisa radiante y una mirada inocente, y le estrechó la mano. El viejo se sonrojó y musitó: «Encantado».

Entretanto, el piso de arriba, el de la segunda planta, ha resultado ser otro quebradero de cabeza. *Maman* se lo ofreció a Artur, el nuevo camarero, cuando lo contrató, pero el muy engreído lo rechazó diciendo: «Gracias, pero yo estoy acostumbrado a otro nivel, señora Koch».

Entonces Jean-Jacques subió ahí para echar un vistazo más detenido a la vivienda y debe admitir que sin duda hará falta algo más que unas pinceladas para renovar como es debido las dos habitaciones, la cocina y el pequeño cuarto de baño. Se impone una remodelación a fondo, empapelar, cambiar el suelo, rehacer por completo el cuarto de baño, y además la instalación eléctrica también es del año de la polca. ¡Maldita sea! Él podría asumir la reforma con Hilde porque confía en que uno de sus hijos se mudará ahí algún día. Pero Hilde prefiere despilfarrar el dinero en el lago Maggiore con gigolós italianos a invertirlo en el futuro de sus hijos.

Las noticias que le llegan de estos también son escasas. Andi llamó por teléfono para decir que esta vez va a pasar su día libre en Frankfurt porque tiene que «despachar algunos asuntos». No aclaró

lo que quería decir con esto, y esto a uno, como padre, no puede sino preocuparle. ¿Un nuevo amor? ¿Al final, una enfermera? ¡Demonios! No puedo sino confiar en que esa amable casera cumpla con su deber y no tolere ninguna estupidez. Cuando tenga ocasión, ha de averiguar si todo va bien.

Frank también llamó por teléfono, pero Heinz cogió el auricular y, por supuesto, el muchacho no hizo sino exagerar ante la conmiseración del abuelo.

—No sé —suspiró este—, me temo que nuestro Frank es bastante infeliz allá en el Westerwald.

—¿Acaso se ha quejado?

—No, no. Pero ha sido muy escueto cuando le he preguntado cómo se encontraba. Y cuando le he dicho que su madre estaba en Italia, ha reaccionado de un modo muy raro.

—Ah, ¿sí? ¿Qué ha dicho?

—No te lo vas a creer, Jean-Jacques. Pero le ha parecido estupendo y, de hecho, ha añadido que ella tiene toda la razón, que no hay por qué aguantarlo todo.

Así es Frank. Los problemas que se acumulan en el café no le quitan el sueño. En vez de ello, aplaude a su madre cuando logra salirse con la suya.

—Los chavales son así —le dijo a Heinz, encogiéndose de hombros —. Se les va la fuerza por la boca. Les falta experiencia.

Pero Heinz negó con la cabeza y se mantuvo firme en su opinión. Ese chico está triste, tal vez la instrucción militar básica es demasiado dura para él.

—*Tant pis.* Es lo que escogió, así que ahora tiene que apechugar. Le quedan muy pocas semanas.

—Gracias a Dios. Cuando vuelva a casa de vacaciones, ya lo mimaremos —dijo Heinz ilusionado.

A Jean-Jacques no le preocupa Frank. En el Ejército va a tener que aprender a contener la lengua, y eso solo puede ser bueno para él. Andi está hecho de otra pasta, con él hay que ir con cuidado porque se toma las cosas muy a pecho.

Al terminar el día se sienta en su piso desierto ante el televisor sin dejar de mirar una y otra vez el teléfono que ha colocado en la mesa

frente a él. Esta maldita soledad está acabando con él. ¿Por qué no llama? Está harto, quiere que Hilde regrese a casa de una vez, que vuelva con él.

Suena el teléfono. Lo descuelga tan deprisa que el auricular se le resbala de la mano y cae al suelo. Un dolor agudo le atraviesa la espalda al agacharse para recoger el maldito aparato.

—*Bonsoir, mon chou*…

—*Bonsoir*, Jean-Jacques.

La ironía en la voz de Mischa no puede pasarse por alto. De pronto, a Jean-Jacques le vienen a la cabeza todos sus pecados de omisión. ¡Demonios! ¿Por qué ha dejado pasar tanto tiempo sin ir a Eltville y dejar las cosas claras con Mischa? Ahora este tiene todos los motivos para estar muy enfadado con él.

—Ah, eres tú, Mischa. Sí. Hace tiempo que quiero pasarme por aquí, pero, como sabrás, Hilde está de vacaciones y el café ahora es un infierno…

—Lo sé. Pero el teléfono existe.

—Lo sé —reconoce—, pero un asunto así no se puede tratar por teléfono. Hay que sentarse y hablar. Dame una semana, y me paso y lo arreglamos.

—Demasiado tarde —dice Mischa—. Hemos cambiado de opinión. Puedes quedarte con tu querido viñedo. Yo ya no lo quiero.

La primera reacción de Jean-Jacques es de alivio. El asunto está zanjado, no va a tener que explicarle con detalle a Mischa por qué no acepta su propuesta. Aun así, la situación es desagradable porque, lógicamente, Mischa está muy enojado con él.

—Si es lo que habéis decidido —dice, estirando las vocales—. Entonces es que os conviene. La verdad, no estoy enfadado por esto. Solo es que estoy apegado a mi viñedo, mi padre era viticultor, mi abuelo también lo fue…

—Lo sé —refunfuña Mischa—. Tú te criaste entre vides y le tienes apego al terrón. ¿Lo digo bien así?

—Más o menos…

—De acuerdo. Simone y yo somos distintos, somos jóvenes y queremos crear algo. El día 1 de enero voy a encargarme del hotel Zum Schwan de Östrich. ¿Qué te parece?

Está asombrado. El Zum Schwan de Östrich-Winkel es una auténtica joya, un restaurante con hotel situado justo a la orilla del Rin donde se alojan huéspedes distinguidos. ¿Mischa y Simone quieren hacerse cargo de él? Es decir, ¿comprarlo? ¿Y sin ninguna experiencia en el negocio de la hostelería? Eso no puede ir bien.

—Entonces, solo puedo decir, *bonne chance*. No es una bagatela. Pero estoy seguro de que saldréis adelante.

—Nosotros también. De este modo, el dinero de mi abuela estará bien invertido. Es mejor que emplearlo en tu negocio decrépito, contigo y tus interrupciones constantes. Mi idea de una bodega moderna es muy distinta.

Y encima el muy zoquete le endilga esa. «Negocio decrépito». ¡Menuda desfachatez!

—Bueno, todos tenemos nuestras propias opiniones e ideas —dice enfadado. De no ser porque siente remordimientos, su respuesta habría sido muy distinta.

—Escucha, Jean-Jacques —sigue diciendo Mischa—. Simone cree que deberíamos terminar el trabajo en el viñedo hasta finales de diciembre. Ya le puedes dar las gracias, porque yo personalmente no tengo ningunas ganas de deslomarme por ti. De todos modos, no merece la pena, esta cosecha va a ser un completo fracaso. Demasiado frío, demasiada sequía, vamos a tener que cortar la mayor parte para que al menos algunas uvas tengan una oportunidad…

—Eso ya te lo dije yo en primavera —dice Jean-Jacques.

—Por supuesto. Eso un viticultor lo lleva en la sangre, ¿no? —le pregunta Mischa con tono malicioso.

Jean-Jacques evita responder con rencor porque le está muy agradecido a Simone. Es una mujer maravillosa, Mischa tiene suerte de haberla encontrado. Seguirán con las tareas, incluso la vendimia y las tareas posteriores. ¡Qué suerte! Si él se hubiera despedido por las bravas, ahora él se encontraría ahí con cara de tonto. De todos modos, va a tener que hacer frente a las pérdidas, pero es lo que tiene el cultivo del vino. Hay años buenos y años malos. Le tocará pensar algo para el año próximo. Pero hasta entonces aún hay tiempo.

—Así pues, ¿estamos de acuerdo? —pregunta a Mischa.

—Por completo —se oye al otro lado de la línea—. Ahora ya podrás volver a visitarnos. Nadie te va a arrancar la cabeza.

—Lo siento —gruñe—. Realmente la decisión era muy complicada…

—Tal vez la propuesta era absurda —admite Mischa.

—Sin ánimo de ofender, Mischa. Espero que sigamos siendo amigos.

—Por supuesto. Oye, ¿qué sabes de tu esposa? ¿Le va bien en Italia?

—De maravilla —responde con más entusiasmo del que siente—. La verdad es que necesitaba un descanso.

—Bien, pues que descanses.

—*Bonsoir, mon ami!*

Cuelga y estira la espalda, que de pronto ha dejado de dolerle. ¡Qué maravilla! Se ha quitado un peso de encima y hay que celebrarlo. Se dispone a ir a la despensa para ver si queda algún tinto decente, cuando suena el timbre de la puerta. ¿Qué sucede ahora? ¿No le pasará algo a *maman*? ¿Un ataque al corazón? ¡Por Dios! En cuanto empieza a ver la luz al final del túnel, ya asoma otra preocupación.

Sin embargo, el que llama no es Heinz, como temía, sino su cuñado August.

—Lamento molestarte a estas horas —dice—. He intentado llamarte, pero comunicabas.

¡Oh, no! Otra vez le va a tocar hacer de paño de lágrimas. Esta noche, en particular, no se siente con ánimos. Pero, en fin, tampoco puede mandar a paseo a su desdichado cuñado.

—Pasa, pasa. Ahora mismo iba a descorchar una botella.

—No, no —dice August rechazando el ofrecimiento—. Yo solo quería…

—¡Vamos, pasa!

El pobre hombre tiene un aspecto lamentable. Aunque August siempre está pálido y delgado, Jean-Jacques hoy le ve las mejillas hundidas. Además, el pelo, que suele llevar bien peinado hacia atrás, le cuelga sobre la frente. Encuentra la última botella de tinto de su

viñedo y la lleva al salón, donde August ya ha tomado asiento en una silla.

—¿Te ha llamado hoy Hilde? —le pregunta a Jean-Jacques.

—Todavía no. ¿Y Swetlana?

—¡Hace tres días que no sé nada de ella, Jean-Jacques!

—Entonces diría que están muy bien —afirma en tono sarcástico mientras descorcha la botella—. Saca dos copas del armario. Ya sabes dónde están.

—Pero solo un sorbito. Mañana debo tener la cabeza despejada.

—¿Y quién no? —se lamenta Jean-Jacques.

Brindan, y Jean-Jacques tuerce el gesto; por desgracia, su tinto de hace dos años tiene más acidez que dulzor. August se lo bebe sin demostrar ninguna reacción y luego deja cuidadosamente la copa en la mesa.

—Ya no aguanto más —dice—. He retrasado todas mis citas del bufete y mañana a primera hora me marcho a Italia.

Jean-Jacques casi se atraganta con su propia bebida.

—¡No lo dirás en serio!

—Hablo muy en serio. Ya tengo el billete comprado. Sina estará en casa de Fritz y Luisa. Lo único que…

—¡Pero eso es una tontería! Te lo aseguro: ¡volverá pronto! —Jean-Jacques está alterado.

—Lo único que…

—¿Por qué quieres hacer el ridículo yendo tras ella?

—Lo único que querría saber es si quieres venir conmigo.

—¿Yo? ¿Acaso crees que estoy loco?

August toma un sorbito de vino y se encoge de hombros.

—Solo quería preguntártelo. No querría que luego me lo reprocharas.

August está decidido, es imposible disuadirlo. ¡Menuda ocurrencia! Un marido desesperado yendo en pos de su esposa ingrata para recuperarla. Ridículo.

—Pero no puedes marcharte sin más. ¿Qué harás si ya han decidido regresar y no os encontráis?

—He llamado al hotel —explica August—, y tienen una excursión reservada para mañana.

Por supuesto. Ya podría haber imaginado que August no actúa nunca a ciegas. Lo ha planeado todo al detalle, de modo que mañana lo único que deberá es subirse al tren. Italia. Lago Maggiore. Olas azules refulgentes, aire cálido, montañas y rocas, el olor de las vacaciones de verano. De hecho, da envidia.

—Naturalmente, entiendo que en el café no pueden prescindir de ti —dice August con pesar—. Es una pena, porque seguro que el viaje habría sido más agradable si fuésemos dos.

Jean-Jacques carraspea y se frota la barbilla, en la que vuelve a asomar una barba incipiente.

—Podríamos haber ido en mi Goélette —comenta inseguro.

—Para ser sincero, prefiero el tren.

—Y… mmm…, ¿a qué hora sale el tren?

—A las seis cuarenta y ocho desde Wiesbaden. Tenemos que cambiar de tren en Frankfurt y Milán.

Luisa

Verduras y más verduras. Se pasa el día llenando frascos de conservas de zanahorias y guisantes, judías y col lombarda. Fritz le trae su cosecha con el orgullo de un horticultor de éxito, y ella tiene el honor de lavar, limpiar y trocear las verduras para que se conserven durante el invierno. Pronto también madurarán las guindas, las manzanas y las peras. Sí, el huerto es una bendición, pero, diga lo que diga Fritz, la fruta no sale gratis. Este año han tenido que usar agua potable para el riego porque los barriles de la lluvia han estado casi siempre vacíos, y los tarros de conserva, el agua y la electricidad también cuestan dinero. Ha calculado que se podrían haber comprado estos alimentos si ella hubiera ido a trabajar en vez de pasarse horas metida en la cocina. Pero eso no se lo puede decir a Fritz porque está muy orgulloso de su huerto.

Tampoco le ha dicho que tiene en perspectiva dos empleos a media jornada como dependienta de ropa de mujer. De hecho, debería decidirse en los próximos días y presentarle el contrato porque, como marido, tiene que firmarlo. Pero hay otros motivos que la hacen dudar. El sueldo que cobrará es bastante modesto, ni punto de comparación con lo que ganaba en la tienda de moda de Julia. De hecho ganaría más trabajando media jornada como camarera en el Café del Ángel, donde habría que sumar también las propinas. Karin, que está trabajando ahí hasta que empiece el próximo rodaje, le ha dicho que necesitan con urgencia una buena camarera. Pero, claro, eso sería dar un paso atrás. En los últimos años, ella ha ido ascendiendo y se ha convertido en vendedora especializada en moda femenina, e incluso ha empezado a diseñar y dibujar sus propias creaciones. Esta es una ocupación que le gusta mucho y que le permite desplegar todo su potencial. Sería

deprimente dejar a un lado todo lo que ha aprendido y volver a servir café y pastas.

Por otra parte, Fritz estaría más dispuesto a aceptar que trabajara en el Café del Ángel. Podría decirle que quiere ayudar a los Koch a salir de ese atolladero, y él, sin duda, lo consideraría una buena acción. Así que ha abandonado sus sueños de realización profesional. Mantendrá a la familia a flote económicamente, este es su objetivo, esto no es cuestión de ambición personal.

Lo hace por sus hijas. Algún día, Petra y Marion deben tenerlo más fácil, aprender un oficio que les guste y les permita mantenerse solas. Para ello, está dispuesta a esforzarse al máximo cada día, a ayudarlas y apoyarlas lo mejor que pueda y a dejar de lado sus propias aspiraciones. Al fin y al cabo, tiene cuarenta y un años, ha vivido su vida, y su esperanza descansa ya en sus hijas.

En el caso de Petra, hace tiempo que se demostró dónde reside su gran talento: ella será música, tal vez intérprete, o seguramente más bien profesora. En la actualidad, sus intereses fluctúan: toca el piano y el violín, pero de un tiempo a esta parte se ha interesado también por el violonchelo y el oboe. Además, está componiendo con entusiasmo una ópera, cuyo libreto ha escrito Sina. De todos modos, solo tiene once años, aún tiene muchos años por delante, y por suerte su padre está muy volcado en favorecer su aspiración profesional. Como madre, la labor de Luisa es orientar las ambiciones de Petra hacia una dirección sensata para que no se desvíe y que después ello le permita hacer una carrera universitaria. Y por eso tiene que empezar a ahorrar dinero.

Quizá el caso de Marion sea más difícil, porque carece de la determinación de Petra y siempre corre el peligro de distraerse. Es especialmente desastroso que haya descubierto ahora el efecto que ejerce en el sexo opuesto y que prefiera flirtear con distintos chicos en lugar de esforzarse en la escuela. Le iría muy bien tener una buena nota en el certificado de Secundaria de cara a su futura educación. También Marion tiene un talento que debería fomentar: se le da bien dibujar y se interesa por la moda; quizá algún día consiga lo que a su madre se le negó. ¡Pero la niña es tan perezosa en el colegio…! Luisa siempre le revisa los deberes, incluso se sienta

para explicarle alguna cosa a Marion o para repasar con ella algún problema de Matemáticas. Pero asignaturas como Inglés o Física le vienen grandes. Su formación escolar no ha sido la mejor a causa de la difícil situación que había en casa de su abuela.

Sin embargo, últimamente hay un motivo para la esperanza: la amistad de Marion con Sina, que tiene su misma edad. Desde que Marion le aconsejó ropa a Sina, las dos han estrechado tanto su relación que Petra a menudo se queja de que Sina pasa más tiempo con Marion que con ella. Al parecer, las dos chicas, que ahora tienen trece años, tienen muchas cosas de que hablar y, por lo que Luisa ve, no solo es de ropa nueva, sino también de libros y películas apasionantes, grupos de música británicos, o de estrellas de cine que a Marion le parecen «geniales». Sina ha perdido algunos kilos —y eso es algo que la hace sentir muy orgullosa—, pero por primera vez Marion ha traído a casa buenas notas en Matemáticas y Física.

—Sina me lo ha explicado, mamá. En realidad es bastante fácil cuando sabes cómo hacerlo.

Ayer August llamó a casa para preguntarles si Sina y Laika podrían quedarse con ellos unos días, ya que él tenía que ir de viaje de negocios.

—Por desgracia, sería ya a partir de mañana. Por supuesto, cubriré todos los gastos.

Luisa, evidentemente, rechazó el ofrecimiento. Estará encantada de tener a Sina y a la perra en casa, le dijo, y eso no causa ningún gasto, al contrario, sus dos hijas estarán muy contentas con esta visita. Sin embargo, para sus adentros se dijo que por parte de August era una irresponsabilidad irse de viaje de negocios y dejar a Sina sola justo cuando Swetlana está de vacaciones.

Se acerca a toda prisa por la mañana temprano con el coche y deja a su hija y a la perra, dos maletas con las pertenencias de Sina, y una caja con comida para Laika. Le da profusamente las gracias a Luisa por ayudarlo a salir de un gran apuro, luego abraza a su hija con cariño y la aprieta contra sí. Luisa se emociona al verlo tan afligido y Sina reprime unas lagrimitas. Cuando a continuación

August se monta en el coche y se marcha, ella pasa el brazo por los hombros de Sina con gesto compasivo, e intenta animarla.

—Bueno, pues ya podéis pasar las dos —le dice a Sina mientras ella acarrea la caja hacia la casa—. Petra y Marion siguen en la cama. Puedes ir a despertarlas enseguida. Entretanto os iré preparando el desayuno.

Desde la ventana Petra y Marion han visto llegar a Sina, de modo que no hace falta sacarlas de la cama. Luisa se encuentra a sus hijas en la cocina, arrodilladas en el suelo en camisón y acariciando a Laika.

—Pero ¿qué significa esto? —exclama riendo—. Vamos, arriba. Aseaos, cepillaos los dientes y vestíos. El desayuno estará listo en un momentito, y luego tenéis que ir a la parada del autobús…

Laika decide quedarse con Luisa en la cocina, donde percibe olores deliciosos. Entretanto, en el piso de arriba hay un gran alboroto: Petra y Marion están discutiendo sobre quién entra primero en el baño. Ya hace tiempo que no se asean a la vez, y Marion no quiere que su hermana la mire. Sina sube sus maletas y, al parecer, se instala en la habitación de Marion. ¡Ay! Ojalá Petra no se ofenda. Luego las tres bajan la escalera a la vez a toda velocidad y se sientan a desayunar charlando alegremente.

—No, gracias, tía Luisa. Sin mantequilla. Solo una cucharadita de esa mermelada tuya de fresa…

—Mamá, a Sina le han dejado comprarse un vestido nuevo y dos faldas. Yo, en cambio, siempre tengo que usar cosas viejas…

—Mamá, quiero que Laika duerma conmigo en mi habitación. Como Sina quiere dormir con Marion…

—Mamá, Sina no bebe cacao, ya lo sabes…

—Mamá, ¿hoy al mediodía volvemos a comer sopa de verduras?

Oh, ¡cómo le gusta que haya tanta animación en la mesa! Responde riendo, sirve cacao y prepara los bocadillos para la escuela. Para Sina, solo una rebanada con una capa muy fina de mantequilla y un pepino del huerto cortado en rodajas. A continuación la ceremonia de despedida en el vestíbulo: comprobar que Marion lleve todos sus libros y cuadernos; Petra tiene que acordarse de coger el violín porque después de la escuela tiene clase

en el conservatorio; Sina ya está lista y aguarda junto a la puerta de entrada, en su monedero lleva el dinero dispuesto para el autobús.

—Nos vemos a la hora del almuerzo, mamá…

—Adiós, tía Luisa…

—Deja que vuelva a acariciar a Laika…

—Se me ha olvidado la tarjeta del autobús…

Cuando esa pandilla se marcha, la casa resulta espantosamente silenciosa. Después de fregar los platos y dar de comer a Laika, oye que Fritz baja las escaleras.

—¿No podrías procurar que las niñas no hagan ruido? —se lamenta.

—Ya sabes que Sina va a estar unos días con nosotros. Tienen mucho de qué hablar… ¿Hoy tomas cacao?

Él tiene en la mano la jarra de cacao y la deja de nuevo enfadado para coger la del café. ¿No se ha fijado? ¿O tal vez ve tan mal que ya no es capaz de distinguir una jarra de la otra? Ayer se pasó un buen rato buscando la carpeta para las partituras y la tenía justo delante, sobre la butaca. La había confundido con un cojín.

—¿No deberíamos acudir a la consulta oftalmológica de Höchst? —le pregunta con cautela—. Allí tienen unos aparatos de exploración más modernos. ¿Y si ahí pueden mejorar tu vista?

—Tonterías. Luisa, ahora tengo que ir al ensayo. ¿Me puedes dar la chaqueta, por favor? Tiene que estar colgada en el vestíbulo.

—Pues claro…

A la hora del almuerzo, la casa se anima de nuevo. Marion y Sina regresan juntas de la escuela, Petra llega una hora más tarde porque tiene clase de violín. La sopa de verduras con salchichas les parece fabulosa a todos. Después Petra se sienta al piano, como de costumbre, y Marion y Sina sacan a pasear a Laika.

—¿Todavía tienes algún bloc de dibujo, mamá? —pregunta Marion cuando vuelven a la cocina con el perro—. Para Biología, Sina tiene que copiar del libro muchas hojas y flores y me ha pedido que la ayude.

Que Marion «ayude» a la inteligente de Sina con los deberes es algo completamente nuevo, y la niña parece estar muy orgullosa de ello. Por desgracia, no tiene ningún bloc nuevo, pero da con una solución.

—Mirad, quedaos con este bloc, todavía hay un montón de páginas nuevas.

—¿Quién ha dibujado esto, tía Luisa? —pregunta Sina hojeando el bloc.

—Ah, solo eran algunas ideas de vestidos de noche que esbocé una vez. Podéis arrancar las hojas, yo ya no las necesito.

Las dos se van con el bloc y una caja de lápices de colores, y ella se sienta en la cocina para preparar una cesta de grosellas negras que recogió ayer. ¿Dónde estará Fritz? Siempre viene a casa a comer. ¿Acaso el ensayo hoy es especialmente largo?

Fritz no aparece en toda la tarde, ni tampoco llama, como suele hacer cuando los ensayos se alargan. No es hasta las cinco que le oye abrir la puerta y dejar el violín en el vestíbulo.

—¿Quieres que te caliente el almuerzo? —dice desde la cocina.

—Sí, por favor. Voy enseguida. ¿Está el frasco de tintura de yodo en el armario del baño?

—¿Te has hecho daño?

Ella se levanta de un salto y lo que ve en un primer momento la horroriza. Él tiene las manos ensangrentadas, la chaqueta llena de manchas oscuras y un enorme desgarrón en la pernera derecha del pantalón, a la altura de la rodilla.

—Ha sido una bobada —explica él, avergonzado—. No he visto el bordillo en la parada del autobús. Son solo unos rasguños, no te alarmes, pero lo del pantalón me fastidia.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ven de inmediato al baño para que podamos curar esas heridas!

No son solo unos rasguños. La palma de la mano derecha presenta un corte profundo y tiene la rodilla magullada y ensangrentada.

—Dentro de lo malo, ha habido suerte —afirma él mientras ella lo cura—. Si esto me hubiera pasado en la mano izquierda, habría sido peor; así aún puedo tocar el violín.

—Fritz, esto no puede seguir así —dice ella con energía—. Pediré hora de visita con el oculista e iremos los dos.

—Eso nos lo podemos ahorrar, Luisa —responde él musitando.

—No, insisto. Necesitas cambiar de gafas, de lo contrario, podrías sufrir un accidente grave.

Él le dirige una sonrisa triste.

—Otras gafas no servirán de nada. El médico dice que no hay nada que hacer.

Sobresaltada, levanta la vista hacia él. Su mirada dice que sí, que es cierto. Ahora ella ya lo sabe.

—No…, no puedo creerlo, Fritz —balbucea.

—Por desgracia es así, Luisa. Tendremos que hacernos a la idea.

Tarde o temprano él se quedará ciego y acepta este destino como algo inexorable. No, ella no está de acuerdo. No piensa rendirse, luchará para que él pueda ver.

—En ese caso, buscaremos un especialista, Fritz. No importa dónde. La medicina y la ciencia avanzan mucho. ¡Habrá nuevos descubrimientos y tratamientos!

—Por supuesto —dice resignado—. Podemos intentarlo. Pero también así nos las apañamos, Luisa. Mi pensión y lo que gano en el conservatorio alcanzan para todo. Y, además, tenemos el jardín. No tienes de qué preocuparte.

—No es cuestión de dinero, Fritz —dice ella enojada—. ¡Son tus ojos!

Por la noche no puede dormir y da vueltas de un lado a otro. ¿Dónde podría informarse? ¿Con su oculista? Sin embargo, él no parece interesado en derivar a su paciente a otra clínica o a un especialista. Entonces ¿dónde? ¿Y si pregunta al médico de cabecera? ¿Y entre conocidos? De nuevo se da cuenta de cuánto echa de menos a Hilde, que conoce a tanta gente y tiene siempre buenas ideas. Pero se las apañará sin ella. Y, si el seguro médico no cubre los gastos, ya sacarán el dinero de otra parte. La salud, la vista, eso es lo fundamental. Todo lo demás carece de importancia.

Se pasa dos mañanas yendo de un lado a otro, haciendo llamadas y averiguaciones. Le recomiendan la clínica oftalmológica de Höchst. Hay también una clínica en Frankfurt y otra en Kiel. Las informaciones que le llegan son contradictorias: el oftalmólogo no tiene buena opinión del centro de Höchst; el médico de cabecera, en cambio, sabe de pacientes que allí han recibido una ayuda excelente, pero, a la vez, les habla de un tal doctor Schönberg de Kiel, que es una eminencia en este campo, pero que, por desgracia, solo atiende a pacientes privados. Una llamada a la clínica de Kiel termina con la deprimente noticia de que el doctor Schönberg no tiene citas disponibles hasta mediados del año próximo.

Le recomiendan a uno de sus colaboradores, el doctor Gusemann, pero este, sin embargo, ahora mismo está de vacaciones.

Agotada y confusa, cuelga el auricular para prepararle rápidamente el almuerzo a Fritz y las niñas y dejar salir a Laika al jardín. El cartero ya ha pasado y en el buzón encuentra varios sobres: dos son facturas —una de Correos, por el teléfono, y otra del carbonero. El tercer sobre es de la oficina de pensiones de Wiesbaden. Es para Fritz. La deja sobre el escritorio sin abrir. El último sobre es de papel artesanal y va dirigido a ella. Asombrada, lo gira y lee el nombre del remitente grabado en letras sinuosas. «Julia Wemhöner».

¡Tenía que ser precisamente esa! ¿Abre el sobre o lo arroja sin más a la papelera? Indecisa, voltea el sobre y decide leer la nota. A saber qué se le habrá ocurrido esta vez a Julia; tal vez le exija una compensación por algún error. De ser así, ella tendría que responder.

La carta está escrita a mano y lleva la fecha de ayer.

Querida Luisa:

¿Todavía puedo llamarte así? Sí, ya sé que en los años anteriores hemos tenido que tratarnos de otro modo, y créeme que lo lamento. Pero antes deja que te explique por qué me dirijo a ti de este modo.

Ayer por la tarde encontré para mi sorpresa un fajo de dibujos en mi buzón. Llevaba adjunta una nota que decía:

«Apreciada señora Wemhöner

mi madre ha hecho estos preciosos dibujos. Nos parece que estos vestidos de noche son extraordinarios y que deberían hacerse. Por esto, le rogamos que eche un vistazo a los diseños y considere si tal vez podrían encajar con su nueva colección.

Atentamente,

Marion Bogner, Sina Koch

Como ves, querida Luisa, tu hija no solo tiene buen gusto, sino también mucho valor e iniciativa. He estado mirando tus diseños y confieso que estoy profundamente impresionada. Es una lástima que no haya visto hasta ahora estos dibujos. Si me los hubieras mostrado antes, posiblemente muchas cosas habrían ido de otra manera.

Pero aún estamos a tiempo de empezar de nuevo. Por eso te pido de corazón que olvidemos el pasado. Admito que obré mal contigo. Intenté con todas mis fuerzas obligarte a trabajar para mí con una entrega completa, y logré lo contrario de lo que esperaba. Fui torpe e insensible. Te ruego que me perdones y me concedas una segunda oportunidad.

El sábado por la mañana te estaré esperando en la tienda de la Kirchgasse. Espero que vengas para que podamos hablar.

Tu amiga de siempre

Julia Wemhöner

Luisa tiene que sentarse y leer la carta otra vez. ¡Dios mío! ¿Qué han hecho esas niñas? Esos diseños antiguos, que, de hecho, ya no le gustan… ¿Julia habla en serio? Ah, es mejor no hacerse ilusiones por si estas se rompen en pedazos. Pero el sábado acudirá a la cita.

Andi

—¡Menudo patán! —gime la señora Könnemann apoyándose en la pared—. Si mi marido siguiera vivo, lo habría echado de casa…

Andi apenas la escucha. Los aullidos de dolor de Margit mientras su padre la agarraba por el pelo aún le resuenan en los oídos. ¿Cómo puede ser un cobarde tan patético? Debería haberla protegido, haberse enfrentado con valentía a su padre, haber asumido la responsabilidad de lo ocurrido. Pero no, en lugar de eso, él se ha quedado de brazos cruzados mientras veía cómo Göppel abofeteaba a su hija y la sacaba a rastras de la casa.

—¡Y lleva mi camisón! —se lamenta la señora Könnemann—. Mi difunto marido me lo regaló por Navidad. No, Andi. Esto no puede seguir así. Al fin y al cabo, ya tengo una edad, mi corazón no está para estas cosas.

Andi deja de hacerse reproches y, de pronto, se da cuenta de que su casera necesita ayuda.

—Lo lamento muchísimo, señora Könnemann —farfulla—. No se altere. Espere, la ayudaré a sentarse en la butaca.

La agarra del brazo para llevarla al salón, mientras se alegra de haber aprendido en el ambulatorio a acompañar a pacientes débiles o incapacitados a la ducha o al aseo. La señora Könnemann acepta de buen grado su ayuda, se desploma en su butaca y le pide que le traiga un vaso de agua fría.

—En mi casa siempre ha habido paz y tranquilidad —dice entre dos sorbos—, y quiero que eso siga siendo así. ¿Qué ha dicho ese hombre? ¿Quiere acusarme de proxenetismo? En mi vejez… Aquí, toma el vaso y déjalo en el fregadero… Por desgracia, me temo que debo rescindirte el alquiler, Andi. Soy una mujer enferma…

Encima eso. Luego llamará a su padre y le contará toda esa lamentable historia. ¿Qué se supone que debe hacer él?

—Querida señora Könnemann —dice en tono suplicante—. Es comprensible que usted esté tremendamente alterada. Pero, por favor, no se precipite. Le prometo que algo así no volverá a repetirse. Y si el señor Göppel llegase a presentar cargos contra usted, cosa que dudo, en mi familia tenemos un excelente abogado.

—¿Un abogado? ¿En serio? —pregunta ella con interés.

—El señor August Koch, mi tío. Tiene un gran bufete de abogados en Wiesbaden.

—Bueno, si es así… —dice ella, ajustándose las gafas—. Ya me lo pensaré.

Andi está muy contento de haber podido evitar, al menos, esta complicación y mira el reloj. Son las siete y media y tiene que prepararse para ir al ambulatorio. Hay pocas opciones de que la señora Könnemann le sirva el desayuno, pero tampoco tiene hambre. Esta mañana bastará con una taza de café en la sala de enfermería.

Mientras se apresura hacia el ambulatorio, cae en la cuenta de que, para su desgracia, su cama ha quedado sin hacer. ¡Oh, Dios, qué vergüenza! ¿Por qué por lo menos no ha alisado un poco las sábanas ni arreglado la almohada? Seguro que la señora Könnemann entrará en su habitación y descubrirá que Margit no ha pasado toda la noche en su sofá. De todos modos, es posible que ya se haya dado cuenta de eso…

Al llegar al ambulatorio está nervioso y desconcentrado por los miedos y preocupaciones que le pasan por la cabeza. ¿Qué va hacerle a Margit su padre? ¿Llamará a casa, a Wiesbaden? ¿Y si decide denunciar a la señora Könnemann? ¡Eso no! ¿Cómo explicar al tío August lo que pasó entre él y Margit? Bastante malo es que se enteren sus padres. Seguramente papá montará en cólera y le recordará que ya se lo dijo hace años…

—¿Qué está usted haciendo? —le susurra la enfermera Claudia—. ¡Solo son cinco gotas, ni una más!

Asustado se da cuenta de que ha echado un número indeterminado de gotas de analgésico en el frasco del medicamento.

—Oh, vaya, lo siento… —balbucea.

—Ha terminado el bachillerato y, en cambio, no sabe contar hasta cinco —se enoja ella—. Pero, bueno, hoy en día le dan el título de bachillerato a cualquier lerdo.

Entonces la ira que tanto tiempo Andi había estado conteniendo se desata. Los errores ocurren, así que no por eso ella tiene que ser tan ofensiva.

—Desde luego —responde con enojo—. Es un juego de niños. Incluso usted lo podría lograr.

Al parecer, aunque ella sabe dar, no sabe recibir, ya que entonces se sonroja y parece que los ojos se le salen de la cara.

—¡Patán engreído! —sisea—. Voy a presentar una queja contra usted, no pienso consentir…

¡Crac!

En su excitación, uno de los tarros que acaba de llenar se le resbala de la mano y cae al suelo, derramando su contenido. La enfermera jefe Christine, que en ese momento entra en la sala, recibe algunas salpicaduras.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Mira con enojo primero a Andi y luego a la enfermera. Ambos se quedan en silencio, asustados.

—¡Esta mañana han fregado, enfermera Claudia! —comenta enfadada mientras se limpia las salpicaduras de las medias.

La enfermera Claudia tiembla tanto que Andi teme que vaya a desmayarse. Es evidente que está agotada, es una oportunista que siempre lo hace todo bien y nadie nunca la reprende.

—Yo me he limitado a cumplir mi deber —dice casi sin aliento—. Andreas se ha equivocado al contar las gotas de analgésico.

¡Soplona!

La enfermera jefe Christine tuerce el gesto, pero no responde a la acusación.

—Déjese de niñerías —dice enfadada—, y haga su trabajo, enfermera Claudia. Y tú, Andreas, limpia esto para que nadie resbale. Vamos, vamos, hoy tenemos tres ingresos y dos altas de pacientes…

El timbre de la habitación 18 interrumpe sus órdenes.

—¡Vaya a ver, enfermera Claudia!

Andi limpia a regañadientes con un trapo húmedo y luego se pone a contar las gotas para el tarro. Esta vez presta mucha atención.

—La enfermera Cordula me ha dicho que ayer alguien preguntó por ti en la puerta —dice la enfermera jefe con tono severo.

—¿Por mí?

—Sí, una chica. Al parecer, fue bastante insistente.

Ay, Dios. Sin duda, debió de ser Margit. Ella lo estaba buscando y seguramente quiso obtener su dirección.

—No tenía ni idea…

—¡Andreas, te lo ruego, llévate tus romances a otra parte! —le espeta—. Esto es un ambulatorio, y no un punto de encuentro para asuntos amorosos.

—Entendido, enfermera jefe Christine.

Esa chalada. Poco a poco se va enojando con Margit. Desde luego, esta noche ha sido bonita y excitante. Pero él no quería, ella lo sedujo. Lo obligó de forma astuta, aprovechándose de su buen carácter, y logró lo que se había propuesto. Ahora él no tiene más que problemas: su casera quería echarlo de la habitación; su padre se subirá por las paredes; y encima ahora en la clínica le ha caído una reprimenda. Sí, está enamorado. Cuando la ve, se siente atraído por ella. Pero esto no puede seguir así, tiene que dejarle claro que ella no puede irrumpir en su vida de un modo tan desconsiderado.

En los días siguientes se contiene en el ambulatorio, desempeñando sus funciones casi a la perfección. Sobre todo, logra que la enfermera Claudia —que ahora es su enemiga declarada— no tenga ningún motivo de queja. Cada día, cuando regresa a su habitación después de su turno, lo hace con el alma en vilo, temiendo que Margit haya vuelto a instalarse allí. Pero, por suerte, ella no aparece, ni llama, ni tampoco envía más cartas. Se relaja. No, no quiere reprocharle nada, ella obedece a su corazón y este late por él. Sopesa la posibilidad de llamar a Eltville y preguntar por ella, pero no lo hace porque no tiene ningunas ganas de que su padre le grite. En lugar de eso, charla con la señora Könnemann, que se ha tranquilizado y ya no habla de rescindirle el contrato. Lo único que parece inquietarle es haber perdido el camisón, porque es un recuerdo de su difunto marido. Por ello, al final, él le promete

devolvérselo. La semana próxima en su día de descanso no va a ir a Wiesbaden, sino que se acercará a Eltville. Aunque le duela el estómago solo con pensarlo, tiene que hablar con el padre de Margit y dejar las cosas claras. Él no es un cobarde y responde de sus actos.

Al llegar su día de descanso, Andi coge el tren por la mañana temprano y dedica el tiempo de trayecto a preparar argumentos para apaciguar al señor Göppel: que no se puede obligar a una joven a casarse con un hombre al que no quiere; que debería confiar en su hija; que él, Andi, es una persona decente y asume toda la responsabilidad de lo ocurrido. Sin embargo, al llegar a este punto, su pensamiento se detiene: ¿qué significa eso de «toda la responsabilidad»?

La tasca de su padre en Eltville está cerrada: todo el mundo está en los viñedos escardando y podando las vides. Conoce bien esa tarea porque antes Frank y él ayudaban a realizarla. Era un trabajo muy penoso y uno acababa con la espalda doblada y ampollas en los dedos. ¡Qué rabia no haberlo pensado! Los Göppel también tienen viñedos, así que es posible que no encuentre al padre de Margit en casa. De todos modos, lo intentará. Camina por las callejuelas hasta el establecimiento de los Göppel y, de pronto, se da cuenta de que le aterra encontrarse con Margit. Loca como está, acabará exigiéndole que la secuestre de inmediato para huir luego hasta Gretna Green, en Escocia, y casarse. O a Estados Unidos, donde ella quiere empezar una nueva vida con él. Aunque Margit es capaz de todo esto, tendrá que explicarle con calma y firmeza que él no va a consentir semejante disparate.

La tasca de los Göppel está cerrada, pero cuando él, de todos modos, llama a la puerta, la madre de Margit le abre. Él retrocede y se prepara.

—Buenos días.

—¡Ah, Andi! —le dice ella con una sonrisa—. Pasa, muchacho, pasa. Margit está en el viñedo, pero nosotros dos tenemos mucho de qué hablar.

De hecho, él había supuesto que ella se pondría a gritarle al verlo y apenas sabe qué decir. ¿Por qué se muestra tan amable con él? Le sirve una copa de vino blanco, que a él no le apetece beber a esas horas. La señora Göppel se sienta a su lado y le dice que su marido se enojó muchísimo el otro día, pero que no se lo tome a mal, que ya se calmará.

—Solo está preocupado por la pequeña Margit —dice ella, pasándose los dedos entre los rizos teñidos de rubio. En realidad, su pelo es oscuro, se le ven las raíces.

—Pero yo sé que eres un buen chico y que harás feliz a nuestra hija. ¿Verdad que sí? Margit está tan enamorada que apenas la reconozco. Andi, Andi, y solo Andi. Yo siempre he dicho que hacéis una buena pareja.

Él no entiende nada. ¿No le dijo Margit que sus padres estaban decididos a casarla con un tal Klaus-Dieter de Assmannshausen? Bueno, al menos la madre parece haber abandonado esa intención.

—¿Sabes, Andi? Norbert, mi marido, siempre quiere imponer su voluntad, y si no lo logra, se enfada. Pero en los asuntos del corazón hay que ser precavido y comprender los sentimientos de los jóvenes. Porque también nosotros lo fuimos en otro tiempo, ¿no?

Andi asiente y guarda silencio. Ahora ella le pregunta cuánto dura la prestación civil y si más adelante él será abogado o médico.

—Aún no lo sé del todo.

—Vaya —dice ella un poco decepcionada—. Pero sí que estudiarás, ¿no? Tú serás algo en la vida, Andi.

—Eso espero… ¡Ah, sí! Tengo una pregunta. Es sobre el camisón… Es de mi casera y…

—Sí, claro, el camisón… Todavía no está planchado —dice con tono vacilante—, pero si vienes luego, cuando esté Norbert, te lo podrás llevar.

Y así, sin haber logrado nada y muy confundido, regresa al establecimiento de su padre y se sienta en una de las sillas del patio. ¿Qué ha sido todo eso? Ninguna hostilidad, ningún reproche… Lo ha saludado como si fuera un buen amigo de la familia. Bueno, mejor eso que si le hubiera echado de malas maneras. ¿El padre de Margit se habrá calmado ya? Eso sería fabuloso. Pero también es posible

que luego, cuando regrese ahí, se le eche encima y se emplee a fondo con él.

Mientras reflexiona, en el patio entra una pequeña furgoneta y Mischa se baja de ella. No parece sorprendido de verlo allí, se le acerca con una sonrisa y le estrecha la mano.

—Me alegro de verte por aquí —dice—. Ya puedes montarte y echar una mano. Solo he venido a recoger la comida que Meta ha preparado en la cocina.

—Necesitáis gente, ¿no? —pregunta Andi con poco entusiasmo.

—Nunca está de más…

Mischa carga una olla enorme en la furgoneta. Luego vuelve a entrar a la casa y sale con una cesta de pan y pretzels recién hechos.

—¿Qué te pasa? —le pregunta a Andi, que aún no ha hecho ningún ademán de subirse al coche.

—Nada, nada. Ya voy.

Desde la ventanilla del coche contempla el paisaje con el corazón encogido. El lugar es precioso, este paisaje siempre le ha gustado. Abajo, se muestra el ancho río brillando al sol; a la derecha y a la izquierda, unas colinas suaves en cuyo verdor se dibujan las líneas regulares de los viñedos. Es una zona de cultivo milenaria. En ella se produce vino desde los tiempos de los romanos. Pronto llegará el otoño, las hojas de las vides se volverán rojizas y por las mañanas las brumas blancas las cubrirán. Vivir aquí no estaría mal. Aunque no como viticultor, este trabajo duro no es para él.

—Has venido por Margit, ¿verdad? —Mischa atraviesa sus pensamientos.

—¿Yo? ¿Por qué? —dice haciéndose el despistado.

Mischa suelta una carcajada y comenta que todo el mundo en Eltville sabe que la chica va detrás de él.

—La chica es un bombón —comenta con una sonrisa—, pero, cuidado, tiene las garras muy afiladas.

—¿Margit? ¿Cómo se te ocurre?

Mischa toma una curva cerrada con la furgoneta y retoma la conversación.

—Hace una semana más o menos hubo todo un escándalo por aquí. Al parecer Klaus-Dieter Angermann fue de visita a casa de los Göppel. Seguramente habrás oído decir que a Norbert le gustaría emparejar a su hija con él, ¿verdad? Klaus-Dieter es el único hijo del viejo Angermann, y algún día heredará uno de los mayores viñedos de la zona.

—Vaya, vaya… —comenta Andi fingiendo indiferencia—. ¿Y qué pasó?

—Bueno, él debió de comportarse con insolencia. Sea lo que sea, Julius, el vecino, vio a Klaus-Dieter salir corriendo de casa con una mejilla ensangrentada. Al parecer, esa pequeña fiera le mordió.

—¿Le mordió? —pregunta Andi horrorizado.

—O le arañó. En todo caso, se dice que él ahora va por ahí con un apósito en la mejilla. Así se las gasta ella, Andi.

Entretanto llegan al cobertizo, donde ya hay varias personas esperándolos. Andi le echa una mano descargando y queda asombrado ante la cantidad de ayudantes que Mischa ha encontrado para realizar un trabajo que antes acostumbraban a hacer su padre y Soldan, más o menos solos. Con el tiempo, claro está, él y Frank tuvieron que arrimar el hombro, ya que su padre intentó despertar en ellos la pasión por el cultivo del vino. Algo que, sin embargo, no surtió efecto ni en su caso ni en el de Frank.

Hace una ronda rápida de saludos, la mayoría de ellos son gente de su misma edad de Eltville, solían jugar juntos al fútbol. Simone se encuentra también entre los ayudantes y se alegra de volver a tener a Andi entre ellos. Ahora sí que se nota que está esperando un bebé. Lleva puesta una chaqueta holgada de Mischa, pero tiene que dejarla abierta porque la barriga le sobresale mucho.

—En unas semanas —dice ella con una sonrisa alegre mientras se acaricia el cuerpo con ternura— seremos tres, Andi. ¿Te gustaría ser el padrino de nuestro hijo?

Se siente muy desconcertado porque esto es un gran honor y una señal de amistad y confianza.

—Por supuesto. Eso si creéis que yo soy la persona adecuada —dice con cautela.

—Si no fuera así, no te lo habría pedido.

Durante la pausa para el almuerzo se abstiene de comer porque apenas tiene apetito; luego le piden que escarde y arranque malas hierbas, algo que, con la tierra tan seca, resulta ser una labor desagradable y polvorienta. Lo que sea que ha perjudicado las vides, no parece haber afectado a las malas hierbas, que proliferan a pesar de la falta de agua y se aferran con fuerza al suelo. Apenas una hora más tarde, ya le empiezan a salir las primeras ampollas en las palmas de las manos, así que Mischa pasa a encargarse de quitar malas hierbas y Andi poda la vid.

—La próxima vez ponte guantes para no dañar tus delicados dedos de estudiante —se mofa Mischa, que ya hace tiempo que tiene callos en las manos debido al trabajo y no sabe lo que son las ampollas.

—No soy viticultor.

—Yo tampoco —responde Mischa misteriosamente.

Aguanta unas cuantas horas, tras las que considera que ya ha cumplido con su deber, pues, al fin y al cabo, no está ahí para trabajar. Él quiere hablar con el padre de Margit. Si hace falta irá a verlo a su viñedo, pero es preciso aclarar el asunto. Le dice a Mischa que tiene que regresar pronto a Frankfurt, porque mañana vuelve a tener que trabajar en el ambulatorio, y se encamina hacia la ciudad. Es mejor que primero se pase por la casa de los Göppel, no solo para recoger el camisón, sino también porque tal vez allí encuentre a Margit. Ella mordió a ese tipo. Sin duda él se puso agresivo y ella supo defenderse. ¿Qué se puede decir de esto? Realmente Margit es una chica fabulosa.

La puerta de la tasca de los Göppel está entreabierta; todo indica que lo están esperando. En su interior, la madre está ocupada limpiando las mesas y colocando manteles limpios. Cuando entra, ella le sonríe y exclama por encima del hombro:

—¡Ya está aquí, Margit!

La puerta de la cocina se abre de golpe y Margit se abalanza hacia él. Ajena a la presencia de su madre, se arroja contra su pecho y le besa con furia en la boca.

—Sabía que vendrías, Andi. Oh, vaya, estás lleno de polvo. Debes de haber tenido que ir a trabajar allá arriba. Mira, me he vestido

especialmente elegante para ti.

Se da una vuelta ante él y la falda gira con ella. Lleva una especie de traje típico, como el que suelen lucir las mujeres en los restaurantes de la zona. Es bastante escotado, y eso a él no le gusta nada. Pero como ella parece tan orgullosa de su precioso vestido, le dice que es muy bonito.

—Ven, siéntate —le ordena—. Mamá ha hecho la tarta, y yo, el café. Deja que te vea las manos. ¡Oh, menudas ampollas! Una ya ha reventado. Espera, voy a por el yodo; si no, podrías tener una septicemia.

—No hace falta —objeta—. De todas formas no voy a quedarme mucho rato porque me gustaría hablar con tu padre. Ya sabes por qué.

Pero ella ya se ha ido a toda prisa, y ahora la madre pone la mesa ante él, coloca platos y tazas, cucharas, servilletas de tela y tenedores de postre, e incluso al final sitúa un ramo de rosas en el centro.

¿Acaso hoy es el cumpleaños de alguien?, se pregunta ansioso. El de Margit seguro que no, ella cumple los años en febrero. No será su padre, ¿verdad? Dios mío, qué situación tan embarazosa.

—Mirad, lo he hecho hoy especialmente para vosotros —dice la señora Göppel mostrando una tarta de queso decorada con mandarinas de lata. En el centro hay unas letras escritas en chocolate, pero el trazo es tan inseguro que no las entiende, y menos todavía cuando la coloca ante él de modo que la letra se le muestra invertida.

—Bien, pues primero vamos a comer un poquito —dice la madre con tono condescendiente—, enseguida traeré el café. ¿Tú lo tomas con leche y azúcar, Andi?

—Con…, eh…, sin.

Margit aparece entonces con un botiquín y cuando le aplica esa sustancia roja en la mano le escuece muchísimo. Él se contiene y mantiene la compostura, pero ella le pasa el brazo por la espalda con un gesto de consuelo y le besa la nuca. Luego se sienta a su lado y le coloca un trozo de tarta en el plato mientras la madre le sirve café.

—¡Norbert! —grita—. Ven de una vez, o empezaremos sin ti.

¿Norbert? ¿Acaso el padre está aquí, en la casa? Andi nota un nudo en la garganta: no se había imaginado tener esta importante conversación tomando tarta de queso y café, pero todo indica que eso es lo que va a ocurrir. Norbert Göppel debe de haber estado todo el rato en la cocina, ya que en ese momento se abre la puerta y entra con pasos pesados. Su expresión no presagia nada bueno; además lleva la ropa de trabajo, aunque se ha quitado las botas y se ha calzado unas zapatillas. A Andi le parece que la garganta se le estrecha.

—Vaya, vaya —dice Norbert Göppel dirigiéndose hacia él—. Algo es algo. Es muy educado por tu parte venir en persona.

—Faltaría más. Admito lo sucedido, señor Göppel. Sin embargo, me gustaría señalar que…

—Está bien. —Él hace un gesto negativo con la mano y se sienta a la mesa—. Lo pasado, pasado está. Te conozco desde que eras un niño, aunque jamás imaginé que tendrías algo con mi hija Margit…

—Asumo toda la responsabilidad —le interrumpe Andi, nervioso—. Yo no soy mujeriego, señor Göppel. Margit y yo nos queremos…

—En ese caso —dice el hombre frunciendo el ceño y mirando fijamente a su hija—. Tómala.

Andi todavía no ha asimilado por completo el significado de esas palabras cuando de pronto se abate sobre él una emotiva escena familiar. Margit se levanta de un salto y abraza a su padre llorando de felicidad; la señora Göppel se levanta también de su asiento y aprieta contra su pecho maternal al sorprendido Andi, que, a continuación, se ve obligado a estrechar la mano del señor Göppel y a recibir unas palmaditas en el hombro mientras Margit se le cuelga del cuello.

—Estamos prometidos, Andi —solloza Margit—. A partir de este momento estaremos unidos para siempre. Papi dice que la boda se podrá celebrar el próximo verano. Puede que antes incluso, si surge alguna cosa.

¿Prometidos? ¿Boda? Pero…

—Pero… Pero yo prácticamente no gano nada. Y tampoco sé qué dirán mis padres…

—Todo se andará —dice cariñosa la señora Göppel mientras le sirve una taza de café—. Pero ahora, de momento, celebraremos esta magnífica ocasión. ¿Quieres más café? ¡Vamos Margit, sírvele otro trozo de tarta a Andi!

Hilde

Qué perezosa se ha vuelto. Podría pasarse horas sentada en la tumbona junto a Swetlana, con los ojos cerrados y escuchando los gritos de los niños que juegan en el césped, las conversaciones de los bañistas y, a veces, el suave rumor de las olas. De vez en cuando se levantan para remojarse en las aguas del lago, porque no se puede decir que eso sea nadar; se mantienen cerca de la orilla y charlan mientras se refrescan.

—¡Qué bien que me haya comprado unas sandalias de baño! Hay piedras por todas partes. Ve con cuidado, Hilde. Ah, ahí está ese joven otra vez, con ese cuerpo tan atractivo y broceado. Esa visión me alegra el día…

—Te conformas con poco… —Ríe Hilde.

—Disfruto de las pequeñas cosas que nos ofrece la vida…

Swetlana es una magnífica compañera de vacaciones. Con ella una se puede reír y divertirse, pero también tirarse a su lado en una tumbona sin decir nada. Cuando hacen alguna cosa las dos, disfruta como una niña, y por la noche, cuando se sientan en el restaurante para cenar y beber, suelen hablar durante horas de todo tipo de cosas para acabar siempre con el tema que más emociona a Swetlana: el amor. Cuando llegan a este punto, su cuñada se reclina hacia atrás en el asiento con un suspiro y dice que se ha mantenido firme durante muchos días, pero que ahora ya ha puesto a prueba lo suficiente a su querido August, que quiere volver a casa cuanto antes.

—Vísteme despacio, que tengo prisa —dice Hilde entonces.

—Eres una mujer fuerte, Hilde —dice entonces Swetlana con tristeza—. Pero yo soy débil porque lo añoro mucho.

—Un par de días más y nos vamos.

Por supuesto, sabe que Swetlana tiene razón. Llevan ya quince días fuera de casa y debería empezar a preocuparse por su madre y el café. Y también por Andi y Frank, que están teniendo su primera experiencia viviendo fuera de casa. Y por último, pero no por ello menos importante, también se ha dado cuenta de que por teléfono Jean-Jacques se muestra bastante escueto. No le puede pedir que siga soportando esta situación problemática. Sin embargo, por otro lado, advierte lo bien que le sienta esa tranquilidad. La maravillosa pereza, el poder estar ahí sin más, sin presiones ni prisas, sin obligaciones, tan solo viviendo y disfrutando. ¿Alguna vez se lo había permitido? Ni siquiera las vacaciones en Francia fueron realmente para descansar porque estuvo ayudando en tareas domésticas, trabajando en el viñedo y preocupándose por entretener a sus hijos con diversas actividades.

Pero entonces no sentía la necesidad de tumbarse al sol sin hacer nada. De haber tenido la ocasión habría dicho de forma despectiva que eso son cosas de viejos. Hoy es distinto. Se impregna literalmente de ese calor agradable y de la dulce ociosidad y nota lo bien que le sienta. Con todo, sigue muy enfadada con su madre, que al final ha despedido al pobre Giuseppe. Por pura cabezonería, para demostrarle a su hija que sigue estando al mando del Café del Ángel.

—Tienes que pensar que ya es mayor —le aconseja Swetlana con tono conciliador.

—Mamá no es tan mayor. Apenas ha entrado en la setentena.

—Le duelen las piernas y tiene el corazón débil —insiste la rusa—. Hilde, no seas cruel. Si se pone enferma, te arrepentirás de haber sido tan dura.

—¿Debo dejar que me pise? —objeta enfadada—. ¿Acaso ella tiene en cuenta mi salud? Ah, no, la verdad es que esta lección se la ha ganado a pulso.

—¡Pero tampoco debes pasarte, Hilde!

No, y no lo pretende. Además, le pesa la factura del hotel, que crece con cada día que pasa. Jean-Jacques se lo echará en cara y, hay que reconocerlo, con razón. Por si fuera poco se ha comprado dos vestidos de verano y un par de sandalias rojas porque se dejó

convencer por Swetlana. Y los muchos cafés helados y limonadas consumidos en su cafetería favorita también suman. Nunca en la vida había gastado tanto dinero en sí misma. Siempre ha puesto por delante a los chicos y Jean-Jacques, y ella se ha mantenido en segundo plano.

—Mañana cogemos el coche y regresamos a casa —sugiere Swetlana mientras recogen las toallas y demás utensilios para cambiarse para la cena.

—Por la mañana tenemos reservada una excursión en barco a Isola Bella.

—Podemos cancelarla.

—Pero sería una pena. Ya que insistes tanto, vámonos pasado mañana. Y, de camino a casa, visitamos un par de sitios bonitos…

—No, no más sitios. Quiero ir a casa, y rápido. Si es preciso, cogemos el auto-tren que va por ese túnel largo. Yo cerraré los ojos todo el rato hasta que el mundo vuelva a estar iluminado…

Así que ya está decidido. En el fondo, Hilde está contenta. La Isola Bella, de la que Alma Knauss siempre dice que es la perla del lago Maggiore, será el broche de oro de las vacaciones; después de eso se siente preparada para regresar a la rutina diaria y —la que será la parte más difícil— enfrentarse cara a cara a su madre.

Parten muy temprano y con mucha ilusión, pero, por desgracia, justo ese día parece que el sol de Italia se ha tomado un descanso. El cielo se ha nublado, el ambiente es húmedo y denso, y el barco avanza entre olas grises y agitadas. Se quedan un rato en la barandilla contemplando el lago y las montañas que lo rodean y que este día han perdido buena parte de su belleza estival.

—Necesito un café —dice al final Swetlana—. Si no, me caeré de cansancio.

Les cuesta encontrar dos asientos desocupados dentro del barco, ya que la mayoría de los pasajeros se han instalado ahí para tomar un segundo desayuno. Oyen hablar alemán. Están en medio de un grupo de turistas procedentes del hermoso estado de Hesse.

—Uy, estos italianos solo cocinan con aceite. Solo llevamos dos días y ya estoy con diarrea…

—Los colchones de las camas están demasiado hundidos.

—Limpio, limpio no es. Me he encontrado un pelo negro en el lavabo…

—¡Y esos bichos! Ya solo en el brazo derecho tengo trece picaduras de mosquito… Bueno, a saber si son de mosquito…

Hilde se alegra de que Swetlana sea tan habladora, ya que así solo oye fragmentos de esos comentarios molestos. Increíble. Si quien va de vacaciones no busca más que comer bien y tener una cama cómoda, es mejor que se quede en casa y no enturbie el buen ambiente. Y entonces ocurre: las primeras gotas de lluvia asoman en los cristales de las ventanas, los últimos pasajeros que quedaban abandonan la cubierta a toda prisa y, bajo el aguacero, el lago y las montañas no son más que unas sombras grises.

—Llevo paraguas —dice Swetlana con orgullo—. Se lo compré a Sina porque es de un color bonito.

Por desgracia, tampoco ese paraguas de intenso color rosa consigue levantar el ánimo de Hilde. Al llegar al embarcadero de la isla, el grupo de turistas se dispersa a toda prisa por las tiendas y restaurantes cercanos; solo algunas señoras mayores se abren paso por las callejuelas sinuosas hasta llegar a los famosos jardines y al *palazzo* Borromeo. Ellas las siguen: ya que están aquí, quieren ver las principales atracciones turísticas. Hilde va agarrada del brazo de Swetlana para así aprovechar la rosada protección contra la lluvia, pero no logra disfrutar por completo del paseo por los jardines. De hecho, se había hecho una imagen distinta de su último día de vacaciones y esta no incluía subir escalones resbaladizos bajo una lluvia torrencial para contemplar plantas exóticas dobladas hacia el suelo por la lluvia ni detenerse a admirar estatuas de mármol antiguas de héroes y animales bañadas por la lluvia. La vista del lago debe de ser magnífica cuando hace buen tiempo: ahora mismo es escasa y se muestra envuelta en la niebla. Por supuesto, para todo esto hay que pagar entrada, que no es lo que se dice barata. Dentro del palacio —por lo menos está seco—, pueden admirar hermosas habitaciones, murales y jarrones pintados, e incluso en la planta inferior ven una gruta de conchas de brillo tenue, pero que huele ligeramente a humedad. Hilde tirita. Hace frío. ¿Cómo se las

apañan en invierno? ¿Acaso se sientan todos ante la chimenea de mármol mientras los dientes les castañetean?

—Vayamos a comer alguna cosa —propone Swetlana—. Quizá las nubes se levanten y asome el cielo azul.

Puede que el pescado frito esté delicioso, pero a Hilde le parece que tiene la consistencia de un chicle. El vino rosado con que lo acompaña es de un sabor áspero, y la crema de vainilla del postre está picada. A ella en eso nadie la engaña, sabe mucho de nata montada. Después de comer, en efecto, la lluvia cesa y los turistas alemanes asaltan los jardines y el *palazzo*, y Swetlana declara que tiene que comprar varios recuerdos. Hilde camina con desgana a su lado mientras su cuñada recorre las escasas tiendas y compra postales, un plato pintado de colores para la señora Wegener, un llavero para August y un pañuelo de seda rosa para Sina.

—¿No le vas a comprar nada a Jean-Jacques? —pregunta asombrada Swetlana—. Se merece un regalo, ¿no? Y un pequeño recuerdo para Frank y Andi. Y para Heinz. Y para tu madre…

—Sí. Un cactus —gruñe Hilde.

Pasado mañana, a lo sumo, sabrá si su madre está dispuesta a ceder o si todo sigue igual. Sí, tiene ganas de volver a estar con su familia y en el Café del Ángel, pero el encuentro con mamá le impone mucho respeto.

En el trayecto de vuelta, el sol sale de verdad y hace brillar las pequeñas olas del agua. Una niebla delicada se alza de las montañas y en las orillas; por el lago asoman las primeras velas blancas, las casas de los pueblecitos vuelven a refulgir con intensidad y autocares de todos los colores se lanzan a recorrer las carreteras junto a la orilla.

Por lo menos ahora el lago Maggiore vuelve a mostrar su mejor cara.

El hotel está muy concurrido y les cuesta abrirse paso por el vestíbulo, donde un buen número de nuevos huéspedes cargados con maletas y bolsas esperan para que les entreguen las llaves de sus habitaciones. También aquí le llegan al oído frases en alemán. ¡Oh, vaya! Un grupo de viajeros, en esta ocasión, al parecer, procedentes del norte de Alemania. El *patrone* las anima a cenar en

el comedor interior, ya que la terraza está reservada para ese grupo. Por la noche habrá baile y, por supuesto, están cordialmente invitadas a asistir.

—Seguro que bailan hasta las tantas —comenta Hilde con disgusto —. Ya nos podemos olvidar de dormir bien antes del viaje de vuelta.

—Vamos, esta noche nos divertiremos. Me encanta bailar, pero por desgracia August para eso es una nulidad y es incapaz de moverse al son de la música.

—Es cierto. —Se ríe Hilde—. Todavía me acuerdo de lo rígido que estaba cuando bailó contigo en vuestra boda.

—¡Y esa fue la única vez que hemos bailado en todo nuestro matrimonio!

Sin embargo, antes de la cena y el baile posterior, hay que hacer las maletas y recoger, cosa que Hilde acaba en media hora. Entonces va a la habitación de Swetlana, que no logra cerrar su abultada maleta y a la que aún le quedan por guardar más bolsas y paquetes de recuerdos.

—Siéntate en la maleta, Hilde. Tal vez así la podremos cerrar.

—¿Cómo vamos a meter todo esto en el coche? —gime Hilde.

—¿Lo ves? Ya te dije que deberíamos haber cogido mi coche, tiene el maletero más grande.

—¡Lo que deberíamos haber cogido es un camión! ¡Y con remolque!

—Así no va bien —suspira Swetlana—. Anda, deja que yo me siente encima y tú cierras. Yo peso más.

Esta vez sí lo logran, pero, de todos modos, la maleta muestra un abombamiento preocupante; solo queda confiar en que sea capaz de soportar la presión interna.

En el comedor interior ese día la cena se prolonga más de lo habitual; el servicio y la cocina están desbordados por el menú opíparo que se sirve en la terraza. Además, esta sala no tiene las hermosas vistas sobre el lago y las montañas. Aun así, Swetlana pide un buen vino italiano como despedida y habla emocionada y feliz de las ganas que tiene de ver a Sina y a August. Hilde la escucha con sentimientos encontrados. Mañana por la mañana van a tener que pagar la cuenta del hotel, y será abultada. Espera haber

cambiado suficiente dinero en liras. En caso de necesidad, tendrá que pedirle a Swetlana que le preste algo.

Acaban de tomar el último sorbo de vino cuando en la terraza empieza a sonar la música. Swetlana se levanta con ganas; esta noche se ha puesto expresamente uno de los vestidos nuevos. Hilde la sigue con menos entusiasmo.

En la terraza, las mesas y sillas se han apartado a los lados, creándose en el centro una pequeña pista de baile. Está anocheciendo y las guirnaldas de luces de colores están encendidas; los turistas pasean junto a la orilla y la luz se refleja en el agua. Por supuesto, la música es «enlatada», pero las melodías son agradables y animadas, incluso hay algunos viejos éxitos que le recuerdan a Hilde sus primeros años de casada. El *patrone* se les acerca y les muestra dos sillas que ha reservado especialmente para ellas; como sabe que mañana se van, les trae dos copas de vino espumoso sin que ellas se lo pidan.

—Usted regresará a Italia, *signora* —le dice a Hilde—. Estoy seguro.

Al principio, el baile parece bastante aburrido. Las parejas casadas se deslizan por la pista, y solo hay cambios esporádicos de compañero de baile; cuando esto ocurre, se ve cómo desde sus sillas las mujeres observan con suspicacia a sus esposos. Pero pronto el vino, que se sirve y se degusta en profusión, empieza a hacer efecto; los caballeros se vuelven más atrevidos y, al final, un hombre de pelo cano con camisa de colores saca a Hilde a bailar. En fin, no es que se diga alguien que le quite el sueño, sino más bien parece un funcionario diligente vestido de vacaciones, pero, por supuesto, ella acepta. Y lo disfruta. Ella es ágil con los pies —a fin de cuentas, se pasa el día yendo de un lado a otro en el café— y es agradable moverse al ritmo de la música. Sin embargo, la pista de baile está muy abarrotada; en un momento dado, vislumbra a Swetlana bailando con un italiano fogoso (¿no es ese el camarero simpático?). Al cabo de un rato se dispone a sentarse y descansar un poco, pero le resulta imposible porque entonces aparece ante ella el mismísimo *patrone*. ¿Qué le está diciendo? Algo como *bella bionda signora*, o similar; se la arrima al cuerpo y la conduce suavemente por entre las

parejas que bailan. ¡Qué locura! ¡Y qué fantástico! Esas guirnaldas de luces de colores balanceándose sobre su cabeza, las risas de la gente, la alegría y, por supuesto, ese vino espumoso que le hace hervir la sangre. ¿Y si se toma otra copita?

Entonces de pronto tiene una visión. Alguien se abre paso entre la gente que baila, agarra al *patrone* por el brazo, y ella oye una voz que le resulta familiar.

—*Pardon.* ¡Ese es mi baile!

Ahora es Jean-Jacques quien la tiene agarrada por la cintura; ella se lo queda mirando, reconoce su sonrisa, y no sabe si está soñando o despierta.

—Sorprendida, ¿eh? —le dice a la vez que atrae su cuerpo hacia él.

—Pero ¿qué haces aquí? —farfulla ella.

—Bailar contigo. ¿Quién era ese mantecado italiano con piernas?

—El *patrone*… ¿Cómo has llegado hasta aquí, Jean-Jacques?

—Hemos venido en tren, *ma colombe*.

—¿Hemos?

—August y yo —dice.

—¿August? ¿Él también está aquí? ¿Dónde?

Jean-Jacques deja vagar la mirada y entonces le señala con el dedo la escalera que lleva abajo, hacia la calle. En efecto, su hermano está allí de pie, erguido y contempla a la gente que baila como si fuera una estatua de sal. ¡Oh, Dios! Y, en medio de este alboroto, Swetlana, ajena a todo, baila con uno de los camareros italianos.

Es el final del baile. Hilde se separa de su marido y se dirige hacia su cuñada, la agarra del brazo y señala a August con el dedo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres? —pregunta Swetlana molesta.

—¡Abre los ojos! ¡Ahí está tu marido!

Como no podía ser de otro modo, el alboroto que provoca es tremendo. Cuando Swetlana ve a August, grita tan fuerte que todo el mundo se vuelve hacia ella con espanto, y un camarero acude corriendo solícito a ayudar a la *signora*.

—¡August! ¡Mi amor! ¡Has venido para estar con tu Swetlana!

Durante unos instantes reina la confusión. Swetlana, fuera de sí, se abre paso entre los bailarines y se arroja en brazos de August, que es incapaz de articular palabra de pura sorpresa y vergüenza.

—¡Ay! Es que no me lo creo —solloza ella —. ¿Eres una aparición o la realidad? Te he añorado tanto, pero Hilde decía…

—Cálmate, cariño… Estamos molestando… —murmura August acariciándole la espalda.

Hilde procura apartar a la pareja recién reunida hasta el fondo del restaurante para evitar más alboroto, mientras Jean-Jacques intercambia algunas palabras en francés e italiano con el *patrone*. Ambos se entienden y la charla termina con un pacífico apretón de manos. Entonces Jean-Jacques se dirige a Hilde.

—Un sitio muy bonito —dice con tono sarcástico—. También a mí me hubiera gustado. Pero, claro, tú prefieres ir de vacaciones sin tu marido.

—Íbamos a regresar mañana —le asegura ella—. Ven, sube a mi habitación, y verás que tengo la maleta hecha.

Pero él no tiene ganas. Lleva todo el día sentado en el tren, la espalda le molesta y prefiere estirar las piernas.

—Demos al menos un paseo por la orilla del lago.

—Pero tal vez Swetlana me necesita…

—Esos dos hace rato que han desaparecido.

En efecto, August y Swetlana han desaparecido; sin duda han subido a la habitación de ella para hablar o lo que sea. Hilde, por tanto, sigue a su marido hasta la orilla iluminada del lago, donde incluso a esta hora pasean clientes del hotel.

Entonces Jean-Jacques, malhumorado, le pregunta en qué estaba pensando al marcharse, si cree que los problemas se resuelven huyendo y dejando el caos a su paso. Ella, sin embargo, a pesar de su cargo de conciencia, no está dispuesta a mostrarse arrepentida, señala la testarudez de su madre y dice que lleva años trabajando duramente como una empleada y que, como agradecimiento, su opinión no es tenida en cuenta en la toma de decisiones importantes.

—¡Eso no es para nada cierto! —objeta él—. Con demasiada frecuencia le has ido a tu madre con hechos consumados. Piensa en

la remodelación, el pastelero, el nuevo congelador, Giovanni y, y, y…

Caminan uno junto al otro mientras van discutiendo. Jean-Jacques gesticula mucho con los brazos, Hilde se detiene una y otra vez para dar más énfasis a sus palabras. No, no ha actuado de modo imprudente, le ha dado muchas vueltas y cree que es la única manera de hacer entrar en razón a su madre.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —exclama él con enojo—. El trabajo te tenía desbordada por completo y eras un manojo de nervios. Y entonces se te fue la cabeza. ¡Eso es lo que ha ocurrido!

Él emplea un tono airado, y Hilde se siente furiosa por los reproches que le oye decir. Ella no es un manojo de nervios, sabe controlarse bien.

—¿Acaso has venido a discutir conmigo? —refunfuña.

—¡No! —responde él enfadado.

—Entonces ¿por qué?

Él calla y se queda contemplando las aguas oscuras del lago sobre las que se reflejan luces brillantes de las poblaciones de la orilla. Ella tampoco dice nada, cruza los brazos ante el pecho y sigue su mirada.

A sus espaldas, los últimos turistas regresan a sus hoteles o campings. La música que aún se oía hace unos instantes ya ha enmudecido.

—He venido a buscarte —dice en voz baja—. Porque te echo de menos, *mon chou*.

—Yo también te he echado de menos —admite ella poniéndole suavemente la mano sobre el hombro.

—Eso espero —dice él con tono conciliador.

Luego se arrojan el uno en brazos del otro y, de pronto, es como cuando él regresó de Francia después de la guerra y ella se sentía muy feliz de tenerlo de nuevo a su lado. Bueno, quizá no tanto, porque ahora son veinte años mayores, pero la sensación sigue siendo maravillosa. Y en todo ese tiempo, nada ha cambiado en sus besos, que siguen siendo embriagadores.

—Vámonos, *ma colombe*. Creo que al *patrone* no le va a importar que tu marido comparta la habitación contigo.

La abriga con su chaqueta porque, al parecer, está tiritando, y ella le deja hacer.

—A ver qué pasa con Swetlana y August —se preocupa—. Espero que no se peleen.

Encuentran a los dos en el vestíbulo del hotel, en recepción, enzarzados en una animada negociación. August ha mostrado el pasaporte para demostrar que es el marido de ella y Swetlana conversa animadamente con el recepcionista de noche en alemán y ruso.

—Si no les quedan habitaciones dobles, entonces dormimos en mi cama. *Eto moi mush,* es mi marido. ¿Dónde está el problema?

—¡Pero entonces ustedes van a tener que pagar la noche!

—¿No tienen cama y hay que pagar? *Shto eto?* ¿qué es esto? Pero ¿qué tugurio es este?

—Cariño, no te alteres —dice August pasándole el brazo por los hombros con ternura—. Solo serán unas pocas horas. Nuestro tren sale temprano por la mañana.

Han decidido regresar en tren. Así pues, a ella y Jean-Jacques les queda ir en el coche. Y probablemente también, con una buena parte del equipaje de Swetlana.

—*Bon* —dice Jean-Jacques con tono alegre—. A ver quién llega antes a Wiesbaden.

Karin

El enigma del pendiente ya está resuelto y Karin se alegra muchísimo de no habérselo mencionado a Willi, porque habría sido tremendamente embarazoso. Además, ahora se da cuenta de que esa joya se convirtió en una obsesión para ella: se dedicaba a mirar los lóbulos de las orejas de todas las mujeres jóvenes que veía por la calle o en el café. ¿Lleva pendientes? Y, en ese caso, ¿cómo son? En particular, no le quitaba el ojo a Diana Soltau, que es una asidua del café y suele acudir acompañada de Willi.

Y entonces dio por fin con ese objeto funesto.

—Buenos días, Karin —dice Sophia Künzel cuando ella le sirve su desayuno habitual—. Oye, ¿te encuentras bien? Siéntate, chica, estás muy pálida. ¿Otra vez embarazada?

También las actrices se ven a veces en situaciones en las que es difícil disimular. Karin deja primero la bandeja sobre la mesa y luego suelta una carcajada que, a pesar de su intención, no acaba de parecer despreocupada.

—¿Embarazada? ¡Oh, no, por Dios! Solo estaba admirando esos bonitos pendientes que lleva, señora Künzel.

Sophia Künzel se toca las orejas, en las que, en efecto, destacan unos pendientes de plata con una piedra azul y cierre de clip. No hay duda: son los que buscaba.

—Son bonitos, ¿verdad? —dice la mujer orgullosa—. El bueno de Addi me los regaló. Al parecer, los compró en Noruega cuando aún daba vueltas por el mundo. Ayer fui a buscarlos al joyero, que me puso unos cierres nuevos.

—Ah, ¿sí? —dice Karin esforzándose por colocar las tazas, los platos y las jarritas sobre la mesa con la mayor calma posible.

—Sí, fíjate: perdí uno. Lo estuve buscando como quien intenta encontrar una aguja en un pajar, pregunté por todas partes,

revolucioné a todos mis colegas del conservatorio, molesté a la pobre Else y a Heinz e incluso recurrí a Artur, ese pasmarote envarado. Pero nadie lo había visto. Ya lo daba por perdido. ¡Debí de haber prestado más atención, tonta de mí! Pero entonces…

Días atrás Willi le devolvió su propiedad. ¡El muy despistado! Había encontrado el pendiente en el café y, como sabía de quién era la joya, se lo había guardado en el bolsillo de la americana para dárselo al día siguiente a Sophia. Pero entonces se le olvidó: la americana quedó colgada en el café, más tarde en el coche y fue solo al cabo de mucho tiempo que a él se le ocurrió meter la mano en el bolsillo y pudo entregarle la joya a Sophia Künzel junto con una encantadora disculpa.

—¡Mira que llevar esa joya por ahí durante semanas…! —se exalta la Künzel—. ¿Por qué no se la entregó enseguida a su madre? Seguro que Else me la hubiera dado de inmediato. Oh, Karin, ¿sabes? Willi es buen chico, lo conozco desde que era niño, pero es un tarambana…

Karin está completamente de acuerdo con ella. Le desea a la Künzel buen provecho y se retira a la cocina para respirar con alivio sin que nadie la vea. Dios mío, ¿cómo ha podido hacer tanto el ridículo? ¡Un pendiente! Un estúpido pendiente en el bolsillo de la chaqueta de Willi y ella se vuelve loca.

Sin embargo, en ese momento la cocina no es el sitio más adecuado para ordenar pensamientos y emociones. Anteayer, justo después de la partida de Jean-Jacques, Artur dimitió sin previo aviso. En su opinión, la cafetería no se ajusta a su estilo; al fin y al cabo, él, como jefe de camareros, está acostumbrado a tratar con personal formado, algo que, por desgracia, no ocurre aquí. Así pues, Else vuelve a estar al pie de los fogones y prepara pequeños tentempiés para los clientes del mediodía. Las piernas le duelen y tiene un humor de perros. Karin, con buena intención, le ha aconsejado operarse, después de todo, para las varices hay tratamientos. Pero lo único que ha sacado es una respuesta destemplada.

—¿Someterme al bisturí yo? ¡Ya le gustaría a Hilde!

Hoy Else mantiene una rencilla con Ewald Deuss, lo cual es una lástima porque el pastelero es todo un artista y ella debería llevarlo

en palmitas. Pero desde hace algún tiempo él no da pie con bola, en concreto, desde que Valentina Marcelli conquistó su corazón. La relación ahora es evidente, ya que la italiana suele presentarse en el café a última hora de la mañana, antes de que le toque entrar a trabajar. Entonces se queda en la cocina charlando con Ewald. Else afirma haberlos sorprendido hace poco en una situación claramente «inequívoca».

—¡Se estaban besando! ¡En mi cocina! ¿Alguna vez ha ocurrido algo parecido en una cafetería tradicional como la nuestra? ¡Esto es Sodoma y Gomorra! No me extraña que Artur lo haya dejado. ¡Qué contenta estoy de que regrese a Italia la semana próxima! Así las cosas aquí volverán a la normalidad.

Karin, prudente, no ha dicho nada, pero ha pensado que todo eso era muy cinematográfico. Se podría hacer una serie de televisión. *Amor y sufrimiento en el Café del Ángel*, o un título por el estilo. Por desgracia, no es posible, porque el Café del Ángel existe de verdad y Else difícilmente permitiría una cosa así.

De hecho, en este instante, parece que la situación empeora.

—¿Y ahora quiere tomarse vacaciones? —Else cuchichea nerviosa en la cocina—. ¿Tres semanas enteras? ¿Y precisamente en octubre, cuando vuelve a haber función en el teatro y la cafetería está abarrotada por las tardes? ¿Es que usted no tiene sentido de la responsabilidad?

—Señora Koch, lo siento mucho, pero hace tres años que no tengo vacaciones y me siento desbordado.

—¡Venga ya! —espeta Else enojada—. Admítalo: usted lo que quiere es acompañar a su Valentina en coche hasta allí. Nápoles, ¿verdad? Pues sepa usted que en octubre allí tampoco hace ni sol ni calor. Llueve y el viento sopla por las callejuelas…

—Me temo que debo insistir, señora Koch. Según mi contrato me corresponden tres semanas de vacaciones.

Else de pronto le vuelve la espalda.

—¡Márchese, vamos! —exclama airada—. Déjeme en la estacada, como todos los demás. ¡Da igual si aquí todo se viene abajo! ¡Lo importante es que usted se lo pase muy bien!

Tras esto, Ewald Deuss se retira a su obrador con expresión afligida para sacar del horno las bases de bizcocho.

—¿Y ahora tú qué quieres de mí? —le espeta Else a Karin, que ha asistido a la escena en silencio—. ¿Acaso alguno de tus hijos ha enfermado? ¿Varicela? ¿Paperas? ¿Anginas?

—Nada en absoluto. Están todos bien. Vamos, siéntate un ratito en la mesa del rincón. Luisa está al llegar.

En efecto, ayer, en respuesta a la llamada de emergencia de Else, Luisa se mostró dispuesta a echar una mano en la cafetería por las mañanas, aunque solo hasta finales de septiembre, porque, según parece, luego volverá a trabajar en el salón de moda de Julia. Por teléfono no entró en detalles del porqué, ni el cómo, ni de qué opina Fritz al respecto.

—¡Por la mañana! —refunfuñó Else—. Siempre dicen que solo por la mañana. ¿Qué les pasa a las mujeres jóvenes? Yo crie a tres hijos y trabajaba en la cafetería desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Pero hoy en día nadie quiere trabajar…

—¡Pero Else! Ella no puede dejar a las niñas solas. Ni yo tampoco…

—Entonces tráelos al café. ¿Tan difícil es? Arriba en el piso hay espacio suficiente para jugar o hacer los deberes.

—Necesitan su rutina, Else. Y tienen que saber dónde está su casa. Willi y yo estamos considerando contratar a una asistenta para cuando vuelva a rodar.

—Si tanto dinero tenéis… Una turca o una italiana, ¿eh? Una que no sepa hablar alemán. ¿Y se supone que esa supervisará los deberes de la pequeña Nora? Ah, no. Voy a tener que hablar con Willi otra vez.

—Es una vecina a la que mi madre conocía muy bien.

—¡Pues yo no dejaría a mis hijos en manos de una persona desconocida!

Y, en efecto, Else llamó a capítulo a Willi cuando este al mediodía se acercó a tomar un pequeño tentempié. Karin tuvo que soportar miradas de reproche mientras él escuchaba las recriminaciones de su madre y cuando ella por fin lo soltó de sus garras, Will le susurró:

—¿Se lo tenías que decir ahora?

—¡Lo habría averiguado de todas formas!

—Incluso entonces también sería demasiado pronto —gruñó él.

Anoche ya habían discutido por ello; él se acostó enfadado y otra vez ella volvió a dormir mal y estuvo dando vueltas al asunto del pendiente.

Pero eso es agua pasada. Hoy todo es distinto y se siente como si se hubiera librado de un espíritu maligno y ya no tuviera que enfadarse por cualquier nimiedad. Fuera lo que fuera lo que hubo entre Willi y Diana, nunca fue serio y se terminó. Willi le pertenece a ella y a los niños. Los dos lo saben.

Luisa no llega al café hasta las nueve de la mañana y se disculpa con Else: Fritz está en cama con una fuerte migraña y ha tenido que ocuparse de él. Mañana estará aquí a las ocho en punto. Acto seguido pasa a sustituir a su suegra en la cocina mientras Karin se ocupa de los clientes. Else ha tomado asiento en la mesa de la familia; probablemente le gustaría poner en alto sus piernas doloridas, pero no lo hace porque eso sería incompatible con su cargo de responsable del Café del Ángel. En vez de ello, lee el periódico y saluda a la clientela habitual, explicándoles con amabilidad y paciencia que Hilde volverá muy pronto de sus vacaciones y que todo va bien.

Karin tiene que reconocer que, a pesar de todas sus rarezas, su suegra tiene una autodisciplina asombrosa. No querría estar en el pellejo de Hilde cuando ambas se vuelvan a encontrar.

Willi se presenta en el café hacia las once, saluda contento a sus padres en la mesa del rincón y se sienta con un grupo de compañeros actores, entre los que se encuentra —como no podía ser de otra manera— Diana Soltau. Karin anota las comandas, como siempre. No, por desgracia de momento no hay sopa de gulasch; solo lo que hay en la carta. No presta atención a Diana Soltau, a la que siempre sirve la última; a Willi, en cambio, le dirige una sonrisa cariñosa y le frota el hombro al pasar. Él responde con un «Hola, cariño», y posa por un instante su mano sobre la de ella.

—Hace poco te vi en la tele y me dejaste admirado —le dice un compañero—. Algunas escenas eran estupendas.

—Sí, Karin es una estrella de la televisión —opina Diana con tono condescendiente.

—Un buen director y unos compañeros magníficos —contesta Karin con amabilidad dirigiéndose a su colega y sin hacer caso del comentario de Diana—. ¿Ensalada italiana o *ragout fin*?

—Pero es un trabajo completamente distinto al de estar en el escenario —comenta un joven colega.

—Es cierto —explica ella—. El cine es mucho más próximo y hay que acostumbrarse a ello. ¿Tostada hawaiana?

—¡Hawái! ¡Cómo me gustaría ir allí de vacaciones! —suspira el colega.

—Con Neckermann Reisen, ¿eh? —Le preguntan los demás con burla.

Antes de que le vuelvan a preguntar cuándo regresará por fin Hilde Koch de Italia, se marcha con las comandas.

—Dos tostadas hawaianas, un *ragout fin* y dos ensaladas italianas —le dice a Luisa en la cocina.

Else vuelve a estar allí porque Luisa aún no sabe preparar el *ragout fin* y necesita que se lo enseñe. Ewald está atrás, en el obrador, decorando tartas; Valentina, que hoy ha llegado temprano, le ayuda y le va diciendo en italiano el nombre de cada ingrediente.

—*Cioccolato, marzapane, crema, croccante*…

—Fíjate —le susurra Else a Luisa—. Ya le está enseñando italiano. En octubre él se irá a verla a Nápoles y a saber si volverá. Todo es culpa de Hilde. Ella nos metió a ese clan italiano en nuestra casa y ahora ellos me roban al pastelero.

—¡Pero Else! —dice Luisa negando con la cabeza—. ¿Por qué el señor Deuss iba a quedarse en Nápoles? Es mucho más probable que Valentina se traslade a Alemania a vivir con él.

—Si él es tan estúpido como para casarse con ella… Aunque ella ya trae consigo a un mocoso sin padre…

—Estás siendo injusta —dice Luisa irritada—. El pequeño no tiene la culpa de nada, ¿no te parece?

Vaya, piensa Karin. Luisa aún no sabe el malhumor que gasta hoy Else, en un instante recibirá una buena reprimenda. En efecto, la

suegra ya está abriendo la boca, pero, antes de que diga nada, suena el teléfono.

—¡Oh, Dios! —gime Luisa, que está ocupada preparando el *ragout fin*—. Espero que Fritz no se encuentre peor.

Else ya ha descolgado. Por su cara, parece que está predispuesta a recibir más malas noticias.

—Café del Ángel, le habla la señora Koch. ¿En qué puedo ayudarle?… ¡¡¡August!!!… ¿Dónde estás, muchacho?… ¿En Eltville?… Pero ¿qué estás haciendo en Eltville? Creía que estabas en Italia…

Han vuelto, se dice Karin aliviada. Si August ya está en el país, Hilde y Jean-Jacques no pueden andar lejos. Luisa piensa lo mismo y dirige una sonrisa elocuente a Karin.

—¿Y qué hay de Swetlana? —pregunta nerviosa Else por el auricular—. ¿Cuándo volverá a hacer sopa de gulasch? La gente no para de preguntar. ¿Cómo? ¿En una clínica?

—¡Ah, Dios! —gime Luisa—. Esperemos que no hayan tenido ningún accidente en el viaje de vuelta…

Else agita el brazo hacia ellas.

—Callaos de una vez, que no oigo nada… ¿Cómo? ¿En la maternidad?… ¿Ya ha nacido?… ¿Anoche? ¿Y por qué nos enteramos ahora?

Simone ha tenido al bebé. ¡Qué gran noticia! Luisa dirige una sonrisa de alegría a Karin, y esta se ríe y la abraza.

—¿Y qué es, niño o niña? —pregunta Else mientras sacude el brazo y se aprieta el auricular contra la oreja—. ¿Que el pasaporte estaba caducado? ¡Por Dios! ¿Y cómo lograsteis cruzar la frontera? En fin, ya está hecho. ¿Y ahora? Tu bufete puede esperar… Y felicítalos por el nacimiento de nuestra parte… Y sobre la sopa de gulasch, dile a Swetlana que… No, no de inmediato… Cuando se haya calmado… Sí, ya llamaré…

Else cuelga y, a continuación, lo primero que hace es sentarse en el taburete que hay junto al teléfono.

—Llegaron ayer por la tarde —anuncia casi sin aliento—. Y entonces partieron casi de inmediato hacia Eltville porque Mischa les anunció que el bebé ya había nacido. ¡Es un niño! Sano y vivaracho. Dos kilos y cuatrocientos gramos. Esta mañana a primera hora

Swetlana ha vuelto a la maternidad. Por supuesto, no cabe en sí, y no para de sacar fotos a la madre y al bebé…

—¿Y qué era eso del pasaporte? —pregunta Karin.

Resulta que el pasaporte caducado es el de Jean-Jacques. En el viaje de ida, en el tren, consiguieron sortear el asunto con algo de astucia, pero el viaje de vuelta en coche va a resultar más complicado.

—¡Qué bobo! —critica Else—. Seguro que Hilde está detrás de todo eso. Aprovecha cualquier oportunidad para retrasar su regreso. Pero eso no le servirá de nada.

Parece lista para la pelea. Su suegra ya ha proferido distintas amenazas contra Hilde: la despedirá, la desheredará, la llevará a los tribunales, le reclamará una indemnización, la pondrá de patitas en la calle.

—Ah, la sangre no llegará al río —le comentó luego Willi a Karin—. De todos modos, si eres lista, cuando las dos se enfrenten, tú desaparece. Porque el ambiente estará muy cargado.

Heinz entonces llama a la puerta de la cocina y pregunta qué ocurre.

—La clientela está muy inquieta. Como sabéis, la mayoría solo tienen una hora para almorzar —dice con tono de reproche.

En un instante, el grupo se disuelve. Valentina se apresura a preparar la ensalada italiana; Karin saca el *ragout fin*; Luisa mete las tostadas hawaianas en el horno. Y Else comunica las últimas noticias a su marido.

—¿Mischa ha tenido un hijo? —pregunta contento Heinz—. ¿Cómo se va a llamar?

—Pues no se me ha ocurrido preguntar…

—¡Un niño! ¡Eso hay que celebrarlo! Sacad unas botellas de champán de la nevera. ¡Vamos a invitar a la clientela a una ronda!

—No exageres de ese modo —objeta Else enojada—. Mischa no está emparentado con nosotros.

—¡Por supuesto que sí! Es el hijo adoptivo de August. ¿Lo has olvidado, Else? Y, además, hace tiempo que aquí no se celebra nada.

—Tampoco hay motivos.

Pero es inútil. El entusiasmo de papá es desbordante. Valentina coloca copas de champán en una bandeja. Luisa abre las botellas, el estallido de los corchos es tan fuerte que Ewald, que está ensimismado decorando pasteles, da un respingo.

—¿Qué pasa?

—*Nasce un bambino*. Ha nacido un niño. *Auguri! Auguri!* —exclama Valentina muy contenta mientras le acerca la primera copa para brindar. Heinz mira fascinado cómo esa belleza italiana abraza y besa a su pastelero.

—Ay, Else —dice con una sonrisa—. ¿Te acuerdas de cuando los dos éramos jóvenes y estábamos aquí, tan enamorados, y yo te besaba?

—No —responde Else con tono arisco—, no me acuerdo. Y si eso ocurrió, fue de otro modo.

—Salud, querida —le dice alegre tendiéndole una copa—. Las fiestas hay que celebrarlas cuando se presentan.

—No sé qué hay que celebrar —gruñe ella—. Jean-Jacques tiene el pasaporte caducado. A saber cuándo regresarán los dos.

Sin embargo, le coge una copa llena y da un sorbo.

—Y, encima, de los caros. ¡Menudo despilfarro! —refunfuña—. ¡Qué revuelo se ha formado ahí fuera!

El ambiente en el café es alegre. La mayoría de los presentes son clientes habituales y brindan por el recién llegado, vitorean a los Koch y les felicitan por el feliz nacimiento. Solo unos pocos dicen tímidamente que, por desgracia, no pueden beber champán porque tienen que regresar enseguida al trabajo; sin embargo, los actores y cantantes son mucho más ruidosos y no tienen reparos en apurar las copas que no han encontrado quien se las beba.

—¡Traed aquí el vino espumoso! —exclama Willi con alegría—. ¡No vamos a permitir que lo bueno se desperdicie! Valentina, bonita, ¿por qué no vas a mirar si todavía queda alguna botella en la cocina…?

En ese momento se interrumpe y fija la mirada en un punto.

La puerta giratoria se mueve y muestra primero dos maletas, y luego, dos personas.

—¡Hilde! —susurra uno de los clientes habituales.

—¡Hilde ha vuelto! —se oye ahora por todas partes.

—¡Menuda entrada en escena!

—¡Salud a los dos! ¡Bienvenidos a casa!

Hilde y su marido se quedan de pie en medio del café mirando con sorpresa a su alrededor al ver que la gente está bebiendo champán y, obviamente, celebrando alguna cosa. Hilde está bronceada y no parece la misma con ese vestido de verano rojo con lunares blancos.

Jean-Jacques sonríe de nuevo y coloca el brazo en el hombro de su esposa.

—¡Qué ambiente! —dice—. Creo que aquí no nos necesitan para nada, *mon chou*.

Willi es el primero en reaccionar. Se levanta de un salto, abraza de inmediato a su hermana y le da un beso en la mejilla. A continuación estrecha la mano de Jean-Jacques y le pregunta si quiere que le ayude con el equipaje.

—Me vendrá de maravilla. El Escarabajo está lleno hasta los topes.

Jean-Jacques le entrega a Willi las llaves del coche y toma una copa de champán de la bandeja que le ofrece Valentina. Levanta la copa y brinda en honor a los clientes, como si esa bienvenida se hubiera organizado solo para él. A continuación sigue a Hilde hasta la mesa de la familia.

Heinz abraza a su hija.

—Qué bien que hayas vuelto, niña. ¡Has liado una buena!

Luisa y Karin saludan a Hilde con cierta cautela, pero Valentina está muy contenta, y Ewald Deuss le estrecha la mano durante un largo instante:

—Me alegro mucho de que haya vuelto, señora Perrier. Me temo que todo esto ha sido demasiado para su madre.

Else ha desaparecido. No está ni en la mesa de la familia ni en la cocina.

—Ha atravesado el patio a toda prisa y ha subido a su piso —le susurra Luisa a Karin—. Creo que está terriblemente enfadada con Hilde.

—¡No es de extrañar! —responde Karin en voz baja.

Hilde ya se ha atado un delantal blanco sobre su vestido rojo y, vestida con este inusual atuendo, ha vuelto a hacerse cargo de la

cafetería.

—No más champán, Valentina. Ya no se sirve más a los que están llegando, y los actores han bebido demasiado. ¿Qué pasa con la tostada del horno? ¡Está negra! Sacadla. ¿Estas comandas? ¿Siguen pendientes? Luisa, ¿cuánto tiempo trabajas hoy? ¿Solo hasta el mediodía? ¿Y tú, Karin?

—¿Yo? Hasta las doce y media…

Karin mira el reloj asustada: es casi la una. Tiene que recoger enseguida a Nora en el colegio. ¿Dónde está Stefan? Hace rato que el pequeño debería haber llegado a pie de la guardería hasta la cafetería.

—Tu hijo se ha quedado atascado en la puerta giratoria —le dice Luisa con una sonrisa mientras se pone la chaqueta—, seguro que cree que es un tiovivo.

—¡Stefan! ¡Sal de ahí!

Para regocijo de la clientela, el pequeño hace girar la vieja puerta a una velocidad inimaginable: la madera cruje, los cristales de colores tiemblan en su armazón. Karin tiene que emplear todo su poder de persuasión: no puede intervenir y sujetar una hoja de la puerta, ya que, de hacerlo, la brusca parada podría lastimar a Stefan.

—En esta cabeza lo único que tienes son tonterías —le riñe ella mientras el pequeño se tambalea ante ella diciendo que se ha mareado.

—¡Antes papá me ha dicho que me llevaría directo a casa con el coche! —afirma.

—Tú ahora te vas a venir conmigo, recogeremos a Nora y luego almorzaremos.

¡Willi, el muy insensato! Se toma varias copas de champán y luego quiere conducir. ¡Y encima con el niño! ¡Oh, Willi!

Al salir del Café del Ángel oye aún la voz enérgica de Hilde: tres ensaladas italianas, dos Coca-Colas, una Bluna. ¡Ahora mismo! ¿Pan blanco con la ensalada? Por supuesto.

Hilde

Mamá no dice nada. Lleva una semana sin salir de su piso y, aunque Hilde ha llamado a su puerta muchas veces para hablar, ella hace oídos sordos. Eso es una maldad, pues entretanto los remordimientos de Hilde han ido aumentando con cada día que pasa. A estas alturas está incluso dispuesta a disculparse y a admitir que estaba sobrecargada de trabajo y que eso le hizo perder los nervios. De todos modos, es evidente que a su madre no le interesa reconciliarse: permanece encerrada en su piso mientras va alimentando su rencor. En dos ocasiones ha convocado a August a su casa, y ha hablado un buen rato con él, pero cuando Hilde le ha preguntado a su hermano al respecto, este solo ha negado con la cabeza.

—Lo siento, Hilde, no estoy autorizado a darte ninguna información. Solo puedo aconsejarte que te reconcilies con mamá cuanto antes.

¿Qué estará tramando? ¿Acaso la va a desheredar? ¿Sacarla de casa? ¿Prohibirle la entrada en el café? ¡Hacer eso sería como tirarse piedras contra su propio tejado!

—*Laisse-la tranquille* —le aconseja Jean-Jacques—. Déjala en paz. Solo quiere ponerte nerviosa. *C'est tout!*

Eso la tranquiliza un poco. Evidentemente, ella ya sabe cómo es su madre. Jamás haría nada que perjudicara de verdad al Café del Ángel. Pero su ira se está prolongando y Hilde está convencida de que no estará dispuesta a ceder en ningún aspecto.

Por lo demás, Jean-Jacques no es ningún apoyo. En el camino de vuelta, le confesó que quiere quedarse con su bodega, y que Mischa y Simone han cambiado de opinión. Hilde se siente desencantada, porque albergaba la esperanza de que en el futuro él trabajaría en el café con ella. Ahora, en cambio, volverá a quedarse durante

semanas en su finca y Hilde no sabe cómo se las apañará sin él. A la mañana siguiente de su regreso, él partió de inmediato hacia Eltville para ocuparse por fin de sus asuntos y disfrutar del bebé. A ella le habría gustado hacerlo también, pero no tiene tiempo. En la cafetería todo va manga por hombro, y está muy ocupada intentando controlar la situación.

—Tú te lo has buscado —le reprochó su padre—. Mamá ha hecho lo que ha podido. Se ha dejado la salud mientras tú te tomabas unas vacaciones. ¡Ahora tú verás cómo te las apañas!

Papá estaba muy enojado, algo que no es, para nada, su forma de ser. De todos modos, seguro que arriba, en su piso, mamá le hace la vida imposible, así que él, de alguna manera, tiene que desahogarse. Aun así, él se sienta a la mesa de la familia, lee su periódico, charla con los clientes habituales y también ha jugado su partida de skat con el director de coro Firnhaber y Sigmar Kummer. Es posible que incluso se alegre de no tener que estar todo el tiempo arriba con mamá.

Bueno, pues, se dijo Hilde, si ella no quiere hablar conmigo, yo no iré detrás de ella. Tengo más trabajo del que querría y no estoy para perder el tiempo con los juegos de mamá. ¿Cómo que yo he provocado este caos? ¿Quién despidió a Giuseppe y contrató en su lugar a ese camarero tan estrafalario, ese Artur? ¡Un antiguo jefe de camareros en el Schwarzer Bock del que los clientes cuentan historias de terror! Eso no podía salir bien. Ahora él se ha marchado y, como a partir de la semana próxima Karin y Luisa ya no van a poder echar una mano en el café y Valentina regresa a Italia, ella se va a quedar sola.

Por supuesto, para que mamá no pueda decir que no lo ha intentado, ha puesto un anuncio en el periódico. Sin embargo, en él no indica que buscan un trabajador «alemán». A consecuencia de ello, han surgido varios interesados: una española, dos italianos y un griego. Y a estos hay que añadir una jovencita alemana sin experiencia en el sector de la restauración, que enseguida se quejó del sueldo y el horario. Hilde no ha contratado a ninguno y, en vez de eso ha hecho lo que ya en un principio tenía pensado: preguntarle a Valentina si desearía ocupar el puesto.

—A mí me gustaría mucho, *signora* Perrier. Pero su madre no querrá. Siempre se muestra antipática conmigo porque los italianos no le gustan.

—Mi madre lo aceptará.

Para sorpresa de Hilde, Valentina no se muestra muy impresionada ante esa declaración tan categórica.

—No sé, *signora* Perrier… Giuseppe dice que es mejor que trabaje en otro café. Pero Ewald quiere que me quede en el Café del Ángel…

—¡Ya ve! —dice Hilde triunfante—. Ewald es un hombre inteligente, él sabe lo que le conviene a usted.

Valentina sonríe, y entonces empieza a hablar a borbotones.

—Es una buena persona, señora Perrier. Muy amable y *tenero*. Me ha dicho que quiere casarse conmigo, y se alegra de que yo tenga un hijo. Pero antes debo hablar con la *mamma* y con papá en Nápoles, por eso el lunes me marcho a Italia.

Ajá, piensa Hilde. Por eso Ewald quiere vacaciones. Quiere presentarse ante los padres de su futura esposa. ¡Pero para hacerlo no necesita tres semanas!

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, va al encuentro del pastelero en el obrador y lo felicita por su boda inminente. Ewald Deuss, avergonzado, se pasa los dedos enharinados por su cabellera rojiza y apenas sabe qué decir.

—Gracias, señora Perrier. Le agradezco mucho sus buenos deseos. Pero todavía no hay nada decidido. No sé si tendré el favor de los padres de ella. Como soy alemán y no italiano…

—¡Escúcheme bien! ¡Valentina no podría encontrar un mejor marido en todo el mundo! —le interrumpe Hilde con una sonrisa.

—Ah, ella es muy hermosa, señora Perrier. Los hombres van detrás de ella en tropel. No entiendo por qué me ha elegido a mí.

—¡Ella sabrá por qué! —Hilde se ríe.

Él entonces todavía se avergüenza más aún y susurra:

—Ayer ella me dijo que sí, señora Perrier. Estoy loco de felicidad. Hoy, al hacer el bizcocho, casi me olvido de cascar un huevo…

Así que no ha sido hasta ayer cuando se atrevió a pedírselo. Vaya, vaya, al parecer la buena noticia aún es muy reciente.

—¡Oh, vaya! —exclama ella—. ¡En ese caso, les deseo lo mejor a ambos! ¡Ánimo, Ewald! Seguro que los padres de Valentina lo aceptarán con alegría. ¡Es usted un hombre hecho y derecho, y, además, todo un artista en el obrador!

—¡Qué exageración, señora Perrier!

—Para nada. Sé muy bien lo que vale usted, Ewald. ¿Qué le parece? ¿Cree que podrá estar de vuelta con Valentina a mediados de octubre? Ya sabe lo mucho que lo necesitamos aquí.

Lo mira con inquietud. De este modo ella habría acortado las vacaciones de él a diez días y habría incorporado a Valentina como camarera.

—Si de mí dependiera, señora Perrier… Ya sabe que adoro trabajar en el Café del Ángel. Pero no está en mis manos. Si todo sale bien, Valentina quiere mostrarme su hogar y presentarme a toda su familia. Sobre todo a su hijito. Y, además, voy a tener que ocuparme de algunas formalidades, que también llevan su tiempo… Pero si no me aceptan, regresaré de inmediato a Wiesbaden y ahogaré mis penas en el trabajo.

—Ah, eso seguro que no ocurrirá —rechaza Hilde—. Mire, hagamos una cosa: yo guardaré el puesto para Valentina hasta el 15 de octubre. No va a ser fácil, pero me alegrará hacerlo por ustedes.

Ewald se dispone a estrecharle la mano para agradecerle el gesto cuando suena el reloj del horno y tiene que retirarse a toda prisa para que no se le quemen las bases de las tartas. Hilde respira aliviada. Asunto zanjado. Ahora solo queda por saber cómo se las van a arreglar durante casi tres semanas sin personal. Jean-Jacques va a tener que ayudarme, se dice. En cuanto regrese de Eltville, se lo pediré. Es posible además que Frank y Andi también tengan días libres, así que les tocará echar una mano. De momento, no puedo contar con Swetlana, porque seguramente estará todas las mañanas en Eltville con su nieto; además, por las tardes, debe cuidar de Sina. Por ahora, es posible que tengamos que seguir prescindiendo de la sopa de gulasch.

Con todo, se siente de buen humor. Es magnífico estar de vuelta en el café y encargarse de sus tareas habituales; le cuesta entender cómo ha podido pasar tanto tiempo sin el Café del Ángel. Por otra

parte, resulta conmovedor ver la alegría con que la saluda su fiel clientela. ¿Qué es eso comparado con los cuatro problemas que han surgido durante su ausencia? Ya los arreglará.

Aun así, es consciente de que en el piso de arriba le aguarda el mayor problema de todos: mamá y su silencio ominoso.

A Jean-Jacques no le hace ninguna gracia que justo después de su regreso de Eltville ella le diga que en las próximas semanas tendrá que estar a su lado.

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo? —le pregunta enojado—. ¿Pretendes que yo sirva pastelitos en el café mientras la vendimia está en pleno apogeo?

—¿No dijiste que Mischa se ocuparía de todo hasta finales de año?

—Mischa ahora tiene un hijo, y Simone tampoco dispondrá de tiempo para trabajar en la viña.

—Ellos han contratado a gente. Yo, en cambio, voy a estar sola aquí durante tres semanas.

Él refunfuña. No le viene nada bien, tiene que familiarizarse con la nueva maquinaria que Mischa ha comprado, y además quiere estar presente cuando se produzca el vino nuevo.

—¿No decías que de todos modos la cosecha no sería nada buena?

—Por eso es más importante aún salvar lo que se pueda.

—Pues si no me salvas a mí ni al Café del Ángel, todo esto se irá a la ruina.

Él resopla exasperado. Nada de esto habría ocurrido si ella no se hubiera marchado tal como lo hizo.

—¡Haz las paces de una vez con tu madre! —le exige él.

—¿Y cómo? No quiere hablar conmigo. Se ha atrincherado arriba y me ignora.

—*Les femmes. Toujours les femmes!* —exclama él, enfadado.

—Por favor, cariño, te lo ruego, ayúdame. Sin ti estoy perdida.

Hacía mucho tiempo que ella no le llamaba «cariño». Se ablanda y promete ayudar en lo que pueda, pero en la medida en que su espalda aguante. A continuación se sienta con Heinz a la mesa del rincón y los dos se ponen a cuchichear.

Ajá, piensa Hilde divertida. Hay una alianza de maridos y están forjando planes de paz. Pero con mamá esto es como ladrar a la luna.

El día siguiente es sábado y es el último día que Luisa trabaja en el Café del Ángel. A primera hora de la mañana, en la cocina, ambas preparan pequeños tentempiés para el almuerzo mientras Hilde se ocupa también de servir rápidamente el desayuno a los primeros clientes, y al fondo del obrador Ewald trabaja en sus pasteles con las mejillas arreboladas y una expresión soñadora y feliz.

—¿De verdad van en serio? —pregunta Luisa en voz baja mientras pica las cebollas.

—Eso parece.

—Ay, cuánto me alegro por el señor Deuss. Y por Valentina también, por supuesto. Creo que hacen una buena pareja.

Hilde está lavando lechuga en el fregadero; luego será el turno de los tomates.

—¿Y a ti cómo te van las cosas? —pregunta a Luisa—. Me han dicho que te has reconciliado con Julia.

Y entonces se entera de que Julia Wemhöner se ha disculpado con Luisa incluso por escrito, y que luego, al encontrarse en persona, Julia le ha vuelto a reiterar lo mucho que lamenta su comportamiento.

Es admirable, se dice Hilde con envidia. Eso es grandeza. Sin embargo, Julia tiene tacto y modales, y el corazón en su sitio. De mamá no cabe esperar un comportamiento así.

—¿Y Fritz está de acuerdo con que vuelvas a trabajar? —le pregunta—. Porque, si es así, es que por fin ha escarmentado.

Luisa tiene que usar el pañuelo porque las lágrimas le recorren las mejillas. Esas cebollas egipcias pican en los ojos como si fueran fuego.

—¡Ay, Fritz! —suspira—. Fritz es un soñador. No. Él se niega en redondo a que vuelva a trabajar para Julia. Pero ahora las cosas han cambiado y le he dicho que, después de todo, tengo que hacerlo por él.

—¿Por él? ¿Por qué?

Entonces Luisa le cuenta a Hilde algo que no le ha dicho a nadie hasta ahora: pese a la operación de hace unos años, Fritz sigue perdiendo visión a una velocidad alarmante.

—Fíjate, Hilde. Me ha dicho que su destino es quedarse ciego y que se ha resignado a ello. Pero yo no lo permitiré, no quiero que dentro de poco tenga que vivir en la oscuridad más absoluta. No pienso rendirme tan fácilmente…

¡Qué maravilla! Luisa está sacando las uñas. Por supuesto, no por ella, sino por Fritz. ¡Típico!

—Julia me ha indicado el nombre de un famoso especialista de París que ya ha realizado muchas operaciones oculares con éxito —le explica Luisa entusiasmada—. Pero, claro, es muy caro y es probable que el seguro no cubra nada. Ya solo el viaje a París para someterse a un examen, el hotel, la estancia… Todo eso ya va a costar una fortuna…

Si realmente Fritz necesita una operación, esta será muy cara. Pero Luisa está decidida a reunir el dinero, así que le ha dicho a Fritz que ella quiere trabajar para que él conserve la vista.

—¿Y a él le parece bien?

—Para nada —suspira Luisa volcando las cebollas cortadas en el recipiente—. No quiere que nos matemos a trabajar por él. No se trata de él, dice, sino de las niñas. Él, dice, no es tan importante.

Una modestia conmovedora, piensa Hilde. Él no piensa que, si se queda ciego, será una carga para la familia y, sobre todo, para Luisa. Para él, eso es voluntad de Dios.

—Así que tú, sin embargo, vas a seguir trabajando, ¿verdad? —pregunta ella.

—Sí —dice Luisa secándose las mejillas con el dorso de la mano—. Estoy decidida. Julia es un cielo y nos va a concertar la cita, y en París enviará a uno de sus empleados a la estación de tren para que nos acompañe hasta la clínica. Incluso se ha ofrecido a pagarnos el hotel, pero me he negado. No quiero que nadie me regale nada, Hilde. Yo también tengo mi orgullo.

—¡Muy bien hecho, Luisa! —corrobora Hilde—. Cruzaré los dedos por los dos. ¡Esa maldita y miserable guerra! De no ser por eso, Fritz ahora tendría los ojos bien…

—Es lo que hay, Hilde —dice Luisa con una sonrisa triste—. ¿Te parece que corte ya los pepinos?

—Sí, y luego ponlo todo en la nevera. ¡Oh, vaya! Han llegado unos clientes que van a desayunar. Prepara tres paneras. ¡Y un solo cruasán en cada una!

Mientras se apresura hacia el comedor para tomar nota de las comandas, Hilde mira con disimulo hacia la mesa de la familia. No hay nadie. ¿Cuánto tiempo piensa Else seguir así?

A primera hora de la tarde, Swetlana se deja caer por el café con Sina. Las dos van cargadas con un buen número de bolsas de compra, y se sientan a la mesa de la familia con Heinz. Valentina sirve café y tarta de moka; Sina insiste en un vaso de agua con gas y no quiere tomar tarta. Hilde se asombra al verla tan cambiada: ha crecido bastante y ha perdido varios kilos. Lo único que permanece igual es su cara redonda y aniñada, su naricilla roma y la mirada inteligente de sus ojos detrás de las gafas.

—Hilde, tienes que ver las fotos del pequeño Gérard. Acabo de recogerlas de la tienda de fotografía. ¿A que es mono? Tiene unos ojitos azules con una mirada muy despierta y unos puñitos diminutos, como si fuera un pequeño boxeador…

Hilde obedece y echa un vistazo al sinfín de fotos que Swetlana ha extendido sobre la mesa delante de Heinz. El pequeño tiene unos delicados rizos negros. Se parece a Simone.

—Se llama Gérard por su abuelo, mi querido Gerhard, que ya no está en este mundo. Estoy emocionada, Simone eligió este nombre para honrar a su abuelo…

Gerhard Stammler era el oficial alemán del que Swetlana se enamoró en el campo de trabajos forzados y del que se quedó embarazada. El padre de Mischa. Nunca sabrán con certeza si, como ella asegura, él la amaba de verdad y se habría casado con ella. Lo trasladaron al frente y allí murió. Y ahora su nieto lleva su nombre, aunque en la versión francesa, porque la feliz madre es de ese país.

Hilde tiene que regresar a la cocina para preparar para los últimos clientes del almuerzo ensalada italiana y *strammer Max*, que Jean-Jacques ya está friendo. Hoy, incluso se ha animado a hacer de nuevo las solicitadas patatas fritas, que tan bien se vendían. Con

kétchup o mayonesa. Toda la cocina apesta a aceite; al final del día habrá que limpiarlo todo y ventilar a fondo.

Mientras prepara los platos para que Valentina los sirva a la mesa, Swetlana irrumpe en la cocina y abraza a Ewald Deuss, al que pilla totalmente desprevenido.

—¡Valentina me acaba de dar la gran noticia! ¡Ah, el amor! Dios lo creó y nos lo regaló.

Luego dice que August la sigue queriendo como el primer día y que el matrimonio es como un paseo por un prado en flor.

¡Qué bonito es que todo el mundo sea tan feliz y celebre el amor!, piensa Hilde con amargura. Ella, en cambio, no tiene razón para estar alegre, ya que su madre sigue arriba tramando planes malévolos.

—¡Oh, antes de que se me olvide! —exclama Swetlana tomando a Hilde por los hombros—. El próximo domingo a August y a mí nos gustaría celebrar el nacimiento de nuestro nieto en el Café del Ángel. No se trata aún del bautizo, porque este se celebrará en la iglesia de Eltville. Será solo una fiesta para la familia y algunas amistades.

—¿El próximo domingo? —dice Hilde algo preocupada—. Pero entonces estaremos muy escasos de personal. Y, por desgracia, Ewald tampoco estará.

—¡Ah, eso no! —exclama Valentina—. Es una gran fiesta familiar para el pequeño Gerardo. ¡Ewald, tienes que hacer la *torta* y marcharte un día más tarde!

Más abrazos: Ewald promete esforzarse al máximo antes de su partida; Valentina le acaricia la mejilla; Swetlana se emociona y se seca un par de lágrimas. Hilde intercambia una rápida mirada con Jean-Jacques, que saca las últimas albóndigas de la sartén.

—*Tout va bien* —dice encogiéndose de hombros—. Solo hay que esforzarse un poco.

Ha preparado un plato para mamá con la comida sobrante y se lo sube al piso. Hilde observa estas acciones con enfado. ¿Qué pretende? ¿Acaso intenta sobornar a mamá con un plato de albóndigas y una ensalada? Eso es ridículo, se lo tirará todo a la cabeza.

El trajín sigue por la tarde. El café ahora está abarrotado porque se ha corrido la voz de que Hilde ha vuelto. Incluso Alma Knauss aparece con la indefectible Ida Lenhard y se regala, a ella y a su amiga íntima, un trozo de tarta de licor de huevo.

—Los pasteles del Café del Ángel son insuperables —suspira mientras dirige una sonrisa condescendiente a Hilde—. En eso el Blum, simplemente, no tiene nada que hacer.

Hilde comenta entonces que siempre se alegra de saludar en el café a la clientela habitual, y piensa preocupada que en breve su pastelero se marcha de vacaciones. Entonces tendrá que encargar los pasteles a la pastelería Bossong, y eso, claro está, no es lo mismo.

Después de la tarde llega la noche. Al otro lado de la calle, en el teatro, se representa un espectáculo de variedades protagonizado por Willi; antes de la función varios espectadores toman un tentempié en el café, la mayoría volverán cuando acabe la obra para rematar la velada con una buena copa de vino. Valentina sigue ahí, las dos trabajan codo con codo. Jean-Jacques se ha retirado a su piso porque, al parecer, la espalda le molesta. Como de costumbre, los últimos clientes no se marchan hasta poco antes de medianoche, cuando ella y Valentina están limpiando la cocina. Luego hay que recoger las mesas y vaciar los ceniceros; Valentina coloca las sillas encima de las mesas mientras Hilde se encarga de cerrar la caja.

—*Buona notte* —le dice Valentina por fin—. No esté triste, *signora* Perrier. Volveré.

—¡Así lo espero, Valentina!

Agotada, cierra la puerta detrás de Valentina y entonces repara en que Ewald Deuss se ha quedado a la puerta del café esperando a su novia. En realidad, él debería estar ya en cama, porque mañana empieza a trabajar temprano. ¡Ay, el amor! Ewald tiene un pisito muy mono, así que probablemente los dos… Pero, bueno, eso no es asunto suyo.

Tengo que llamar a Swetlana, se dice mientras sube la escalera para ir a su piso. Ahora que está tan contenta, tal vez pueda volver a hacer sopa de gulasch; los huéspedes no dejan de pedirla. Y quizá, a pesar del nieto, también esté dispuesta a echar una mano en la

cafetería. Además, le preguntaré a Andi si podría tomarse un día libre. Y, a lo mejor, Frank también puede. Los dos podrían servir en la fiesta de Swetlana. Como en los próximos días no vamos a necesitar tanta nata fresca, voy a cancelar el pedido y preguntaré en Bossong qué pasteles nos pueden servir…

Pero sus pensamientos se truncan cuando ve a Jean-Jacques aguardando en lo alto, en el descansillo de la escalera. Parece estar esperándola.

—¿Qué ocurre?

—*Maman* quiere hablar contigo.

—¿Cómo? ¿Ahora? ¿A medianoche?

—Vamos, *mon chou* —dice—. ¡Acabemos de una vez!

Su madre lo ha pensado muy bien. Seguro que ella ha estado descansando todo el día, mientras que ahora Hilde está reventada y lo único que quiere es acostarse. Pero ella no es una cobarde. ¡A las armas!

Jean-Jacques la acompaña de nuevo al piso de abajo, el de sus padres, donde papá les abre la puerta. Ajá, una alianza de caballeros. Papá aún está vestido, a pesar de que por lo general a estas horas él ya lleva mucho rato acostado.

—Te lo pido por favor —le susurra—. Mantén la calma, Hilde. No se encuentra bien…

—Seré la calma en persona —gruñe ella dirigiéndose hacia el salón.

Mamá está sentada en el sofá con las piernas apoyadas en un taburete tapizado. En la mirada que le dirige a Hilde no hay ni un ápice de voluntad de reconciliación, es fría e impenetrable.

—Buenas noches, mamá… ¿Querías verme?

—¡Ya lo creo!

Parece el preludio de una serie de recriminaciones airadas. Hilde no tiene ganas de eso e intenta lanzarse al ataque.

—Mamá, lo siento. Yo estaba sobrecargada de trabajo y…

—¡Eso no es excusa! —le interrumpe su madre—. Has llevado el café al borde de la ruina, ¿no te das cuenta?

Papá hace gestos de calma en dirección a mamá, pero ella no le hace caso. Jean-Jacques, que se encuentra detrás de Hilde, le

acaricia el hombro para apaciguarla. Ella, sin embargo, le aparta la mano.

—¿Yo? —exclama enfadada—. Fuiste tú, mamá. Tú despediste a Giuseppe y casi llevaste el café a la quiebra.

—¡No consiento que me digas estas cosas! —contesta enojada la madre mientras baja las piernas del taburete—. Yo llevo toda la vida luchando por el bienestar de nuestro café…

—¿Acaso piensas que yo no? —sisea Hilde.

El asunto está en punto muerto y de nuevo estalla la vieja discusión. En un gesto conciliador, Heinz pone la mano en el brazo de su mujer.

—No seas tan dura, Else. La niña se ha disculpado…

—¡Oh, cállate! —le grita mamá.

—Deja de discutir —susurra Jean-Jacques al oído de Hilde—. ¡Así no vamos a ninguna parte!

—¡Tú no te metas! —le reprende Hilde.

—Mamá, he venido para hacer las paces contigo —dice—. Incluso me he disculpado con la esperanza de que lo aceptaras. Si no es así, yo me voy.

Aguarda un momento para ver la reacción de mamá, pero, como esta se obstina en su silencio, Hilde se da la vuelta y se encamina hacia el vestíbulo.

—Vuelve aquí —oye atronar a su espalda.

—¡Ni en sueños!

—¡Tengo que comunicarte una cosa!

No tiene ningunas ganas de escuchar los anuncios de mamá, pero Jean-Jacques la toma de los hombros y, a pesar de su reticencia, la lleva de vuelta al salón.

—Como sabes, estoy siempre inquieta por la buena marcha de nuestro café —dice mamá, que ahora se sienta muy erguida en el sofá—. Por eso esta tarde he ido al Blum y he hablado con Giuseppe.

Hilde se ha quedado sin habla. ¿Qué le está diciendo? ¿Mamá ha ido al Café Blum a hablar con Giuseppe? ¡Eso solo pueden ser invenciones suyas!

—Me he disculpado con él —dice mamá con voz firme—, y le he pedido que regrese. Sí, eso he hecho. Y ha salido bien. Incluso me ha besado las manos de la emoción. Empezará a trabajar de nuevo para nosotros a partir del 1 de octubre.

Al parecer, papá ya conocía la noticia, porque mira a Hilde con expectación y orgullo. Ella sigue atónita y no consigue articular palabra.

—*Mais…, c'est formidable!* —exclama Jean-Jacques—. Hilde, ¿lo oyes? *Maman* ha recuperado a Giuseppe.

—¿De verdad lo has hecho, mamá? —balbucea Hilde.

—Sí —asegura mamá, alzando la barbilla con gesto enérgico—, los tiempos inusuales exigen medidas inusuales. Siempre lo he dicho, y sigo manteniéndolo. ¡Ya puedes darme las gracias por haber salvado el café!

Hilde dista mucho de sentirse agradecida. Esto es típico de mamá. Actúa como si ella hubiera salvado de la ruina el Café del Ángel, pese a que solo ha hecho lo que Hilde siempre quiso: volver a contratar a Giuseppe.

—Si esto es así, me alegro, mamá —dice vacilante—. Así no tendremos que volver a discutir.

—¡Pero no te creas que voy a olvidar tu impertinencia tan rápidamente! —refunfuña mamá—. Aunque, por otra parte, estoy acostumbrada a que siempre tengas que salirte con la tuya.

—Bueno, mamá, soy hija tuya.

Mamá no dice nada más, pero papá le da a Else un beso en la mejilla y se aproxima renqueando a Hilde para abrazar a su hija. Jean-Jacques se acerca rápido a su suegra y le dice que es una mujer maravillosa, que eso es justo lo que esperaba de ella, y que se alegra de que la normalidad haya vuelto al café. A continuación se despiden y suben a su piso para acostarse por fin.

—¿No es estupenda? —dice Jean-Jacques cuando están los dos juntos en la cama y ya han apagado la luz—. Se ha vencido a sí misma. ¡Y a su edad!

—Sí, bueno… pero ¿qué hago ahora? Le he prometido el puesto a Valentina.

—Entonces tendremos dos empleados, *mon chou*. Hay que moverse con los tiempos. En el Blum trabajan cuatro o cinco camareros. Además, por desgracia, vas a tener que prescindir de mí a menudo. La bodega me necesita…

Se acurruca contra él con un suspiro. No, todo esto no le gusta nada. Aun así, no tarda en dormirse a su lado y, a la mañana siguiente, se siente fresca y despejada, como un recién nacido. Se ha quitado un gran peso de encima.

Abajo, en el café, mamá ha vuelto a ocupar su sitio de siempre, Ewald ya está trabajando en el obrador y Jean-Jacques no tardará en bajar para ayudar en la cocina. El mundo ha recuperado el ritmo normal.

Al cabo de una semana se celebra la gran fiesta en honor al nieto de Swetlana; eso les obliga a cerrar el establecimiento porque la flamante abuela ha invitado a todo el mundo. Dos colegas de August con sus esposas, la señora Wegener, varios vecinos y algunas amigas suyas con sus acompañantes acuden al café. A todos ellos hay que sumar también la familia. Solo Karin se ha excusado porque su presencia es imprescindible en el plató, pero Willi trae consigo a Nora y Stefan. Luisa viene con Marion y Petra; Fritz también la acompaña aunque su expresión es afligida y solo se anima cuando Heinz y el director de coro Firnhaber se sientan con él. Mamá preside desde la cabecera de la mesa junto con Swetlana y August; está tremendamente alterada porque Mischa y Simone han viajado hasta ahí para presentar al pequeño Gérard.

—¡Dios mío! En mis tiempos uno no llevaba en coche a un bebé de dos semanas. Un recién nacido ha de pasar los primeros meses en casa, viajar puede ser perjudicial para él. Pero es tan guapo… ¡Esos ricitos negros! Se parece a ti, Andi.

Andi, que también ha viajado hasta ahí, se ruboriza.

—Andi y Margit serán los padrinos —explica Simone con una sonrisa. Andi traga saliva y lanza una mirada de culpabilidad a Hilde. Anoche en casa hubo una fuerte discusión cuando comunicó su compromiso a sus padres.

—Pero ¿qué niñería es esta? —preguntó Hilde enojada—. Si ni siquiera has llegado a la mayoría de edad, ¿cómo te has

comprometido?

—¡Y encima sin que nosotros tuviésemos ni idea de todo eso! —exclamó con enfado Jean-Jacques.

—Es lo que hay —contestó Andi con valentía—. Y yo no soy de los que eluden responsabilidades. Yo doy la cara.

—¿Das la cara por qué? —preguntó Jean-Jacques con suspicacia.

—Por… el compromiso.

—Vamos, déjalo en paz. —Hilde tranquilizó a su enojado marido—. Comprometido no significa casado. Y a mí me parece que la chica es maja.

—Muy maja. ¡Pero no para Andi! Ahora entiendo por qué el otro día Norbert Göppel me estrechó la mano tan efusivamente en Eltville e incluso me dio una palmadita en la espalda. Y yo que pensaba que era por el hijo de Mischa…

Margit no ha dejado pasar la oportunidad de asistir también a la celebración familiar e incluso Jean-Jacques tiene que admitir que será una buena incorporación en el café. Lejos de sentarse a la mesa para ser servida, ayuda a Giuseppe a servir café y pasteles, echa una mano en la cocina y contagia alegría allá por donde va.

—Oh, estoy tan orgullosa de poder servir en el famoso Café del Ángel —le dice a Hilde—. Es tan diferente de la tasca de mis padres. Tan elegante. Me he puesto mi mejor vestido para la ocasión.

Frank también ha venido, acompañado por su novia actual; pero ella permanece sentada a la mesa con porte altanero y no deja de preguntar por qué Karin Koch, la famosa actriz de televisión, no ha venido, pues a ella le gustaría mucho que le firmara un autógrafo.

Después, todo sigue con normalidad: en cuanto los invitados han tomado café y pasteles, se sirve vino y hay que escuchar los inevitables discursos. De todos modos, ante el lloriqueo del bebé, Heinz y August son breves. Sigue a continuación la parte cultural: Petra y Fritz tocan música, Sina recita uno de sus poemas, y Willi también interpreta una tonadilla.

Mientras los invitados y la familia aplauden entusiasmados, Hilde ya está de nuevo en la cocina con Jean-Jacques. Swetlana insistió en hacer sopa de gulasch para todo el mundo y servirla al final de la fiesta. Hizo cantidades enormes e incluso pidió prestadas varias ollas

al vecindario. El día anterior Jean-Jacques tuvo que recoger toda la carga con su Goélette para llevarla al Café del Ángel.

—Es imprescindible —insistió Swetlana—. Los invitados habrán bebido vino y van a necesitar algo contundente para el estómago, ya que muchos luego pretenden regresar a casa en coche.

Así pues, ha llegado la hora de calentar la sopa, y eso solo es posible por etapas, ya que no todas las ollas caben a la vez en los fogones. Jean-Jacques remueve, Hilde corta un poco de pan blanco y lo va repartiendo en paneras.

—¿Te has enterado? —le dice a su marido—. August se deja llamar «abuelo» e incluso está muy orgulloso de ello. ¿No te parece conmovedor?

—¡Bah! —gruñe despectivamente Jean-Jacques—. Esas cosan ocurren más pronto de lo que uno piensa.

—Pero, de todos modos, es bonito…

—*Tu penses?* ¿Y si Andi la ha liado?

—¿Andi? No creerás que él…

Él se gira y le guiña un ojo.

—No puedes ser tan ingenua. Pues claro que ha pasado algo. ¡Estoy tan enfadado! *Mon Dieu!* Mira que se lo advertí. ¡Traer un niño al mundo a los diecinueve años!

—¡Pero eso es solo una suposición! —apunta ella—. Tal vez no ha pasado nada.

—¡Qué va! ¡Sin estudios, sin profesión! —Él se sigue sulfurando—. No tiene nada y no es nada. Además, ¡yo soy demasiado joven!

—¿Tú? ¿Qué tienes que ver tú con eso?

Él se gira y agita el cucharón en el aire.

—Soy demasiado joven para ser abuelo —dice airado—. De aquí a diez años, tal vez… Pero, ahora, ¡no!

Ella no puede evitar reírse al ver su expresión de disgusto. ¡Qué vanidoso es!

—¡Ay, cariño! —dice con ternura—. Seas o no abuelo, tú siempre serás como un niño.

Un legendario café.
Un viaje que despierta anhelos profundamente escondidos.



Wiesbaden, 1965. El Café del Ángel vive años prósperos bajo la dirección de Hilde y necesita con urgencia más personal. Pero cuando Hilde contrata a un nuevo camarero italiano, Giuseppe, a sus padres les resulta difícil aceptar su mentalidad «sureña». También hay turbulencias en el matrimonio de su hermano, Willi, que triunfa en el teatro de Wiesbaden mientras coquetea con una guapa compañera. Cuando la situación en el café llega a un punto insostenible, Hilde decide hacer las maletas. Inspirada por las descripciones de Giuseppe de su tierra natal, parte hacia Italia con su cuñada Svetlana. Ambas anhelan tomarse un respiro, pero ¿realmente van a dejar el café en manos de la familia? El sol del verano y el mar azul pueden hacer olvidar todas las dudas...

Anne Jacobs ha publicado bajo seudónimo novelas históricas y sagas familiares que han ocupado los primeros puestos de las listas de ventas, pero ha sido la saga La Villa de las Telas la que ha supuesto su confirmación como autora best seller. Sus trilogías La Mansión, sobre una antigua casa señorial en Alemania del este y el destino de sus habitantes, y El Café del Ángel, protagonizada por una familia que regenta un legendario café en la Alemania de posguerra, se han convertido también en éxitos editoriales. Anne Jacobs vive con su familia cerca de Frankfurt am Main.

Título original: *Café Engel. Goldene Jahre*

Primera edición: febrero de 2025

© 2024, Bastei Lübbe AG
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Marta Mabres Vicens, por la traducción

Adaptación de la portada original de Buerosued: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografías de portada: © Joanna Czogala / Arcangel; © Anis Photography / Mauritius images; Alamy Stock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03611-8

Compuesto en Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

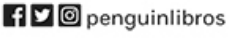
Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

El café del ángel. Una época dorada
Hilde
Karin
Luisa
Andi
Swetlana
Jeab-Jacques
Hilde
Karin
Andi
Luisa
Jeab-Jacques
Swetlana
Karin
Hilde
Andi
Luisa
Swetlana
Hilde
Karin
Luisa
Swetlana
Hilde
Andi
Swetlana
Jean-Jacques
Luisa
Hilde
Andi
Karin
Swetlana
Andi

Jean-Jacques
Luisa
Andi
Hilde
Karin
Hilde
Sobre este libro
Sobre Anne Jacobs
Créditos